



Neal
Stephenson
J. Frederick George

LA TELARAÑA

Una terrible hipótesis en torno a Saddam Hussein,
la guerra biológica y la primera guerra del Golfo

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La muerte de un estudiante extranjero en intercambio en la Universidad de Iowa, lleva al inesperado descubrimiento de que una poderosa agencia estatal estadounidense está invirtiendo grandes sumas en proyectos de investigación de dudosa moralidad. El ayudante del sheriff local se involucra en complejas investigaciones mientras su esposa participa en la guerra del Golfo. Entretanto, una joven analista de segunda fila de la CIA deberá enfrentarse a un poderoso diplomático y asesor de George Bush padre por osar sugerir una descabellada hipótesis político-bélica. Un thriller político de primer nivel, con la amenaza de una peligrosa guerra biológica con armas de destrucción masiva en el marco de la primera guerra del Golfo. Una novela amena y sugerente, en la que destacan los saberes narrativos de Stephenson (autor de Criptonomicón, Ciclo Barroco, La era del diamante, Snow Crash, etc.), junto a los conocimientos de historia y política exterior estadounidense de J. Frederick George, autores que ya habían colaborado en ese impresionante thriller político-social sobre la manipulación política que es Interfaz.

L≡LIBROS

Neal Stephenson & J. Frederick George

La telaraña

Para la familia Lackermann

PRESENTACIÓN

Parece ser que, mientras Neal Stephenson escribía SNOW CRASH (1992), se le ocurrió la idea de colaborar en un thriller político con un especialista como su propio tío, George F. Jewsbury. Por eso escribieron a dúo un interesante y sugerente tecnothriller que se publicó en 1994, con un único pseudónimo, Stephen Bury, para los dos autores. Se trataba de INTERFAZ (1994, NOVA número 203), cuyo éxito, pese al desconocido nombre de su «autor», llevó a Stephenson y Jewsbury a escribir otro thriller; también con implicaciones políticas, que se publicó poco después: LA TELARAÑA (1996, NOVA número 212).

Tras el gran éxito de Stephenson con LA ERA DEL DIAMANTE: MANUAL ILUSTRADO PARA JOVENCITAS (1995, NOVA, número 101), CRIPTONOMICÓN (1999) y la trilogía de EL CICLO BARROCO, las novelas de «Stephen Bury» se reeditaron ya con el nombre explícito del autor de CRIPTONOMICÓN, aunque su tío se decidió por usar un nuevo pseudónimo: J. Frederick George.

INTERFAZ es, pues, un complejo y ameno tecnothriller sobre la amenaza de manipulación tecnológica de la democracia. Un interesante thriller político y tecnológico sobre la contienda electoral estadounidense, con la visión actual de las fuerzas ocultas que orientan la elección presidencial. Una novela que viene a ser la versión moderna de los famosos THE MAKING OF THE PRESIDENT, en los que Theodore H. White analizó el trasfondo de las elecciones que llevaron a John F. Kennedy o Lyndon B. Johnson a la presidencia estadounidense.

Pero, por las posibilidades de manipulación que ofrecen las tecnologías de la información asociadas a las neurociencias, la obra es también, como ha señalado acertadamente el Seattle Weekly, una versión moderna del viejo clásico de Richard Condon: «Esta obra es EL MENSAJERO DEL MIEDO de la era del ordenador.» La trama parece sencilla, pero las implicaciones son muchas y la habilidad narrativa de Stephenson y los conocimientos de Jewsbury la dotan de gran interés.

El gobernador Cozzano sufre una apoplejía poco antes de iniciarse el largo camino de las primarias para la nueva elección presidencial estadounidense. Como parte del tratamiento, se le propone la implantación en el cerebro de un novedoso biochip con el que, además, va a estar conectado a un sofisticado sistema de encuestas electorales. De esta forma tiene acceso a la información sobre las reacciones, deseos y sentimientos de los electores, que le son comunicados directamente al cerebro, y se convierte inevitablemente en el candidato perfecto.

Ante este sofisticado y poderoso desarrollo de la tecnología, ¿qué va a ocurrir con la democracia? ¿Es independiente y libre la voluntad de una persona equipada con un biochip como ése? ¿Puede ser libre la política en la nueva era de las omnipresentes tecnologías de la información y de las neurociencias?

*Como en la famosa novela de Richard Condon **EI MENSAJERO DEL MIEDO**, la manipulación política por la tecnología vuelve de nuevo a la palestra. En las dos versiones cinematográficas que se han hecho ya de la obra de Condon (la de John Frankenheimer protagonizada por Frank Sinatra en 1962, y la más reciente, en 2004, de Jonathan Demme, con Denzel Washington en el papel principal), la tecnología cambia, pero el objetivo central de la manipulación política pervive, ya que es el eje fundamental de la trama.*

*Es cierto que en **INTERFAZ** se habla de una nueva tecnología, pero siempre para lograr parecidos objetivos. Y la manipulación política, ya sea de las masas o del individuo que las gobierna y conduce, no deja de ser una corrupción directa de la democracia, una forma de fascismo. Un fascismo que imaginamos lejano, pero que puede estar más cerca de lo que nos parece y del que ya nos advertía en 1994 (el mismo año de publicación de **INTERFAZ**, curiosa coincidencia...) el historiador europeo Jacques Julliard en su ensayo **CE FASCISME QUI VIENT**. Fascismo o no, la novela de Stephenson y Jewsbury nos advierte claramente de los peligros que la tecnología puede representar para la democracia tal y como la entendemos hoy.*

*La **TELARAÑA** intenta otra aproximación a ese novedoso thriller tecnopolítico que ha dado prestigio al nombre de «Stephen Bury». Nos presenta el año 1990, poco antes de la primera guerra del Golfo, cuando Saddam Hussein era, todavía, un gran aliado de Estados Unidos como contrapartida a la amenaza que los estadounidenses situaban preferentemente en Irán.*

Cuando un estudiante de doctorado, presuntamente procedente de Jordania, aparece asesinado en una pequeña universidad de Iowa especializada en ciencias veterinarias, el ayudante de sheriff Clyde Banks descubre que su investigación policial se extiende mucho más allá de la pequeña ciudad de Wapsipinicon. Sin control alguno, un poderoso jefazo de un departamento universitario parece estar usando el dinero federal de las becas para unas turbias y peligrosas

investigaciones que alcanzan a implicar hasta el Irak de Saddam Hussein justo antes de la primera guerra del Golfo.

Mientras, una joven y novata analista de la CIA, Betsy Vandeventer, se pregunta (un tanto fuera de sus atribuciones...) si los iraquíes podrían estar dando mal uso a trescientos millones de dólares de la ayuda agrícola estadounidense para producir, tal vez, armas biológicas. Deberá enfrentarse a un poderoso diplomático y asesor de George Bush padre por osar sugerir una descabellada hipótesis político-bélica. Una lección de política internacional que nunca olvidará.

El thriller está servido. Como era de esperar, la trama es convincente, los personajes son interesantes y divertidos, y el tratamiento de los diversos organismos políticos de espionaje y sus motivaciones y las técnicas burocráticas empleadas parecen sumamente realistas.

LA TELARAÑA es, pues, un thriller político de primer nivel, con la amenaza de una peligrosa guerra biológica con armas de destrucción masiva en el marco de la primera guerra del Golfo. Intervienen incluso personajes reales como el mismísimo George Bush padre y el embajador iraquí Tarik Aziz.

Una novela amena y sugerente, en la que destacan las habilidades narrativas de Stephenson (CRIPTONOMICÓN, EL CICLO BARROCO, La era del diamante, Snow Crash, etc.) junto a los conocimientos de historia y política exterior estadounidense de J. Frederick George, autores que ya habían colaborado en ese impresionante thriller político-social sobre la manipulación política que es INTERFAZ.

Intriga, diversión, inteligente especulación tecnopolítica... ¿qué más se puede pedir?

Y ello sin olvidar esos tiempos, no tan remotos pero hoy casi sorprendentes, en que Saddam Hussein era uno de los grandes aliados de Estados Unidos. Cosas veredes, amigo Sancho...

Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ





CAPÍTULO 1

Marzo 1990

Clyde Banks hacía cola, en las primeras fases de la hipotermia, cuando vio luchar por primera vez a su futura esposa, Desiree Dhont. En ese momento los dos eran alumnos de tercero del instituto Wapsipinicon. Su gimnasio, el Wade Olin, hogar de los Little Twisters, se llamaba así en honor al mejor luchador de la historia del mundo... un antiguo alumno. Estaba conectado al instituto en sí por medio de un pasillo de paredes acristaladas que permitía a los alumnos ir de un edificio al otro, incluso en pleno invierno, sin hundirse en la nieve.

La noche en cuestión, los Little Twisters iban a jugar al baloncesto contra sus eternos rivales del otro lado del río: los Injuns de Nishnabotna. La cola ocupaba todo el pasillo y llegaba hasta el aparcamiento. El aliento de los que habían llegado primero se condensaba entre las paredes de vidrio, que se habían empañado en el centro y escarchado por los bordes. De la estructura de acero del pasillo pendían hojas de escarcha.

Clyde Banks estaba en el exterior y Desiree Dhont estaba en el interior, lo habitual en ese momento de sus vidas. A él le daba igual el frío, porque la situación le permitía mirar a través de los cristales escarchados sin que Desiree se diese cuenta.

Clyde era de los calladitos que pasaban mucho tiempo pensando. En aquella época pensaba sobre todo en Desiree. No había pasado demasiado tiempo alejado del Medio Oeste y por tanto no había pasado a temas más cósmicos y generales, como por ejemplo si era aconsejable vivir en una zona del país tan inhóspita que los edificios situados a pocos metros de distancia tenían que estar conectados por costosos túneles de vidrio.

Clyde no era el único chico que miraba fijamente a Desiree, pero, eso sí, tenía una capacidad contemplativa más desarrollada que la mayoría y, por tanto, había encontrado una justificación razonable para que él y Desiree fuesen naturalmente perfectos el uno para el otro: técnicamente, ninguno de los dos era de Wapsipinicon. Clyde vivía al otro lado del río, justo en la afueras de Nishnabotna, y debería haber ido al instituto del condado, pero su abuelo y tutor,

Ebenezer, que valoraba mucho la educación, había puesto el grito en el cielo y sacado un fajo de billetes de una de sus cientos de pequeñas, secretas y muy dispersas cuentas corrientes —o quizás hubiese sacado algunas monedas de oro antiguas de sus múltiples y muy dispersas latas de café— y había pagado la matrícula para que Clyde estudiara en Wapsipinicon.

La familia de Desiree vivía a varios kilómetros al sur del pueblo, en una granja. La granja estaba en un ramal de la línea férrea Denver-Platte-Des Moines. Por aquel ramal en particular, que llegaba hasta el centro del campus de la Universidad de Iowa Oriental, se transportaba carbón a la planta eléctrica universitaria. Cuando Dan Dhont hijo, el mayor de los chicos Dhont, llegó al instituto, el consejo municipal de Wapsipinicon votó a favor de la anexión de los primeros kilómetros de ese ramal de ferrocarril. Ahora el pueblo de Wapsipinicon tenía un largo istmo, delgado como una aguja, en plan islas Aleutianas, que iba directamente hasta la granja Dhont. Gracias a eso, Dan Dhont y todos los otros Dhont pudieron matricularse y, lo que era más importante, luchar en el equipo de Wapsipinicon.

Por tanto, ya de entrada había muchos puntos de coincidencia entre Clyde y Desiree, o eso había llegado a creer Clyde tras largas reflexiones. Aún no había dado con la manera adecuada de comunicar esa extraordinaria relación en una conversación real con la muchacha, pero estaba estudiando el problema. Había considerado múltiples opciones, pero todas requerían diez o quince minutos de explicaciones preliminares y, francamente, no le parecía la mejor forma de empezar.

Igualmente absorto en los encantos de Desiree Dhont se encontraba un chico de Nishnabotna que hacía cola justo detrás de ella. Naturalmente, viajaba con un grupo de chicos de Nishnabotna. Naturalmente también, le incitaban, empujándole juguetonamente hasta que casi la rozaba. Al fin y al cabo, ¿qué era un encuentro atlético Wapsipinicon/Nishnabotna sin algunos intentos de agresión, asalto, violación e incluso asesinato perpetrados por Injuns contra Little Twisters?

Al fin, el chico de Nishnabotna cometió el error estúpido pero (desde el punto de vista de Clyde) totalmente comprensible de agarrar la nalga izquierda de Desiree Dhont con una mano.

Ni en sus peores pesadillas se le hubiese ocurrido a ese chico que Desiree Dhont estuviese emparentada de alguna forma con los Dhont. No se parecía en absoluto al resto. Después de parir a cinco niños seguidos, la señora Dhont había llegado a la conclusión, en contra de la opinión de los médicos, de que era biológicamente incapaz de tener niñas, por lo que ella y Dan padre habían salido al mundo a adoptar a Desiree. Posteriormente su decisión se demostró plenamente justificada, para desconcierto de los médicos, porque parió a otros tres niños.

Al contrario que los Dhont biológicos, Desiree se bronceaba. Se bronceaba

maravillosa y perfectamente. Sus ojos oscuros tenían una inclinación extravagante y seductora, y su pelo abundante y lustroso era de un negro perfecto. Era imposible que el chico de Nishnabotna supiese que corría peligro; esa criatura seductora había sido separada de su grupo étnico natural, el que fuese, y él podía aprovecharse de ella.

Todo el mundo tiene su papel en la historia cósmica, por insignificante, peligroso o humillante que sea. Los papeles escogidos por los chicos de Nishnabotna tendían a cumplir las tres condiciones. El de aquél en concreto era responder a una pregunta que había inquietado a los cotillas mejor informados de Wapsipinicon desde hacía una década, a saber: ¿Desiree Dhont sabía luchar?

Por todos era sabido que en el cuarto de estar de casa de los Dhont había colchoneta de lucha en lugar de alfombra. Todo el mundo sabía que tenían otra colchoneta en el sótano. El *Des Moines Register* había publicado una foto aérea de la granja en la que se veía una colchoneta en el patio, junto a una zona de pesas, dispuesta a la sombra de los árboles que protegían la parcela del viento. Todos sabían que los chicos Dhont aprendían a luchar antes que a caminar, y que Darius Dhont, al salir del útero de su madre tras cuarenta y ocho horas de un parto terrible, había agarrado el labio inferior de la enfermera usando una llave ilegal y le había dejado con sus uñas de recién nacido cuatro diminutas marcas en forma de medialuna en la cara interna antes de que Dan padre lograra separarle, una, dos, tres, como un árbitro golpeando la colchoneta.

La opinión más fundamentada era que no. La idea de tener a Desiree era que la señora Dhont disfrutase de una presencia femenina en la casa. ¿A qué molestarse en importar cromosomas X desde Tombuctú para que luego se retorciese por el salón ataviada para luchar, aplicando llaves a sus musculosos hermanos? Por tanto a Desiree la habían criado para ser femenina en algo más que en el nombre. Clyde había asistido a la misma escuela que ella y todavía recordaba estar sentado detrás en álgebra, recorriendo con los ojos la construcción de sus trenzas —pelo negro y liso torcido sobre sí mismo, estirado hasta una tensión explosiva, como la cuerda de un piano—, mareado por el encaje que rodeaba su cuello bronceado como un anillo de marfil.

El misterio no había hecho más que crecer cuando se matricularon en el instituto de Wapsipinicon. Para poder justificar el gasto de una piscina cubierta, a todos los alumnos se les exigía que asistiesen a clases de natación. Las chicas se ponían unos impresionantes trajes de baño negros, de una pieza, y los chicos unos pequeños bañadores que apenas ocultaban un poco más de lo que escondía el vello púbico. No les hacía falta que nadie los animase a meterse en el agua.

Los bañadores de las chicas eran muy escotados en la espalda, y todos sabían que era fácil agarrar los tirantes de los hombros, separarlos y desnudar a una chica hasta la cintura como quien pela una mazorca. Así que las chicas usaban los cordones de las zapatillas para atarse los tirantes a la altura de los omoplatos.

Clyde pasaba al menos una noche a la semana fantaseando sobre ese rito insoportablemente erótico: todas las chicas del vestuario atándose las unas a las otras viejos cordones de zapatos, apretando con fuerza los nudos, protegiendo sus pechos para que sólo los tocara el agua verdosa de la piscina. El arreglo conseguía que los bañadores fuesen visualmente más estrechos por detrás y que los hombros de las chicas parecieran más anchos de lo que eran realmente.

A Desiree Dhont la delataron sus deltoides. Al final de su primera clase de natación todos sabían que Desiree llevaba luchando con sus hermanos desde que estaba en la cuna. No eran masculinos, ni poco atractivos en absoluto, y las axilas eran tan delicadas y suaves como la parte posterior de sus rodillas. Pero estaba claro que se trataba de los potentes y desarrollados deltoides mortales Dhont, más hermosos y más sensuales que cualquier pecho o nalga.

La noche en cuestión, estaban ocultos bajo la chaqueta de esquí acolchada y mullida de Desiree. El chico de Nishnabotna no sabía nada de esos deltoides. Sólo sabía que Desiree era una chica relativamente alta; pero él era más alto y era un chico, y estaba con sus amigos, chicos duros de Nishnabotna que trabajaban acarreado fardos de paja y cadáveres de cerdos. No corría peligro. Adelantó la mano y le tocó el culo.

Parpadeó cuando el largo pelo negro trenzado de Desiree le golpeó la cara, impulsado por una tremenda fuerza centrífuga.

Desiree ejecutó un movimiento rápido; el chico tenía la mano vacía antes de que la sensación agradable le hubiese recorrido el brazo para llegar al cerebro.

En décimas de segundo ella se había colocado a su espalda y le doblaba el brazo como si fuese una pinza para el pelo. Empujó la cara del chico por el pasillo y le retorció el brazo una última vez. Él abrió la boca para gritar.

El sonido quedó amortiguado por un trozo de la estructura de acero de la ventana que se le pegó directamente a la lengua. El marco no estaba aislado. Era enero. Desiree le soltó, pero el marco no. Su lengua y como un cincuenta por ciento de la superficie de sus labios siguieron pegados por congelación, como si hubiesen untado el marco de pegamento industrial.

La amiga de Desiree le guardaba el sitio en la cola. Volvió a ocupar su lugar, ajustándose los vaqueros.

—Me llamo Desiree —dijo. Desiree vivía en la zona desde que tenía cinco semanas, pero Clyde se la imaginaba hablando con el acento nítido de las modelos de los videos de bañadores de *Sport Illustrated*.

—Ah —dijo el chico de Nishnabotna, girando los ojos todo lo posible en el interior de las cuencas.

—Desiree Dhont —dijo ella.

—¡Aaaaaaaag! —dijo el chico y se puso a forcejear.

—Darius no ha llegado... *todavía*. Está aparcando la camioneta.

Clyde decidió que era mejor no quedarse allí para ver cómo el chico se

arrancaba la lengua del marco. Tenía muchas cosas en las que pensar y el partido Injuns-Little Twisters no era el mejor lugar para reflexionar. Era mejor, y tenía mucho más estilo, internarse sin rumbo en el frío cegador. Lo que acababa de presenciar era muy importante. Iba a tener que pensar en ello mucho tiempo.

Desde ese momento supo que Desiree era la mujer para él y que él era el hombre para Desiree, y que algún día se casarían y tendrían hijos. Conocerse, conseguir que se enamore de él y lo demás no eran más que detalles.

Al final resolver los detalles le llevó catorce años. Las cosas empezaron torciéndose al año siguiente cuando Clyde parecía pasarse media vida luchando con Dick Dhont, el hermano siguiente a Darius. En cualquier otro municipio del mundo, Clyde habría sido el campeón de su peso. En cualquier otro estado habría sido campeón estatal y en cualquier otro país hubiese tenido posibilidades de entrar en el equipo olímpico. En el instituto Wapsipinicon era el perdedor perpetuo y objeto de escarnio constante. Su única forma de progresar en la vida era derrotar a Dick en la colchoneta, cosa que intentaba una vez por semana. En dos ocasiones ganó, simplemente para ser derrotado por Dick a la semana siguiente. Clyde y Dick llegaron a conocerse más íntimamente que muchos matrimonios. Naturalmente, Clyde esperaba que eso derivase en una relación con Desiree. Así fue; pero se trató de una relación distante y platónica. Clyde quedó vindicado seis años más tarde cuando Dick ganó una medalla de oro en las Olimpiadas, aunque de nada le sirvió en el instituto.

Desiree se matriculó en la escuela de enfermería. Fue la única Dhont que no logró una beca completa de lucha en ninguna universidad, así que en su lugar siguió la ruta del programa de oficiales de reserva del Ejército. Después de licenciarse, pasó cuatro años en el Ejército cumpliendo con su compromiso, y luego se reenganchó otros dos. Se casó con un tipo que conoció en el Ejército y se estableció en California. Se divorció dos años después y regresó a Wapsipinicon.

Clyde trabajó en la construcción durante dos años, supuestamente para financiar su futura educación universitaria, pero para cuando pudo permitírsela y a no le interesaba. No tenía ninguna vocación laboral específica que exigiese un título oficial, y había descubierto que podía leer gratis en la biblioteca de la UIO y gastar el dinero viajando.

Se gastó el dinero de la matrícula en recorrer Estados Unidos y Canadá en moto, e incluso durante una temporada se dedicó a lo de dar vueltas por Europa. Regresó a Wapsipinicon, estuvo ocioso durante un año, se aburrió de estarlo y finalmente ingresó en la Academia de Policía de Iowa, en Des Moines. Después de graduarse el primero de la clase, consiguió su trabajo de ayudante del sheriff del condado de Forks, que englobaba Wapsipinicon y Nishnabotna. Tarde o temprano tenía que toparse con Desiree. Descubrieron, para sorpresa mutua, que

tenían mucho de lo que hablar. Salieron durante unos meses, alquilaron una casa en Wapsipinicon y se fueron a vivir juntos para casarse un año más tarde.

Después de un par de años de vida relativamente despreocupada, decidieron tener hijos. Tomaron la decisión en junio de 1989. Conocían a otras parejas que habían tenido problemas para tenerlos y que habían pasado años sometiéndose a varios tratamientos y probando estrategias de adopción, y por tanto pensaban que debían empezar lo antes posible. Desiree se quedó embarazada aproximadamente a los cuarenta y cinco minutos.

No mucho después, Clyde Banks volvió a pensar en su carrera profesional. Era hora de buscar otro trabajo. La única forma de ascender era presentarse a sheriff del condado de Forks en las elecciones de 1990. Lo que significaba dejar sin trabajo a su jefe, Kevin Mallowney. Mallowney era demócrata. Clyde Banks no tuvo más elección que apretar los dientes y convertirse en republicano. El Partido Republicano quedó encantado de tenerle en sus filas, pero no había muchos republicanos en la zona y el partido no tenía mucho dinero.

Así que Clyde Banks tuvo que pensar a fondo en algunas estrategias de campaña realmente baratas. En eso pensaba a las seis y media de la mañana del 1 de marzo de 1990, de pie en la cocina, dorando un kilo de carne picada en una enorme sartén de hierro. Acababa de salir del turno de noche y seguía vestido con el uniforme marrón. Las paredes emitían silbidos y gemidos a medida que el agua caliente corría por las cañerías; Desiree se duchaba. Si apartaba la cara de la columna de vapor aceitoso de la sartén podía oler el champú de melocotón que usaba para el pelo.

En la encimera había un enorme trozo de papel blanco que hasta hacía poco envolvía la carne picada. En varios puntos tenía una inscripción: « 01-marzo-90.» A su lado había otros tres paquetes blancos de solomillos, todos con la misma fecha.

Lo primero que había hecho la Jefa esa mañana al levantarse de la cama había sido ir al congelador, lleno hasta los topes de paquetes blancos, y buscar hasta dar con los cuatro marcados con la fecha del día. A Clyde jamás se le hubiera ocurrido hacer algo así; hacía al menos dos meses que no caducaba nada de carne, y ni él ni Desiree tenían por *costumbre* revolver en el congelador memorizando numeritos azules. Pero Desiree, con su instintos de no desperdiciar nada del nido, lo sabía, como si durante toda la noche se lo hubiese estado susurrando una voz fantasmal, como si el espíritu del buey que había expirado en Carnes Lukas, más o menos un año antes, la atormentase para asegurarse de no haber donado sus patas, solomillos, rabadilla y demás para que simplemente acabaran en la basura. Y por tanto ahora Clyde doraba carne que debía consumir antes de la medianoche, no se fuese a poner verde y purulenta. Los filetes esperaban sobre la encimera. Desiree iba a dejarlos en casa de los vecinos, de camino al trabajo, para librarse de la carga moral.

Salió de la ducha con el pelo mojado, oliendo a melocotones con un toque de algo más intenso. Llevaba uno de los albornoces de Clyde, porque ninguno de los suyos le cubría ya la barriga, e incluso el de Clyde tenía que cerrárselo con un imperdible.

—Eres una criatura asombrosa —dijo él, girándose para mirarla, sin dejar de remover la carne con la otra mano. La Jefa se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho, por encima de la barriga, y le sonrió.

—Recuerda que esta noche tenemos clase —dijo ella.

Clyde deseaba hacer un comentario despectivo sobre la clase, en la que una enfermera del hospital metodista, una mujer de melena gris con la raya en medio, que vivía con otra mujer y muchos gatos en una granja cercana a Wapsipinicon, explicaba cómo respirar a Clyde, Desiree y otras parejas. Clyde confiaba por completo en la capacidad respiratoria de Desiree, ya que llevaba respirando desde hacía más de treinta años sin interrupciones dignas de mención. Pero su primer comentario sarcástico a la ligera sobre la clase de respiración, un par de meses antes, había desatado una cascada de lágrimas, lo que le recordó a Clyde que, sin ningún género de duda, cuando él y Desiree habían decidido «quedarse embarazados» habían entrado en un territorio de increíble ternura donde él estaba mal equipado para hacer o decir nada sin provocar daños emocionales de consideración. Así que se limitaba a seguir a la Jefa con las manos a los lados, dando pasitos, sin decir mucho; y le iba bastante bien.

—Estaré de vuelta para la clase —dijo.

—¿Vas a empezar hoy? —dijo Desiree.

Vaciló un segundo y luego dijo:

—Sí. —Lo que, ahora que se lo había dicho a su esposa, significaba que estaba totalmente comprometido. Clyde Banks se presentaba a sheriff.

CAPÍTULO 2

Todas las mañanas James Gabor Millikan se despertaba a las seis y durante quince minutos no movía ni un músculo. La transición de la inconsciencia del sueño a la existencia controlada al milímetro de su vida siempre le resultaba aterradora. Se quedaba rígido, con los ojos abiertos, repasando la lista de comprobación de su vida con la misma meticulosidad con la que un piloto prepara un 747 para un vuelo trasatlántico.

Y el símil le parecía perfecto. De la misma forma que el piloto no quiere estrellarse en medio del océano y matar a todos los pasajeros por falta de previsión, igualmente Millikan no deseaba dar pie a la más mínima equivocación ni permitir que el mundo tuviese ocasión de malinterpretarle y malinterpretar por tanto a los Estados Unidos de América. Sólo tras comprobar el estado de los distintos compartimentos de su vida comenzaba a salir del capullo protector de su edad.

Se calzó las zapatillas inglesas, que la noche antes había dispuesto cuidadosamente al lado de la cama, y se puso el albornoz sobre el pijama de rayas. Su hogar se encontraba en la avenida Wisconsin, en Washington D. C., justo delante de la catedral nacional, pero esa mañana estaba en París, en el Hotel Intercontinental. Aun así, las zapatillas y el albornoz eran exactamente los mismos que en su hogar. La noche antes se había dado un baño y se había afeitado. Se aplicó un poco de gel en el pelo que empezaba a escasear y atacó con la maquinilla eléctrica la barba plateada que se había atrevido a aflorar desde medianoche.

Dedicó tres cuartos de hora a leer varios documentos que sacó del maletín, en su mayoría telegramas escuetos provenientes de ciudades importantes de Oriente Próximo.

Regresó al dormitorio de la suite y se aplicó colonia y desodorante, especialmente preparados en Whitsons on the High de Oxford. Abrió el armario. En el estante superior había diez camisas blancas de cuello francés increíblemente dobladas y almidonadas, que siempre tenía a su disposición. En

el siguiente estante había diez pares de calcetines de seda negra, diez pares de boxers almidonados y planchados, diez camisetas y diez pañuelos de lino almidonados. En el de abajo había tres pares de zapatos negros que iba alternando. Tenía diez trajes de raya diplomática, negros como el carbón, obra de Mallory ð en Savile Row, que se iba poniendo sucesivamente; siempre había uno en la tintorería. Tenía cinco corbatas Hermès cómodamente enrolladas en su corbatero.

Se vistió de forma eficiente y decidida, se puso la corbata, los gemelos de flor de lis (después de todo, estaba en Francia), los Duckers fabricados a mano en el taller de Turi en Oxford, se miró en el espejo de cuerpo completo que había en la cara interior de la puerta del armario, recogió el abrigo de cachemira del colgador.

Luego bajó a recepción, saludó al portero y salió a las calles de su ciudad favorita. Se detuvo en la acera y respiró el aire frío y perfumado de principios de la primavera... Los cerezos y los primeros rododendros florecían. Miró a lo largo de la calle Castiglione hasta las nubes teñidas de rosa de las Tullerías. Giró a la izquierda y recorrió la calle St. Honoré; la brisa cambió al llegar a la esquina y captó aroma a café tostado y pan cocido. Se detuvo en su café favorito, se quedó junto a un encargado de saneamiento uniformado de azul, se tomó un café solo y se comió un cruasán.

Siguió caminando, pisando con cuidado para esquivar el patrón aleatorio de excrementos de perro, reflexionando acerca de que, gracias a Georges Haussmann, las alcantarillas de París estaban más limpias que las aceras. Caminó con prudencia, mirando los escaparates de las tiendas que vendían a los triunfadores del capitalismo y sus parejas: Gucci, Salavin Chocolatier, Guerlain, Bulgari y Fayer.

Sobre todo le gustaba París al comienzo del día, cuando la ciudad todavía estaba tranquila, mientras Washington seguía dormida y (exceptuando a los gnomos nocturnos de la Agencia) era incapaz de incordiarle. La molestia empezaría a media tarde, cuando ya no podría estropearle el almuerzo de trabajo. Durante las horas siguientes Millikan sería más o menos un agente libre y en perfecta forma: articulando los impulsos bastos y toscos de los Estados Unidos de América en forma de política exterior de cara al resto del mundo. Él, no Baker del Departamento de Estado, comprendía los Estados Unidos de América y el mundo. Él, James Gabor Millikan, era quien estaba allí, sobre el terreno, preparándose para almorzar con su viejo amigo Tarik Aziz, el ministro de Asuntos Exteriores de Irak. La reunión tendría que haber sido durante la cena, pero Aziz había sido misteriosamente convocado a Bagdad y había solicitado cambiarla a un almuerzo.

Miró brevemente el interior de la iglesia polaca, persignándose al entrar, admirando los estáticos y barrocos santos y aspirantes a santos de las paredes.

Pasó a la calle Royale, se detuvo un momento para admirar la elegancia neoclásica de la Madeleine, a la derecha, y luego giró a la izquierda hacia la plaza de la Concordia. Los jeroglíficos del obelisco destacaban con una desacostumbrada nitidez a la luz del sol matutino, como si los hubiesen tallado la noche antes.

A la derecha se encontraba la embajada estadounidense, en un edificio del siglo dieciocho de una elegancia espléndida e inútil. Pasó frente a la entrada principal y hasta la parte posterior, donde los marines de guardia le indicaron que siguiese avanzando, dejando atrás coches aparcados hasta una entrada anónima bien protegida que conducía a un pequeño ascensor. Subió hasta el cuarto de los cinco pisos, donde le recibieron otro marine y el agente de guardia de la CIA, que le esperaban.

Se encontraba en el centro de la acción: las habitaciones seguras. En los demás lugares no sucedía nada de importancia. El resto de la embajada no era más que fachada inútil. El agente de guardia tecleó el código para permitirle cruzar una puerta de cámara de seguridad encajada incongruentemente en un marco muy recargado. A través de la pesada puerta oyó el sonido del aire en movimiento. Cuando el agente de guardia la abrió, el sonido, como de inmensos ventiladores de garaje, ahogó cualquier otro: no era tanto estruendoso como absoluto y dominante.

Miraba una habitación dentro de una habitación: una caja de cristal colocada sobre cuatro resortes bimetálicos que la aislaban del resto del edificio.

Millikan recorrió rápidamente los pocos metros de espacio vacío que rodeaban la habitación de vidrio; supuestamente estaba inundado con radiación electromagnética que freía los riñones, o algo así, si te quedabas demasiado tiempo. Ya estaba dentro. Su ayudante, Richard Dellinger, le esperaba con un archivo con el sello de « Acceso restringido ». Contení los últimos informes de Langley para prepararle para lo que Aziz le estuviese preparando. Como era habitual, no contenía nada que no supiese ya. No estaban del todo seguros de la razón por la que Aziz había sido llamado con tan poca antelación, pero bien podía tratarse de alguna tontería interna sin ninguna relación con la sustancia de la reunión en sí, y por tanto Millikan decidió no malgastar esfuerzos elucubrando.

A las doce y media, él y Dellinger ya volvían a estar abajo y se fueron al hotel Crillon, situado al lado de la embajada. Grandes cortinas de tafetán a juego con las alfombras rojas enmarcaban las altas ventanas que ofrecían una panorámica de la plaza de la Concordia y, al otro lado del Sena, de la Asamblea Nacional. El comedor estaba repleto de turistas japoneses y árabes con dinero. El maître se acercó a toda prisa, muy dignamente, para informar a Millikan de que Aziz ya había llegado.

Millikan hizo un gesto de perplejidad a Dellinger.

—Pues sí que tiene prisa.

Siguieron al maître hasta un pequeño comedor privado en un rincón del restaurante, con una sola mesa vestida con un exquisito mantel de lino blanco, cubertería de plata y un precioso ramillete de flores primaverales en el centro. Un árabe con un mechón de pelo gris, bigotito y gafas gruesas se ponía en pie para recibirlos.

Millikan conocía a Aziz desde que los dos estudiaban en Inglaterra, y lo consideraba su igual tanto en el plano intelectual como en el diplomático. A pesar de que representaba un país que contaba con un único recurso, subdesarrollado y gobernado por un loco, Aziz era tan capaz como Millikan para articular los impulsos toscos y bastos de Irak en forma de política exterior presentable al resto del mundo.

Millikan y Aziz pertenecían al club más elitista del mundo, incluso más elitista que el de las agencias de espionaje, el de las grandes finanzas y el mundillo político. Había muy pocas personas, realmente pocas en el mundo que, por pura fuerza de su inteligencia y su sensibilidad, pudieran vencer las trabas de la identidad nacional, el sistema habitual de recompensa política y, sobre todo, la estupidez de sus burocracias para recorrer el sendero de la supervivencia mundial. Los políticos, por necesidad, son los grandes capitanes de los buques nacionales que navegan por los mares peligrosos y anárquicos de las relaciones internacionales. Pero estarían ciegos sin prácticos de puerto como Millikan y Aziz, hombres capaces de ver los arrecifes menos evidentes y las moles ocultas de los icebergs. Sirven a sus Estados, porque sólo los Estados disponen de los recursos necesarios para dar uso a su inteligencia. Pero no hay amos para esas personas de una inteligencia que lo comprende todo. Forman un cuerpo de profesionales que se han hecho a sí mismos, autorregulado, son los últimos de los verdaderos diplomáticos, la última generación de un arte iniciado en Italia después de la Paz de Lodi en 1454.

Millikan comprendía que en 1990, con la Unión Soviética desmoronándose, el Partido Comunista Chino llevando a cabo una improbable transición hacia la Cámara de Comercio China, e incluso Sudáfrica alejándose del caos, Estados Unidos sólo tenía un enemigo: Irán y la red mundial terrorista de Irán. Aziz también lo sabía, porque su país había pasado la mayor parte de la década anterior en un enfrentamiento pantagruélico con los ampliamente superiores — en casi todos los aspectos— iraníes. Sabía bien que sólo un programa de ayuda expertamente manipulado, dirigido tanto abiertamente como en secreto por los americanos, había hecho posible la supervivencia de Irak. Y por tanto, los dos hombres, que respetaban mutuamente sus habilidades, poseían la ventaja añadida de ser aliados en todo menos nominalmente.

Había un joven iraquí sentado junto a Aziz, su ayudante y el equivalente de Dellinger. Otro iraquí, casi un gemelo del joven Saddam Hussein, estaba junto a la puerta con un bulto sospechoso en la chaqueta. Cerca de la mesa había un

francés de mediana edad, Gérard Touvain, el contacto con el Ministerio de Exteriores francés.

Aziz saltó de detrás de la mesa directamente hacia Millikan. Era una salida deliberada del protocolo, sin duda cuidadosamente planeada por Aziz para dar la impresión de un gesto espontáneo. Gérard Touvain intentó sin mucho entusiasmo interceder y realizar las presentaciones formales. Se limitaría a escuchar, y tanto para Aziz como para Millikan no sería más funcional que el motivo del papel pintado ni menos eficiente que los dispositivos de escucha repartidos sin duda por toda la estancia.

Millikan le dio la mano a Touvain a la ligera.

—Doctor Millikan —dijo Touvain—, permita que le presente a Su Excelencia Tarik Aziz.

Millikan dedicó a su viejo colega su mejor y más cálido apretón a dos manos.

—*Zdraustvui, tovarishch.* —Los dos habían servido simultáneamente en Moscú.

—*Saint, mon vieux* —respondió Aziz, y los dos se sentaron a la mesa.

Touvain inició una charla insustancial señalando a quien quisiera prestarle atención la *belle lumière* del hotel. Presentaron a los ayudantes, pasaron del guardaespaldas iraquí y, a Touvain, al cabo de unos minutos, le dijeron cortésmente que se largase.

Sobre la mesa pequeña había una bandeja dispuesta tal como había pedido Millikan, con una botella helada de Stolichnaya, caviar de beluga y platitos de pan negro, mantequilla, cebollas y huevo duro picado.

—Pensé que a esta hora ya habrías bebido demasiado champán, viejo amigo —le explicó Millikan, sabiendo el desprecio que sentía Aziz por los franceses por, entre otras cosas, haber dado asilo al ayatolá Jomeini en los años setenta.

—No podrías tener más razón, Jim —respondió Aziz.

Millikan detestaba que le llamasen Jim; de niño se peleaba si alguien le llamaba Jim. Pero Aziz llevaba veinte años llamándole Jim y no iba a pedirle ahora que lo dejase.

—Un brindis —dijo Millikan cuando los pequeños vasos estuvieron llenos de vodka, denso de tan helado—. Por la diplomacia.

Los cuatro entrechocaron los vasos y se tragaron el Stoli de un solo trago. Prepararon con cuidado, consumieron y saborearon las rebanadas de pan negro con mantequilla, cebolla, huevo y caviar. Aziz propuso un brindis:

—Por nosotros, Jim, y por la continua cooperación de nuestros países.

Media hora después se habían terminado el caviar, el vodka iba por la mitad y estaba olvidado. Los ayudantes habían tragado un poco de pan y mantequilla y habían sacado los cuadernos de notas. Millikan y Aziz, como correspondía a los reyes de la diplomacia, pasaron al tercer plato, una refrescante sopa ligera con un toque de limón para limpiar el paladar del excelente pero intenso *steak tartare*

que la había precedido.

Aziz miró por entre platos y velas y señaló al techo, indicando así que los dos actuarían dando por supuesto que no eran las únicas personas escuchando.

—¿Cómo te van las cosas en Washington, *mon collègue*?

—*Otlichno, moi drug.* [Excelente, amigo.] El presidente comprende lo que es necesario hacer. Exceptuando a los pocos exaltados habituales del Congreso, no hay ningún problema. La prensa todavía comprende que Irán es nuestro principal problema, aunque debes entender que tu jefe, por su propia naturaleza, llama la atención de nuestros periodistas más sensacionalistas. El sector privado apoya nuestra política. ¿Qué hay por tu parte?

—Estamos muy satisfechos con nuestra cooperación... aunque comprenderás la necesidad de reemplazar a los hombres y el material perdidos durante la última guerra. Tendremos que dar usos creativos a parte de vuestra ayuda. Estoy seguro de que lo comprendes.

A los dos les gustaba jugar a aquello, sabiendo que mientras hablaban sus palabras eran procesadas y enviadas a docenas de capitales. Y no habían dicho nada que no hubiese sido publicado en el *New York Times* de la semana anterior.

—¿Queda algo de lo que hablar antes del siguiente plato?—preguntó Millikan.

—No —respondió Aziz—. Dejemos que nuestros amigos disfruten de esta buena comida. —Volvieron los camareros, trajeron nuevos platos: un sencillo y abundante *saumon grillé*.

Comieron bien y bebieron mejor, los dos viejos amigos que sabían que una cámara de vigilancia oculta tras la rejilla de ventilación de la pared observaba su representación. No se pasarían papeles sobre la mesa, no sucedería nada desafortunado. Se trataba de vivir bien, comer bien y pasarlo bien... Un buen momento diplomático.

—Tengo que orinar —anunció Aziz de pronto en voz alta.

—*Moi aussi* —respondió Millikan—. Iré contigo. —El camarero los guió por el comedor principal, pasillo abajo y doblando algunas esquinas hasta el baño, acompañados siempre por el guardaespaldas, que entró primero y pasó unos minutos comprobando que no hubiese bombas.

Entraron, Aziz a un urinario y Millikan a un excusado, este último disculpándose por sus riñones tímidos, y mearon con estruendo.

Millikan empezó a reírse como un niño travieso, como si el vodka le hubiese convertido de nuevo en un alborotado estudiante universitario.

—¿Qué pasa? —dijo Aziz en voz alta.

—Tienes que leer lo que pone en esta pared, es muy divertido —dijo Millikan.

Aziz se subió la cremallera y fue al excusado, encajándose junto a Millikan, quien estaba allí de pie sosteniendo un trozo de rugoso papel higiénico francés en el que había escrito algo con un rotulador soluble en agua. Aziz lo tomó y leyó.

Decía: « ¿Vais a jodernos con Kuwait? »

Aziz agitó la cabeza en un «no» enfático. Millikan soltó aire y pareció relajarse. Recuperó el papel, lo rompió y lo echó al retrete. Aziz dijo:

—Quiero apuntar ese número de teléfono. Podría serme útil en alguna ocasión... para algunos de mis colegas iraníes.

Regresaron a una mesa donde sus ayudantes se relajaban... El vodka había dado paso al vino. Un carrito de postres llegó y se fue, acompañado de café, té y lugo puros. A esas alturas ya eran las tres y media en el hotel Crillon.

—Será mejor que te asegures de que ha llegado el coche —le dijo Aziz a su ayudante, y luego, volviéndose hacia Millikan—: Por favor, transmite mis más sinceros respetos y mi admiración a tu presidente.

—Lo mismo para tu líder, amigo mío. —Los dos se dieron la mano cordialmente y salieron para ser recibidos por Touvain, quien los había esperado en una mesa cercana con cigarrillos, café y una novela existencialista. El ayudante iraquí apenas podía caminar. Dellinger se arrojó en el sofá del vestíbulo del hotel y cerró los ojos. Millikan acompañó a Aziz al exterior, donde le esperaba un Mercedes largo iraquí, el vehículo de pasajeros más pesado que Millikan hubiese visto jamás en las calles de París.

La puerta de la limusina apenas se había cerrado cuando Aziz ya hablaba por teléfono con alguien. Millikan, por su parte, redactaba mentalmente el cablegrama al presidente. No estaba exactamente seguro de lo que diría pero, basándose en lo que Aziz le había dicho en el excusado, incluiría su frase favorita: « Todo va bien.»

En París la temperatura era de quince grados y ya florecía la primavera. De pronto Dellinger estaba a su lado sin demostrar signos de embriaguez.

—Estaría bien dar un paseo —dijo Millikan.

Dellinger asintió enfáticamente en dirección a la embajada.

Millikan alzó las cejas.

—¿No hay paseo?

Dellinger se encogió de hombros.

Cinco minutos más tarde estaban en la habitación segura.

—¿Qué pasa? —dijo Millikan.

—Probablemente no sea nada, señor.

—Bien, muy pocas cosas me puedes decir para alterarme. Aziz me ha confirmado que no tenemos nada que temer en Kuwait. Me ha confirmado que se rearmen para volver a atacar a Irán. Por Dios, ¿qué iban a ganar yendo por Kuwait? ¿Más petróleo? Por tanto, ¿de qué se trata?

—Verá, señor, la Agencia informaba sobre Irak a nuestro agregado de agricultura en Bagdad, que pasaba unos días en Washington. Nada fuera de lo común... sólo unos analistas sentados con el agregado transmitiéndole información reciente.

—¿Y?

—Bien, señor, parece que una de las analistas de la Agencia le dijo al agregado que los iraquíes estaban empleando los fondos de trescientos millones de dólares de Comida para la Paz para, en su opinión, comprar o desarrollar armas.

—¡Qué! —Millikan apenas podía creer lo que oía; debía de ser un error—. ¿Qué hacía una analista militar en una sesión informativa con un agregado de agricultura?

Dellinger se mostró compungido.

—No era una analista militar —dijo—. Era una analista de agricultura.

Millikan seguía demasiado estupefacto para enfurecerse.

—¿Me estás diciendo que una analista de agricultura decidió, primero, meterse en asuntos militares, y luego dar su opinión personal sobre la política militar de Saddam a uno de nuestros diplomáticos?

—Su opinión, sí.

Millikan respiró profundamente un par de veces.

—Por favor, sigue —dijo.

—Bien, cuando ese agregado regresó a Bagdad, se lo contó al subdirector de la misión, quien se lo contó al embajador, quien se lo contó a Baker, quien se lo contó al presidente.

—¡Oh, Dios bendito! —dijo Millikan y golpeó con tal fuerza la mesa que sonó como un disparo.

—Mientras estaba en el baño con Aziz, me llamaron y me lo contaron. No creo que sea importante. Pero pensé que debía decírselo.

Que algo así hubiese sucedido al final de un día casi perfecto... Millikan tenía ganas de gritar. Pero no gritó. En sueños, antes de las seis de la mañana, se permitía el lujo de gritar. A partir de las seis de la mañana no gritaba nunca.

Pero se le consentía cabrear.

—No crees que sea importante. El presidente lo sabe, es posible que Aziz haya vuelto a Bagdad a toda prisa por eso y tú no crees que sea importante. ¡Maldita sea! ¿Esos gilipollas no saben que aquí intentamos hacer política exterior? ¿No puedo mantener ni una sola reunión con mi colega sin que el comportamiento imperdonable de una zorra analista me la destroce?

Richard Dellinger pensó que no era un buen momento para comentar el funcionamiento habitual del Gobierno de Estados Unidos. Se limitó a decir:

—No lo sé, señor.

—No vamos a perder la política de Oriente Medio simplemente porque una contable de último nivel no sabe mantener la boca cerrada. Dile al piloto que prepare el avión. Volvemos antes de lo previsto.

CAPÍTULO 3

Un centro comercial al sur de Wapsipinicon albergaba las oficinas de la inmobiliaria de Buck y Grace Chandler, que habían actuado como intermediarios de Clyde en su reciente compra de un edificio de apartamentos en Nishnabotna. Visitando las oficinas a menudo había pasado frente a la puerta de una oficina más pequeña y más barata que tenía alquilada el doctor Jerry Tompkins, anteriormente del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Iowa Oriental (le habían negado la plaza), y director de Tompkins y Asociados Encuestadores y Consultores.

Los «asociados» eran su esposa y su madre. Esta última, una mujer regordeta y endomingada, ocupaba como un asta de bandera una pequeña silla giratoria sin brazos situada en la primera habitación, mirando fijamente el teléfono silencioso con su amenazador cuadro de teclas. La primera, una criatura angulosa ataviada con un chándal lavanda, estaba inclinada en un rincón de la habitación con la afilada nariz tan cerca de la pantalla de un Macintosh que su piel cerúlea estaba iluminada por un resplandor cadavérico. La pantalla contenía una cuadrícula llena de números. La señora Tompkins agitaba frenéticamente la mano derecha sobre la mesa, que, comprendió Clyde, ocultaba uno de esos ratones de ordenador. Hablaba en voz baja consigo misma.

El doctor Tompkins salió de la parte de atrás como si hubiese estado muy ocupado y se hubiese olvidado por completo de la cita gratuita con Clyde. Era un tipo alto y delgado de barba escasa, vestido con un terno mustio y gafas de montura al aire de lentes panorámicas. La consulta gratuita y sin compromiso duró quince minutos y consistió básicamente en que el doctor Tompkins le dijera a Clyde que era un desconocido y que, si iba a convertirse en una figura pública, debía ponerse lo antes posible a construirse una imagen... Una tarea hercúlea que sería infinitamente más simple si el doctor Jerry Tompkins le ayudaba. No hubo palabras ociosas, café ni cualquier otra formalidad preparatoria. A Clyde le pareció una forma muy fría de hacer negocios, al menos en comparación con lo normal en Nishnabotna; pero quizás en Wapsipinicon la gente no tenía tiempo

para malgastarlo en actividades improductivas como charlar un poco... sobre todo la gente con doctorados y ordenadores. Clyde salió de la consulta gratuita con la sensación de incapacidad personal y el deseo perverso de volver a Tompkins y Asociados como cliente de pago.

Había ido exclusivamente porque Terry Stonefield, presidente del Partido Republicano del condado de Forks, le había dado a entender que tendría un presupuesto para la campaña. Pero unos días más tarde, Terry Stonefield había convocado precipitadamente la sesión estratégica 1990 del Partido Republicano, en la que Clyde, los otros candidatos republicanos, Terry Stonefield y algunos importantes republicanos de Forks habían pasado unas horas alrededor de una mesa de una de las oficinas de Terry bebiendo café y principalmente manifestando su acuerdo con lo que Terry dijese. Clyde, que no estaba acostumbrado a las reuniones, tardó en pillar el fondo de la cuestión, pero con el tiempo acabó comprendiendo que, desde el punto de vista de Terry y los otros republicanos, la mejor apuesta era la carrera para comisionado del condado. Los comisionados construyen las carreteras y los puentes, valoraban los impuestos y, en general, en su ámbito era donde el Gobierno topaba con la realidad.

Una vez tomada la decisión, se produjo un silencio incómodo en el que Clyde Banks y Barnabas Klopff, médico, el candidato a forense del estado, fueron objeto de un escrutinio embarazoso y furtivo.

—Veréis, Clyde y Barney —dijo al fin Terry—, la política tiene otro aspecto desde dentro. La política es como un coche. Cuando estás fuera, ves una caja metálica grande con ventanillas, ruedas, faros, limpia-parabrisas, manillas en las puertas y demás... En cualquier caso, lo importante es que se mueve y no comprendes por qué. Pero si eres un mecánico, si estás dentro, ves las pequeñas... esas cositas del cigüeñal...

—Las bielas —murmuró Clyde.

Terry se lanzó sobre la palabra como un hombre que se ahoga y agarra una cuerda.

—Sí. Las bielas. Ya comprendes lo que digo, Clyde. Cuando lo ves desde dentro, sabes cómo trucar el motor. Cómo convertir el coche en un bólido. Y dejad que os diga que la forma de hacer que el coche que es el Partido Republicano del condado de Forks salga ahí fuera y logre su mejor puesto es concentrarse en la carrera para comisionado del condado. Porque creo que todos estaremos de acuerdo —Terry hizo una pausa y miró a los reunidos, logrando el consenso incluso antes de decir nada— en que esos malditos comisionados tienen una influencia de gran alcance.

—Se trata de influencia, claro —dijo Clyde tras un largo silencio.

—Clyde, te vas a convertir en un gran mecánico —dijo Terry.

El resultado fue que el presupuesto de Clyde fue transferido casi íntegramente a la carrera para comisionado del condado, dejando a Clyde

privado de la sabiduría del doctor Jerry Tompkins, excepto su admonición gratuita y vagamente recordada de que desarrollase una personalidad y se convirtiese en una figura pública. Como premio de consolación, Terry Stonefield le dio a Clyde el número de teléfono de una empresa en Arkansas llamada Publicidad Jabalí, que le ofreció a Clyde un precio asombrosamente bajo en pegatinas para guardabarros, siempre que las imprimiese en blanco sobre rojo, los colores de la Universidad de Arkansas.

Aparte de las pegatinas, todos los actos políticos y el fomento de su candidatura tendría que hacerlos por su cuenta. Así fue como dio con su estrategia de campaña, que le llevó a la oficina del topógrafo del condado.

—A gran escala.

Clyde era incapaz de recordar la diferencia entre mapas a gran escala y mapas a pequeña escala hasta que leyó *El perro de los Baskerville*. En una de las primeras escenas, Sherlock entra cargado con un montón de mapas de los terrenos de los Baskerville y Watson pregunta si son mapas a gran escala. La respuesta mnemónica de Sherlock se había grabado en el cerebro de Clyde como un hematoma subdural.

El departamento del sheriff tenía pegados a las paredes muchos mapas de su dominio asignado. Cuando Clyde le preguntó a su jefe, el sheriff del condado Kevin Mallowney, de dónde habían salido esos mapas, Mallowney había inclinado la cabeza hacia atrás para mirar a Clyde por debajo de sus bifocales tintadas. Ese pequeño ajuste permitía a Mallowney hacer creer que miraba a Clyde desde más arriba. En realidad, Clyde era más alto que Mallowney; Clyde había luchado con 87 kilos, y Mallowney estaba siempre alrededor de los 76 kilos. Uno de los problemas de personalidad de Mallowney era su típica actitud rencorosa de luchador que cree que podría haber logrado mayor gloria de haber pesado un poco más. Después de graduarse en el instituto, tres años antes que Clyde, Mallowney lo había compensado hinchándose hasta superar los 87 kilos.

—¿Quién iba a querer un mapa así? —había dicho Mallowney. En lo que a él se refería, esos mapas a gran escala eran un instrumento secreto de la policía que no debía caer en manos de los ciudadanos comunes, ni siquiera de ayudantes como Clyde.

—Busco propiedades —había dicho Clyde de inmediato y, a su parecer, convincentemente.

Su decisión era un asunto privado, algo que Clyde tenía en mente y que de momento no quería revelar a nadie, y menos a su oponente, que además era su jefe. Así que dijo que buscaba propiedades.

—¿Cuántas tienes ya? —dijo Mallowney, colocando la cabeza en una posición más normal, evitando a Clyde el intenso escrutinio del sheriff.

—La casa en la que vivimos. Un solar calle abajo. Y luego dos edificios de tres unidades cada uno. —Clyde hacía lo posible por emplear la jerga que usaba Buck Chandler, su agente inmobiliario, y llamaba unidades a los apartamentos. Seguro que amedrentaría a Mullowney.

—¿Te dan dinero? —preguntó Mullowney en voz algo más baja. Había decidido que era posible que su ayudante fuese un sofisticado genio de las inversiones. Todo el mundo sabía que a Clyde los estudios se le habían dado bien y se habían sorprendido un poco de que no fuera a la universidad; quizá, parecía pensar Mullowney, Clyde fuese más listo de lo que creía la gente.

—No producen flujo de caja, si se refiere a eso —dijo Clyde. Emplear el término «flujo de caja» en aquellas circunstancias garantizaba que el cerebro de Mullowney se pusiese a dar vueltas.

—Entonces, ¿qué sentido tiene? —dijo Mullowney.

—Las compro con una hipoteca a quince años —dijo Clyde—, así que las cuotas son elevadas.

—Vaya. La de nuestra casa es a treinta años.

—Todo lo que pase de quince implica pagar demasiados intereses —dijo Clyde.

Mullowney quedó desconcertado. Era una idea que nunca se le había ocurrido, ni a él ni a nadie de su vasta familia ni de su círculo de amistades, que fuera posible llegar a cancelar una hipoteca. Para Mullowney, pagar la hipoteca era un poco como dar para la colecta de la iglesia todos los domingos: tirar dinero pagando algo que no disfrutaría mientras viviera.

—Muy inteligente —dijo Mullowney—. ¿Luego qué? ¿Te jubilarás?

—Bien —dijo Clyde—. Lo hablé con Desiree y decidí que no quiero seguir parando peleas en el Barge On Inn cuando tenga cuarenta años.

—Oh —dijo Mullowney. Parecía sorprendido e incluso un poco dolido de que alguien pudiese no sentirse feliz haciendo precisamente eso.

—¿Quiere mapas a gran escala o a pequeña escala? —le había dicho la secretaria del topógrafo del condado. Llevaba el nombre en una plaquita: Marie O'Connor. Marie O'Connor parecía completamente convencida de ser la única persona en todo el condado de Nishnabotna que conocía la diferencia. Pero cuando Marie O'Connor le planteó la pregunta, Clyde citó a Sherlock

—A gran escala —dijo.

—A gran escala —murmuró ella, alicaída.

Clyde era un tipo corpulento. Cada dos semanas se desnudaba en el garaje, se inclinaba sobre la sección de anuncios por palabras del periódico y se pasaba al seis una maquinilla comprada en Sears, luego se repasaba el cuero cabelludo con el orificio aullador de la aspiradora y a continuación se metía en la ducha. El

astigmatismo le obligaba a llevar gafas de cristales muy gruesos que hacían que sus ojos pareciesen muy grandes. En aquel momento estaba fuera de servicio y, por tanto, vestía tejanos, grandes botas de trabajo y una camisa de franela agujereada desde hacía años por un accidente con ácido de batería; por los agujeros se entreveía una camiseta en la que habían impreso boca abajo el logotipo de los Texas Longhorns sobre el de un campamento de animadoras de Carolina del Sur: Clyde compraba todas sus camisetas en la rebaja anual de la planta de camisetas. Clyde también llevaba una gorra de Las Mejores Semillas de Maíz de Gooch, con la visera sobre la nuca, porque el sobrino borracho del sheriff Mullowney le había roto la ventanilla de la camioneta (Clyde le había arrestado) y la corriente de aire que entraba cuando conducía rápido le quitaba la gorra si no la llevaba invertida.

—Quiero mapas en los que pueda distinguir casas y solares.

—Necesito los números de sección —dijo Marie O'Connor.

—Todos —dijo Clyde—. Necesito todo el condado.

Marie O'Connor quedó conmocionada.

Clyde, que no tenía intención de explicar su plan, se dio cuenta de que resultaría contraproducente no hacerlo.

—Verá, me presento a sheriff del condado —dijo—. Desde este momento y hasta el día de las elecciones tengo la intención de llamar a todas las puertas del condado de Forks.

—Pensaba que Kevin Mullowney volvía a ser el único candidato —dijo Marie O'Connor.

—Bien, acabo de anunciar mi candidatura —dijo Clyde.

Efectivamente, acababa de anunciarla en ese mismo instante. Lo que le hacía sentirse objeto de atención e incómodo... Nada nuevo. Pero acababa de darse cuenta de que si localizaba la dirección de Marie O'Connor podría tachar su casa del mapa. Una puerta menos a la que llamar.

—¿Cuáles son sus aptitudes? —preguntó Marie O'Connor.

—Fui el primero de mi promoción en la Academia de Policía de Iowa. Me gradué en el instituto Wapsipinicon. Fui luchador y jugador de fútbol.

—¿De qué peso? —dijo Marie O'Connor, pasando de todas las otras aptitudes.

—Ochenta y siete kilos.

—¿Participó en el campeonato estatal? —preguntó, entornando los ojos e inclinando la cabeza.

—Sí, señora. Tres años seguidos.

—¿Cómo le fue?

—En segundo quedé tercero en peso, en tercero y cuarto quedé segundo.

—Cierto. Era el que siempre perdía contra Dick Dhont.

—Sí, señora —dijo Clyde, intentando cambiar de tema cuanto antes—. Me gradué en la Academia de Policía de Iowa de Des Moines y tengo cinco años de

experiencia como ayudante del sheriff del condado.

—Bien —dijo Marie O'Connor—, se equivoca conmigo. El primo segundo de Kevin Mullooney es mi yerno.

—Oh.

—¿Tiene algún folleto?

—No llevo ninguno encima.

—¿Pegatinas, camisetas o gorras?

—Todavía no. La verdad es que la campaña todavía no ha empezado oficialmente.

—Bien, entonces le queda mucho trabajo.

—Sí, señora.

—Veamos si podemos conseguir esos mapas —dijo Marie O'Connor en un tono cantarín. Clyde se preguntó, no por primera vez, si la estrategia de llamar a la puerta acabaría siendo un error.

CAPÍTULO 4

Una joven caminaba sola por el bulevar Clarendon, en Rosslyn, Virginia. Era casi tan alta como el varón medio y, de lejos, se la podría haber tomado por un hombre de no haber llevado falda. Su madre siempre la había descrito como «de huesos anchos», «robusta» o con algún eufemismo similar, incluso durante la adolescencia, cuando las labores de verano en la granja de patatas de la familia habían reducido su tasa de grasa corporal a niveles que no se habían vuelto a repetir.

Llevaba cinco años en un trabajo que no requería ni el más mínimo esfuerzo físico y que no le dejaba tiempo para ejercicios extracurriculares. Por tanto, a su complexión se había añadido una capa de grasa. Se desplazaba por la acera con un andar curioso, a grandes y vigorosos pasos, tambaleándose de un lado a otro, con la cabeza alta, la espalda recta. El pelo, que llevaba hasta la nuca se le balanceaba, y sus ojos, que no se adaptaban a las lentillas, se enfrentaban al mundo desde detrás de unas gruesas gafas.

Un frente frío y otro caliente luchaban como demócratas y republicanos por el control del valle del Potomac, y el conflicto generaba enormes nubes esponjosas, cielos azul eléctrico, lluvias y ráfagas alternas de vientos cálidos de primavera y fríos de invierno que llegaban desde el río. Pero el viento fluía alrededor de Betsy como si ésta fuera una estatua de bronce, abriéndole el abrigo de Wal-Mart y revelando el forro a cuadros, pero sin lograr desviarla ni por un segundo de su rumbo por la acera.

Como siempre, los centros superiores del cerebro de Betsy se concentraban en su trabajo. El único aspecto del clima que Betsy notaba era el polen. No había mucho polen en Nampa. Era una chica de granja y sabía cómo era el polen. Pero cuando llegó a Washington y vio la capa amarilla que lo cubría todo durante el mes de abril, creyó que era polvo hasta que su sistema inmunológico reaccionó... como una chica de ciudad que encuentra una rata en el baño.

Ya era abril, y la colección variopinta de relucientes Acuras de profesionales y los Gremlins destartados de los inmigrantes ilegales aparcados a lo largo del

bulevar Clarendon volvían a cubrirse de la película amarilla, pegada con electricidad estática o algo así, que el viento no podía eliminar. Unos minutos antes, del río había llegado algo de lluvia, que había grabado dibujos caprichosos sobre la capa de polen.

De pronto, el paso enérgico de Betsy vaciló y se redujo, y acabó deteniéndose, como un bote que se acerca al atracadero. Levantó los anchos hombros y se inclinó. Cabeceó dos o tres veces, como si sollozase, y de pronto estornudó. No fue un estornudo educado, sino una explosión termoneuclear, tan potente que Betsy estuvo a punto de perder el equilibrio y algunos hispanos que gandleaban al otro lado del bulevar alzaron la vista totalmente en guardia, preparados para entrar en acción. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y encontró un Kleenex, que empleó para limpiarse los mocos. Avanzó varios pasos más calle abajo hasta una papelería llena a rebosar. Con el dorso de la mano abrió la tapa de resorte, pero justo cuando dejaba caer el Kleenex ya destrozado, un envase extra grande de patatas de McDonald's cayó al suelo y rodó acera abajo, empujado por el viento como si fuese una planta rodadora.

—Lo siento —dijo Betsy y se puso a correr tras él como un defensa persiguiendo un cachorro. Le dio varios pisotones tremendos mientras corría por la acera, atrayendo miradas de diversión y admiración de los jóvenes del otro lado de la calle. Al fin consiguió aplastarlo, se inclinó, se lo sacó de debajo del zapato y lo llevó media manzana hasta la siguiente papelería.

Unos kilómetros carretera abajo se encontraba el Pentágono, donde había bastantes militares con suficientes principios como para perseguir la basura de los demás calle abajo durante un vendaval. Pero esa forma de pensar no era muy común en otras partes de la capital y, desde luego, no donde Betsy trabajaba. La chica persistió porque tenía la sensación de que era su única ancla con el mundo y que, si lo dejaba, se encontraría como un Kleenex en un túnel de viento y acabaría Dios sabía dónde.

Trabajaba en el edificio Rutherford T. Castleman, cerca de la estación de metro de Courthouse, en el centro de Rosslyn, y vivía en los apartamentos Bellevue, a pocas manzanas colina abajo. El recorrido le llevaba diez minutos de caminata por la mañana y ocho por la tarde, aunque aquel día lo hizo en siete, porque desde la ventana de su despacho había visto que los vehículos que iban camino de la ciudad circulando por la interestatal Sesenta y seis llevaban los faros encendidos, lo que indicaba que llovía al oeste. Al aproximarse a la puerta principal del Bellevue, echó una ojeada por encima del hombro y dio un repaso rápido a la zona en busca de depredadores. Como no vio ninguno, sacó la tarjeta llave con un movimiento diestro, la apretó contra la cerradura electrónica y abrió la puerta con el hombro. A pesar de que se moría por llegar a casa, se quedó esperando pacientemente a que el sistema hidráulico volviese a cerrar la puerta y saltase el cierre.

Cruzó el vestíbulo, a sus ojos escandalosamente lujoso, tomó el ascensor hasta el décimo piso, recorrió el pasillo y entró en el apartamento. Soltó un profundo suspiro de alivio cuando abrió la última cerradura. Estaba agotada y era estupendo estar en casa.

Del salón llegaban ruidos extraños: patadas, patinazos y una respiración rápida, profunda y rítmica. Betsy recorrió el corto pasillo hasta la única habitación común del apartamento, que servía de salón, comedor y cocina.

Su compañera de piso desde hacía una semana, Cassie, vestía mallas y una especie de top de gimnasia. Llevaba el pelo cuidadosamente trenzado en un moño apretado, con los auriculares de un walkman por encima, y sudaba profusamente mientras realizaba una tabla de aerobio. A Betsy le habían enseñado a no mirar fijamente, pero momentáneamente lo olvidó. Había oído hablar del aerobio de bajo impacto y el aerobio de alto impacto, y estaba más que segura de que lo que veía era esto último y de que no era la primera vez que Cassie lo practicaba. El top deportivo le dejaba el estómago al aire, por lo que, de haber tenido un gramo de grasa en el cuerpo, se le habría visto.

Betsy estaba en parte fascinada y en parte intimidada por el hecho de compartir el apartamento con aquella persona tan exótica. Los empleados gubernamentales jóvenes, solteros y residentes en Washington, debían acostumbrarse al juego de los compañeros de piso; aquél era el tercer apartamento de Betsy y Cassie era su séptima compañera en cinco años. La anterior había sido trasladada a un puesto temporal en Munich sin previo aviso, por lo que Betsy había puesto un anuncio en un foro y le habían mandado a Cassie. Los jefes de Betsy eran muy escrupulosos con sus compañeras. Era mejor que viviera sola y, si eso no era posible, no querían que buscara compañeras en lugares públicos.

El resultado era que Betsy tenía que vivir con gente que, al igual que ella, había pasado el exhaustivo escrutinio del Tío Sam. La cartera colocada sobre la mesita de noche de Cassie, que contenía una placa del FBI y una tarjeta de identificación, demostraba que estaba lo suficientemente limpia para compartir un apartamento con Betsy.

Retrocedió en silencio, como si hubiese presenciado un acto privado, y se refugió en el baño. Se quitó la ropa, la colgó detrás de la puerta y abrió el grifo de la ducha. Luego se miró al espejo, levantó el codo izquierdo sobre la cabeza y, cuidadosamente, sopesó el pecho izquierdo con la mano derecha. Se inclinó hacia el espejo.

La puerta se abrió; la ropa de Betsy cayó al suelo. Cassie ya había entrado antes de detenerse.

—¡Oh! Perdóname —dijo. Lo dijo sinceramente. Pero en realidad no estaba avergonzada, hecho que simultáneamente fascinaba e irritaba a Betsy; si ella hubiese cometido la misma indiscreción, se hubiera pasado el mes entero

disculpándose.

Cassie se había plantado en el baño y miraba fijamente el pecho de Betsy, con el ceño fruncido, sus enormes ojos castaños ardiendo como carbones. Se quitó los auriculares y dio otro paso hacia Betsy.

—¿Qué demonios es *eso*? —dijo, como si estuviese arrestando a un criminal pillado in fraganti con un kilo de marihuana en las manos.

Betsy quedó tan anonadada por la intrusión que ni siquiera tuvo oportunidad de avergonzarse. Miró el pecho en el espejo como si fuese una muestra congelada en un laboratorio criminológico. No estaba segura de cómo responder a la pregunta de Cassie; sabía perfectamente bien la respuesta, pero temía que, si contaba su historia, acabaría balbuceando. Señaló un hematoma largo y estrecho en un lado del pecho.

—Pulgar —dijo. Luego señaló otro, en ángulo con respecto al primero—. Índice. —Un tercero, paralelo al segundo—. Corazón. Anular, sólo una sombra... No hay ni rastro del meñique.

—¡Bien! —dijo Cassie—. Podría ir a buscar un equipo de huellas dactilares. Pero spongo que sabes quién te lo hizo.

«Howard King.» Pero Betsy no dijo nada, simplemente suspiró, intentando controlar las ganas de llorar.

—¿Qué hay del que tienes en la espalda? Es en ángulo recto.

—Un archivador —dijo Betsy.

—Esos hematomas tienen unas horas —dijo Cassie con certidumbre profesional—, por lo que te ha sucedido en el trabajo, no de camino a casa. Ha tenido que ser tu su-per-vi-sor. —Mientras lo decía miraba la cara de Betsy en el espejo, y la cara de Betsy respondió a la pregunta.

—Me salen con facilidad. —Betsy bajó el codo una vez completado el examen.

De pronto Cassie volvía a estar excitada.

—¿Y qué coño es *esto*? ¿Qué demonios te está haciendo esa gente?

Cassie señalaba la marca ancha que rodeaba el brazo de Betsy. Luego lo reconoció y se tranquilizó.

—Oh. El polígrafo. —Sin la menor vergüenza, se bajó las mallas y se sentó en el váter. Betsy se maravillaba de aquella mujer, capaz de hacer cosas como mear delante de otra, casi una completa extraña, aparentemente con tanta naturalidad como si estuviese sentada en la terraza de un café tomándose un capuchino.

Cassie volvió a fruncir el ceño.

—El tipo del polígrafo no te toqueteó, ¿verdad?

—No —dijo Betsy. Podría haber dicho más, pero estaba segura de que le hablaría la voz. Cassie, una vez finalizado el examen clínico del pecho y el brazo de Betsy, se concentró en su cara—. Voy a hacerte beber una cerveza, Idaho —

dijo—. Tengo que conseguir que te abras un poco.

—No, gracias —dijo Betsy—. No necesito ninguna cerveza, gracias.

—Entonces date una ducha mientras yo te preparo algo. Así no sabrás si lleva alcohol. Eso es lo que te hace falta. —Cassie terminó, se subió las mallas y se detuvo en la puerta—. Eres mormona, ¿verdad? Acabo de darme cuenta. Siempre he oído que la Agencia está llena de mormones.

—Sí —dijo Betsy—. De pura cepa.

—Entonces, digamos que yo te prepararé una bebida, Ida, y tu trabajo consistirá en bebértela y el mío en saber de qué estaba hecha. ¿De acuerdo?

A Betsy no se le daba muy bien rechazar a la gente, especialmente a la gente con labia y de personalidad fuerte.

—Sí —dijo.

Cassie sonrió, giró sobre los talones, levantó el pie con los dedos abiertos y le dio a la palanca de la cisterna.

—Otra alma inmortal que se va por el retrete —dijo—. Hasta ahora, Ida.

CAPÍTULO 5

La verdad es que pareció fácil una vez que Clyde hubo extendido los mapas en el suelo del sótano.

El de la casa no habría sido el mejor lugar para hacerlo, más que nada porque la Jefa había activado una especie de programa nido e incluso el más minúsculo trozo de comida en el suelo la exasperaba. Extender metros cuadrados de mapas habría sido un trato abusivo... que era lo último que Clyde pretendía dar a su matrimonio.

Así que se había ido al edificio de apartamentos que Buck Chandler le había vendido. Estaba situado en la calle Séptima Norte de Nishnabotna, a varias manzanas al oeste de la avenida Central, no lejos del almacén de carga y como a dos centímetros del terrible nivel freático. Antes había metido la escoba grande en la parte posterior de la camioneta y empezado la sesión barriendo el polvo, los clavos torcidos y los trozos rotos de enlucido. También había mucha ceniza de cigarrillos y botellas de cerveza rotas que habían dejado los adolescentes que entraban para practicar el botellón.

Clyde dispuso sus enormes mapas del condado de Forks sobre el suelo del sótano, borde contra borde, hasta tener todo el territorio frente a sí, exceptuando dos recuadros de los que, temporalmente, Marie O'Connor le había dejado sin mapa. La escala era tan enorme que un kilómetro de terreno ocupaba casi treinta centímetros de papel. En consecuencia, el nuevo mapa estratégico de Clyde para Forks, completamente desplegado, ocupaba unos seis metros cuadrados.

Desató el lazo de sus botas altas de punta de acero, soltó los gruesos cordones de los muchos ganchos de metal de los tobillos y las espinillas, se las sacó y las dejó a un lado. Luego caminó por el mapa del condado de Forks. Tenía los calcetines mojados de sudor y, allí donde iba, dejaba sobre el papel manchas húmedas y arrugadas con forma de pisadas. Los cuadraditos negros que representaban casas estaban repartidos a su alrededor como pimienta espolvoreada sobre una mesa.

Para poder ver algo, Clyde tuvo que apoyarse en manos y rodillas. Los

portalámparas atornillados a las vigas del techo estaban vacíos. El sótano disponía de media docena de ventanucos colocados cerca del techo y que apenas pasaban del nivel del suelo.

Allí la tarea que tenía por delante no parecía tan difícil. En buena parte del condado de Forks no había otra cosa que granjas situadas a varios kilómetros de distancia entre sí. Veía claramente que tendría que resistirse a la tentación de pasarse todo el tiempo en medio de ninguna parte, cubriendo mucho territorio para lograr no demasiados votos. Toda la población, por tanto todos los votos, se concentraba en las ciudades gemelas de Wapsipinicon y Nishnabotna.

Lo que resultaba irónico, porque las dos ciudades tenían cada una su propia fuerza policial. No prestaban demasiada atención a los asuntos relacionados con el sheriff. En realidad, eran los granjeros de las fronteras del condado los que precisaban librarse de Kevin MULLOWNEY y reemplazarle por alguien como Clyde.

Pero eso no tenía demasiada importancia. Para Clyde, ahí estaba Nishnabotna (treinta y dos mil habitantes) y allí estaba Wapsipinicon (treinta y dos mil habitantes y unos veinticinco mil estudiantes de la Universidad de Iowa Oriental).

Las dos ciudades tenían un río homónimo. El Wapsipinicon, procedente del noroeste, atravesaba los acantilados de arenisca del parque estatal de Palisades, la ciudad de Wapsipinicon y el campus verde de la UIO hasta llegar al parque Riverside.

El Nishnabotna venía del norte. Al norte de la ciudad una presa formaba el embalse Plamor. Luego fluía a lo largo de las instalaciones ferroviarias y los polígonos industriales de Nishnabotna y se unía al Wapsipinicon para formar el río Iowa, que unos cincuenta kilómetros más al sudeste confluía con el Padre de las Aguas, que, técnicamente, llegaba hasta Nueva Orleans, Luisiana.

—Yo... yo me iré —dijo una voz.

Era una voz profunda, ronca, que sonaba como una rueda de camión sobre un camino de grava. Procedía de un rincón oscuro del sótano, un hueco en la pared creado como una especie de híbrido entre despensa y refugio para los tornados. Clyde oyó que algo se movía.

Una forma enorme doblada surgió de la pequeña habitación de tres lados. Apoyado sobre manos y rodillas en medio del condado de Forks y con los ojos entornados por la falta de luz, Clyde sólo distinguía la silueta. Le costaba determinar si miraba una caldera de agua, una nevera abandonada o a un ser humano. Cuando el bulto se movió un poco optó por lo último pero, en cuestión de tamaño y forma, no acababa de decidirse entre la caldera y el refrigerador.

La silueta se movió con rapidez a pesar de la borrachera y de que acababa de despertar. Clyde intentó ponerse en pie, pero seguía de rodillas cuando el hombre se lanzó contra él, le rodeó con los brazos la cintura y le derribó al suelo de

cemento. Había formas de evitar ese tipo de ataque, pero Clyde no podía ponerlas en práctica porque debía concentrarse sobre todo en evitar que la parte posterior de su cabeza se destrozase contra el suelo.

Mientras caía de espaldas dio un medio giro y estiró un brazo sobre la cabeza, de forma que la axila, en lugar del cráneo, absorbiese los impactos sucesivos de su propio peso y los aproximadamente doscientos kilos de Tab Templeton.

Cuando estaban en la escuela, a Clyde Banks y a Tab Templeton los separaban dos años de edad y varias categorías de peso, y en consecuencia jamás se habían enfrentado *mano a mano* hasta pasar al mucho menos escrupuloso mundo adulto. Desde entonces habían luchado un total de nueve veces... casi siempre en el cuarto del fondo del Barge On Inn, pero la más memorable durante el culminante tercer año de la huelga de carne de Nishnabotna, cuando los huelguistas habían emborrachado a Tab, le habían puesto un mango de hacha entre las manos y le habían mandado a sembrar el caos. El peso pesado estaba demasiado desorientado para distinguir a los esquiroleros de los huelguistas, pero cuando Clyde apareció para arrestarle, siguiendo las órdenes del sheriff Mallowney, Tab había comprendido de pronto quién era su oponente y se había puesto a blandir el hacha de forma bastante aterradora. Clyde, por su parte, iba armado con su porra, *Excalibur*, que su abuelo Ebenezer le había fabricado hacía poco con un bloque de madera amarilla de naranjo de las llanuras de Osage, densa como el uranio. Los dos se habían enfrentado en el centro de un enorme corro de huelguistas y esquiroleros que los incitaban. Clyde había logrado —con tiempo y tras sufrir muchas heridas— arrestar a su hombre.

Clyde movía continuamente la cabeza de un lado a otro, intentando zafar la mandíbula de la mano de Tab, que volvía a agarrársela. No reconoció la llave hasta que se dio cuenta de que no era un movimiento de lucha libre: Tab intentaba romperle el cuello.

Un poco de luz que entraba por las ventanas iluminaba las múltiples capas de ropa que Peso Pesado vestía; alrededor del ancho cuello cónico Clyde contó cuatro cuellos superpuestos con una camiseta debajo.

Bajo la camiseta había algo más, una especie de tela brillante y de un color vivo que con los años se había desteñido y ensuciado. Al comprender lo que era, Clyde llevó su mano libre hasta la parte posterior del cuello de Peso Pesado, agarró y tiró.

Era una cinta de la que colgaba algo grueso y pesado. Clyde lo levantó de forma que giró y relució a la luz... Un disco de metal amarillo con un dibujo y algunas palabras a un lado. Clyde no tuvo tiempo de leerlo, pero ya sabía lo que decía:

MONTREAL 1976
LUCHA LIBRE

Peso Pesado apartó la mano de la barbilla de Clyde y agarró la medalla de oro, pero Clyde ya estaba preparado; la lanzó a un lado y la oyó golpear un rincón de la habitación.

Y de pronto desapareció. La terrible presión desapareció de las costillas y las piernas de Clyde. Luchó por ponerse en pie, agarró las botas y fue hacia la escalera vigilando a Tab Templeton, que, agachado en el rincón del sótano, palpaba la basura en busca de la medalla.

La encontró más rápido de lo que Clyde había esperado y persiguió a su oponente escaleras arriba. La estructura de la escalera y el edificio al que estaba unida se resentía, como si Peso Pesado pudiese derribar a Clyde simplemente pisando los escalones, hundiendo el edificio y todo su contenido en un pozo central.

Pero Clyde salió por la puerta principal y llegó a la camioneta, que estaba aparcada de lado en el patio delantero. Saltó a la caja de la camioneta, enarboló la rueda de repuesto, pasó al techo de la camioneta para situarse a más altura y la lanzó contra Peso Pesado cuando éste salía por la puerta con una sección del mapa de Nishnabotna alrededor de las pantorrillas.

Dio la impresión de que la rueda de repuesto rebotaba en la gruesa, barbuda y aplastada cara de Tab Templeton, pero lo más probable es que le rebotase en el pecho. En el caso de Peso Pesado, la terminología aplicable a las partes del cuerpo no siempre se podía usar con precisión, dada su fisonomía esférica y sus extremidades cortas y gruesas.

Apartó la rueda de repuesto como si fuera una bellota caída de un árbol, pero se detuvo en el porche para colocarse la medalla de oro con cuidado alrededor del cuello. Luego dejó caer el metal dentro de la camisa.

Lo que dio a Clyde el tiempo necesario para rebuscar entre las cosas de la camioneta y encontrar una cadena de neumático, diez o quince kilos de hierro oxidado. La sostuvo por el centro, de forma que colgaba un metro a cada lado de la mano, y se situó en medio de la caja, de forma que Peso Pesado no pudiese agarrarlo por las piernas.

—Me has rayado la medalla —dijo Peso Pesado. Parecía asombrado de que alguien pudiese hacer algo así.

—Te rayaré muchas más cosas si no lo dejas —dijo Clyde, agitando la cadena—. No quiero usar la cadena, porque es un arma muy desagradable y peligrosa. Pero no estoy de servicio y no tengo la porra, así que debo improvisar.

Clyde hizo girar la cadena un par de veces, simplemente como recordatorio visual. Era tan pesada que casi le sacó el brazo de la articulación y le provocó un

dolor en el esternón que casi le dio ganas de vomitar. Tuvo que plantarse con los pies muy separados para evitar caer.

Peso Pesado observó la demostración con tranquilidad y luego se encogió de hombros. Se rendía.

—¿Vas a arrestarme?

—No. Ya te he dicho que no estoy de servicio.

—¿Tienes algún trabajo?

Clyde se lo pensó.

—Evita que la gente entre a hacer botellón y te daré de esos boletos de regalo de McDonald's. —No servían alcohol en McDonald's.

—Vale —dijo Peso Pesado.

—Y saca los trastos y lo demás al patio y apílalos todo en el callejón trasero. Te daré una bonificación.

—Vale.

CAPÍTULO 6

Abril

Kevin Vandeventer aparcó su Corolla oxidado en el espacio para profesores justo después de las cinco y media de la tarde, cuando los polis del campus dejaban de comprobar los aparcamientos. Mientras caminaba hacia la grandiosa entrada del Centro de Investigación de Ciencias Agrícolas Scheidelmann, una imitación nuevecita de I. M. Pei instalada en el antiguo terreno de los barracones veterinarios, olió el aroma con el que estaba familiarizado todo chico de granja. Después de derribar los barracones para dejar sitio a la nueva estructura, habían traído tierra nueva para recubrir el terreno. Pero cuando llegaba la primavera, seguía oliéndose el estrato subyacente de estiércol viejo y fermentado en las profundidades de la tierra. El olor de la siembra.

Al aproximarse al edificio y atravesar las enormes puertas de vidrio, le llegaron otros olores. Se detuvo en el vestíbulo principal para contemplar el esplendor del expositor multimedia permanente que habían montado para maravillar a los congresistas y ministros de agricultura visitantes. Inhaló una buena dosis del aire filtrado y purificado del edificio, repleto de reactivos de laboratorio y fertilizantes químicos. Olía a Ciencia. Otra cosa muy diferente sucedía en los gimnasios, que olían al bálsamo penetrante con el que se untaban los luchadores para aliviar sus músculos, o en el pabellón de bellas artes, que olía a efluvios de palomitas para microondas que escapaban continuamente de la sala de mantenimiento de ingeniería situada en el sótano.

El Scheidelmann debía su nombre al fallecido y amado decano de la Escuela de Agricultura de la UIO, merecedor de una pequeña placa en la puerta. En el centro del vestíbulo había un globo giratorio de tres metros, marcado por pequeños y electrificados emblemas de la UIO que indicaban la ubicación de la miriada de proyectos de investigación y ampliación que se controlaban desde aquel complejo. Las paredes estaban forradas de fotografías, de suelo a techo, de los Twisters en acción, plantando plántulas de arroz en Birmania y ofreciendo a africanos demacrados y de dientes de conejo consejos prácticos para evitar la erosión del suelo. En muchas de esas fotografías salía el doctor Arthur Larsen, el

Hacedor de Lluvia.

Cinco años antes, *National Geographic* había publicado un artículo sobre Larsen en el que se estimaba que sus descubrimientos y programas de ayuda habían salvado del hambre, en todo el mundo, a cien millones de personas. El Consejo Universitario había pagado para tomar esa página de la revista, ampliarla hasta el tamaño de un tablón de contrachapado y esculpirla en el bloque de bronce que estaba empotrado en la pared del vestíbulo.

Kevin Vandeventer entraba en el reino del Hacedor de Lluvia a las cinco cuarenta y cinco de un viernes, llevando en la mano una cena congelada comprada en el súper, porque tenía experimentos que requerían atención cada pocas horas, continuamente, desde hacía meses. Cuando iba a ocuparse de ellos, descubría que había otras muchas tareas que también requerían su atención: escribir y corregir informes, programar o, simplemente, ordenar el laboratorio.

No tenía más remedio que sonreír cuando pensaba que estaba allí fundamentalmente porque odiaba el trabajo físico. Papá había abandonado toda esperanza cuando Kevin tenía doce años y aceptado que no estaba hecho para el trabajo de granjero. Su hermana mayor, Betsy, estaba sin duda destinada a cosas más importantes y, por tanto, el título de heredero del imperio de la patata de los Vandeventer había caído sobre los hombros de Bob, el más joven, que estaba encantado.

Kevin poseía un don útil en una granja: le gustaban los animales. Siempre cuidaba de ellos. Llegó incluso a aprender a herrar sus tres caballos. Así que cuando Kevin empezó a sacar sobresalientes en las asignaturas de ciencias, su padre se sintió muy orgulloso. Después de todo, quizá llegase a ser algo en la vida. Había obtenido unas calificaciones magníficas en la Universidad Estatal de Boise y luego, tras obtener resultados inmejorables en los GRE^[1], le habían concedido una beca completa de investigación con el doctor Larsen... No tardó en descubrir lo que significaba trabajar varios niveles por debajo de Larsen en la jerarquía de investigación. Pero la verdad es que no le importaba; seguía brillando en el laboratorio como había brillado en el aula y ya estaba completando el último tramo de su tesis.

Recorrió el laberinto de pasillos de la planta baja hasta el ala Sinzheimer de bioquímica, donde tomó el ascensor hasta el tercer piso. Entró en el laboratorio 302, metió la cena en la nevera y se sentó un minuto en una banqueta alta para ordenar las ideas y organizarse. Kevin poseía el don de la concentración, pero en ocasiones le hacía falta un esfuerzo consciente para activarlo. Se comió una chocolatina, sabiendo que si no lo hacía su estómago pronto empezaría a distraerle del trabajo.

Luego, de pronto, eran ya las nueve y media. Había pasado cuatro horas concentrado en pipetas y lecturas digitales de las máquinas. Su estómago ya había digerido la chocolatina y exigía más. Sacó de la nevera su supertostada de

carne y frijoles El Toro y se encaminó hacia el microondas, que estaba cuatro puertas pasillo abajo.

Ese lugar había sido su hogar durante cuatro años. Tenía un saco de dormir y una colchoneta guardados en el armario y era frecuente que durmiese en el suelo. Como uno de los veteranos más antiguos del ala Sinzheimer, y el único ciudadano americano residente de la planta, se había convertido en una especie de alcalde extraoficial.

Le gustaban el ala y sus habitantes. No había estudiantes que no estuvieran graduados... No había chicas tontas ni jóvenes que creyeran que los anuncios de Bud Light eran *cinéma vérité*. No te encontrabas con esos profesores de ciencias sociales cuyo desarrollo personal se había paralizado más o menos en la época de Woodstock. Aquel lugar estaba en marcha veinticuatro horas al día. Los profesores iban despeinados y tenían aspecto de cansados, como si trabajasen de verdad y realmente pensasen en cosas. En su mayoría, Kevin sabía que sobre todo pensaban en cómo sustituir el dinero fácil de la DARPA^[2] desde que la Guerra Fría había terminado. Se esforzaban hasta la extenuación y obligaban a sus estudiantes graduados a esforzarse hasta la extenuación, porque sabían que el ochenta por ciento de su salario salía de los proyectos de investigación. Los estudiantes graduados provenían de países donde el tiempo de ocio seguía siendo escaso y todavía no se consideraba un derecho inalienable. No solían quejarse.

Incluso la noche de un viernes había mucha actividad. La mayoría de los profesores ya se habían ido y los estéreos de varios laboratorios estaban al máximo, llenando el pasillo de una cacofonía de sonidos, en su mayoría música pop estadounidense, pero también multiétnica en gran variedad de idiomas.

La puerta 304 estaba abierta de par en par, lo que era raro; sus estudiantes graduados eran árabes, habitualmente muy reservados. Y, lo que resultaba todavía más extraño, un ritmo machacón surgía del interior. Al pasar, Kevin miró el laboratorio. Las ventanas estaban abiertas para dejar entrar el aire fresco de la primavera y había al menos media docena de personas, todos hombres, todos árabes, todos con un vaso de papel en la mano lleno de un líquido púrpura brillante. Kevin lo reconoció al instante: concentrado de uva, casi con toda seguridad mezclado con etanol puro del suministro del laboratorio.

Los hombres se dieron cuenta de que los miraba y sonrieron abochornados. Kevin les devolvió la sonrisa. Uno de ellos estaba tirado en un viejo sofá desgastado, bajo la ventana, profundamente dormido. Era Marwan Habibi. A menudo dormía en su laboratorio, como Kevin hacía en el suyo. Pero en aquel momento parecía más bien que se había desmayado.

Era fácil comprender lo que pasaba: el final de curso no estaba lejos, algunos esperaban lograr al llegar mayo sus birretes y sus togas, llevaban años trabajando como esclavos en el laboratorio 304 y justo en aquel momento debían de haber superado algún obstáculo de su investigación. Kevin les hizo un gesto

con el pulgar hacia arriba, sin pararse; le quedaban kilómetros por recorrer antes de poder dormir y no quería que le invitasen a concentrado de uva. Entró en la cocina, situada en el centro del ala, y metió la cena en el microondas.

El único tipo al que conocía realmente era Marwan Habibi, y Marwan ya estaba inconsciente, por lo que no tenía mucho sentido que intentase unirse a la fiesta. Los árabes del centro tendían a no ser muy estrictos. Muchos disfrutaban de un trago ocasional de whisky. Pero ni siquiera los grandes bebedores —lo que Marwan no era— podían soportar mucho tiempo el etanol. A Kevin le impresionaba lo inteligente y profesional que era Marwan. Trabajaba en un proyecto para controlar la producción de gases de las bacterias que viven en los intestinos de las vacas, cuyas ventosidades incrementan el efecto invernadero. Arthur Larsen, el Hacedor de Lluvia, no era precisamente famoso por ser un ecologista, pero había logrado sacarle medio millón de dólares a la Agencia de Protección Ambiental y había equipado el laboratorio de Marwan con el equipo más nuevo y de mejor calidad para cultivar bacterias y estudiar sus costumbres. Marwan mantenía cerrada la puerta del 304, pero de vez en cuando Kevin le invitaba al 302 cuando pasaba por delante y charlaban un rato. Eso formaba parte de sus responsabilidades autoimpuestas como alcalde del tercer piso.

Atacó la cena con el delgado tenedor de plástico que venía en el envase y encontró que el utensilio era muy insatisfactorio. Pero los frijoles estaban geniales. Rebañó hasta la última gota de salsa de la bandeja de plástico y tiró los restos a la basura. Compró una Coca-Cola en la máquina y volvió a su laboratorio. La puerta 304 estaba cerrada, pero la fiesta seguía.

Como media hora más tarde oyó la bocina de un coche en el aparcamiento. La música del 304 cesó de pronto. Era típico; los árabes le daban con fuerza a la bocina, costumbre que a los lugareños les resultaba alarmante e incluso sobrecogedora.

Kevin tenía la puerta abierta, por lo que oyó las voces de los árabes que salían del 304. Parecían alegres y felices.

—¡Procurad no golpear la cabeza de Marwan contra la jamba! —dijo uno en perfecto inglés británico. Kevin alzó la vista para verlos desplazarse por el pasillo, cargando sobre los hombros con el durmiente Marwan Habibi. Al pasar, uno de ellos sonrió abochornado a Kevin.

—¡Se ha pasado un poco! —dijo, sacando pulgar y meñique y agitándolos.

—Cuando despierte, decidle que Kevin le felicita.

—Oh, sí —dijo el árabe—, lo haremos.

CAPÍTULO 7

Mientras Betsy Vandeventer daba pisotones y estornudaba subiendo por Clarendon a primera hora de la mañana, veía franjas paralelas de luz provenientes de las ventanas de varios edificios de oficinas nuevos que rodeaban la estación Courthouse, en el centro de Arlington. Uno era el Castleman Suites, que suponía que la CIA había escogido como espacio adicional precisamente por su aspecto totalmente anodino. Un observador conocedor de la Agencia podría haber apreciado algunas pistas: la extraña estructura de las ventanas, que supuestamente eran a prueba de vigilancia por microondas y láser; el bus Blue Bird que se acercaba a su entrada varias veces al día, trayendo a empleados desde la central en Langley; el hecho de que el primer piso, encima del First American Bank de la planta baja, era una zona de paso vacía. En muchos aspectos, reflexionó Betsy, era como cualquier edificio de oficinas normal; la gente se sentaba en cubículos delante de las pantallas, escribía informes, hacía lo posible por conseguir un ascenso y jugaba a la política de empresa.

La entrada principal del Castleman sólo llevaba al banco. Betsy entró por el aparcamiento, atravesó una puerta de acero sin ningún rótulo y sin ventanas, y luego mostró sus credenciales al guarda, que la dejó pasar a la zona de ascensores. En el séptimo piso le mostró la identificación a otro guardia y recorrió la mitad de un pasillo puntuado a intervalos por puertas gruesas con cerradura electrónica. Cada puerta daba acceso a un bloque de oficinas, cada cámara estaba herméticamente aislada de la siguiente. Betsy tecleó el *code de semaine* en una de esas cerraduras y empujó la puerta. Compañeros de otras cámaras y que no habían podido asistir al almuerzo de celebración del día anterior en el Pawnbroker habían pasado tarjetas y notas de felicitación por debajo de la puerta.

Betsy había superado brillantemente su prueba del polígrafo de los cinco años. Quizá, pensaba, el mismo metabolismo basal lento que le provocaba la tendencia a ganar peso también produjese las líneas rectas del polígrafo que tanto tranquilizaban a sus jefes. El examinador había quedado tan impresionado —sus

respuestas se ajustaban a la perfección a la línea base que habían establecido cinco años antes durante su prueba de entrada— que había apartado la prueba de Betsy para mostrarla como ejemplo de aquello a lo que debían aspirar los demás.

La sala estaba compuesta por cubículos abiertos: ocho en total, cada uno equipado con una estación de trabajo Sun, casi todos al fondo, cerca de las ventanas. Delante había dos mesas para las secretarías. En la esquina posterior había una oficina de paredes de vidrio, el dominio del jefe de división, Howard King. El cubículo de Betsy estaba decorado con globos y ramos de felicitación. Desde la mesa giratoria sin brazos disfrutaba de una vista de la interestatal Sesenta y seis y, si acercaba la cara a la misteriosa ventana a prueba de fisgones, podía distinguir una aguja de la catedral. Dedicó un momento a disfrutar de ese panorama antes de ponerse a trabajar.

Por el camino Betsy había estado repasando mentalmente el orden del día del Grupo de Estudio Interagencias sobre Agricultura.

La preparación mental de Betsy para la reunión de Agricultura era importante: nunca hacía nada antes de haberlo repasado mentalmente varios cientos de veces. Con frecuencia quedaba tan confundida que, en un esfuerzo por aclararse las ideas, recurría a mantener conversaciones imaginarias con su madre, como si estuviera en casa tomando una taza de café en la mesa del desayuno, en la cocina.

—El Gobierno ha estado mandando mucho dinero a Irak..., en su mayoría, aunque no en exclusiva, del Departamento de Agricultura. Lo hacemos entendiendo que los iraquíes usarán el dinero para comprar productos agrícolas en Estados Unidos. Por lo que en realidad es un subsidio para los granjeros estadounidenses tanto como un programa de ayuda. Cuatro veces al año, todos los departamentos que envían dinero a Irak, así como otras agencias, se reúnen para evaluar este programa y establecer objetivos para el trimestre siguiente.

Simple y lógico: un ejemplo de procedimiento racional del Gobierno. Pero siempre había más. Si realmente hubiese podido contarle esas cosas a su madre, y si hubiese querido ser totalmente sincera, tendría que haber dicho muchas más cosas. La charla habría dejado de parecerse a un libro de texto sobre el civismo para convertirse en una serie de chismes horribles. Betsy había descubierto que tales reuniones habitualmente se convertían en oportunidades para que los distintos jefes de división apuntalasen lo suyo, ganaran puntos con facilidad en la competición interna y defendieran o ampliaran sus competencias.

Y cuando Betsy accedió a su ordenador y se puso a repasar el correo entrante, se dio cuenta de que ese día había todavía más del que esperaba. Un correo detallaba quiénes asistirían a la reunión. La lista había sido revisada súbita y drásticamente. No sólo estarían presentes los habituales jefes de división y sus lacayos analistas. La cosa llegaba hasta mucho más arriba. Se celebraría bajo el

mando directo de la Casa Blanca y no iba a ser tanto una reunión como una sesión de control de daños.

El jefe de redacción de *The New York Times* en El Cairo, siguiendo un soplo de los egipcios, había dado la alarma con respecto a los iraquíes. Saddam Hussein estaba siendo un niño muy malo. No estaba usando los dólares americanos para comprar comida a los granjeros americanos sino para otras cosas. No hacía falta una gran capacidad de análisis para saber que volvía a acumular armas.

Qué hacer en esa situación era una cuestión política y las personas de su nivel no debían intervenir. Su labor, y la de los colegas que ocupaban mesas similares por toda la ciudad, era seguir los flujos de dinero y armas, y esperaba que ésas fuesen sus órdenes para la jornada.

La estación de trabajo le ofrecía la capacidad de solicitar cantidades ingentes de información, siempre que tuviese los permisos correspondientes. Por ejemplo, sabía que el día anterior una delegación del Congreso, una «delco», encabezada por Bob Dole, se había reunido con Saddam Hussein en Bagdad. Cuando se celebraba una de esas reuniones, alguien de la embajada local —habitualmente un empleado del Departamento de Estado— preparaba un cablegrama y lo enviaba a Washington, donde cualquier miembro del Gobierno que tuviese necesidad de conocer su contenido podía acceder a él. Betsy tecleó una orden indicando al sistema que mostrase todos los documentos recientes que incluyesen las palabras «Dole», «Irak» y «delco». Poco después tenía el documento en pantalla.

Citaba al senador Dole: «No podía dejar de pensar que veía a Peter Sellers imitando a un dictador.» Saddam había negado saber nada del proyecto de supercañón, que había aparecido mucho en las noticias. Según él, sus comentarios recientes sobre armas nerviosas habían tenido como única finalidad intimidar a los israelíes. Otra cita de Dole: «Verle hablar de ser humanitario resulta tan poco convincente como oír a la madre Teresa afirmar ser una asesina a sueldo.» A Dole le habían mostrado documentos oficiales iraquíes que «demostraban» que los subsidios agrícolas se gastaban exclusivamente en comida de Estados Unidos o filiales estadounidenses.

En ese punto Betsy podría haber tecleado más órdenes y leído más documentos, yendo de una referencia a otra, siguiendo las pistas como le apeteciese.

Pero lo que a ella le apetecía no era parte de su trabajo. Se suponía que sólo debía acceder a información «si era preciso conocerla».

Un mes antes lo había aprendido por las malas, cuando había dejado que su curiosidad mandase y se había dedicado a fisgar en lugares de los que no necesitaba saber nada. La CIA mantenía registros precisos de quién accedía a qué documentos. El jefe no tardó en enterarse. Su reacción había sido virulenta: había esperado a que estuvieran solos en la cámara, la había apartado de la mesa

y la había empujado violentamente contra un archivador.

Alguien más había entrado. Lo había visto reflejado en la pantalla curva de su estación de trabajo: un hombre compacto y esbelto con un corte de pelo militar que desentonaba con el cuello blanco almidonado de su camisa a medida. Era Richard Spector, el jefe de división, el jefe del jefe. Controlaba media docena, o más, de cámaras en el Castleman.

No se molestó en saludar ni en presentarse.

—Hoy prestarás mucha atención —dijo. Incluso cuando decía cosas muy importantes hablaba en voz baja, como si reflexionase para sí. Pero en lugar de parecer tímido imponía más precisamente por eso—. Responderás sin rodeos a las preguntas directas, pero intenta descubrir quién tiene qué planes con respecto a Irak

—¿Puede darme más detalles? ¿Qué debo buscar?

—Es estrictamente un asunto personal, nada oficial. Comercio quiere volver a vender tecnología a Irak e influir en la distribución de petróleo. Agricultura quiere vender. A eso se dedica Agricultura. —Lo dijo con retintín, sin disimular apenas su desprecio por los estafadores amorales de Agricultura. Comenzó a darse vueltas al anillo de Annapolis que llevaba en la mano izquierda; su piedra de color pálido reflejó la luz del monitor de Betsy—. Defensa sabe algo que no nos cuenta. Supongo que está relacionado con armas poco convencionales.

Spector había pertenecido al espionaje militar y probablemente estuviese tan cualificado como cualquiera para leer las hojas de té del Pentágono.

—Control de Armamento y la Agencia de Desarme van, como es habitual, a la cola del desfile, convencidas de que deberían encabezarlo. —Spector hizo un gesto hacia la ventana todavía abierta en la pantalla de Betsy—. Como ya te habrás dado cuenta, Millikan asistirá en nombre del Consejo de Seguridad Nacional. —Una de las manías de Spector era su negativa a usar acrónimos; siempre se refería por su nombre completo a agencias y departamentos, aparentemente obteniendo mayor placer de los más largos e impronunciables. Eso incrementaba su halo de tranquilidad sobrenatural y le permitía añadir un toque irónico a todo lo que decía, lo que hacía que en la capital le odiasen aun más.

—Es importante, ¿no? —dijo Betsy.

—Sí, y lamento decir que King representará a tu división.

La franqueza de Spector hizo que Betsy perdiese el aplomo.

—Vi su nombre en la lista —dijo con cautela—. ¿Quiere que vaya igualmente?

Spector asintió.

—La labor de Howard es hablar. La tuya es examinar lo que pase. Quiero un informe tuyo, sólo para mí, esta tarde. —Miró la hora y dio un par de pasos hacia la puerta para luego pensárselo mejor y volverse hacia ella—. Evidentemente,

en este caso no seguirás el canal habitual.

En otras palabras, Spector quería un informe de Betsy, entre otras cosas, sobre la actuación de su propio jefe. Spector se alejó con paso rápido; segundos más tarde, apareció Howard King. Betsy tenía suficiente experiencia para sospechar que no era una coincidencia. Spector ya sabía cuándo llegaría King.

—Buenos días, Betsy —dijo King zalamero al pasar a su lado de camino a su despacho—. ¿Preparada para la reunión? Puedes ir en mi coche.

Betsy lo había previsto y dijo:

—Me he dejado la cartera en casa, así que iré en metro. Nos veremos allí.

King murmuró algo ininteligible y entró en el despacho.

Betsy no se había dejado la cartera en el apartamento; estratégicamente la había tapado con la gabardina.

En las calles de Washington, varios funcionarios caminaban enfundados en gabardinas con la cabeza gacha y cadenas de las que pendían las identificaciones que les dotaban de identidad y valor en la ciudad. La gente de la Agencia miraba con cierto desdén a los funcionarios públicos de baja estofa. Les habían dicho que en Washington la Agencia era *la crème de la crème*, una verdadera nobleza elitista que por la calle no llevaba identificación. Cuando Betsy presentó sus credenciales en el control de seguridad de Agricultura, la dejaron pasar con cierta deferencia.

En el tercer piso del edificio sur había que pasar otro control de seguridad. Más allá se encontraba la especialmente diseñada «sala segura de conferencias». Había llegado con diez minutos de antelación, pero aun así casi todas las sillas de la enorme mesa oval estaban ocupadas, exceptuando las reservadas para la Agencia.

Metió la mano en el bolso y sacó el inhalador. Como se sentía demasiado expuesta en el pasillo principal, se metió en uno lateral.

Mientras el medicamento se expandía por sus pulmones la sobresaltó una voz cercana y seca de fumador empedernido.

—Deberías buscarte un carburador para esa cosa.

Betsy tosía incontrolablemente, olvidándose de taponarse la boca.

—Disculpe. Lo siento, ¿qué ha dicho?

Era un caballero de aspecto cansado con un bonito traje y la piel de las manos y la cara manchada y arrugada por la edad, la nicotina de los cigarrillos, el alcohol, el estrés y otras influencias malignas.

—Hola, soy Betsy Vandeventer —dijo, acercándose y ofreciéndole la mano.

—De la Agencia —dijo él, aceptándola. Betsy se sorprendió cuando notó el fuerte aliento de alcohol.

—¿Es tan evidente?

En respuesta, el hombre dijo:

—Soy Hennessey.

—Oh.

—Sí —dijo—. Oh. —Hennessey era infame en la Agenda.

—Encantada de conocerle.

—No hace falta que lo digas. En cualquier caso, sobre ese carburador... —

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un cilindro de plástico blanco grande como una lata de cerveza. Del bolsillo opuesto sacó un inhalador lleno del mismo medicamento para el asma que usaba Betsy. Encajó el inhalador en uno de los extremos del « carburador » y se llevó el otro a los labios—. Ya ves, pasa por el carburador. Luego lo inhalas. La nebulización es mejor que una mierda de esas. Dios, ¿la Agencia ya no ofrece una cobertura médica decente?

Hennessey era un espía malogrado. Había abandonado una carrera distinguida, el club para caballeros que era la CIA, y se había ido a trabajar para el FBI en la división de contraespionaje. Su trabajo, a todos los efectos, era investigar a los empleados de la CIA y destrozar su carrera o meterlos en la cárcel con cualquier preso. Se había convertido en una especie de hombre del saco de la Agencia; Betsy tenía un poco de miedo simplemente por estar hablando con él.

—Bien, discúlpeme, señor Hennessey, pero no quiero llegar tarde a la reunión.

—Demonios, yo tampoco —dijo Hennessey, y caminó a su lado. Presentaron las credenciales en el control de seguridad, donde les indicaron la sala. Betsy, como resultado de la inclusión de King en el último momento, había sido relegada a enredadera, así que escogió una silla con el respaldo contra la pared, cercana al asiento de King... que todavía estaba llamativamente vacío. Hennessey, desconcertantemente, se sentó a su lado.

Ella no era la única enredadera. Había corrido rápidamente la noticia de que el propio Millikan asistiría desde la Casa Blanca y varios jefes de división habían sucumbido a las oportunidades de gloria de sus superiores.

Betsy debería haber estado pensando en su tarea doble: oficialmente dar apoyo a King con hechos y cifras y, extraoficialmente, tomar notas que más tarde transmitiría a Spector. Para esto último la presencia de Hennessey resultaba bastante determinante. ¿Qué relación podía tener él con los créditos del Departamento de Agricultura a Irak?

Era sabido que Hennessey y Millikan se despreciaban. Millikan era un famoso profesor de Harvard que periódicamente se desplazaba a Washington. Había servido en la Administración Kennedy primero y, más tarde —tras convertirse en un faro del movimiento neoconservador—, había trabajado para Ford, Reagan y Bush.

La secretaria ejecutiva del vicesecretario de Agricultura Larry McDaniel

entró en la sala y anunció:

—El doctor Millikan está reunido con el doctor McDaniel, así que el inicio de la reunión se retrasará quince minutos. Sé que hoy están todos muy ocupados, y el doctor McDaniel les transmite sus disculpas. Espero que lo comprendan dada la renovada importancia de la reunión. Me he tomado la libertad de pedir café y bollos, así que tomen lo que deseen.

Para la mayor parte de los allí reunidos el anuncio fue una muy buena noticia. No sólo asistirían finalmente a Algo Importante antes de que lo anunciase el *Post*, sino que además tendrían la oportunidad de comer los bollos con mucha fibra del Departamento, que eran celebrados como los mejores del distrito.

Hennessey se inclinó hacia Betsy, lanzándole el aliento alcohólico a la cara.

—¿Quieres café?

—Claro. No se moleste, me lo servirá...

—¡Siéntate! —gruñó—. ¿Un bollo?

—Sí, señor.

Hennessey se levantó como un resorte de la silla, se metió entre los administradores de alto nivel que se ajustaban las mangas, para que cuando Millikan honrase la sala con su presencia viese la cantidad adecuada de puños unidos por gemelos con el sello presidencial. Llenó, demasiado, la taza desechable de Betsy. Se sirvió café hasta la mitad de la suya y llenó el resto con crema y una cucharada de azúcar. Luego recordó que necesitaba un bollo para Betsy.

—Maldita sea —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Nunca como antes de mediodía. —Se volvió hacia el de los puños más cercano, un tipo de la facultad Wharton perteneciente al Tesoro—: Bud, ¿me pones uno de éstos en el bolsillo de la chaqueta?

—¿Qué? —soltó el antiguo alumno de universidad de élite, demasiado sorprendido para ofenderse. Su mirada viajó hasta la identificación de Hennessey. De pronto estuvo encantado de recibir aquel trato campechano—. Estaré encantado de ayudarlo, señor Hennessey.

—Muy amable por su parte —dijo Hennessey sin ironía aparente.

Volvió con Betsy, con los faldones de la chaqueta bamboleándose por el peso de los bollos y la medicación para el asma.

Washington era el mejor lugar del país para observar a extraños burócratas intentando valorarse unos a otros fingiendo no hacerlo. Pero mientras Hennessey se acercaba a Betsy, todos le miraban abiertamente y, cuando llegó a su lado, todos miraron a Betsy. Sintió calor en la cara. Hennessey le pasó el café y ella logró derramar un poco.

—Qué demonios —dijo él—. Tenemos quince minutos, bien podemos ponernos cómodos. —Tomó otra silla vacía y la situó frente a ella como si fuese una mesita para café. Dejó el café y el bollo y luego apartó su propia silla de la

pared y la giró noventa grados para que él y Betsy pudiesen mirarse y juntar la cabeza como una pareja de amantes compartiendo confidencias en la terraza de un café—. Bien —dijo Hennessey en tono de conversación—, King te ha robado el puesto en la Alta Mesa para poder estar cerca de la grandeza. Probablemente estés aquí por insistencia de Spector. Spector probablemente supone que King va a llamar tanto la atención, por su incompetencia y su mal gusto en el vestir, que monopolizará la atención. Mientras tanto, tú puedes ser su mosca en la pared: el observador frío y distante que más tarde le informará. ¿Acierto, más o menos? No sufras, cariño, no tienes que responder... Sé que estás muerta de miedo. — Sorbió su café frío, pálido y espeso—. Así que ahora tienes la oportunidad de observar. ¿Qué hacen?

—Nos miran.

Hennessey se puso a susurrar:

—M-i-c, k-e-y, M-o-u-s-e...

Betsy apretó los labios para evitar sonreír. Hennessey susurró:

—¡Tú sería! Estás en lo más profundo de lo más profundo, donde no hay nada.

McDaniel y Millikan entraron en la sala.

—Ahí vamos —dijo Hennessey, y devolvió su silla a la posición original.

El vicesecretario McDaniel se sentó a la cabecera de la mesa, abrió su maletín de piel y dijo:

—¿Estamos todos? —Los ojos de todos los presentes se dirigieron a la silla vacía reservada para la Agencia—. ¿Hay alguno de nuestros hermanos de Potomac arriba?

—Canal de mierda arriba sería más apropiado —susurró Hennessey—. ¿A qué esperas? Ve a sentarte en esa silla, hermana.

El corazón de Betsy se detuvo durante un par de latidos antes de que comprendiera que se trataba de un ejemplo del morboso sentido del humor de Hennessey. Él había pasado más años en la Agencia que ella viva, y sabía perfectamente bien que si a Betsy se le ocurría usurpar el puesto de King en la gran mesa, éste le arrancaría la cabeza de cuajo.

El silencio se volvió insoportable cuando la puerta se abrió y King entró. Siempre se jactaba de ser capaz de encontrar un sitio para aparcar en cualquier parte de la ciudad. Estaba claro que en esa ocasión había tenido algunos problemas. Sudaba, murmuraba para sí y avanzó como pudo hasta su asiento.

—Lamento llegar tarde, he recibido algunos cablegramas de última hora — dijo.

Hennessey generó un sonido en lo más profundo de su garganta. Betsy no pudo evitar mirarle. El hombre contemplaba a King con una mirada de desprecio y condescendencia palpables, como si se tratase de un crítico teatral veterano viendo cómo un actor sustituto sin experiencia estropea la gran entrada. King

miró por la sala mientras apartaba la silla, intentando localizar a Betsy. Un momento después de identificar la cara de la mujer reconoció también a Hennessey. La mandíbula literalmente se le cayó a los pies y se hundió en la silla con un gesto de aflicción.

—Empecemos —dijo McDaniel—. Todos saben de qué se trata: nuestro amigo el señor Hussein presuntamente ha estado usando mal los fondos de los contribuyentes americanos. Doctor Millikan, ¿nos ofrece el punto de vista de la Casa Blanca?

—Gracias, Larry —dijo Millikan—. Buenos días a todos. Me alegra que nuestro representante del ilustre Departamento de Transporte pueda estar con nosotros: señor... —Millikan dejó de hablar, frunció el ceño y volvió la cabeza hacia Howard King, entornando los ojos para leer la chapa con su nombre, sin poder distinguirla bien.

Sobre el rostro de King lentamente se extendió una expresión de horror atónico.

—King —logró decir—. Howard King. Eh, discúlpeme, doctor Millikan, pero soy de la Agencia.

Al empezar, Millikan se había mostrado brusco y apresurado, pero entonces se arrellanó y se sirvió despacio un vaso de agua, aparentemente disfrutando de la incomodidad de King.

—¿De Control de Armas y Desarme?

—No, doctor...

—¿De Información de Estados Unidos?

—No, doctor. La Agencia Central de Inteligencia.

—Oh, esa Agencia. Sabía que faltaba algo. Sí, por supuesto. Discúlpeme, señor Howard King —dijo Millikan. Habiendo completado la tarea de pasar por la quilla al jefe de Betsy, se sentó recto y se dispuso a hablar al centro de la mesa —. Iré directamente al grano. En la prensa se publican muchas tonterías sobre Saddam Hussein y sus ambiciones. Algunas son obra de nuestros amigos israelíes, que comprensiblemente están preocupados por la lamentable, pero culturalmente típica, retórica de Saddam. Otras noticias las propagan los enemigos políticos de la Administración, que siguen con su habitual tontería sobre la falta de visión política del presidente. Yo he venido a decirles que Saddam Hussein sigue siendo una piedra angular de nuestra política en Oriente Medio. Dos Administraciones le dieron apoyo en su lucha contra los iraníes, que sólo sienten odio por nosotros. El senador Dole llevó una carta personal del presidente Bush a Saddam Hussein en la que manifestaba nuestra preocupación por la impresión, que podría ser o no ser precisa, que nos causan sus acciones y declaraciones. El señor Hussein ha prometido responder a nuestras preocupaciones.

» Bien, la razón de que esté hoy aquí es intentar que todos ustedes se dediquen

a lo mismo. Se les pide —dijo, tocando un montón de sobres— que ofrezcan en tres días sugerencias para contrarrestar las críticas a los créditos del Gobierno de Estados Unidos a Irak para exportación-importación; que ideen planes de ampliación y diversificación de los créditos agrícolas y comerciales que actualmente se conceden a Bagdad, y que desarrollen planes de implementación.

El ayudante de Millikan, con una identificación de personal de la Casa Blanca que le colgaba como un cebo llamativo, recogió el montón de sobres y los pasó. Cada uno iba marcado como «secreto» y contenía una Decisión Directiva del Consejo Nacional de Seguridad recién aprobada.

—Bien —dijo Millikan—. Dentro de treinta minutos me reuniré con el Presidente. ¿Hay preguntas o comentarios?

Los jugadores más veteranos de ese juego sabían que Millikan deseaba preguntas y comentarios tanto como deseaba mancharse con mierda de perro sus Duckers Wingtips, pero la costumbre lo obligaba a plantear la pregunta. McDaniel se dispuso a dar por finalizada la reunión cuando King, que había quedado conmocionado hasta el punto del coma, dijo:

—Puede contar con que todos colaboremos. —Momento en que se volvió y miró furibundo a Betsy.

Millikan murmuró:

—Estoy seguro de que podemos contar con ustedes. —Sonó casi como si se estuviese aclarando la garganta. Su ayudante saltó hacia la puerta y se la abrió. Millikan se fue hacia el despacho del Presidente, sin dejar nada atrás excepto un aura indefinible de Grandeza que para la mayoría de los presentes en la sala fue como el oxígeno puro.

McDaniel miró a todos y dijo.

—Gracias por venir. Esperamos sus contribuciones.

—Daría lo que fuese por leer tu informe sobre lo sucedido aquí —le dijo Hennessey a Betsy—. Dile al viejo Spector que le mando recuerdos.

CAPÍTULO 8

Desiree preparaba el desayuno. Clyde hojeaba la sección de deportes del *Des Moines Register*. Maggie se entretenía con el chupete sentada en su sillita.

Clyde seguía con el uniforme de ayudante del sheriff. Acababa de salir del turno de noche. Desde que había anunciado su candidatura a sheriff, su jefe y oponente, Kevin Mallowney, le había asignado, todos los días, el turno de noche o las labores de cárcel. Se consideraba que eran las labores menos deseables que podía realizar un ayudante del sheriff. Clyde estaba de acuerdo en que vigilar la cárcel del condado era un suplicio, pero no le incordiaban mucho los turnos de noche. De todas formas, en casa tampoco podía dormir.

La noche anterior le habían asignado la responsabilidad de la región situada al norte de la ciudad de Nishnabotna, lo que básicamente se reducía a circunnavegar ociosamente el embalse Pla-Mor buscando a personas y situaciones interesantes para iluminarlas con su foco de policía. Las cabañas de vacaciones que rodeaban el embalse eran un blanco atractivo para los ladrones, mientras que los parques y las rampas de los botes eran un refugio para adolescentes enamorados, folloneros, borrachos y drogadictos. Todos estaban encantados de salir corriendo en cuanto Clyde aparecía por allí y los clavaba con el rayo halógeno azul de su foco. En ocasiones tenía que soltar algo ininteligible por el sistema de megafonía antes de que se fuesen: las jóvenes tapándose la cara y riendo incontrolablemente, los jóvenes dedicándole valientemente un gesto obsceno.

La noche antes había llovido, por lo que alrededor del Pla-Mor las cosas habían estado más tranquilas que de costumbre. Si un contribuyente airado ponía a Clyde Banks contra las cuerdas y le exigía que justificara el dinero invertido durante las últimas ocho horas en su salario, gastos generales y subsidios, Clyde sólo podría responder que había recuperado uno de los botes de remos de la universidad.

Lo había visto mientras recorría la calle Dike, cuyo trazado iba sobre la presa del río Nishnabotna que había creado el embalse Pla-Mor. El bote, una vieja

bestia de aluminio, aparentemente había ido a la deriva por el embalse y se había quedado atrapado en una masa de cañas y espadañas, no lejos del desagadero. Clyde sabía que allí el agua sólo llegaba hasta las rodillas, por lo que había aparcado el vehículo en las inmediaciones, se había puesto las botas de goma que llevaba en la parte de atrás, se había metido en el agua y lo había agarrado. Atrapó la cuerda de la proa, regresó a la orilla y luego tiró del bote para alejarlo de allí y llevarlo a la playa que estaba a unos cientos de metros al norte.

El bote lo habían robado del cobertizo de embarcaciones de la universidad, situado al otro lado del lago, que debía de ser uno de los lugares para robar más populares de todo el condado. Era casi un rito de paso obligatorio para los jóvenes del instituto o la universidad: en algún momento de su vida debían entrar allí, robar un bote o una canoa, y luego ir al embalse a navegar sin rumbo completamente borrachos. Desde la playa donde Clyde dejó el bote podía mirar directamente al otro lado y ver las farolas que habían colocado en el aparcamiento del cobertizo de embarcaciones como una forma patética de autodefensa. Consideró la posibilidad de remar con el bote hasta el otro lado y dejarlo donde debía estar, lo que hubiese sido más útil y productivo que sus actividades nocturnas habituales. Pero al bote le faltaba un remo. Así que lo varó en la playa todo lo que pudo, que no fue demasiado porque la embarcación tenía en el fondo varios centímetros de agua de lluvia y algo de gravilla, por lo que pesaba bastante. Ató la amarra a la pata de una mesa de picnic y se dejó una nota mental recordándose llamar al cobertizo de embarcaciones por la mañana y decirles dónde estaba.

Desiree murmuró algo que se perdió entre los gruñidos petulantes del señor Café.

—¿Qué decías? —dijo Clyde.

—Deshazte del coche —dijo Desiree—. No es un buen coche para tener niños.

Clyde dejó el periódico y miró la espalda de su mujer, que sólo tres semanas después del parto estaba tan delgada como siempre.

—¿Te refieres a la camioneta?

—Necesitamos la camioneta para cargar cosas —dijo Desiree—. Muebles para la niña. Cosas para arreglar tus edificios.

—Entonces te refieres a...

—Tenemos que deshacernos del Céllica —dijo Desiree. Lo dijo como si se tratase de una idea novedosa y exclusivamente suya. De hecho, Desiree había sido la que había comprado el Céllica. Desde entonces, Clyde había intentado librarse de él. Pero sabía que no sería muy inteligente darle la razón de inmediato, porque podría tomárselo por regodeo.

—¿Estás segura? —dijo taimadamente.

—No nos sirve un coche de dos puertas. No va bien con el asiento del bebé.

Pregúntaselo a Marie. Marie y Jeff tenían dos coches de dos puertas y tuvieron que deshacerse de ambos.

—Si tú lo dices —dijo Clyde, y como Desiree no cambió de opinión ni protestó de inmediato, se sintió tranquilamente satisfecho. Un tema que ya venía de lejos había quedado resuelto y a Clyde le habían dado carta blanca para resolverlo como le apeteciese.

De pie en las cunetas del condado de Forks, sosteniendo una linterna para iluminar a los médicos enfrascados en rescatar a alguien de las Fauces de la Muerte, se había hecho una idea bastante clara de qué coches se construían bien y cuáles no. Si recibir el impacto lateral de una camioneta de una tonelada en un cruce no revelaba todas las deficiencias estructurales de un vehículo, las Fauces de la Muerte sí que lo hacían.

Forks era un condado especialmente adecuado para aprender esas lecciones. El sheriff Mullowney no era el tipo de político que se preocupara en exceso de las políticas públicas, pero tenía una regla inviolable: nunca arrestes a un conductor borracho. Síguele hasta su casa si quieres, pero no le arrestes. La aplicación metódica de dicha regla durante un periodo de doce años había hecho que Forks tuviese la tasa de arresto de conductores borrachos más baja, y la tasa de muertes en carretera más alta, del estado de Iowa.

Así que Clyde llevaba tiempo, sobre todo desde el embarazo de Desiree, deseando cambiar el Célica por algo con más poder de parada. Había probado muchos argumentos con Desiree, le había contado muchas historias de terribles accidentes de tráfico. Desiree siempre tenía a mano una refutación devastadora: el Célica era «mono» y un «buen cochecito».

Aquella mañana, con la mente ocupada en planes estratégicos a largo plazo, Desiree había cometido el error crucial de decirle que se deshiciese del Célica sin especificar si el coche de reemplazo debía ser mono. Clyde cambió radicalmente de tema, comió con rapidez, se disculpó, recogió todas las copias conocidas de las llaves del Célica de todos los llaveros y el título de propiedad, subió al cochecito mono y se marchó calle abajo. Por si la Jefa se lo pensaba mejor e intentaba alcanzarle, no miró por el retrovisor hasta que estuvo lejos del alcance de gritos y gestos. Había estallado otra tormenta torrencial, lo que le convenía bastante.

Por suerte, Desiree siempre mantenía el Célica muy limpio por dentro, para que estuviese mono. Clyde metió en una bolsa de plástico algunas cosas personales que quedaban, pasó el vehículo por un lavado de coches de forma que las gotas de lluvia luciesen atractivas sobre el capó y se dirigió directamente al First National Bank de NishWap, una estructura que veinte años antes había sido relucientemente moderna y ya parecía más vieja que el vecindario del siglo XIX. En la parte de atrás disponía de un aparcamiento de gravilla y, antes de entrar, Clyde recorrió el aparcamiento una vez buscando un vehículo en

concreto.

Allí seguía. Clyde sonrió y le dio una palmada al volante del Célica, sintiendo que por una vez todo salía como quería. Aparcó justo al lado del otro coche; era tan pesado que casi sentía el Célica agitándose sobre su débil suspensión, atraído por su gravedad.

El vehículo en cuestión era una ranchera Buick Roadmaster de 1988. Roja por dentro y por fuera. Tenía algunos extras de lujo que a Clyde no le importaban en absoluto. Durante los últimos nueve meses había realizado muchas compras teóricas de coches. Al principio había prestado mucha atención a ciertas características y opciones. Pero con el paso del tiempo su mente acabó centrándose y se obsesionó con un único dato: a saber, peso lanzable. Y ese vehículo pesaba más que cualquier cosa que pudiese comprar. Para superarlo, hubiese tenido que volver al Lincoln Continental de mediados de los sesenta. Aquella bestia poseía masa suficiente para atravesar por completo un coche como el Célica sufriendo sólo rasguños; pero, por si acaso —dada la posibilidad de que golpeará dos o tres Célica de una tacada— también tenía airbag.

—Te cambio mi Célica por el Roadmaster, ahora mismo —dijo Clyde.

Que Jack Harbison, director de sucursal, no se riese ni se mofase de inmediato de la idea le indicó a Clyde que casi con toda seguridad llegarían a un acuerdo. Por primera vez en más de medio año, Harbison vio la opción de librarse del Coche de la Muerte.

El anterior dueño del Coche de la Muerte, un veterano fan del equipo de fútbol americano de la UIO con pase de temporada, había llegado inesperadamente pronto a casa después de un partido de los Twisters y había sorprendido a su esposa y a su amante en la cama. Se había desatado una pelea. Le habían golpeado en la cabeza. Esposa y amante habían forrado el interior del Roadmaster con bolsas de jardinería, habían colocado al marido encima y lo habían tapado con más bolsas y una alfombra vieja. Cuando llegaron al parque estatal de Palisades, había muerto de asfixia o derrame cerebral... Barnabas Klopff, el forense, había lanzado una moneda al aire y escrito que derrame cerebral. Le habían sacado del maletero y metido en una tumba poco profunda en la linde del bosque. Pero precisamente la linde del bosque era el lugar más probable para que hubiese cazadores con perros durante la temporada de fútbol americano y, por tanto, no había pasado ni una semana cuando un golden retriever encontró el cuerpo. El propio Clyde había ayudado a llevarlo hasta la carretera principal.

Los dos asesinos pasarían mucho, mucho tiempo en Fort Madison. El First National Bank de NishWap había cancelado el préstamo del coche y recuperado la ranchera, y desde entonces estaba en su aparcamiento: un objeto de fascinación morbosa para los escolares que daban grandes rodeos para pasar a su lado de vuelta del colegio, pero que no resultaba especialmente atractivo para

nadie más.

Excepto para Clyde. Jack Harbison salió y probó con cautela el Céfica, consultó su libro azul, se llevó las gafas a la frente y se frotó los ojos.

—Hecho —dijo con resignación y, unos minutos después, Clyde volvía a casa al volante del Coche de la Muerte.

CAPÍTULO 9

Después de la reunión en el Departamento de Agricultura, Howard King siguió a Betsy Vandeventer hasta la calle, insistiendo en que fuese al edificio Castleman con él en coche. Betsy intentó evitarle yendo por las escaleras, pero se lanzó tras ella gritándole como un profesor furioso:

—¡Betsy! ¡Para *inmediatamente* y escúchame!

Betsy se sorprendió a sí misma controlando sus instintos y prosiguiendo escaleras abajo. King permaneció clavado hasta que ella casi había llegado a la planta baja, momento en que bajó tras sus pasos con el flequillo peinado sobre la calva y la corbata al vuelo. No era exactamente que Betsy se hubiese librado de la necesidad de ser una buena chica. Era que algo había cambiado desde aquella mañana. Howard King ya no tenía ninguna autoridad. Las órdenes de Spector lo habían dado a entender, el que Millikan le hubiese pasado por la quilla lo había dejado claro y la desesperación del propio King en aquellos momentos era prueba suficiente.

La siguió hasta medio camino de la boca de metro, bajo el calor del sol de primavera, con los trasplantes de pelo fallidos cubriendo más bien mal su cuero cabelludo sudoroso. Una vez, dos, casi logró agarrarla. En ambas ocasiones se controló, inhibido por los oficinistas que caminaban a su alrededor, los grupos de turistas en los buses. Ella le dio la espalda una vez más y bajó al andén.

Cuando Betsy llegó al séptimo piso del Castleman, se detuvo para charlar con el guardia de seguridad que estaba junto a los ascensores, un antiguo policía:

—Buenos días, señorita Vandeventer —dijo él.

—Buenos días, Martin —dijo ella—. Hace un día demasiado bonito para encerrarse en una cámara.

—Muy cierto —rio.

—¿El señor King ya ha llegado?

La expresión del rostro de Martin al mencionar al señor King fue la prueba final y definitiva, por si le hacía falta, de que a su jefe estaba a punto de acaecerle algo malo.

—Oh, sí, señora —dijo él—. El señor King vino a primera hora de la mañana.

—Me refiero a recientemente... en la última media hora.

—No, señora.

—Bien, llegará pronto —dijo Betsy—, y creo que estará muy... alterado.

Martin asintió tranquilizadamente.

—Comprendo.

Betsy entró en la cámara, dijo hola a algunos colegas de otros cubículos, aceptó las felicitaciones de un par de ellos que no habían estado presentes el día antes para la celebración de su polígrafo de cinco años. Se sentó en su cubículo y accedió a la estación de trabajo para encontrarse con un memorando urgente del DCI, el Director de la Central de Inteligencia. Era una invitación para que asistiese a una reunión del Comité de Directores al cabo de varios días, para comentar la visión que tenía la comunidad de inteligencia sobre Irak. Había un número al que debía llamar por la línea segura número dos.

El ayudante ejecutivo del DCI respondió a la llamada y confirmó la invitación.

—Háganos saber si tiene alguna pregunta.

A través de la puerta de la cámara Betsy oía una conmoción que bajaba por el pasillo.

—Ya tengo una pregunta.

King tecleó el código incorrecto, soltó una maldición, lo repitió y abrió la puerta de un golpe.

—Dispare —dijo el ayudante del DCI.

—¿Lo han consultado con el jefe de división?

—¿Consultar el qué? —exigió saber King. Detrás de él, Martin impidió que la puerta se cerrase y entró en silencio en la cámara, con la mirada fija en la parte posterior de la cabeza de King.

—No es necesario —dijo el ayudante—. Pero para protegerla, él tiene un texto en su correo. Dígale que lo lea.

—¿Consultar qué? —insistió King, acercándose amenazadoramente a Betsy.

—El ayudante ejecutivo del DCI dice que lea su correo —dijo Betsy.

La mención del DCI le obligó a moderar el tono. Giró sobre sus talones y entró en su despacho, maldiciendo entre dientes. Se conectó, leyó el correo y estalló. Salió hecho una furia y dijo:

—¡Putade mierda! —Se detuvo de inmediato en cuanto Martin se interpuso en su avance hacia Betsy.

—Señor King, tenía la esperanza de que pasara este día sin tener que presentar a mis superiores ningún informe de incidencias —dijo Martin.

King hizo algo inesperado: cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja, derrotado.

—Da igual —dijo, y volvió al despacho. Betsy no se atrevió a mirarle hasta

varios minutos después. Había abierto el sobre de Millikan y lo repasaba, aparentemente con la intención de encargarse él mismo del trabajo en lugar de delegarlo en uno de sus subordinados.

Betsy informó a sus compañeros que estaría en la biblioteca y se refugió en el tercer piso. Era patética como biblioteca, pero perfecta para permitir que los analistas se alejasen de sus jefes. Se había traído hojas en blanco, que empleó para escribir su versión de lo ocurrido aquel día, empleando el bolígrafo Cross que sus padres le habían dado como regalo de graduación en el instituto. Cuando le pareció que estaba bien, fue al cuarto piso y se lo entregó a la secretaria de Spector, diciendo:

—Lo quiere.

La secretaria, veterana en la Agencia, dijo:

—Lo sé, querida. —Le entregó a Betsy un sobre de envíos entre oficinas—. El mensajero te lo acaba de traer desde la oficina del DCI.

Betsy lo tomó, fijándose de inmediato en el sello de confidencialidad.

—Gracias.

Regresó a la biblioteca. El séptimo piso todavía seguía excesivamente cargado de emociones. Abrió el sobre, que contenía un conjunto de órdenes con su nombre. « La Casa Blanca desea conocer sus opiniones sobre el mal uso iraquí de los fondos del Gobierno de Estados Unidos. Prepare una presentación oral para el dieciséis. Para que pueda dedicarse a esta tarea, se la traslada temporalmente al personal cercano al DCI, del 13/04/90 al 20/04/90. No trabajará en el edificio Castleman hasta su regreso, el 21/04/90.»

Ya pasaba de mediodía. Se aventuró al séptimo piso, sabiendo que King se habría ido a almorzar. Unos minutos después, Spector pasó por allí.

—¿Por qué no te tomas el resto del día libre? La semana que viene va a ser muy dura. King sabe lo de tus nuevas órdenes. —Miró a la cámara. Los otros analistas hundieron la cara en las pantallas de las estaciones de trabajo como si hubiesen estado escuchando. Spector se sacó una mano del bolsillo y la llamó—. Ven por aquí.

Betsy se puso en pie y le siguió al despacho de King. Spector cerró la puerta y recorrió lentamente el despacho, valorando las cosas de King.

—Nada de lo que hagas debe volver a este edificio —dijo—. Cuando regreses, volverás a seguir los mercados del Sudeste Asiático. King no estará aquí.

—¿Disculpe?

—Le hemos dado un premio administrativo a la excelencia. Se le ascenderá a quince y se le asignará la dirección de la oficina de recopilación en Mobile, Alabama.

Las oficinas de recopilación eran los oídos de la CIA sobre el terreno. Su función básicamente era presentarse sin invitación en la casa de gente que había

estado recientemente en el extranjero para preguntarle si había visto algo interesante.

Betsy no pudo ocultar su asombro. Spector dijo:

—Llevas aquí el tiempo suficiente. Podemos despedir a los analistas. No podemos despedir a los directores. Y sabes bien por qué. Así que no preguntes.

—Entonces nos veremos dentro de una semana —dijo Betsy. Ya estaba pensando qué podía hacer durante una tarde libre de primavera.

—Ten cuidado. Ahora nadarás con los tiburones.

La idea de no tener que volver a ver a Howard King, saber que nunca más tendría que preocuparse de él, la había dejado tan eufórica que apenas oyó las palabras de Spector. Pero se dio cuenta de que Spector la miraba fijamente.

—Gracias por la advertencia —dijo—. ¿Puedo llamarle para pedirle ayuda?

Spector, inesperadamente, enrojeció.

—Puedes llamarme y te aconsejaré.

A la mañana siguiente tomó un bus Blue Bird en su parada, delante de Rosslyn, para ir a Langley. Las órdenes eran que durante esa semana pertenecía al personal cercano al DCI, pero no era más que un matrimonio de conveniencia que sólo existía sobre el papel. Le asignaron un hueco sin ventanas, lejos del DCI o de cualquier persona de importancia, y la dejaron completamente sola. Nadie se pasó por allí. Lo que no significaba que no la estuviesen vigilando; cada vez que se conectaba a su estación de trabajo, cada vez que le daba a una tecla, el gesto se registraba en algún lugar, y el DCI, o Spector, o la persona importante responsable de que estuviese allí durante una semana, podría hacerse una idea muy clara de qué hacía y cómo lo hacía simplemente consultando ese archivo.

Ese mismo Alguien había incrementado temporalmente sus privilegios de acceso y, por tanto, a excepción de los secretos nucleares y de guerra submarina, virtualmente podía recorrer libremente toda la información que desease.

No malgastó el tiempo sin aprovechar la situación. Spector le había dicho que ella ya estaba planteando la respuesta correcta, así que siguió su instinto, segura de que no habría ningún Howard King para interceptarla, confiando en que ningún fisgón encontrase un patrón anómalo de peticiones y la delatase.

¿Qué hacía Saddam con el dinero para comprar comida que le había enviado Agricultura? Los chicos de armamentos ya habían recopilado la mayor parte de esa información, siguiendo los dólares hasta bancos en Chipre, Austria, Jordania e, increíblemente, Nepal. La Agencia sabía adonde iba el dinero de los misiles chinos, adonde iban los dólares químicos alemanes... incluyendo un desvío muy ingenioso a través de Libia. Sabían adonde fluía la pasta para la investigación nuclear de Corea del Norte, adonde iban los cheques para ordenadores franceses, adonde fluían los machacantes para comida americana. Los iraquíes tenían la

decencia de comprar comida a los grandes proveedores estadounidenses: Soc Empire Crain, Louisiana Rice y Great Lake Coop.

Pero seguían quedando unos trescientos millones de dólares sin explicar. Ese dinero no haría avanzar demasiado a Saddam en asuntos nucleares, pero las armas químicas y biológicas eran mucho más simples y baratas..., mucho más elegantes. Con trescientos millones de dólares se podían comprar grandes cantidades de gas nervioso, mucho carbunco.

Examinó los documentos de seguimiento de los distintos departamentos implicados: Agricultura, que sostenía que todo el dinero que no se había gastado en productos de alimentación estadounidenses seguía en el Tesoro de Bagdad; Comercio, que sostenía que Agricultura ocultaba algo..., que había fondos que deberían haberse destinado a la compra de tecnología estadounidense; la ACDA, que había detectado la entrada de armas chinas, pero afirmaba que todavía quedaba mucho en el Tesoro; el Pentágono, que tenía rastreadores en todos sus excedentes de armas, repartidos por todo el mundo, y que los veía converger sobre Bagdad. Betsy envió una petición al encargado local de Recopilación y le pidió que le preguntase al enlace del Mossad en Washington si le apetecería compartir su lectura del flujo de dólares; en cuarenta y ocho horas tuvo la respuesta de que cuatro veces la cantidad de dinero destinada a los iraquíes en el lote más reciente ya se había gastado. Solicitó fuentes HUMINT^[3] en lo que quedaba de los contactos de la Agencia en Oriente Medio y no obtuvo nada, excepto la intrigante insinuación de que cierto número de los mejores microbiólogos de Irak había desaparecido y que las clases en la universidad de Bagdad las impartían en su mayoría profesores adjuntos paquistaníes y palestinos.

En la medianoche del quince, la noche antes de que tuviese que presentarse en la reunión del Comité de Directores, todavía rebuscaba. Había acumulado un enorme legajo de pistas y callejones sin salida, pero nada que la llevase a una conclusión firme. Cualquiera idiota habría tenido claro que los iraquíes tramaban algo. Si Betsy hubiese ocupado un cargo electo, habría tenido suficiente para actuar. Pero no era más que una analista de bajo nivel, por lo que debía ser objetiva y científica, y no podía guiarse por pistas y suposiciones.

Se desconectó del ordenador y arrastró su cuerpo cansado hasta el ascensor a tiempo de ver cómo el siguiente turno entraba en la sala de situación pasillo abajo. Langley no dormía nunca, porque, como había dicho Dean Rusk, cuando dormías, dos tercios del mundo seguían despiertos causando problemas.

Un taxi Red Top paró para recogerla en la entrada principal. Betsy estaba de pie junto a la estatua de Nathan Hale, oliendo las forsythias y madreselvas en flor, intentando decidir qué iba a decir al día siguiente. Deducir lo que tramaba Saddam era fácil; conseguir que los jefes la creyesen era algo muy diferente.

El taxi la llevó a casa siguiendo el paseo George Washington. Estaba tan

cansada que cerró los ojos y se quedó dormida. Tras lo que le parecieron horas, el taxista de Bangladesh la despertó.

—Señora, discúlpeme, por favor, despierte. Señora, por favor, despierte. Oh, bien, serán siete cincuenta.

Betsy, avergonzada, le dejó un billete de diez, en parte porque se sentía estúpida por haberse quedado dormida y en parte agradecida por el comportamiento caballeroso del chófer.

Como era habitual, Betsy despertó a las seis de la mañana. Se sentía maravillosamente descansada. Al salir de la ducha, oyó a través de la pared un ronroneo mecánico apagado. Le llevó unos momentos comprender qué era: el timbre de un teléfono. No era el pitido digital moderno, sino un *ring, ring, ring* gutural tan escandaloso como para soltar el yeso de las paredes.

Pero en el apartamento no tenían uno de esos teléfonos antiguos, sino un modelo barato de Radio Shack.

Luego se acordó. Al mudarse había estado rebuscando en los armarios, intentando dar con un lugar donde guardar la ropa de invierno, y había encontrado un viejo teléfono negro. Estaba colocado sobre una caja plana también negra, conectada a un cable fino de color naranja que iba hasta un agujero de la pared.

Una compañera de piso anterior —también de la CIA— había vivido en el piso un año y el contrato de alquiler estaba a su nombre. «Ya estaba aquí cuando me mudé. Supongo que lo instalaron para el inquilino anterior y la Agencia no llegó a retirarlo. Probablemente haya teléfonos similares por todo el norte de Virginia», le había dicho.

Cuando Betsy había puesto a su nombre el contrato de arrendamiento, le había comentado lo del teléfono a Seguridad, y le habían dicho que enviarían a alguien para recogerlo, pero no lo habían hecho. Toda compañera de piso nueva que pasaba por allí encontraba el teléfono, lo descolgaba, descubría que no estaba conectado y no volvía a tocarlo. Ella y Cassie lo usaban para colgar los sombreros.

Betsy pisó algunas toallas, fue hasta el armario, apartó los sombreros y descolgó.

—¿Hola?

La voz extrañamente distorsionada de Spector llegó desde el otro lado.

—Me reuniré contigo en el tercer piso de tu garaje a las seis cuarenta y cinco. Iré en un Ford Fairlane marrón. —Colgó.

Betsy había intentado mantener una imagen de tranquilidad para su próxima reunión de directores; pero incluso esa fachada se derrumbó por completo con la llamada. Algo estaba pasando. Todo el día se había desquiciado. Su rutina de

veinte minutos le llevó treinta y cinco. La noche antes se había olvidado de preparar la ropa. La plancha estaba rota y no pudo planchar la blusa. Rebuscó entre la ropa de verano algo ligero que ponerse bajo la chaqueta sería. Finalmente se vistió y fue al ascensor con el *Post* en la mano.

El tercer piso del aparcamiento era la última parada del ascensor y cuando llegó, exactamente a las seis y cuarenta y cinco, Spector no estaba. Los ventiladores pulsaban y zumbaban, ahogando incluso sus pensamientos, y esperó cinco minutos, cada vez más nerviosa. Al fin, el Ford gubernamental dobló la esquina y paró frente a ella.

Spector se inclinó, abrió la puerta del acompañante y dijo con tranquilidad:

—Entra. ¿Has desayunado?

Fueron a la calle Novena y hasta McDonald's. El McAuto estaba lleno de coches, así que Spector le pasó a Betsy un billete de diez dólares y le dijo:

—McMuffin, zumo de naranja, rollo de canela y un café solo grande.

En el McDonald's Betsy sólo vio a algunos policías y a dos vagabundos compartiendo una comida, bebiendo docenas de botecitos de crema artificial y comiéndose lo que parecía el contenido de unos veinte paquetes de azúcar. Volvió pronto al coche.

Fueron por la avenida hasta el primer mirador del Potomac. Salieron, miraron a los remeros allá abajo, en sus cáscaras, y el sol dorado, que ya estaba alto en el cielo, proyectando una neblina sobre el Distrito.

—Disfrútalo —dijo Spector—. Vas a tener un día interesante.

—¿Interesante en el sentido de maldición china?

—Totalmente. Ahora eres un blanco... al menos para tres bandos. Uno, los burócratas de carrera. King ha difundido que eres una zorra desleal e insubordinada. Dos, el Departamento de Agricultura. Glaspie aceptó tus palabras y las transmitió al presidente. Está cabreado... no contigo, sino con Saddam. El vicepresidente ha caído sobre la Oficina de Ayuda Extranjera y Ayuda para el Desarrollo Internacional. Estos se han puesto en contacto con sus colegas en Políticas y Programas, que se han cabreado... no con Saddam, sino contigo. Tres, analistas de alto nivel. Estaban tan ocupados intentando intuir la línea de la Casa Blanca, la línea de Millikan, y ajustar sus análisis a eso, que se les pasó por completo todo lo que viste. La cuestión no es si tienes razón o si te equivocas. El problema es que lo hiciste mejor que ellos. Y están cabreados.

—Pero ¿qué hay de Millikan? ¿Por qué me odia tanto?

—Porque Ronald Reagan apoyaba sin reservas a Saddam Hussein.

—No lo entiendo.

—Alguien tenía que poner el material, las armas, el dinero, el apoyo, la información en las manos de Saddam. No una sola vez, como comprenderás... La guerra Irán-Irak se hizo eterna, y la cantidad total de material que entregamos a los iraquíes durante esos años desafía a la imaginación. Entregarlo fue el

trabajo asignado a nuestro amigo James Gabor Millikan. No es que no quisiera hacerlo, claro está. Estuvo encantado. Pero podemos garantizar que se convirtió en un asunto de mucha más envergadura de lo que había supuesto al principio... y no le quedó más opción que controlarlo hasta el final. La naturaleza de Washington, Betsy, implica que las acciones se estructuran de tal forma que sólo un individuo, sólo uno, sea el que cargue con las culpas. Un cordero listo para el sacrificio en caso de que la política llegue a fallar; en el caso de nuestra política de envío de armas, dinero e información muy secreta a Irak, el chivo expiatorio es Millikan. Y desde entonces ha estado esperando el golpe de gracia.

—Y teme que se lo dé yo.

—Bingo.

—Vale —dijo Betsy—, eso explica lo de Millikan. Es curioso, aunque casi me da pena. Pero ¿qué hay del DCI...?, ¿cuál es suposición en todo esto?

—Es un cobarde. Se formó con Casey. Desde su punto de vista, el papel de la Agencia es demostrar lo que el poder quiera que se demuestre. Lo que no encaja es «para futuro análisis» o está equivocado. Pero como la CIA no se equivoca, probablemente sea para futuro análisis.

—Entonces, ¿qué va a pasar conmigo?

—Te sacrificarán. Por el bien de la Agencia, ya sabes. Pero cada uno querrá de ti un pedazo.

Betsy estaba mareada e intentó tragarse el nudo que tenía en la garganta, el mismo que solía formársele cuando mamá la llevaba al dentista para que le empastaran los dientes.

—Mira, te he estado observando trabajar y sé adonde quieres llegar —dijo Spector—. Y tienes razón. Pero eso no importa. Corrígeme si me equivoco, pero ¿no vas a exponer la idea de que hay en marcha un gran esfuerzo investigador iraquí en guerra no convencional? ¿Y que no sólo está financiado con nuestros créditos agrícolas, sino que además se realiza principalmente en nuestro territorio, en nuestras instituciones académicas?

—Dios, es usted bueno.

—No, tú eres buena. Pero en las palabras inmortales del nuevo jefe de recopilación de Mobile, Alabama, «te has excedido en tu tarea». Así que no digas nada. Cuando te pidan que informes, di que no tienes todos los resultados que te hacen falta. Procederán a vituperarte. El Director de la Central de Inteligencia estará cabreado porque no has caído en la trampa de presentarte en el cuartel general y revelar prematuramente tus descubrimientos. La Oficina de Ciencia y Tecnología estará cabreada porque has descubierto algo que su equipo debería haber detectado y, como no dirás nada, no tendrá el placer de descargar su furia. El personal de Política estará cabreado porque los habrás dejado mal. Y así sucesivamente. Te caerá mucha mierda encima si no expones tu cuerpo a sus flechas envenenadas, pero si no dices nada, vivirás para luchar otro día.

Betsy no había tocado el McMuffin. Estaba mareada. Durante un momento, Nampa, Idaho, le pareció un lugar terriblemente agradable para vivir. Spector se terminó la comida y se tomó el café.

—Me he guardado lo peor para el final. Nuestro amigo Ed Hennessey ha llegado a la misma conclusión que tú. Él necesita la información extranjera y tú precisas su ayuda en el frente nacional. Puede que Hennessey sea el hombre de la Agencia que más odian en Washington... pero ha encontrado a muchos malos entre nuestras filas. Sin embargo, juega siempre sin destapar sus cartas, por lo que todos le temen. Millikan también le odia y me llevaría toda la mañana enumerar las razones. El otro día hablaste con él. Querida, estás con el agua al cuello. Ahora sólo tienes un amigo en la ciudad, y no soy yo.

—Entonces, ¿por qué me cuenta todo esto?

—Porque en última instancia no trabajo para el Director de la Central de Inteligencia ni para Millikan, sino para el presidente, y el presidente sabe cómo funcionan estas cosas. Sabe que el sistema es totalmente irracional y que es necesario cambiarlo. Pero es el único sistema que tenemos. Él quiere que sobrevivas. Mis instrucciones son protegerte en la medida de lo posible.

Betsy se echó a temblar; los escalofríos la recorrían de arriba abajo, y no sabía si era por la mañana fresca de abril o por el terror que sentía. Nunca había tenido tanto miedo.

—No se me dan bien los discursos enardecedores. Me fui de Operaciones porque no me sentía cómodo mandando a la gente a una muerte prácticamente segura. No te van a asesinar físicamente... Si así fuese, tendrías una estrella en la pared. Van a asesinar tu carrera. Probablemente no recibas ningún otro ascenso y pases el resto de tu vida preparando informes sobre la soja. Pero te encuentras en una situación de la que pocos disfrutan. Puedes, sinceramente y de verdad, marcar la diferencia.

—¿Por qué...?

—Sí, lo sé, si es tan peligroso, ¿por qué el sistema no se ocupa del problema? No olvides que durante la crisis de los misiles cubanos la reunión de John Scali de la American Broadcasting Company en un restaurante con un diplomático ruso probablemente salvó al mundo de la destrucción nuclear. Esto no es tan serio. Pero es importante. Y el sistema simplemente no sabe manejarlo. Lo hemos hecho todo en la trastienda, tanto por seguir la peculiar cadena de mando como porque creemos que hay un topo en el sistema. Tómate el desayuno.

Se quedaron sentados durante quince minutos, viendo cómo el sol se alzaba sobre la ciudad, prestando atención al estruendo creciente del tráfico. Al fin Spector fue al teléfono de su coche. Momentos más tarde apareció un taxi Red Top.

Betsy temblaba. Ninguna experiencia de su vida la había preparado para lo que iba a venir. Spector le apretó el codo, le ofreció el contacto ocular más serio

y sincero que Betsy hubiese recibido de una persona en Washington.

—Hazlo bien, niña. Yo también estoy arriesgando el pellejo. Al contrario que tú, que te topaste con esto, yo soy un voluntario. Nos veremos la semana que viene.

Betsy fue hasta el taxi. Era el mismo taxista de la noche anterior.

—Buenos días, señora —dijo con alegría—. ¿Durmió bien anoche?

—No demasiado. ¿Y usted?

—Oh, sí. —Rio—. Oh, sí, he tenido un sueño muy agradable.

CAPÍTULO 10

Tras el gran encuentro con Peso Pesado, que dio un tinte bastante ominoso a su decisión de lanzar la campaña, Clyde resolvió que de momento estaba un pelín hartado de la Gran Ciudad y que iba a empezar por las afueras del condado de Forks. Por alguna razón llegó a la conclusión de que allí le resultaría más fácil. Podía dejar atrás el parque estatal Palisades hasta el extremo noroeste del condado y ponerse a visitar granja por granja, allá, en el territorio llano del oeste de Wapsipinicon, donde una granja de ochocientas hectáreas se consideraba pequeña.

Otra ventaja: eso le situaría todo lo lejos posible del embalse Pla-Mor. Los acontecimientos recientes habían proporcionado al oponente de Clyde, Kevin Mullowney, algo de munición. Mullowney había estado difundiendo por Forks que la reciente recuperación a las tres de la madrugada de un bote por parte de Clyde había sido un fiasco total y que Clyde NO REUNÍA LAS CONDICIONES PARA SER SHERIFF.

El director del cobertizo de embarcaciones de la universidad había recuperado el bote en la playa donde lo había dejado Clyde. Lo había llevado de vuelta, lo había subido por la rampa y, con ayuda de un par de remeros fornidos, lo había puesto boca abajo para vaciar el agua de lluvia acumulada en el fondo. También habían salido otras cosas: gravilla y fragmentos de una botella rota. Temiendo que alguien descalzo se cortase, lo había recogido todo y tirado a la basura.

Dos días más tarde avistaron el remo que faltaba flotando en el gran remolino de restos que siempre se formaba en el desagadero. De vez en cuando el cuerpo de ingenieros retiraba todos aquellos restos y los tiraba a la basura. El remo, marcado como propiedad de la UIO, lo recuperó un empleado diligente y acabó volviendo al cobertizo de embarcaciones. Era un viejo remo de madera basta astillada y agrietado en la punta. En el cobertizo de embarcaciones alguien se dio cuenta de los mechones de pelo negro que había encajados en las grietas. En el análisis posterior también se encontraron restos de cuero cabelludo.

Todos supieron instintivamente dónde estaba el cuerpo. En el rotatorio: el vértice horizontal que se formaba allí donde el río Nishnabotna chocaba contra la presa y doblaba hacia abajo. El rotatorio estaba señalado con boyas rojas y llamativas señales de peligro desde casi un kilómetro de distancia, pero cada año se cobraba algún estudiante de instituto despistado o algún borracho de una fraternidad. Una vez que un cuerpo entraba en el rotatorio, podía estar dando vueltas durante semanas antes de volver a salir, descompuesto por completo, hinchado y comido por las carpas, los peces cocodrilo y los lucios que vivían en el embalse.

Vaciaron el cubo de basura del cobertizo de embarcaciones y el sheriff Mullooney examinó su contenido personalmente, ya que trabajaba mucho mejor bajo la iluminación clínica de los focos de televisión. La gravilla del fondo del bote parecía de una rampa pública de la orilla norte del embalse. Los fragmentos de vidrio no eran de una botella de alcohol; eran cuarzo del material de laboratorio. Y también había un llavero, con una llave de coche, una llave de una casa y una de un despacho de la universidad, todas en un único anillo. Se descubrió que la llave encajaba en la puerta de un laboratorio del ala de bioquímica Sinzheimer del Centro de Investigación Agrícola Scheidemann. El despacho pertenecía a un tal Marwan Habibi, que había desaparecido hacía dos semanas.

Clyde Banks sabía sin ninguna duda que no había hecho nada malo... Incluso, de haber visto el llavero, no habría tenido ninguna razón para sospechar de un asesinato. Pero el sheriff Mullooney parecía haber convencido a todos los periodistas del este de Iowa de que el ayudante Clyde Banks había estropeado la oportunidad de resolver un posible caso de asesinato.

Eso, sobre todo, era lo que había impulsado a Clyde a dar comienzo a su campaña. Y por alguna razón le resultaba menos embarazoso hacerlo allí, en la parte noroeste y rural del condado. Si empezaba en alguna zona edificada con las casas juntas, le verían recorrer la manzana. La gente que hubiera sentada en los porches para disfrutar de la brisa primaveral, la gente que estuviera segando el césped o jugando al baloncesto en el jardín le vería acercarse, llamando a una casa tras otra, y se preguntaría qué demonios hacía. La noticia correría rápidamente.

Claro está, debía recordarse que precisamente ésa era la finalidad de una campaña política. Se suponía que debía correr la noticia. Pero Clyde jamás había sido de los que llaman la atención sobre su propia persona. En el instituto se había relacionado un poco con gente que llamaba la atención, que actuaba en obras teatrales o tocaba instrumentos musicales. Casi todos se habían mudado a lugares lejanos donde esas cosas no se consideraban llamativas. Los únicos que quedaban en casa eran precisamente los que no actuaban de esa forma. Por lo que el hecho de que un hombre fuese recorriendo el condado puerta a puerta, e incluso

imprimiese su nombre y hasta su cara en carteles para pegar en los patios de la gente, sonaba muy raro... No era una buena forma de ganarse el respeto de la ciudadanía.

Fue muy fácil dar con la casa situada más al noroeste de Forks. Se limitó a ir al oeste por la Treinta y la autopista Lincoln hasta la frontera entre los condados de Forks y Oakes, que estaba señalada por una carretera recta de grava que iba de norte a sur. Luego giró a la derecha por esa carrera hasta que vio un cartel que decía condado de Maquoketa. Luego, marcha atrás, retrocedió unos treinta metros. A la derecha de la carretera había una granja. Clyde se metió directamente en el camino de entrada, dejando el Coche de la Muerte apuntando hacia fuera para poder escapar con rapidez si esa casa resultaba estar ocupada por uno de los aproximadamente ocho mil Mallowneys que vivían en el condado de Forks. Pero cuando se apeó vio que el nombre del buzón era Frost. Se acercó y llamó a la puerta.

Sólo había en casa una persona, un hombre de unos cincuenta o sesenta años que a Clyde le resultaba vagamente familiar. Cuando abrió la puerta principal y miró a Clyde a través de la mosquitera, tenía la boca abierta y con las comisuras hacia abajo, como una máscara teatral. Como le faltaban dientes, daba la impresión de que la boca era más grande, lo que no hacía más que incrementar el parecido con la máscara. Además, tenía los ojos muy abiertos y muy ampliados por efecto de un par de gafas muy gruesas, y miraba a Clyde con una expresión macilenta, pasmada y boquiabierta.

—Ayudante Banks —dijo el hombre—. ¿Qué hace aquí?

—Hola, señor Frost —dijo Clyde—. Lamento molestarle.

¿Qué debía decir ahora? A Clyde le parecía muy grosero preguntar si podía pasar. Mejor dejar que cada votante decidiese. Además, sólo había dicho que llamaría a todas las puertas del condado de Forks, no que fuera a entrar en todos los salones. Iba a tener que aprender a hacerlo con rapidez si pretendía llamar a todas las puertas antes de noviembre.

—Sólo quería hablar con usted un segundo —dijo Clyde.

El señor Frost le abrió la puerta sin decir nada y se apartó, manteniéndola abierta con un brazo, aparentemente indicando de tal forma que Clyde podía pasar. Así que entró en la casa del señor Frost. Estaba oscura y bastante vacía, y olía a moho y viejo humo de cigarrillo que no se había ventilado adecuadamente.

Se giró en medio del salón y vio que el señor Frost seguía de pie junto a la puerta principal, mirándolo con expresión de trágico asombro. Pero Clyde empezaba a convencerse de que simplemente era la impresión que daba la boca del señor Frost sin la dentadura. Si el señor Frost hubiese llevado los piños en su sitio le habría cambiado la forma de toda la cara y, en tal caso, habría sonreído a Clyde confiadamente.

—¿Cómo está usted, señor Frost? —dijo Clyde.

—No me siento muy bien —dijo el señor Frost.

—Oh, bien, lamento oírlo. —Clyde se sentía como una comadreja—. Entonces, seré breve.

—Adelante y acabemos —dijo el señor Frost.

—Como sabe, señor Frost, soy ayudante del sheriff del condado desde hace cinco años.

El señor Frost dejó escapar un gemido bajo a medida que la palabra «sheriff» se propagaba por la sala. Se acercó a un taburete y se sentó, sosteniéndose el antebrazo izquierdo con la mano derecha, apretándolo y frotándolo.

—No vas a esposarme, ¿verdad? —dijo el señor Frost—. Por favor, no causaré problemas.

—Oh, Dios, señor Frost, ¡no estoy aquí por eso! —dijo Clyde.

—Dios, el brazo me duele horrores —dijo el señor Frost.

—Oh, vaya —dijo Clyde y se llevó una mano a la cara para frotarse la frente, mirando la vieja alfombra con quemaduras de cigarrillos—. Lo siento de veras, señor Frost. Soy nuevo en esto y debería haber dicho de inmediato que no había venido por asuntos oficiales.

De pronto recordó dónde había visto anteriormente al señor Frost. Un par de años antes, en su granja del sur de la ciudad, le había pegado a su mujer y le había roto un pómulo de forma que el ojo se le había descolocado. Clyde le había arrestado y le había llevado a la comisaría, y luego el señor Frost se había declarado culpable de un cargo menor y había salido al cabo seis meses. Daba la impresión de que el señor Frost vivía solo.

El señor Frost seguía boqueando y mirando a Clyde con la boca todavía doblada. Había dejado de frotarse el antebrazo y se había llevado una mano al pecho. Mientras Clyde miraba, formó un puño y lo apretó contra el esternón.

—¿Me has golpeado en el pecho? —dijo el señor Frost.

—No, señor, no le he tocado. Lamento si...

—Me siento como mierda a la barbacoa —dijo el señor Frost y se echó atrás para apoyarse en la pared. Clyde se dio cuenta de que había empezado a sudar. Una vez más el señor Frost hizo el gesto de golpearse el pecho.

Clyde recordó un dato de enfermería que Desiree le había contado: cuando llegaban los pacientes de ataque al corazón, casi siempre hacían gestos de golpearse el pecho.

—Voy a llamar una ambulancia —dijo Clyde. Se acercó y descolgó el teléfono. No había línea.

—No pagué el recibo —dijo el señor Frost—. Usé todo el dinero para la pensión alimenticia.

—Entonces tendremos que llevarle a un hospital —dijo Clyde—. Vamos.

Se acercó y sostuvo al señor Frost con la técnica de un bombero, cargando al

viejo sobre los hombros como un saco de briqueta, y lo llevó hasta la ranchera. El señor Frost se había puesto flácido, así que Clyde le puso el cinturón para mantenerlo derecho. Luego puso el motor en marcha, le dio al acelerador e hizo que el Coche de la Muerte recorriese la gravilla hasta la carretera, en dirección sur.

La siguiente granja estaba casi un kilómetro carretera abajo, pero Clyde calculó que llegaría antes al hospital que si paraba para llamar la ambulancia y esperaba a que llegase, por lo que se limitó a ir hacia Wapsipinicon a unos ciento sesenta kilómetros por hora. No sin vergüenza profesional, tomó nota de que ningún vehículo del sheriff se percataba de su violación del límite de velocidad.

Entró en la ciudad por la Treinta, que en las zonas pobladas se conocía como Lincoln, dejó atrás, a la izquierda, el viejo campus, luego el inmenso aparcamiento del centro de actos con el auditorio y el Estadio Twister y, luego, el coliseo, dejando atrás los campos cubiertos de entrenamiento de los Twister y los campos de entrenamiento al aire libre, para luego dar un giro cerrado hacia la izquierda en la avenida Knapp, avanzar media docena de manzanas y acabar en el centro médico, siguiendo las indicaciones rojas hasta la sala de urgencias del hospital metodista, tan nueva y tan buena que no se llamaba sala de urgencias sino centro de trauma. Clyde podía dar con el centro de trauma con los ojos cerrados; iba allí continuamente, por trabajo.

No le pareció digno irse sin saber cómo le iba al señor Frost. Pero también sabía por experiencia que tomar café repugnante y aguado en la cafetería del hospital no era una buena forma de pasar el tiempo, y por tanto, tras el paso de un intervalo decente, aparcó el coche en la zona de visitantes y fue a dar un paseo.

Unos momentos de caminata le llevaron al cinturón verde siguiendo el Wapsipinicon. Un camino para bicicletas seguía la orilla, con algún puente colgante ocasional de aspecto extraño (proyectos de los estudiantes de ingeniería) hasta el campus de la UIO, al otro lado. Clyde pasó por uno de ellos hasta el cuadrilátero —que ya tenía dos años— esculpido y recubierto de mármol del Centro de Investigación de Ciencias Agrícolas Henry Scheidemann, la Casa de Larsen. Era un campus dentro del campus, libre de las multitudes de sucios estudiantes que ocupaban el resto de las novecientas hectáreas de la universidad, poblado sobre todo por extranjeros poseedores de un cociente intelectual estratosférico. Clyde se sentó en un banco que decía haber sido donado por el Gobierno de Nigeria y los vio ir y venir vestidos con sus *dashikis*, *saris*, turbantes y batas de laboratorio, y se preguntó si Frank Frost seguía con vida, y de ser así, si tenía alguna idea de que un lugar como aquél existía a sólo unos minutos en coche de la granja semiderruida en la que había decidido apartarse del mundo.

Clyde estuvo sentado en el banco quince minutos, observando las idas y venidas de los estudiantes extranjeros, y no sólo pensando en Frank Frost sino

también en el desaparecido Marwan Habibi.

Se puso en pie, se despegó y se dirigió a la entrada principal del Scheidemann. Durante unos minutos se demoró alrededor del gigantesco globo eléctrico, contemplando las luces insertadas en lugares exóticos, cada una indicativa de un punto donde la Universidad de Iowa Oriental había logrado de alguna forma enredarse con las leyes y el Gobierno de algún otro país. Consultó un mapa mural y se llegó hasta el ala Sinzheimer. Luego subió al tercer piso y fue hasta la puerta 304, que estaba precintada con cinta amarilla.

—¿Puedo ayudarlo? —dijo una voz. Una voz americana. Clyde alzó la vista, tomado por sorpresa, para ver a un joven allí de pie, con una lata de Coca-Cola sin abrir y una bolsita de patatas en la mano. Era más o menos tan alto como Clyde pero debía de pesar unos veinte o veinticinco kilos menos. De grandes ojos azul claro y pelo rubio rojizo, tenía un historial de acné que no era por completo historia. Daba la impresión de estar en guardia, como un pájaro.

—¿Disculpe? —dijo Clyde.

—Lleva aquí de pie diez minutos —dijo el hombre—. Soy Kevin Vandeventer. Ese de ahí es mi laboratorio. —Señaló a la habitación contigua.

—Soy Clyde Banks —dijo Clyde y le tendió la mano a Kevin Vandeventer. Luego, con retraso, añadió—: Ayudante del sheriff del condado y candidato a sheriff.

—Oh. Así que ha venido por la investigación.

Clyde se acordó de algo.

—Usted ya ha hablado con los detectives de Wapsipinicon, ¿no es cierto? —Durante sus intentos recientes por ponerse al día y no quedar como un idiota, Clyde había leído el informe de la entrevista con Vandeventer.

—Sí. —Vandeventer agitó la cabeza—. Chico, es una pena lo de Marwan. Espero que le encuentren vivo y bien... pero cada vez parece menos probable.

A la mente de Clyde ya habían llegado varias docenas de preguntas. Pero los detectives de Wapsipinicon ya las habían planteado casi todas. Las respuestas de Vandeventer habían sido detalladas y gramaticalmente perfectas... Interrogar a un científico era muy fácil. Además, no era labor de Clyde interrogar a los testigos... Primero tenía que ganar unas elecciones. Y no estaba ganando las elecciones allí, en aquel pasillo habitado por estudiantes extranjeros que no tenían derecho a voto.

—Tengo que irme —dijo Clyde—. Vote por Banks.

CAPÍTULO 11

El taxi recorrió los nueve kilómetros hasta la entrada de la CIA al salir del paseo, deteniéndose un poco más allá de la curva que impedía ver la garita desde la autopista. Betsy, muy concentrada en sus ideas, no había sacado la insignia del bolso, pero no le hizo falta. El taxista y el guardia se conocían. Dejó atrás el auditorio Bucky Fuller camino de la zona delantera y la dejó junto a la estatua de Nathan Hale. Betsy fue a sacar dinero del bolso, pero el taxista agitó la mano.

—No es necesario, señora, el caballero se ocupó de todo. Buenos días. — Luego, señalando hacia Nathan Hale, dijo—: Recuerde, dé gracias de tener sólo una vida que entregar por su país.

Había llegado temprano y el día era bonito, así que encontró un banco cercano en el que aclararse las ideas. Qué curioso, reflexionó, haber pronunciado una frase y haber provocado todo aquello. Curioso, también, lo de Spector y lo que había dicho del presidente. ¿Sería cierto?

«¿Qué debo hacer?», se preguntó. Recordó su primer seminario como estudiante graduada en la universidad de Idaho. Era la única mujer en un seminario de econometría. En aquella época sabía muy poco de modelos económicos y análisis de datos, pero sabía que los hombres de la clase la despreciaban. Era una novata, no era guapa y le iban a dar su merecido. Había guardado silencio, había presentado su trabajo, la habían machacado sin piedad. El profesor que llevaba el seminario, y que odiaba a su mentor, Larkin Schoendienst, azuzó a los hombres como Calígula azuzaba a los gladiadores en el Coliseo. Había sobrevivido. Pero se había sentido violada.

Era una buena chica, pero no era tan estúpida como para pasar de nuevo por una experiencia semejante. Betsy seguiría el consejo de Spector. Diría: «Vaya, señor, no lo sé.» O: «Vaya, señor, todavía no lo he descubierto todo.» Allí corría tanto peligro como en los campos de patatas de la cuenca del río Snake. Allí también había serpientes de cascabel, pero no tenía su escopeta de perdigones ni a su perra, *Katie*. Contaba con su habilidad para la supervivencia, eso sí. Fue recuperando la confianza. Rebuscó en el bolso y sacó la cartera. Cassie había

querido ver las fotos que Betsy llevaba y había soltado un grito de asombro porque la única que le había podido enseñar era de *Katie*, su perra labrador, sentada en la parte posterior de una camioneta con su sonrisa perruna y la lengua roja colgando. Betsy miró la fotografía con una sonrisa de oreja a oreja. Qué extraño. Llevaba días sin sonreír.

Spector tenía razón. No repetiría el error cometido con el agregado en marzo. No se excedería en su tarea. No caería en la trampa burocrática. Completaría su tarea tal y como se le había pedido y se iría ensangrentada, pero sin dejar que la doblegasen.

Cuando ya entraba en el edificio, la limusina del DCI —su jefe durante la última semana— llegó. Le había visto antes en una ocasión en que había ido al edificio Castleman a comer pizza con el personal, algo que su propio personal le había aconsejado después de la marcha de Casey. Betsy le sonrió, él le abrió la puerta. Mientras entraba, le oyó preguntarle a su ayudante:

—¿Quién es?

—Es ella.

—¿Vandeventer?

Betsy se echó a un lado y dejó que él y su gente pasasen juntos por el arco de seguridad mientras ella buscaba la insignia en el bolso. Pasó. El DCI la esperaba. Se presentó y dijo:

—Estamos ansiosos de oír su informe.

—Oh, gracias, señor. Me siento muy honrada de poder compartir mis descubrimientos a este nivel.

—Por cierto, debería saber que el doctor Millikan estará presente.

—¡Oh! ¡Mucho mejor!

—Nos veremos en el séptimo —dijo. Intercambió una mirada de *vaya imbécil* con su ayudante y se dirigió al ascensor de los ejecutivos.

Betsy se metió en el ascensor para el personal, que se detuvo en todos los pisos. Cuando finalmente llegó al séptimo se fue directamente a su rincón. Se conectó y repasó su informe sobre bioarmas, todo lo que había logrado durante la semana. Sin duda, los lacayos del DCI ya lo habrían copiado y examinado, señalando todos los puntos débiles... que eran muchos.

Cerró el documento, consultó su informe sobre la soja y mandó las cuarenta páginas a la impresora láser. Lo llevó hasta el otro extremo del pasillo e hizo quince copias. Mientras la máquina trabajaba, fue al baño y se arregló. A través de la ventana de vidrio esmerilado oyó que un helicóptero llegaba al helipuerto cercano. Millikan estaba allí.

Fue al armario de suministros y sacó doce juegos de tapas para su informe. Regresó luego a la fotocopidora para compaginar los ejemplares, canturreando mientras ordenaba las páginas y las encuadernaba. Luego sintió una presencia hostil. Llevaba el mismo perfume que su profesora más detestada de tercero. Era

la secretaria ejecutiva del DCI, Margaret Hume. Betsy se volvió y dijo:

—¡Hola! —con toda la alegría posible.

Hume se limitó a mirarla con furia y a bloquear la puerta. Detrás de ella vio pasar a Millikan con su séquito, seguido de cerca por el director del grupo de trabajo iraquí en Operaciones... No sabía su nombre. El director de la Oficina de Análisis y Coordinación de Programas. El director de Análisis Económico. El director de Ciencia y Tecnología. El subdirector de la Central de Inteligencia, los agregados de la DIA —la Agencia de Inteligencia de Defensa— y el NSC —el Consejo Nacional de Seguridad— y el subdirector de Operaciones. Hombres con traje oscuro, que se movían en silencio y con decisión, hombres que esperaban su presentación. Tendría que haber estado demasiado intimidada para seguir de pie.

—Me toca —susurró Betsy con dulzura.

—Cuando llegue la hora —fue la repuesta acerada de la señora Hume.

—Maggie —preguntó Betsy, con un placer enorme de ver cómo la furia estallaba en el rostro de la veterana de treinta años de servicio—, ¿crees que la Agencia es culpable de tratar injustamente a las empleadas?

—En absoluto. La Agencia ama a todos sus empleados.

—Sí, me he dado cuenta —dijo Betsy, poniéndose en pie—. Tengo que irme.

—No hasta que llegue el momento.

—Maggie —dijo Betsy—, crecí moviendo tuberías de irrigación y recogiendo patatas. Peso noventa kilos. Es la hora de mi reunión. En unos cinco segundos mis noventa kilos van a atravesar esa puerta todo lo rápido que puedo caminar, que es mucho. Bien, por favor, no me digas que tengo que recurrir a la amenaza física para salir de esta habitación.

Betsy dio la espalda a Margaret Hume, hizo un montón con los informes y los sostuvo entre los brazos. Se volvió hacia la puerta para encontrarse a la secretaria ejecutiva todavía tercamente plantada en su camino. Betsy fijó la vista en un punto situado detrás de la cabeza de Margaret Hume y avanzó, acumulando rápidamente la misma potencia que empleaba para bajar la colina al salir del trabajo. En el último momento, la señora Hume perdió en el juego del gallina; comprendiendo que Betsy no bromeaba, se apartó con torpeza. Betsy oyó el satisfactorio sonido del tacón de un zapato de la señora Hume rompiéndose. Se tuvo que apoyar en la pared y Betsy pasó a su lado.

—Buenos días, Maggie.

Llegó a la puerta de la sala de reuniones justo cuando un lacayo salía a buscarla.

—¿Está aquí? —dijo con algo de sorpresa.

—Es la hora de la reunión, ¿no?

Entró en una sala con una espléndida mesa de mármol florentino en forma de riñón. Todas las sillas estaban ocupadas. Se volvió hacia el lacayo y dijo:

—¿Dónde debo ponerme?

—Ahí —le susurró, haciendo un gesto hacia el podio iluminado.

—Caballeros —dijo el DCI, porque no había mujeres presentes aparte de Betsy y, muy atrasada, Margaret Hume que llegaba cojeando—. Oficialmente el orden del día es ver qué hacer con los créditos de exportación-importación a Irak. Como saben, desde varios puntos del Congreso se han producido presiones para cortar esas fuentes de apoyo al señor Hussein. El presidente ya ha recibido nuestro informe sobre el uso que da el señor Hussein a los fondos tanto nacionales como extranjeros, tanto generados internamente como donados externamente. —Hizo una pausa, como si estuviese admirando la elegancia retórica de lo que acababa de decir—. Como saben muchos de ustedes, no llegamos a ningún consenso sobre qué hacer y recomendamos al Congreso que se siguiese analizando la situación.

Sonrisas corteses y apenas perceptibles recorrieron la sala. El DCI acababa de afirmar que la comunidad de inteligencia había envuelto en una telaraña a las fuerzas antiiraquíes. En el Congreso había suficientes facciones proiraquíes como para programar reuniones hasta que Saddam muriese de viejo.

—En consecuencia, el orden del día es de hecho estudiar los informes de la señorita Vandeventer sobre posibles abusos con los fondos agrícolas por parte de Irak. Si abren el sobre que tienen delante, verán la historia de esta cuestión. En febrero, la señorita Vandeventer formaba parte de un equipo de información con el agregado de agricultura en Bagdad. Después de terminar, manifestó su preocupación por la distribución y el uso de los subsidios de Comida para la Paz. La noticia recorrió la cadena de mando hasta el embajador, quien transmitió su inquietud al secretario de Estado. —Miró a su alrededor y comprobó que todavía no había llegado nadie de la Secretaría de Estado—. El señor Baker consideró importante que esa preocupación fuera transmitida al presidente. Doctor Millikan, ¿sigue contando la historia?

Millikan se aclaró la garganta.

—Odio esta época del año en Washington. Las alergias me provocan un río en la nariz. —Los directores reunidos le manifestaron su simpatía. Betsy, la única que estaba de pie, se dio cuenta de que ella también moqueaba. Estaba a punto de estornudar.

» Como saben —siguió diciendo Millikan—, construir la política para Oriente Medio es una tarea difícil. Nos apoyamos en ustedes para lograrlo. Conocemos sus dificultades debido a la devastación de nuestros recursos HUMINT después de la ocupación de la embajada en Irán y la muerte del coronel Buckley.

» El objetivo de nuestra política es muy simple: controlar Irán. Su fundamentalismo islámico, su población, sus recursos y su red terrorista por todo el mundo constituyen una amenaza clara y continua para nosotros y nuestros colegas soviéticos en Asia Central. Por desagradable que pueda ser, sólo tenemos

un contrapeso para Irán, y se trata de Irak y el histriónico Saddam Hussein. —La cara se le puso roja—. Ya es suficientemente difícil controlar al *lobby* israelí y sus presiones, a los liberales y sus quejas sobre la falta de visión de George y los ataques de la prensa. Pero que nos ponga palos en las ruedas una analista de nivel ínfimo pasa de la raya. ¡Tenemos que marchar en sincronía! ¿Está claro?

Los directores sentados alrededor de la mesa estaban recibiendo una reprimenda de la Casa Blanca. Betsy lo contempló pasivamente, como si viese la tele en casa. Sabía que ella era el blanco del ataque, pero ni siquiera le parecía estar en la sala. Millikan habló más y más, se fue poniendo rojo y golpeó la mesa mientras despotricaba contra los inferiores incompetentes, los subordinados desleales y la imposibilidad del Gobierno de deshacerse de los malos empleados. Luego se puso en pie y señaló directamente a Betsy, que se imaginó como Juana de Arco, atada a la estaca, con el humo llenándole las fosas nasales...

Estornudó. Fue un buen estornudo. Surgió cuando Millikan, como Pavarotti, estaba a punto de alcanzar la nota más alta, dispuesto a dar el golpe de gracia. Una larga ristra de mocos voló sobre sus labios y todos apartaron la vista. Betsy se puso a buscar un pañuelo.

La sala estaba paralizada. El subdirector de Operaciones le soltó:

—Jesús.

Betsy dijo:

—Lo siento.

Millikan había perdido el hilo del discurso. No podía seguir furioso con alguien tan patético. Sólo pudo agitar la cabeza con incredulidad y mirar inútilmente al DCI.

—Me gustaría agradecer las ideas del doctor Millikan y su análisis, preciso como siempre, sobre los graves problemas de la creación de políticas. Señorita Vandeventer. Lleva una semana con nosotros. Lamento que se sienta mal... En cuanto se recupere, ¿podríamos oír su informe?

—Claro está. Maggie, ¿los repartes? —dijo Betsy, dejando caer el montón de informes frente a la dama dragón lisiada. Hume había recuperado completamente la compostura y saltó alrededor de la mesa repartiendo alegremente las copias.

Betsy se puso a hablar.

—El nivel de clasificación de este informe es SPUO... sólo para uso oficial.

—¿Qué? No hay nada importante que sea SPUO —dijo uno de los trajeados.

—Si puedo continuar... —apeló Betsy al DCI.

—Adelante.

—Al final de mi presentación estaré encantada de responder a preguntas y hacer aclaraciones.

Luego leyó su informe sobre el mercado de la soja, presente y futuro, en el Sudoeste Asiático. Mientras explicaba pacientemente que había un mercado

prometedor para la soja estadounidense si Estados Unidos conseguía evitar que India entrase en ese mercado, los hombres de la mesa se pusieron a murmurar y a mirarse. Sus ayudantes, sentados en sillas adosadas a las paredes de la sala, se pusieron a gruñir en respuesta simpática.

Al fin Millikan intervino.

—Sabe perfectamente que no hemos venido a esto. Está aquí para explicar lo que le dijo a nuestro agregado sobre eso de que Saddam usa inadecuadamente nuestros fondos agrícolas.

—Oh, señor, no es ésa mi tarea. Recibí una reprimenda de mi jefe de división, el señor Howard King, que desde entonces ha obtenido un ascenso como premio a su buen trabajo. Me dijo claramente que jamás volviese a proponerme, que nunca más mencionase nada que se saliese de mi labor de seguir los flujos de esas materias. Ahora mismo estoy realizando una labor interesante sobre el mercado de las lentejas. ¿Le gustaría que hablase sobre lentejas?

—¿Quiere decir que no va a comentar sus ideas sobre el uso inadecuado de los fondos del Gobierno de Estados Unidos por parte de los iraquíes?

—Con todos los respetos, señor, no puedo apartarme de mi tarea. Bien, si algunos de ustedes, caballeros, desea ponerse en contacto con mi división y solicitar que me dedique al uso iraquí de los fondos gubernamentales, estaré encantada. Pero estoy segura de que ya lo están considerando.

Millikan la interrumpió, lentamente y en voz baja.

—Entonces, ¿por qué le dijo al agregado que el señor Hussein estaba usando mal los fondos del Gobierno de Estados Unidos? No se haga la tonta conmigo.

—Le dije que empleaba los fondos inadecuadamente porque parte de la distribución debía hacerse mediante una transferencia directa de efectivo, en cuanto Bagdad autorizase el acuerdo, a Soo Empire Grain a cambio de ochocientas mil toneladas de soja. El señor Hussein en lugar de eso compró café de Brasil. En ese punto dejó de ser parte de mi tarea.

Millikan presintió que no había razón para seguir con la conversación, se volvió hacia Gates y dijo:

—Me satisface comprobar que el jefe de división instruyó a la señorita Vandeventer sobre el procedimiento adecuado. Por favor, añada mi felicitación a su expediente. —Dedicó una larga mirada helada a Betsy hasta que ésta apartó los ojos para mirar el atril.

El DCI miró a los reunidos y preguntó:

—¿Hay alguna otra pregunta para la señorita Vandeventer antes de que vuelva al edificio Castleman?

No las había. El Consejo Nacional de Seguridad se había tranquilizado. Enfundaron los cuchillos. No habría ningún ritual de sacrificio sangriento. El DCI le hizo un gesto a Margaret Hume y le pidió:

—¿Haría el favor de acompañar a la señorita Vandeventer a mi despacho?

Me gustaría hablar con ella cuando terminemos aquí.

—Gracias por su informe —dijo el jefe de Operaciones, disimulando a duras penas su regocijo. Reconocía una maniobra de distracción en cuanto la veía.

—Estás muerta en este negocio —dijo la señora Hume, guiándola por el pasillo—. Harías mejor en iniciar ahora mismo el proceso de salida mientras todavía tengas aliento en el cuerpo. También me debes un par de zapatos.

Betsy se sentó en el despacho del DCI, mirando al Potomac más allá de los árboles de McLean. Al sur le parecía ver la punta del monumento a Washington.

—¿No me has oído? —preguntó la señora Hume.

—Lamento lo del zapato —dijo Betsy sin prestar atención—, pero soy muy torpe. ¿Me podrías traer una taza de café? Solo, por favor.

Hume seiseó desde lo más profundo, como si estuviese preparándose para lanzar llamas por la boca, y luego casi dio un trallazo al oír a su espalda la voz de su jefe:

—Eso suena bien. Trae también uno para mí, Maggie. Muchas gracias.

El DCI se acercó y se sentó a la mesa. No parecía furioso, más bien profesionalmente neutro.

—Impresionante representación. Había al menos seis cuchillos de carnicero apuntándote, y si Millikan te hubiese causado el más mínimo rasguño, te habrían descuartizado.

—¿Por qué no hizo usted nada? ¿Por qué hacerme pasar por esto?

—Hay una dinámica burocrática inherente e imparable. Es casi visceral. Ese comentario tan simple al agregado tuvo el impacto de una granada de mano. Si una GS-11 puede deducir algo así... entonces, ¿para qué necesitamos todo esto? —Con la mano izquierda indicó la central—. Sé que puedo confiar en tu discreción, pero nos van a dar para el pelo por no haber comprendido qué les pasaba a los soviéticos en los últimos diez años. Yo entré en ese asunto ya muy tarde, y hay impulsos burocráticos y políticos que ni siquiera puedo comentar.

—No pretendo hacerme la ingenua, pero ¿no es una forma muy estúpida de hacer las cosas?

—Sí, pero es todo lo que tenemos.

La secretaria volvió con el café y él se puso a hablar, sin que viniese a cuento, sobre la necesidad de mantener el orden en las filas, de la importancia de la jerarquía y demás. Maggie se fue y él se ocupó durante un momento de la crema.

—Todos me dicen que estoy acabada. ¿Estoy acabada?

—A la larga, sí —dijo—. A corto plazo tendrás un papel. Forma parte del impulso. Después de almorzar vuelve a Castleman... Ahora eres jefa de división en funciones.

Intercambiaron algunas palabras totalmente intrascendentes sobre la geografía de Idaho. Cuando llevaba allí tiempo suficiente para que su presencia

ya no fuese deseada, Betsy se disculpó, le estrechó la mano al DCI y dejó atrás a Hume y los despachos del séptimo piso preguntándose si volvería alguna vez. Tomó el ascensor hasta la planta baja, pasó por el control de seguridad y se fue a la parada del bus Blue Bird.

Una voz familiar surgió desde un banco cercano a Nathan Hale:

—Buenos días, señora. ¿Cómo le ha ido el día? ¿Necesita que la lleven?

CAPÍTULO 12

Habiendo crecido en la explosivamente fecunda residencia Dhont, Desiree ya sabía más sobre cómo cuidar a un bebé de lo que Clyde sabía en la vida. Lo que más intimidaba era que Desiree se había embarcado en un ambicioso programa de investigación. Había comprado o pedido prestadas docenas de libros sobre cuidados avanzados del bebé, y ya superaba con creces su antiguo nivel y se perdía en la distancia, más allá del horizonte de Clyde.

Algunos de los libros sobre bebés eran los de siempre, y muy usados, de la biblioteca pública de Nishnabotna, y otros, nuevos y relucientes, habían salido del Departamento de Desarrollo Infantil. En una ocasión, furtivamente, Clyde se había llevado uno al baño y lo había hojeado sentado en el váter. El lenguaje era bastante claro (sobre todo para alguien acostumbrado a las complejidades victorianas de Sherlock Holmes), y no había que ser ingeniero para pillar la idea. Hojeó todo el libro con confianza. Si pasaba un poco más de lo habitual sentado en la taza leyendo esos libros, tal vez con el tiempo diese una grata sorpresa a su esposa demostrando de pronto unos conocimientos insospechados sobre la paternidad.

Luego leyó otro y descubrió que contradecía directamente al primero. Comprendió por qué Desiree invertía tanto tiempo en aquello: tenía que haberte leído centenares de ejemplares para discernir las tonterías de la sabiduría.

Cuando a la pequeña le dio por despertarse en plena noche llorando, descubrió que muchas horas nocturnas que normalmente hubiese malgastado durmiendo podía invertirlas en mejorar su mente leyendo las obras de varios augustos doctores en pediatría. Todos ellos sostenían ideas diametralmente opuestas sobre cómo lograr que tu bebé durmiese, y todos ellos poseían unas credenciales académicas rutilantes, por lo que distinguir la verdad de la ficción no resultaba nada fácil.

El tenía una pequeña ventaja. A saber, que por razones de trabajo a menudo entraba en contacto con doctores de la universidad. Había descubierto que los doctores no amedrentaban tanto cuando uno los había ayudado a poner el coche

en marcha, había bajado su gato de un árbol o arrojado a unos cuantos por pegar a su esposa también doctora. Así que Clyde iba directamente al grano.

Parecía bastante probable que si el autor de un libro era un imbécil ese hecho se manifestara inevitablemente en algún punto de sus páginas. Como un estudiante incompetente que intentara aprobar el curso de la UIO, un imbécil que escribía un libro acabaría metiendo la pata tarde o temprano. Clyde escrutó el contenido de los libros con el talante firme y sagaz de un detective, buscando pruebas y no información. La presencia de un bebé que lloraba a su lado conseguía que su mente se concentrara con una especie de claridad judicial; si encontraba una contradicción interna, o incluso una frase mal escrita, podía cerrarlo de inmediato —con un ruido parecido al golpe de maza de un juez— y arrojarlo a la alfombra, al montón de libros rechazados. Al fin encontraba su nicho en esto de ser padre. Desiree era demasiado blanda y estaba demasiado bien dispuesta; se leía todo aquel material contradictorio e intentaba evaluarlo equitativamente. Pero él realizaba una aproximación inflexible más propia del Viejo Testamento y no vacilaba en lanzar el material sospechoso al Lago de Fuego.

A lo largo de muchas sesiones nocturnas de investigación, redujo el campo de los expertos en el sueño de los bebés hasta un solo hombre, un doctor del Este. A Clyde le caía bien porque parecía tener las ideas claras y no era excesivamente sentimental. Tenía la impresión de que le contaba las cosas sin rodeos. Lo que decía era que los bebés tenían que aprender a dormir por sí solos, y que si los acunabas o les dabas el biberón jamás aprendían. En otras palabras: que el bebé llorase. Tarde o temprano acabaría descubriendo cómo dormirse solo.

Lo que estaba bien, en teoría. Sólo había un problema: el tipo decía que no había que dejarlos llorar hasta que no tuviesen cuatro meses. Maggie había nacido en marzo, razón por la que Clyde pasó gran parte de abril y mayo conduciendo por ahí con Maggie en el Coche de la Muerte a las tres y las cuatro de la madrugada. Ir en coche era la única forma de tranquilizar a la niña y, si no surtía efecto, al menos los vecinos no se enteraban.

También resultaba útil en otro aspecto: le ofrecía tiempo de sobra para pensar en las últimas horas de la vida de Marwan Habibi.

La semana anterior el rotatorio al fin había escupido el cuerpo de Habibi, en avanzado estado de descomposición y comido por los peces. Todavía llevaba una chaqueta de piel con los bolsillos llenos de grava de la rampa de bote, pero el cuerpo se había hinchado hasta el punto de flotar a pesar de ese intento improvisado por incrementar su peso. A Clyde, naturalmente, le habían asignado el trabajo de sacar los restos mientras Kevin Mallowney permanecía en la parte superior de la presa rodeado de un nimbo de luces de televisión, con aspecto de hombre duro pero preocupado. Clyde había acompañado la bolsa del cadáver hasta la oficina del forense del condado, Barnabas Klopff, quien había rebuscado

entre los restos mientras Clyde intentaba dar con otra cosa que mirar. Clyde había visto otros cadáveres, pero nunca nada como lo que había quedado de Marwan Habibi.

—Maldita sea —dijo Clyde, leyendo la etiqueta de un cajón—. ¿Qué hace aquí Kathy Jacobson?

—Está muerta —dijo Barney Klopf.

—Lamento saberlo. —La señora Jacobson había sido una presencia fija en la iglesia luterana a la que Clyde iba, hasta que al casarse con Desiree se había convertido al catolicismo—. ¿Cuándo murió?

—Ayer mismo. De un ataque al corazón en la cocina mientras preparaba *lutefisk*.

Clyde no dijo nada, pero sintió cierta satisfacción al oírlo; si Kathy Jacobson hubiese podido escoger momento y lugar para morir, ciertamente habría sido en su cocina preparando *lutefisk*.

—Mallory Brown —dijo Clyde, siguiendo con los cajones. Mallory era un veterano negro de la guerra de Corea que siempre llevaba la bandera en el desfile del día de los veteranos.

—Hace dos días. Una crisis asmática.

—¿Quién es Rod Weller? —preguntó Clyde, al llegar a otro cajón.

—Un abogado de Davenport. Murió ayer. De un ataque al corazón pescando carpas con arco.

Barney se presentaba a la reelección, también por el Partido Republicano, y cuando terminó la autopsia por primera vez en su carrera Clyde sacó algo de su relación con los republicanos; fue la primera persona en enterarse del informe de la autopsia, que afirmaba que era probable que Marwan Habibi hubiese muerto por el impacto de varios golpes en la cabeza, infligidos con un objeto pesado en forma de pala, posiblemente un remo. Cuando salió del edificio, Clyde anunció ese dato a un cámara expectante, aunque probablemente fuera para él tan beneficioso como perjudicial: recordó a todos lo del bote.

Clyde fue por Lincoln en dirección este cruzando los polígonos industriales de Nishnabotna y los centros comerciales de la periferia de la ciudad. Las luces de colores parecían llamar la atención de Maggie y lograban que guardase un silencio momentáneo, o quizá simplemente miraba directamente por la luna delantera la magnificencia galáctica de la parada de camioneros Barras y Estrellas, cuyos gigantescos carteles eran visibles desde kilómetros de distancia; los habían diseñado específicamente para despertar incluso a los camioneros más dormidos de la interestatal Cuarenta y cinco y que tuvieran tiempo de sobra para frenar y tomar la salida de Nishnabotna.

Una vez pasada la parada de camioneros Barras y Estrellas se hundieron

instantáneamente en la oscuridad más absoluta. En aquella parte del mundo, la frontera entre ciudad y campo era muy abrupta, y los aparcamientos de los centros comerciales habitualmente lindaban con campos de maíz.

En dirección sur por la interestatal Cuarenta y cinco, atajaron por el extremo sur de Nishnabotna antes de cruzar el río Iowa. Casi de inmediato, Clyde tomó la salida para la nueva Treinta, que iba en dirección oeste-noroeste entre campos de maíz sin sembrar y pasando por el ocasional grupito de casas hasta unirse de nuevo con la antigua Treinta, conocida como Lincoln. En ese punto, Clyde salía, reducía la marcha del Coche de la Muerte y giraba a la derecha para dirigirse al este por Lincoln. Compartían aquel cruce un vendedor de coches de segunda mano, un minimercado Casey's y un bar de carretera de mal aspecto que parecía cambiar de propietario cada pocos meses. O, al menos, así había sido hasta el año anterior, cuando un par de mujeres lo habían comprado y convertido en un bar de vaqueras... el tipo de bar de vaqueras donde los vaqueros eran tan bien recibidos como una serpiente de cascabel. Era un establecimiento popular entre las mujeres relacionadas con la universidad. Pero los habitantes de Nishnabotna habían oído campanas y les gustaba excitarse chismorreando sobre a quién habían visto allí.

Una noche, al descubrir que el indicador de gasolina marcaba vacío y que de todas formas Maggie no dormía, Clyde paró en el Casey's para llenar el depósito y tomar un café. Mientras lo llenaba, dándole a la manguera para lanzar algo más de gasolina por la tubería, oyó una intensa música de Patsy Cline surgiendo de una puerta abierta en el lateral del bar de vaqueras. Mirando en dirección al sonido, vio a un par de vaqueras compartiendo un momento de amor contra la pared del edificio. Una de ellas daba la espalda a Clyde; tenía un pelo largo y rubio, y parecía universitaria. Su amiga se apoyaba contra la pared y llevaba un peinado de mujer madura, con permanente. Era Grace Chandler. Ella y su marido —la leyenda local de los deportes y comentarista despedido Buck Chandler— le habían vendido a Clyde el edificio de apartamentos. Era una mujer vivaz y agradable, más inteligente que su esposo. A Clyde siempre le había parecido triste. Hasta entonces.

Desde el Casey's, Clyde podía seguir por la Lincoln atravesando Wapsipinicon y Nishnabotna. Era un tramo de carretera lleno de semáforos. A esa hora de la noche no había tráfico para activar los sensores instalados en el firme, así que las luces seguían un programa automático. Siempre que se ciñese al límite de velocidad, Clyde podía pasar esos treinta y dos semáforos sin parar o siquiera reducir la velocidad. Cuando tenía la impresión de cabalgar la ola, se limitaba a poner el vehículo a treinta y cinco y mantener la ranchera en el centro del carril.

Pero ocasionalmente algún conductor nocturno salía de un cruce y activaba el sensor, lo que provocaba el caos en toda la cadena de semáforos. Como en la Lincoln el terreno era plano y recto, todos los semáforos, durante kilómetros,

eran simultáneamente visibles. El resultado era casi palpable. Clyde veía los faros del intruso acechando en la calle lateral y cómo los semáforos pasaban a rojo en una reacción en cadena que recorría toda la calle.

Fijado a cada semáforo había un aparato consistente en una cajita electrónica de la que surgía un tubo largo y estrecho a cada lado, que señalaba a derecha e izquierda. En las profundidades de cada tubo había una célula fotosensible. La célula miraba por el tubo, observando la calle con visión túnel.

Todos los vehículos de emergencia tenían luces intermitentes que parpadeaban a una determinada frecuencia. Cuando la célula detectaba una luz así, se lo indicaba al semáforo, que se ponía en verde. Así era como los vehículos de emergencia podían recorrer la Lincoln a toda prisa, incluso en hora punta, sin dar nunca con un semáforo en rojo.

Cuando Clyde veía que los semáforos se iban poniendo en rojo en plena noche, sacaba la mano y agarraba con los dedos el control de los faros de la ranchera. Le daba varias veces para que destellaran con rapidez. Como por arte de magia, los semáforos cambiaban a verde en sucesión a lo largo de Lincoln hasta (suponía) la Coste Este, y él pasaba deslizándose en su enorme ranchera mirando a los intrusos detenidos en los cruces, que a su vez le miraban con suspicacia.

Por una vez se topó con un semáforo en rojo, porque había estado tan concentrado en Marwan Habibi que había olvidado hacer que las luces parpadearan. Miró al cruce, para ver quién demonios estaba ahí a las tres de la mañana para desbaratar el comportamiento programado de los semáforos. Era el potente Trans Am elevado de Mark McCarthy, un especialista en delitos menores que Clyde había arrestado en varias ocasiones. El Trans Am salía de un vecindario particularmente cutre de Nishnabotna, donde se sabía que vivía ocasionalmente con su pareja de hecho y sus niños ocasionales.

Alguien —o algo— ocupaba el asiento del copiloto, junto a Mark McCarthy. Pero Clyde no vio quién, o qué, hasta que McCarthy avanzó y giró a la izquierda justo delante de él. Mirando de cerca a través de las ventanillas del Trans Am de McCarthy, Clyde distinguió claramente una silla de bebé rosa pálido con un crío envuelto en una cómoda manta de dormir tomándose un biberón.

El testigo principal era Vandeventer, que a primera hora de la noche del asesinato había visto cómo se llevaban a Marwan Habibi del laboratorio (la misma noche del robo del bote). Vandeventer le había echado un buen vistazo a Marwan y estaba seguro que en ese momento tenía el cráneo intacto... Y efectivamente, de eso no cabía duda, porque los daños que Barney Klopff había apreciado durante la autopsia eran muy extensos y evidentes, incluso para Barney, famoso por abusar de sustancias farmacéuticas.

Vandeventer había identificado a los otros estudiantes árabes presentes en la fiesta del laboratorio 304, y los habían interrogado a todos... pero se tomaban sus declaraciones con cierto recelo, porque todos eran sospechosos. Los estudiantes estaban de acuerdo en que, tras abandonar el laboratorio 304, habían ido a una casa donde Habibi había despertado para seguir con la fiesta.

Del bote y el remo fatal sacaron huellas dactilares que coincidían con las de Sayed Ashrawi, uno de los estudiantes identificados por Vandeventer. Interrogatorios posteriores con los otros estudiantes dejaron claro que a la una en punto de la mañana, Ashrawi se había ofrecido voluntario para llevar a casa a Marwan Habibi. Estaba relativamente sobrio, porque era el chófer de reserva del grupo, y Habibi volvía a decir incoherencias. Después no habían vuelto a ver a Ashrawi ni a Habibi hasta las ocho de la mañana siguiente, cuando Ashrawi había asistido a una reunión del grupo local de estudiantes islámicos. Pero un vistazo a los gastos de la tarjeta de crédito de Ashrawi demostraba que había comprado gasolina en la estación Exxon cercana al embalse Pla-Mor a las cinco de la mañana.

Los demás estudiantes tenían coartada. Ashrawi había sido arrestado y se pudría en la cárcel del condado de Forks, negándose a comer la asquerosa comida de la cárcel y rezando de cara a La Meca cinco veces al día mientras los otros prisioneros le maldecían.

Clyde no se atrevió a decirlo en público, pero estaba bastante seguro de que Ashrawi era inocente.

CAPÍTULO 13

Salvar cien millones de vidas, o al menos creer haberlo hecho, no estaba nada mal para un hombre que había iniciado la suya en la choza de un contrabandista de licores en las colinas del condado de McCurtain, Oklahoma. El padre de Arthur Larsen le había enseñado una cosa y sólo una: cómo zafarse. Cómo evitar los obstáculos estrafalarios y sin sentido que la Autoridad pone continuamente en tu camino. Y, si no era posible esquivarlos, cómo saltar por los inevitables aros con el mínimo esfuerzo.

Era una filosofía vital ideal para un contrabandista de alcohol, pero Arthur Larsen descubrió que era todavía más útil en el mundo académico, incluso en la escuela elemental. Fue el primero de su clase en el instituto, no porque fuera más listo sino porque había comprendido el funcionamiento del sistema y no tenía reparos en manipularlo. En la Universidad Estatal de Oklahoma trabajó incansablemente hasta lograr licenciarse y obtener el título de veterinario en seis años. Un récord tan asombroso que Cornell le concedió una beca para cursar un doctorado en patología veterinaria.

A esas alturas ya se dedicaba a la ciencia en serio. Eso no se podía fingir. Pero siempre que siguiese esa norma podía zafarse dentro de ese sistema tan bien como en cualquier otro. Larsen desarrolló una habilidad especial para estimar cuál era el contenido mínimo que podía poner en un artículo de investigación y aun así lograr que se publicase. Sus primeros esfuerzos no fueron bien recibidos, pero siguió realizándolos y al cabo de unos años los minúsculos copos habían formado un montón. Cuando obtuvo su doctorado, la montaña de nieve estaba completa. Se trasladó a la Universidad de Iowa Oriental y, una vez conquistado el negocio de la investigación, dedicó toda su atención a lo que se convertiría en su gran triunfo: el control supremo de las artes mágicas de los fondos de investigación.

Y si los fondos de investigación no bastaban, encontró otras formas de lograr dinero. Larsen y el tesorero de la Estatal de Iowa criaron experimentalmente una manada de cuatrocientas cabezas de Angus negro, vendieron el producto —sin

impuestos— y se hicieron con una pequeña fortuna. En 1990 Arthur Larsen había levantado dos monumentos a sus logros: el Centro de Investigación Scheidelmann y un parque de investigación al sur de la ciudad que acogía dos docenas de pequeñas empresas de alta tecnología que empezaban. Al menos la mitad de ellas eran resultado de investigaciones de Larsen y Larsen se sentaba en su consejo de administración. El parque de investigación era una pequeña obra maestra en sí mismo; había sido construido con dinero estatal en terrenos de la universidad y había sido rociado con exenciones de impuestos y dulces subvenciones de los legisladores estatales, a los que Larsen había guiado por allí como si fuesen Angus negros, deslumbrándolos con visiones de un Silicon Valley de la agricultura.

Lo que podía hacer dentro de la estructura de la UIO lo hacía en el Scheidelmann y, lo que no, lo hacía en las empresas embrionarias. Eran los dos pilares del coloso de Larsen, una red fabulosamente compleja que ocupaba a tiempo completo un bufete de seis abogados para garantizar que se pagaban todos los impuestos y que no se violaban en exceso demasiadas leyes importantes.

Kevin Vandeventer tuvo tiempo de sobra de repasar mentalmente esos hechos y estadísticas sentado en la sala de espera de las oficinas del profesor Larsen, una mañana de principios de mayo, esperando para una cita a las diez en punto que se posponía continuamente, en incrementos de cinco, diez y quince minutos. Iba avanzando lentamente por una cola compuesta por media docena de estudiantes graduados: todos del Sudeste Asiático o africanos. Cada uno de ellos, incluido Kevin, era responsable de parte del dinero para investigación de Larsen: medio millón por aquí, tres millones por allá. Cada uno era responsable de garantizar que esos dólares se convertían en artículos de investigación publicados y, cuando era posible, en notas de prensa que destacasen los beneficios salvadas de la agricultura moderna. Cada uno tenía que reunirse con Larsen cada pocas semanas e informarle sobre los últimos progresos. Larsen tendía a programar esas citas en bloque para sacrificar un día entero y poder invertir los demás en jugar al golf con el Consejo Universitario, pilotar su Beechcraft hasta Taos, engatusar a posibles inversores, grabar entrevistas para programas de noticias nacionales o viajar a China o la India para ser agasajado por los escalafones más altos de sus respectivos Gobiernos. Esos eran los aspectos divertidos de ser el Hacedor de Lluvia. Administrar becas de investigación y el rollo de los estudiantes de doctorado eran las figuras obligatorias en una competición de patinaje sobre hielo.

No se charlaba amistosamente en la sala de espera. Esa gente estaba allí por su inteligencia, no por sus habilidades sociales. Muchos de ellos competían entre sí por las mismas subvenciones para investigación del Hacedor de Lluvia, y los que no competían podían proceder de países hostiles o directamente enfrentados en una guerra.

Sonó el intercomunicador de la recepcionista. Kevin parpadeó intentando librarse del letargo de media tarde; estaba a la cabeza de la cola. La recepcionista habló por teléfono un momento, mirando directamente a Kevin, y luego colgó:

—Vuelve a disculparse... Acaba de recibir una llamada de Nueva Delhi que tiene que responder... Sólo serán unos minutos más.

Kevin se puso cómodo y no le dio mayor importancia. Su papel en la vida era ser desviado de un proyecto a otro, un peón en el gigantesco tablero de Larsen, interpretando el papel que Larsen requiriese en cada momento. En aquel momento su papel consistía en esperar.

Por ejemplo, a comienzos de 1989 lo habían colocado en el puesto de ayudante de investigación en una subvención de la NSF de trescientos mil dólares. No lo supo mientras la subvención duró. Lo había descubierto un mes antes, al recibir un formulario W-2 que decía que había cobrado veinticinco mil dólares que, en realidad, no había recibido.

Había ido a hablar con el contable de Larsen, que trabajaba en el centro de Wapsipicon, en el bufete que se ocupaba de sus asuntos. Le indicó, con todos los respetos, que no debería haber pagado impuestos por un dinero que no había cobrado. Lo había dicho, en su opinión, con sentido del humor, pensando que la absurda situación podía dar pie a unas carcajadas. Pero al contable no le hizo ninguna gracia... ni siquiera se sorprendió.

—¿Tienes asesor fiscal? —le dijo.

Kevin rió.

—Demonios, no. Mi declaración es tan simple que yo...

—Ahora lo tienes —dijo el contable—. Tráeme todos tus W-2, los 1099, dietas y demás, y yo me ocuparé.

—¿Ocuparse?

—Me aseguraré de que la declaración esté cumplimentada adecuadamente y a tiempo —dijo el contable, lenta y claramente—. Y que los impuestos sobre esto —agitó el misterioso W-2— no te incomoden.

—El doctor Larsen le recibirá ahora —dijo la recepcionista.

Kevin se puso en pie, agarró el portátil y recorrió el pasillo de mármol hasta el despacho de Larsen, una habitación del tamaño de una cancha de baloncesto desde la que se disfrutaba de una panorámica de ciento ochenta grados del valle de Wapsipicon y el campus de la UIO. Las paredes sin ventanales estaban forradas de placas de homenaje y fotos autografiadas de Larsen codeándose con secretarios de Agricultura, ganadores del Premio Nobel y jefes de Estado extranjeros.

Ya había tenido antes reuniones como ésa... Conocía la rutina. Primero, treinta segundos de charla amistosa con el Hacedor de Lluvia. Después, una especie de alarma interna se disparaba en la cabeza de Larsen, sus ojos se ponían

vidriosos y su conversación se volvía entrecortada y distraída. Si lo veías venir e iba al grano antes de que Larsen se irritase, te iba de fábula.

Aquel día, sin embargo, la cosa fue un poco diferente: en el orden del día había un elemento poco corriente.

—Lo de Habibi —dijo Larsen—. Hasta ahora lo has manejado bien. Buen trabajo.

Kevin se encogió de hombros.

—La poli me hizo preguntas y conté la verdad.

Larsen le dedicó un guiño y una risita de complicidad, lo que a Kevin le resultó inquietante.

—Lo has llevado muy bien —repitió—. El fiscal quiere descargar todo el peso de la ley sobre Ashrawi y mantenerle en Fort Madison hasta que muera de viejo. Parece que simplemente le deportarán... Entonces será problema de los iraquíes.

—Bueno, creo que Ashrawi es jordano.

Larsen miró fijamente a Kevin un momento.

—Esas fronteras son una estupidez... Las trazaron hace poco los imperialistas. Así que no malgastes mi tiempo discutiendo si es iraquí, jordano o kuwaití. Lo único que deseo es que se vuelva a su casa y no me moleste más, ni tampoco estropee mis operaciones. Y si oyes cualquier rumor sobre alguna novedad en el caso, me lo cuentas a mí primero... ¿comprendes? Hemos esquivado una bala, pero no podemos permitirnos el lujo de bajar la guardia.

A Kevin no se le había ocurrido que hubiesen esquivado ninguna bala. Se había producido un asesinato; el malo estaba en la cárcel. Pero comprendía el punto de vista de Larsen. Algo así podía causar graves problemas a las operaciones de relaciones públicas de Larsen, milimétricamente planificadas.

—¡Cuenta! —dijo Larsen.

—He recibido un par de visitas de Clyde Banks... Una justo ayer.

—¿Clyde Banks? ¿A qué demonios viene aquí? —Como pilar del Partido Republicano local, Larsen sabía muy bien quién era Clyde Banks.

—Me pedía detalles sobre mi declaración a los detectives.

—¿Qué detalles?

—Bien, por ejemplo, cuando los otros sacaban a Marwan del laboratorio, uno de ellos, en inglés, dijo: «Procurad no golpear la cabeza de Marwan contra la jamba.» Clyde me lo preguntó.

—¿Qué preguntas te hacía?

—Quería saber si los estudiantes árabes normalmente hablaban entre sí en inglés, o si normalmente lo hacían en árabe.

—¿Y le dijiste?

Kevin se encogió de hombros.

—Le dije que habitualmente hablaban en árabe.

La cara de Larsen se fue poniendo roja.

—Pero —se apresuró a añadir Kevin—, comenté que había muchos dialectos árabes y que, si los estudiantes árabes de distintos países intentaban comunicarse, pasaban al inglés.

Larsen respiró hondo.

—Lo hiciste bien. Lo hiciste bien. —Larsen giró la silla noventa grados y miró por la ventana—. ¿Clyde preguntó alguna cosa más?

—Sentía curiosidad por las costumbres de los estudiantes árabes. Por ejemplo, ¿era normal que bebiesen alcohol? Y le dije que bebían de vez en cuando. Me preguntó si normalmente dejaban abierta la puerta del laboratorio 304. Dije que no, pero que esa noche celebraban una fiesta, por lo que quizá la dejaron abierta para que entrase el aire. Y fisgoneé por mi laboratorio durante un rato.

—¿Qué quieres decir con «fisgonear»?

Kevin se encogió de hombros.

—Sólo sentía curiosidad. La mayoría de la gente jamás ha visto el interior de un laboratorio de investigación. Recuerdo que se percató de que en un cajón tengo una caja de guantes quirúrgicos de látex y me preguntó si eso era habitual.

—Mierda —dijo Larsen, y pasó un minuto entero mirando en silencio por la ventana—. Bien —dijo al fin—, tu investigación.

Kevin se acercó para poner dos documentos sobre la mesa de Larsen: uno delgado y otro grueso.

—El delgado contiene sobre todo gráficas —dijo Kevin—. Si lo repasa, se hará una idea general de los hitos importantes y los principales desafíos a los que nos enfrentamos. —«Hitos» y «desafíos» eran dos de las palabras preferidas de Larsen—. El grueso es un informe completo sobre el estado de la investigación hasta la fecha, para sus archivos.

Larsen abrió el delgado. Una hoja suelta le cayó sobre el regazo.

—Esa hoja es como un resumen del resumen —le explicó Kevin—. Una tabla de hitos y desafíos, y algunos cálculos preliminares sobre el recuento.

«Recuento» era la palabra mágica más reciente de Larsen. Se había obsesionado con ella durante la redacción del artículo para *National Geographic*, cuando había pasado muchas noches y largos finales de semana dando con el látigo a sus estudiantes graduados, haciéndoles estimar cuántas vidas había salvado para pasar la cifra al Departamento de Relaciones Públicas de la universidad, que a su vez podría pasársela al periodista que escribía el artículo. Así que el recuento había empezado oficialmente hacia unos cinco años en alrededor de cien millones y había ido aumentando desde entonces. Parte de todos los proyectos del Hacedor de Lluvia era que sus lugartenientes prosiguieran el recuento a medida que trabajaban: ¿cuántas vidas se podrían salvar desarrollando e implementando la idea en la que estuviesen trabajando? Todo lo

que estuviese por debajo de los diez millones se consideraba que no compensaba el esfuerzo.

La cifra del resumen era de veinticinco millones. Larsen hizo una mueca y asintió apreciativamente para luego hojear el breve documento.

—Caramba —soltó, y lo volvió a repasar. Los gráficos, generados por ordenador, eran tridimensionales y de colores llamativos.

Kevin se encogió de hombros.

—He estado probando un nuevo paquete gráfico para mi Mac. Lo conecté a una impresora en color del local de fotocopias, Kinko's. Espero que no lo encuentre demasiado...

—¿Demasiado qué? —dijo Larsen.

Kevin se había metido él solito en un aprieto. Entornó los párpados y no dijo nada.

—A mí me parece bien. Demonios, mejor que bien —dijo Larsen—. Es justo por esto que te aprecio, Kevin, porque además de ser un buen científico tienes talento creativo... sabes comunicar los resultados. Créeme, no es un rasgo muy habitual.

—Gracias, doctor Larsen.

Sonó el teléfono. Larsen descolgó y dijo que sí seis veces seguidas. Luego colgó.

—Por cierto —dijo, inclinándose y bajando la voz—, gracias por comprender eso de los impuestos y no causar problemas. Fue un error de contabilidad.

Una de las secretarías de Larsen se coló en el despacho y le dio una carta para que la firmara. Luego Larsen le dedicó toda la atención a Kevin.

—Cuando esperabas para entrar, ¿qué tipo de gente has visto en la sala de espera?

—Mis compañeros de investigación.

—¿Algo te ha llamado la atención?

—Son todos muy listos.

—Venga, hombre, ¿de qué color son?

Kevin se encogió de hombros con incomodidad.

—De varios tonos de marrón.

—¿Te das cuenta de que eres el único estadounidense que trabaja para mí?

—Bien, ahora que lo comenta...

—El sistema escolar de mierda de este país fabrica unos productos tan defectuosos que las universidades deben invertir su tiempo llevándolos a lo que se consideraba el nivel de un graduado de instituto en Little Dixie. —Después de ese estallido de elocuencia, Larsen se calló más o menos un minuto, respondió a otra críptica llamada de teléfono, se puso en pie y miró por la ventana—. Kevin —dijo—, quiero que seas mi ayudante especial.

Kevin no tenía ni idea de a qué se refería; se imaginó trayendo café o

manejando la fotocopidora.

—¿Qué quiere que haga?

—Dirigir el taller por mí mientras estoy en Washington, o ir a Washington en mi lugar mientras yo dirijo el taller.

Kevin rió nervioso.

—Doctor Larsen. ¿A qué se refiere con «dirigir el taller»?

—Oh, venga. Te sientas aquí y miras tres cosas: hitos, desafíos y recuento. Eso ya sabes hacerlo, ¡lo tienes aquí mismo! —Pasó los dedos por el resumen de Kevin. Seguidamente dio un paso hacia él y bajó la voz—. Mira, vamos a dejarnos ya de tonterías. Mis chicos asiáticos son de primera. Son grandes científicos. Pero no puedo mandarlos al Congreso, a la NSF, a Agricultura. Pero tú... eres joven, agradable, sabes de ciencia, puedes crear gráficas bonitas y, sin pretender destacarlo demasiado, eres un hombre blanco que habla inglés. ¿Lo harás?

—Pero no he terminado mi tesis.

Larsen parpadeó sorprendido. Se le había pasado ese detalle. Luego soltó un tremendo suspiro y puso cara de exasperación. Tenía unos ojos hundidos de granjero rodeados de arrugas... de un azul tan claro que prácticamente eran grises. Esos ojos se agitaron de un lado a otro mientras hacía uso de sus habilidades para esquivar obstáculos, habilidades que jamás le habían fallado.

Tuvo una inspiración. Regresó a su mesa y recogió el documento grueso: *Transmisión bovina de contaminación por metales pesados a través de la cadena alimenticia: avances recientes*. Lo hojeó, deteniéndose para examinar algunas de las gráficas y tablas, y luego pasó un minuto o más examinando la bibliografía.

—Servirá. Es una contribución. Dáselo a Janie para que le dé forma de tesis. Tenemos el software para hacerlo.

—¿Doctor Larsen?

—Preséntalo. Necesito que seas doctor. Podemos hacer que la universidad se olvide de las fechas. Te necesito ahora.

Tres semanas después, el doctor Kevin Vandeventer salió de la estación de metro Courthouse, en Arlington, Virginia, con un traje en una funda sobre el hombro y una bolsa de plástico de Hy-Vee en una mano. Bajó por Clarendon y unos minutos más tarde llegó a los apartamentos Bellevue. Llamó al apartamento de su hermana y tuvo suerte: Cassie respondió por el intercomunicador; se mantenía la sorpresa. Le dejó pasar.

En el ascensor, sacó la toga de doctor y el birrete de la bolsa y se los puso sobre la ropa de viaje. Así ataviado, recorrió majestuosamente el pasillo. Cassie le esperaba en la puerta; cuando vio el atuendo soltó un grito y se echó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Betsy.

—¡Betsy, ven aquí! Tienes un visitante *distinguido*.

Betsy salió del dormitorio y se echó atrás involuntariamente al ver a la criatura imponente con toga. Luego reconoció la cara de su hermano, estuvo encantada y, cuando vio el birrete rojo, verde y dorado de doctor, se emocionó. Casi lo derribó al abrazarlo.

—¿Por qué no me lo contaste?

Él apartó la vista algo incómodo.

—Ha sido todo muy rápido. ¿Cómo te va, Betsy?

A Betsy se le escaparon las lágrimas, que le corrieron por la cara, por lo que Kevin se sintió todavía más incómodo.

—¿Cuándo ha sido? —le soltó, se apartó y recuperó el aliento—. Estoy muy orgullosa. ¿Se lo has dicho a la familia?

—Pensaba llamar desde aquí. Pueden venir a la ceremonia del mes que viene. A Larsen le lleva como media hora procesar a su gente.

Cassie tenía los ojos como platos, como una niña en Halloween que hubiese visto un disfraz de duende por primera vez.

—Doctor Idaho —dijo y de pronto se echó al suelo y se le metió bajo la toga.

—Deja que abra la cremallera para que no te ahogues —dijo Kevin, incómodo y nervioso. La cabeza de Cassie salió por la abertura del cuello, junto a la de Kevin, y lo que Betsy vio lo recordaría durante toda la vida.

—Quedaos así —gritó y corrió en busca de la cámara.

—El placer es mío —dijo Kevin, abrazando a Cassie.

Betsy volvió y sacó varias fotos desde distintos ángulos.

—Me aseguraré de que papá reciba una copia grande de ésta.

Cassie se dio cuenta de que Kevin no la soltaba.

—¡Vaya! ¡Le das un doctorado a un hombre y ya cree tener prerrogativas! —dijo—. Discúlpeme, señor doctor, pero en mi pueblo no vemos con buenos ojos que nos atrapen personas vestidas con toga. —Kevin la soltó y Cassie salió.

Kevin estaba en el cielo.

—Vamos a abrir la botella que compramos para celebrar el ascenso de Betsy —dijo Cassie.

—Buena idea —dijo Kevin.

—He dicho « el ascenso de Betsy » —repitió Cassie, un poco ofendida.

—Oh. ¿Te refieres a eso del polígrafo de cinco años?

—Trasladaron a mi jefe —dijo Betsy—, y Cassie le da demasiada importancia al hecho de que me hayan nombrado jefa en funciones.

—¡Jefa de división de la Compañía! No está nada mal para una recolectora de patatas —dijo Kevin tibiamente. Betsy vio claro que a su hermano le decepcionaba un poco dejar de ser el centro de atención.

Cassie apuntó la botella hacia las puertas abiertas del balcón y lanzó el corcho hacia el Pentágono con una explosión satisfactoria. Sirvió el Sovetskoe

Champanskoe en los vasos de postre; todo lo demás seguía en el lavavajillas.

—Un brindis por el doctor Kevin y la agente Betsy. —Se bebieron el champán dulce, admitieron que sólo estaba pasable y de inmediato se tomaron otra copa.

—Con calma, doctorcito —dijo Cassie fingiendo preocupación, viendo cómo Kevin bebía—. Mi padre me dijo que no hay nada tan rápido y divertido como una borrachera de champán ni nada tan rápido y desagradable como una resaca de champán.

La alegría del champán duró varias horas, o quizá tuviesen otras razones para estar de buen humor. Cassie llamó a Domino's y pidió pizza. Veinticinco minutos más tarde llamaron a la puerta y Cassie volvió de la puerta principal con dos pizzas calientes recién preparadas y una chica... la vecina de un par de puertas más abajo. Betsy había hablado con ella varias veces en el ascensor, pero nunca la había invitado a pasar.

—Mira quién andaba por el pasillo —dijo—. Esta es Margaret... Lo siento, no sé tu apellido.

—Park-O'Neil —dijo—. Siento la intrusión —les dijo a los demás—, pero esta mujer me ha arrastrado.

—Pareces sola —dijo Cassie—, y tenemos demasiada pizza y demasiado champán.

Betsy no pudo evitar darse cuenta de que Kevin se apresuraba a ponerse en pie para darle la mano a Margaret Park-O'Neil. Debía admitir que su hermano tenía muy buena planta con la toga de doctor. Aparte de imprimirle autoridad también parecía añadir carne a sus huesos.

—Lo siento, no sabía que fuera un acto formal —dijo Margaret—. ¿Debo volver y ponerme mi toga?

—¡Oh, disculpe! *Doctora* Park-O'Neil —dijo Cassie. Miró a Betsy—. Tú y yo tenemos que procurarnos educación.

Durante las siguientes horas la vecinita recibió muchas atenciones del hermano de Betsy. Escuchando su conversación, Betsy se enteró de que Margaret era medio coreana y medio estadounidense, miembro del Ejército con un doctorado en estudios de Asia Oriental, que trabajaba, naturalmente, para la CIA. Era una mujer graciosa, agradable y práctica que sabía vestirse.

A Betsy le recordaba mucho a una mujer asiática-estadounidense de la que Kevin había estado profundamente enamorado durante dos años, en la universidad. La que había llevado a Nampa en varias ocasiones para conocer a la familia y, al final, había roto con él, que se había pasado un año deprimido. No tenía ninguna duda de que Kevin, fuese consciente de ello o no, también había notado el parecido.

Margaret se quedó durante un tiempo decente y luego se disculpó aduciendo que era día laborable.

—Sí. Es hora de que los buenos empleados federales se vayan a la cama — dijo Cassie, llevándose las cajas de pizza a la cocina y embutiéndolas en la basura. Kevin fue al armario de la limpieza y sacó el saco de dormir que usaba cuando estaba de visita; Betsy lo extendió sobre el sofá y le prestó su almohada extra. Se dio cuenta de que él la miraba con ojos centelleantes. Se le acercó y le dio la mano con seriedad y formalidad.

—Estoy orgullosa de ti, Kevin. Felicidades.

—Salgamos al balcón —dijo Kevin.

—Me pondré algo para abrigarme —dijo ella—. Yo no llevo toga y birrete. —Quitó la manta de su madre del respaldo del sofá y se la echó sobre los hombros antes de seguir a su hermano. Kevin, apoyado en la barandilla, miraba las luces de Washington.

—Todavía me deja sin aliento —dijo.

—¿El qué?

—Washington. Aterrizamos siguiendo el Potomac. Y como me dijiste, me senté a la izquierda del avión, en un asiento de ventanilla. Se distingue la autopista de circunvalación y, cuando hay luna como esta noche, incluso se ve la catedral. Pero la vista del Mall hacia el Capitolio es tan hermosa que me dan ganas de llorar, y esta noche he visto la cabeza de Lincoln a través del tragaluz y la mano de Jefferson. Y luego tras un paseo en taxi aquí estoy, con mi hermana, con la que me solía sentar en el tejado de casa para mirar las montañas con los binoculares de papá.

Betsy empezaba a estar sobria. Muchas preguntas iban flotando en su mente.

—Kevin. ¿Cómo ha sucedido tan rápido?

—¿Cómo hemos acabado tú y yo aquí?

—¿Cómo has logrado tú el doctorado?

Kevin estaba pagado de sí mismo, ebrio de champán, y todavía tenía el recuerdo palpable de Margaret Park-O'Neil. Le contó a Betsy una historia asombrosa. Le habló del profesor Arthur Larsen y su imperio, de cómo Kevin, a lo largo del último año, había prosperado hasta el punto de informar directamente al Hacedor de Lluvia por delante de profesores con plaza fija. Le contó una historia muy rara sobre un formulario W-2 equivocado y cómo los contables de Larsen se ocupaban desde entonces de su declaración. Fue en ese punto que las alarmas de Betsy se dispararon.

Kevin seguía compartiendo todavía la suficiente intimidad con su hermana para sentir su inquietud.

—No te preocupes, Betsy —dijo en un tono que se suponía que debía ser tranquilizador pero que sonó condescendiente—. Todo pasa una auditoría.

En ese momento Betsy sintió la resaca del champán. Era una de las frases preferidas de Howard King. ¿A cuántos agentes federales sórdidos les había oído decir lo mismo después de haber quebrantado las reglas? ¿En cuántas reuniones

presupuestarias había oído la frase « pasarse un poco pero no tanto como para cumplir condena » ? Todavía recordaba a un contratista que se había asignado un cuarenta por ciento más de lo permitido y que le había dicho: « En el sector privado jamás podría hacerlo, pero aquí no lo comprobarán. No olvides, cariño, que el margen de beneficio se halla en la zona situada más allá de la ley escrita y antes de que intervenga la policía. » Betsy estaba mareada. Ahora su hermano era uno de ellos.

—No te preocupes, hay una buena razón para todo esto. Damos de comer al mundo.

« Y a vosotros también » , estuvo a punto de replicar Betsy. Pero no lo hizo. No quería estropear el momento de triunfo de su hermano.

—Oh, se exagera mucho con el recuento del doctor Larsen. Nadie cree realmente que haya salvado tantas vidas... Menos que nadie el propio doctor Larsen. Debes comprender que esos golpes de efecto son necesarios... Forma parte de hacer negocios. Pero bajo las exageraciones hay algo de verdad, Bets. Esta investigación es muy positiva.

Estaba cansada. Tendría que consultarlo con la almohada. Se limitó a abrazar a su hermano y retenerlo como solía hacer cuando su padre perdía los estribos y gritaba que Kevin nunca llegaría a nada.

—Ten cuidado con lo que haces, Kevin —susurró.

—Lo haré, hermanita. Estamos muy lejos de Nampa y a veces las cosas se complican un poco.

Se quedaron unos minutos más, mirando los MD-80 y los 757 que aterrizaban, observando las luces reflejarse en las flores que todavía quedaban en los árboles, oliendo el dulce aire de Washington. De pronto, Betsy estornudó con tal fuerza que del otro lado de la calle llegó el eco.

—Hora de irse a la camita, hermanito. Sea cual sea tu misión aquí, en nombre del Hacedor de Lluvia, estoy segura de que tendrás que estar despejado y reluciente. Puedes usar el baño cuando acabe Cassie. No olvides colgar el traje.

Entraron. Betsy le dio otro beso en la mejilla, le dijo lo orgullosa que se sentía y luego se fue a la cama. Pero no se quedó dormida hasta mucho después de que el cielo oriental comenzase a aclararse.

CAPÍTULO 14

Una mañana a las 3.52, según el reloj del salpicadero de la ranchera, Clyde conducía en dirección sur por la interestatal Cuarenta y cinco cuando fue testigo de un accidente de un solo coche. Un vehículo de cuatro puertas se le acercaba por los carriles en dirección norte, llamando la atención de más de una forma. Para empezar, llevaba encendidas las luces de emergencia, pero no los faros delanteros. Segundo, iba tan rápido que Clyde veía de lejos que se pasaba del límite. Daba la impresión de ir a más de 190 por hora. Tercero, iba pasando de un carril a otro, metiéndose en el arcén izquierdo o en el derecho cuando al conductor le parecía necesario reclamar más espacio.

Al final se fue un poco de más a la izquierda y quedó atravesado por completo en el arcén. El conductor se dio cuenta de que algo iba mal; incluso desde la parte frontal Clyde vio cómo se encendían las luces de freno. Las ruedas tocaron la tierra, haciendo cabecear violentamente el coche. El conductor luchó un momento con el volante mientras el coche atravesaba la cuneta, levantando tierra y piedras, pero finalmente se dio contra una roca o algo similar y se apartó violentamente de la carretera, pasó sobre el borde de la cuneta, chocó contra una verja de alambre y se lo tragó un campo de maíz alto como si fuese un actor perdiéndose tras el telón.

Clyde redujo la velocidad, pasó al carril derecho, colocó la ranchera en la mediana y ejecutó un perfecto giro de policía, dando gas para incorporarse a los carriles que iban hacia el norte con suficiente brío para que Maggie saltara en su asiento pero no tanto como para despertarla. Siguió las marcas de frenazo hasta los surcos en la cuneta y luego los surcos hasta el hueco en la verja. Aparcó la ranchera en el arcén y encendió los faros de emergencia. De la guantera sacó una linterna y algunas bengalas, que encendió y lanzó a la carretera. Sacó a Maggie, todavía dormida, del coche, y la colocó bien lejos de la autopista, por si un camión articulado le daba por detrás al Coche de la Muerte mientras él investigaba.

Los ocupantes del coche habían tenido suerte: el vehículo no había volcado ni

había sufrido grandes daños. Apoyado en las cuatro ruedas, había consumido la energía cinética abriendo un túnel sorprendentemente largo en el maíz. Por el camino había dejado una hilera de cartones de Marlboro, como Hansel y Gretel habían dejado migas de pan. Por lo visto el maletero estaba completamente lleno y se había abierto con los bandazos del coche en la cuneta. Mientras Clyde seguía el sendero de cartones blancos y rojos que relucían brillantes bajo el haz de la linterna, oía voces que conversaban en voz baja. La trayectoria demencial del coche le había asustado, y le incordiaba un poco que los ocupantes del vehículo se estuviesen riendo. No entendía lo que decían, y cuando se acercó, se dio cuenta de que hablaban en una lengua desconocida.

—¡Hola! —gritó.

Las voces callaron durante un momento.

—¿Hola? —respondió alguien con cautela.

Al fin veía el coche. Habían encendido los faros iluminando una pared sólida de maíz, abierto las cuatro puertas derribando más plantas y se habían colocado detrás del coche, el único lugar despejado donde podían situarse. Eran varios. Clyde giró la lente de la linterna para obtener un haz de luz amplio y dio un buen vistazo a la escena antes de acercarse más. Era un Buick LeSabre nuevo y grande con una pegatina de Hertz.

Contó cinco hombres. Todos fumaban, lo que le pareció muy poco inteligente dadas las circunstancias.

Todos sostenían los cigarrillos entre pulgar e índice, como dardos. Allí estaban, de pie, fumando, sangrando y con una ridícula apariencia de serenidad. Uno de ellos avanzó. Era alto, rubio y de rostro muy delgado, con los ojos entre grises y verdes. A primera vista parecía un adolescente, pero luego Clyde estimó que rondaba los cuarenta.

—Sheriff —dijo Clyde.

—*Zdraustvui* —respondió el hombre—. Significa «saludos, amigo» en ruso. Me llamo Vitaly. Bendito sea por venir a salvarnos, señor sheriff. —Avanzó para sacudir casi sin fuerzas la mano de Clyde.

—Clyde Banks —dijo Clyde. Se dio cuenta de que el olor que le llegaba a la nariz no era de la gasolina del depósito. Era el alcohol del aliento.

Otro hombre avanzó, sosteniendo en cada mano un cartón de Marlboro, ofreciéndolos como regalo. Clyde de los rechazó cortésmente.

—¿Qué tal si los llevo al hospital? —dijo Clyde.

—No hace falta, amigo mío. Vamos al aeropuerto. —Vitaly señaló el reloj.

—Hay tiempo de sobra. El vuelo a Chicago no sale hasta las ocho de la mañana.

Vitaly pareció considerarlo un comentario gracioso y habló al grupo de rusos. Clyde oyó la palabra «Chicago» y comprendió que Vitaly traducía. Los hombres se rieron.

—Amigo mío, el vuelo a Kazajistán parte tan pronto como lleguemos al aeropuerto —dijo Vitaly.

Clyde lo comprendió en ese mismo momento y se sintió estúpido por no haberse dado cuenta antes.

El aeropuerto del condado de Forks servía como base a una unidad aérea de la Guardia Nacional de Iowa especializada en el transporte pesado. Su pista de casi cuatro kilómetros era perfecta para esos aviones soviéticos increíblemente grandes conocidos como Antonov, y en Nishnabotna había un par de empresas que los usaban de vez en cuando. Una era la Fragua Nishnabotna, que había quebrado en los años setenta pero seguía manteniendo una pequeña línea de producción en un rincón de su planta desierta. Fabricaba unas tuberías de acero muy apreciadas por los extractores de petróleo de regiones distantes dejadas de la mano de Dios, que esporádicamente sentían una frenética necesidad de ese producto. Por eso la fragua ocasionalmente pedía un Antonov, lo cargaba de tubos de acero y lo enviaba a Brooks Range o a Asia Central. El Antonov llegaba lentamente por los cielos del este de Iowa, disparando las sirenas de tornados y cubriendo el maíz con una fina neblina de ceniza aceitosa, sacaba su enorme tren de aterrizaje —múltiples hileras largas de gruesas ruedas negras— y se posaba en la enorme pista para recoger su carga.

Clyde nunca había visto a la tripulación. Se rumoreaba que dormía en el avión.

—Quizás alguien debería echarle un vistazo antes de despegar dijo Clyde, señalando al que tenía el brazo doblado.

—Debemos regresar al *Perestroika* —dijo Vitaly—. Verá, así se llama nuestro avión, en honor a Gorbachov. *My i biznesmeny*... Somos hombres de negocios. Nos tememos que... su hospital... demasiado caro.

Vitaly no era la única persona a la que preocupaban los contratiempos y el papeleo derivados de aquel accidente. Un montón de rusos que estrellaban un coche alquilado y causaban daños en la propiedad de un granjero por conducir borrachos mientras sacaban de contrabando algunos cigarrillos... A Clyde le daba vueltas la cabeza sólo de pensar en todos los formularios que tendría que rellenar.

Así que los sacó del campo de maíz, recogió a su hija del poste de la verja, echó hacia delante el asiento trasero de la ranchera y encajó a los rusos en la espaciosa zona de carga. Podía oírlos hacer comparaciones burlonas entre el Coche de la Muerte y el *Perestroika*. Se llevaron todos los cartones que pudieron y los colocaron entre sus cuerpos. Vitaly se inclinó sobre el asiento y le hizo carantoñas a Maggie maravillándose de su perfección mientras su tripulación volvía al campo de maíz y recuperaba más cigarrillos. Clyde sacó el equipo de primeros auxilios que Desiree había instalado en el coche, del tamaño de un maletín, y encontró un soporte inflable para el brazo, que aplicó al brazo roto del

tripulante, para fascinación y asombro de los otros aviadores.

Al fin estuvieron listos. Los llevó los tres kilómetros que faltaban hasta el aeropuerto y hasta la pista y se colocó a un lado del *Perestroika*, tan alto como los acantilados de Wapsipinicon. Vitaly insistió en que él y Maggie entrasen a hacer una visita. Clyde entró con cierta inquietud, preocupado de que aquella banda de piratas fuese a cerrar las escotillas, llevarlos a Arabia y venderlos como esclavos, quizá redondeando la oferta con algunos Marlboro y unos cuantos tubos de acero. Pero aunque Vitaly era claramente un mangante de poco fiar, no era un malvado, al menos no tan descaradamente, y en cuanto vio a Maggie fue evidente que había decidido que Clyde y él eran amigos de por vida.

El interior del avión era lo más chapucero y destartado que Clyde hubiese visto nunca; era un piso de estudiantes volante, con cajas de brandy soviético y otras formas de contrabando por todas partes. El cableado había sido reparado con cables de lámpara y cinta adhesiva, y todo estaba pringado de fluido hidráulico escapado de juntas defectuosas o mangueras raidas.

Por otra parte, podía transportar una locomotora hasta más de cinco mil kilómetros de distancia casi a la velocidad del sonido. Por tanto, ¿qué se le podía reprochar?

De todas formas, se alejó todo lo posible del aeropuerto antes de que el Antonov despegase.

CAPÍTULO 15

Larkin Schoendienst, profesor de economía agrícola en la Universidad de Idaho y mentor de Betsy, había trabajado durante muchos años en el extranjero como agregado agrícola en diversas embajadas repartidas por el Tercer Mundo.

En realidad, había estado trabajando para la CIA en la División de Operaciones y, tras múltiples aventuras, a las que aludía con frecuencia pero de las que nunca hablaba, había sufrido una crisis nerviosa. La Agencia le había facilitado el camino a un buen despacho en Moscow, Idaho, con vistas al paisaje ultraterreno de las colinas Palouse, y le había concedido una pensión por incapacidad del ciento veinticinco por ciento, además de un salario de profesor y todo lo que pudiese ganar vendiendo información y análisis a la Agencia. Pasaba parte de su tiempo en una habitación amueblada encima del garaje de alguien en Moscow y parte en una urbanización de Ketchum, a un tiro de piedra del telesquí.

Betsy había llegado a Moscow, Idaho, a los veintiún años, recién salida de la Brigham Young, donde había obtenido una licenciatura en ruso. Larkin Schoendienst la había nombrado su asesora. Él era, con diferencia, la persona más moralmente ambigua que Betsy hubiese conocido nunca. Desde que Betsy estaba en Washington trabajando para la Agencia, comprendía que nada era accidental; Schoendienst era reclutador de la CIA y había tomado a Betsy bajo su protección porque era una mormona que hablaba ruso y provenía de un hogar protector. Era la candidata ideal para formarse en la Agencia.

Así que Betsy tenía muchos reparos con respecto a Larkin Schoendienst y estaba más que segura de que, cuando terminase de beber hasta la muerte, iría directo al infierno. Pero le apreciaba igualmente. La había animado, la había protegido y, en una larga sesión de alcohol en el bar del campus, el día después de obtener su titulación, le había entregado lo que él llamaba las llaves de la supervivencia en Washington.

—Si quieres sobrevivir en ese lugar —le había dicho—, nunca propongas soluciones, nunca te atribuyas el mérito y sitúate un poco a la derecha del presidente, de cualquier presidente, porque los presidentes se van pero tú te

quedas.

En su momento lo había considerado como un comentario más que cínico. Creía que la CIA, con su incomparable acceso a todo, sería un lugar interesante en el que trabajar. Y así fue. Durante un tiempo. Pero cuantos más años pasaba allí, más le venían inesperadamente a la cabeza los consejitos de Schoendienst. Y desde que la habían nombrado jefa de división en funciones y se había trasladado al despacho de Howard King, cuyo teléfono todavía olía a su loción para después del afeitado, tenía cada día más clara la importancia de las palabras de su consejero.

En sus primeras reuniones de orientación en la Granja, le dejaron bien claro que su trabajo no era exponer ideas. Su función era cumplir tareas del «centro». Lo decía bien clarito en la Constitución: los representantes electos, no los funcionarios, eran los encargados de las ideas políticas. «No preguntamos ni respondemos.»

Eso decía la CIA, y Betsy salió de la Granja creyéndolo. Pero con el paso del tiempo, recordó la versión de Larkin Schoendienst:

—No se permite hacer preguntas a la gente que más sabe... ni siquiera se le permite proponer nada. Los estándares los fija el mínimo común denominador. Espera a ver Washington, Betsy... Cada dos años, esos malditos vendedores de coches y abogados de provincias vienen a la ciudad sin poder distinguir su culo de un hoyo en el suelo, y todo ese sistema sofisticado, poderoso y peligroso está a su merced. La Agencia distorsiona la información para ajustarse a las políticas gilipollas que se les ocurren a esos tipos.

Pidió todos los registros de visado que tenían en Inmigración, los repasó, seleccionando los de estudiante, localizó todos los concedidos a estudiantes del Sudeste Asiático y el Sudoeste Asiático y luego pasó los resultados por un sistema cartográfico del que obtuvo una visión tridimensional de la información. El resultado fue una imagen de la zona Continental de Estados Unidos con la orografía invertida: las costas eran planicies y los estados de las Grandes Praderas estaban punteados por riscos tremendos centrados en lugares como Elton, Nuevo Méjico; East Lansing, Michigan; Stillwater, Oklahoma; Wapsipicon, Iowa.

Conocía bien casi todas esas universidades; eran los lugares adonde ella o sus compañeros «agroamericanos» tendían a ir para especializarse. Acotando la búsqueda a estudiantes iraqués y volviendo a ejecutar el programa cartográfico obtuvo un resultado similar, con menos picos pero más evidentes: Auburn, Colorado; Tejas A&M, Iowa Oriental.

Durante muchas sesiones de desahogo en el balcón de su apartamento y muchas cajas de vino malo, Cassie y Betsy habían llegado a conclusiones similares a las de Larkin Schoendienst. Cassie, por su trabajo en el edificio Hoover, y Betsy, por el suyo en la Agencia, tenían cada una acceso a cierta información que las convencía de que sabían realmente lo que estaba pasando, al menos dentro de los límites de sus compartimentos asignados. Habían jurado no divulgar detalles específicos. Pero estaban de acuerdo en que, en un momento dado, en la ciudad había al menos cinco personas, del personal administrativo, seis niveles por debajo del presidente, que sabían lo que pasaba.

No era por falta de información. Las fuerzas combinadas de la comunidad de espionaje —con todos sus satélites espectaculares, taimados agentes HUMINT, interceptores de la NSA, agentes independientes como el doctor Schoendienst, el siempre abundante torrente de estudios y estadísticas gubernamentales de agencias nacionales e internacionales, la información privilegiada de firmas multinacionales y los mejores ordenadores y bibliotecas del mundo— ofrecían toda la información que hacía falta.

Tampoco era que los analistas careciesen de inteligencia. Pero el proceso editorial a través de seis niveles distorsionaba hasta tal punto lo que escribían que en varias ocasiones Betsy no reconocía ideas que se le atribuían a ella en algún informe diario para el presidente.

El problema eran los directores. Con ellos no iba el enfrentamiento abierto de ideas en el mercado de las iniciativas políticas. Se dedicaban a la política de taifas, forjando alianzas no para avanzar en el bien general de la nación, sino para consolidar ventajas y lograr entrar en el nivel excelso de Cuerpo de Ejecutivos Superiores, aprovechándose de cualquier administración presidencial para mejorar su posición... no para resolver problemas, sino para usarlos en el refuerzo de sus posiciones.

—Ten cuidado con las iguanas —le había dicho Larkin Schoendienst. Hasta hacía muy poco Betsy no había entendido a qué se refería. Pero ya veía iguanas por todo Washington; gente que se sentaba al sol en su roca, destruyendo a todo el que se acercase al alcance de su lengua, pero sin hacer nada.

Así que ahora era una jefa de división (interina) que trabajaba directamente bajo las órdenes de Spector. Pero su situación de superioridad no le ayudaba a atrapar a ningún malo, sobre todo porque Millikan había convencido al presidente de que debía apuntalar a Saddam. Al contrario, había pasado buena parte del último mes de viaje, en la Granja o en la mansión Airlie, asistiendo a clases sobre cómo ser jefa de división.

Una vez de vuelta en el despacho, descubrió que al menos la mitad de cada día se lo comían reuniones de uno u otro tipo, y la otra mitad el papeleo y la corrección del trabajo de sus subordinados. Comprendió el mensaje: alguien había decidido que no podría meterse en más líos mientras estuviese enterrada en el tedio administrativo.

Se llevó lo peor de ambos mundos. Como era interina, no tuvo aumento de sueldo. Su única ventaja era que King no iba a encargarse de su evaluación anual. Se topó con la hostilidad silenciosa de todos los viejos amigos de King que habían sabido lo de su perfidia. Aun así, disfrutaba de haber dejado la soja, y un observador fortuito hubiera llegado a la conclusión de que se había adaptado bien al cambio de abeja obrera a administradora.

Pero no había observadores fortuitos a las cuatro de la madrugada, cuando entraba a trabajar. Disfrutaba del servicio regular del taxista de Bangladesh, que a las tres cincuenta y cinco, todas las mañanas, paraba ante la entrada de los apartamentos Bellevue. Siempre estaba alegre y había adquirido la costumbre de traerle a diario un pastelito recién hecho.

Aquel día, en su turno de noche, seguía planteándose la « pregunta correcta » : intentaba descubrir adonde habían ido a parar todos los millones de dólares de los contribuyentes que faltaban, buscando patrones en la estática. Seguía accediendo a los ordenadores de otras agencias relacionadas con Irak y recurría todo lo posible a los HUMINT, o sea, a la información que le ofrecían fuentes humanas sobre el terreno en Oriente Medio. Le interesaba especialmente a quién proponían para que fuera a estudiar a Estados Unidos.

Había establecido claramente una tendencia que nadie más había detectado: profesores y otras personas de distintos países musulmanes iban a Irak como adjuntos para impartir clases de biología. Los nombres que aparecían en las peticiones de visado habitualmente no coincidían con los de los académicos desplazados, pero las descripciones físicas sí.

También obtuvo los nombres de iraquíes importantes en el negocio de las armas. Los obtuvo repasando todos los registrados en ferias de armamento del mundo entero desde hacía diez años y luego comparando las lista con los folletos de propaganda de sus productos. Consultando la lista de pasajeros de IATA podía saberse quién iba adonde.

Intentó que otras juntas directivas y otras ramas de la Agencia colaboraran, pero cometió el error de añadir su nombre a las peticiones. Se las rechazaron de inmediato.

A pesar de esa y otras frustraciones, cada vez daba más por hecho que tenía razón. Los iraquíes estaban invirtiendo mucho dinero —y, lo que quizá fuese más importante, muchos cerebros— en la guerra biológica. Le pidió a Spector que obtuviese imágenes infrarrojas por satélite del territorio de Irak. Spector se lo negó porque no tenía suficiente necesidad de saber eso. Betsy recurrió al enlace

con Defensa en Langley y le pidió permiso para contar con gente en la DIA, que le fue denegado. Pidió permiso para contactar con gente de la NSF, la Fundación Nacional para la Ciencia. Se lo denegaron. Recurrió al DCI. No le respondieron.

Hizo que uno de sus subordinados pidiese permiso para contactar con la Agencia de Información de Estados Unidos, la USIA, sin mencionar el nombre envenenado de Betsy Vandeventer. Se le concedió el permiso.

Durante semanas había elaborado la lista de los doce iraquíes que, intuía ella, parecían más sospechosos. Empleó su acceso a la USIA para solicitar los formularios J-9 que habían rellenado éstos para solicitar el visado de estudiante. Habían sido escaneados, digitalizados y guardados en los archivos de la USIA.

Cada J-9 especificaba el plan de estudios del solicitante, incluidos los nombres de las instituciones donde trabajaría y quién sería su director de estudios.

De la Docena Sospechosa, tres estaban en la Universidad Estatal de Elton, Nuevo Méjico. Dos estaban en la Estatal de Oklahoma, en Stillwater. Tres en Auburn.

Los cuatro restantes estaban en la Universidad de Iowa Oriental. Los cuatro estudiaban con el doctor Arthur Larsen. Dos eran microbiólogos. Uno se dedicaba a la medicina veterinaria. El otro era químico. Mirando un formulario tras otro, Betsy vio la firma, en cada uno de ellos, de Ken Knightly, decano de los programas internacionales de la UIO y, debajo, el garabato característico del doctor Arthur Larsen, que también adornaba el reciente diploma de doctorado de su hermano.

Y no pudo proseguir, porque las actividades de la CIA debían mantenerse fuera de las fronteras de Estados Unidos. Era una regla que se incumplía de vez en cuando; pero considerando la gran cantidad de enemigos mortales que Betsy tenía en la Agencia, algunos de los cuales tenían el poder de controlar sus actividades en la estación de trabajo, sabía que no podía avanzar más sin acabar en prisión. Sus investigaciones la habían llevado a los límites del territorio del FBI, y sólo podía quedarse allí de pie y mirar desde el otro lado de la verja.

Llegó tarde a casa tras una cena obligada con gente de la Agencia y cuando fue a sacar su tarjeta llave recordó que se la había dejado a Kevin. Fue al intercomunicador y llamó. Kevin respondió. Se le trababa la lengua pero parecía feliz. De fondo oía la sintonía del programa de David Letterman.

—Hola, hermanita. ¿A qué número le doy?

Kevin, todavía trajeado, la recibió con mucha solemnidad.

—¿Cómo te ha ido hoy? Aparte de que ha sido un día muy largo, ¿verdad?

—Ah, ya sabes, Kevin, lo de siempre.

—No, sé que has pasado el día destruyendo lo que quedaba de la infraestructura moral y económica de la URSS.

—Culpable. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Estupendamente. Muy buenos resultados en la NSF, almorzando y chismorreando con algunos de los colegas de Larsen en Agricultura. Y luego, para pasar a algo completamente diferente: cócteles en la embajada jordana.

—Vaya —Betsy fue muy efusiva—, qué día tan maravilloso. ¿Dónde lo has pasado mejor?

—Sobre todo ha sido divertido formar parte de este lugar. Sé que me han recibido bien sólo porque represento a Larsen. Pero la recepción en la embajada ha sido especial. La verdad es que saben hacer que te sientas importante.

Betsy iba a interrumpirle, pero Kevin siguió hablando.

—Bien, sé que tú formas parte de esto...

—Ni lo sueñes. Nunca me relaciono con extranjeros de ningún tipo, amigos ni enemigos —dijo—. Simplemente quería recordarte que el trabajo de un diplomático consiste en ser encantador.

—Bien, lo ha sido. He conocido al agregado cultural de la embajada. Deja que busque su tarjeta. —Buscó en el montón de tarjetas que indicaban sus progresos en la ciudad—. Ah, sí, aquí está. Hassan Farudi. Un tipo agradable.

—¿De qué habéis hablado? Si puedo preguntarlo.

—Claro, y no he jurado guardar secretos. Mucha gente quiere estudiar con el Hacedor de Lluvia. Intento elegir a un grupo nuevo. La mayoría realizó sus primeros trabajos en universidades inglesas y europeas... supongo que Inglaterra es Europa. Tengo que verificarlo con los jordanos... son como una especie de centro de referencias para los países árabes en lo que a intercambios internacionales se refiere.

—¿Qué dicen los jordanos sobre ellos?

—Oh, demonios, todos valen. Son granjeros como tú y como yo, Bets, que quieren aprender a criar vacas mejores. Es pura rutina. Cenamos juntos, tomamos unas copas, soltamos chorradas sobre política.

—¿En serio?

—Sí. —Kevin rió—. Los jordanos definitivamente tienen un punto de vista diferente. Hablaban de cómo ellos y todos los países responsables trabajan contra los iraníes, que según ellos actúan en colaboración con los israelíes. —Le dedicó una mirada conspirativa—. ¿Te suena?

—Podría ser. Pero no sé mucho sobre esos asuntos.

Kevin le guiñó el ojo. « Sé que lo sabes y sé que no puedes decirme que lo sabes.»

—En cualquier caso, mañana iré a la USIA, al despacho donde se encargan de todos los visados de estudiantes, y les entregaré los papeles pertinentes. Te asombraría lo mucho que se pueden acelerar los trámites gubernamentales si llevas en mano los formularios. Por eso Larsen es tan bueno... comprende estas cosas. —Kevin bostezó y se estiró—. ¿Mañana volverás a levantarte a las cuatro?

Hoy te he oído salir.

—Lo intentaré —dijo Betsy—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

CAPÍTULO 16

Junio

Recibió la llamada a las cuatro y media de la madrugada. Clyde había metido marcha atrás su coche patrulla en un camino estrecho de tierra, encarado al este, así que cuando abrió los ojos y agarró el micrófono pudo mirar directamente a través de un túnel de maíz hasta un cielo rosa translúcido. Mientras pulsaba el interruptor del micrófono, se le ocurrió, por alguna razón, que el cielo debía parecerse a lo que veía la pequeña Maggie cuando estaba en el vientre materno y Clyde sacaba su enorme linterna de policía y jugaba con la luz sobre la bóveda de porcelana inmaculada que era la barriga de Desiree.

La llamada procedía de una granja situada a unos ocho kilómetros de distancia. Una conductora había atropellado un ciervo y había caído en la cuneta. Clyde llegó en pocos minutos y vio la situación con toda claridad: marcas breves de frenazo a la derecha hacia el arcén de tierra, las trincheras que las ruedas habían abierto en la hierba, el coche parado al fondo de la cuneta, más hundido por la parte delantera derecha, porque había intentado salir del atolladero y se había hundido todavía más en el terreno inclinado. El ciervo estaba muerto sobre la línea amarilla. Era enorme, probablemente un macho de ocho puntas, aunque Clyde no podría precisar ese detalle en el informe porque los daños a las astas hacían imposible un recuento fiable. Si Clyde hubiera seguido soltero, hubiese considerado la idea de hacer disechar la cabeza del ciervo en su estado actual como muestra de humor policial.

Clyde prendió algunas bengalas de carretera y fue al encuentro de la conductora, refugiada en una granja situada como a un kilómetro al otro lado del río. Era una enfermera del hospital, colega de Desiree, que iba de camino a la ciudad para hacer el turno de noche. El macho había salido a la calzada demasiado rápido para esquivarlo. La mujer del granjero le aplicaba hielo en el cuello.

Sacar el coche de la cuneta sería responsabilidad de los propietarios, cosa que harían en unas horas, en cuanto abriesen los garajes. Limpiar de restos la carretera era problema de Clyde.

Clyde agarró las patas del animal e hizo girar el cuerpo de un lado a otro, verificando que casi no había sangre. Las astas del macho habían perdido casi todas las puntas, pero el resto seguía más o menos intacto.

Clyde llevó su coche patrulla hasta el animal. Había material de policía en la parte posterior, que trasladó al asiento trasero. Levantó la cabeza del macho de forma que descansase en el parachoques trasero, con un asta rozando el pavimento y la otra levantada. Alzó un pie y golpeó con fuerza esta última, que se quebró cerca de la base y cayó al maletero. Clyde de la arrojó a la cuneta. Luego repitió el proceso con la otra.

Clyde, con muchos esfuerzos, logró pasar el centro de gravedad del macho por encima del borde del maletero. Después, sólo fue cuestión de colocar bien sus extremidades para poder cerrar.

Cuando llegó a la carretera principal el sol ya estaba saliendo. Se metió sigilosamente en el garaje por la puerta lateral y le dio al botón de apertura, rezando para no despertar a Desiree ni al bebé. Metió la unidad marcha atrás en el garaje y cerró la puerta. Luego encendió todas las luces.

Entre sus herramientas tenía una vieja cuerda de nylon, que pasó por una viga del garaje. Abrió el maletero y ató un dogal alrededor del cuello del macho muerto. Se puso guantes de trabajo para protegerse las manos, agarró el extremo suelto de la cuerda y la enrolló un par de veces alrededor del enganche de remolque de su camioneta, aparcada en paralelo al coche patrulla. Con la cuerda de nylon entre los guantes, tiró y tiró hasta que todo el cuerpo del macho salió del maletero y colgó en el garaje como un péndulo de venado, derribando varias bicicletas como si fuesen piezas de dominó. La viga gimió. El macho se balanceó y golpeó la parte posterior del coche patrulla.

Fue al patio a buscar la piscinita de Maggie, de un plástico rígido rosa y decorada con personajes de dibujos animados desconocidos.

Metió la piscina por la puerta lateral y la centró bajo los cascós colgantes del macho. Luego entró sigilosamente en la cocina, escogió el cuchillo más largo del juego de Desiree y lo pasó un par de veces por el afilador de la parte posterior del abrelatas.

Clyde destripó el macho como le había enseñado Ebenezer, dejando que la sangre cayese a la piscinita y las tripas tras ella. Un poco de sangre le manchó el uniforme, lo que no dejaba de ser algo normal; los crímenes realmente violentos eran muy raros por aquella zona, pero los grandes animales muertos en la carretera eran el pan de cada día.

Llamó a Ebenezer, quien ya se estaba preparando para su viaje diario de madrugada con John Stonefield para jugar al golf. Clyde sabía que a su abuelo no le haría ninguna gracia que aquel trabajo lo privara del golf; pero sabía muy bien que Ebenezer no se quejaría ni se lo tendría en cuenta. Al cabo de quince minutos, Ebenezer llegó a casa de Clyde y entró en el garaje con la caja de

herramientas donde guardaba sus cuchillos de carnicero y, bajo el brazo, un largo rollo blanco de papel de carnicero. Se puso a desmembrar el macho y a separar la carne de los huesos mientras Clyde limpiaba de pelo y sangre el maletero del coche patrulla. Los dos trabajaron hora y media, cada uno en lo suyo, a metro y medio de distancia, en el silencio del garaje. Y durante ese tiempo intercambiaron muy pocas palabras. Ebenezer estaba concentrado en fueran cuales fueran sus misteriosos pensamientos. Clyde pensaba en Marwan Habibi y su presunto asesino, Sayed Ashrawi.

El asunto del laboratorio 304 olía mal. Clyde simplemente no se podía creer que Marwan Habibi se hubiese emborrachado hasta perder el conocimiento, que hubiese salido vivo del laboratorio, se hubiese despertado en otra casa para seguir de fiesta y hubiese acabado muerto en un bote a golpes de remo a manos de un Sayed Ashrawi.

Vandeventer insistía en que el cráneo de Marwan estaba entero cuando había salido del laboratorio. Y Vandeventer era un científico que había visto a Marwan a muy poca distancia, con buena iluminación. De eso no había duda.

No había lagunas en la historia que habían montado Mallowney y los detectives de Wapsipinicon. Pero había detalles extraños. ¿Por qué esa noche los estudiantes habían dejado abierta la puerta del 304?

Si estás tomando alcohol en el laboratorio y uno de tus colegas se ha desmayado por sus efectos, ¿no querías ocultarlo?

¿Por qué habían hablado en inglés cuando sacaban a Marwan del laboratorio?

Pero la gran pregunta, que en lo que a Clyde se refería estaba muy cerca de ser la pistola humeante, era: ¿por qué Sayed Ashrawi, después de cometer el asesinato, había ido a una estación Exxon a las cinco de la mañana y había usado su tarjeta de crédito para comprar seis dólares y veinte centavos de gasolina?

Si acabas de cometer un asesinato y tienes vacío el depósito del coche de huida, entonces no te queda más opción que comprar gasolina... pero pagas en efectivo, para que no puedan relacionar el crimen contigo.

Ashrawi sólo había comprado veinte litros... Insuficientes para llenar el tanque de su coche. ¿Por qué lo había hecho si el depósito no estaba vacío? Una decisión muy estúpida para ser un estudiante graduado.

Quizá no se pudiese permitir llenarlo. Pero ¿importaba eso en realidad si estaba usando una tarjeta de crédito? Al día siguiente se había comprado un video nuevo en el Wal-Mart, por lo que no era precisamente que estuviese llegando al límite de la tarjeta. Se trataba de otro detalle interesante... Habitualmente los estudiantes extranjeros compraban videos y otros aparatos caros justo después de graduarse, cuando iban a volver a casa.

Clyde tenía otra teoría: Marwan había muerto en su propio laboratorio. Los

otros estudiantes querían ocultar ese hecho, por algún motivo que Clyde todavía no había podido descubrir. Tenían que sacar de allí el cuerpo de Marwan, lo que resultaba imposible sin levantar sospechas... Había guardias de seguridad y cámaras por todas partes. Así que se habían reunido en el laboratorio y habían celebrado una falsa fiesta, dejando la puerta abierta para que el vecino, Kevin Vandeventer, se diese cuenta. Habían sacado el cuerpo, hablando en inglés nuevamente para beneficio de Vandeventer. Se habían llevado un suministro de guantes de látex. Habían ido al lago y habían robado un bote, asegurándose de que sólo se viesen las huellas digitales de Ashrawi. Habían usado el remo para aplastar el cráneo del muerto, le habían llenado de piedras los bolsillos, lo habían arrojado al agua y luego habían comprado gasolina con la tarjeta de crédito de Ashrawi para dejar una buena señal luminosa que le señalase a él y sólo a él.

En otras palabras, sacrificaban a Ashrawi para que el resto del grupo se librara y pudiera permanecer en el condado de Forks para seguir haciendo con lo que fuese que hacía.

El gran fallo de la teoría de Clyde, que Mullooney no vacilaría en señalar si a Clyde se le ocurría la estupidez de contársela, era que resultaba imposible... a menos que Sayed Ashrawi hubiese aceptado participar en el plan y fuese cómplice de su propia incriminación. ¿Y qué clase de persona haría algo así?

Desiree bajó. Su camión blanco desentonaba en el garaje, sobre todo con una operación de descuartizamiento. Vio, pero ni se inmutó, la piscinita. Clyde le miraba la cara con atención, porque temía que usar la piscinita hubiese sido cruzar una de esas líneas misteriosas, tan invisibles para él y tan obvias para ella, que separaban el comportamiento apropiado del inapropiado. Pero se le acercó, dulcemente insegura porque acababa de despertar, se inclinó hacia él y le dio un beso, para apartarse luego con pelo de macho en el camión y un resplandor en los ojos; el corazón de Clyde estaba henchido de amor. Les trajo café y les prometió un desayuno. Ebenezer, tras pesar la carne de venado en la báscula del baño, anunció que había sacado unos ochenta y dos kilos y se quedó como con una cuarta parte para su congelador. Rechazó el desayuno, quizá porque ya había absorbido tanta sustancia de bicho por los poros que había logrado el sustento matutino, y se fue al campo de golf con la esperanza de dar con John Stonefield en el hoyo nueve.

Clyde devolvió el coche patrulla al Departamento del Sheriff, a tiempo para el final de su turno. Presentó el informe sobre el accidente, regresó a casa y se puso a trabajar en el problema de la piscinita. Maggie ya estaba despierta y se alegró mucho de verla.

CAPÍTULO 17

—¡Nos vamos a la costa de Jersey! —dijo Cassie un miércoles de mediados de junio—. No te comprometas a nada para el fin de semana, señora.

Betsy debía admitir que, a pesar de su constitución física, las jornadas de catorce horas de trabajo empezaban a hacer mella en ella.

—¿Por qué no a la costa de Virginia? ¿Para qué ir hasta Jersey? —dijo.

—Porque la familia de una de las personas con las que vamos tiene casa allí... en Wildwood. Y vienen cuatro personas más. Todas tienen al menos el nivel de altísimo secreto, por lo que todos son capaces de pasárselo bien sin hablar de su trabajo... o nuestro trabajo. No tienes opción. Salimos a la seis de la mañana, el sábado, y nos vamos a Jersey.

Betsy estaba impresionada: su compañera de piso se iba a levantar a las seis de la mañana. El resto de la semana estuvo muy bien... No sólo tenía la ilusión del fin de semana, sino que en el trabajo las cosas empezaban a cambiar. El petrolero de la política había empezado a virar lentamente, y Betsy, vigilando desde sus cubiertas, lo notaba en los cambios sutiles del viento. El jueves por la mañana, por la comunidad de inteligencia corrió el rumor de que a la semana siguiente el Departamento de Estado bloquearía quinientos millones en garantías de préstamos porque Agricultura se había visto obligada a admitir que se habían cometido irregularidades, incluidos sobornos al personal del Gobierno de Estados Unidos, y que subvenciones previas no se habían invertido en la compra de azúcar, arroz y maíz. Betsy lo saboreó durante unos minutos, imaginándose de qué humor estaría Millikan aquella mañana. Pasó el resto del jueves en reuniones y en una sesión de sensibilización para entender a las empleadas.

El viernes, Spector, a quien no veía desde hacía un mes, asomó la cabeza por la puerta de su despacho, le dedicó un guiño y un gesto con el pulgar hacia arriba y desapareció. Hacia el final del día llegó un mensajero con un sobre extremadamente confidencial de la central. «Uno de esos trabajos de “destruir antes de su lectura”», pensó Betsy. Lo abrió. Contenía una nota del DCI escrita a mano. Encabezaba el mensaje una advertencia: DESTRUIR DESPUÉS DE SU

LECTURA. NO COPIAR.

Esto es una advertencia. Va en serio. Alguien ha estado observando tus actividades y conoce todas las peticiones que has realizado. Interrumpe tu proyecto durante al menos un mes.

«Muy interesante», pensó, y se acercó a la mesa de Thelma, la secretaria, para usar el destructor de documentos.

—¿Una carta de amor? —la pinchó Thelma.

—Algo así. Me voy. Buen fin de semana.

Salió del edificio Castleman. Era el primer día de calor de la estación y en el aire flotaba la neblina amarillenta del ozono caliente. Fue a casa por el camino largo, pasando junto al monumento a Iwo Jima, intentando ordenar las ideas.

La Casa Blanca seguía sin actuar de acuerdo a sus descubrimientos. Todo lo que había enviado al sistema había sido rechazado. Debía encontrar una forma de salirse del sistema porque, si no lo hacía, tal vez acabara muriendo mucha gente.

En una reunión había hablado con un jefe de división de Ciencia y Tecnología que había prestado a Betsy algo más que atención estrictamente profesional. La conversación había derivado hacia la guerra bacteriológica. Ella se había hecho la tonta y comentado que una de sus vacas, en el rancho, había muerto de carbunco. El tipo de Ciencia y Tecnología había resoplado. No les interesaba el carbunco; les interesaban los marcadores genéticos... gérmenes o toxinas capaces de matar a miembros de un grupo étnico y a nadie más.

—Eso es lo que busca Saddam.

—Entonces, ¿por qué el Ejército está desarrollando todas esas vacunas para el carbunco?

—Esa gente sigue luchando en la última guerra. El futuro está en la genética. ¿Por qué no vamos a cenar esta noche y hablamos un poco más?

—Lo siento, esta noche tengo reunión del grupo de estudio bíblico. ¿Quieres venir?

Había consultado lo de los marcadores genéticos y había descubierto que se trataba de una amenaza real, pero para cuya materialización faltaban al menos diez años, incluso en el caso de los americanos. El tipo de Ciencia y Tecnología sólo intentaba impresionarla. Pero se le quedó grabado algo que le había dicho: «Siguen luchando en la última guerra.» Los soviéticos habían realizado muchos trabajos sobre el carbunco, la OTAN había acumulado muchas vacunas. ¿La gente de Saddam era tan inteligente y tan eficiente como para comprender que otro germen sería más efectivo? Los técnicos nucleares de Saddam habían sido asombrosamente creativos a la hora de encontrar formas alternativas de enriquecer el uranio.

Sentía que estaba cerca. Pero no había conexiones.

Cuando Betsy llegó a casa se encontró a Cassie de fiesta, bailando por la sala con un CD de Janet Jackson a todo volumen. Cuando Betsy entró, Cassie bajó un poco el volumen y preparó un par de chupitos de Stoli.

—¡Nos vamos de este gueto burocrático! Vamos a ver agua salada.

Betsy cambió al canal meteorológico, se puso pantalones cortos y una camiseta y se tomó el vodka.

Sonó el teléfono. Cassie le dio al botón de silencio del estéreo y contestó. Prestó atención un momento para luego tapar el auricular y mirar inquisitivamente a Betsy.

—¿Has llamado a Control de Plagas Acme?

—¿Control de plagas?

—Sí. Es una empresa de desratización y esas cosas.

—No. ¿Están aquí?

—Sí. Abajo. Yo no los he llamado. —Por teléfono, Cassie dijo—: Debe de ser un error. —Prestó atención y luego se volvió hacia Betsy para decir—: Quieren hablar contigo.

—¿Señora Vandeventer? Jack Jenkins, de Control de Plagas Acme. Sus padres leyeron en el periódico que es posible que haya una plaga de cucarachas en Washington este año y le han regalado una desinfección.

Betsy enrojeció. La capacidad de su madre para avergonzarla no se reducía con el tiempo ni con la distancia.

—Vale, suban.

—¿De qué va esto? —preguntó Cassie.

El vodka, la larga semana y el agotamiento descendieron simultáneamente sobre Betsy, que se echó a reír. En cuanto hubo empezado ya no pudo parar. Le soltó:

—Mis padres leyeron acerca de una plaga de bichos y...

Y se dio cuenta. Y de inmediato dejó de reír.

—Venga, cariño, ¿de qué va todo esto?

—Es muy simple, han venido a matar bichos. Pero no creo que sea cosa de mis padres.

Jack Jenkins, el tipo de Acme, apareció con dos ayudantes, todos ellos con mono y gorra de Control de Plagas Acme. Pero no traían los habituales productos químicos y pulverizadores. Todo su equipo era electrónico.

—Una mala primavera con las cucarachas, señora Vandeventer. Sus padres hacen bien preocupándose por usted. Ya sabe que si damos con una es que hay otras cincuenta mil. ¿Le importa si cerramos las persianas? —Las cerró sin esperar la respuesta, y también cerró las puertas del balcón y las ventanas—. Algunos de estos pulverizadores provocarán interferencias en la tele —dijo, apagando con el mando a distancia el canal meteorológico. Mientras tanto, sus

ayudantes apartaban los muebles de las paredes.

Se pusieron a recorrer el apartamento sosteniendo barras con pequeñas pantallas LED en el mango. Encontraron muchas « cucarachas ». Betsy y Cassie se limitaron a sentarse muy juntas en el sofá del salón y contemplar lo que pasaba.

Jack les entregó una hoja de papel con la habitual advertencia de « quemar y tirar las cenizas por el retrete » .

Creemos que tienen dispositivos de escucha de al menos cuatro fuentes diferentes. Sabemos que desde el octavo piso del Belvedere siguen todas sus conversaciones en el balcón y estamos razonablemente seguros de que son el blanco de un sistema de vigilancia móvil por microondas.

Betsy le mostró la nota a Cassie y luego escribió: « ¿Quién?» Jack Jenkins se encogió de hombros y alzó las manos, en una respuesta predecible incluso si sabía la respuesta. Betsy entró en la cocina y quemó la nota bajo la campana extractora de la cocina. Luego tiró las cenizas por el triturador de basura. Volvió al sofá, se sentó junto a Cassie y vio cómo trabajaban.

Quitaron todo los embellecedores de enchufes e interruptores, con resultados muy interesantes. Encontraron un dispositivo en el pie de una lámpara y otro en el cable de conexión de la tele. Para los hombres de Acme todo aquello parecía ser pura rutina, algo que hacían todos los días.

De repente uno de los tipos soltó:

—Mierda.

Agarró una silla, bajó el detector de humos situado sobre la puerta principal y lo abrió.

—Vídeo. —Articuló las palabras sin pronunciarlas—: « No es nuestro.»

Jack Jenkins preparó otra nota.

No esperábamos esto. Aquí hay material del FBI y otro de origen desconocido.

Betsy le miró con severidad.

—Buen material —formó Jenkins con la boca y le dedicó un gesto sardónico con el pulgar hacia arriba.

Uno de los hombres desmontaba el auricular del teléfono que Cassie había traído de Atlanta. De él extrajo una pirámide de cerámica de aproximadamente un centímetro de lado y se la mostró a su jefe. Jenkins escribió otra nota.

Israelí. Convierte el teléfono en un transmisor continuo... Probablemente a menos de treinta metros haya un dispositivo maestro.

Media hora más y habían terminado.

—No deberían tener más problemas de bichos, señoras. Nos alegra haberles sido de ayuda.

Betsy los acompañó a la puerta y se dio la vuelta. Cassie sollozaba en el sofá. Betsy se sentó a su lado y también se echó a llorar. Nunca se había sentido tan humillada. Tres meses de vida privada convertidos en entretenimiento para un montón de gilipollas. Todas sus conversaciones privadas estaban grabadas. No compensaba.

—Pero ¿sabes qué? —dijo Betsy—. Hemos sido buenas, Cassie. Intachables. Nunca hemos hablado de nada de lo que no pudiésemos hablar. No tienen nada... sean quienes sean.

—¡Que les den! ¡Que le den a ser una buena chica! —gritó Cassie.

—Contrólate. Acme probablemente haya instalado tantos bichos como se ha llevado.

—Me importa una mierda —dijo Cassie—. Salgamos de aquí. Vayamos al coche y marchémonos.

—Ni lo sueñes. En el coche también hay bichos. Iré en metro al aeropuerto y alquilaré un coche. Tú haz las maletas y nos iremos.

Betsy agarró el bolso y la gabardina y fue caminando hasta la estación de metro de Rosslyn. Quince minutos más tarde entraba en la oficina de Avis.

—Quiero alquilar el mejor coche que haya disponible. No tengo reserva.

Cabo May era un pueblo de vacaciones immaculado, de aspecto deliciosamente victoriano. Wildwood, a unos pocos kilómetros al norte, era su antítesis, con calles de moteles construidos en un hortera estilo arquitectónico en plan los Supersónicos abarrotados de adolescentes —ruidosos, borrachos, con cadenas de oro, gorras del revés y apestando a colonia a los que les gustaba oír la música a toda mecha y enseñar el pelo del pecho— venidos desde el sur de Filadelfia. Mientras atravesaban la ciudad, en varias ocasiones a Betsy y a Cassie les siguieron coches llenos de tales individuos, que les gritaban proposiciones indecentes y les mostraban carteles que decían «enseñanos las tetas». En cualquier otro momento, Betsy habría tenido miedo. Pero iba con Cassie y Cassie llevaba pistola. Así que se reían.

—¿A qué sitio me has traído?

—¿No es genial? —dijo Cassie.

La casa del amigo de Cassie era una estructura de ladrillo rematada por un

terrado, con ventanas circulares que por lo visto pretendían parecer ojos de buey. Cassie tenía la llave. Entraron sus cosas, fueron hasta la tienda más cercana para conseguir comida cara con muchas calorías, poco valor nutritivo y menos fibra, y luego a la tienda de licores a comprar más Stolichnaya. Vieron una película de Rambo en la HBO para luego escoger camas y quedarse dormidas.

A las seis en punto el despertador interno de Betsy se activó y ella salió fuera para contemplar un maravilloso amanecer sobre el océano. La casa estaba a dos manzanas de la playa. Toda la gente vulgar del sur de Filadelfia parecía haberse refugiado, de momento, en el interior de las viviendas.

Le dejó una nota a Cassie y dejó atrás restaurantes y tiendas de recuerdos de camino a la playa. Anduvo siguiendo la línea de marea, interrumpida únicamente por el escándalo de las gaviotas y un corredor solitario demasiado concentrado en la música de su walkman como para reparar en ella. La orilla la tranquilizaba y disfrutó de un momento de paz. Respiró hondo, hasta el fondo de sus pulmones. No pensó en nada en absoluto. Cassie tenía razón. Le hacía falta descansar.

Quería nadar pero el ambiente seguía siendo un poco frío. Volvió a la casa. Wildwood iba despertando lentamente. Cassie seguía fuera de juego, en posición fetal sobre el costado izquierdo, con el pelo enredado en las pestañas. Ella también respiraba profunda y tranquilamente. Ella también se estaba recuperando.

Hicieron una visita matutina a la playa. Betsy, con su enorme sombrero de vaquera, y Cassie, con su gorra de los Atlanta Falcons. Volvieron a casa a prepararse el almuerzo y los amigos de Cassie aparecieron al fin, en un BMW, dándole eufóricos a la bocina.

Cassie sacó la mitad del cuerpo por la ventana de la cocina y los riñó por llegar tarde.

—No sabéis divertirlos. Betsy y yo sabemos divertirnos. ¡Llevamos aquí todo un día!

Betsy empezó a sentir el ataque de la timidez... una sensación familiar. Se había sentido completamente satisfecha en compañía de Cassie únicamente y le habría dado igual que los demás se hubiesen rajado.

Eran cuatro. Como Cassie le había prometido, todos trabajaban para la seguridad nacional. Cassie ya le había hecho a Betsy un resumen biográfico, por lo que sabía quién era quién: Jeff Lippincott, de la Agencia, destinado a la división de visados de la USIA, cuyo tío era el dueño de la casa. Su novia, Christine O'Connell, graduada de Annapolis que trabajaba como analista para la DIA. Y dos tipos nuevos: Marcus Berry, del FBI, y Paul Moses... especialista en criptografía de la NSA.

—¿Cómo conoces a esa gente? —le había preguntado Betsy la noche antes.

—Todos van a mi iglesia —le respondió Cassie—. Por cierto, Marcus es mío.

Paul es tuyo... Todo un guapetón.

A Betsy la había avergonzado tanto aquel comentario que prácticamente se había derretido. Cuando los cuatro entraron en la casa tan llenos de vitalidad y animados, enrojeció al recordarlo.

Sin embargo, debía admitir que Paul Moses era guapetón... aunque no guapo como una estrella de cine. Era un tipo corpulento, con unas manos que demostraban que había trabajado. De hombros redondos, tímido, bondadoso. Con el pelo rubio pajizo y los ojos azules.

Cassie ya le había sugerido una frase para romper el hielo y la había obligado a ensayarla.

—Eres un chico de granja, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Yo cultivaba patatas en Idaho.

—Y o trigo en Palouse.

—Probablemente también seas Puma.

—Me has pillado. Asistí a la universidad estatal de Washington porque estaba a treinta kilómetros de casa. ¿Has visto el monte Kamiaken?

Así había sido. Había asistido a una ONU estudiantil en Pullman y admirado la vista de las montañas Moscow, Kamiaken y Steptoe desde las ventanas del edificio de la unión de estudiantes.

—La granja de mis padres está justo en la ladera norte del Kamiaken. Debo decirte que echo de menos el Imperio Interior.

—Entonces perteneces a la agencia inexistente.

—Sí. Me tienen encerrado en una jaula, me conectan por cable a un Cray y me paso el día procesando cifras.

—Mi vida es más o menos igual de interesante.

—No es cierto. Eres una infame. Me han advertido sobre ti. —Luego dijo con voz burlona y provocadora—: Te sales de tu cubículo, te sales de tu cubículo.

Betsy no enrojecía a menudo, pero cuando lo hacía era un espectáculo. Su piel blanca igualaba el tono de su pelo. Hacía años que nadie se burlaba de ella.

—Será mejor que tengas cuidado. Me dedico al asesinato.

—Oh, sí —dijo Moses—. Tengo claro que eres malvada hasta la médula. —Los dos rieron—. En serio, me importa una mierda. He desarrollado mi carrera en Washington. Llevo tiempo suficiente dentro. Es hora de que vuelva al condado de Whitman a cultivar ese duro trigo rojo.

—¿En serio lo dejas?

—Dentro de un año. Le prometí a mi padre que aguantaría cuatro. Quería asegurarse de que cuando volviese a casa lo haría porque así lo deseaba. Y lo deseo. Esta vida es una completa mierda. ¿Quieres una cerveza?

Betsy quería una cerveza. Se sentía atraída por aquel tipo.

—He traído unas Grant's Ale... de Yakima. Voy a vomitar si tengo que oír

otra vez lo de la superioridad de Sam Adams. Tú eres la primera persona del noroeste que he conocido aquí, así que voy a monopolizarte. Eh, chicos —les gritó a los otros cuatro—, dejadnos en paz.

Durante el resto del día hablaron de las puestas de sol en Palouse, de perros labradores negros, del viento, la gente sincera, su odio por la burocracia y de pescar truchas en el río Snake. Realizaron un estudio comparativo de sus respectivas épocas en el instituto, se rieron de los yuppies, intercambiaron historias de terror y ni en una ocasión lo estropearon mencionando nada ni siquiera remotamente clasificado.

Caminaron por la playa medio camino hasta Cabo May y de vuelta, sonriendo a los niños de tres años que jugaban con las olas, admirando a una pareja de vetustos ancianos que saltaban descalzos en la orilla recogiendo conchas, molestos porque los chicos tenían los estéreos demasiado altos, viendo las piruetas de las gaviotas que atacaban la basura. A última hora de la tarde el sol se ocultó tras nubes de tormenta y ellos se dieron la vuelta de regreso. Cuando llegaron a Wildwood ya era casi de noche. Algunos gamberros borrachos pasaron junto a ellos, pero la corpulencia de Paul y el hecho de que Betsy no tuviera miedo los convenció de irse con la música a otra parte. Al final se encontraron con Cassie paseando del brazo de Marcus Berry.

—A Christine la han reclamado en Washington y Jeff se ha ido con ella. Alguna mierda de espionaje militar —dijo Cassie—. Vaya fin de semana, ¿eh?

Empezaba a llover. Recorrieron la franja hortera de negocios que bordeaba la playa y dieron con un restaurante italiano que servía un menú decente de marisco. Con la política tácita de no mencionar el trabajo, mantuvieron una conversación normal, saludable y totalmente inconsecuente mientras cenaban, pasando de las películas a los deportes y comentando los méritos del Mac y el PC.

Cassie insistió en pagar. Rebuscando en su riñonera para dar con la cartera, sacó un sobre blanco. Parpadeó, momentáneamente sorprendida, y luego se lo pasó a Betsy.

—Oh, lo había olvidado —dijo—. Antes de irse, Jeff me pidió que te lo diese. —Betsy dio vueltas al sobre entre los dedos; no tenía nada escrito. Lo dobló y se lo metió en uno de los innumerables bolsillos de sus pantalones cortos de senderismo.

—Volamos a casa —dijo Marcus—. Tengo en hielo una botella de Sovetskoe Champanskoe.

—Yo no puedo tomar —dijo Paul—. Los azúcares me dan asma. Pero adelante, y me tomaré una cerveza.

Paul y Betsy hablaron del asma todo el camino a casa hasta que Cassie amenazó con sacar su arma reglamentaria y hacerlos callar si lo volvían a mencionar. La lluvia empezó a caer con ganas y se levantó viento; la ropa que

llevaban ya era insuficiente. Se reunieron en el salón de la casa, se sirvieron tres copas de champán y una cerveza y Marcus propuso un brindis:

—Por estar fuera de Washington. —Entrechocaron las copas y Paul añadió —: Por días mejores.

Se sucedieron más brindis. Durante un momento se esforzaron por hablar los cuatro, pero la atracción entre Cassie y Marcus era tan evidente como entre Paul y Betsy. Cassie anunció que iba al baño a darse una ducha y abandonó la sala, apagando despreocupadamente la luz al salir. Un momento después Marcus la siguió y no volvió. Betsy descubrió que su cabeza se ajustaba de forma muy cómoda y natural al hombro de Paul y Paul descubrió que su largo brazo pasaba muy bien por los grandes hombros de Betsy, y a medida que fue avanzando la noche descubrieron muchas formas de acercarse aun más.

Se enrollaron en el sofá mucho, mucho tiempo, amenizados por el desfile interminable de los estéreos de los coches que recorrían las calles de Wildwood. Fueron pasando gradualmente por primera, segunda, tercera base... hasta encontrarse finalmente desnudos. Paul no tenía prisa, lo que resultaba agradable. Betsy le hizo saber que estaba lista. Paul se disculpó con dulzura, corrió al baño y buscó un preservativo en su neceser. Al volver, había perdido la erección. No hubo modo de que la recuperara... a pesar de que había estado completamente excitado desde el momento en que Betsy había apoyado la cabeza en su hombro.

—Lo siento —dijo al fin—, es una de esas cosas...

—No pasa nada —dijo Betsy—. He esperado treinta años. Puedo esperar un poco más.

—Oh. Bien... Mentiría si afirmase haber esperado tanto.

—Da igual. No insisto en que todos sean tan puros e inocentes como yo —dijo Betsy.

—La verdad... considerando la clase de personas con las que te relacionas, probablemente sea una medida más que razonable —dijo Paul.

CAPÍTULO 18

¿Qué tipo de hombre sería cómplice en la trama para incriminarse a sí mismo por un brutal asesinato en primer grado, en un país extranjero, donde todo estaba en su contra?

Clyde seguía haciéndose esa pregunta y, siempre que le tocaba ocuparse de la cárcel, observaba a Sayed Ashrawi con la esperanza de adivinar la respuesta. La mayor parte de los internos de la cárcel del condado de Forks eran borrachos apuestos, violentos, pendencieros y estúpidos. Habían tenido que meter a Ashrawi en una celda aparte para mantenerle a salvo de aquella gente. El árabe era un hombre pequeño con el pecho hundido. No era alguien a quien uno creyera capaz, para ser sinceros, de meter a Marwan Habibi, de setenta y tres kilos, en un bote y golpearle hasta la muerte con un remo, ni de realizar los demás prodigios de los que se le acusaba.

Ashrawi había pasado los tres primeros días en prisión sin comer nada, porque la comida de la cárcel no era lo que él llamaba *halal*. Luego, otros estudiantes árabes le habían traído algunos alimentos que estaba dispuesto a comer. Su visitante más asiduo era un tal doctor Ibrahim Abboud, doctorado por una universidad inglesa que trabajaba para obtener su segundo doctorado. Había sido Abboud el que había hablado en inglés para provecho de Kevin Vandeventer mientras sacaban el cadáver de Marwan Habibi del laboratorio 304. Clyde le consideraba el cabecilla de aquella conspiración y se interesaba especialmente por sus visitas a la cárcel.

Pero resultaba inútil, porque el doctor Ibrahim Abboud también tenía calado a Clyde. Por lo visto Abboud era la única persona sobre la faz de la Tierra, a excepción de Desiree, que no infravaloraba la inteligencia de Clyde y le adjudicaba un cociente de cincuenta nada más verlo. Por lo que siempre que Clyde estaba presente, Abboud era todo sonrisas y reserva. En una ocasión Clyde le preguntó de dónde sacaba comida *halal* en un lugar como Forks, Iowa. Abboud, por una vez, bajó la guardia: « De un rabino judío », dijo.

Cuando Ebenezer hubo dejado al macho convertido en huesos y cartílago, seleccionó unos quince o veinte kilos de carne como comisión y le entregó el resto a Desiree, excepto un paquete del tamaño de un melón que puso en los brazos de Clyde:

—Sobras.

El paquete descansaba en una nevera portátil, en la parte posterior de la camioneta de Clyde. Aunque jamás se lo diría a Ebenezer, también había metido dentro otros cortes de carne, que el viejo había realizado con mucho cuidado, y que Clyde sabía por experiencia que contenían nervios que los hacían duros de masticar y difíciles de digerir. Ebenezer era el único que se molestaba en cortar esas piezas y les había puesto nombre: «pepitas de cuello», «popurri pélvico» y cosas así.

Era sábado, el día de dormir hasta tarde de Desiree. Tan pronto como Maggie había empezado a agitarse por la mañana, Clyde había saltado de la cama, la había sacado de la cuna y, envuelta en una manta, se la había llevado del dormitorio como si fuera una bomba de relojería. Un ciclo de siesta y biberón más tarde, estaba atada al moisés, un trasto de plástico aerodinámico con asa que le permitía cargar con la niña todo el día sin tener que tocarla. Clyde lo metió en la camioneta y lo acopló a su nave nodriza, una base del mismo color adosada al asiento del acompañante. La tecnología industrial de la manipulación de bebés avanzaba a un ritmo que muy pocos campos podían igualar; amigos suyos con niños de dos años habían tenido asientos y sillas que bien podrían haber estado fabricados con ramitas y tiras de cuero, de primitivos que parecían en comparación con las maravillas que habían ido apareciendo en su hogar después de las primeras fiestas para bebés patrocinadas por los Dhont. Clyde no lo dudaba: si Desiree y él tenían otro hijo, tendrían que reunir todos aquellos trastos y rogar a los indigentes etíopes que se los llevaran gratis, para dejar sitio a la nueva generación tecnológica.

Clyde pasó la mano por una cadena oxidada, encontró el extremo y la pasó cuidadosamente por encima de la nevera portátil para que no saliese volando cuando pusiera el vehículo a velocidad de crucero. Luego abrió la portezuela del conductor, puso el motor en punto muerto, apoyó un pie en el freno y lo soltó en silencio. Apoyó un hombro contra el marco de la portezuela abierta y empujó la camioneta hacia delante con un impulso lento y prolongado de ambas piernas. Cuando el vehículo comenzó a descender la curva suave de la entrada, se subió y dejó que llegase a la calle antes de cerrar y arrancar el motor, dos maniobras que, en una camioneta tan vieja y en aquel estado, con toda seguridad habrían despertado a Desiree si las hubiera realizado en el garaje.

Maggie se puso a alborotar un poco al pasar por la zona vieja de edificios de ladrillo rojo de Nishnabotna y la gran masa de Talleres Matheson se alzó a babor. De momento se portaba bien, teniendo en cuenta que Desiree no estaba allí para

someterla al flujo continuo de arrullos, besitos en la nariz, juegos y caricias que normalmente ocupaba todos los sentidos de Maggie mientras estaba despierta. El comportamiento de Clyde era, por decirlo suavemente, más comedido, hasta el punto de que Maggie hubiese tenido disculpa de haber creído que su padre se había caído en el camino de entrada y que la camioneta iba sin control hacia el río.

Cuando Clyde vio por primera vez a Desiree jugar con el bebé, se había sentido insignificante, dado que ella poseía muchos talentos de los que él carecía. Se había sentido todavía más insignificante cuando Desiree le había comentado —despreocupadamente y sin la más mínima intención de que se sintiera culpable— que no era juego sino «estimulación», que esos juegos tontos no se improvisaban sino que se planeaban para trabajar una parte importante u otra del cerebro del bebé. Los juegos de Desiree venían con notas al pie. Clyde suponía que si criaba a Maggie él solo, la niña acabaría convertida en una cría a la que habría que recordar que tenía que respirar y que se pegaría trompazos contra las puertas cerradas.

En algún momento del cambio de siglo alguien había pintado «Konrad Lukas e Hijos» en el muro de ladrillo que era su destino. Debajo, donde probablemente antes decía «matadero», recientemente habían escrito: «Carnes selectas y sacrificios personalizados.»

Iba a necesitar las dos manos para la nevera, así que tomó la medida radical de soltar a su hija del módulo moisés/asiento y transferirla al módulo de transporte reversible mochila trasera/frontal. Se la puso a la espalda, sacó la cadena de la nevera y dio la vuelta al vehículo para llevar la caja de restos al edificio principal.

Fuera de la carnicería había la mayor colección de vehículos universitarios que Clyde hubiese visto nunca en Nishnabotna. Algunos coches desentonaban claramente: un Cadillac nuevo y un Volvo familiar que, por sus matrículas, pertenecían a otros condados de Iowa, a una hora o dos de distancia. El coche más cercano a la entrada era un enorme Chevy Caprice, un modelo que habitualmente se usaba para los coches de policía; pero ése estaba pintado de azul marino y no llevaba equipamiento especial ni otra insignia que un cartel de cartón amarillento en el salpicadero que ponía «Clero» con una estrella de David. La matrícula era de Illinois.

Dobló la esquina del edificio y llegó hasta la acera de ladrillo, separada de la calle de ladrillo por un bordillo de piedra de al menos medio metro de alto. Justo en ese momento, un tipo de traje oscuro con barba y sombrero negro salía por la puerta principal de Carnes Lukas cargado con una enorme cartera de piel. Metió la cartera en el maletero del Caprice, se puso al volante y se alejó.

Clyde quedó sorprendido por el aspecto de algunas personas que hacían cola en la zona principal de Carnes Lukas aquella mañana de sábado. Los hombres

vestían las mismas prendas de grandes almacenes que otros estudiantes graduados, pero las mujeres iban envueltas en metros y metros de tela oscura. Algunas enseñaban sólo el óvalo de la cara, otras miraban a través de una rendija horizontal. En general, las familias iban en bloque. Los hombres conducían, pagaban y controlaban a los niños mayores mientras las mujeres llevaban a los más pequeños y decían a los carniceros lo que querían. De aquel lugar la carne salía a cajas. Nadie compraba menos de cinco kilos y el pedido medio probablemente se acercase más a los diez. Dos carniceros se afanaban para servir la carne y otra persona cobraba.

Uno de los hombres hubiese llamado la atención incluso en las calles de su propio pueblo, estuviera eso donde estuviese. Le había pasado algo, Clyde no sabía qué exactamente pero desde luego algo horrible. Ya de entrada tenía el cutis con muchas cicatrices de acné, pero además su rostro estaba desfigurado por tejido cicatricial. La nariz y los labios los tenía bien, pero las quemaduras de las mejillas le habían sanado de cualquier manera. Tenía una oreja mutilada y la línea capilar en ese lado de la cabeza terriblemente deformada. El pelo rizado aparecía y desaparecía caprichosamente sobre un sustrato de piel roja, marmórea y abultada. Los daños seguían bajo el cuello de la camisa y llegaban al menos hasta su mano izquierda, a la que le faltaban tres dedos. Todavía tenía el índice y un pulgar atrofiado y deforme toscamente corregido. El hombre estaba demacrado y era sorprendentemente alto, probablemente tan alto como Clyde, que medía metro noventa. Le acompañaba una mujer considerablemente más joven con el rostro rollizo y atractivo enmarcado por un gran pañuelo de seda que le colgaba por la espalda, cubriéndole el pelo.

Compraban una enorme caja de carne. Cuando estuvo lista, la mujer se apartó del mostrador y Clyde comprobó que estaba en avanzado estado de gestación. El hombre agarró un lado de la caja con la mano buena y la deslizó para sacarla del mostrador, levantando una rodilla para sostener el otro extremo mientras intentaba asirlo con la mano atrofiada. Cuando levantó la rodilla de esa forma, la pernera del pantalón dejó al descubierto unos centímetros de plástico color carne. Debía de tratarse de una amputación por debajo de la rodilla, sin embargo, porque una vez que hubo encajado el dedo en la caja, fue a pagar sólo con una leve cojera.

Maggie jugó con el chupete, que salió volando de su boca y rodó por el suelo. Clyde de lamentó no haber hecho uso de la tecnología para bebés que había puesto a su disposición la generosidad infinita de la extensa familia Dhont; tenían muchos cordones para chupete especialmente pensados para evitar ese tipo de percances pero, con las prisas para sacar a Maggie de la casa antes de que detonase prematuramente y despertase a Desiree, se había olvidado de ponerle uno.

La mujer embarazada se inclinó con cuidado y recogió el chupete. Se volvió hacia la cajera, una mujer Lukas de ojos azules en la cincuentena.

—¿Hay un WC?—dijo.

—¿Disculpa, querida? —preguntó la cajera, inclinándose y haciendo trompetilla con la mano.

—Baño —aclaró el marido, más para beneficio de su esposa que de la cajera.

—Tras esa puerta —dijo la cajera.

La mujer embarazada circunnavegó el mostrador, aparentemente moviéndose sobre un colchón de aire por efecto de aquella prenda como una tienda de campaña. Sobre el mostrador había una cafetera Bunn, un montón de tazas de papel y un cuenco de donativos. Una de las jarras de vidrio estaba llena de agua caliente. La mujer la sacó de la máquina y se la llevó al baño junto con el chupete.

Clyde oyó el sonido del agua corriente. Maggie empezaba a inquietarse; Clyde se volvió y le dijo algo supuestamente tranquilizador, pero no podía mirarla a los ojos sin romperse el cuello. Finalmente la mujer salió del baño y devolvió la jarra a su sitio. Se volvió hacia Clyde, sonriendo de oreja a oreja. Clyde quedó un poco sorprendido hasta que se dio cuenta de que no le sonreía a él, sino a Maggie.

—¿Puedo?—dijo, sosteniendo el chupete que todavía soltaba vapor.

—Por favor. Gracias —dijo Clyde. La mujer hizo algo tras su cabeza y Maggie se quedó tranquila y relajada mientras se dedicaba a la succión total. La mujer se quedó un poco más, mientras su marido pagaba la carne, mirando a la niña y hablándole en voz baja, en una lengua incomprensible. Luego su marido salió por la puerta sosteniendo la caja, mientras le repetía varias veces a la mujer una palabra, paciente pero firmemente.

—Gracias, señora —dijo Clyde mientras ella salía. El marido había abierto la puerta con el hombro y la sostenía con la espalda mientras ella salía. Clyde le miró a los ojos; el hombre miraba a Clyde con tranquilidad, de una forma evaluativa y casi distraída. Clyde le saludó—. Buenos días, señor. Vote por Banks.

Maggie se quedó dormida. Mientras Clyde se aproximaba al mostrador, hizo callar a Todd Gruner, el carnicero, quien, sorprendido y emocionado al ver a otro representante de la Cristiandad, estuvo a punto de saludarle con demasiada efusividad.

—¿Cómo te va, Todd? —le susurró.

—Me alegro de verte, Clyde. ¿Qué llevas ahí, un mapache?

—Murciélagos —improvisó Clyde—. Los he estado cazando con un saco alrededor de la luz del porche. —Levantó la tapa.

—Ah. Pepitas de cuello. Parecen obra de Ebenezer —dijo Todd—. ¿Tengo que prepararte salchichas?

—Sí.

—Tenemos un nuevo picante realmente bueno. Es extra picante.

—No las quiero extra picantes.

—Entonces el normal. ¿De dónde has sacado un ciervo en esta época del año, Clyde? ¿Caza furtiva?

—Hice que lo enviaran por avión desde Australia. Es temporada de ciervos en el hemisferio sur.

—Bien, te lo tendré listo el lunes por la tarde.

—Pues hasta entonces —dijo Clyde—. Vota a Banks.

A Clyde se le había ocurrido que podría ganarse un poco más de buen karma de relaciones matrimoniales yendo a Wapsipinicon, entrando en la panadería europea de Lincoln y comprando bollitos de canela. A lo mejor incluso podría volver con aquel botín antes de que Desiree despertase, lo que le valdría doble buen karma.

Poco después de girar al sur por la calle River vio tres vehículos del Departamento de Policía de Nishnabotna bloqueando el carril derecho, a un par de manzanas, y a Lee Harms allí de pie con su uniforme de policía dirigiendo el tráfico alrededor de la obstrucción.

Clyde hizo avanzar la camioneta pasando de las gesticulaciones de Lee Harms, que todavía no le había reconocido, y se detuvo detrás de un coche patrulla.

Vio de inmediato que otro agente, Mark Ditzel, tenía a un sospechoso boca abajo y esposado en el suelo. Ditzel había sacado la porra; estaba manchada de sangre. Una mujer voluminosa con un vestido como una tienda de campaña estaba de pie con las manos en la parte posterior del Toyota, gritando a los agentes de policía en una lengua que Clyde no reconoció. Un perro policía de la unidad de agentes K-9 se ocupaba de algo que no estaba en el Toyota, sino en el bordillo, a su lado.

Clyde se apeó de la furgoneta. Colocó a Maggie en el capó del coche de Ditzel, justo delante del asiento del conductor y se metió en el fregado. Reconocía a la mujer: era la que había limpiado el chupete de Maggie. Al principio no la había reconocido porque le habían quitado el pañuelo de la cabeza y tenía el rostro distorsionado por lágrimas de furia.

Ditzel tenía la rodilla hundida en la espalda del marido y el rostro como a cinco centímetros de la cara del prisionero. Sostenía en alto la porra ensangrentada como si fuese a descargar un golpe adicional. Ditzel tenía la cara roja y marcada, aquí y allá, por gotitas de sangre que no era suya. Clyde se estremeció cuando olió el spray de pimienta.

Ditzel gritaba a la cara del prisionero, babeando.

—¡No debes resistirte con un agente! ¡A un agente ni se le toca ni se le golpea! Si lo haces, ¡estoy autorizado a derribarte! ¿Lo comprendes o quieres

más de esto? —Ditzel tenía los ojos rojos y fluidos transparentes le manaban de los lagrimales y las fosas nasales; parte del espray le había dado en la cara, cosa que no había mejorado su humor.

El hombre dijo algo que Clyde no acabó de comprender. Ditzel abrió más los ojos, esta vez de asombro.

—Muy bien, señor, veo que tendré que tomar *medidas* adicionales. —La última palabra fue un gruñido por la tensión del diafragma al querer descargar la porra más o menos en los riñones del prisionero. Pero no descargó el golpe porque Clyde Banks, anticipándose al movimiento, agarró el extremo de la porra antes de que se pusiese en marcha. Recordando una maniobra que había practicado en la Academia de Policía de Iowa, retorció la porra contra los dedos de Ditzel para obligarle a soltarla. A continuación Clyde la lanzó por encima del Toyota. Golpeó la acera y se detuvo delante de una tienda cegada con tablones.

Ditzel se sintió totalmente aterrizado durante un momento, pensando que un cómplice le había desarmado. Pero luego reconoció al ayudante del sheriff Clyde Banks y quedó demasiado sorprendido como para enfurecerse... todavía.

—Clyde —dijo en un tono de voz asombrosamente tranquilo—, ¿qué coño haces? —Luego, empezando a cabrearse—: ¿Qué coño has hecho con mi porra, tío?

—Ofrecerte la oportunidad de tranquilizarte y pensarlo —dijo Clyde.

En ese momento la mujer apartó las manos del parachoques del coche. Se lanzó contra el agente K-9 y su perro, que también estaba a ese lado del coche. El perro decidió interpretarlo como un gesto hostil y la hizo retroceder con ladridos y gestos amenazadores.

Tanto Clyde como Ditzel fueron por ella. Ditzel dio la vuelta por la parte delantera del Toyota. Clyde saltó sobre el capo de tal forma que aterrizó entre Ditzel y la mujer. Clyde avanzó rápidamente hacia ella y le puso una mano en el hombro. Ella le apartó y agitó un brazo, intentando alejarle, pero luego se volvió y le reconoció.

—¡Mira lo que dejan hacer al perro! —gritó, señalando al suelo.

Habían sacado la caja de carne del Toyota y la habían dejado sobre la hierba, que ya estaba cubierta con hojas ensangrentadas de papel de carnicero. Parte de la carne seguía en el centro de los envoltorios y parte había caído al suelo. En la caja todavía quedaban algunos cortes intactos.

Clyde agarró la mano de la mujer, se la puso bajo el brazo y la dejó atrapada. Así la guió por la fuerza hasta el Toyota. Le sujetó la mano y se la apoyó contra el techo del coche, reteniéndosela allí mientras hacía lo mismo con la otra mano de la mujer, que colocó junto a la primera. Estaba detrás de ella, cubriéndola como una capa, aunque él era tan grande y ella tan diminuta que había varios centímetros de aire entre los dos. Al oído le dijo en voz baja:

—Puedo ocuparme de esto si te tranquilizas y no te mueves. Si vuelves a

separar las manos del coche, no tengo ni idea de qué sucederá.

—Muy bien —dijo ella.

Clyde le soltó las manos y se alejó unos centímetros. Cuando vio que no se movía, se relajó y miró al perro.

El agente de K-9 sacó otro corte de carne de la caja, lo abrió y lo colocó en el suelo. El perro lo tocó con el morro y lo lamió. El agente se había puesto guantes de plástico, que ya estaban manchados de sangre y, mientras Clyde miraba, recogió la carne, la partió y dejó que el perro olisquease un poco más.

—Buena chica —dijo y le lanzó uno de los trozos arrancados.

Mientras el perro disfrutaba de la carne bien ganada, Clyde avanzó, cogió la caja y la colocó encima del Toyota. Todavía contenía un trozo enorme de carne, como del tamaño de un pavo grande, enrollado.

—Eh, ¿qué pasa, Clyde? —dijo el agente Morris, el K-9.

—¿Por qué? —preguntó Clyde tras una larga pausa, girándose para indicar la caja de carne.

—Bien, ya sabes, Clyde —dijo Morris—. Ya sabes para qué tenemos a *Bertha*.

—Drogas. Pero a mí me parece carne.

—Oh, no, Clyde —dijo Morris. Se echó a reír, una risa algo forzada, e incluso se dio una palmada en la rodilla. Se levantó y le dio una orden a *Bertha*, que se sentó y permaneció inmóvil—. Clyde, te conozco desde hace años y había supuesto que eras más listo. Sabes que entra mucha marihuana en Forks, y que por eso gastamos tanto dinero en *Bertha*.

—Por ahora te sigo —dijo Clyde.

—Bien, lo que debes recordar es que no todos los criminales son estúpidos. Algunos son muy listos. Saben lo de *Bertha*. Así que ahora esconden el material, Clyde. Lo ocultan en latas de café o en lo que piensen que puede esconder el olor. Bien, si quieres confundir a un perro, ¿qué podría ser mejor que ocultarlo en el interior de un buen trozo de carne cruda? Muy ingenioso, ¿eh?

—¿Qué te hace pensar que este hombre lleva droga, para empezar?

—Tiene que venir de alguna parte —le respondió Morris.

—Demonios, Jim, de alguna parte en un radio de quince kilómetros. Casi toda la marihuana de Estados Unidos se cultiva en el cinturón del maíz. Lo sabes bien. Por tanto, ¿por qué iba alguien a tomarse la molestia de importarla desde lejos, de donde venga esta gente, cuando ya crece aquí mismo, en Forks?

Morris apartó la vista. Clyde vio que le había derrotado. Pero impidió la conversación otra conmoción al otro lado del Toyota. Clyde corrió hacia allí y encontró a Ditzel dándole patadas en las costillas al sospechoso esposado.

—¡Puto negro de la arena! ¡Eso es lo que eres! ¡Lo entiendes? Así que no me sueltes más groserías, porque en esta ciudad no toleraré groserías de un negro de la arena.

—Agente Ditzel, si vuelve a golpear a ese hombre, pondré su culo al fuego —dijo Clyde.

No podía creer que lo hubiese dicho. Tampoco Ditzel. Que Clyde diese a entender que se chivaría de otro agente de policía era como anunciar que iba a cambiar de sexo. Todos los que le oyeron quedaron conmocionados y se vieron obligados a reevaluar todo lo que sabían sobre Clyde Banks.

—Ba ba ba ba —dijo Maggie desde el capó de la unidad de Ditzel.

Ditzel miró a Maggie, con asombro todavía más profundo, y luego una sonrisa burlona fue apareciendo en su cara.

—Bien, ya puestos, ¿qué coño haces aquí? No recuerdo haber pedido el apoyo de un ayudante... ni de su compañera —dijo, señalando a Maggie.

—Ofrezco ayuda —dijo Clyde— y consejo.

—¿Consejo? Bien, muchas gracias. Esto iba bien antes de que llegases.

—No lo parece —dijo Clyde, señalando al sospechoso.

—Le paré porque no llevaba cinturón de seguridad. Quizás en su país no tengan cinturones de seguridad, pero aquí tenemos. Actuó de un modo sospechoso. Así que les pedí que saliesen del coche, él y su mujer, y llamé al K-9 para registrar el coche, y fue entonces cuando se puso arisco. Cuando apareció el K-9 empezó a resistirse, por lo que le reduje. Así que ha sido una operación limpia en toda regla y no me hacen falta tus consejos, ayudante.

—¿Ves esto? —dijo Clyde. Golpeó con la uña la pegatina de la ventanilla del Toyota.

Ditzel se inclinó para ver y abrió la boca como si eso fuese a mejorar su visión.

—¿Y? Una pegatina de aparcamiento.

—No la reconoces porque eres de Nishnabotna, pero a veces trabajo en Wapsie y aprendí a leer esos códigos —dijo Clyde—. Es del aparcamiento de la Facultad de Derecho.

—Que me aspen —dijo Ditzel.

Un silencio profundo cayó sobre la escena. Clyde podía oír el viento agitando las hojas de los robles.

La Universidad de Iowa Oriental ni siquiera tenía Facultad de Derecho. La Facultad de Derecho estaba en la ciudad de Iowa. Pero Clyde Banks, que conocía a Ditzel desde que iban juntos a la guardería, sabía que Ditzel no lo sabía.

—Ven aquí —dijo Clyde, y con la cabeza señaló la camioneta. Le dio la espalda a Ditzel, al pasar recogió a Maggie del capó y regresó a su camioneta. Dejó a Maggie en la caja y le volvió a colocar el chupete. Un momento más tarde Ditzel se unió a él.

—Sabes que los abogados pueden causar problemas —dijo.

—Pero no es más que un camellero —protestó Ditzel en voz mucho más alta.

—Mucho mejor, considerando cómo funciona nuestro sistema judicial.

Piénsalo. Una minoría oprimida con una esposa embarazada contra un policía paleta.

Ditzel abrió la boca para protestar, pero Clyde le detuvo con un gesto de la mano.

—No es lo que yo diría —dijo—. Para mí eres el agente Ditzel, un veterano condecorado y experimentado de la policía. Pero cuando lleven tu culo hasta el tribunal, eso lo van a olvidar y te retratarán como a un poli paleta. Créeme. He estado en Wapsie y sé cómo piensa esa gente.

Morris ya había llegado con la perra. Clyde miró a la mujer, que miraba fijamente la caja de carne a un brazo de distancia. Le miró. Él se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y le dedicó una mirada de advertencia, para luego volvérselas a subir y concentrarse en los agentes.

—Entonces, ¿qué aconsejas? —dijo Ditzel.

—Bien, piénsalo. No llevaba el cinturón. Le pillaste por eso. Te dio problemas y le diste unas tortas. ¡Has tenido un buen día, amigo! —Clyde le dio una palmada en el hombro—. Has logrado toda la satisfacción que vas a conseguir. Ahora bien, si das el siguiente paso y pasas el resto del día delante de una máquina de escribir, acabarás ante el tribunal y te acusarán de ser un poli paleta y de todo lo que se les ocurra. Por otra parte, podrías retirarte ahora que vas ganando. Deja que se vayan.

—Me mataría que hubiese hierba al fondo de esa caja —dijo Morris con tristeza.

—¡Sí! —dijo Ditzel, que casi se había rendido hasta que Morris mencionó la droga—. Tenemos que llegar hasta el fondo.

—Ahí sólo hay carne —dijo Clyde y les contó resumidamente lo que había visto en Carnes Lukas.

—¿Entonces es judío? —dijo Ditzel, asombrado y escandalizado.

—Supongo que musulmán. Pero creo que siguen las mismas reglas para la carne —dijo Clyde—, por lo que todos la compran el mismo día, cuando el carnicero judío pasa por aquí. De ahí viene toda esa carne, y si los Lukas han estado ocultando droga en su carne, entonces supongo que deberíais registrar a los Lukas con el K-9.

Por suerte, Maggie se echó a llorar en ese momento. Clyde la llevó al asiento delantero de la camioneta y fijó el moisés. Luego se sentó al volante y miró por el parabrisas sucio cómo Morris devolvía la caja de carne a la parte posterior del Toyota y ayudaba a la mujer a subir. Ditzel le quitó las esposas al hombre, lo levantó y lo empujó hacia el Toyota. Clyde arrancó la camioneta, retrocedió y se metió en el carril izquierdo, avanzando muy lentamente para ver la escena. El hombre tenía una herida profunda en la frente, de las que sangran mucho, pero suficientemente restañada para que pudiese conducir. Parecía absurdamente tranquilo cuando subió al coche, como si acabase de parar en una gasolinera para

ir a mear.

A continuación, el cuerpo inmenso de Lee Harms, todavía dirigiendo el tráfico, eclipsó la escena. Lee se inclinó y miró a través de la ventanilla de Maggie.

—Bien hecho, Clyde —dijo—. Parece que te has ganado el voto musulmán.

—Vota a Banks —dijo Clyde sin fuerzas y dio un giro completo en la calle River para irse a casa con Desiree. No tenía ganas de ir a comprar rollitos de canela.

CAPÍTULO 19

Julio

Habían clavado en el suelo, en los bordes del camino de curvas que llevaba hasta el Club de Campo y Golf de Wapsipinicon, banderitas estadounidenses, muchas de las cuales ya se habían torcido debido al viento que aullaba sobre la pradera. Las banderas de plástico emitían una vibración quebradiza bajo el viento que las azotaba. Clyde tomó la última curva y vio a tres hombres muy elegantes, con traje negro y pajarita. Aquello le hizo vacilar; levantó el pie del acelerador y la transmisión de la ranchera emitió un silbido y un gemido en cuanto algunos litros de fluido hidráulico buscaron un lugar al que ir.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo Desiree. Tenía la cara morena y adorable; se había pasado el último fin de semana con la Guardia Nacional, corriendo bajo el sol en simulacros de guerra química. El uniforme militar le tapaba los brazos, la espalda y los espléndidos deltoides Dhont, y al ponerse el vestido de tirantes se había quejado de su palidez incongruente; aunque Clyde opinaba que tenía un aspecto maravilloso. Pero jamás se hubiese atrevido a decirle que estaba todavía más encantadora con el uniforme de combate. Algo en el cuerpo de Desiree enfundado en metros de tela de camuflaje le ponía al máximo; el verde y el marrón destacaban los reflejos de sus ojos avellana.

—Vamos a decir que Maggie está enferma —dijo Clyde, mirando con esperanza hacia el asiento trasero. Treinta segundos antes de salir de casa Maggie había vomitado sobre la charretera del mejor uniforme de sheriff de Clyde y, a pesar de que lo habían limpiado casi del todo, las misteriosas proteínas se habían solidificado dándole un lustre diferente. Pero Desiree había declarado que era un episodio de vómito normal, una señal de buena salud y, efectivamente, Maggie estaba, desgraciadamente, sonrosada y feliz.

—No es más que una barbacoa.

Clyde miró por el retrovisor. No vio casi nada más que un Lincoln Town Car azul marino, al volante del cual iba Bob Jenkins, de Bob Jenkins Lincoln Mercury, que se detuvo detrás de él. Reconoció el Coche de la Muerte y se volvió animadamente hacia su esposa, que llevaba un peinado nuevo; Clyde lo sabía

porque la mujer se movía con rigidez, como si un terrorista loco le hubiese encajado tubos de nitroglicerina en la permanente.

—En California tienen muchos de éstos —dijo Desiree—. Son aparcacoches. No tenemos más que salir y ellos lo aparcarán.

—Sé lo que son —dijo Clyde sombrío.

—Entonces, ¿por qué retienes a los Jenkins? ¿No quieres que Rick Morgan conduzca el coche?

—No.

—¿Te has olvidado algo en casa?

Rick Morgan, poniéndose derecha la pajarita, le miró a los ojos; estaba atrapado.

—Hola, Clyde. ¡Así que tú eres el que compró el Coche de la Muerte!

—Supongo que sí —dijo Clyde, bajando. Desiree ya estaba ocupada en el asiento trasero, liberando la unidad del bebé de la estación base.

—Bien, lo trataremos con cuidado —dijo Rick Morgan, sentándose en el asiento del conductor como si fuese el propietario del vehículo.

—Sale bastante bien en primera porque el viejo cuatro sesenta tiene un buen par de torsión, así que saldrá disparado en cuanto le des al acelerador —dijo Clyde—, y luego se nivelará muy rápido.

—Vale, Clyde —dijo Rick Morgan, fingiéndose sobresaltado y consternado.

Clyde cerró la portezuela.

—Te habrás dado cuenta de que no he dado un portazo —dijo Clyde—. Es por una razón. Se debe a que la portezuela es tan pesada que adquiere un tremendo impulso propio.

—Te escucho alto y claro, Clyde —dijo Rick Morgan y aceleró en exceso. La ranchera se encabritó y salió disparada. Clyde se imaginó que podía oír cómo el fluido de transmisión se convertía en vapor y rompía las válvulas. Pero ya era demasiado tarde. Desiree estaba de pie sosteniendo a la niña en la cadera, esperando (como acabó comprendiendo Clyde) a que él le ofreciese el brazo. Así lo hizo y guió a Desiree hasta la puerta.

—Vote a Banks —le murmuró Clyde, mientras entraba, a otro tipo con pajarita, agarrando él la puerta a pesar de que se la sostenía para que entrase. La idea de que hombres perfectamente capaces necesitasen sirvientes para que les abriesen las puertas no le cabía en la cabeza.

El club de campo se había construido durante una época arquitectónica que Clyde vagamente recordaba como el periodo Losas de Piedra. Mientras atravesaba el suelo del club, en su cabeza sonaba el tema de Los Picapiedra y tuvo que controlarse con todas sus fuerzas para no ponerse a tararearlo.

La zona estaba llena de mesas bajas y sofás. Había algunas personas, en su mayoría ancianos y mujeres con peinados llamativos, o posiblemente fuesen pelucas, que no podían exponer al viento del exterior. La pared posterior de la

estancia estaba formada por cristalerías que daban a un enorme patio de losas de piedra con una piscina a un lado y una vista del campo de golf. Un asador cilíndrico humeaba, controlado por un joven tomado en préstamo al restaurante Hickory Pit, y unas docenas de republicanos hacían corrillos bebiendo lo que Clyde supuso que debían de ser cócteles mientras intentaban esquivar los largos penachos de humo que surgían del asador e iban cambiando de dirección con el viento... como prisioneros fugados que intentasen mantenerse lejos de los focos de la prisión. Muchos kilómetros al oeste se alzaba un hermoso frente tormentoso de vientre violeta, con la parte superior de un color melocotón incandescente y magenta. Pronto el sol se hundiría tras esas nubes, cercenando prematuramente el día.

Clyde vio la siguiente hora de su vida perfectamente trazada como si estuviese apuntada en la pizarra de tareas del Departamento del Sheriff. Andaría por ahí y se relacionaría con incomodidad. Todos mirarían a Desiree y al bebé. La niña tendría hambre al cabo de unos cuarenta y cinco minutos. Desiree la llevaría dentro, se sentaría en un sofá, justo delante de una vieja dama republicana con peluca azul y, así de simple, se sacaría una teta y le daría de comer. La vieja dama republicana no diría nada, pero habría repercusiones igualmente y Terry Stone no tardaría en mantener una conversación de hombre a hombre con Clyde para decirle que alguien esperaba una disculpa. Desiree se negaría a disculparse, por lo que Clyde lo haría en su nombre y dicha persona quedaría satisfecha... seguiría enfadada, pero enfadada con Clyde... y Desiree se enfadaría con él por haberse disculpado y Terry Stonefield también se enfadaría con Clyde por no haber llevado mejor las cosas.

En aquella situación, lo apropiado era que se tomase una copa. Así que fue hasta el bar del rincón.

Desde allí vio otro rincón donde John Stonefield y Ebenezer cebaban en silencio con grandes marañas de tabaco las cazoletas de sus pipas. Junto a ellos, con un combinado en la mano, hablando mucho pero sin obtener respuesta, estaba el hijo de John Stonefield, Terry, presidente del Comité Republicano del condado de Forks, presidente de la junta de varios venerables negocios de la zona de Forks, a temporadas senador del estado, candidato a gobernador y, en dos ocasiones, congresista de Estados Unidos. Era rechoncho pero delicado e iba vestido con una chaqueta azul, pantalón caqui y una corbata con un estampado de barras y estrellas.

Cuando Clyde consiguió su bebida —una botella de Steinhoffer Pilsner— Terry se había girado, le había visto y le había llamado. Apretones de manos para todos. Ni John Stonefield ni Ebenezer habían dicho nada todavía, ni en todo el día por lo que a Clyde le parecía.

Clyde no estaba seguro de cuándo John y Ebenezer habían empezado a jugar juntos al golf, pero no dedicaba muchos esfuerzos a intentar deducirlo. Se había

dado cuenta de que los ancianos eran mucho más interesantes y complejos de lo que había creído de joven y no había forma de saber qué conexiones y maquinaciones secretas podrían estar tramando. Ebenezer había perdido a un yerno (el padre de Clyde) y John había perdido a un hijo: el mayor, su chico de pelo rubio y aparente heredero, había sido derribado sobre Corea y no le habían encontrado. Pero Clyde sabía, por pequeños retazos de información que se filtraban por aquí y por allá, que John había contado a Ebenezer muchos secretos sobre la familia Stonefield, las peculiaridades y defectos de sus miembros y el funcionamiento interno de su imperio empresarial.

Nada de lo cual era probable que impresionase a Ebenezer. Ebenezer era de los tipos que hablaban claro y siempre hacían tratos abiertamente. En su opinión, cualquier transacción más compleja que, digamos, pedir un plato de huevos revueltos en el mostrador de desayunos de Hy-Vee, y cualquier relación más compleja que un matrimonio de por vida totalmente monógamo pertenecía a la amplia e imprecisa categoría de las « tropelías ». Había hecho saber, una o dos veces a lo largo de los años, que la familia Stonefield, en los años de decadencia, desde que el hermano mayor de Terry cayera envuelto en llamas y John hubiese dejado los negocios en manos de Terry y se hubiera retirado para vivir en soledad, se había entregado a gran cantidad de tropelías. Siempre lo decía con expresión de arrepentimiento, como si no quisiera que pareciese que los estaba juzgando. Pero a lo largo de los años Clyde había sido juzgado muchas veces por Ebenezer, habitualmente para acabar siendo azotado con un cinturón o un palo, y por tanto sabía que Ebenezer, ocultas en alguna parte, tenía sólidas convicciones.

John Stonefield pasaba casi todo el tiempo en una granja junto al río, en las afueras de Wapsipicon, leyendo ridículos periódicos que le enviaban desde lugares como Londres y saliendo de allí sólo para jugar al golf con Ebenezer. Pero de vez en cuando se reunía con Terry y el resto de su familia y durante sus conversaciones había mencionado a la familia Banks. Clyde había llegado a esa conclusión porque, un día, a finales de 1989, Terry Stonefield, que jamás le había reconocido entre la multitud, le había invitado de pronto a almorzar y había dejado claro que sabía mucho sobre Clyde Banks y sobre su situación familiar y profesional. Todo el majestuoso poder del Partido Republicano de Forks apoyaría a Clyde Banks si decidía presentarse.

Por tanto, cuando Clyde se acercó al rincón donde estaban Ebenezer y el joven y el viejo Stonefield, se sintió como la última pieza de un rompecabezas que aquellos hombres habían estado montando durante meses o incluso años. No hacía falta ser un genio para deducir la razón; el titular Mullowney era un mal hombre y un mal sheriff. Por otra parte, el trabajo de sheriff tenía prestigio y mucho poder asociado, buena parte del cual era de naturaleza extraoficial y táctica. A cualquiera le hubiese gustado tener un pariente, o un amigo de un amigo, que fuese sheriff de Forks.

—Miren esos cumulonimbos —dijo Clyde, agitando la cabeza. Los cuatro hombres miraron por la ventana, valorando el frente tormentoso que se aproximaba.

—Deben de estar a unos dieciocho kilómetros —dijo Ebenezer.

—¿Cómo va la campaña, Clyde? —preguntó Terry animadamente.

Clyde no dijo nada, calculando que la respuesta sincera no podía dársela en presencia de John y Ebenezer.

—He visto unas cuantas pegatinas por ahí. Supongo que eso significa que contactaste sin problemas con Publicidad Jabalí.

—Sin problema —dijo Clyde.

—Siempre miro por la ventana esperando verte acercarte a mi puerta, Clyde —dijo John Stonefield.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó Ebenezer.

—Bien, dijo que llamaría a todas las puertas de Forks. Todavía no ha llamado a la mía, a menos que lo haya hecho cuando yo no estaba en casa.

—Supuse que le vería algún domingo, señor —dijo Clyde.

—¿Y eso?

—Pensé que podría unirme a usted y al abuelo para jugar al golf, si no hay inconveniente —dijo Clyde.

—¿Has practicado tu swing? —dijo John Stonefield sombrío.

—No he ido al campo desde el Día del Padre. Pero he estado visualizando un buen golpe. Dicen que eso es efectivo.

John y Ebenezer intercambiaron una breve mirada de pòquer y se concentraron en cebar y encender las pipas. Era su forma de decir que ambos comprendían que Clyde los había elogiado al empezar a seguirles la corriente.

—¿Te sirve para ganar las elecciones? —dijo Ebenezer.

Tras lo cual John y Ebenezer se volvieron aun menos comunicativos de lo habitual, aparentemente siguiendo la teoría de que lo que tuviesen que decir a Clyde podrían decirselo el domingo cuando no estuviesen regañándole por su falta de destreza para el golf. Dado el cambio de humor, Terry y Clyde se marcharon, regresando al centro de la acción.

Clyde sintió que había muchísimos deseos de presentarse y dar la mano a Terry, pero que se contenían para no interrumpir alguna sesión improvisada de alto nivel sobre el funcionamiento interno de la campaña para el cargo de sheriff. Clyde, que no estaba dispuesto a incomodar a ese tipo de gente, decidió que transmitiría lo que quería decir tan rápido como pudiera.

—Ayer fui a la cárcel —dijo.

—¿A la cárcel? ¿Qué hacías allí? —dijo Terry con seriedad.

—Fui por trabajo —dijo Clyde.

Terry parecía ligeramente irritado.

—Oh, sí. Claro.

Clyde odiaba trabajar en la cárcel y sabía que el sheriff Mullooney le había dado muchos turnos en la cárcel simplemente para hostigarle, pero Ebenezer le había enseñado a no lloriquear. Así que se saltó esa parte.

—Hablé con Mark Becker.

—¿Quién es Mark Becker? —dijo Terry, de pronto intrigado por la idea de añadir un nombre más a su agenda mental de personas con influencia entre bastidores.

—Uno de los prisioneros —dijo Clyde.

Terry torció la cara despreciativo y apartó la vista. Cuando volvió a mirarle, tenía una expresión de resignada decepción paternalista.

—Bien, ¿por qué hablabas con alguien así?

—Cuando estoy en la cárcel —dijo Clyde a la defensiva—, no puedo evitar hablar con los prisioneros. Por lo general, ellos me hablan a mí. —La charla de la cárcel hacía que lo que se decía en el vestuario de un instituto pareciese un programa de debate de alto nivel—. Pero eso no importa. Mark dijo que estaba en West Lincoln recogiendo basura, cumpliendo servicios comunitarios...

—Espera un segundo, Clyde. Vamos a ver si nos aclaramos. ¿Qué hacía en la cárcel si ya le habían sentenciado a servicios comunitarios?

—Los servicios comunitarios los cumplió la semana pasada por una infracción anterior. Luego le arresté por escándalo, hace un par de noches. Probablemente le manden a la cárcel.

—Oh, comprendo. ¡Así que Mark Becker es un criminal profesional! —dijo Terry, indignado.

—Eso sería concederle demasiado crédito —dijo Clyde—. Si le dijese a Mark Becker que tiene una profesión, probablemente dejaría de ser un criminal y se dedicaría a otra cosa.

—Bien, ¿qué te dijo Mark Becker, Clyde? —dijo Terry mirando con atención a todas las personas que querían interrumpir la conversación, logrando, de alguna forma, dedicar a todas ellas una sonrisa cálida y algo de atención. Cosa que puso nervioso a Clyde, por lo que lo soltó todo en torrente.

—Dijo que el cincuenta por ciento de la basura que recogía en Lincoln eran pegatinas para guardabarros de «Vote a Banks». Dijo que recogió sacos enteros.

—Da la impresión de que a un camión se le cayó una caja —dijo Terry Stonefield.

—No, eran usadas, sin el papel encerado. Eran pegatinas que yo mismo había repartido en la iglesia, por el vecindario y demás, y la gente las había pegado al coche y se les había caído con la lluvia de la semana pasada.

Terry Stonefield lo pensó un momento y luego se echó a reír nerviosamente. Tenía una expresión de diversión en la cara y Clyde presentía que iba a tomarse la situación a la ligera. Clyde comprendió que era hora de sacar el as de la manga, de usar su *cri de coeur*.

—Mark Becker me dijo —dijo Clyde— que vio un remolino en la mediana de Lincoln, un remolino de pegatinas de Clyde Banks.

Terry adoptó de pronto su Expresión Seria. Se acercó a Clyde.

—Clyde, ¿has intentado llamar a Publicidad Jabalí?

—Han desconectado el teléfono —dijo Clyde—. La compañía telefónica de Little Rock dice que dejaron de pagar.

Terry lo meditó e hizo una mueca.

—¿Cómo pagaste por esas malditas pegatinas?

—Con la tarjeta de crédito de Desiree.

Terry se alegró.

—¿Por casualidad es una tarjeta del Primer Banco Nacional de NishWap?

—Claro que sí.

—Bien, entonces no hay problema. Tienen una política para esos casos.

—¿Política?

—Si con esa tarjeta compras cualquier cosa defectuosa, robada, que el tipo de UPS deja caer del camión, destrozada por un rayo o cualquier otro acto de Dios... te devuelven todo el dinero. Ha sido un placer hablar contigo, Clyde —dijo Terry Stonefield, y le dio a Clyde la mano con su izquierda mientras hacía lo mismo con otra persona usando la derecha.

Clyde regresó junto a Desiree justo a tiempo; estaba metiéndose la mano bajo la blusa, dispuesta a sacar la teta en medio de la sala. Clyde se hizo con Maggie con todo cuidado, buscó el biberón en la bolsa y la subió por una escalera abierta hasta un entresuelo asomado a la planta baja y el patio. Él y Maggie eran los únicos presentes allá arriba, y de inmediato Clyde se sintió más tranquilo mirando a los republicanos desde una distancia saludable.

Maggie se le durmió en brazos; pasó el tiempo; Desiree subió y admitió que ya sería aceptable irse. Las inmensas nubes tormentosas se alzaban altas sobre las colinas cubiertas de maíz de dos metros y medio, moviéndose como pesadas armas de destrucción lanzando rayos en todas direcciones, cayendo despiadadamente sobre los hogares de un cuarto de millón de dólares que bordeaban el campo de golf.

CAPÍTULO 20

La política seguía cambiando en contra de Saddam y la posición de Betsy quedaba justificada. Lo que la hacía feliz, aunque Spector se había asegurado de dejarle claro que jamás le reconocerían el mérito. Se había excedido en su tarea, y en el Gobierno era mejor seguir la cadena de mando que tener razón. Siguió siendo una descastada tan grande como antes. Y no recibió ninguna ayuda de las divisiones que podían ofrecerle la información que precisaba. Pero seguía sondeando, encontrando fuentes, leyéndolo todo para dar con alguna conexión entre la ayuda americana mal empleada, los académicos errantes, la tecnología de guerra no convencional y algunas universidades del Medio Oeste.

Los iraquíes tenían a algunos de sus mejores científicos en Estados Unidos, y Betsy no comprendía por qué. Lo normal hubiera sido que mandaran a los jóvenes prometedores a educarse y luego se los llevaran de vuelta a casa para realizar el trabajo de verdad. Pero varios científicos iraquíes que se encontraban en el mejor momento de su carrera estaban en Estados Unidos. Lo único que se le ocurría era que para tener acceso a equipo y otros recursos imposibles de lograr en casa.

Pero eso implicaba que aquella gente estaba desarrollando armas, o al menos experimentando con la tecnología que requería un programa armamentístico, en suelo estadounidense.

Durante un tiempo consideró la posibilidad del uso armamentístico de una nueva cepa de carbunco. Había leído estudios, clasificados como confidenciales, acerca de cómo los iraquíes estaban remontándose en el tiempo en el proceso de desarrollar uranio para armas. En lugar de avanzar con la tecnología en realidad habían vuelto atrás, a la tecnología Oak Ridge de 1946. ¿Podía ser que estuviesen haciendo lo mismo con las armas biológicas?

Saltó a los archivos del CDC y extrajo todo lo que pudo sobre el desarrollo de toxinas de carbunco. Pasó tres semanas siguiendo esa línea de investigación sin llegar a ninguna parte. Cuando pidió ayuda a Ciencia y Tecnología, le pusieron la zancadilla. El DCI se negó a alterar el ritmo burocrático. El Pentágono ni siquiera

se planteaba ayudarla.

Una mañana, a las cinco en punto, cuando golpeaba la pantalla con el martillo de goma que le había regalado Kevin, Spector entró.

—Iba a preguntarte cómo iban las cosas. Pero en ocasiones la comunicación no verbal es más efectiva.

Betsy le miró con los ojos enrojecidos, se puso en pie, fue hasta la puerta de la bóveda y la cerró.

—¿Por qué no me ayudan?

—No podemos.

—No, no me llevaré el mérito. Se lo entregaré todo a alguien de Ciencia y Tecnología.

—No lo quieren. Saben que lo has tocado.

—¿No podemos avanzar en ningún frente?

—No. Millikan ha comunicado que debes permanecer confinada. Aislada. Ignorada.

—¿Ha dado mi nombre?

—No, eso sería de mal gusto. Ha hecho algo mucho más efectivo: ha diseñado el diagrama de la investigación de este asunto. Tú no apareces en él. Incluye tu sección, eso sí, como una especie de nota al pie... pero de tal forma que cualquier cosa que salga de esta bóveda tendrá que pasar por tres estadios de revisión antes de llegar a ninguna parte. Así que la araña más hábil de todas te ha rodeado con una telaraña.

—¿Y si me dirijo al presidente?

Spector parpadeó incrédulo y le hizo el favor de no reírse.

—Se dice que el presidente, debido a su experiencia en la Agencia, es relativamente comprensivo con las penalidades de los analistas de bajo nivel. Lo que hace que mucha gente en tu situación se haga la idea equivocada de que puede recurrir directamente a lo más alto. Pero hay miles de analistas de bajo nivel que sueñan con eso.

—¿Hay alguien más trabajando en lo mismo?

—No que yo sepa.

—¿Qué hago?

—Sigue adelante. Y ten cuidado. A ti y a tu compañera de piso se os da realmente bien no hablar abiertamente de lo que pasa. Pero vuestro tono y vuestros matices, sobre todo los matices, lo dicen todo. Desde la escapada a Wildwood, vuestro tono de conversación ha cambiado. Recuérdame, ahora que eres jefa de división, que te muestre los sistemas de análisis de onda de voz. Son muy buenos, mucho mejores que los polígrafos, para leer a las personas. En cualquier caso, vuestros patrones han cambiado.

Betsy se recostó y miró el amanecer por la ventana. Spector tenía razón. Paul Moses había cambiado las cosas, aunque no tenía nada que ver con la búsqueda

que estaba realizando. Pero no tenía sentido intentar convencer de ello a Spector.

—Voy a seguir trabajando en esa línea —dijo Betsy.

—Perfecto. Sólo quería dejarte clara tu situación. ¿Me dejas salir de aquí?

Había pasado junio dividida entre el trabajo serio (de cuatro a ocho de la mañana), los asuntos de la división (de las ocho en punto a mediodía) y reuniones (de mediodía a cuatro). Spector le dio un toque de atención porque la productividad de su división había descendido desde que era la jefa.

—Eso es por todas las tonterías que me obligan a hacer —respondió.

—No importa. Hay que mantener el torrente de palabras.

Los fines de semana los pasaba con Paul cuando Paul no estaba ocupado con su propio trabajo. Después de lo sucedido en Wildwood, él se había mantenido a una distancia segura de ella y se había convertido más en un colega que en un novio. Intercambiaban arrumacos o besos de vez en cuando, pero incluso ese grado de intimidad parecía hacerle sentir incómodo. Al principio Betsy creyó que seguía avergonzado por el gatillazo. Pero con el paso del tiempo empezó a preocuparle que se tratase de algo más serio y decidió hablar con él en cuanto tuviese ocasión.

Betsy y Cassie se pusieron a planear su fiesta anual del Cuatro de Julio. Con un poco de esfuerzo, desde su balcón se veían los fuegos artificiales, por lo que siempre tenían algunos invitados. En esa ocasión iban a ser el grupo de Wildwood y Kevin, que estaría en la ciudad la primera semana de julio haciendo recados para Larsen. Desde luego también estaría la vecina, Margaret Park-O'Neil, por lo que podrían entretenerse viendo cómo Kevin y ella se hacían carantoñas.

Paul llegó pronto con una enorme bolsa de hielo. Bromeó con Cassie en la cocina y luego se acercó por detrás a Betsy y le dio un abrazo.

El timbre volvía a sonar a medida que el resto del grupo iba apareciendo. Pronto habían consumido tanto alcohol y habían comido tanto que la conversación era un murmullo arrastrado. Jeff Lippincott y Christine O'Connell se habían casado en el interin, pero cada cual conservaba su apellido. Marcus Berry había vuelto del Medio Oeste, donde pasaba mucho tiempo de misión, para celebrar la fiesta con Cassie. Kevin y Margaret Park-O'Neil retomaron su relación justo donde la habían dejado... Betsy supuso que en el último mes habían estado intercambiando muchos e-mails.

Pusieron el Canal 26 para ver el concierto del Mall y siguieron hablando y bebiendo. Betsy observó a Kevin con atención. Nunca le había sentado bien el alcohol y no le llevó mucho tiempo alcanzar el punto en que hablaba en voz muy alta y muy despacio, como si tuviese que saborear cada palabra antes de que le saliese de la boca.

Kevin intentaba impresionar a Margaret, que parecía impresionada. Kevin le

iba contando, de varias formas, lo importante que se había vuelto. Le hablaba de sus amigos en la embajada jordana, sobre la gente realmente importante venida de todo el mundo para estudiar o dar conferencias en universidades estadounidenses y de cómo él forzaba las normas y llegaba a acuerdos con pequeños burócratas para ayudarlos a entrar, y de que todo eso era parte del juego internacional de rascarse la espalda mutuamente organizado por Larsen, que obtendría, como un esquema piramidal, conexiones aun más profundas, proyectos de investigación aun mayores y logros más impresionantes. Mientras hablaba cada vez más fuerte y más despacio y era cada vez menos consciente del impacto de lo que decía, todos fueron guardando silencio hasta que, aparte de Kevin, lo único que se oía era la Obertura 1812 que surgía de los altavoces minúsculos de la tele.

—Y el doctor Larsen me da bonificaciones enormes. Logró un negocio nuevo en Jordania y yo recibí un cinco por ciento de comisión.

Dos minutos antes había aludido a ese negocio con Jordania y había mencionado que rondaba «el par de millones de dólares». Todos le habían oído.

Ahora las palabras «comisión del cinco por ciento» flotaron en el aire durante lo que pareció una eternidad. Luego, una bomba aérea explotó sobre el río, tan potente que Kevin se sobresaltó y se derramó algo de bebida sobre las rodillas.

—Vamos a ver los fuegos artificiales —dijo Betsy—. No os inclinéis demasiado sobre la barandilla, el suelo está a treinta metros.

Margaret corrió a la cocina por algunas toallitas de papel para secar a Kevin, operación que llamó la atención de Betsy, aunque sólo fuese porque la bebida había caído en el regazo de Kevin.

Extrañamente, Betsy estaba más decepcionada con Margaret que con su hermano. Conocía a su hermano. Sabía que era joven, estaba pagado de sí mismo y atravesaba una fase, y que con el tiempo saldría de ella y se avergonzaría de su comportamiento... con toda la razón. Pero Margaret le había parecido muy inteligente. Que estuviese adulando a Kevin la hacía dudar de su buen juicio... de su buen juicio o de su sinceridad.

Kevin se puso de pie de pronto y se marchó al baño. Margaret le vio irse y se volvió tímidamente hacia Betsy, quizás interpretando la expresión de su cara.

—Mi padre tiene un problema con la bebida... algo típico de su puesto —dijo—. Así que supongo que para mí esto es patológico. Lo siento.

Eso hizo ceder un poco las sospechas de Betsy.

—Cuando éramos niños nunca había alcohol en casa —le dijo a Margaret—. Ahora tiene que beber porque forma parte de su trabajo. Me pregunto si Larsen sabía en qué se estaba metiendo cuando contrató a mi hermano.

Margaret dijo:

—Es muy dulce. Pero espero que no siga el mismo camino que mi padre. —

Se sonrojó, quizá porque pensó que podía haberse excedido—. Será mejor que me vaya.

Paul salió del baño con un brazo alrededor de Kevin y lo llevó al dormitorio. Regresó, miró muy serio a Betsy y no dijo nada. Jeff Lippincott entró desde el balcón; los fuegos artificiales habían terminado y Betsy se los había perdido. Jeff abrazó a Betsy y le susurró al oído:

—Vuelve a comprobar mi nota.

—Dios —murmuró Betsy. Jeff le había dado el sobre durante el viaje a Wildwood; se lo había metido en el bolsillo y se había olvidado de él, preocupada como estaba por Paul. Desde entonces, había lavado los pantalones cortos.

Dejó a Cassie al cargo de la fiesta, sabiendo que estaba en buenas manos, y entró en el dormitorio, donde Kevin roncaba en la cama. Olía a vómito. Recuperó los pantalones cortos del fondo del cesto de planchar y sacó el sobre deformado y lleno de pelusilla de papel. En su interior había una hoja sacada de una impresora láser, por suerte a prueba de agua.

Jeff le había dado una lista de nombres... de nombres árabes. Jeff pertenecía a la Agencia, pero trabajaba en la USIA, comprobando las peticiones de visado, y Betsy se había topado más de una vez con su nombre cuando investigaba el flujo de científicos iraquíes a universidades americanas.

Reconoció algunos nombres de personas que ya conocía, personas que estaban en su lista de la Docena Sospechosa. Pero algunos no le sonaban.

Junto a la columna de nombres había una columna de fechas de entrada. La mayoría eran de uno o dos años antes. Pero algunas eran de julio de 1990: las de los nombres que Betsy no reconocía.

Kevin se había estado jactando de la gente importante que iba a hacer entrar en el país durante aquel mes. Nada de aquello podía ser coincidencia.

CAPÍTULO 21

Fazoul, el estudiante extranjero lisiado, daba su propia fiesta del Cuatro de Julio, junto al río, en el parque Albertson, llamado así porque estaba justo enfrente del colmado de Albertson. La invitación especificaba que en el Refugio de Picnic Número Nueve, medio kilómetro hacia el interior, cerca de los acantilados del Nishnabotna. El pequeño aparcamiento estaba lleno y había un par de docenas de coches estacionados de manera no demasiado legal en el arcén de la carretera que llevaba al lugar.

Mientras Clyde, Desiree y Maggie llegaban al aparcamiento situado junto al gran refugio, vieron una cuerda con tiras de papel de impresora colgada del alero del refugio, con letras —en realidad, formas— impresas en verde. Supuso que eran árabes. Debajo, más pequeña, había otra escritura que no había visto nunca. Los hombres que vieron parecían salidos de *Lawrence de Arabia*. Iban vestidos con túnica blanca y la cabeza envuelta en una toalla; había hombres con delantal y chaleco de cuero, ataviados con sombreros cuadrados como cajas del tamaño de una bandeja de bebidas de McDonald's; hombres con pantalones cortos, zapatillas Nike y camiseta estampada con palabras en inglés y otras lenguas; hombres con traje y corbata. Algunas mujeres iban completamente cubiertas por chadores, como simples columnas negras con ojos oscuros mirando por las troneras... Clyde se acordó de la mascota de los Twisters de la UIO, un tornado con patas, con un animador oculto dentro que miraba a través de una estrecha abertura. Otras mujeres iban con la cara descubierta, y había mujeres de piel morena corriendo por ahí descalzas, vestidas con pantalones cortos y camiseta. Había chicos por todas partes, todos vestidos como si hubiesen ido de compras al súper. Clyde apenas podía avanzar un paso de tantos niños como había.

Todas aquellas personas se pusieron a aplaudir. De pronto todos le miraban. Al aplauso se unió un extraño gorjeo emitido por las gargantas de las mujeres. Redujo el paso para luego retroceder un poco.

Tenía justo delante a un hombre alto y ancho de hombros, vestido con una túnica blanca y con una toalla en la cabeza; se había girado para mirar a Clyde y

aplaudía con ganas, agitando las mangas de la túnica. Una forma más alta, más oscura y mucho más demacrada esquivó a ese hombre y fue directo por Clyde; era Fazoul, vestido con camiseta y chaqueta vaquera. Tendió hacia Clyde los brazos y le pilló la mano derecha para darle un doble apretón, con el índice y el pulgar de su mano izquierda mutilada agarrando el antebrazo de Clyde con sorprendente fuerza. Tras un largo y efusivo saludo, giró sobre la pierna ortopédica, pasó un brazo por los hombros de Clyde y le guió hacia el refugio.

—Lamentamos llegar tarde. Tuvimos que ocuparnos de otra cosa —dijo Clyde.

—¿Sí? Tengo una doble deuda con usted si ha tenido que abreviar sus compromisos sociales para venir.

—Me he alegrado de tener una excusa para librarme de ellos —dijo Clyde. Todavía seguía tambaleándose por los republicanos.

Ya habían hecho sitio a Desiree en una de las mesas de picnic del refugio. Clyde suponía que era una mesa especial, porque la habían cubierto con una alfombra de colores o algo parecido... No era un resto de moqueta comprado en Sears, sino que parecía hecha a mano en algún lugar lejano. Sobre la mesa había una cuna tosca fabricada con tiras de cuero y trozos combados de madera, recubierta con la piel de cordero más gruesa y esponjosa que Clyde hubiese visto nunca. Dio por supuesto que era para el hijo de Fazoul, pero estaba vacía. Una media docena de mujeres, incluida Desiree, se habían reunido en las proximidades de esa mesa, manipulando y entreteniéndolo a un par de bebés, ninguno de los cuales era Maggie.

A Clyde le pasaron un vaso enorme lleno de un líquido blanco en el que flotaban trozos translúcidos; resultó ser suero de leche helado con pepino en rodajas, y estaba asombrosamente sabroso.

—¿Dónde está Maggie? —le dijo a Desiree entre tragos.

—No sé —dijo—. ¿No es agradable?

Clyde admitió que lo era. A pesar de sí mismo, examinó la zona buscando a su bebé y le pareció entreverlo a unos quince metros, en la hierba, bajo un roble, donde una docena de mujeres se habían sentado en círculo formando una especie de zona de juegos humana por la que cinco o seis bebés y niños pequeños se paseaban cayéndose continuamente. Varios bebés iban pasando de mano en mano y las mujeres los acunaban y les hacían carantoñas. Uno de ellos se parecía a Maggie.

Fazoul se sentó al otro lado de la mesa, a horcajadas sobre el banco y levantando la pierna postiza con una mueca.

—Anoche nos llevó más tiempo de lo previsto encender el fuego, así que han llegado justo a tiempo —dijo Fazoul.

—¿Anoche?

—¿Les gustan las barbacoas?

—Claro, eso creo.

—Venga conmigo, por favor. —Fazoul volvió a plantar la pierna falsa en el suelo y se levantó ayudándose con los brazos. Clyde le siguió en dirección a los grandes árboles que coronaban el acantilado. Mientras atravesaban el grupito de mujeres, alguien se le acercó y depositó un bulto en los brazos de Clyde: el bebé de otra persona, de no más de un par de semanas. Fazoul no pareció darse cuenta, por lo que Clyde siguió caminando.

—Uno pensaría que un montón de físicos, ingenieros y otros sabios no tendrían mayores problemas para encender un fuego —dijo Fazoul—, ¡pero con qué rapidez se olvidan esas cosas! —Fazoul rió y agitó la cabeza con incredulidad—. Es asombrosa la cantidad de raíces.

—¿Tienen una barbacoa encendida entre los árboles?

—Exacto —dijo Fazoul.

—¿Saben?, se puede alquilar un asador en Budovich Flardware. Ahorra cavar tanto.

—A menos que fuese un asador completamente nuevo, no podríamos estar seguros de que no se hubiese usado jamás para asar un cerdo —dijo Fazoul—. De forma que sus amables esfuerzos por proteger el cordero del perro podrían haber sido inútiles.

—Oh. —Clyde empezaba a comprender—. Ya veo.

—¡Tengo un hijo! —exclamó Fazoul y señaló el bebé que Clyde llevaba en brazos—. Siempre celebramos una fiesta. Para esta fiesta necesitábamos un cordero *baiai*... Debía sacrificarse de la forma adecuada. Tal cosa se hizo en Carnes Lukas la mañana en que nos conocimos. Ese día, el perro policía estropeó buena parte de la carne, pero usted evitó que envileciese el cuerpo del cordero, que era lo más importante para nosotros.

—Y ahora lo asan en el hoyo.

—Lo hemos estado haciendo, oh, como desde la una de la mañana. —Fazoul miró la hora, en un pesado reloj de acero inoxidable, y bostezó.

—¿Su primer hijo? —dijo Clyde.

Fazoul apartó la vista y miró al bosque.

—El quinto.

—Oh. ¡Los otros cuatro están aquí?

—No —dijo Fazoul tras una pausa incómoda—, no han podido venir.

Llegaron a un claro cerca del borde del acantilado. Nishnabotna era visible en la otra orilla del río, a través de los grandes árboles dispersos. El denso sotobosque de verano que competía por la luz que iluminaba el borde del acantilado por las mañanas les impedía también ver directamente la planta de envasado. Había cuatro hombres alrededor de un lugar donde el humo y el vapor surgían del suelo, atravesando una gruesa capa de hojas. Todos iban vestidos a la manera occidental, y uno lo era.

—El doctor Kenneth Knightly, decano de programas internacionales —dijo Fazoul.

—Encantado de conocerte, Clyde —dijo Knightly, avanzando para darle la mano; pero al ver el bebé que Clyde llevaba en brazos, se conformó con un intercambio de asentimientos.

—Es un placer —dijo Clyde. Fazoul procedió a presentar a los tres extranjeros, cuyos nombres Clyde olvidó de inmediato.

—Me he puesto en contacto con tu jefe, el sheriff Mallowney, y le he contado tu buena acción —dijo Knightly—. Le he transmitido mi agradecimiento y el del presidente de la universidad. Dijo que siempre habías sido uno de sus mejores ayudantes.

Clyde no sabía por dónde empezar, así que se mordió la lengua y se pensó mejor lo de sincerarse con el doctor Knightly sobre el asunto de su trabajo.

Fazoul usó un rastrillo para retirar la capa de hojas del hoyo barbaoca. De él surgió una nube de vapor en forma de hongo que olía deliciosamente a comino y otras especias. En el fondo del hoyo había un bulto envuelto en más hojas, completamente rodeado por una gruesa capa de carbones blancos y negros que relucían como los tubos de neón a la creciente oscuridad que precedía la tormenta. Fazoul y sus tres correligionarios iniciaron un debate serio pero acalorado en la lengua que hablasen.

—Nuevo alto altaico —dijo Knightly, leyendo la curiosidad en la cara de Clyde—. Nuevo porque es un dialecto moderno. Alto porque procede originalmente de las montañas de Asia Central.

Knightly hablaba con acento de Tejas y llevaba botas de vaquero... de las viejas, arañadas por los bordes y manchadas aquí y allá por el alquitrán del camino. Llevaba una gorra Las Mejores Semillas de Maíz de Gooch para protegerse la extensa calva de la coronilla y se estaba fumando un Camel con la postura inclinada y compungida de un fumador empedernido que no ha logrado dejar el hábito. Clyde tenía la impresión de que a Knightly le podía hacer preguntas sin sentirse como un palurdo sin estudios.

—¿Qué hay del altaico?—dijo.

Knightly hizo una mueca, miró hacia Nishnabotna y dio una larga calada al cigarrillo.

—Bien, eso ya tiene más enjundia. Fazoul y sus amigos son turcos.

—¿De qué parte de Turquía?

—La mayoría de los turcos no han visto el país llamado Turquía. Supongo que podía ser anticuado y llamarlos turcomanos simplemente para dejar algo más clara la distinción. Hay muchos turcomanos diferentes, Clyde. Desde Constantinopla hasta China. Hay turcos en Siberia y turcos en la India.

—Da la impresión de que se mueven mucho.

—Se movieron mucho. Los turcos son los mayores pateadores de culos de la

historia. En un momento u otro patearon el culo de todo el mundo. Me refiero a patearlo de verdad. ¿Sabes quién era Gengis Khan?

—Creo.

—Bien, Gengis Khan era mongol y no habría sido nadie si desde el comienzo no hubiera tenido a los turcos de su lado. Podría seguir contando más. En cualquier caso, la idea es que están por todas partes, hay muchos subgrupos diferentes. Fazoul y compañía pertenecen a un subgrupo que empezó hace mucho tiempo en las montañas de Altai y se ganó una reputación en el corredor de Vakhan, que es donde se juntan Afganistán, China, Rusia y Pakistán. Son turcos vakhanes. Pero desde que se hicieron merecedores de ese nombre han pasado por muchos otros lugares.

—Y ahora están en el condado de Forks —dijo Clyde.

Knightly rió con ganas y pisó el cigarrillo. Para entonces Fazoul y sus amigos habían extraído el paquete humeante, así que Knightly empleó la punta afilada de su bota de cowboy para darle una patada a la colilla y lanzarla al agujero. El y Clyde vieron cómo humeaba, se ponía marrón y estallaba convertida en una estrellita de llamas amarillas.

Se apagó momentos más tarde, cuando uno de los hombres de Fazoul echó la primera paletada de tierra en el agujero. Lo llenaron con rapidez; las primeras gotas de lluvia habían empezado a caer como globos de agua desde las nubes tormentosas negras y púrpura que en aquel momento se encontraban justo sobre sus cabezas. Clyde tapó la cara del bebé con la mantita y todos los hombres —los cuatro turcos vakhanes y los dos americanos— fueron al refugio tan rápido como pudieron. Cuando salieron de entre los árboles ya llovía con fuerza y estando a pocos metros del refugio ya diluviaba. Todos los asistentes a la fiesta se habían reunido bajo el techo inclinado del refugio, formando un bloque rectangular sólido. Clyde había perdido el contacto con Fazoul y durante varios minutos pasó entre la multitud a base de disculpas y acunando al bebé hasta que encontró a Farida, la esposa de Fazoul, sentada junto a Desiree.

Una vez que Clyde hubo entregado el bebé, Desiree pasó un brazo por los hombros de Farida, se inclinó de lado y colocó la cara junto a la de Farida.

—¿Qué opinas? —dijo.

—¿Disculpa? —dijo.

Desiree se negó a hablar, pero siguió posando junto a Farida, las dos mujeres mirándole con la misma expresión traviesa. Parecían dos hermanas pillas. Cerca destelló el rayo, grabando en lo más profundo del cerebro de Clyde una imagen estática de las dos mujeres.

—Que me aspen —dijo Clyde. Luego sintió de verdad que un escalofrío le recorría la columna y también un cosquilleo en la nuca donde el vello se le erizaba. Y no se debía al trueno del rayo cercano, ni al perfume a ozono de la tormenta.

Era del dominio público que a Desiree la habían adoptado en algún lugar exótico. Su pelo oscuro, la forma almendrada de sus ojos color avellana, su capacidad de broncearse con rapidez y uniformemente hasta adquirir un encantador tono terracota, todo señalaba que no era de la zona y que, desde luego, no era semilla de Dhont.

La señora Dhont afirmaba desconocer el origen de Desiree. Y si lo sabía, no soltaba prenda. Creía, quizá con buenas razones, que la herencia de su hija adoptada no tenía ninguna importancia y que no debía ser objeto de comentario público. Si Desiree hubiese sido rubia y de ojos azules, probablemente la señora Dhont jamás habría admitido que fuera adoptada. Era una política que seguía por su cuenta la señora Dhont, operando tras el velo que separaba a las mujeres de los hombres, siguiendo esas reglas antiguas y quizá instintivas que las mujeres aplicaban a las cuestiones familiares... reglas que no se pueden explicar ni justificar y de las que se derivan decisiones indiscutibles e inapelables.

Los hijos se limitaban a obedecer. Pero las hijas se convertían en mujeres y atravesaban el velo para tomar sus propias decisiones y desarrollar su propio programa, en ocasiones independientemente de los precedentes establecidos por la madre.

Clyde jamás había imaginado que Desiree sintiese la más mínima curiosidad por sus orígenes... hasta ese momento. Y de repente se daba cuenta de que siempre le había preocupado. Y también sabía que se había casado con alguna variedad de turcomana.

Clyde tenía la teoría de que las mujeres disponían de un libro, uno casero, fotocopiado, guardado en una carpeta de tres anillas, llamado *Sorpresas que dar en una relación de pareja*. Se lo pasaban de unas a otras, de vez en cuando le añadían páginas, y lo guardaban oculto bajo la cama. Suponía que aquella noche Desiree podría volver a casa y añadir una página nueva.

Destaparon el cordero, lo cortaron y lo sirvieron. La lluvia caía con tal fuerza que el agua que rebotaba en los charcos profundos bajo los aleros empapaba a los que estaban sentados en los bordes del refugio. Las ráfagas de viento, con el ímpetu de los trenes de carga en el Denver-Platte-Des Moines, inflaban las prendas de algunos asistentes como gavias y empujaban platos y comida por las mesas. Varios estudiantes extranjeros trabajaban sobre la hierba, protegiéndose con bolsas de basura, intentando levantar una tienda de postes de madera y pieles.

Buscó a Knightly, que justo estaba terminando una conversación en árabe, o algo parecido, con un hombre vestido con túnica.

—Le explicaba a este caballero —dijo Knightly— qué hacen bajo la lluvia esos pobres valkhanes. Supongo que tú también sientes curiosidad.

—Suponía que ese caballero ya lo sabía —dijo Clyde.

—Los antepasados del caballero iban en camello por los desiertos de Arabia.

Ahora, por supuesto, se dedican al petróleo. Pero los antepasados de Fazoul iban en ponis por las praderas al pie de los picos nevados de las montañas Altai, en Asia Central, a unos cuantos miles de kilómetros de distancia. Personas diferentes, costumbres diferentes. El pueblo de Fazoul ha estado haciendo esto para sus varones recién nacidos desde, oh, un par de miles de años antes de que Mahoma pisase la arena.

—¿Van a realizar una ceremonia o algo así?

—Sí. Una especie de consagración. Dedican el hijo a Dios y nombran formalmente a un padre y a cualquier persona importante en la vida del niño. — Knightly se volvió hacia Clyde y entrecerró lo ojos—. Tú vas a estar ahí.

—¿Yo?

—Sí. Uno de los nombres del bebé es Khalid.

—¿Y?

—Es lo más que pueden aproximarse, en su sistema de pronunciación, a Clyde.

Clyde deseó que hubiese cerveza en las fiestas musulmanas.

—Que me aspen —dijo.

Fazoul cojeó hasta el refugio, tomó en brazos al bebé y lo llevó bajo la lluvia hasta la tienda. Dos miembros de su cohorte corrieron a uno de los coches aparcados, sacaron un baúl de la parte posterior y corrieron a la tienda, cerrándola después de entrar.

Cuando invitaron a Clyde a entrar en ella la habían decorado totalmente con alfombras, cojines, lámparas y otros detalles... Incluso había un par de fotografías enmarcadas bajo las que ardían pequeñas velas votivas. Una fotografía era la imagen apaisada de unas montañas; se había puesto azul por el paso tiempo. La otra era la fotografía de un hombre. No se trataba de un retrato de estudio sino de una instantánea tomaba en plena acción. Clyde supuso, por sus rasgos y su ropa, que el hombre era un turco vakhan, probablemente de algo menos de cuarenta años pero con porte autoritario. Estaba en una carretera de tierra que atravesaba una zona volcánica de rocas y arbustos; al fondo había otros hombres en motocicletas y todoterrenos viejos.

Era el hombre más guapo que Clyde hubiese visto nunca, a pesar de que no tenía la costumbre de ir por ahí fijándose en la belleza de otros hombres ni admirándola. Tenía las mejillas y la barbilla cubiertas de pelo corto y negro salpicado de gris, y el resto de la cara cubierta de polvo y sudor seco. Sonreía ampliamente a algo, como si alguien acabase de gastarle una broma, y por la forma en que se plegaba la piel, o quizá por la composición de la foto, le dio a Clyde la impresión de que no sonreía muy a menudo. Habían recortado la imagen para que se le vieran sólo la cabeza, los hombros y la parte superior del torso; pero Clyde se sorprendió al notar, en la esquina inferior derecha, una forma oscura de líneas rectas: apenas reconocible como la punta del cañón de un

arma, que aparentemente el hombre llevaba bajo el brazo izquierdo. Evidentemente estaba unida a una cinta trenzada y gastada que le pasaba por el hombro izquierdo.

Siguiendo el ejemplo de los otros, Clyde se arrodilló sobre la alfombra. Además de Fazoul, había otros dos vakhanes. Al hijo de Fazoul lo pusieron en la cuna de piel de oveja que Clyde había visto antes. Fazoul dio comienzo a la ceremonia aullando con voz sorprendentemente aguda y aflautada. Clyde recordó una película que había visto hacía mucho tiempo en la que, aparentemente, torturaban a un hombre en lo más alto de una torre situada en medio de un vecindario musulmán.

Era igual que la primera vez que Desiree le había arrastrado a la misa católica y Clyde se había sentido confuso durante toda la ceremonia, rodeado de gente que conocían todos los detalles del programa y que lo ejecutaba con la misma facilidad con la que Clyde se ataba los cordones de los zapatos por la mañana. No hablaban en latín, pero como si lo hubieran hecho. Clyde había aprendido, durante esa y otras incursiones en el universo católico, a adoptar una expresión solemne, sentarse muy quieto y hacer lo que hacían los demás cuando era necesario; descubrió que aquella actitud le permitía superar esa ceremonia vakhan, fuese lo que fuese, tan bien como le había hecho pasar la misa. Oyó que se pronunciaba el nombre Khalid, y los demás lo miraron, y oyó pronunciar otro nombre, algo como Banov, y los demás miraron la fotografía del zurdo con el arma. La lluvia agitó la tienda, causando un rugido como el de un centenar de tambores resonando a la vez durante un espectáculo especialmente fantástico en el intermedio de un partido; la luminosidad de los rayos entraba por las costuras, el aire con olor a ozono se filtraba por debajo y hacía que las llamas de las lámparas se agitasen.

Estaba preparándose para una hora entera de fruslerías adicionales cuando Fazoul, súbitamente, se relajó y pasó al inglés.

—Ya está —dijo. Recogió a su hijo de la cuna y atravesó de rodillas la entrada. Se puso en pie y sostuvo a su hijo sobre su cabeza, y Clyde se estremeció, pensando en el peligro de los rayos. Oyó un lejano rugido de aprobación proveniente de la multitud del refugio.

Cuando Clyde salió de la tienda, casi todos los presentes habían huido a sus coches. Ayudó a Desiree a llevar hasta el suyo a Maggie y los trastos del bebé, luego regresó al aparcamiento cercano al refugio y, adoptando el papel de servidor de la ley, se puso a dirigir el tráfico. Los asistentes, tan alegres y amables a pie, se habían vuelto locos en cuanto se situaron al volante de sus coches y se daban bocinazos unos a otros mientras luchaban por escapar del aparcamiento. Clyde se dedicó a silbar con los dedos y a agitar los brazos con dramatismo. Cuando le reconocieron, dejaron de tocar las bocinas y aceptaron su autoridad.

Después de unos minutos apareció el doctor Knightly, vestido con un impermeable, que aparentemente ocultaba en algún lugar seco una generosa reserva de Camel. Se inclinó y encendió uno, para luego, muy consideradamente, situarse a contraviento de Clyde.

—Vine pronto, así que seré el último en irme —dijo—. Preferiría conducir marcha atrás por una autopista en plena noche y sin luces a meterme en medio de esta gente.

—¿Ha vivido alguna vez en uno de sus países?

—Ah, mierda, Clyde —dijo Knightly, y se encogió de hombros—. Sí. En Turquía durante un tiempo. Luego también en China. Por la Revolución Verde. Después de un tiempo viajar pierde su encanto. —Dio una profunda calada, como si el recuerdo de esos viajes le hiciese desear acelerar su propia muerte por cáncer. O, pensó Clyde, quizás el recuerdo de conducir en esos países le hubiese convertido en un fatalista. Knightly se dedicó a enterrar la punta de la bota en el suelo—. Esto no se me da muy bien —dijo como advertencia—, pero quiero agradecerte sinceramente lo que hiciste por Fazoul. Incluso es posible que le salvases la vida.

Clyde rió.

—La policía de Nishnabotna no es tan mala.

—No pretendo decir que fuesen a matarle, Clyde. Quiero decir que, de haber provocado más a Fazoul, éste podría haberse puesto irracional y cometer algún acto merecedor de ir la cárcel... con lo que hubiese sido deportado.

—¿Y eso le salvó la vida?

Knightly quedó sorprendido por la pregunta y miró largamente la brasa de su cigarrillo.

—Es un poco complicado, Clyde —dijo al fin—. En ocasiones olvido hasta qué punto debe parecer liso para alguien como tú, un chico de Forks de toda la vida. Digamos simplemente que los turcos vakhanes son de esos grupos étnicos que no tienen territorio propio, por lo que para poder venir aquí a estudiar deben tener pasaporte de otro país de la zona. Si aquí se meten en líos y los deportan, les obligan a regresar a países donde puede que no sean bienvenidos. A países que podrían tenerlos en la lista de quienes, en el caso de que se presenten en la frontera, deben ser llevados de inmediato a una celda sin ventanas de la que no saldrán con vida.

Clyde sólo poseía un arsenal reducido de juramentos, de los cuales « que me aspen » era el más contundente, y dado que no parecía adecuado, no dijo nada en absoluto.

—Es por eso que esa gente hoy te ha honrado de una forma tan excepcional —dijo Knightly—. Por cierto, Khalid fue posiblemente el más grande de los guerreros de la primera historia del mundo musulmán... a la altura de Saladino. Le llamaban la Espada de la Fe, por lo que también se trata de un juego de

palabras. Pensé que era mejor que lo supieses.

Cuando el atasco de tráfico se hubo aclarado y Knightly acompañó a Clyde de vuelta a la ranchera, Maggie se había quedado profundamente dormida y Desiree también empezaba a quedarse adormecida. Se había entregado a la práctica de «descansar los ojos», que Clyde jamás había podido distinguir del sueño. Las llevó a casa. A Desiree la despertó el sonido de la puerta del garaje y metió a Maggie en la cuna mientras Clyde se quitaba el uniforme de gala y se ponía el normal de ayudante.

—¿Qué pasó en esa tienda? —dijo, metiéndose en el dormitorio oscuro que olía a leche.

—Una ceremonia. Supongo que como en la iglesia —dijo Clyde.

—Bien, ¿qué te parecieron las dos cenas? —dijo ella con voz más clara, inclinando la cabeza de forma maliciosa para hacerle saber que se trataba de una pregunta con segundas.

—Si te contase todo lo que opino sobre las diferencias entre republicanos y musulmanes —dijo—, no dormiríamos nunca. Ya hablaremos mañana.

CAPÍTULO 22

Kevin Vandeventer condujo su nuevo Camry desde O'Hare a la UIO, un viaje de dos horas y media, y pasó todo ese tiempo hablando consigo mismo. Allí estaba, un recién doctorado que jamás tendría que dar una clase de biología básica, vestido con un traje nuevo, conduciendo un coche más que decente, volviendo de un viaje a Washington donde había tenido acceso a varias embajadas y conocido en persona a varios personajes bastante importantes del Departamento de Estado, la USIA y Agricultura. Pero mientras Vivaldi le machacaba los oídos desde el estupendo estéreo del Camry, se preguntó por qué sentía esa extraña incomodidad... algo lo reconcomía como si hubiese cometido una verdadera maldad pero no supiera cuál.

Quizás hubiese sido lo de emborracharse hasta vomitar en el apartamento de su hermana, justo cuando las cosas iban bien con Margaret. Anotó mentalmente que debía mantenerse sobrio. Estaba adquiriendo demasiadas responsabilidades como para arriesgarse a que algo así le pasase durante un almuerzo de negocios. Su madre siempre decía que en la familia de su padre había muchos alcohólicos: «Una copa, una borrachera, pero siempre fueron amables», decía, mirando a su padre, a quien cuando bebía, habitualmente después de que una helada tardía hubiese malogrado la cosecha de patatas, todos evitaban.

Kevin era un borracho amable. En la universidad a menudo se había despertado junto a una chica a la que no conocía que le había garantizado su dulzura. Mientras atravesaba el Misisipí, mirando las gabarras que iban corriente abajo, decidió que tendría que controlarse: aprender qué beber y en qué cantidad.

Las emisoras de Chicago empezaban a tener interferencias y lo único que podía sintonizar era country, que no le gustaba. Apagó el estéreo, sacó del maletín una grabadora de bolsillo y se puso a dictar el informe del viaje para el profesor Larsen. Una de las secretarías del grupo de Larsen lo pasaría a limpio y, expertamente, arreglaría las frases incoherentes.

—Llegué a Washington el 3 de julio. Tenía citas en la Sección de Agricultura

Extranjera del Departamento de Agricultura. Comprobé los rumores de que podrían rescindir nuestra subvención para la roya del trigo. Su compañero de golf, el congresista Fowler, tiene un personal estupendo. Se centraron en ese problema justo cuando llegaba al comité y nos cubrieron las espaldas. El artículo de *National Geographic* sigue haciendo maravillas, aunque tenga muy poco que ver con la ciencia.

«Uf, no, será mejor borrar eso.» Rebobinó la cinta mientras adelantaba a ciento cuarenta por hora un camión articulado, el coche vibró un poco y regresó al carril derecho justo a tiempo de que un Corvette, que iba al menos a ciento sesenta, pasase a su lado como una exhalación.

—Reggie Marsh, encargado de Brasil, le manda recuerdos. Luego fui al otro lado del Mall, al Departamento de Estado, para tener una charla con nuestros amigos de la USAID. Querían que nos asegurásemos de mantener el contacto con sus estudiantes iraquíes para el caso de que se produzcan más hostilidades entre ellos e Irán, puedan servir de canal de tecnología, financiación y (leyendo un poco entre líneas) información. Hugh Reinckens, uno de sus antiguos alumnos, le manda recuerdos. Por cierto, no le va muy bien en su carrera. —Se paró en un área de servicio, vació la vejiga, compró una Coca-Cola y se dispuso a conducir durante la última media hora de viaje—. El agregado de la universidad en la USIA nos regañó... Se están poniendo muy quisquillosos con parte de la documentación de nuestro grupo actual de estudiantes graduados jordanos. Alguien los presiona para que revisen los papeles de esos estudiantes o cancelen sus visados. Quizá sea un efecto del asesinato de Habibi. En cualquier caso, pedí medio año, porque de todas formas la mayoría de los jordanos se habrán ido para Navidad. En lo que debe ser un ejemplo clásico de mano derecha que no sabe lo que hace la izquierda, la gente de la oficina de visados de estudiantes autorizó sin problemas a nuestros tres nuevos jordanos.

» Fui a la embajada de Jordania para hablar con el agregado cultural. Estuvo encantado de saber lo de los tres nuevos estudiantes. No quiso hablar mucho más.

» Al día siguiente celebré la independencia de nuestra nación.

» El cinco hice la ronda de la Academia Nacional de Ciencias, Agricultura, las oficinas de la AID en Rosslyn, la NSF y Comida para el Futuro. Buenos informes en general. Todos están encantados con el trabajo que realizamos para ellos y deseosos de seguir contribuyendo. La NSF quiere enviarle más trabajo interdisciplinario... Le pasaré los papeles.

Después de hacer todo aquello Kevin había pasado tres días visitando las embajadas de África, América del Sur y Asia donde la UIO tenía instalaciones de investigación. En el informe se saltó esas reuniones. No había mucho que decir sobre ellas. Todos estaban encantados. No tenían razones para no estarlo. Buena parte del dinero canalizado por la organización de Larsen acababa en las cuentas suizas privadas de los funcionarios implicados. Además, Kevin apenas

recordaba esas reuniones, ya que en muchos casos le habían servido alcohol. El simple recuerdo le provocaba una sed mortal... El aire frío y seco que surgía del climatizador del Camry, combinado con el sol que entraba por la ventanilla izquierda, le había dejado deshidratado. Un enorme vaso de té helado, quizá con un chorrito de whisky, le sentaría bien. No podía pensar en nada más mientras entraba en Wapsipinicon camino de su dúplex del norte de la universidad. Le dio al botón para abrir la puerta del garaje, guardó el coche y entró en casa por la puerta de la cocina. Casi le derribó el impacto del aire acondicionado... Se había olvidado de desconectarlo antes de irse. La factura de la electricidad sería brutal. Su padre jamás hubiera salido de ninguna habitación ni de ningún edificio sin asegurarse de haber apagado todo lo que hubiese que apagar.

En el contestador había quince llamadas, en su mayoría de venta telefónica... Montones de fondos de inversión. Aparentemente le habían metido en alguna lista de tontos con dinero, de las que circulaban entre las empresas de telemarketing.

Larsen le había llamado para decir que quería verlo en cuanto llegase. Dejó un mensaje en el contestador de Larsen:

—Todo salió estupendamente, mañana al mediodía tendrá el informe.

Su madre había llamado para decir que quería saberlo todo sobre cómo le iba a Betsy en Washington. La llamó para garantizarle que Betsy estaba bien, que él estaba bien, que Washington era precioso con los fuegos artificiales (que no había visto).

Y luego, una voz vagamente familiar, claramente de alguien nacido y criado en el Medio Oeste:

—Saludos, doctor Vandeventer, lamento volver a molestarle... Le habla el ayudante del sheriff Clyde Banks. Esta mañana fui a la cárcel y descubrí que a Sayed Ashrawi lo habían deportado en plena noche. Supongo que ahora está de vuelta en Jordania. Simplemente, me preguntaba qué opina de eso. Adiós.

A Kevin le resultaba profundamente inquietante el asunto del asesinato de Habibi y especialmente la obstinación de Clyde Banks en meter las narices en él. Al oír la voz de Banks surgiendo del contestador, sintió que el estómago se le encogía. Debería haberse quedado en Washington, donde su única ocupación consistía en ir en taxi y dejar que los extranjeros le invitasen a beber. De pronto se sintió sudoroso. Fue a la nevera, sacó una lata de té helado que llevaba allí semana y media y se sirvió en un vaso de los Picapiedra. Luego abrió la alacena de encima de la nevera, sacó una botella de Jim Beam y le echó un chorro... le pareció que más bien escaso, quizás un poquito más. Con las prisas por llegar a casa se había olvidado de hacer la compra o incluso de parar en un McAuto, así que sacó un puñado de galletitas saladas. Sus intestinos protestaron nada más ver comida, así que fue al baño, dejó el vaso y las galletas junto al lavabo, se bajó los pantalones y tomó asiento.

Banks no le había contado a Kevin su teoría sobre Habibi, pero podía leer

entre líneas con toda facilidad: Banks creía que Marwan Habibi ya estaba muerto esa noche, en el laboratorio 304... que Kevin no había visto a un colega borracho e inconsciente, sino un cadáver todavía caliente. De lo que se deducía que todos aquellos hombres del laboratorio 304, esa noche, no habían sido juerguistas joviales sino maquinadores fríos preparando un plan para deshacerse del cadáver de Habibi de la forma que resultase menos dañina para ellos, sus actividades y — por extensión— la empresa de fabricación de lluvia de Larsen.

Era una teoría ridícula. Pero le daba escalofríos la simple idea de haber estado tan cerca de un montón de agentes extranjeros que manipulaban fríamente un muerto por el Sinzheimer.

El teléfono inalámbrico estaba junto al lavabo, frente a él. Kevin marcó el número directo de uno de sus colegas de la embajada jordana en Washington. Debía de haber alguna explicación sencilla para la deportación súbita de Sayed Ashrawi. Pero la voz que respondió fue la de una secretaria. Le rechazó con cortesía pero con firmeza. Debía de ser nueva, porque era la primera vez que trataban a Kevin con tanta brusquedad.

Llamaron a la puerta. Kevin no se movió, con la esperanza de que, quien fuese, se largase de allí. Pero había dejado abierta la puerta del garaje, así nadie dudaría de que estaba en casa.

Se subió los pantalones y fue a la puerta. Al otro lado de la mirilla vio al repartidor de periódicos.

—Hola, Scott —dijo Kevin, abriendo la puerta.

—Me llamo Craig —dijo el repartidor—. Eh, me debe dos meses... Catorce con cincuenta.

Kevin se había sacado la cartera nada más entrar, así que volvió a la cocina a recuperarla. Seguía llena de billetes nuevecitos de veinte sacados de un cajero de Washington, tan nuevos que se pegaban traicioneramente. Regresó a la puerta principal, intentando separarlos y, al alzar la vista, se sorprendió de ver que, junto a Craig, había un hombre robusto y corpulento con el pelo muy corto, que parecía sudoroso y torpe, con unos tejanos recién planchados y camisa a rayas.

—¡Ayudante Banks! —dijo Kevin casi sin fuerzas—. Acabo de oír su mensaje... He vuelto hace apenas unos minutos. —Le entregó un billete de veinte al repartidor y apenas fue consciente de que le daban el recibo y el cambio—. Ese asunto con Ashrawi... No sé qué decirle. He intentado llamar...

—No he venido por eso —dijo Banks, parpadeando, al otro lado de sus gruesas gafas, por la sorpresa—. Puede que sepa que me presento a sheriff e intento llamar a todas las puertas de Forks. Y hoy le toca a usted.

El repartidor había pasado al siguiente dúplex. Banks miró detenidamente a Kevin.

—¿Se encuentra bien?

—Acabo de volver de Washington. La comida del avión no era muy buena —

improvisó Kevin.

—Me han contado que es muy mala —dijo Banks—. Por cierto, ¿le importa si uso su baño? He tomado demasiado té helado.

—Claro —dijo Kevin.

—Ya conozco el camino. Estos adosados son todos iguales —dijo Banks. Entró en el dúplex, dando la impresión de ocupar todo el espacio de la puerta, y fue al baño. Kevin oyó un estruendo y un juramento apagado. El ayudante volvió un minuto después con cara de bochorno—. He derribado su vaso y se ha roto en el lavabo —dijo—. Se lo debo.

—No se preocupe.

—¿Al menos puedo prepararle otra copa o algo?

—Por favor, no pasa nada —dijo Kevin, horrorizado de que Banks hubiese oído el whisky.

—Bueno, ya que estoy aquí, me preguntaba si podría contarme otra vez en qué trabajaba Marwan Habibi en ese laboratorio.

—Estudiaba un tipo de bacterias que vive en el tracto digestivo de los bovinos —dijo Kevin automáticamente. Había pasado al Modo Interrogatorio inconscientemente.

Banks volvió a parpadear, sorprendido. Kevin se recordó que desde hacía cuatro horas había vuelto al Medio Oeste, donde uno podía tomarse tiempo para conversar, donde las respuestas apresuradas podían ser consideradas, por algunos, como sospechosas. Deseaba que Banks no le hubiese tirado la bebida.

—¿Podrían vivir en humanos? —preguntó Banks.

—No conozco los detalles. Pero me sorprendería que no pudiesen —dijo Kevin.

—Entonces, ¿pudo morir por efecto de esas bacterias?

—No, a menos que muriese por exceso de flatulencias, ayudante.

No pareció que a Banks le hiciera gracia. Pero cambió de tema.

—Parece ser que Ashrawi era sospechoso de un asesinato en Jordania... uno de esos asuntos entre familias. Supuestamente, mientras esperaba en nuestra cárcel de Nishnabotna, allá aparecieron pruebas nuevas y tuvieron que llevarseelo para ser los primeros en juzgarle. Luego nosotros lo recuperaremos. ¿Qué cree que le harán? ¿Le cortarán la cabeza?

—Me parece que piensa en Arabia Saudita —dijo Kevin.

—De todas formas, no estoy seguro de que hubiésemos podido condenarle —comentó Banks.

—¿En serio? Creía que tenían pruebas irrefutables.

—Bien, las teníamos, hasta que a principios de julio nos llegaron las estadísticas trimestrales de mortalidad.

—¿Estadísticas trimestrales de mortalidad?

—De todo el estado de Iowa. El Departamento de Salud señala todas las

muerter en un mapa. Por colores. La mayoría de los puntos están en residencias de ancianos y son verdes, lo que significa, más o menos, que esas personas murieron de vejez. Hay algunos puntos rojos en Des Moines y las ciudades de la universidad... muerter por sida. Puntos amarillos para los accidentes de tráfico.

Kevin quería que Banks se fuese. Se suponía que estaba allí para una breve visita de campaña, un pretexto que ya no engañaba a nadie. Aquella despiadada explicación detallada del mapa de mortalidad debía de tener un propósito. Kevin esperaba que en cualquier momento sacase la porra y le diese en la cabeza.

—¿Podría tomar un vaso de té helado? —dijo Banks.

—Claro —dijo Kevin, y se puso en pie.

—A mí no me ponga whisky, gracias —dijo Banks cuando Kevin salió de la sala.

No había vasos limpios. Sólo una taza térmica de café de la que había perdido la tapa. Kevin la llenó de té, le echó unos cubitos y volvió junto a Banks, que hojeaba algunos artículos científicos que había dejado sobre la mesita de café.

—¿Me estaba contando...? —dijo Kevin al fin.

—Bien, habitualmente, cada mapa trimestral tiene el mismo aspecto que el anterior. Pero el del segundo trimestre de este año era diferente.

—¿Diferente en qué?

—Siguiendo el río Iowa, entre Nishnabotna y el punto donde se une al Misisipi, hubo muchas muerter por problemas pulmonares y de corazón. Muchas más de las habituales. Bien, los del Departamento de Salud lo miraron, pero ya conoce a los burócratas... su ideal es tener un día tranquilo. Así que dijeron que las muerter por problemas pulmonares eran consecuencia de la epidemia de gripe y los ataques cardíacos una anomalía estadística.

Kevin no pudo evitar darse cuenta de que Banks había pronunciado las palabras «anomalía estadística» con facilidad y extrema corrección, como si el Departamento del Sheriff obligase a sus ayudantes a pasar una prueba mensual de dicción.

«¿Qué cree que le harán? ¿Le cortarán la cabeza?» A Banks se le daba muy bien el hacerse el tonto.

—¿Tiene una teoría diferente? —preguntó Kevin.

—Lo curioso es que ninguna de las muerter se produjo corriente arriba del embalse Pla-Mor —dijo Banks—. Y ninguna se produjo antes de la noche en la que usted vio cómo sacaban a Marwan Habibi del laboratorio tres cero cuatro.

—Ah —dijo Kevin.

—La mitad de los casos se produjeron en el condado de Forks, así que nuestro forense, Barney Klopf, firmó los certificados de defunción. Y conozco al viejo Barney, así que me dejó echar un vistazo a los informes. Y ¿sabe qué? Las muerter por afecciones pulmonares parecían iguales que las muerter por ataque cardíaco. No había ninguna diferencia.

—¿Esa es su opinión o...?

—¿Y sabe qué más? Antes de morir, todas esas personas habían tenido contacto con peces del río. Preparando *lutefisk*, pescando, disparando a las carpas con arco y flechas.

—Oh.

—Bien, me quedan muchas puertas a las que llamar —dijo Banks—, así que será mejor que me vaya. Gracias por el té. Y no coma ninguna carpa recién pescada, ¿vale, Kevin?

Kevin recuperó el vaso del lavabo, fue a la cocina y se preparó otra copa. Mientras lo hacía, por primera vez se le ocurrió pensar si Banks no se habría inventado toda esa historia del mapa de mortalidad. Ahora que lo pensaba, no tenía demasiado sentido. Kevin no podía creer que se lo hubiese tragado.

CAPÍTULO 23

Justo cuando Clyde se encontraba a medio camino entre su coche patrulla y el porche cerrado de Thomas Charles *Garrapata* Henry, el perro dio muestras de haber notado su presencia apareciendo por la esquina del garaje con el vello erizado, agachándose y gruñendo de un modo parecido al ronroneo de un motor diésel en punto muerto. El perro no apareció hasta que Clyde estuvo a medio camino de la puerta principal, expuesto, en una explanada estéril de hiedra terrestre, garrachuelo y latas de cerveza que habían perdido el color. Clyde abrió la funda del arma.

Lo importante era no demostrar miedo.

Clyde cambió de dirección y fue directamente hacia el perro atacante, que, como todos los otros perros malos que hubiese visto en su vida, era una especie de derivado de la raza de los pastores alemanes (o, como los llamaba la gente de la zona, quizás irónicamente, perros policía). El perro de *Garrapata* Henry quedó tan sorprendido que titubeó y, cuando Clyde le gritó a la cara « ¡Fuera de aquí! », afianzó las patas y se quedó completamente quieto. Sus uñas se engancharon a las ramas de hiedra terrestre, de forma que toda la superficie del patio se movió a su alrededor.

Tras un momento de silencio, Clyde oyó un sonido leve proveniente del porche cerrado. El sonido de alguien que da una calada a un cigarrillo. Clyde miró en esa dirección, pero la única iluminación provenía de la enorme luz siseante del garaje, rodeada por un número más o menos infinito de pequeños insectos. De vez en cuando grandes formas negras la eclipsaban brevemente: murciélagos que se comían los bichos.

Finalmente, el perro giró las orejas unos grados a los lados, aplastándose un poco. Instantáneamente, Clyde avanzó dos pasos más y gritó:

—¡Sal corriendo de aquí! —El perro se giró, salió corriendo y miró a Clyde, agitando la cola.

—¡Has usado gas contra el perro! —gritó *Garrapata* Henry, abriendo la puerta mosquitera de un golpe—. ¡Has usado gas contra el perro! —Salió al patio,

bajando rígidamente los escalones, entorpecido por las rodillas destrozadas por el fútbol. Clyde se dio cuenta de que debía de rondar los cincuenta años—. ¡Has usado gas contra el perro! —insistió *Garrapata* Henry. Por la convicción que expresaba su rostro quedaba claro que pertenecía a esa clase de persona, con la que Clyde, cumpliendo con su trabajo, se encontraba con frecuencia, capaz de creer cualquier cosa simplemente repitiéndola tres veces.

—No llevo espray de gas —dijo Clyde—, porque tengo pistola. Y si tu perro hubiese dado un paso más hacia mí, le habría disparado.

—¡Eso es brutalidad policial!

—Si supieses leer, *Garrapata* Henry, sabrías que no soy policía, sino que pertenezco al Departamento del Sheriff. ¿Conoces la diferencia?

—¿Eh?

—Parece ser que la principal tarea del Departamento del Sheriff es entregar papeles a gente como tú... y tus huéspedes —dijo Clyde, acercándose y agitando un requerimiento judicial.

Garrapata Henry no dijo nada, limitándose a dar caladas a su cigarrillo y mirando a Clyde con los ojos entrecerrados. La luz se apagó un momento cuando la eclipsó un murciélago especialmente grande, o quizá fuese un búho.

—Sé que está aquí —dijo Clyde—. Todo el mundo sabe que le has estado cobijando.

—Así que Grace ha contratado a un maldito abogado —dijo *Garrapata* Henry, y agitó la cabeza con incredulidad.

—Todo el mundo tiene derecho a un abogado —dijo Clyde—. Buck podría haber conseguido uno de haber estado sobrio. Entonces el divorcio se habría formalizado aquí. Tal como están las cosas, será en Seattle... Más problemas para Buck

—¿Seattle? ¿Grace se ha ido a Seattle? —*Garrapata* Henry volvió a agitar la cabeza—. Supongo que Seattle es el paraíso de las bolleras o algo así.

—Acabemos de una vez —dijo Clyde—. ¿Dónde está?

El otro hizo un gesto girando con fuerza la cabeza hacia la casa. Clyde miró al perro por última vez furibundo y luego subió al porche cerrado.

Buck Chandler estaba completamente dormido en el sillón reclinable del salón, iluminado por la luz de la tele, que emitía un partido de béisbol de la Costa Oeste.

Buck había sido, en el instituto, un *quarterback* intermitentemente brillante y había quedado relegado a una posición ofensiva al matricularse en la UIO y unirse a los Twisters, que en aquella época eran un equipo de acceso más fácil. *Garrapata* Henry y él habían marcado bastantes tantos entre los dos; en 1961 los Twisters habían derrotado a Iowa y la estatal de Iowa en el mismo año, lo que no había vuelto a suceder desde entonces y probablemente no volvería a suceder.

Después de la graduación, había pasado por el Ejército para luego volver a casa y dar vueltas durante un tiempo vendiendo coches y seguros, para finalmente convertirse en la Voz de los Twisters, comentando todos los partidos de fútbol y baloncesto en la emisora local AM de 250 vatios. De joven, Clyde había escuchado esas emisiones, todos los sábados por la tarde, mientras recogía hojas o quitaba nieve. Pero unos años antes, una gran empresa mediática de Aurora, Illinois, había comprado los derechos de retransmisión de los partidos de los Twisters y Buck Chandler se había quedado sin trabajo y sin identidad. Grace y él se habían dedicado al negocio inmobiliario. Grace había superado de inmediato el examen de agente inmobiliario. Buck había necesitado seis convocatorias. Cuando Clyde se había decidido a comprar algunas propiedades, había escogido a los Chandler como representantes, no porque fuesen los mejores, sino porque sentía pena por Buck.

Y ahora Grace se había ido a Seattle a iniciar una nueva vida y Buck dormía en el sillón reclinable del salón de *Garrapata* Henry, apestando a whisky.

Clyde desdobló los papeles del divorcio y los colocó sobre el pecho de Buck.

—Espero que estés orgulloso de ti mismo —dijo *Garrapata* Henry.

Clyde regresó a su coche patrulla, se incorporó a la carretera y se fue. Ni siquiera había llegado a la siguiente vía secundaria cuando la operadora le comunicó que *Garrapata* Henry había llamado al Departamento del Sheriff para quejarse de que un ayudante había amenazado con dispararle a su perro.

—No hubo ninguna amenaza, lo prometo —dijo Clyde.

—¿Entregaste los papeles? —dijo la operadora. Era una pariente lejana de Mullooney y, por tanto, implacablemente hostil.

—Los he entregado —dijo Clyde. La operadora no respondió. Varios ayudantes habían intentado entregar esos papeles durante las últimas seis semanas. Clyde Banks *el Entregador* había triunfado, por enésima vez, donde otros habían fracasado.

CAPÍTULO 24

Agosto

El 1 de agosto no fue un buen día para James Gabor Millikan. Saddam Hussein entraba en Kuwait. A Millikan le machacaban. Toda la brillantez geopolítica que había desplegado al servicio de su país había quedado reducida a nada. Primero, le había puesto la zancadilla interna una GS-11 a la que deberían haber fusilado por alterar la elegancia de su escenario político tan cuidadosamente diseñado, y luego había recibido el golpe externo de la acción imbécil de Saddam Hussein, que no se había ajustado al papel que tenía asignado.

Millikan soportaba una pesada carga: la omnisciencia... y, la mayor parte de las veces, la soportaba con elegancia. Siempre había sabido qué era lo mejor para todos. Siempre había sabido que la intención de Dios era que él fuese el cerebro oculto tras el trono, el hombre de las ideas, que salvaba al país pero que modestamente rechazaba toda notoriedad. Era un papel difícil, pero del que disfrutaba. Ahora, su fórmula geopolítica clásica para mantener la paz en Oriente Medio, para bloquear a los iraníes, para frustrar lo que quedaba de los soviéticos..., todo se iba desintegrando. Y lo peor era que, al preparar el calendario del presidente para sus vacaciones en Kennebunkport, tenía que incluir a esa analista de mierda que tanto había contribuido a alterar sus planes y plazos. Sentado frente al teclado, mirando hacia la Casa Blanca por la ventana de su despacho en el Old Executive Office Building, se sintió amargado.

Millikan no era un admirador de Saddam Hussein. Podía afirmarse que, exceptuando a algunos colegas de St. Anthony y Harvard, no sentía entusiasmo por ningún ser humano excepto por sí mismo. Millikan aspiraba a lograr en las relaciones exteriores la perfección elegante que los matemáticos lograban calculando los dígitos de pi. No trabajaba teniendo en cuenta a seres humanos individuales; a largo plazo no creía que los seres humanos, o lo que pudiesen pensar, tuviese ninguna relación con la política de Estado, de la misma forma que las hormigas, en sus pequeños universos, no tienen efecto sobre las vidas humanas individuales. Él contemplaba un análisis matemático imponente para controlar las cuestiones de Estado, y a sí mismo se veía como un Newton

aplicando esa lógica al servicio de la manipulación de los asuntos internacionales.

Mientras establecía los encuentros de seguridad nacional para las vacaciones del presidente, sabía que su escenario para Oriente Medio había fracasado. La cuestión era cómo modificar las políticas en medio de la acción sin mojarse, cómo dar con alguien a quien culpar de la debacle. Pero debía recordarse que la debacle no era responsabilidad suya: era un fallo del hombre que despreciaba, George Herbert Walker Bush, y de su completa incapacidad para actuar. Bush había echado a pique la oportunidad de aprovechar la maniobra de apertura de Gorbachov, y Millikan sentía dolorosamente cada uno de los cuchillos que la gente de George Shultz le había clavado diestramente en la espalda.

Mientras preparaba las vacaciones aparentemente normales del presidente en el complejo de Maine, hizo que su ayudante, Richard Dellinger, repasase su colección de informes secretos para eliminar cualquier comentario que le hiciese parecer demasiado proiraquí, una tarea difícil, considerando que realmente había sido uno de los más destacados defensores de Bagdad. Pero Millikan había leído a Orwell.

Considerando el hecho de que Saddam Hussein había invadido Kuwait, que la Administración ya había cortado los canales de comunicación abiertos y los traseros con la OLP, que él mismo ya había perdido cualquier influencia en el Congreso, era evidente que debía hacer algo por mantener su posición de privilegio. En el fondo le reconcomía saber que Hennessey tenía un informe sobre él de casi medio metro de grosor; que Hennessey podría acabar con él en cuanto quisiese lanzándole a los lobos de los comités del Congreso controlados por los demócratas; que podía propagar rumores que le convertirían en el Gran Topo, buscado desde hacía mucho tiempo, infiltrado en la red de seguridad nacional; que Hennessey se había convertido —como resultado de su horrible, sin precedentes y posiblemente ilegal salto lateral al FBI— en heredero de todas las fotos secretas que J. Edgar Hoover había recopilado sobre los chicos de Harvard y todos los tipos de Oxford. Debía encontrar una forma de cortocircuitar a Hennessey, volver a tener el control de la situación de Irak, convencer al presidente de que era un buen servidor. Necesitaba un asidero.

Mientras miraba por encima de la estación de trabajo, por la ventana, la Casa Blanca, de pronto comprendió cuál sería su salvación. Comprendió cómo podía, simultáneamente, zafarse de Hennessey, impresionar al presidente y apropiarse del segundo mejor tema de la guerra: el miedo de la población al gas venenoso de los iraquíes y a sus opciones de guerra bacteriológica, que pronto toda la prensa sensacionalista se encargaría de comunicar al país.

Era en momentos como ése cuando Millikan siempre sentía cierta sensación de satisfacción y autoestima renovada. Redactó una Decisión Directiva del Consejo de Seguridad Nacional para formar un grupo de acción entre agencias que incluyera a Hennessey del FBI, a Spector y Vandeventer de la Agencia, a

algunas otras personas de las divisiones químicas de la NSA y el Pentágono y a algunos de los expertos en gérmenes de la NSF. Iniciarían de inmediato su trabajo, en Kennebunkport. Lo añadió al orden del día para la reunión de aquella misma mañana. Sabía que se aprobaría sin dilación. Si los jóvenes estadounidenses iban a morir, la Administración tendría al menos que considerar cuáles eran los peligros. Si morían, Millikan quedaría bien, porque lo habría recomendado desde el comienzo. Si no morían, Millikan quedaría bien, porque el grupo podría afirmar haberlo evitado.

CAPÍTULO 25

—Tenemos noticias de un caballo ensangrentado al sur de la avenida Boundary —dijo la voz de la operadora. Clyde dormía tan profundamente que al despertar no estuvo seguro de haberlo oído correctamente. Seguro que había dicho « encabritado » y no « ensangrentado » .

Se había quedado hasta tarde escuchando en el transistor —que seguía chillando sobre el salpicadero— las noticias pasmosas sobre la invasión iraquí de Kuwait. Las noticias, sus sueños y las palabras de la operadora seguramente se habían entremezclado en su cabeza adormilada.

—Es cerca del laboratorio veterinario —añadió—. Parece que podría ser otro caso de lo que ya sabemos. Respondan todas las unidades.

—¿Todas las unidades? —dijo Clyde en voz alta, mirando al techo de la unidad. Hablaba solo. En ese momento « todas las unidades » eran tres ayudantes del sheriff del condado de Forks.

Cuando Tab Templeton se había materializado frente a las puertas de Carnes Nishnabotna como una aparición bíblica, borracho y agitando un mango de hacha, habían enviado a un único ayudante —Clyde— para resolver el problema. Si Charles Manson, Abu Nidal y una jauría de lobos rabiosos se presentasen en Lincoln, era posible que el sheriff de Forks considerase la situación tan grave como para merecer dos ayudantes. Y mandaban tres por un caballo.

El ayudante Hal Karst habló por la radio, sin molestarse en ocultar que se había estado riendo.

—¿Tenemos que agarrar las riendas del caballo o derribarlo?

No hubo respuesta. La operadora estaba desconcertada.

Hal Karst siguió hablando. Tenía casi cincuenta años, era el ayudante más viejo y no le importaba lo que la operadora, Mullowney ni nadie pensara de él.

—Si quieres que le hagamos una llave, Clyde puede ocuparse de lo principal y Jim y yo ayudaremos. Pero si quieres que agarremos las riendas, puedo encargarme solo, y que Clyde y Jim vuelvan a dormirse. —Hal era un viejo

chico de granja y todavía tenía caballos.

—Hal, ve por el caballo —dijo la operadora, algo más que un poco ártica—. Clyde y Jim, vosotros haced una redada por la zona.

Clyde se sentó y aulló:

—¿Una redada? —Agarró el micrófono con una mano, apagando el transistor con la otra—. ¿Has dicho redada, Theresa? —No pudo ocultar el pitorreo. Nunca había oído usar aquella palabra en un contexto oficial. Luego se controló y no dijo nada más. Las transmisiones se grababan y, si se pasaba, podrían ponerla en la radio y en la tele para dejarle como un mal ayudante.

—Son órdenes del sheriff —respondió Theresa—, por si es otra mutilación.

—Oh, mierda —dijo Clyde para sí. Así que realmente se trataba de un caballo ensangrentado.

El ayudante Jim Green habló por primera vez.

—¿Cuál de nosotros será Joe Friday?

—¡Basta ya de coñas! —dijo Theresa—. Clyde, tú te ocupas del norte. Jim, tú del sur. Reunión en el laboratorio veterinario. Informad de cualquier cosa que se salga de lo común.

Clyde se encontraba a varios kilómetros al norte de la ciudad, en zona montañosa sin demasiados árboles, entre el parque estatal de Palisades y el embalse Pla-Mor. Tomó la carretera y aceleró en dirección al sur, limpiando el interior del parabrisas con una mano, buscando luego a tientas el interruptor de las luces. Podría justificar el uso de la sirena, pero a los granjeros no les gustaba que los despertasen en plena noche y siempre se quejaban.

Después de pensárselo mejor, encendió la sirena. Cuando se quejasen, le echarían la culpa a Mullowney.

Y Mullowney los llamaría respetuosamente o (dado que era año de elecciones) quizás incluso se pasase por sus casas en un coche patrulla, deteniéndose en la entrada para meterse una pastilla de menta en la boca que disimulara su aliento de alcohol. Entraría en sus casas, quitándose respetuosamente el sombrero del Oso Smokey, aceptaría con mucha renuencia el café y el pastel que le ofrecerían y se disculparía sinceramente por el barullo de sirenas nocturnas; pero, diría, un poco de ruido por la noche es el pequeño precio que pagamos y todos los ciudadanos de Forks deben estar dispuestos a realizar pequeños sacrificios y contribuir con su pequeño granito de arena a la Guerra contra Satán.

Justo el día anterior Kevin Mullowney había declarado la Guerra contra Satán. El *Times-Dispatch* había publicado en portada su nota de prensa, sin tocar una coma excepto para corregir los errores ortográficos y gramaticales que se le habían pasado al mecanógrafo de Mullowney (su tercer primo hermano). Cuando el sheriff se enterase de la invasión de Kuwait, quedaría conmocionado porque, con toda seguridad, enviaría la Guerra contra Satán a la segunda página

al menos durante una semana.

La nota de prensa iba acompañada de una enorme fotografía de Kevin Mallowney realizando una inesperada visita a una tienda hippy de la zona universitaria y mirando un cartel de una banda de rock adornado con un pentagrama. Uno de los lacayos de Mallowney había sostenido el póster entre el sheriff y el dueño de la tienda... un tipo cetrino y barbudo con un pendiente. Mallowney usaba los dos índices, señal inequívoca de que había entrado en campaña; con uno seguía el pentagrama del póster y con el otro señalaba al pecho del dueño, clavándose en el esternón. El dueño había parpadeado por el *flash* y no tenía los ojos ni del todo abiertos ni del todo cerrados, lo que le daba aspecto de idiota rematado, posiblemente drogado.

Evidentemente, la Guerra contra Satán era en realidad un contraataque... una medida puramente defensiva. El condado de Forks había sido invadido silenciosamente (explicó Mallowney) durante años, y sólo desde hacía poco el contingente local de satanistas se había sentido lo suficientemente confiado como para manifestarse. Había anunciado su presencia iniciando una campaña de mutilación de ganado.

El primer ataque se había producido un par de semanas antes. Su dueño había encontrado un novillo perdido, tras descubrir un agujero en la valla y siguiendo el rastro de sangre hasta el fondo de un arroyo donde la víctima se había ocultado. En los flancos le habían marcado unas runas misteriosas.

El segundo incidente se había producido como una semana después. Habían sacado un caballo del establo de una escuela local de hípica por una puerta practicada a tal efecto, lo habían llevado al bosque siguiendo el río y le habían grabado una estrella invertida de cinco puntas en el lomo. Aquel segundo incidente demostraba que había un patrón que ni siquiera Kevin Mallowney podía evitar notar, así que había declarado la Guerra contra Satán tan pronto como había estado lo suficientemente sobrio para dictar el manifiesto.

Era posible que los mutiladores hubiesen atacado de nuevo, probablemente en el laboratorio veterinario, una instalación federal de la Facultad de Veterinaria de la UIO. Lo que tenía sentido: en el laboratorio veterinario había muchos animales y, al ser una instalación gubernamental, tendía a no estar tan vigilada como una granja. Era exactamente el lugar al que hubiese ido Clyde de haber querido mutilar a algún animal sin que le pillasen.

El ayudante Karst habló.

—Estoy en la zona y veo indicios —dijo—. Estoy en el límite este de la granja Dhont. Lo ataré a una valla o algo, luego regresaré a la unidad y os lo notificaré para que podáis enviar un veterinario.

Clyde fue directamente por la avenida Boundary, siguiendo la ribera este del Wapsipinicon. La zona norte pasaba por buenos vecindarios donde, esperaba, muchos ciudadanos influyentes estarían saltando de sus camas a medida que su

unidad pasaba rugiendo para llegar a la conclusión de que la Guerra contra Satán del sheriff Muldowney era totalmente demencial.

A kilómetro y medio al sur de Lincoln se encontraba la calle Garrison Road, que formaba el límite sur de la ciudad; más allá de ese punto todo era terreno de granjas. Pero en lugar del habitual muro de maíz, marcaba ese límite en el sur de Garrison un variopinto conjunto de cultivos plantados en huertos pequeños y en hileras sueltas, así como en varios tipos de invernaderos: algunos tradicionales de cristal, otros de plástico extendido sobre estructuras improvisadas. Eran las granjas experimentales de la Escuela de Agricultura de la UIO, que se extendía kilómetro y medio hasta la siguiente carretera. Más allá se encontraba el Laboratorio Nacional de Patología Veterinaria y Centro de Cuarentena, en cuyas inmediaciones habían visto el caballo ensangrentado. Hal Karst estaba recorriendo esa zona, ofreciéndole trozos de su desayuno al bicho aterrorizado.

Si Clyde hubiera sido un satanista que acababa de mutilar un caballo en el laboratorio veterinario, habría escapado hacia el norte atravesando las granjas experimentales, en las que no vivía nadie, que estaban mal delimitadas y nadie vigilaba. Clyde comprobó la zona por si veía el caballo herido, pero al no encontrar nada volvió al laboratorio veterinario.

Las puertas estaban bien cerradas. Había una garita que sólo se usaba de día. Para entrar de noche había que pasar una tarjeta magnética por una rendija y se levantaba la puerta. Una cámara de circuito cerrado registraba todas las idas y venidas. Eso no interesaba demasiado a Clyde. Pero el perímetro del laboratorio veterinario medía casi tres kilómetros. Estaba rodeado por una verja de tela metálica coronada de alambre de espino, tan alejada que cualquiera con una cizalla podía atravesarla a voluntad.

El terreno del laboratorio veterinario estaba rodeado de carreteras de mayor o menor importancia por tres lados, pero lo delimitaba al sur la línea principal del ferrocarril Denver-Platte-Des Moines. Si Clyde hubiese sido un satanista, habría abandonado Boundary para ir por el camino de tierra paralelo al apartadero del ferrocarril, siguiendo las vías hasta estar bien lejos de la carretera y habría cortado la verja por allí. Allí iban todos los adolescentes a beber cerveza y fumar marihuana.

En cuanto pasó de Boundary al camino de tierra, vio en el suelo marcas recientes de ruedas y paró allí mismo para no destruir pruebas. Sacó su porra, *Excalibur*, del salpicadero y, tras una breve vacilación, decidió dejar la escopeta donde estaba. Encendió el foco para iluminar el camino y avanzó a pie.

Efectivamente, había una abertura reciente en la verja, como a unos cien metros de la carretera, lo suficientemente alta y ancha para que pasara un caballo. Aparentemente los mutiladores habían entrado en el laboratorio y escogido su víctima, a la que habían sacado por la verja y a la que habían practicado cortes; el terreno, delante del boquete, estaba lleno de huellas

humanas y de caballo, y también salpicado de sangre. Al día siguiente, aproximadamente a las diez, cuando el sheriff Mallowney se hubiese recuperado lo suficiente de la borrachera nocturna como para ponerse en pie, se desplazaría hasta allí para que le fotografiase el *Times-Dispatch* y que le grabasen las cámaras de televisión de Cedar Rapids y Des Moines. Se agacharía para examinar las pisadas, señalaría las manchas de sangre y tocaría con atención la verja cortada.

Estaba claro que los responsables de aquello habían llegado en un vehículo; estaba claro que se habían marchado hacía tiempo. Clyde se acercó al coche patrulla y habló por radio.

—Tengo una buena escena del crimen siguiendo el ferrocarril, en el cruce con Boundary —anunció. Luego sacó del maletero la cinta amarilla y acordónó la zona.

Mientras se acercaba al coche patrulla, había oído el intercambio por radio. El ayudante Jim Green y la operadora discutían acerca del paradero del ayudante Karst. Había dejado el coche junto a la granja Dhont hacía una media hora y todavía no había informado.

Un accidente grave de carretera al sur del condado exigía la atención de Jim Green. Clyde llevó su coche patrulla marcha atrás hasta Boundary y se encaminó al sur, hacia el territorio Dhont. A menos de un kilómetro se encontró con la unidad de Hal Karst aparcada en un camino de granja que separaba uno de los campos Dhont de otro. Hal había dejado el foco iluminando el campo de soja que quedaba a la derecha del camino de tierra. La soja era un cultivo bajo, y un caballo a la fuga era más probable que entrase en un campo de soja que en uno de maíz, donde las plantas le quedarían por encima de la cabeza.

Clyde aparcó la unidad a la entrada del camino, tras la de Hal Karst. Luego metió la mano por la ventanilla abierta del coche de Hal, agarró el foco y recorrió despacio el campo con el haz de luz. Cuando la luz estaba casi paralela al camino, dos puntos rojos muy juntos entre sí saltaron de pronto de la oscuridad, tan lejos que apenas era posible distinguirlos. Parpadearon y luego volvieron a aparecer. O en el campo de soja de los Dhont había un ciervo bien grande y excepcionalmente tranquilo, o era el caballo. Estaba cerca de la verja y no parecía tener intención de ir a ninguna parte. Quizás Hal hubiese logrado atarlo a un poste. Enfocó con la luz directamente el centro del camino, esperando distinguir la corpulenta silueta de Hal caminando hacia el coche patrulla, sudoroso y sin aliento de haber perseguido al caballo por todo el campo. Pero no fue eso exactamente lo que vio. Vio a Hal Karst, a sólo un tiro de piedra... claramente reconocible por el marrón claro del uniforme de sheriff. Pero Hal no caminaba. Estaba tendido en el suelo y no se movía.

La naturaleza del trabajo policial en Forks era tal que, cuando un ayudante veía a un colega inmóvil en el suelo, no daba inmediatamente por supuesto que estaba en presencia de la muerte y la violencia, como un policía de ciudad. Era mucho más probable que el ayudante Karst hubiese tropezado y hubiese caído de cara. Pero aunque se movía un poco, no hacía ningún esfuerzo real por ponerse en pie.

Clyde metió la mano por la ventanilla de la unidad de Hal Karst, agarró el micrófono de la radio y dijo con voz tensa:

—Hal herido. Hal herido. Envíen una ambulancia. —Luego soltó el micro sobre el asiento y echó a correr.

Hal Karst se agitaba débilmente. Primero había caído hacia delante, pero desde entonces había rodado varias veces y estaba cubierto del polvo de la carretera. Había cruzado los brazos sobre el cuerpo y se agarraba las costillas. Luchaba por respirar.

—¿Qué pasa, Hal? —dijo Clyde, pero fuera lo que fuese que le pasaba tenía que ver con su corazón y sus pulmones y le impedía hablar.

Clyde se sacó del cinturón la enorme linterna de policía e iluminó la cara y el cuerpo de Hal. Le sorprendió que tuviera las manos y el uniforme manchados de sangre y el corazón le dio un vuelco al pensar que era posible que los malos siguiesen en las inmediaciones y le hubiesen hecho algo a Hal. Controlando el impulso frenético de iluminar los alrededores con la linterna para buscar a los responsables, Clyde evaluó con toda la tranquilidad posible la situación. No vio heridas y la sangre era muy poca, estaba muy dispersa y no manaba como si hubiesen apuñalado o disparado a Hal.

Los movimientos de su compañero eran cada vez más débiles. Le iluminó la cara con la linterna. Se había puesto pálido. Tenía los labios de color violeta. Se le cerraban los párpados. Clyde dejó la linterna, pasó una mano bajo el cuello de Hal y le levantó la barbilla. Le metió un par de dedos en la boca y se aseguró de que no se hubiese tragado la lengua. Luego le pinzó la nariz, se inclinó, puso los labios sobre los de Hal y forzó el aire en sus pulmones.

Clyde pasó mucho tiempo haciéndole el boca a boca a Hal Karst. Después de un minuto o dos palpó con la mano libre el pecho de Hal hasta dar con el pulso. Era débil y errático como el corazón de un colibrí, así que se puso a alternar el masaje cardíaco con el boca a boca, empujando con la base de la mano el esternón con mucha fuerza, de forma que el tórax se hinchara con cada impulso.

La cantidad de sangre no se incrementó y Clyde comprendió que era falsa alarma. No era sangre de Hal, sino del caballo. Hal se había manchado intentando calmar al caballo.

Luego Hal se había puesto a caminar de regreso a su coche patrulla, todavía resollando, con el corazón latiéndole violentamente y, finalmente, el viejo engranaje le había fallado. Hal no sólo era el ayudante más viejo del grupo sino

también el más gordo, siempre el último en las pruebas físicas. Había estado a dieta de granja desde su nacimiento: nata en el café directamente de la vaca y grandes lonchas de panceta curada casera para desayunar, bocadillos de solomillo para almorzar, bollos de merienda, filetes para cenar. Todos esperaban aquel desenlace.

Finalmente llegó la ambulancia; paró en Boundary y el equipo apareció corriendo por el camino con grandes cajas transparentes de equipo. Allí mismo le conectaron varios tubos y máquinas, obtuvieron lecturas de sus signos vitales y enviaron la información al centro de trauma del hospital metodista. Clyde prestó atención y supo que las noticias eran malas. Allí mismo abrieron la camisa del uniforme de Hal, un gesto que ofendió a Clyde a pesar de que lo comprendía. Cogieron las palas y le dieron una descarga, dos, tres, en cada ocasión inyectándole una combinación diferente de sustancias en el corazón con una enorme jeringa para caballos. Después de la tercera, Clyde sintió unas ganas tremendas de echarse a llorar. Dio la espalda a la escena y recorrió el camino hasta el caballo, cuyos ojos seguían reluciendo por el haz del foco de Hal Karst. En los flancos se le habían secado grandes manchas de sangre coagulada y también a un lado del cuello, tapando las posibles marcas realizadas por los mutiladores. Pero lo que Hal le hubiese dicho o hecho parecía haberle tranquilizado y resoplaba pacientemente sobre la franja de hierbajos que festoneaba la verja de alambre, buscando algo que valiese la pena comer. Clyde se situó allí y le habló un rato sobre nada en particular, hasta que sus ojos se vaciaron de lágrimas y dejó de sentir la opresión en el pecho. Soltó las riendas del poste donde Hal las había atado y guió al caballo bordeando la granja hasta Boundary. Para entonces ya se habían llevado a Hal y no quedaba nada en el lugar de su muerte, excepto un montón de basura de colores: los envoltorios rotos de los distintos suministros médicos dispersos por la carretera como un ramo lanzado en una procesión. El viento iba arreciando a medida que se aproximaba el amanecer y arrastraba los restos camino arriba.

Clyde recogió la linterna y algunos artículos más que había dejado caer y luego continuó guiando el caballo por el sendero. Justo cuando llegaba a Boundary apareció una furgoneta, una blanca con letras en los laterales que la identificaban como un vehículo del Gobierno de Estados Unidos. Tiraba de un remolque vacío para caballos, que casi fue a parar a la cuneta cuando el camión se detuvo abruptamente, en medio del carril. De él salieron dos hombres que no se molestaron en cerrar las puertas: uno blanco y otro negro, jóvenes y esbeltos, de corte de pelo perfecto de un centímetro y en buena forma física, a juzgar por cómo corrieron hacia él.

—Gracias, ayudante —dijo uno cuando todavía estaba a varios pasos de distancia; con una mano enguantada tomó las riendas de la mano de Clyde—. Vamos, *Maíz Dulce* —le dijo al caballo, guiándolo con firmeza. *Maíz Dulce*

adoptó un paso más rápido y el hombre corrió a su lado hasta el remolque.

El otro hombre se quedó donde estaba, mirando a Clyde. No miraba la cara de Clyde como si le interesase iniciar una conversación. Sus ojos subían y bajaban por el cuerpo de Clyde, examinándole. Finalmente se centró en la chapa con el nombre de Clyde.

—Ayudante Banks —dijo claramente, como si se lo estuviese aprendiendo de memoria—, gracias por su ayuda.

—Espero que *Maíz Dulce* esté bien —dijo Clyde.

—Es mucho más resistente de lo que se imagina —dijo el hombre.

Clyde se encaró con el hombre, se puso firme y le hizo un saludo militar. Sin saber a qué atenerse, el hombre le respondió, momento en que Clyde no pudo evitar darse cuenta de que llevaba guantes quirúrgicos de látex.

—Gracias otra vez —dijo en voz muy baja, se volvió y corrió hacia Boundary. El otro militar, porque estaba claro que eran militares, ya había subido a *Maíz Dulce* al remolque. Se fueron tan rápido como habían llegado, dejando a Clyde con dos coches patrulla de los que ocuparse. Ver el vehículo abandonado de Hal Karst le deprimió, así que para estar ocupado desplegó cinta amarilla a la espera de que llegasen los refuerzos.

CAPÍTULO 26

Betsy había trabajado el tiempo suficiente con Spector para saber cuándo las cosas se habían vuelto realmente raras. Habitualmente Spector tenía la visión taciturna y apagada de la vida, la muerte, la alegría y la tragedia que los estadounidenses habían adquirido viendo la tele y las películas en la época de *Peter Gunn* y *Dragnet*. Incluso aceptaba la posibilidad de que todos sus barcos se hundiesen si Betsy la jodía a lo grande. Pero aquel día, cuando entró en el despacho de Betsy, estaba visiblemente alterado.

Cerró la puerta, se sentó, se pasó las manos por el corte de pelo casi transparente y, en silencio, deslizó una hoja sobre la mesa. Era un memorando de acceso restringido. Betsy se concentró en el membrete: Consejo Nacional de Seguridad. No le llevó mucho tiempo leerlo.

—¡Cielos! —exclamó.

Spector la miraba con asombro.

—¿Cielos?

Betsy se puso a ordenar los documentos de su estación de trabajo, intentando decidir qué tareas podía delegar en su personal para evitar que se metiese en líos y para mantener el nivel de flujo de palabras durante los próximos tres días.

—Entonces, ¿nos vemos en el aeropuerto? —dijo ella.

Spector se limitó a mirarla friamente.

—¿O vamos juntos? —añadió Betsy.

—Tienes un talento maravilloso para la negación, o algo así —dijo al fin Spector—. Todavía no lo has asimilado, ¿verdad?

—No creo estar negando nada —dijo Betsy—. Simplemente, intento concentrarme en el momento presente. Spector sonrió.

—Eso —dijo— es claramente una forma de negación. Nos vemos allí. —Se puso en pie, respiró profundamente un par de veces, agarró su maletín militar de aluminio y se fue.

Betsy pasó otra hora delegando tres días de tareas y dando números de contacto de emergencia. Dijo adiós a Thelma la secretaria, fue a su

apartamento, le dejó una nota a Cassie, hizo la maleta y cargó con ella y una funda para el traje hasta la estación de metro de Rosslyn.

Diez minutos después se encontraba en el aeropuerto nacional, deseando no haber metido tantas cosas en la maleta.

De haber ido en un vuelo de la compañía Delta o US Air, hubiese sabido exactamente adonde ir. Como no era así, vagó por allí un rato. Había indicaciones para quienes buscaban el baño o la cinta de equipajes. Pero no había indicaciones para gente como ella. Era una suerte que su instinto de buena chica la hubiese impulsado a llegar con casi una hora de antelación.

Finalmente, por eliminación, acabó en la zona de aviación civil. Sorteó un par de operaciones de mantenimiento comercial, maldiciéndose por cada blusa y cada par de zapatos extra que había metido en el equipaje. Un alma caritativa la guió por una puerta para el personal y se encontró en la sala de espera administrada por el mismo personal de seguridad de la Agencia que se encargaba de los ascensores del edificio Castleman. Betsy era la única persona presente. Un par de ventanales tintados de oscuro daban a la pista de estacionamiento, donde la tripulación se ocupaba de un Gulfstream del Gobierno. Betsy reconoció la estructura de esas ventanas: eran las mismas a prueba de vigilancia que indicaban la presencia de personal de la Agencia.

Spector llegó media hora más tarde. Le siguieron unos tipos molestos de la NSA que habían llegado en helicóptero desde Fort Meade; un coronel del Ejército de Tierra y otro de la Marina que habían tomado el metro desde el Pentágono y, en el último momento, limpiándose el sudor de la calva con un pañuelo sucio y usando el inhalador de asma: Ed Hennessey.

Por una puerta diferente entró una mujer vestida con un uniforme azul, acompañada de una vaharada de aire bochornoso y con olor a diésel. Su uniforme estaba diseñado para ser anodino y no llevaba ninguna insignia discernible.

—Bienvenidos al Expreso de Kennebunkport. Soy su piloto. Mi nombre es comandante Robin Hughes. Por favor, síganme hasta el avión. Por favor, manténganse alejados de las puertas abiertas del hangar. —Robin Hughes tenía el aplomo y la soltura envidiables que Betsy atribuía a las mujeres que se habían graduado en alguna de las tres academias de las Fuerzas Armadas.

Hasta ese momento habían estado charlando e incluso bromeando; de pronto guardaron un silencio reverente. Robin Hughes se volvió y los guió por las puertas hasta el hangar donde se encontraba el Gulfstream preparado para despegar. Las puertas del hangar estaban abiertas de par en par y Betsy comprendió por qué les habían dicho que se mantuviesen lejos de ellas; si se acercaban más, un turista o un reportero que estuviera en una de las salas podría fotografiarlos con un teleobjetivo.

El pequeño reactor tenía dos filas de asientos. Apenas se habían sentado

cuando la comandante Robin Hughes empezó a mover el avión. Era un vuelo poco habitual: no había que esperar. No salió nadie a enseñarles cómo abrocharse los cinturones de seguridad, nadie les insistió en que pusiesen los respaldos en posición vertical y plegasen las mesas. Con indiferencia, Robin Hughes cruzó por delante de un avión de la compañía Trump y de un 757 de American Airlines, giró el aparato para colocarlo en la zona de despegue y aceleró. El avión recorrió la pista y se elevó como si lo persiguiese el demonio y, no más de sesenta segundos después de escoger asiento, se encontraban a mil pies sobre el Potomac. En otras palabras, aquello era completamente diferente a un vuelo comercial.

No era un grupo muy hablador. Todos tenían asiento de ventanilla. Algunos lo aprovecharon, mirando y reflexionando, mientras que otros abrieron los maletines en cuanto el avión estuvo en el aire y se pusieron a trabajar en documentos o con los portátiles. Betsy vio abajo la ancha boca del Delaware e incluso entrevió la estela en forma de uve del transbordador de Lewes a Cabo May, que le trajo buenos recuerdos del fin de semana en que había conocido a Paul Moses.

Ed Hennessey estaba sentado en el asiento del otro lado del pasillo; echó atrás el respaldo, hacia la cara de alguien de la NSA, y se quedó dormido, resollando y roncando tan fuerte que se le oía incluso a pesar del ruido del motor. Sentándose recta y estirando el cuello, Betsy podía entrever Manhattan por la ventanilla de Hennessey.

Tuvo la sensación de que alguien la miraba. Era Spector. Sudaba y masticaba chicle obsesivamente. Agitó la cabeza en gesto de asombro. La chica de Idaho le confundía permanentemente. ¡Mirando el bonito paisaje por la ventanilla!

Ya descendían hacia Kennebunkport. Cabo Cod quedaba a la derecha, con los bancos de arena de Provincetown perfectamente definidos. Hughes habló por megafonía, comentándoles que estaban a punto de aterrizar y bromeó disculpándose por la calidad del servicio de cabina:

—Les pido que nadie salga hasta que los buses estén en posición y tengamos permiso. Es importante, por razones de seguridad nacional, que no los vean juntos.

Aquella frase provocó un tremendo desgarrón en el telón de negación que había estado colgando delante de los ojos de Betsy.

«Razones de seguridad nacional.» Saddam estaba en Kuwait. Estados Unidos se encontraba, a todos los efectos, en guerra.

Que viesan a los pasajeros de ese avión en aquel lugar, juntos, podría tener como consecuencia, todavía no imaginaba cómo, que muriese mucha gente.

Se giró y miró a Spector, que la miraba con algo que recordaba una sonrisa. La conmoción debía de ser más que evidente en el rostro de Betsy.

El avión se desplazó hasta el final de la pista. Betsy ni siquiera sabía en qué

aeropuerto habían aterrizado; en algún lugar con muchos árboles. Robin Hughes lo hizo girar de forma que las puertas quedaran orientadas hacia los árboles en lugar de hacia los edificios. Llegaron enseguida un par de autobuses escolares y una furgoneta azul del Gobierno... diez veces el número de asientos necesarios. Los buses, únicamente con un conductor al volante, maniobraron para formar una barrera en «L» que bloqueara la visión de cualquiera que estuviese espiando entre los árboles. La furgoneta se acercó mucho al Gulfstream. Se abrieron las puertas y, a una señal, todos salieron al pasillo, bajaron los escalones y se metieron en la furgoneta.

Todos menos Hennessey, quien seguía totalmente dormido, y Betsy, que se rezagó intentando despertarle. Nadie en el avión, con la posible excepción de Robin Hughes, tenía estómago para intentar despertar a semejante paria leproso. El diablo se llevaba a las personas que eran amables con él; que Dios ayudase a las personas que se ganasen su resentimiento. Hicieron falta los esfuerzos combinados de Betsy Vandeventer y Robin Hughes para ponerle en pie y hacerle bajar sin que se rompiese el cuello.

Los autobuses se marcharon a otra parte. La furgoneta tenía las ventanillas tintadas y había dos agentes de seguridad a bordo que no intentaban ocultar las ametralladoras Heckler & Koch. Cuando dejaron el aeropuerto, otro vehículo se les colocó detrás: un monovolumen enorme con matrícula del Gobierno.

Ver las armas y lo que evidentemente era un carro de guerra detrás de ellos, destrozó prácticamente todo lo que quedaba del telón de negación de Betsy. Empezó a frotarse las palmas en la falda; le sudaban a pesar de que el aire acondicionado de la furgoneta estaba al máximo. El corazón le martilleaba y en la garganta se le había formado un nudo de aprensión.

La furgoneta los trasladó varios kilómetros por un terreno rocoso con esporádicas y sorprendentes vistas del océano. Fue tomando carreteras progresivamente más estrechas y sinuosas, acercándose al mar. De vez en cuando se veían grandes mansiones junto a la costa. Tomaron por un camino y pasaron un control de seguridad. Unos cientos de metros más adelante pararon frente a una estructura en forma de granero, una especie de almacén de herramientas y maquinaria rodeado de árboles por todos lados. Daba una sensación de vida sencilla y bucólica que sólo desmentía el bosque de antenas del tejado.

Se abrió una enorme puerta enrollable. Justo en el centro había un hombre con un traje impecable, negro como el carbón, de raya diplomática: James Gabor Millikan.

Spector se inclinó hacia Betsy y le dijo:

—Presta atención.

Hennessey había sido el último en subir a la furgoneta y tenía el asiento delantero. Abrió su puerta y bajó rígidamente del vehículo, pasando de un

marine que le ofreció una mano para ayudarlo. Caminó hacia Millikan y Millikan caminó hacia él. Todos los ocupantes de la furgoneta apretaban la cara contra la ventanilla; los desafortunados que estaban al otro lado hacían lo posible por mirar entre los hombros de los demás.

Millikan le tendió la mano a Hennessey con una sonrisa deslumbrante. Hennessey tenía el aspecto tenso, penoso y cansado de un hombre que ingresa en el hospital para someterse a una intervención de próstata. Pero apretó la mano de Millikan con firmeza y, tras pensarlo, le dio una palmada en la espalda, como si dijese: «Esta vez me has pillado.» Todos los ocupantes de la furgoneta soltaron el aire que habían estado reteniendo.

Bajaron uno a uno. Millikan seguía hablando con Hennessey; se había situado de tal forma que podía mirar por encima del hombro de éste y ver quién bajaba. Pasó de todos excepto de Betsy. Al centrarse en la cara de Betsy, asintió para sí, como si mentalmente hubiese marcado una casilla en una lista mental.

—Bienvenida a Kennebunkport, señora Vandeventer —dijo. A Betsy no le pareció demasiado sincero.

Una asistente de la Casa Blanca, una joven animada que parecía fuera de lugar entre todos aquellos espías saturninos y los guardias enormes con sus ametralladoras, se acercó a Betsy con una chaqueta de la Casa Blanca de talla extra grande. Se presentó —Betsy olvidó el nombre de inmediato— y se explicó:

—Esta noche vienes a cenar y debes parecer del personal. ¿Te la pruebas a ver cómo te sienta?

Betsy se la probó. Le quedaba perfectamente. Se alegraba de tenerla; a última hora de la tarde, cerca del océano, en Maine, hacía bastante más frío que cuando corría hacia el aeropuerto nacional a mediodía cargada con un equipaje pesado.

Un sedán del Gobierno esperaba. Millikan se acercó a Betsy, que estuvo a punto de retroceder, como si esperara un puñetazo en la mandíbula. Pero en lugar de eso le ofreció el brazo y miró hacia el coche.

Ella aceptó el brazo de Millikan y miró a Spector, quien la saludó y dijo:

—*Bon appétit.*

Estaba claro que el resto de los recién llegados iban a cenar en el Mejor Pollo Súper Crujiente del Coronel, con salsa y galletitas.

Millikan siguió siendo un ejemplo de modales durante el corto trayecto hasta la casa. Se encontraba de un humor locuaz y jovial.

—Al presidente, como sabe bien, le gusta recibir directamente la información. Siente un gran respeto por las divisiones de analistas del negocio y desea conocerla. Pero no debe malinterpretarme. —Millikan alzó un dedo y lo agitó de forma lenta y paródica—. Se trata de un acto social... no de una ocasión para que se salte la cadena jerárquica.

Las conversaciones con sustancia deben ser mínimas. Se la ha incluido en el

grupo de trabajo sobre guerra no convencional... un gran honor.

El grupo es un equipo y yo soy el líder de ese equipo. Todo lo importante pasa por mis manos. ¿Lo comprende?

Betsy, que todavía recordaba los insultos que le había dedicado Millikan, asintió y no dijo nada.

—Ya me puenté en una ocasión, pero no debe volver a hacerlo. ¿Lo comprende?

Betsy no dijo nada. El coche se detuvo frente al complejo residencial; los marines abrieron las puertas.

—Recuerde —dijo Millikan—, siempre que estemos en el exterior usted es miembro del personal de la Casa Blanca.

Marlin Fitzwater daba una rueda de prensa. A un lado, la primera dama entretenía a unos niños con trucos de la perra *Millie*. Un hombre alto de frente prominente rebuscaba en una enorme bolsa llena de salvavidas y otros artículos de navegación. Se envaró, murmurando:

—Bien, creía que lo había metido aquí, pero que me maten si sé dónde está. —Vio a Millikan—. Oh, hola, Jim. Y buenas tardes, Betsy. ¿Os apetece un paseo en lancha?

Betsy notaba la tensión de Millikan.

—¡Ja, ja! —dijo el hombre—. Olvidaba que Jim odia el agua. No lo admite, pero así es. Puedes quedarte en casa, Jim. Barbara te preparará una copa.

—No pasa nada —dijo Millikan—. Iré con usted y con la señora Vandeventer, señor presidente. Simplemente, esta vez le pediría que no intentase hacer volcar la lancha.

Justo en ese momento, un asistente de la Casa Blanca, un joven con una chaqueta azul, salió de la casa y se aproximó a ellos.

—¿Doctor Millikan? Una llamada para usted, señor.

Millikan lo miró furioso. Era evidente, incluso para una novata en Washington como Betsy, que aquello estaba preparado.

—Por desgracia, no podré aceptar su invitación, señor presidente. Disfrute del viaje, señora Vandeventer.

—A mí me parece que tu talla es la grande. Bueno, quizá la mediana —dijo George Herbert Walker Bush. Rebuscó en la bolsa y sacó un par de salvavidas.

—Pruébatelos. Probablemente no nos hagan falta, pero debemos ser prudentes.

Bush y Betsy se fueron al muelle, donde un pequeño contingente de la Guardia Costera y del Servicio Secreto esperaba junto a la lancha rápida del presidente.

—Apuesto a que no teníais nada así en Iowa —dijo Bush.

—En Idaho. —Betsy enrojeció al darse cuenta de lo que había hecho. Pero Bush no se alteró, no parecía que le importara que lo corrigiesen. Estaba tan

avergonzada que las siguientes frases le salieron apelonadas—. En Hell's Canyon... lanchas a reacción. Allí tienen. Grandes lanchas a reacción, en el cañón.

—Oh, sí. Lo sé. Ha habido una importante controversia con respecto a esas lanchas —dijo Bush.

Los motores ya funcionaban, estaban calentándose. Bush se aseguró de que Betsy tuviese puesto el chaleco salvavidas y luego alejó la lancha del embarcadero y aceleró. La embarcación levantó la proa y fue golpeando el agua a buen ritmo. Las olas eran más violentas que en Hell's Canyon, el viaje mucho más tempestuoso. Betsy gritó cuando la espuma le golpeó en la cara y le resultó difícil recuperar el aliento, tal era la velocidad del bote. El presidente pasó unos minutos intentando dar a todas las olas grandes que se le presentaban, intentando mantener el morro de la lancha tan vertical como era posible. Betsy pasó totalmente aterrada la mitad de ese tiempo y gritó en más de una ocasión.

Luego el presidente dejó de acelerar y permitió que lo llevase la corriente.

—Buen trabajo, Betsy. Sé todas las tonterías por las que has tenido que pasar. Sigue adelante.

Betsy todavía intentaba recuperar el aliento. Se sentía relajada y llena de energía y de pronto comprendió que el paseo en lancha no era un simple paseo en lancha. Era una herramienta que Bush empleaba para sacar a los visitantes del aturdimiento producido por efecto de estar en presencia del hombre más poderoso del mundo.

—Gracias —dijo.

—¿Qué pasa con las bioarmas iraquíes? Lo he estado considerando recientemente.

—El doctor Millikan me ha dicho que debía hablar con usted de generalidades.

—Yo soy el presidente, no Millikan, y me dirás lo que quieras decirme. —El presidente volvió a acelerar la lancha, no tanto, y se puso a trazar ochos amplios.

Betsy se lo explicó todo desde su descubrimiento inicial en 1989, intentando concentrarse en los hechos y no quejarse de cómo el sistema había fallado y del trato que le había dado Millikan. El presidente se limitó a fruncir el ceño. Al final dijo:

—¿No te gustaría que pudiésemos ir directamente por los malos? Pero todo esto es como un tumor maligno, con millones de tentáculos. Cortamos el tumor principal y el resto vuelve a crecer.

—Bien. Puede que sea así, señor presidente. Pero... —Calló, sin atreverse a estar en desacuerdo.

—Suéltalo, Betsy.

—Bien. Se supone que yo no debo hacer investigaciones de ámbito nacional. Ya lo sabe.

—Es una regla muy importante, Betsy. Hay que tomarse muy en serio esa regla.

—Pero hay algunas cosas que he descubierto accidentalmente.

Bush rió.

—La inteligencia accidental es mi favorita, Betsy. Buen material.

—Es decir, no estaba recopilando información interna o extralimitándome en mis tareas. Lo he sabido porque un pariente dio con ellas... o quizá debería decir, se cayó en ellas.

—Dímelo.

—Está pasando algo en la Universidad de Iowa Oriental, en Wapsipinicon. Allí hay gente a la que se debería vigilar.

Bush asintió.

—Tengo cubierto lo de Wapsipinicon.

Betsy estaba conmocionada y encantada.

—¿Lo tiene cubierto?

—Sí.

—¿Quién se ocupa de ello, si puedo preguntarlo?

—El FBI. Hennessey.

—¿*Hennessey*?

—Tiene un hombre sobre el terreno. —Bush hizo un gesto hacia la casa—. Barbara nos hace señas como una loca. Será mejor que regresemos. —Le dio al acelerador tan rápido que Betsy volvió a gritar—. Tendremos muy buena cena —gritó—. Un agradable acto social.

CAPÍTULO 27

El ayudante Clyde Banks permanecía impassible en la columna de vapor que se retorció y agitaba a su alrededor, blandiendo una espátula en cada mano, revolviendo un montón de patatas cortadas como si intentase encontrar un gran tesoro que, por alguna razón, hubiese caído en la sartén. Se trataba de una enorme sartén industrial del tamaño de una antena para satélites, y el anillo de fuego que tenía debajo consumía tanto gas que la hebilla del cinturón de Clyde estaba cubierta de vapor de agua condensado. El gigantesco extractor industrial que tenía sobre su cabeza aullaba como una sirena de tornados, ahogando los incesantes silbidos de los prisioneros.

La señora Krumm, la cocinera oficial de la prisión de Forks, se encontraba en un rincón con otro cigarrillo en la boca y un encendedor desechable en las manos, intentando unir ambos objetos a pesar de los estremecimientos constantes provocados por la avanzada edad, su carácter nervioso y el increíble consumo de nicotina. La señora Krumm quería jubilarse y probablemente debería haberlo hecho hacía tiempo, pero le hacía falta el dinero y por tanto se aferraba al trabajo como si fuese el último cartón de Virginia Slims sobre la faz de la Tierra. Cada vez que a Clyde le tocaba turno en la prisión —cosa que sucedía cada vez más a menudo, ya que se consideraba la peor de todas las tareas— tenía claro que la señora Krumm no era físicamente capaz de realizar sus tareas.

Clyde debería haber estado pensando en la campaña para sheriff, pero no había mucho en lo que pensar. Todas sus pegatinas para guardabarros se habían despegado y volado hasta Illinois, o habían ido a parar a las alcantarillas para forrar de rojo y blanco el sistema regional. Sabía por una buena fuente que los mapaches y otros animales de similar tamaño recubrían sus madrigueras con sus pegatinas. Sólo le quedaba ir llamando a las puertas. Sirviese o no de algo, Clyde estaba decidido a seguir con la campaña hasta el amargo final.

Así que la campaña ya no ocupaba su mente, excepto cuando visualizaba el siguiente bloque de casas o la siguiente fila de apartamentos en Wapsipicon que visitaría una vez que acabase su turno. Se sentía mucho más inclinado a

reflexionar acerca de los acontecimientos recientes en Kuwait.

Durante una semana, el asunto de la invasión había sido otra forma de entablar conversación en la cafetería o el supermercado, un alivio agradable después de años de hablar sobre el tiempo o el estado de los viejos puentes de la carretera E505 del condado.

Sin embargo, para Clyde la guerra de pronto había llegado a su casa, esa misma mañana, durante el desayuno, cuando Desiree había comentado de pasada la posibilidad de que llamasen a la reserva.

Desiree llevaba años en la reserva del Ejército de Tierra. Les dedicaba un fin de semana al mes y un periodo anual de dos semanas; ellos mandaban un cheque y eso era todo.

Pero ahora daba la impresión de que iba a ser mucho más.

Era inconcebible que tuviesen que llamar a los reservistas para lidiar con un país de mierda como Irak. Pero en las noticias decían que Irak poseía el cuarto Ejército del mundo. El Ejército de Estados Unidos, acostumbrado a enfrentarse a los soviéticos en Europa, seguro que podía ocuparse incluso del cuarto Ejército del mundo con una mano atada a la espalda. Pero en las noticias decían que el Ejército era deficiente en varias áreas básicas... por ejemplo, en personal médico. La mente de Clyde llevaba todo el día moviéndose alocadamente de un extremo al otro.

Era imposible que llamasen a la madre de un bebé.

¿Por qué no? Continuamente llamaban a padres de bebés.

Las patatas se quemaban; los prisioneros habían olido que su almuerzo se iba por la chimenea y habían montado tal pandemonio como para oírlo bajo la campana extractora. Clyde agarró con ambas manos el mango de la sartén, lo movió y descargó las patatas en un enorme cuenco de acero para servir.

Cuando Clyde se volvió se sorprendió de ver a alguien más en la habitación... Un negro alto y corpulento pero sin sobrepeso, trajeado, con una camisa blanca muy limpia y almidonada.

—¿Ayudante Banks? Marcus Berry, agente especial del FBI —dijo el visitante, ofreciéndole una tarjeta de visita. Clyde la aceptó y le dio la mano a Berry. Durante un momento se sintió confuso; irracionalmente creyó que aquello tenía alguna relación con Desiree, que el Gobierno había enviado a ese hombre para llevársela. Lo que no tenía sentido, pero pensarlo le alteró igualmente.

—Quería hablar con usted sobre la mutilación del caballo —dijo Berry—, si tiene un minuto.

—Señora Krumm, ¿le importaría servir el almuerzo a los prisioneros? —dijo Clyde.

La señora Krumm recogió encendedor y cigarrillos, se puso en pie con un profundo suspiro y se dedicó al trabajo.

—He repasado su informe —dijo Berry. Iba directo al grano, cosa que

impresionó favorablemente a Clyde. Lo normal hubiese sido que un hombre de raza negra con el puesto de Berry pasase un rato hablando de cosas sin importancia, comentando las posibilidades de los Twisters en la temporada y demás, dando por sentado que el cerebro de un nishabotniano se habría colapsado por la conmoción de ver a un negro y que le harían falta varios minutos para ponerse otra vez en marcha. Pero Berry apostó por la cabeza de Clyde.

—Espero que no le importe que lo diga —añadió—, pero habitualmente aborrezco leer los informes escritos por agentes locales y policías de pequeñas ciudades.

Clyde asintió, ya que él mismo había tenido que leer unos pocos. Muchos seres humanos agradables trabajaban en las fuerzas de seguridad, pero ninguno era sir Arthur Conan Doyle.

—Su informe sobre el incidente de *Maíz Dulce* era impecable —dijo Berry—. Le votaré en noviembre.

—Gracias —dijo Clyde—. No recuerdo haber llamado a su puerta, pero supongo que tacharé su nombre de la lista.

—Demasiado tarde —dijo Berry—. Me visitó mientras estaba fuera. Me dejé un folleto. En cualquier caso, su informe era un relato notablemente preciso de un trabajo policial excepcionalmente concienzudo. Así que no me quedan tantos cabos sueltos por atar como suele pasarme. Pero siempre queda algo. —Metió la mano en la cartera y sacó una copia del informe de Clyde.

Ver a un agente federal sacar una copia de su trabajo de la cartera pilló por sorpresa a Clyde. Su conmoción se incrementó cuando Berry se puso a pasar las páginas y Clyde comprobó que el texto estaba subrayado y resaltado. Había preguntas apuntadas en los márgenes, y aunque Clyde no podía leerlas, distinguía dos o tres escrituras diferentes. Pero en la oficina local del FBI sólo había una persona, y Clyde estaba hablando con ella.

—Primero, deje que le exprese mis condolencias por su amigo y colega Hal Karst.

—Se lo agradezco.

—Por lo visto era un buen hombre. Me gustaría haber tenido ocasión de conocerle.

—Hal era de los buenos —dijo Clyde.

—No puedo imaginar que quiera hablar de eso conmigo —dijo Berry—, y me disculpo por sacar un tema difícil, pero me ha parecido que debía decir algo.

—No me molesta —dijo Clyde.

—¡Esta puta mierda sabe a mierda! —gritó uno de los prisioneros de las celdas.

—Vale, al grano —dijo Berry sin ni siquiera parpadear—. En esa parte del condado hay varias instituciones importantes: el parque de alta tecnología, la

Facultad de Veterinaria y los Laboratorios Federales de Patología Veterinaria. Antes de llegar al lugar del incidente, usted visitó esos tres lugares. ¿Por qué?

—Había leído los informes de los dos primeros incidentes de mutilación —dijo Clyde—. Los responsables estaban muy bien organizados, por lo que supuse que sería mejor repasar las rutas de huida más lógicas y comprobar si encontraba algún vehículo fuera de lo común.

—Pero no vio nada.

—Nada que me llamara la atención.

—¿Qué buscaba?

—Oh, si hubiese visto una furgoneta o algo parecido en uno de los aparcamientos, con el motor en marcha, orientada hacia la salida y con las ventanillas tintadas, eso me hubiese llamado la atención.

—Pero sólo vio los coches que uno esperaría ver en esos lugares.

—Repasé cada uno con el foco. No vi a nadie en esos coches. Ninguna ventanilla empañada. Nada destacable.

—¿Ninguna furgoneta negra?

—No —dijo Clyde.

Dos noches antes, en el condado de Cedar, habían mutilado a una vaca, a media hora de distancia, y por los alrededores se había visto una furgoneta negra o azul marino. El sheriff Mullowney no había vacilado en proclamar que la Guerra contra Satán había obligado a los malvados a llevar sus actividades lejos de la jurisdicción de Mullowney.

La furgoneta no había dejado marcas de ruedas en Cedar. Pero sí que habían logrado identificar las rodadas en la vía muerta de ferrocarril la noche de la mutilación de *Maíz Dulce*, y eran de furgoneta.

Esas rodadas sugerían que la furgoneta, o lo que fuese, se había dirigido al sur por Boundary después de abandonar la escena del incidente; en otras palabras, se alejaba de Wapsipinicon, probablemente para reducir las posibilidades de que alguien como Clyde la viese. El ayudante Jim Green, en dirección norte por Boundary, no se había cruzado con ningún vehículo en sentido contrario; pero había visto uno abandonando Boundary y tomando por una carretera lateral para dirigirse al este. Esa carretera llevaba a un cruce con la Nueva Treinta y la interestatal Cuarenta y cinco, como a unos ocho kilómetros de distancia. Una vez en la interestatal, el vehículo podía haber huido con facilidad al norte hacia Rochester o al sur hacia St. Louis, o bien podía haber vuelto hacia Nishnabotna unos pocos kilómetros al norte y llegar al hogar de los satanistas.

Por lo que parecía bastante claro que había habido un vehículo, una furgoneta oscura, que había estado junto a la vía muerta de ferrocarril y que la comprobación de Clyde de los aparcamientos cercanos, aunque no había sido mala idea del todo, había sido una pérdida de tiempo. Por tanto, era curioso que Berry siguiese preguntándole sobre ese asunto.

—¿Qué vehículo le parecería fuera de lo común en esos lugares —dejando aparte lo más evidente?

—Hay porteros que se ocupan de esos edificios por la noche. Más o menos reconozco sus coches. Aparte de éstos, sólo se ven los coches de los estudiantes graduados. En ocasiones van chicos de instituto para enrollarse o fumar porros... Se los distingue de inmediato porque aparcan en las zonas más alejadas y los coches son diferentes.

—¿En qué sentido?

—O es un bólido o un buen coche que le han tomado prestado a papá. Mientras que el coche clásico del estudiante graduado es una ranchera de importación con diez años encima.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de ellos son extranjeros y muchos tienen familia.

—Y habitualmente ve allí esos coches, por la noche.

—Continuamente. Trabajan en proyectos de investigación y tienen que estar allí a horas intempestivas.

—Vale. —Berry parecía satisfecho. Pasó un par de páginas del informe—. Pasemos a la escena de la mutilación, junto a las vías. Ya sé que lo ha descrito en su informe. Pero me gustaría que buscara en su memoria una vez más, intentando recordar si vio algún resto o basura en ese lugar.

—Bien, como puse en el informe, muchos chicos van allí a beber cerveza y fumar porros —dijo Clyde—, por lo que siempre hay mucha basura por esa zona. En ocasiones cuesta distinguir la basura de hace diez minutos de la que lleva allí varios días.

—¿Sabe que al caballo lo trabaron?

—¿Trabaron?

—Sí. Los veterinarios encontraron marcas alrededor de las patas.

—No examiné el caballo con atención. Pero, ahora que lo dice, es razonable.

—¿Vio correas en el suelo? —dijo Berry, para añadir luego—: O cualquier otra cosa que se pudiese haber usado para trabar a un caballo.

—Bien —dijo Clyde—, ¿con qué lo ataron?

—¿Disculpe?

—¿Fue con correas o con alguna otra cosa?

—Es lo que le pregunto —dijo Berry.

—Ha dicho que había marcas en las patas del caballo. ¿Eran marcas de correas o algún otro tipo de marcas?

Berry se rebulló. Clyde le había pillado sin pretenderlo. Berry le había ofrecido información que se suponía que debería haber sido secreta.

—No vi correas en el suelo —dijo al fin Clyde—, ni cualquier otra cosa que se pudiese haber usado para trabar un caballo.

CAPÍTULO 28

Familias como la de los Banks se pasaban objetos como cuerdas y lonas de una generación a otra de la misma forma que otras familias se pasaban casas y cubiertos de plata. Clyde sabía que Ebenezer había adquirido la Gran Lona Negra en la época de la Gran Guerra y que originalmente se había empleado para cubrir maquinaria del Proyecto Manhattan que había entrado en la ciudad a bordo de un camión en plena noche, en el año 1944. Sabía que su padre había comprado la Pequeña Lona Marrón en una tienda de suministros en la época de la guerra de Corea y que la había usado para cubrir las posesiones familiares cuando se habían mudado a Illinois y luego de vuelta. En la tradición oral de los hombres Banks, cada lona poseía tanta historia como un tapiz o una colcha cosida a mano, y cuando Clyde notaba una arandela doblada, un roto remendado o una mancha de grasa, sólo tenía que pensar unos momentos para recordar la excursión, la mudanza, el desastre natural o el proyecto de construcción que hubiese ocasionado el desperfecto.

Para Desiree no eran más que objetos oscuros y sucios que acechaban en el garaje con un olor ominoso a arma y, por tanto, cuando Clyde usó la Gran Lona Negra para cubrir las cosas de Desiree en la parte posterior de la camioneta, se encontró preocupándose de qué sería de la lona cuando Desiree llegase a su nuevo hogar en Fort Riley, Kansas. Sería muy propio de ella arrastrar la lona hasta un vertedero y dejarla allí como si no fuese más que una lámina de plástico de la ferretería. Fort Riley debía de estar atestado de recién llegados, muchos de los cuales tendrían más tendencias prácticas que Desiree, y en menos que canta un gallo algún sargento jefe con buen ojo la recogería, la secaría en la calle y la almacenaría amorosamente en el garaje. Clyde trabajó hasta tarde esa noche, preocupándose por la lona. Desiree seguía trayendo cosas; sacó la máquina de coser, para hacerle ropa a Maggie. Había insistido, muy adecuadamente, en llevarse la camioneta y no la ranchera; la ranchera era el coche de la familia, un vehículo mucho más seguro y limpio en el que llevar a Maggie, y la camioneta era el vehículo adecuado para llevar a una guerra.

A Clyde le preocupaba la camioneta, así que le cambió el aceite, comprobó los demás niveles y le explicó a Desiree cómo cambiar una rueda pinchada. Le preocupaba que la lluvia destrozase las cosas de Desiree, así que colocó la Gran Lona Negra en el fondo, cargó sus cosas encima y luego cerró la lona cubriéndolo todo cuando Desiree le prometió —insistió— en que ya había terminado de sacar cosas. Equipaje nuevo, ropa en bolsas de basura blancas, cajas de zapatos llenas de fotografías familiares, fotografías enmarcadas en bonitas bolsas de grandes almacenes, la máquina de coser, un par de almohadas de repuesto con sus fundas de flores llamativas, un teléfono desconectado con un cordón enrollado a su alrededor, el uniforme de gala de Desiree, un montón de novelas y revistas... todo oculto bajo el sudario de la Gran Lona Negra.

La lona empezó a moverse aparentemente por voluntad propia. Clyde de alzó la vista, sorprendido, y vio a Dick Dhont. Dick había llegado, había aparcado en la calle, se había acercado sin decir nada y había agarrado una esquina de la lona. Era la una menos cuarto de la mañana.

La lona era lo suficientemente grande para tapar todas las cosas de Desiree y pasar generosamente por encima, pero los dos hombres sabían que a Desiree le gustaba ir a entre ciento treinta y cinco y ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora, a menos que estuviese en la ciudad, donde no pasaba de cincuenta. Sin ni siquiera ponerse de acuerdo, ataron la lona para que no se abriese cuando Desiree volase por la interestatal.

Dieron varias vueltas más a la camioneta y cada hombre concluyó con cierta renuencia que el trabajo estaba acabado, las cosas de Desiree inmovilizadas tan firmemente como un oponente recién atrapado por un Dhont y no quedaba nada de lo que preocuparse. Dick Dhont rebuscó en el asiento de la camioneta, encontró el atlas de carreteras de Clyde, que ya tenía cinco años, lo abrió para sacar el mapa de Kansas y lo colocó cuidadosamente en el asiento contiguo al que Desiree ocuparía al día siguiente. Clyde se avergonzó de no haberlo pensado.

Dick entró para ver a Desiree; tenía que trabajar por la mañana y no podría despedirse entonces. Clyde se sentó en la hierba del jardín delantero y esperó. Un lote de plástico se malogró en Plásticos Nishnabotna y erupcionó en la torre como la detonación de un pozo petrolífero, llenando todo el vecindario con una tenue luz fantasmal. Pasados unos minutos, Dick salió por la puerta principal, la cerró con cuidado para luego volverse y correr hacia su coche. Se sentó al volante unos minutos, con los hombros hundidos y sollozando, para luego arrancar y alejarse, olvidándose de encender los faros.

Clyde apagó la luz del garaje y entró. Se encontró a Desiree tendida en el sofá del salón con Maggie acunada contra ella. Tenía el camisón desabrochado y un pecho fuera. La dormida Maggie lo acariciaba. Sus labios empezaron a chupar aire y una sonrisilla apareció en su cara.

Clyde llevaba tanto tiempo con los turnos nocturnos que no creía que fuese a

tener mucha suerte con eso de dormirse; era demasiado difícil perder el hábito. Así que se puso cómodo en el salón, giró la televisión hacia la silla para que la luz parpadeante no molestase a las chicas y miró la tele un rato, sobre todo la CNN. Sólo se hablaba de la operación Escudo del Desierto, del presidente Bush zumbando por Maine en su lancha y de convoyes de vehículos militares pesados convergiendo en las bases aéreas de todo el país, sobre todo en el sudeste. Emitieron un fragmento sobre un profesor de Ohio al que habían llamado y que se había presentado ante sus alumnos vestido de uniforme para dar su última clase, explicándoles adonde iba y por qué. Los niños parecían tan conmovidos como Dick Dhont.

Luego sonó el timbre, el sonido se fue apagando y la puerta delantera se abrió. Eran la señora Dhont y dos de las esposas Dhont. Era por la mañana. Clyde intentó sentarse en el sillón reclinable pero descubrió que le habían puesto a Maggie, envuelta en mantas color rosa, sobre el pecho. Desiree ya no estaba. Se estaba duchando. Oía el gemido de las cañerías de la casa y podía oler a champú.

Becky, la más antigua de las esposas Dhont, se acercó y apartó a Maggie del pecho de Clyde para acunarla ella misma, dejando a Clyde solo, como si en la ceremonia que se aproximaba tuviese un papel preestablecido que no tuviese nada que ver con cuidar de Maggie. La señora Dhont y la otra esposa Dhont se atarearon en la cocina preparando un nutritivo desayuno Dhont. Sabiendo que Desiree se había alejado de las tradiciones dietéticas de la familia, habían traído los artículos necesarios: dos paquetes gruesos de salchichas caseras, huevos todavía calientes de las gallinas, botellas de leche con la nata todavía en la parte superior.

Clyde se encontró sin nada que hacer. Salió y dio unas cuantas vueltas más a la camioneta.

Cuando entró, Desiree ya había salido de la ducha con el pelo húmedo y oliendo a melocotones. Se había puesto tejanos y una camiseta para el viaje. Pasaron algunos minutos besuqueándose y acariciándose en el dormitorio como si ése fuese un día como cualquier otro, para luego bajar, de la mano, a tomar el desayuno. Las mujeres Dhont habían preparado una comida perfecta para alimentar a todo un ejército. Clyde expresó el asombro habitual pero se sintió dolido; le recordaba en exceso lo que iba a pasar.

Aun así, pensó mientras masticaba la salchicha, la situación no sería mejor si Desiree hubiese comprado un McMuffin en el servicio para coches a la salida del pueblo. No tenía nada de malo conmemorar la ocasión, dejando expuestas todas las emociones, como tendían a hacer las mujeres en general y las Dhont en particular. Simplemente no era la forma Banks de hacer las cosas y jamás se acostumbraría.

Después del desayuno Desiree se tomó un vaso entero de agua, como hacía

cuando estaba a punto de dar el pecho, y se llevó a Maggie aparte durante un cuarto de hora. Cuando volvieron, Maggie gorjeaba y era feliz, y Desiree tenía lágrimas en la cara, sabiendo que jamás volvería a dar el pecho a su hija. Se iba y pronto dejaría de producir leche. Dio besos y abrazos a su madre y a sus cuñadas, para luego pasar el bebé a Clyde, quien se lo pasó a Becky. Clyde siguió a Desiree al garaje, mareado.

—Adiós —dijo ella—. Te llamaré desde la carretera. —Le dio al arranque y el motor gimió un buen rato y el corazón de Clyde dio un salto con la esperanza de que no arrancase; luego el motor arrancó y él se sintió débil e inútil. Desiree le dio gas un par de veces, como Clyde le había dicho que no hiciera, para luego salir lentamente del garaje.

Todos los vecinos habían salido a la entrada y agitaban banderas americanas, pañuelos y cintas amarillas. Desiree hizo sonar la bocina, puso primera y se alejó, dándole a la bocina intermitentemente al recorrer la calle, girándose ocasionalmente para saludar a Clyde; sus pequeños dedos agitándose en la ventanilla trasera de la camioneta por encima de la sombra de la Gran Lona Negra toda cruzada por cuerdas.

Y desapareció. Se fue a la guerra. Todos los vecinos miraron a Clyde, de pie en medio de la puerta del garaje. Les dio la espalda y, al verse atrapado sin lugar al que ir, se subió a la ranchera y le dio al mando de apertura. La puerta del garaje se cerró. Cerró la puerta de la ranchera y se encontró solo en un lugar oscuro y tranquilo. Se inclinó hasta descansar la frente en el salpicadero granate de la ranchera. Después de un tiempo el cuerpo comenzó a sollozar y estremecerse, y lloró por primera vez desde que tenía catorce años.

CAPÍTULO 29

Septiembre

—¿Es tu primera vez?

El decano Kenneth Knightly, conduciendo su ZX destrozado por el óxido atravesando el puente de la interestatal Ochenta sobre el Misisipi, miró a Kevin Vandeventer, sentado en el asiento del pasajero con la ventanilla bajada hasta la mitad, intentando luchar contra el humo de cigarrillo de Knightly. Aunque el viento que entraba por los agujeros de óxido del suelo eran más efectivos que cualquier ventanilla.

—¿Mi primera qué? —respondió Kevin un tanto ofendido. No le caía bien el decano, sus botas de vaquero, su Camel sin filtro, su acento tejano, su americana azul de gran almacén. En resumen, no le gustaba el hecho de que el decano, a pesar de su buena posición, no hiciese nada por ocultar sus raíces agroamericanas—. He ido a Washington en varias ocasiones por asuntos del doctor Larsen, pero creo que ésta es la primera vez que tengo que asistir a esta reunión.

Knightly estaba picado. Aquel renacuajo con el pelo engominado le caía tan mal como él a Kevin. En parte, no le caía bien por la razón simple y evidente de que era un mierdecilla arrogante con un doctorado recién logrado y un armario lleno de trajes que todavía tenían la etiqueta del precio de saldo donde los había comprado. Pero eso era lo habitual. Realmente le caía mal porque trabajaba para Larsen, y Larsen era un malvado.

—Bien, entonces, deja que te cuente un poco de lo que haremos hoy, representando a la Universidad de Iowa Oriental. Asistiremos a la trigésimo octava..., creo que en el programa usan números romanos, por lo que creo que es la equis, equis, equis, uve, i, i, i. Es uno de los más antiguos mercados, posteriores a la guerra, de intercambio de esclavos blancos del mundo, aunque ahora sobre todo vendemos a marrones, negros y amarillos.

Intentaba provocar a Kevin, y Kevin se sentía demasiado provocado para saber qué hacer.

—Está bien que tú seas un cínico, pero nuestro trabajo, en nuestros

laboratorios, consiste en salvar vidas y en hacer que el mundo sea un lugar mejor.

El decano se echó a reír.

—¿Cuántas lleva ya el Hacedor de Lluvia? ¿Doscientos cincuenta millones de vidas? —Apuró el cigarrillo y lanzó la colilla por un agujero del suelo—. Mira. Entiéndelo. De tu trabajo salen algunas cosas buenas..., la gente come, los estudiantes aprenden. Pero en las casas de putas también nacen algunos bebés maravillosos. Y tú, doctor Vandeventer, trabajas para el equivalente intelectual y multinacional de una casa de putas en la que, para lograr fines legítimos, tu chulo magnífico, el puto hijo de un contrabandista, ofrece servicios a cambio de mucho dinero, violando leyes, tratados y cualquier norma ética y moral... y trabajando contra los intereses nacionales de su propio país.

—¡Dios! —exclamó Kevin. Le habían educado para ser siempre amable, cortés y no estar abiertamente en desacuerdo..., sobre todo con alguien con quien estás a punto de pasar todo un día metido en coches y aviones. Le desequilibró el súbito ataque de Knightly.

—Oh, para él trabajan los mejores contables entre Chicago y Denver. Pero por favor, no me vengas con la cantinela de hacer que el mundo sea un lugar mejor. ¿Qué hay de esos jordanos falsos que estás trayendo?

—¿Qué quieres decir?

—Coño, doctor Vandeventer, conozco esa región. Por amor de Dios, he estado allí. Conozco los acentos. Sé cómo hablan, cómo caminan, cómo se visten y cómo piensan. Y si eso son jordanos, entonces tú eres Kim Basinger.

—Son estudiantes internacionales legalmente autorizados, con visado del Gobierno de Jordania y confirmados por nuestra embajada en Animan. Están legalmente en este país con los permisos adecuados.

—Sí. Claro. Bien, yo tengo mi propia red y mi propia experiencia, y puedo afirmar que la mayoría de ellos son iraquíes. ¿Y sabes qué?

Creo que, en el fondo, bajo todo eso de hacer que el mundo sea un lugar mejor, tú sabes que son iraquíes.

Kevin enrojeció, apretó los dientes y se conmocionó al comprobar que se habían empezado a formar lágrimas en sus ojos. Esa situación se parecía en exceso al pasado, cuando recibía las reprimendas verbales de su padre.

Knightly tenía razón. Kevin no lo sabía con certeza, todavía no era una idea consciente, pero había empezado a unir las piezas en el fondo de su mente.

Junto con las lágrimas incipientes, había empezado a moquear. Lloraba con demasiada facilidad. Se sacó un pañuelo del bolsillo, se sonó y contuvo las lágrimas. Creyó haber hecho muy buen trabajo controlándose antes de que Knightly se diese cuenta. Pero cuando Knightly volvió a largar, su voz fue mucho más amable, como si se hubiese dado cuenta y se sintiese mal. Kevin se sintió increíblemente humillado por ese gesto.

—Mira, Kevin. Quizá me sienta celoso. Yo estoy jugando a lo mismo..., aunque a otro nivel, y soy legal. Pero es el mismo juego. De eso va esta reunión.

Extrañamente, Kevin sintió que empezaba a relajarse. Desde la magia con los formularios W-2, se había hecho preguntas, pero jamás se había atrevido a plantearlas.

Knighly añadió:

—Deja que te hable de la Asociación Nacional de Estudiantes Internacionales de Ciencia, NAISS. Lo pronunciamos tal como suena^[4]. Debió de ser cosa del Departamento de Relaciones Públicas de Larsen. Verás a gente de prácticamente todas las instituciones educativas de Estados Unidos y a representantes de todos los países del mundo. Es un mercado. Los extranjeros, sobre todo los de países realmente pobres, nos dejarán tener a sus individuos más inteligentes durante unos años y usarlos, como si fuesen esclavos contratados, para ganar dinero nosotros. Luego se los enviamos de vuelta con algunas iniciales detrás del nombre y un sombrero que no se pueden poner en público, permanentemente alienados de su cultura y de su identidad. Nosotros tomamos a esas personas con talento y el dinero que traen con ellas, las usamos para mantener nuestros laboratorios, impartir nuestras clases e investigar durante cuatro o cinco años, y luego las enviamos de vuelta para que se conviertan en nuestros satélites. Como pasa con el equipo de atletismo y sus maravillosos estudiantes con los que se ganan millones de dólares destruyendo sus cuerpos en el proceso para luego expulsarlos al mundo. En cualquier caso, la NAISS es el mercado en el que burócratas y universidades llegan a acuerdos que garanticen el suministro de materia gris desde Tombuctú. —Knighly agitó la cabeza con sorna—. Y nosotros declaramos que les hacemos un favor a ellos. ¿Tienes alguna idea de lo que le pasaría a nuestro sistema si se interrumpiese ese flujo de chicos?

No hablaron mucho más mientras Knighly llevaba su ZX por el territorio ondulado del norte de Illinois, por los límites de Chicago y hasta el aeropuerto Midway. Kevin intentó tranquilizarse repasando su lista mental por decimosegunda vez. Había apagado el aire acondicionado del apartamento, el horno y los quemadores. La plancha estaba desenchufada. Había dejado direcciones y números de contacto. El especialista en viajes de Larsen, contratado a tiempo completo, le había reservado una habitación en el Holiday Inn de Rosslyn, justo al otro lado del puente Key y de Georgetown, donde se celebraría la reunión, y a sólo cuatro manzanas del apartamento de Betsy... y el de Margaret.

Una vez limpiado tranquilizadamente su escritorio mental, la realidad regresó, y con ella los miedos y las ansiedades. Durante los últimos meses le había preocupado constantemente una posible inspección de Hacienda. El caso Habibi y el interés continuo de Clyde Banks por el asunto también le inquietaban. Ahora, a esas molestas ansiedades superficiales se añadía el miedo mucho más

profundo por el asunto de los nuevos estudiantes jordanos. Antes de la llegada de los nuevos a Wapsipinicon, a mediados de julio, todos los días hablaba con sus amigos de la embajada jordana... en ocasiones varias veces al día. Desde entonces no le habían llamado ni una vez, y cuando llamaba él, siempre estaban reunidos o de viaje.

Ya se le había ocurrido que si tenía problemas podría esperar muy poca ayuda por parte del Hacedor de Lluvia. Larsen trataba a Kevin con el mismo respeto que al teclado de su portátil... como algo útil, funcional y, sobre todo, reemplazable. Cuanta más autoridad le concedía Larsen —cuanto más profundizaba Kevin en sus negocios— más se alejaba Larsen personalmente. Las entrañas de Kevin sufrieron un espasmo y sintió que le faltaba el aliento. Repasó su mantra: «Estoy bien. No ha cambiado nada. No tengo más que controlar el alcohol y mantenerme tranquilo. No he hecho nada malo.» Subieron a bordo con las bolsas y encontraron dónde guardarlas. Tenían asientos contiguos. El decano Knightly ocupó la ventanilla y pareció disfrutar de la vista de Chicago en contraste con las aguas azul profundo del lago Michigan. Podía mirar casi directamente su amado Wrigley Field, donde los Pirates masacraban a los Cubs.

Cuando las azafatas hubieron servido los bocadillos, Knightly retomó la conversación donde la había dejado.

—Mira, en la NAISS hay mesas redondas, almuerzos, discursos y demás. Puedes ir si quieres. O encontrarte con gente como tú, muchos de los cuales buscan la forma de beber a costa de otro o acostarse en la cama de otro, o dar con la gerontocracia de la NAISS, personas que desean que les den la mano y les concedan premios por sus servicios distinguidos. La verdadera acción estará en los bares o en las suites de los hoteles. Me gusta ver cómo la gente se manipula mutuamente y ver a mis viejos amigos: a los dos que tengo. Así que cuando llegemos al Nacional no me volverás a ver.

No era ningún problema para Kevin, que en Washington sólo deseaba ver a una persona. Para su inmenso deleite, Margaret le había dejado un mensaje en el hotel, diciéndole que se pasaría después del trabajo para tomar algo juntos. Kevin estaba convencido de que podría convertir la copa en una cena... y si lo lograba, ¿qué le impediría convertir la cena en algo más íntimo?

Se duchó y se afeitó por segunda vez ese día, dejándose la piel resentida e irritada. Luego hizo una reserva para cenar en un restaurante caribeño chulo de Adams-Morgan.

Se encontró con Margaret en el vestíbulo y tomaron el ascensor hasta el último piso del hotel. Tenía un aspecto demasiado bueno para ser cierto... Kevin no podía creer que acabara de terminar un largo día de trabajo. Betsy siempre parecía destrozada y agotada cuando volvía de trabajar... quizá porque insistía en

ir siempre caminando.

« Por favor, esperen aquí », decía el cartel. Margaret pasó y se apropió de la mejor mesa del bar, junto a la ventana, mirando a Roosevelt. Pidió un refresco; Kevin pidió Stoli seco.

—Y algo de picar.

—Algo de picar —repitió el camarero, imitando descaradamente las vocales de campo de Kevin—. ¿Piedras o paredes?

—Galletitas y cacahuets, gilipollas —dijo Kevin. El camarero alzó las cejas, se volvió y se alejó tecleando en su bloc electrónico.

—No es una buena noche, ¿eh? —dijo Margaret, sosteniéndole la mano durante un momento. La sensación subió por el brazo y estalló en su cerebro—. ¿Qué te incomoda?

Kevin se recostó. Quería pasarse la noche mirando el rostro de Margaret, pero ella le observaba con una mirada penetrante que le obligó a apartar la vista. Miró por el ventanal el atasco de tráfico en el paseo y el puente Roosevelt, los aviones que aterrizaban en el Nacional.

—Estamos muy lejos del condado de Forks, Iowa —dijo—. Y Forks está muy lejos de la granja de patatas. Mucha gente viene a Washington como si nada... utilizan la ciudad como si fuese una cabina telefónica pública. Para mí es muy importante. —Agitó la cabeza—. Mierda. Siento tantos celos de Betsy. El trabajo que hace. El acceso que tiene. ¡Habló con el presidente!

—Kevin, si supieses...

—Sí, sí, sé que en su trabajo tiene también grandes problemas. Pero el mío también. ¡Si tú supieras los problemas que tengo! —Rio—. Lo aguanto porque me trae hasta aquí. A Washington, donde todas las noches puedo mirar río abajo hasta Jefferson. Y salir con mujeres increíblemente hermosas como tú.

—¿Mujeres? ¿Tienes a más de una?

Kevin enrojeció, horrorizado por el error que había cometido. Pero Margaret se rió... Sólo le chinchaba.

Nunca se había sincerado tanto con ella. Hasta esa noche, sólo había fingido. Había hecho lo posible por hacerle creer que era uno de esos que conocían los entresijos del Gobierno. Le resultaba muy agradable descargarse. A Margaret no parecía importarle... Todavía no se había puesto de pie para salir corriendo de allí. Es más, le sonreía cálidamente, deseosa de oír más.

—Cuéntame lo del problema —dijo—. ¿Qué te inquieta?

—Probablemente haya tomado muy malas decisiones, Margaret. Si me voy ahora, podría conseguir trabajo como profesor contratado en alguna facultad de mierda por la zona de Misisipí. Si cabalgo la ola, puede que acabe bien.

—Depende de la dirección de la ola —dijo ella.

—Vale —dijo Kevin, y vació el vaso de un trago—. Te lo contaré. Demonios, eres de la CIA, estás aislada de todos los asuntos nacionales, y esto es nacional,

por lo que no debería interferir en tu trabajo... ¿no?

Margaret se encogió de hombros.

—No puedo hablar sobre mi trabajo —dijo.

—Sé lo que haces —dijo Kevin—. Te sientas delante de una estación de trabajo y escribes informes, como mi hermana. —Pero en realidad a Kevin no le importaba. Tenía que contarle ahora. Así que se puso a contárselo todo... Cómo había logrado entrar, años antes, en el imperio del Hacedor de Lluvia llegando hasta lo más alto, y cómo cierta tarea extraña había aparecido en su escritorio en mayo, relacionada con unos estudiantes graduados jordanos que debían imperiosamente entrar en el país no más tarde de mediados de julio y que parecían contar con el apoyo de una cantidad infinita de dinero e influencia. Le contó lo de todos los hilos de los que había tirado, la burocracia que había manipulado, las mentirijillas que había contado, las leyes y reglas que había forzado para lograrlo. Después de usarlo para sus propósitos, sus amigos jordanos lo habían tirado como un condón usado, y en las últimas semanas Larsen se había distanciado.

En cierto momento se dio cuenta de que llevaba hablando una hora entera y que se había tomado tres o cuatro Stolis. Pagó la cuenta y llevó a Margaret al garaje, donde había aparcado el coche alquilado.

—Ahora que he derribado mi fachada de ser el manipulador de Washington definitivo —dijo—, ¿crees que podrías indicarme el camino a Adams-Morgan?

—Fácil —dijo ella—. Dame las llaves y conduzco yo.

—Es de alquiler... No eres una conductora autorizada —dijo.

—Ni tú tampoco, después de cinco vodkas en hora y media —le respondió—. ¿Pedimos un taxi?

—Vale, vale —dijo, y le dio las llaves.

Los llevó por el puente Key, atravesando la extraña mezcla de pijo y hortera que era Georgetown, y llegaron a la avenida Rock Creek.

—Un atajo secreto al norte —dijo ella, acelerando en una curva hacia un valle boscoso. Unos minutos después tomaron una rampa de salida y aparecieron en una zona diferente. Margaret enfiló al este, hacia la frontera entre el oeste afluyente del distrito y el este en guerra, para llegar a una calle bulliciosa e iluminada de neón llena de restaurantes étnicos, antros de comida rápida, quioscos y bodegas. Era la antítesis de Wapsipinicon y resultaba bastante exótico incluso para Washington. Margaret se detuvo delante del restaurante.

—Sal —le dijo— y pillá una mesa. Yo aparco.

—¿Estás de coña? —dijo—. Todavía tengo dentro de mí la cantidad suficiente de macho imbécil para no dejarte caminar sola por aquí.

—Como quieras —dijo ella, y luego pasaron quince minutos buscando un sitio. Los círculos cada vez más amplios de la búsqueda los llevaron a zonas más tenebrosas y menos agradables del vecindario; finalmente dieron con un hueco

en la calle, debajo de una farola, a una manzana del flujo principal. Desde el coche parecía tenebroso y peligroso, pero cuando salieron y se pusieron a caminar por la acera no les pareció tan mal. Había muchos peatones, hispanos de todas las edades y sexos.

El restaurante estuvo genial... Kevin había elegido bien. Cerveza caribeña helada. Pollo, frijoles negros, arroz, carne al curry en pan plano, emperador a la plancha. No volvieron a hablar de los problemas de Kevin. En lugar de eso hablaron de sus investigaciones y sus sueños.

En el fondo Kevin era vagamente consciente de que habían pasado todo el tiempo hablando de él y que él apenas sabía nada sobre Margaret. Pero no era culpa suya. Era difícil conseguir que una mujer hablase cuando su trabajo era secreto y su pasado familiar, aparentemente, un tema tan delicado que debía evitarse a toda costa. Anotó mentalmente corregir ese desequilibrio en algún momento.

Pero no sería esa noche. Todo iba demasiado bien.

Kevin cargó la comida y las copas en su tarjeta y salieron a la noche. La multitud de la calle era diferente, en su mayoría eran jóvenes, no gente de todas las edades como antes. Y cuando abandonaron la calle principal camino del vecindario desolado donde habían aparcado, las aceras estaban desiertas menos por un par de jóvenes hispanos que cargaban con una batería que acababan de arrancarle a un vehículo.

—Espero que no sea la nuestra —dijo Kevin, y no pudo evitar reír.

Margaret le soltó el brazo y abrió el bolso.

—¿Qué haces? —dijo él.

—Busco las llaves del coche.

Camínaron unos metros más.

—¿Dónde están? —preguntó él.

—¿El qué?

—Las llaves del coche. Has dicho que las buscabas.

Margaret no dijo nada. Kevin se sacó las llaves del bolsillo y las agitó.

—Me las has dado a mí, ¿recuerdas? —Sonrió encantado, pero ella no pareció encontrarlo gracioso. Más todavía, ni siquiera parecía estar prestándole atención —. ¿Dónde está la maldita farola en la que aparcamos? —dijo, mirando calle arriba.

—Tres coches más allá —dijo—. Se ha apagado por alguna razón. —Se detuvo—. Kevin, esto no me gusta. Vámonos.

—¿Vámonos? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, de vuelta a la calle principal.

—Margaret, el coche está ahí mismo. Si quieres irte, deberíamos irnos en coche.

A Kevin le parecía más que evidente. Por alguna razón, a Margaret no le

convención. Se quedó allí, indecisa, un momento, luego avanzó y le quitó las llaves a Kevin.

—Vamos —dijo.

Ya estaba sentada y metiendo la llave antes de que él hubiese podido abrir la puerta. Pero cuando Kevin se sentó y cerró la portezuela, ella ya estaba frenética.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa?

—No arranca.

—¿Quieres que pruebe yo?

—¡Siéntate y no te muevas! —dijo con voz dura, la voz de alguien acostumbrado a dar órdenes. Kevin la miró, asombrado, y vio que miraba por el parabrisas.

Kevin miró también y vio a un hombre, en la acera, junto al coche. Un hombre corpulento con una sudadera con capucha, con la capucha cubriéndole la cabeza. Tenía la piel oscura, un gran bigote y gafas de sol. Se sacaba algo de la cintura.

Oyó a su izquierda un chasquido metálico. Miró para ver que Margaret había metido la mano entre las piernas, en busca del bolso, y había sacado algo grande y pesado.

Era una pistola. Una semiautomática. Justo delante de la cara de Kevin. Podía ver el nombre del fabricante y el número de serie estampado en el cañón. Acababa de cargar una bala. Estaba amartillada. Gritó algo. No a Kevin, sino a la persona de fuera. En el exterior del coche, dos voces masculinas diferentes comenzaron a gritar en una lengua desconocida. Parecían sobresaltados y molestos. Pero Kevin tenía la vista fija en el arma, delante de su cara. Vio que el percutor saltaba.

Luego, durante un buen rato, sólo oyó disparos.

El parabrisas se rompió de inmediato. No se desmoronó pero se convirtió en una red de grietas, por lo que se volvió casi opaco. Las figuras del exterior eran sombras vagas, totalmente desenfocadas. Kevin se había dado cuenta de que había otra más en la calle, en el lado de Margaret.

Las roturas del vidrio destellaban cuando saltaban las llamas de la pistola de Margaret o de las armas del exterior, y en esos momentos todo el parabrisas parecía convertirse en una lámina de fuego. En algunos puntos el parabrisas tenía grandes agujeros circulares. El número de agujeros se fue incrementando a medida que continuaban las explosiones.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que llevaba tiempo sin oír ninguna. Seguían sentados, él y Margaret, igual que unos momentos antes, cuando se disponía a arrancar el coche, a punto de volver a la habitación de hotel de Kevin para realizar más actividades sociales no especificadas. Pero buena parte del

parabrisas había desaparecido y el coche estaba lleno de humo. El llavero seguía colgando del contacto, como un péndulo.

En ese momento recordó lo que Margaret había gritado tras sacar la pistola y antes de que se iniciasen los disparos. Había gritado: « ¡FBI! ¡FBI!»

—¿Qué ha sido eso?—preguntó.

Margaret no respondió.

CAPÍTULO 30

Exceptuando la visita esporádica del potente transporte Antonov, la pista de casi cuatro kilómetros del aeropuerto regional de Forks sólo se usaba un par de semanas al año, cuando la unidad de la Guardia Nacional realizaba sus maniobras anuales. Los chicos se reunían en el aeropuerto y apoyaban las bicicletas en la verja para ver cómo los C-141 y a veces algún C-5A manchaban la pista con largas rayas de goma fundida.

La unidad de la Guardia había sido movilizada de inmediato tras la invasión, y la pista se usaba más. Doug Parsons, el profesor de taller del instituto de Nishnabotna, fue apartado de sus clases para ponerse otra vez el uniforme y volver a la cabina para pilotar un C-141 de aquí a allá, primero en viajes cortos dentro del territorio continental de Estados Unidos y luego en viajes épicos a Arabia Saudita.

Bastante tráfico entraba y salía de Fort Riley, donde estaba destinada Desiree, y por tanto durante el mes de septiembre pudo regresar a Forks en tres ocasiones. Eso la tranquilizaba, porque estaba preocupada de que su bebé olvidara su voz y su cara. Cuando pasó una semana y media sin que Desiree pudiese encontrar un vuelo de regreso, Clyde compró un billete de avión y se llevó a Maggie en un estresante vuelo con tres escalas hasta Fort Riley. Se alojaron ilegalmente en la zona de oficiales durante un par de noches y luego volvieron a casa.

Cada minuto de septiembre duró una eternidad. Cuando Clyde estaba trabajando, se preocupaba por Maggie, que normalmente estaba al cuidado de una de las esposas Dhont. En realidad, no había nada de lo que preocuparse, pero se preocupaba igualmente y no veía la hora de terminar el turno. Cuando estaba de campaña, yendo de puerta en puerta con Maggie a la espalda, miraba la hora entre casas y siempre quedaba perplejo por el poco tiempo que había pasado. Y el tiempo que pasaba cuidando de Maggie era el peor. Amaba al bichito, pero no se podía concentrar en ella como hacía Desiree. El bebé era el centro de la atención de Desiree; podía concentrarse durante horas en Maggie y sólo en Maggie; el bebé desplazaba cualquier otra idea de su mente.

No era así con Clyde. Él y su esposa habían llegado al acuerdo de que ella se ocupaba de las tácticas de criar a la niña y él se ocupaba de la estrategia, siempre un par de pasos por delante de ellas, con la maza en la mano, prestando atención a posibles pozos de brea y tigres dientes de sable. Siempre estaba pensando en cómo cambiar el cableado del apartamento para poder alquilarlo al mes siguiente y obtener ingresos que pudiese desviar a la cuenta para la universidad de Maggie, o se ocupaba de cambiar el aceite de la ranchera. Intentó adaptar su cerebro al papel de Desiree y le resultó imposible. Se sentaba, metiendo papilla en la boca de la niña, y en lugar de convertir cada cucharada en un acontecimiento y alabar generosamente a Maggie por sus grandes habilidades para tragar puré, movía la cuchara como un robot industrial, mirando fijamente una ardilla del patio o algún otro punto irrelevante, sin decir nada en absoluto.

Desiree escribía cartas, a pesar de que todas las noches hablaban por teléfono y se veían casi todas las semanas, por lo que Clyde se enteraba de cada noticia por partida triple. A pesar de que el Ejército parecía estar preparándose para la guerra, las enfermeras no solían estar ocupadas. No la habían destinado al hospital principal de la base, sino a una clínica externa, sustituyendo a otras enfermeras que habían sido enviadas a California para entrenarse en el desierto. Era mucho más probable que viese a hijos y esposas o esposos de los soldados, y a jubilados, que a los propios soldados. Pero después de un par de semanas la situación cambió:

La próxima semana llegará el primer grupo de reservistas. Nos preparamos para procesarlos. Traducción: tu mujer pasará las próximas dos semanas clavando agujas en culos. Así que volveré a hacer las maletas y me trasladaré más cerca del hospital principal. Me temo que ya no tendré habitaciones privadas. El Ejército llamó a un montón de cirujanos cardiovasculares y los alojó en barracones sin mantas. Armaron un escándalo, pero al Ejército no le importa porque pertenecen al Ejército y no hay nada que hacer. Ahora tengo algunas amigas entre las otras enfermeras. Resulta que llevaba la insignia en el lado equivocado. Pero todos estamos un poco oxidados y en el cuerpo médico las cosas siempre fueron un poco más informales, así que no me hicieron pelar patatas ni nada parecido. Pero me han advertido que las cosas serán más estrictas cuando, si llega a suceder, nos acerquemos a la acción.

A pesar de que cada minuto de septiembre duraba una eternidad, el mes en sí pasó volando. Comenzando en el Día del Trabajo, el doctor Jerry Tompkins, para obtener un poco de publicidad gratuita, había empezado a enviar a los periódicos resultados semanales de estimación de voto, y éstos indicaban que en las

semanas posteriores al traslado de Desiree a Fort Riley la popularidad de Clyde había subido hasta situarse a pocos puntos del sheriff Mallowney. Era un pequeño consuelo para Clyde, a quien ya no le importaban las elecciones. Dedicó energías a seguir en campaña una o dos semanas, hasta que las encuestas demostraron que su popularidad había descendido hasta situarse más o menos donde estaba al principio. Las entrevistas de hombres-de-la-calle que publicaban en el *Times-Dispatch* sugerían que, desde el punto de vista del electorado, Clyde debía concentrarse en ocuparse de su bebé y no en hacer campaña o, ya puestos, en dirigir el Departamento del Sheriff.

Sueño con culos: culos blancos, culos negros, culos peludos, culos suaves, culos con granos. Algunos de los dueños de esos culos chillan y se quejan, pero en general se lo toman bastante bien. Algunas de esas personas se sorprendieron aun más que yo cuando las llamaron de la reserva. Creían (como yo) que no les tocaría. Algunos afirman tener dificultades, lo que me cabrea porque algunos tienen menos dificultades que yo. Si traes a Calabaza lo tendremos muy difícil para colarnos en donde los oficiales. Quizá podamos citarnos en Kansas City.

¿Recuerdas la cámara de gas de Correos?

Clyde la recordaba. Era una estructura baja de cemento situada cerca de la entrada de Correos, identificada como tal por un austero cartel militar. Cuando Desiree los recogió en el aeropuerto se la señaló y se rieron de aquel gesto tan propio del Ejército.

Bien, la han usado tanto que no lo creerías. Meten a los hombres dentro, les dan máscaras de gas, los exponen a gas lacrimógeno y luego les hacen practicar ponerse las máscaras en «condiciones de combate». Con suerte a los del cuerpo médico no nos obligarán a hacerlo. Pero dicen que Saddam dispone de muchas armas no convencionales, así que vamos a recibir mucho entrenamiento sobre trajes protectores, muerte por armas químicas y demás. Hablé con un médico que dice que ha vuelto a abrir los libros y que está aprendiendo todo lo posible sobre el carbunco. Me pregunto por qué... En todo caso, le dije que crecí en una granja y que soy inmune.

Era propio de Desiree: tomárselo a broma. Clyde se llevó las manos a la cara cuando lo leyó y se preguntó si alguien más del cuerpo médico se lo tomaba a broma.

Justo entonces llamaron a la puerta y Clyde salió corriendo a responder, por miedo a que un segundo timbrado despertase a Maggie de la siesta.

—¿Cómo muere la gente en el condado de Forks?

La pregunta la planteaba el doctor Kevin Vandeventer. Se había presentado inesperadamente, de forma muy similar a como Clyde había aparecido en la puerta de Kevin unas semanas antes. Pero Vandeventer no se presentaba a ningún cargo y por tanto no tenía ninguna buena excusa. Parecía diez años más viejo que durante la última conversación.

—¿Disculpa? —dijo Clyde a través de la puerta mosquitera—. Vandeventer no se había dignado todavía a decir hola-cómo-está. Clyde veía claramente que Vandeventer estaba fuera de sí y no quería que ese hombre trajese problemas al hogar Banks, que ya tenía bastantes. Maggie dormía, así que Clyde salió y se unió a Vandeventer en el porche. En el exterior la temperatura era de unos treinta y cinco grados. Clyde se puso a sudar de inmediato... algo que Vandeventer evidentemente llevaba haciendo desde hacía horas.

—¿Cómo muere la gente por aquí?

—¿Qué quieres decir? ¿Te apetece un poco de té helado?

Vandeventer no pareció oír la oferta.

—En Washington pasa varias veces al año que unos chicos negros van al oeste de la ciudad, roban a un tipo blanco con traje y, ya puestos, acaban disparándole hasta matarlo.

—Vaya —dijo Clyde.

—Claro está, cuando eso pasa, todos se muestran conmocionados y escandalizados... pero lo importante, Clyde, es que nadie se sorprende. Algo así no despierta las sospechas de nadie. —Se inclinó hacia la cara de Clyde mientras le decía esa última frase, para apartarse luego con expresión triunfal.

—A mí me parece muy sospechoso.

—Lo que quiero decir es que, si quisieras asesinar a alguien, y lo organizaras de manera que pareciese uno de esos crímenes, nadie, ni siquiera la policía de Washington, tendría razones para sospechar que fuese otra cosa.

—Vale —dijo Clyde, después de darle vueltas un momento—. Por tanto, has venido esta tarde para preguntarme: en caso de querer uno asesinar a alguien en Forks sin levantar las sospechas de la policía, ¿qué tipo de crimen tendría que simular?

—Exacto.

Clyde se lamió los labios y miró a la distancia, poniendo el cerebro en marcha. Pero Vandeventer le interrumpió.

—Simplemente, deja que te diga que si algo así me pasa, Clyde, investiga un poco más. Sé que cuando murió Marwan Habibi, tú fuiste el único policía de todo Forks que se molestó en investigar un poco más. Y confío en ti.

—¿Quieres decir que alguien intenta asesinarte?

—Eso es exactamente lo que digo.

Clyde miró inquisitivamente a Vandeventer, pero decidió dejarlo de momento.

—Bien —dijo al fin—, normalmente, cuando veo un cadáver por razones laborales, es un cadáver en un coche destrozado. —Estuvo a punto de lanzarse a una perorata sobre la mala gestión del sheriff Mallowney en lo que se refería a pillar a los conductores borrachos, pero Vandeventer no parecía estar de humor y, además, daba la impresión de que Clyde ya se había ganado su voto—. Además —añadió—, mucha gente se ahoga en el río, sobre todo en el rotatorio de la presa donde Habibi se pasó un par de semanas en el ciclo de centrifugado. También tenemos accidentes de caza, pero no estamos en temporada.

—Bien, Clyde, para que quede claro, no tengo intención de ir a nadar ni a cazar.

Los instintos de policía de Clyde se habían activado al fin.

—¿Quién crees que va a asesinarte?

—Los iraquíes —dijo Kevin.

De vez en cuando Clyde se encargaba de la tarea de llevar a un prisionero a la instalación estatal de salud mental de Iowa City para su evaluación, observación, tratamiento y, en ocasiones, estancia indefinida. En consecuencia, el doctor Kevin Vandeventer no era el primer residente de Forks, ni siquiera el primer doctor, que insistía en ser el objetivo de un intento de asesinato cuidadosamente disfrazado por parte de un Gobierno extranjero.

Había aprendido algunas reglas básicas para identificar ciertas categorías de enfermedades mentales y se puso a aplicar ese conocimiento rudimentario al caso de Kevin Vandeventer. Parecía sincero, racional y convincente. Pero siempre lo parecían... sobre todo los que tenían un doctorado.

—No sabía hasta ahora —dijo Clyde con cautela— que Bagdad estuviese desarrollando tales actividades dentro de nuestras fronteras.

Vandeventer se rió, con demasiada fuerza.

—Tú y yo, Clyde, somos cervatillos en el bosque. Mierda. La universidad no es más que un enorme nido de espías extranjeros.

—Lo sé —dijo Clyde. En parte intentaba tranquilizar a Vandeventer para que se fuese y dejase en paz a los Banks. La ausencia de Desiree había dejado un hueco horrible en la casa y sus vidas... una terrible herida en el pecho. Clyde se sentía como un soldado en el campo de batalla al que le han disparado en el abdomen y que está empleando ambas manos simplemente para evitar que las entrañas se le caigan al suelo. Sólo deseaba que Desiree volviese a casa. Y por tanto, cuando iba a verlo alguien sólo lograba dejar más patente su ausencia y agravar el dolor. Sinceramente, Kevin Vandeventer y su posible asesinato no podían importarle menos.

Pero Clyde de tampoco estaba mintiendo. En los meses transcurridos desde que

había recuperado el bote fatal de los juncos del embalse Pla-Mor e investigado el asesinato de Marwan Habibi, tras conocer a Fazoul y a su familia, había llegado a la conclusión de que la Universidad de Iowa Oriental era, como aseguraba Kevin, un pozo de serpientes donde se cocían intrigas extranjeras.

Y no podía importarle menos. Ya tenía problemas más que suficientes.

—Si ves algo extraño, llama a la policía —dijo Clyde—. Si tienes pruebas de la implicación de extranjeros, llama a Marcus Berry del FBI.

Kevin asintió ansioso, como si para él fuese un consejo absolutamente novedoso. Miraba expectante a Clyde, con los ojos relucientes.

Clyde suspiró profundamente. A través de la mosquitera oyó que Maggie se agitaba en la cuna, empezando a despertarse.

—Si nada de eso surte efecto, llama al viejo Clyde —dijo, deseando, mientras lo decía, poder darse una patada en el culo.

Kevin asintió y dio medio paso atrás. Pero seguía esperando algo.

Clyde dijo:

—Si apareces muerto o mutilado, intentaré investigar más allá de lo evidente.

—Gracias, Clyde —dijo Kevin Vandeventer. Como todos los paranoicos esquizofrénicos a los que Clyde había seguido la corriente de la misma forma, añadió—: ¡Vigila tu espalda! —Y le dio la suya a Clyde para bajar los escalones del hogar de los Banks con el paso cauteloso y medido de un hombre convencido de tener una diana pintada entre los omóplatos. O quizá simplemente no quisiese sudar.

CAPÍTULO 31

Larkin Schoendienst le había contado a Betsy que en Washington había dos formas de acabar con una iniciativa política sin dar la impresión de estar cometiendo un crimen. Una era la telaraña en la que una persona con una idea —habitualmente un joven brillante con una buena idea novedosa— era víctima de los burócratas que le rodeaban, que exclamaban: « ¡Vaya, qué buena idea! » Luego le lanzaban una red de requerimientos de notificación, requerimientos de asesoramiento o nuevos procedimientos contables. Pronto la persona y su idea quedaban inmovilizadas en un reluciente capullo que se dejaba de lado para ser devorado otro día.

El segundo método era el grupo de trabajo entre agencias.

—Debes recordar, Betsy —diría Schoendienst—, que el propósito de Washington no es resolver problemas. Si resolviésemos problemas, no quedaría nada que hacer y todos tendríamos que dedicarnos a algo honrado... a preparar hamburguesas o así. No, el propósito de Washington es conservar el puesto de trabajo, cosa que hacemos gestionando los problemas. No hay mayor logro que apropiarte de un problema, gestionar ese problema, cuidar de ese problema hasta que has llegado a la jubilación y, con suerte, has preparado a toda una nueva generación de jóvenes burócratas a la que podrás cedérselo. El propósito de un grupo de trabajo entre agencias es dedicar los recursos de varias agencias y todos los burócratas posibles a un nuevo problema prometedor que precisa de cuidados y mimos especiales.

Para entonces, Betsy ya se había acostumbrado al cinismo de aquel viejo alcohólico, pero recordó esas palabras durante la primera reunión del grupo en el enorme granero cubierto de antenas de Kennebunk-port. Pronto estuvo claro que era el circo privado de Millikan... una oportunidad de demostrar su poder, sobre todo a Hennessy. También quedó perfectamente claro que no había absolutamente ninguna razón para que ellos estuviesen allí... Simplemente era como tirar de la correa de un perro.

Mostraron algunas fotos nuevas obtenidas por satélite, que para Betsy, en sí

mismas, no habrían significado nada. Pero el representante de la DIA los guió pacientemente a través de una compleja cadena de análisis y deducciones para demostrar la portentosa importancia de esas fotografías: a saber, que los iraquíes habían adaptado sus misiles sudafricanos G-5 para llevar carga química y bacteriológica. No era de extrañar; nadie se había mostrado más dispuesto a usar esas armas que Saddam. Sin embargo, dos semanas después de la invasión, la idea de que los americanos pudiesen ser el blanco —en lugar de los kurdos o los turcos vakhanes— hacía que la información se volviese tenebrosamente urgente.

Después, volvieron a Washington y cada uno regresó a su respectivo papeleo. Betsy retomó su trabajo y, según dio por supuesto, también lo hicieron los demás miembros del grupo. La única diferencia era que debían reunirse una vez por semana, en el décimo piso del New Executive Office Building, para hablar acerca de sus avances, en una representación con personajes reales de la vieja fábula india de los ciegos y el elefante. Ya antes de ser nombrados para el grupo de trabajo, todos sus miembros habían estado terriblemente ocupados y la reunión semanal de dos horas era un recorte espantoso de tiempo. Dado que cada uno podría haberse limitado a leer el material entregado por los demás, al principio Betsy no comprendió por qué todos los lunes tenían que pasar por una presentación oral formal.

Todos los miembros del grupo de trabajo tenían preparadas sus presentaciones semanales y sus papeles semanales presentados, menos Hennessey, que se mantenía en silencio. La primera vez que sucedió, Betsy supuso que era una confusión. La segunda vez que sucedió comprendió que era un patrón y todos sus instintos de chica buena se sintieron horrorizados. ¿Qué dirían los contribuyentes? Cuando Hennessey se presentó a la tercera reunión sin nada que decir y nada que aportar, el grupo de trabajo sufrió un cambio sutil. Por el simple hecho de no decir nada, Hennessey se había ganado cierto aire de autoridad. Millikan, claro está, no presidía sus reuniones; lo hacía su ayudante, Dellinger. Dado que el papel de Dellinger parecía ser exclusivamente recordar una y otra vez al grupo que cualquier dato sustancial debía pasar por Millikan, los miembros del grupo dejaron pronto de prestarle atención. Se produjo una competición silenciosa. Cuando la gente tomaba asiento alrededor de la mesa, se volvía hacia Hennessey. Cuando hacían su presentación, miraban a Hennessey. Cuando uno de ellos entregaba un documento secreto recién redactado, el autor observaba la cara de Hennessey mientras éste lo hojeaba y, si Hennessey no se molestaba siquiera en hojearlo, el autor se mostraba humillado y a la defensiva durante el resto de la reunión. De esa forma, por el procedimiento de no hacer nada —reteniendo información— Hennessey se ganó cierto peso que le convirtió en una eminencia gris, en el indiscutible líder de hecho del grupo de trabajo de Millikan.

Los tipos de la NSF creían que los iraquíes habían estado realizando

investigaciones avanzadas en tecnología de ADN para desarrollar un método de modificar el código genético de sus fuerzas de forma que cuando atacasen con agentes químicos/biológicos (en este caso la distinción entre químico y biológico no era muy clara) sólo sobrevivieran los que tuviesen la protección genética. Tenía la ventaja de que los cambios del viento no alterarían la efectividad de las armas y el territorio conquistado podría ocuparse de inmediato. Tenían pruebas razonablemente sólidas de que los iraquíes habían intentado experimentar esas técnicas con animales y Betsy pudo apoyar la teoría con la información que había encontrado sobre la concesión de visados a estudiantes iraquíes para ir a facultades con programas avanzados de medicina veterinaria.

El Ejército conocía el gas. Llevaba trabajando con gas desde la Primera Guerra Mundial. Temía los gérmenes. Sabía poco sobre los gérmenes. Los militares se presentaron con sus gráficas y sus mapas meteorológicos para explicar cómo y por qué usarían gas los iraquíes. No eran estúpidos. Como el grupo se enfrentaba a la realidad, tuvo que afrontar la situación con las herramientas disponibles.

La gente de la NSA siempre se jactaba de saber cosas... y así era. Pero no se les daba bien organizar lo que sabían para hacer una presentación decente. Era como si fuesen propietarios de una inmensa tienda de muebles desordenada. Disponían de increíbles imágenes infrarrojas por satélite, podían localizar pequeños edificios susceptibles de ser centros de producción de armas biológicas, habían interceptado teléfonos, tenían controladas todas las cuentas corrientes iraquíes. Pero no tenían una idea global de lo que Saddam tramaba en la zona.

Un par de tipos del Tesoro compartieron ideas interesantes sobre el flujo de caja entrante y saliente de Irak, así como una explicación completa de la estructura financiera de la industria química europea tal y como había evolucionado desde los días de I. G. Farben. Pero de panorama general, nada.

El observador del Departamento de Estado informó al grupo sobre la política de su departamento: lanzar una campaña psicológica en todos los frentes para convencer a la gente de las tendencias hitlerianas de Saddam; empezar, a través de Mubarak, a aislar a Saddam dentro de la comunidad árabe; congelar todos los activos iraquíes, y usar las Naciones Unidas como punto de partida del contraataque. En el ámbito nacional, los expertos en relaciones públicas intentaban encontrar la mejor forma de justificar el envío de tropas estadounidenses a un desierto vasto y temible para enfrentarse a peligros desconocidos.

Spector y Betsy representaban a la Agencia y se repartieron el trabajo. Spector repasó todo lo que la Agencia había hecho sobre el asunto, desde todos los aspectos, con los vastos recursos de Langley, sin haber llegado a ninguna conclusión concreta excepto que Saddam probablemente tramaba algo. Betsy sacó todos sus archivos desde 1989 y todas sus notas personales, además de

recurrir a lo que había descubierto y lo que sospechaba sobre lo que pasaba en el dominio del profesor Larsen... y de todos los demás Larsen de otras universidades.

La noche en que atacaron a Kevin y a Margaret en Adams-Morgan fue la única alteración, horrorosa, de la vida en la telaraña en la que vivía Betsy desde su viaje a Kennebunkport. Aquel viernes por la noche había vuelto tarde del trabajo, porque quería terminar su informe para la reunión del lunes. Las calles de Rosslyn estaban repletas de estudiantes extranjeros y funcionarios de visita por la convención de la NAISS, que sólo servía para recordarle la futilidad de su investigación.

Cuando regresó al apartamento notó que el pasillo olía a vómito. El limpiador a base de amoníaco no había logrado eliminar el hedor. Aquello tenía relación con Kevin, seguro.

Abrió la puerta y se encontró a Kevin tendido en el sofá, como si estuviese moribundo, y a Cassie en la cocina, hablando en voz baja por teléfono. Cassie llevaba una camiseta y, encima, la funda del arma con el arma dentro.

Cassie interrumpió a quien estuviese al otro lado de la línea.

—¿Te puedo volver a llamar? —preguntó con voz ronca, y luego colgó sin esperar respuesta. Se volvió y miró a Betsy. Tenía los ojos rojos—. Me lo encontré desmayado delante de nuestra puerta con una botella de ginebra en el regazo —dijo—. Un desastre.

—Lo siento, Cassie. No deberías tener que aguantar este comportamiento.

—Ahórratelo. ¿Quieres saber por qué estaba aquí y en ese estado?

—¿Porque es un alcohólico?

—Los han asaltado.

—¡Asaltado! ¿Dónde?

—Adams-Morgan. Dos hispanos se les acercaron mientras estaban en el coche. Sacaron armas. Les exigieron el dinero. Algo salió mal. O quizá se pusieron nerviosos. Hubo disparos. Un par pasaron por encima de la cabeza de tu hermano. Algunos más dieron en el cuerpo de su amiga.

—¿Con quién estaba?

—Con nuestra vecina.

—¿Margaret está herida?

—Margaret —dijo Cassie— está muerta.

Kevin se había levantado a la mañana siguiente, se había negado a hablar de nada, había rechazado la comida y había rechazado que le llevaran al aeropuerto. Había contado una versión vaga de la historia muy similar a la de Cassie. Había regresado a Wapsipinicon y había dejado de contestar al teléfono. Pero seguía cambiando el mensaje del contestador varias veces al día, para que

todos supiesen que seguía allí.

Por lo que si alguien había intentado hacer callar a Kevin, lo había logrado.

El cuerpo de Margaret había vuelto a Oakland, California, la ciudad de sus padres, para un funeral con el ataúd cerrado.

El *Post* y el *Times* habían publicado su crónica de siempre, de la que sólo había que cambiar los nombres, sobre el asalto, que competía con las historias de otros cinco asesinatos cometidos en Washington y el condado de Prince George's esa misma noche. Al día siguiente habían publicado un análisis igualmente convencional sobre cómo la tasa increíblemente alta de asesinatos en el este del distrito rara vez pasaba al oeste, y que, cuando eso sucedía, la gente se alteraba más de lo debido. La policía seguía buscando a un par de hispanos a los que habían visto manipulando una farola poco antes del ataque.

Después, la prensa, aparentemente más preocupada por lo que pasaba en Kuwait y por asesinatos más recientes, se olvidó por completo del ataque contra la vida del hermano de Betsy y de la muerte de Margaret Park-O'Neil.

El resumen del informe de cincuenta páginas de Betsy era claro y concreto, e incluso Hennessey lo leyó.

Durante años, Bagdad había estado haciendo un esfuerzo coordinado en alta tecnología y ciencia puntera entre Estados árabes de similares inclinaciones, invirtiendo los recursos y la experiencia de la comunidad académica de Estados Unidos.

Durante los dos últimos años, importantes universidades de todo el país especializadas en temas agrícolas habían sido objeto por parte de Bagdad de un gran esfuerzo de investigación con el fin de perfeccionar un agente de guerra bacteriológica sencillo, efectivo y fácil de transportar.

Se habían producido cambios importantes en las facultades de ciencias iraquíes y se habían cubierto las vacantes con profesores traídos precipitadamente de todo el mundo árabe y que cobraban sueldos muy elevados.

Los visados para investigación de la USIA indicaban que se había producido un incremento del trescientos por ciento en el número de estudiantes de esa región que iban a estudiar a ocho de las más prestigiosas de esas universidades en Estados Unidos. Había razones para sospechar que muchos de esos estudiantes viajaban bajo identidad falsa.

Los iraquíes estaban realizando importantes investigaciones sobre guerra bacteriológica empleando instalaciones y personal de Estados Unidos para asegurarse de que, de producirse un ataque preventivo sobre las instalaciones en suelo iraquí, las investigaciones no se interrumpieran.

La minuciosidad del informe de Betsy era sobrecogedora, tanto que en la sala se produjo un silencio respetuoso. Como se había convertido en norma, todos se

volvieron para mirar a Hennessey, que con cara de estar impresionado hojeaba lentamente el documento.

Dellinger ni se molestó en leerlo. Dio por terminada la reunión diciendo:

—El Consejo de Seguridad Nacional ha visto todos estos informes y recomienda seguir adelante con todas las investigaciones, excepto la de la señora Vandeventer. —Con desprecio, dijo—: Es evidente que no consultó el informe del comité especial, el Informe sobre Universidades de marzo de 1988, que llegaba a la conclusión de que no hay absolutamente ninguna amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos en el intercambio abierto de trabajos científicos y técnicos.

Hennessey miró a Betsy a los ojos y agitó la cabeza, indicándole que guardase silencio. Pero no lo hizo. La idea de las balas volando sobre la cabeza de su hermano la había vuelto algo temeraria.

—Sí, conozco ese informe. Lo escribió un grupo de rectores de universidad que necesitaban los fondos de los estudiantes extranjeros y sus cerebros para mantener en marcha sus investigaciones. Obtuvo el apoyo de varias organizaciones internacionales de investigación que precisaban los fondos de la Administración para proseguir con sus trabajos ahora que su capital se ha reducido. Lo escribió un grupo de investigadores encerrados en su torre de marfil para los que todo el mundo es tan intercambiable como un aeropuerto. Conozco el informe.

Dellinger prestó atención con una sonrisa quebradiza y condescendiente, para luego volverse hacia Spector y decir:

—Estoy seguro de que el señor Spector podría seguir suministrando la información de la Agencia en este proceso. La contribución de la señora Vandeventer queda debidamente anotada y su presencia ya no será necesaria. La reunión ha terminado. A los demás los veré la próxima semana, en el mismo lugar a la misma hora.

Después de la reunión en marzo con el agregado de Agricultura, en la que Betsy había comentado su investigación extraoficial, Howard King la había agarrado por el pecho y la había empujado contra un archivador. Con un tremendo esfuerzo de voluntad, había logrado superar esa experiencia sin llorar.

Ahora le tocaba a Millikan castigarla por la misma infracción. Lo había intentado en la reunión de Langley en abril y había quedado frustrado por la táctica que Spector le había sugerido. Pero no lo había olvidado. Había estado observando y aguardando la oportunidad de clavar el cuchillo. Y ahora lo había hecho.

Un año antes posiblemente se hubiese puesto a llorar allí mismo. Una semana antes hubiese vuelto a casa y llorado en el dormitorio, que era una zona íntima aunque estaba lleno de micrófonos.

Caminó lentamente hasta el ascensor y pasó por el control de seguridad de

abajo. Spector la dejó en paz. Tomó el metro hasta Rosslyn. Subió la colina. Llegó al apartamento. Cerró la puerta y la atrancó. Dejó sus cosas y se sentó en el sofá del salón.

Pero ni se le ocurrió la idea de llorar. Una extraña calma anestésica se había apoderado de ella. Sintió con el mando la CNN para ver las últimas noticias del Golfo y se preguntó, distraídamente, si ésa sería la última fase de su lenta metamorfosis en iguana.

CAPÍTULO 32

Mientras los cuerpos descuartizados de diez o doce pollos se peleaban en la cazuela turbulenta de manteca hirviendo sobre la cocina con la potencia de unos altos hornos de la señora Dhont, Clyde, los Dhont, varios parientes lejanos y algunos vecinos jugaban al fútbol en el campo de maíz recién cosechado. Los rastrojos del maíz habían quedado aplastados, pero todavía sobresalían del suelo bastantes troncos en ángulos caprichosos como si fuesen cañas de bambú. A pesar de esos y otros peligros, Clyde salió airoso con honor, teniendo en cuenta que varios miembros del equipo contrario habían ganado medallas olímpicas en lucha libre. A lo largo de los años Clyde había desarrollado estrategias de supervivencia: por ejemplo, en lugar de intentar bloquear a un Dhont, simplemente se echaba al suelo para soportar la embestida, como un granjero al aire libre se agacha frente al paso de un tornado, y lo más probable era que el atacante chocase con él, diese un trapiés y acabase de bruces en el suelo.

La señora Dhont hizo sonar la campana de la cena, lo que según las reglas Dhont significaba que el partido había entrado en su última serie de puntos. Clyde incluso había empezado a considerar la posibilidad de superar aquel partido sin romperse ningún hueso, sólo con algunos cortes y hematomas. Mientras en el ala izquierda intentaba bloquear a uno de los Dhont más viejos y pequeños, oyó a Dan hijo, el *quarterback* de su equipo, gritándole, y se volvió. Allí estaba el balón, a no más de un metro de él, cayendo como un proyectil de artillería. Lo agarró obedeciendo un impulso. De haber tenido más tiempo para meditar las consecuencias, lo hubiese dejado caer. La defensa, dispersa sobre lo que debía de ser un kilómetro y medio cuadrado de terreno revuelto y negro, soltó un grito general de aprobación y sed de sangre. La verja de alambre de espino que indicaba la línea de meta se encontraba al otro extremo de ese terreno, aunque la curvatura de la Tierra impedía que Clyde la viese bien. Apretó el balón contra el estómago y lo cubrió con ambos brazos. No era una forma muy elegante de correr, pero era inevitable cuando se jugaba contra varios Dhont. A continuación echó a correr. Dylan Dhont, cuando le había bloqueado el día anterior, le había

hecho daño en una cadera y por tanto se movía casi de lado, como un cangrejo cojo.

Una masa enorme se materializó en su campo de visión: Hal Dhont, uno de los primos, de ciento treinta y cinco kilos, del equipo de Clyde. Hal se movió, avanzando por el campo como una cosechadora fuera de control. Ganaron trescientos metros de terreno antes de encontrar oposición organizada. Hal se lanzó sobre DeWayne Dhont, quien intentó esquivarlo; pero, en el último momento, Hal extendió un brazo y bloqueó a DeWayne. A continuación hundió su cuerpo contra otro Dhont y casi se detuvo. Clyde llegó detrás, giró sobre su espalda y alcanzó campo abierto. No estaba seguro de su posición; el tamaño del campo de juego casi obligaba a los jugadores a cargar con brújulas y sextantes. Cuando al fin identificó la línea de meta, quedó consternado: la protegían no menos de tres Dhont. Uno de ellos era Desmond... luchador titular de los Twisters, quien, como sabían todos los policías de la zona, salía con sus colegas y cazaba jugadores de fútbol para divertirse.

Pasarían varios minutos antes de que llegase hasta allí y no tenía sentido poner a prueba su coraje. Correteó un rato, intentando recuperar el aliento y pensar en otras cosas. Pensó un poco más en el reciente asesinato del doctor Kevin Vandeventer.

Clyde entró en el Departamento del Sheriff a las cuatro de la tarde y vio el informe saliendo por el fax. Lo arrancó y lo leyó atentamente tres veces seguidas. Procedía de la central de la policía de autopistas de Dakota del Sur, en la zona oeste del estado. La noche anterior, un agente que iba en dirección oeste por la interestatal Noventa había pasado por un área de descanso a las cuatro de la mañana y había visto en el aparcamiento un vehículo con matrícula de Idaho, con un ocupante dormido en el asiento del copiloto, que tenía el respaldo reclinado. Era técnicamente ilegal, pero la policía de autopistas tenía la costumbre de hacer la vista gorda; en esa parte del país, donde había pocas ciudades y pocos moteles, y además muy espaciados, era habitual que los camioneros aparcasen en las zonas de descanso de la autopista para dormir.

Varias horas después otro agente vio el mismo coche en el mismo lugar con la misma persona dentro. A media mañana, la temperatura exterior era de treinta grados y el sol entraba por el parabrisas, pero el ocupante seguía dormido y tapado con una manta. No respondió cuando llamaron a la ventanilla. El agente forzó la portezuela. Aunque en el informe no lo ponía, Clyde sabía que antes de abrir la puerta el agente había tomado aliento y lo había retenido, y quizá se hubiese apartado durante un momento para que la primera vaharada de pestazo se dispase. De haber estado allí, Clyde hubiese abierto ambas portezuelas del coche de Kevin Vandeventer para que el viento de Dakota del Sur se ocupase de

ventilar.

Vandeventer llevaba muerto desde las tres de la mañana. El informe del forense decía que alguien, haciendo muy buen trabajo, le había roto el cuello. No había pistas físicas en ninguna parte... y si lo habían matado en el baño, jamás las habría, porque el servicio de limpieza lo había restregado y esterilizado a las ocho de la mañana.

La policía de autopistas registraba qué camiones pasaban por su estación de pesaje y en qué momento. De esos datos se podía inferir qué camiones habían estado en las inmediaciones de esa zona de descanso en el momento del asesinato. Todavía seguían intentando localizar, por teléfono y radio, a esos camioneros e interrogándolos cuando se detenían en otras estaciones de pesaje a lo largo de la interestatal Noventa, en Wyoming y Montana. De momento nadie había visto nada, excepto un insomne que había visto unos faros recorrer las paredes de su cabina a las tres de la mañana. Había mirado por la ventanilla para ver un coche en la última fase de dar un giro ilegal en redondo en la mediana de la interestatal. No recordaba ningún detalle sobre el coche, que se había dirigido al este, hacia Iowa.

Los agentes habían encontrado rodadas en la mediana. Pero la tierra estaba dura y seca y no había quedado ninguna huella útil. Durante las primeras horas de la mañana habían multado por exceso de velocidad a varios vehículos que iban en dirección este por la interestatal Noventa y ya estaban hablando con esos conductores. Pero Clyde sabía que aquellas pistas no conducirían a ninguna parte. Si él hubiera sido un agente secreto iraquí en territorio enemigo durante una guerra, que acababa de romper el cuello a un hombre con las manos desnudas en medio de la nada y conducía de regreso a su casa segura a 1050 kilómetros de distancia, se habría asegurado de respetar el límite de velocidad.

Hacían falta trece horas para llegar desde Wapsipinicon hasta allí yendo exactamente al límite de velocidad permitido y sin parar, lo que era imposible. Clyde supuso que quince o dieciséis horas era una estimación más realista. Habrían ido en dirección este por la interestatal Ochenta desde Des Moines, al nordeste por la interestatal Cuarenta y cinco durante un breve trecho y luego, lo más probable, tomado la salida de la avenida University en dirección norte hasta el centro de Wapsipinicon.

A las seis de la tarde, Clyde fue hasta Wapsipinicon y tomó hacia el sur por University, varios kilómetros, hasta el cruce en trébol donde se juntaba con la interestatal Cuarenta y cinco. El trazado de la intersección obligaba al tráfico que venía del norte por la interestatal a realizar un giro de 315 grados a la derecha, casi un círculo completo, para poder ir al norte por University. La gente se salía continuamente de la carretera en aquel punto, sobre todo en invierno. Antes de los partidos de los Twisters siempre alguna autocaravana se metía en la cuneta porque tomaba la curva demasiado deprisa. Había señales que recomendaban no

sobrepasar los treinta kilómetros por hora y numerosos carteles que profetizaban un mal final para los que se pasasen.

Clyde se lo sabía de memoria. Aparcó en un punto desde el que tenía una vista despejada de la salida. Luego se puso cómodo y esperó. Cada pocos minutos un coche o una camioneta se dirigía al norte para entrar en la ciudad.

A las 6.47, según el reloj de su salpicadero, uno de esos coches le llamó la atención. Un Bronco marrón de un par de años. Tenía las ventanillas tintadas, lo que se salía un poco de lo habitual, pero aun así era un modelo común en la universidad porque, aparentemente, era un símbolo de posición social entre aficionados a los coches y juerguistas. Pero lo que realmente llamó la atención de Clyde fue que la parte delantera del Bronco —el guardabarros, la rejilla del radiador, el capó y el parabrisas— estaba llena de insectos chafados. Era una prueba evidente e indiscutible de que el vehículo acababa de recorrer varios cientos de kilómetros a gran velocidad por las planicies.

Clyde lo apuntó con su pistola radar y comprobó que entraba a veintiocho kilómetros por hora. Esperó a que pasase otro coche, tomó por University y, discretamente, siguió al Bronco hasta Wapsipinicon. Era uno de esos vehículos con suspensión alta, así que no costaba seguirlo de lejos.

Unas manzanas antes de Lincoln, el Bronco entró en un callejón de grava que recorría la parte trasera de varios edificios comerciales que formaban parte del viejo distrito de tiendas. Clyde aceleró, temiendo perder el vehículo. Se metió en el callejón y no lo vio delante de él. Siguió hasta el final de la manzana, se subió a la acera y miró arriba y abajo de la calle, pero no vio el Bronco por ninguna parte. Retrocedió marcha atrás por donde había venido, buscando posibles giros del vehículo.

Encontró el Bronco aparcado en la parte posterior de la papelería Stohlgan, junto a una puerta de acero de la parte posterior del edificio. Estaba abierta. También lo estaban las puertas traseras del Bronco, y Roger Ossian, tres veces ganador del Premio al Vendedor del año de la Asociación Regional de Minoristas de Papelería y Suministros de Oficina, descargaba cajas de fotocopadoras que aparentemente había recogido en un distribuidor de Des Moines u Omaha. Al ver que Clyde Banks le miraba abatido por la ventanilla de su coche de sheriff, dejó la carga en la parte posterior del Bronco y le dedicó a Clyde un saludo amistoso. Era un republicano de pies a cabeza.

Clyde le dedicó un toque amistoso de bocina y recorrió el callejón hasta la calle. Tres giros seguidos a la derecha le llevaron de vuelta en dirección norte por University. Tres manzanas más allá paró en McDonald's para tomar algo. Como era habitual, el McAuto estaba lleno de estudiantes, así que dejó el coche en el aparcamiento y entró en el local.

Cuando salía con una hamburguesa grande y patatas fritas, oyó un silbido húmedo en el terreno de al lado y vio que un coche salía del lavadero de Nor-

Kay.

Se comió tres patatas para matar el gusanillo, dejó la cena en el capó de la unidad, que actuaría como calentaplatos, cruzó el solar y entró en la propiedad de Norman y Kay Duvall, reyes de la industria del lavado de coches del condado de Forks. Esa noche un empleado solitario defendía el fuerte, un tipo serio de unos dieciséis años.

—Hola, ayudante Banks. ¿De campaña?

—No. No en horas de trabajo —dijo Clyde—. Simplemente me preguntaba si habías lavado algún coche en las últimas horas que tuviese muchos bichos. Y digo muchos.

Pero el chico ya asentía vigorosamente.

—No se creería el coche que he lavado hace un rato —le soltó, como si tanta suciedad le hubiese dejado tan traumatizado que estuviera deseando expresar sus sentimientos—. Estaba forrado —dijo—. Venía del oeste.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabas aprendiendo —dijo el chico—. Allí los bichos son diferentes... Si ves un montón de saltamontes gordos en la rejilla, sabes que viene del oeste.

—¿Qué tipo de coche era?

—Un Escort azul claro. De un par de años.

Clyde se estremeció. El Escort era un coche muy común.

—¿Algún detalle en particular? ¿Daños por algún accidente, algún añadido?

—Excepto por las ventanillas tintadas, era un Escort normal y corriente.

—¿Puedes describir al conductor?

—No. La ventanilla era oscura.

—¿Pero no la bajó?

—Unos centímetros. Me pasó un billete de diez dólares. No quería cambio. No dijo nada.

—Bien, ¿al menos le viste las manos?

—Tenía unas manos enormes de viejo. Con un par de anillos.

—¿Anillo de graduación? ¿Anillo de boda?

El chico hizo una mueca, sin palabras.

—En realidad, no era nada de eso, ahora que lo pienso. Simplemente unos anillos bonitos.

—¿Caros?

—Sí. Un poco extravagantes. De oro.

—Gracias —dijo Clyde—. Llámame al Departamento del Sheriff si lo vuelves a ver por aquí.

—Lo haré.

Pero Clyde sabía, mientras volvía a su coche, que el hombre del Escort azul claro jamás volvería al mismo lugar. Un cuervo grande y viejo daba vueltas a la unidad de Clyde echándole un ojo a la comida. Clyde echó a correr y lo espantó

con tanta furia que él mismo se sorprendió.

Alguien se le acercó por detrás y se volvió para ver a Del Dhont, de veinte años, de su equipo.

—¡Clyde! —dijo.

Clyde aceleró cuanto pudo.

—¡Clyde! —volvió decir Del. Parecía un poco dolido. Se encontraban a unos treinta metros de la línea de meta y la defensa ya corría hacia Clyde, ganando velocidad para el choque apocalíptico.

—¡Clyde! —gritó Del, indignado por la obstinación de Clyde—. ¡Reduce medio segundo y yo los bloquearé!

Clyde avanzó diez pasos más, se volvió y lanzó el balón lateralmente hacia Del, cuyos reflejos Dhont exquisitamente entrenados hicieron el resto; atrapó el balón y se lo puso expertamente bajo un brazo antes de que su cerebro hubiese comprendido lo que eso implicaba. Uno de los defensas —no fue Desmond— chocó contra Clyde y le derribó de espaldas. Desmond y el tercer defensor cargaron contra Del a la velocidad de la luz, haciendo que volase de espaldas un trecho antes de dar contra el suelo. El balón se soltó; el defensa que había chocado con Clyde lo recogió y se puso a correr en sentido contrario. Clyde se quedó allí el tiempo justo para comprobar los signos vitales de Del y luego se fue hacia la casa. Sonaba la campana de la cena.

El pollo frito llegó en una bandeja oval del tamaño de una camilla; la señora Dhont y una de sus nueras tuvieron que traerla sosteniéndola cada una por un lado para pasarla por la puerta de la cocina. El señor Dhont había montado la mesa con un tablón de aglomerado de dos metros y medio por metro veinte y de dos centímetros de espesor. Era adecuada para una cena íntima pero no lo suficientemente grande para uno de aquellos festines familiares. Envío a un par de sus hijos a la sala de juegos para que plegasen la mesa de ping-pong, la subiesen por las escaleras y la juntasen con la otra. Dispusieron así de unos quince metros lineales para sentarse y, además, de un generoso espacio en el centro para acumular reservas estratégicas de comida.

La regla de la señora Dhont era sacrificar y cocinar un pollo por comensal, y el montón de plumas grisáceas manchadas de sangre del patio trasero indicaba que esa mañana lo había hecho; pero seguía pareciéndole poca comida, así que había calentado una selección de lo que guardaba en un congelador: un poco de carne asada y un jamón del tamaño de un motor de ocho cilindros, que daban vueltas a la mesa constantemente. Clyde apenas pudo comer de tanto pasar platos.

Salió del ensueño. Alguien le había hecho una pregunta y todos le miraban esperando la respuesta. Todos tenían una mirada vagamente maliciosa.

—¿Perdón? —dijo.

—He dicho —dijo Darius— que *Princesa* está muy buena, ¿no? —Señaló la

enorme pata de carne que tenía en el plato.

Princesa era el caballo de Desiree. Se lo habían regalado a los doce años por Navidad. Debía de tener ya un cuarto de siglo; Desiree seguía yendo a cepillarla cada semana o cada dos. Hacía una década que nadie la montaba ni realizaba ningún trabajo productivo. Los Dhont, a los que les gustaba el humor chabacano, no podían terminar una cena sin especular acerca de los posibles méritos nutritivos de *Princesa*.

Clyde estaba obligado a seguirles la broma.

—Por fin se ha jubilado, ¿eh?

Risas.

—Esta vez no es broma —dijo Darius—. Ve a echar un vistazo.

No le dejarían en paz hasta que fuese a mirar. Así que se disculpó y fue hasta una ventana desde la que podía ver el establo que era el hogar de *Princesa*.

El establo había desaparecido. En su lugar había una nueva capa de cemento, de la que salían vigas y tuberías.

Todos se rieron de la sorpresa en la cara de Clyde.

Volvió a la mesa, mirando con atención el enorme trozo de carne.

—*Princesa* debió de pasar mucho tiempo en compañía del ganado —dijo—, porque la verdad es que me sabe a vaca.

Más risas. Clyde añadió:

—Se lo diré a Desiree la próxima vez que llame.

Lo que los obligó a confesar.

—Estamos de broma, Clyde —dijo Dick—. La llevamos al laboratorio veterinario. Está bien.

—¿Qué le van a hacer a *Princesa* en el laboratorio veterinario?

Nadie lo sabía con seguridad. Finalmente el señor Dhont dijo:

—Va a cumplir con su deber patriótico. Igual que Desiree.

—¿Qué significa eso en el caso de una yegua vieja?

El señor Dhont agitó la cabeza.

—No lo sé concretamente. No nos animaron a preguntarlo —dijo claramente.

—Pidieron caballos viejos —dijo Dick—. Si tenías un caballo a punto de acabar en una tolva de la fábrica de piensos, podías llamar al laboratorio veterinario y se lo llevarían gratis.

—¿Ibais a llevar a *Princesa* al matarife?

—Claro que no, cariño —dijo la señora Dhont—, jamás haríamos algo así. Pero el hombre del laboratorio dijo que los caballos simplemente tendrían que donar sangre de vez en cuando.

—¿Qué hacen con la sangre de caballo?

—No lo dicen —dijo el señor Dhont con brusquedad. Parecía un poco molesto por las preguntas de Clyde.

—Pensamos que ya que *Princesa* se había limitado durante toda su vida a recortar la hierba, bien podría dar sangre por una buena causa.

—¿Cuántos caballos se han llevado ya? —preguntó Clyde.

Nadie estaba seguro; los Dhont se miraron unos a otros.

—Mucha gente ha participado en el programa —dijo Dick al fin.

—¿Cuándo empezó el programa? —dijo Clyde.

—Haces muchas preguntas —gruñó el señor Dhont.

—Desiree me las va a hacer cuando le cuente lo de *Princesa* —explicó Clyde —, así que bien podemos hablar de eso ahora.

Dan Dhont hijo, terminó de masticar un buen bocado y dijo:

—Lo oí por primera vez hace un mes.

—¿A mediados o finales de agosto? —dijo Clyde.

—Sí —dijo Dan hijo.

Con lo que concluyó la conversación; Dan prácticamente había admitido que el misterioso programa equino estaba relacionado con Saddam Hussein, y Saddam era tema prohibido en la mesa desde que habían llamado a Desiree.

CAPÍTULO 33

El teléfono seguro del armario se puso a sonar un sábado por la tarde, justo después del almuerzo. Betsy pensó primero que debía de ser Kevin llamando para mantenerla al corriente. El día anterior le había dejado un mensaje anunciando que abandonaba su vida: había renunciado al trabajo con el Hacedor de Lluvia, había metido algunas cosas en su Camry y se iba a echar a la carretera, en dirección oeste. No iba a parar hasta llegar a Nampa, o quizás incluso a la Costa Oeste. Lo curioso era que no estaba borracho en absoluto. Parecía más sobrio que desde hacía meses.

Pero era irracional por su parte creer que Kevin pudiera llamarla en el teléfono seguro. Sólo unas pocas personas tenían acceso a ese teléfono. Descolgó y oyó la voz familiar de Edward Seamus Hennessey:

—Buenas tardes... La temperatura no supera los treinta y ocho grados, la humedad no pasa del noventa y cinco por ciento, el recuento de ozono alcanza nuevos máximos. Nos vemos en Iwo Jima dentro de quince minutos.

Para Betsy había cinco minutos caminando hasta el monumento a Iwo Jima. En verano a veces iba allí los martes por la tarde para ver cómo la guardia del Cuerpo de Marines ejecutaba su maniobra de precisión... Le gustaba especialmente el «ejercicio silencioso» en el que, durante veinte minutos, los marines exquisitamente entrenados se movían con precisión más que mecánica mientras la puesta de sol teñía los edificios del Mall y el Capitolio con infinitos tonos de rosa y naranja.

Aquéel no era día para estar en el monumento. Como le había indicado Hennessey, el tiempo era fatal. Pero Betsy llevaba en casa desde la tarde anterior, ocupándose de la colada y limpiando, y necesitaba salir aunque el día fuese horrible. Dio una vuelta alrededor de la base del monumento y leyó los nombres de todas las batallas en que los marines habían luchado. Se detuvo en el lado sur, miró el mástil de la bandera y vio las manos que intentaban plantarla en la tierra difícil del monte Suribachi.

En momentos así, o cuando recorría el Muro de Vietnam buscando el nombre

de su primo, que había muerto allí, o cuando iba a Lincoln y leía las paredes, amaba su país. Y cuando amaba a su país, tenía fuerzas para indignarse por lo que le estaba pasando. Claro está, tendría que haberse sentido siempre así, pero en los días que corrían le hacía falta un paseo hasta un importante monumento nacional para tener la perspectiva adecuada.

Sabía que mantener un encuentro privado con Hennessey acabaría con su carrera, pero eso ya no le importaba. Era hora de abandonar Washington, de dejarlo como Kevin lo había dejado.

No sabía qué haría ella en Nampa. Pero mientras leía los nombres de batallas y pensaba en todos los jóvenes que habían muerto por Estados Unidos, en ocasiones demasiados, empezó a comprender. Las guerras eran algo más que batallas entre enemigos declarados; se libraban continuamente y a todos los niveles, y en ocasiones morían inocentes. Ella lo había hecho lo mejor posible, había arriesgado el cuello, pero seguía con vida, y había todo un mundo más allá de Washington donde no habían ensuciado su nombre y donde podría tener una carrera. Se volvió para mirar, a través del ozono, el polen y la humedad, la otra orilla del Potomac, el otro extremo del puente Roosevelt, y vio los distintos tonos de gris de Lincoln, Washington y el Capitolio, el hermoso Capitolio, y a su derecha las ondulaciones de lápidas blancas de Arlington. No se justificaba a sí misma con la idea de que otros hubiesen muerto en esas guerras, en ocasiones innecesaria y estúpidamente... simplemente le ayudaba a no sentirse sola.

Siguió rodeando el Iwo Jima leyendo nombres de batallas y se topó con Hennessey, que no la vio.

—Bonito día —dijo Betsy, pretendiendo imprimir al saludo cierta ironía.

Hennessey no respondió. Fumaba un cigarrillo, sin mirar a ningún punto en concreto, y luego dijo:

—Mi hermano está ahí. —Indicó un nombre—. Habría acabado borracho o en una cárcel si no se hubiese alistado en los marines y se hubiese convertido en héroe nacional. En mi familia todos beben demasiado. Siempre ha sido así. Pero también hacemos cosas interesantes. Claro está, nunca grabarán mi nombre en piedra.

Todavía no había mirado a Betsy y ésta se desplazó para apoyarse en la barandilla que rodeaba el monumento. Los dos se sentían agotados, tristes y frustrados.

—¿Por qué sigues?

—No lo sé. Supongo que soy una de las pocas personas que quedan que recuerdan la época en que era un honor trabajar para el Gobierno. —Hennessey hizo una breve pausa—. Eres buena persona. Me gustaría que hubieses probado esta ciudad en tiempos de Truman... cuando llegué yo... o incluso con Kennedy. —Otra pausa—. Pero no quería hablar de eso. Te he traído aquí para que pudiésemos tener algo de intimidad.

—¿Intimidad? —Betsy sonrió y miró la fila de autobuses turísticos del aparcamiento, con sus grupos de turistas americanos y europeos corriendo de un lado a otro.

—Sabes a qué me refiero —dijo Hennessey.

—¿El teléfono del armario no basta?

—El teléfono mágico no es apropiado para lo que voy a contarte —dijo Hennessey. Tiró el cigarrillo, miró a Betsy y se puso recto, adoptando de pronto un aspecto mucho más gubernamental.

Betsy recordó una vez, cuando era niña, que le sacaron un diente. Una vez tomada la decisión y autorizado el procedimiento, de pronto el dentista y sus ayudantes habían cambiado a una marcha más alta y habían ejecutado el trabajo con asombrosa rapidez. Eficiencia repetida y despiadada. En cierta forma, resultaba frío. Pero también era la mejor forma.

Hennessey actuaba igual, haciendo algo que evidentemente ya había hecho antes en múltiples ocasiones. Había tomado la decisión y nada le detendría. Dio un paso hacia Betsy, con una mano le agarró el brazo con firmeza, mirándola directamente a los ojos. Luego le dijo unas palabras que Betsy no oyó. Pero no importaba, porque en cierto modo ya lo sabía, lo había sabido desde el momento que Hennessey la había llamado por el teléfono mágico.

Los turistas cansados y sudorosos que obedientemente daban vueltas alrededor del monumento a Iwo Jima se distrajerón un momento con el grito de una mujer. Era un grito de angustia, no de miedo. Una mujer corpulenta se había hincado de rodillas con ambas manos en la cabeza agarrándose el lacio pelo castaño, como si quisiese arrancárselo. Un caballero de más edad estaba inclinado sobre ella, con una mano en su hombro, hablándole en voz baja. Algunos de los turistas de mayor edad, entre los que había muchos veteranos de los marines, experimentaron la extraña sensación de retroceder en el tiempo, a finales de los años cuarenta, cuando las jóvenes viudas de los muertos de guerra americanos habían ido a las inauguraciones de monumentos como ése y a las que la pena las había superado de pronto.

Aquella mujer era demasiado joven para haber conocido a alguien muerto en la guerra. Los turistas sólo podían elucubrar. Pero los más viejos sabían bien lo que veían.

CAPÍTULO 34

Octubre

El fin de semana del Día de Colón casi había terminado y Tab Templeton seguía sin presentarse a trabajar. La semana anterior Clyde había acordado con él que le ayudaría con la demolición del sótano del edificio de apartamentos. Las demoliciones siempre eran rápidas si Tab andaba de por medio.

Un par de semanas antes Clyde se había encontrado con Tab en Hardware Hank, empujando un carrito cargado de tuberías de PVC. Se rumoreaba que Tab trabajaba regularmente, haciendo trabajillos por ahí, y Clyde había descubierto que no podía limitarse a recorrer las calles, recogerlo de un banco del parque y ponerlo a trabajar; debía quedar con él.

Pero que Tab quedase contigo y que lo recordase eran dos cosas que nada tenían que ver entre sí. Aparentemente, se había olvidado de la cita. Clyde se había pasado el fin de semana vacilando. Daba con la almódana un rato, se cansaba y recordaba que Tab lo haría cuatro veces más rápido; así que el tiempo que invirtiese en buscarle sería tiempo bien empleado. Se subía al coche y buscaba a Tab por los bancos, edificios vacíos, bares y basureros habituales, para luego sentirse desalentado tras una hora o dos al pensar en el tiempo que había malgastado. Volvía con la almódana y el ciclo se iniciaba de nuevo. Llegaba el crepúsculo del último día de un fin de semana de tres días. En la parte posterior de la camioneta tenía una cantidad apreciable de restos pero que ni se acercaba a lo que había planeado. Y al cabo de una o dos horas tendría que recoger a Maggie de uno de los Dhont.

Hizo algo tan inesperado que se sorprendió incluso a sí mismo: fue a tomarse una cerveza. Llevaba todo el fin de semana pasando por delante de la vieja Cervecera Stonefield, un edificio de un rojo cegador del centro de Nishnabotna que podría haber pasado por una fortaleza de no haber estado tan adornado y ser tan victoriano. Jack Carlson, un descendiente de una de las ramas menos augustas de la familia Stonefield, la había comprado diez años antes después de que hubiese quebrado intentando fabricar la misma agua amarilla que surgía de las grandes cerveceras de Milwaukee. Las viejas cubas de cobre seguían intactas. Se

había puesto a producir un caldo más oscuro y denso y había logrado un éxito que superaba cualquier expectativa.

Jack Carlson y Clyde Banks se conocían desde que eran niños, y Jack siempre le animaba a pasar y tomarse una cerveza. Clyde no solía hacerlo, pero esa noche se sentía cansado, sucio, solitario y sediento y le parecía que podría consumir una cerveza sin que la culpa le consumiese.

Además, siempre podía alegar que era una visita de campaña.

Se sentó en la barra, una de buena caoba que Jack había recuperado de un bar fracasado de Chicago, y pidió una pinta amarga.

Unos minutos después Jack Carlson en persona salió de la oficina del fondo e hizo aspavientos al ver a Clyde. Se sirvió una cerveza, razonando que se trataba de una ocasión especial, y luego los dos se fueron a un apartado y se sentaron a charlar. Clyde tuvo que explicar por qué estaba cubierto de polvo de ladrillo, lo que llevó al tema de Tab Templeton.

—El mes pasado le vi un par de veces —dijo Jack

—¿Estuvo *aquí*?

—Unas cuantas veces —dijo Jack, saboreando el asombro de Clyde.

—He oído que trabaja para alguien. Nunca pensé que ganase lo suficiente para poder beber *aquí*.

—No bebía —dijo Jack. Luego, al ver la expresión de la cara de Clyde, se corrigió—. Bien, sí, claro, en sentido general. Pero no vino a beber cerveza. Vino a recoger levadura.

—Vino a recoger levadura —repitió Clyde.

—Levadura cervecera —dijo Jack—. Forma una capa bastante gruesa de fango en el fondo de las cubas de fermentación. La limpiamos e intentamos hacer con ella algo que no sea tirarla y contaminar el agua. Muchas veces se la vendemos a empresas de alimentos saludables... Tiene muchas vitaminas. El mes pasado se la vendimos a Tab.

—¿Cuánta?

Jack se encogió de hombros.

—Como media docena de barriles de acero llenos. —Jack sonrió al recordarlo—. Deberías ver a Tab levantar uno de éstos. Es como una grúa humana.

—Bien, ¿qué demonios quiere hacer Tab con tanta levadura?

—Por lo que dijo quedaba claro que era un trabajo para quien lo había contratado.

—¿Y quién crees que era?

Jack se encogió de hombros.

—¿Alguien que necesitaba levadura y no tenía los músculos para mover los barriles?

—¿Pagó?

—Sí. Cobramos una cantidad simbólica.

—¿Quién firmaba el cheque?

—Tab pagó en efectivo.

Clyde se recostó en el asiento e intentó imaginar a una persona capaz de confiar un fajo de billetes a Tab.

—Puede que estén haciendo un experimento en la universidad —dijo Jack, haciendo un gesto hacia el acantilado—. O quizás algunos vegetarianos intentan montar una empresa de comida sana.

—¿En qué vino?

—En una furgoneta grande y vieja.

—¿Me la puedes describir?

—De color oscuro y vieja. Probablemente una Chevy.

—¿Podría haber sido una furgoneta negra?

—Podría. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Sí —dijo Jack Carlson—, y yo fabrico cerveza porque es mi afición.

Al día siguiente llegó mucho correo, incluidas unas cartas de Desiree. Esa semana habían hecho prácticas de bajas numerosas, por lo que no había podido ir a casa ni Clyde visitarla. Ella aliviaba la culpa escribiendo todos los días y llamando a la hora de dormir para susurrar al oído de Maggie por teléfono.

Sigo clavando agujas en culos como una loca. Hay muchas enfermedades curiosas en el Golfo. La mayoría de los reservistas no están físicamente a la altura... La verdad es que en algunos casos es difícil creer que los aceptasen en su momento. Tuve por aquí a un joven con una cicatriz en el pecho que parecía una cremallera... De niño le hicieron cirugía a corazón abierto y aun así logró entrar en el Ejército.

Me estoy preparando para el ejercicio de bajas numerosas de este fin de semana. Por aquí corren muchas etiquetas de clasificación... Te adjunto una.

Había incluido una etiqueta de cartón con una cuerda, aparentemente pensada para pasarla por el cuello de un paciente. La etiqueta era de unos siete centímetros por quince, con líneas para el nombre del paciente y notas sobre su estado. En la parte inferior llevaba tres tiras de colores separadas por perforaciones, de forma que se pudiesen arrancar con facilidad. La última era verde con el dibujo de una tortuga.

Si dejamos la tira de abajo (la verde), significa que el paciente está relativamente bien, que no hay prisa. Si la arrancamos, queda la franja amarilla con una liebre... Eso significa que será mejor que nos demos prisa. Si la arrancamos, lo que queda es la tira roja con el dibujo de la ambulancia a toda velocidad.

Tuvo el tacto de no explicarle a Clyde de lo que podía ver con sus propios ojos: si arrancaban la tira roja, quedaba una negra con un pequeño icono parecido a una cruz que, mirado con atención, era más bien una daga.

Ahora ya lo sabemos todo sobre el desagradable carbunco y por tanto nos están instruyendo en algo más exótico: la toxina botulínica. Creen que Saddam también podría tenerla almacenada. Espero que se equivoquen, porque aunque tenemos toneladas y toneladas de vacunas contra el carbunco, el suero para el botulismo es muy escaso. Supongo que están intentando fabricar más, pero se trata de un proceso muy lento. Aparentemente, no es posible fabricarlo como salchichas. Nos dieron textos para leer... en su mayoría artículos de investigación. Mi corazoncito de Iowa se llevó una alegría al comprobar que muchas de esas investigaciones son de un conciudadano nuestro. ¿Te acuerdas del doctor Folkes, el anciano que va a trabajar en bicicleta? Pues resulta que ha dedicado toda su vida a estudiar el botulismo. Así que su nombre y el nombre de nuestra bonita ciudad aparecen por todas partes.

Dale a la pequeñina un abrazo y beso enormes de mi parte. He estado pensando que, cuando salga de esto en una pieza, deberíamos darle un hermanito o hermanita como regalo de Navidad en el noventa y uno. Lo habíamos pospuesto, lo sé, pero ahora lo quiero hacer todo a la vez.

CAPÍTULO 35

—¿Doctor Folkes? Clyde Banks. Lamento molestarle en una tarde como ésta, pero como ya sabrá, me presento a sheriff del condado de Forks y me he comprometido a llamar personalmente a todas las puertas y, bien, le ha tocado el turno.

El doctor Arthur Folkes había salido al porche y miraba a su visitante a través de unas grandes gafas con los cristales tan gruesos como los de Clyde. Entre los dos debían de estar separados por unos buenos dos o tres centímetros de cristal graduado. Se rumoreaba que tenía más de ochenta años. Desde luego tenía ese aspecto de hombros para arriba: el cráneo manchado completamente calvo y la piel del cuello y los carrillos arrugada y flácida. Pero se movía como un maestro de esgrima de sesenta. Durante décadas se había convertido en un espectáculo yendo todos los días a la universidad en su bicicleta Raleigh, nevase o hiciese sol. Cada pocos años, para romper la monotonía, un estudiante insensato o un autobús escolar que derrapaba lo sacaba de la carretera y se pasaba unas semanas escayolado.

—Da igual. De todas formas, no me dejan en paz —dijo—. La puerta está abierta.

Clyde abrió la puerta mosquitera, se limpió los pies con mucho cuidado en el felpudo y entró. El doctor Folkes ya había entrado, así que Clyde atravesó el porche, se aseguró de volver a limpiarse los pies en el segundo felpudo y entró. Notó el característico olor humano húmedo que había acabado asociando con las casas de los ancianos. También otro olor, a hospital, aunque Clyde tardó un rato en reconocerlo conscientemente.

Había perdido el rastro del doctor Folkes y se quedó sin saber qué hacer en el vestíbulo, hasta que oyó al profesor hablándole desde la cocina.

—No se preocupe, no le atraparé durante horas. ¿Muchos viejos lo hacen?

—Algunas personas están encantadas de recibir visita —admitió Clyde.

—Tengo comida al fuego y quiero vigilarla —dijo Folkes.

Clyde encontró el camino a la cocina y descubrió que Folkes freía unas

salchichas italianas.

—Le ofrecería un plato, pero sé que probablemente quiera intercambiar algunas cortesías y seguir con lo suyo.

Clyde no respondió al comentario, porque intentaba decidir si su anfitrión pretendía ser cortés o estaba siendo grosero.

—Usted no es un político, ¿verdad? —dijo Folkes, mirándole a través de una columna de vapor que olía a hinojo.

El teléfono se puso a sonar. El doctor Folkes pasó de él. Clyde se preguntó si sería duro de oído; pero había respondido al timbre de la puerta.

—No, señor, creo que no lo soy.

—Yo soy una especie de demócrata furibundo. Supongo que como la mayoría de los académicos.

—Es una decisión con respeto, señor. Pero es posible que descubra que las tradicionales diferencias políticas que separan los dos partidos no son excesivamente relevantes para el puesto de sheriff.

—Ah. Una respuesta bien pensada.

El teléfono dejó de sonar después de la novena o décima vez para inmediatamente empezar de nuevo.

—Detesto que la gente llame a la hora de cenar —dijo el doctor Folkes.

—Tengo estadísticas sobre conductores borrachos... comparativas, de los noventa y nueve condados de Iowa. —Clyde dejó una hoja de papel sobre la impecable superficie color aguacate de la encimera del doctor Folkes.

—Demonios —dijo el doctor Folkes, mirándola desde el otro lado—. Está escrita a mano. ¿No tiene ordenador, máquina de escribir o algo así?

—Me parece que las cifras hablan por sí solas.

—¿Qué dicen?

—Que tenemos la tasa más baja de arrestos por conducir borracho y la tasa más alta de accidentes relacionados con el alcohol de todo el estado.

—Ah. Y cree que como soy ciclista, es una información que me interesa especialmente.

Clyde no dijo nada.

—Bien, repararé las estadísticas y probablemente vote por usted. ¿Satisfecho?

—No, señor.

El doctor Folkes transfería las salchichas a un viejo plato de plástico decorado con grandes margaritas. Se detuvo y miró a Clyde.

—¿Y eso por qué? He dicho que votaré por usted. ¿Qué quiere que haga? ¿Quiere que salga a repartir panfletos? Ya he pasado tiempo suficiente sacando sus pegatinas de mi bicicleta.

—Cuando llamé a su puerta, me dijo que a esta hora nunca lo dejan tranquilo. Lo que me hace preguntarme si no tendrá algún problema que pueda interesar al Departamento del Sheriff. Por lo que, aunque pueda tener su voto, sinceramente,

no puedo estar satisfecho hasta...

—Oh, mierda, no es nada de eso —dijo el doctor Folkes. Riendo, dio la espalda a Clyde y llevó el plato hasta el comedor. Clyde le siguió hasta allí—. Son las malditas llamadas, señor Banks.

—¿Bromas telefónicas?

—Ya me gustaría. No, cosas de trabajo. Y en eso no puede ayudarme. Pero gracias por ofrecerse.

—¿En qué trabaja en la universidad? —dijo Clyde, intentando usar tono normal de conversación.

—Soy microbiólogo —dijo el doctor Folkes con la boca llena de salchicha—. Estudio cosas asquerosas.

—¿Asquerosas?

—La mayoría de las veces, cuando la gente me pregunta a qué me dedico, en realidad no lo quieren saber. Simplemente están siendo corteses. Si les cuento realmente lo que hago, se sienten incómodos. Como sospecho que realmente lo que quiere es terminar esta conversación y marcharse a la siguiente casa, le ofrezco una salida fácil. —Miró a Clyde expectante.

—El trabajo de policía es parecido —dijo Clyde después de pensarlo—. Muchos accidentes de carretera por exceso de velocidad, granjeros atrapados en trilladoras y cosas así.

El doctor Folkes asintió entusiasmado. Aparentemente consideraba el símil muy acertado.

—Por lo que no diría que me asquee con facilidad —añadió Clyde.

—Bien, en ese caso, lo que hago es estudiar un género en particular de bacterias llamado *Clostridium*, del que la más conocida es la *C. botulinum*... la responsable de la toxina botulínica.

—¿La gente le trae sopa estropeada?

—Continuamente. En la mayoría de los casos no está estropeada en absoluto... está simplemente pasada. Y la estropeada no siempre contiene *C. botulinum*. Pero sí, de esa forma he logrado algunas variantes interesantes.

—¿Qué hace con ellas?

—En general las congelo. Pero cultivo algunas.

—¿Disculpe?

—Las cultivo —dijo el doctor Folkes algo irritado—. Venga. —Se quitó la servilleta y la tiró sobre la mesa, se puso en pie de un salto y cruzó la cocina hasta una puerta que daba a una escalera estrecha y empinada que llevaba hasta un sótano oscuro. El doctor Folkes caminó en la oscuridad agitando las manos sobre la cabeza hasta dar con un trozo de cuerda que pasaba por una línea de hembrillas. Una luz azulada parpadeó desde abajo y luego se encendió del todo cuando varios tubos fluorescentes largos cobraron vida. Clyde le siguió bajando los escalones casi verticales, agachándose para no golpearse contra el techo. El

olor a hospital se intensificó.

El sótano ocupaba como la mitad de la casa. Una pared estaba combada hacia dentro por la presión del terreno y apuntalada con algunos maderos muy pesados fijados al suelo del sótano. Había un váter antiguo adosado a otra pared, con un depósito manchado de óxido encima y una cadena llena de telarañas. En una esquina, junto a una pila de lavar ropa vieja y manchada, había un pesado banco de trabajo fabricado con aglomerado y sostenido por patas de quince por quince centímetros. El banco de trabajo soportaba una plétora de material de laboratorio, parte de él boca abajo sobre un soporte con clavijas, secándose, el resto lleno de líquido transparente o marrón lodo. Debajo del banco había contenedores enormes, en el suelo, llenos de lo que Clyde supuso que serían materias primas en grandes cantidades.

El objeto más grande era un garrafón de vidrio de veinticinco litros situado en el centro del banco de trabajo, lleno casi hasta arriba de líquido marrón cubierto de espuma amarilla. El doctor Folkes estaba mirándolo con atención. Esperó a que Clyde llegase y le permitió echar un vistazo.

—Mire, ahí mismo hay suficiente toxina botulínica para matar a todos los habitantes del estado de Iowa.

Clyde dio un paso atrás.

—¿Está de broma?

—Cuando estoy de broma, señor Banks, intento decir cosas realmente divertidas.

—Bien, ¿no es peligroso tenerlo aquí?

—Deje que lo exprese de esta forma —dijo el doctor Folkes en un tono de voz cansado, como si estuviese repitiendo la explicación por milésima vez. Se acercó a un tablero del que colgaban muchas herramientas, cuidadosamente ordenadas, y escogió un martillo—. Este martillo podría matar a todos los habitantes de Iowa... si me acercara a cada uno y le diera en la cabeza. ¿Cierto?

—Teóricamente.

—Pero nadie cree que sea poco seguro que yo tenga un martillo en el sótano. Bien, ¿quiere que siga con la analogía o nos entendemos?

—Le sigo —dijo Clyde—. Pero ¿por qué lo hace aquí? ¿No tiene un laboratorio en la universidad?

—Sí. Pero aquí no trabajo para la universidad. Esto es personal. ¿Sabe que el profesor Larsen tiene un montón de empresas en el parque tecnológico?

—He oído que tiene varias empresas, sí.

—Bien, ésta es la mía, y da un margen de beneficios mejor que cualquier cosa que haga ese hijo de puta. No tiene coste alguno... aparte de la puerta y las patas compradas en Hardware Hank.

—¿Gana dinero con esto?

—Sí. No gano una fortuna, claro, pero sí lo suficiente para pagarme unas

buenas vacaciones.

—¿Cómo?

—¿Pregunta cuál es el mercado para la toxina botulínica?

—Exacto.

—Se emplea en tratamientos médicos. La toxina actúa paralizando los músculos. Por tanto, por ejemplo, si tienes estrabismo porque tus músculos oculares funcionan mal, el doctor inyecta una pequeña cantidad de esa toxina en los músculos demasiado fuertes, paralizándolos. Clyde lo pensó.

—Si aquí hay suficiente para matar a tres millones de personas, ¿no es excesivo para tratar a unos cuantos estrábicos?

—Muy bien —dijo el doctor Folkes—. Es más que excesivo. Gran parte de este material es para los militares.

—¿Para armas?

El doctor Folkes pareció decepcionado con Clyde.

—¡No! No sería suficiente para producir armas. Para eso construiría una línea de producción recubierta de oro en algún lugar remoto. Esto lo emplean para preparar el antídoto.

—¿Cómo lo hacen?

—Inyectan toxina botulínica a caballos. Al principio en cantidades pequeñas. A medida que el caballo desarrolla inmunidad, inyectan dosis progresivamente mayores, hasta que la cantidad de toxina que recorre el flujo sanguíneo del caballo es miles de veces superior a la necesaria para matar a una persona. Luego sacan sangre al caballo, aíslan la proteína inmune y la inyectan a los soldados.

—¿Funciona?

—Quién sabe. Nadie ha usado jamás toxina botulínica en un campo de batalla real. Pero Saddam trabaja en ello. —El teléfono volvía a sonar—. Y por eso no me dejan en paz. *Militares*. —Mientras lo decía agitó la cabeza e hizo un gesto de exasperación, como si las palabras no bastasen para expresar la complejidad de su relación con los militares—. Deben de tener apuntado mi número de teléfono en todos los urinarios del Pentágono. Así que, muy amable por preguntar, señor Banks, pero me temo que no me puede ayudar con este incordio.

El doctor Folkes se volvió y fue subiendo los escalones.

—Apague las luces cuando termine. Pero no toque nada si quiere salir vivo de este sótano.

Clyde subió unos minutos después y se encontró al doctor Folkes terminándose la cena.

—He visto que tiene levadura de cerveza sobre el banco de trabajo —dijo.

—Comida para bacterias —dijo el doctor Folkes—. La *C. botulinum* necesita eso además de otras cosas.

—¿Cuáles?

—¿Por qué? ¿Planea cultivarla?

—Simple curiosidad.

—Azúcar y sopa de pollo.

Clyde meditó largamente lo de la sopa de pollo.

—¿Valdría igual la de vacuno o de cerdo?

El doctor Folkes hizo una mueca.

—No lo interprete literalmente. En realidad no es sopa de pollo. Es una solución de proteínas. Recuerde que en estado natural ya crece en todo tipo de sopas mal envasadas. Y no voy a contarle nada más, porque ya sabe lo suficiente para cultivarlas por sí mismo, en su propio sótano, y competir conmigo.

—Doctor Folkes, comprendo que ese comentario ha sido burlón. Pero ¿de verdad son tan fáciles de cultivar?

—Ya ha visto mis instalaciones. ¿Le parecen de un millón de dólares?

—Bien, doctor Folkes, la verdad es que ha sido muy interesante conocerle mejor y hablar sobre tu trabajo.

—Bien, yo espero que pille a algunos conductores borrachos.

—Lo haré, señor, y le agradezco el voto. No hace falta que me acompañe a la puerta.

CAPÍTULO 36

Eran las dos de la mañana de la noche libre de Clyde. Pero aun así vestía de uniforme y blandía un arma que no era habitual: un detector de metales. Se lo había pedido prestado al frugal Ebenezer, quien a veces lo empleaba para buscar tesoros en las orillas enlodadas de los ríos después de las subidas estacionales. Cuando le explicó lo que pretendía hacer esa noche, Ebenezer incluso se ofreció a dormir en su casa y cuidar de Maggie. Mientras Clyde recorría de arriba abajo la planta del almacén de Byproducts Unlimited en un charco agitado de luz amarilla, no pudo evitar preguntarse si Maggie estaría despierta y qué pensaría al ver el rostro demacrado y espectral de Ebenezer cerniéndose sobre su cuna.

A Clyde le acompañaba Chris, un guardia de seguridad de treinta años, nervioso y que fumaba como un carretero, que sostenía la enorme linterna negra de policía de Clyde. En mejores circunstancias, le habría molestado estar envuelto en una nube de humo acre de tabaco, pero en aquel momento daba gracias por cualquier cosa que le matase el sentido del olfato.

El almacén daba a la zona de preparación por un lado y a la zona de carga por el otro. Los montones de palés de carga de madera lo dividían en largos pasillos, cada palé lleno de sacos de plástico y con el rótulo «MegaPro: empaquetado con orgullo en Byproducts Unlimited». Desde que Clyde tenía uso de razón, Byproducts Unlimited había sido parte del paisaje, con su flota de camionetas destartaladas recorriendo las carreteras de gravilla de las granjas con las patas rígidas de animales muertos sobresaliendo por la parte superior. La grasa animal acababa en barriles destinados a los restaurantes y las proteínas convertidas en polvo MegaPro, que se utilizaba en la fabricación de comida para perros y otras delicias.

El guardia de seguridad dejó caer la linterna de Clyde al intentar encender otro cigarrillo. Tenía las manos torpes por el frío de octubre. Maldijo, la recogió y se disculpó. Clyde no dijo nada, limitándose a pasar al siguiente palé y a examinar cada saco con el enorme disco del detector de metales.

El guardia de seguridad tenía motivos para estar nervioso. Habían contratado

a su empresa con mucha prisa, apenas unos días antes, después de encontrar en la fábrica señales de que se había forzado una de las puertas traseras. Daba la impresión de que podían haberse estado produciendo intrusiones desde hacía semanas. Pero no habían robado nada importante, a pesar de que en las oficinas y los talleres de la empresa había herramientas, videos y televisores a la vista. Se encontraron marcas de neumáticos en la tierra tras el edificio.

Y hubo otro hecho aparentemente sin ninguna relación: los pescadores habían encontrado de madrugada una mancha de gasolina grande y persistente cerca del atracadero público del embalse Pla-Mor. Se envió a un submarinista que volvió con la noticia de que en el fondo, a quince metros de profundidad, había una furgoneta negra. Sacaron la furgoneta para que la examinaran no sólo los detectives locales sino agentes del FBI venidos desde Chicago. Estaba sospechosamente limpia de pruebas útiles. Sacaron algunas huellas de la puerta del conductor, que habían encontrado abierta; se correspondían con las huellas del a menudo arrestado, donante habitual de huellas dactilares, Tab Templeton, que seguía en paradero desconocido.

Se examinaron las ruedas de la furgoneta y se descubrió que coincidían con las rodadas encontradas detrás de Byproducts Unlimited. También se correspondían con las marcas que Clyde había descubierto en el lugar de la mutilación de *Maíz Dulce*, el caballo del Gobierno. El sheriff Mullowney se dejó fotografiar y filmar orgulloso junto al bulto chorreante y lleno de lodo de la Furgoneta de Satanás. No tardó en declarar que la Guerra contra Satán había terminado y estaba ganada.

Clyde examinó personalmente la furgoneta. Después de abrir la portezuela del conductor y colocar las manos donde habían encontrado las huellas de Tab, se había apoyado contra el chasis como si intentase empujar y había quedado convencido de que Tab había dejado esas huellas mientras empujaba la furgoneta por el atracadero. Lo que tenía sentido hasta cierto punto; si Clyde hubiese querido mover un vehículo grande con el motor parado, Tab habría sido el primer y último candidato para el trabajo. Siguieron circulando rumores a propósito de que habían encontrado el esqueleto de Tab cerca de la furgoneta hundida, pelado por los lucios que vivían en el embalse Pla-Mor. Pero Clyde sabía que a Tab le habían contratado para hundir la furgoneta y que, si estaba muerto, estaba muerto por alguna otra razón.

Un encargado de mantenimiento había descubierto un nido de botellas de vino barato y envoltorios de Twinkies en un armario de Byproducts Unlimited. Las huellas de Tab estaban por todas partes. El sheriff Mullowney, deseoso de envolver el caso con papel y cinta de regalo antes de las elecciones, estableció un cuartel general de crisis en la ribera del río, en un remolque prestado con una cafetera enorme y pastas, conectado a Byproducts Unlimited por un largo cable de extensión, y se puso a dragar el río día y noche con la esperanza de encontrar

el cadáver de Tab.

A las tres y media de la mañana Clyde todavía no había encontrado nada. Chris el segurata, dormido de pie, se despertó una vez más por el pitido del detector de metales y agitó la luz para ver que Clyde lo tenía apoyado contra un saco de MegaPro.

—Mantén la luz ahí mismo —susurró Clyde, demasiado asustado y excitado para hablar en voz alta. Apagó el detector de metales y lo colocó delicadamente en el suelo. Se sacó una vieja navaja de explorador, abrió la larga hoja y rajó la bolsa de parte a parte. El polvo marrón rojizo que cayó al suelo olía a comida para perros.

En medio, algo amarillo relucía. Clyde metió la mano en el montón de MegaPro, rebuscó y sacó una larga cinta de colores unida a algo pesado que osciló a la luz de la linterna, reluciente. Clyde sostuvo el tesoro deformado y lo miró un buen rato, y de pronto Chris comprendió que, al igual que un arqueólogo en la tumba de un faraón, Clyde buscaba el brillo del oro. Pero no estaba bien conservado; algún tipo de máquina industrial lo había golpeado y retorcido dejándolo casi convertido en jirones.

—¿Qué es? —soltó al fin Chris.

—Una medalla de oro olímpica —dijo Clyde—. Montreal, 1976. Lucha libre. Peso pesado.

—¡Oh, Dios! —gritó el guardia de seguridad. Miró el montón de polvo rojo en el que Clyde estaba hundido hasta los tobillos—. ¡Oh, Dios santo! —Luego dejó caer la linterna y corrió hacia la puerta abierta de la zona de carga. Casi llegó al exterior antes de vomitar los bollos.

—Que Dios tenga piedad de tu alma, Tab —dijo Clyde. Dejó la medalla donde la había encontrado, recogió la linterna, se limpió el polvo rojo de los pies y fue en busca de un teléfono.

CAPÍTULO 37

Al salir de la ranchera al camino de entrada circular de la mansión, la mujer se acercó a saludarlos: un frente tormentoso de satén blanco precedido por un muro denso de perfume dulzón. Anita Stonefield agarraba un bastón con una reluciente estrella de cinco puntas en un extremo, de resina epóxica recubierta de algo parecido al vidrio y, cuando rodeó con los brazos a Desiree y a Maggie, la estrella describió en el aire un arco amplio como el de un cometa, le dio a Clyde en la nariz y le dejó atontado de dolor.

Llegó otro coche y Anita se apartó de ellos para recibir a los recién llegados con el mismo grado de simpatía que siempre provocaba sudor frío y ganas de huir en el candidato a sheriff. Desiree había sorprendido a Clyde presentándose en casa el fin de semana; había logrado sacarle un par de días de permiso a su oficial superior y se había apuntado al coche de dos enfermeras que iban a Chicago. Clyde consideró que la generosidad del comandante debía de significar que no esperaba nada bueno para los miembros de Fort Riley. Desiree estaba segura de que lo había hecho « por ser amable ».

Pero Desiree no veía la CNN como hacía Clyde. Justo el día anterior había visto a Dick Cheney en la tele anunciando que en el Golfo harían falta muchas más tropas. Clyde ya había aceptado la invitación para la cena anual del Día de la ONU organizada por Anita Stonefield. No tenía una forma cortés de cancelar el compromiso y a Desiree parecía apetecerle salir por ahí y relacionarse. Así que allí estaban, caminando por un costado de la mansión Stonefield, siguiendo las voces agudas de los niños que jugaban en la parte posterior.

Había sido una tarde húmeda y gris de otoño, y la noche parecía querer llegar horas antes que el día anterior. Los Stonefield habían montado una carpa amarilla y blanca y traído equipo pesado de barbacoa. Mientras Clyde examinaba los distintos cortes de carne que se preparaban en las enormes parrillas, pertenecientes a distintas especies animales, descubrió que no podía sacarse de la cabeza recuerdos poco apropiados de Byproducts Unlimited.

Anita celebraba aquella cena al aire libre todos los años, justo antes de la

noche «truco-o-trato» de UNICEF, de la que era organizadora regional. Era un acto de tarde-noche. Todos los niños iban disfrazados, les daban cajitas naranja de «truco-o-trato» y tenían la oportunidad de mirar boquiabiertos a extranjeros de verdad traídos para ilustrar el tema de la fiesta. Con la ayuda del decano Knightly, Anita podía preparar una lista de invitados de hasta sesenta países diferentes. Aquel año habían prescindido de Irak, en cuyo lugar asistía una familia kurda que estudiaba con pasaporte sirio.

En los últimos tiempos Clyde recibía muchas invitaciones a actos en los que su presencia estaba completamente fuera de lugar, o era como mínimo irrelevante. Probablemente fuese por lástima. El decano Knightly lo llamaba a menudo para ver cómo estaba. Y los Stonefield le invitaban a todas las funciones sociales que montaban. Como resultado de esa serie de actos, Clyde había consolidado aun más sus votos entre la capa superior de los republicanos; el doctor Jerry Tompkins decía que en las últimas semanas su porcentaje de ese voto había crecido vertiginosamente del noventa y seis por ciento al noventa y nueve por ciento, con un margen de error del seis por ciento.

A Clyde le habían asignado el trabajo de entregar las cajitas color naranja y se dedicó a él con tanto empeño que probablemente incrementó su ascendiente en el segmento crucial de los «demasiado jóvenes para votar». Luego vagabundó por el enorme patio de los Stonefield, intentando tranquilizarse, con una de las mejores cervezas de Jack Carlson en la mano, y dio con varios estudiantes extranjeros que trabajaban alrededor de una parrilla portátil a gas. Uno tiraba a asimétrico y se movía con una cojera característica.

—¿Esta es la sección *halal*? —preguntó desde la distancia. Tenía miedo de contaminar algo si se acercaba demasiado con alcohol en la mano.

Fazoul, encantado, insistió en que se acercase más. Los dos admitieron que había pasado demasiado tiempo. Fazoul había estado ocupado con sus investigaciones y como la ausente Desiree era la que se encargaba de todos los contactos sociales de los Banks, Clyde no había visto a muchos amigos, ni nuevos ni viejos.

Fazoul llenó un plato con brochetas y se lo entregó a Clyde. Viendo que Clyde no podía hablar con la boca llena, cargó con el peso de la conversación. Siempre acababa hablando del tema del Oriente Medio, de la extrema perfidia de Saddam Hussein y, por extensión, de la mayoría de los iraquíes y, en menor medida, de muchos árabes. Estaba claro que el tema le obsesionaba; cuando se emocionaba, se ponía como un loco, agitando las manos y citando versos del Corán en árabe y luego traduciéndolos al inglés para cimentar sus ideas; como si temiese que Clyde fuese un admirador secreto de Saddam. Clyde masticaba y asentía, con la idea de que manifestar acuerdo posiblemente le calmase; pero sólo parecía animarle más.

Pronto uno de los agentes de Anita se llevó a Clyde para que estrechara

manos y cenara. Mucho más tarde Clyde se dio cuenta de que había perdido la pista de su mujer y su hija; supo de oídas que se habían ido a casa para que Maggie se acostara. Anita Stonefield había preparado el viaje de vuelta de Clyde para que pudiera quedarse hasta la fase adulta de la fiesta.

En los años cincuenta, John Stonefield había comprado toda la tierra de la zona, construido el club de campo y las casas que lo rodeaban, y entregado a sus hijos las parcelas más suculentas. El interés de Terry por las casas se limitaba a lo puramente financiero y no le importaban el estilo arquitectónico ni la decoración de interiores, de la misma forma que no le importaba el tipo de papel en el que se imprimían los certificados de acciones de sus inversiones. Cedió todo el control a Anita, que había diseñado y hecho construir una inmensa mansión directamente frente al club. Su intención era que pareciera sacada de *Lo que el viento se llevó*, pero se había visto obligada a hacer algunas concesiones al clima de Iowa: el espacioso porche estaba cerrado por cristalerías dobles y el mirador del tejado se había convertido en un extraño híbrido entre torreta de artillero y bóveda. Alrededor del edificio habían instalado potentes focos sobre pesados soportes enterrados enfocados hacia la casa. Brillaban tanto que se decía que los grandes aviones de pasajeros los usaban como conos de tráfico en su aproximación a O'Hare.

En ese entorno, Clyde, varios otros candidatos republicanos, Fazoul y otros estudiantes extranjeros, un par de docenas de miembros del club de campo local y otros personajes importantes quedaron atrapados durante las siguientes horas.

En cierto momento de la noche Clyde se encontró vagando por ahí seguido de Fazoul, intentando alejarse del sonido del estéreo de Anita, que llegaba a todas las habitaciones a través de altavoces ocultos en el techo. Había puesto dos compactos de clásicos reciclados de la música de instituto interpretados por un grupo de imitación llamado Artistas Originales, y por todas partes había republicanos borrachos ejecutando arcaicos pasos de baile.

Vagaron protegiéndose los ojos del brillo ártico de las alfombras nevadas y los objetos de vidrio atravesados por potentes luces halógenas, y entraron en una simulación de biblioteca. Las paredes estaban llenas de cuadros y fotografías de alemanes temibles de gigantesco bigote que daban la impresión de estar a punto de sufrir un aneurisma por culpa de la música.

Desde la biblioteca una escalera de caracol llevaba hasta el segundo piso y, de allí, a la bóveda, que, a juzgar por los montones de cenizas de puro en el enorme cenicero y las chapas de cerveza de la papelera, Terry había adoptado como refugio. De eso les sirvió a Clyde y Fazoul, en la medida en que no había altavoces ni bailarines. Un anillo de ventanas ofrecía una panorámica completa del condado de Forks: el campo de golf al norte y, al sur, las granjas, con bosques en los pliegues de la tierra, descendiendo imperceptiblemente hacia la ciudad de Wapsipicon y la confluencia de los ríos.

Cerca de la casa vieron claramente al profesor Arthur Larsen llevándose a Anita tras el cenador irlandés importado y acariciándole los pechos mientras ella le agarraba la cabeza y unía sus labios con los suyos. Clyde dio la espalda a la escena; era peor que lo de Byproducts Unlimited. Fazoul lo vio pero no reaccionó visiblemente; para él, aparentemente, era simplemente lo normal en los modernos Estados Unidos. A Clyde le dio vergüenza, pero no podía hacer nada.

—¿Cómo puedo ayudarte, Clyde?—dijo Fazoul.

—¿Disculpa?

—Dijiste que querías aprovecharte de mi cerebro. Si comprendo la frase, entonces mi cerebro siempre está dispuesto a que tú te aproveches de él.

—Bien. —Clyde hundió las manos en los bolsillos de los pantalones del uniforme y cerro los puños, para luego mirar fijamente, durante todo un minuto, el telescopio de Terry Stonefield—. Simplemente es que me he dado cuenta de algunas cosas.

Fazoul alzó una ceja. En los meses transcurridos desde que se habían conocido, había valorado a Clyde y aparentemente había llegado a la conclusión de que cuando Clyde se fijaba en algo y se molestaba en comentarlo lo más probable era que fuese a producirse una charla muy larga. Así que retrocedió un par de pasos y con delicadeza tomó asiento bajo la ventana, poniéndose cómodo, para esperar a que Clyde hablase.

—Creo que en Forks está pasando algo muy raro. Creo que es importante. Creo que es algo relacionado con estudiantes extranjeros —probablemente de Irak Y tiene que ver con la toxina botulínica.

Fazoul asintió animándole hasta que Clyde pronunció las últimas palabras. Luego dio un salto, como si no pudiese creer que Clyde hubiese dicho lo que había dicho. Suspiró hondamente y se pasó una mano por la cabeza deformada, apartándose de la frente lo que le quedaba de flequillo. Agitó la cabeza y cerró los ojos pensando intensamente.

—Por favor, sigue —dijo en voz baja.

—Bien, antes opinabas sobre Saddam. Y resulta que yo he estado estudiando al viejo Saddam desde que amenaza con matar a mi esposa. Y no puedo afirmar que sea ningún experto en ese hombre, pero sé que trabaja como un loco para conseguir armas nucleares, un supercañón, misiles y armas químicas. Si oyes todo aquello en lo que ha estado trabajando, te imaginas Irak como un enorme laboratorio y a todos los iraquíes como doctores. Pero he visto Irak por la tele y sé que no es un gran laboratorio. Por tanto, ¿dónde tiene a sus científicos? Bien, cuando el decano Knightly me dijo que había cincuenta y tres iraquíes en Wapsipicon, fui atando cabos. La UIO ni siquiera es una universidad grande. Hay docenas como ella. Si Saddam tiene a cincuenta y tres pitagorines aquí... bien, es fácil echar cuentas. Un par de veces por noche atravieso la universidad porque la policía del campus tiene medios reducidos y nos pide ayuda. Y he visto

a los estudiantes extranjeros por las ventanas del centro de ordenadores, a las tres o las cuatro de la mañana. He oído que pueden usar los ordenadores para intercambiar información con amigos situados en otros estados o países.

» Así que me puse a pensar, sólo por permitirme ser paranoico durante un segundo: ¿y si todos esos estudiantes graduados iraquíes fuesen en realidad parte del gran plan de Saddam para matar a mi mujer? Cuando me lo planteé de esa forma, me alteré bastante.

—Claro que sí —dijo Fazoul. A Clyde le pareció que los ojos de Fazoul relucían un poquito.

—Así que vamos a repararlo bien. ¿Qué podrían estar tramando los iraquíes en el condado de Forks? La UIO tiene una escuela de ingeniería razonablemente buena, o eso afirma, pero es mejor que nadie en veterinaria. Bien, si yo fuese Saddam, ¿por qué iba a enviar a mis empollones a la Facultad de Veterinaria? Bien, lo primero que me vino a la cabeza fue el carbunco. Es una enfermedad veterinaria, pero desde agosto la prensa no deja de hablar de que Saddam va a usarlo como arma biológica.

» Puede que oyeses que a principios de agosto, casi el mismo día de la invasión de Kuwait, perdimos a un ayudante. Recuperaba un caballo huido del laboratorio de patología forense y al que unos mutiladores de ganado habían herido. Murió de un ataque al corazón. Intenté hacerle masaje cardiaco, pero no funcionó. Por alguna razón, el FBI se interesó mucho por el caso.

» Luego supe por mis parientes que el Gobierno estaba buscando caballos viejos para donar sangre por su país en el laboratorio de patología veterinaria. Y supe por Desiree que el Ejército dispone de un buen montón de vacunas contra el carbunco pero anda corto de antitoxina botulínica. Y hablé con un anciano experto en botulínica, y me explicó que la antitoxina se prepara inyectando toxina botulínica en los caballos para que desarrollen una potente inmunidad; luego les sacan sangre. Me informé en la biblioteca y descubrí que la toxina botulínica mata paralizando los músculos... sobre todo el corazón y los músculos respiratorios.

» Así que, sumando dos más dos, deduje que mi amigo el ayudante no murió de un ataque al corazón como creíamos. El caballo que perseguía era una de las fábricas de antitoxinas a cuatro patas del Ejército y tenía en las venas toxina suficiente para matar a mil hombres, y esa sangre tóxica fluía de él porque lo habían mutilado. Cuando Hal le perseguía, se hizo pequeños cortes en las manos al saltar las verjas de espinos y, cuando logró tranquilizar al caballo y le acariciaba el cuello, sangre del caballo le entró en esos cortes y de pronto se le paralizaron el corazón y los pulmones. Al forense no se le ocurrió hacer la prueba de la toxina botulínica y, naturalmente, dio por supuesto que había sido un ataque al corazón. Cuando el Gobierno supo que uno de sus dos caballos botulínicos había sido atacado, mandó al FBI a investigar. Debían de saber que

Hal realmente no había muerto de un ataque al corazón, pero no lo dicen porque es una cuestión de seguridad nacional.

» Lo que nos deja la pregunta de quién mutiló a ese caballo y por qué. Se supone que debemos pensar que fueron unos satanistas. Pero creo que esa racha de mutilaciones de ganado no fue más que un engaño, algo que se hizo para poder mutilar al caballo botulínico sin llamar demasiado la atención.

» ¿Por qué iba a querer alguien mutilar un caballo botulínico? Bien, quizá quisiese obtener una muestra de sangre de ese caballo. De lograrlo, tendría una muestra de la antitoxina que el Ejército va a usar para proteger a Desiree y a los demás soldados si realmente estalla la guerra. Según mi amigo el profesor, hay muchas variedades diferentes de *Clostridium botulinum*. Por tanto, disponer de una muestra permite escoger una variedad que produzca una toxina para la que el suero del Gobierno sea menos efectivo. A continuación, ese alguien podría producir grandes cantidades de toxina en unas instalaciones muy simples.

» Bien, Fazoul, si eso fuese todo, no tendría que pensar nada más. Llegaría a la conclusión de que las muestras han sido enviadas por mensajería a Bagdad y que allí se ocupaban de la producción. Pero la historia es más larga.

Durante gran parte de la narración, Fazoul había estado mirando por la ventana, hacia las luces de Wapsipicon, asintiendo con frecuencia, como si estuviese de acuerdo con Clyde pero la información no le resultase especialmente novedosa o interesante. Pero entonces se sobresaltó un poco y se volvió para mirar a Clyde a los ojos. Por primera vez, parecía no saber qué iba a decir Clyde a continuación.

Clyde siguió hablando.

—Tengo una idea demencial que nadie, excepto yo, llegará a creer jamás. Nadie excepto yo y quizá tú, porque tengo la sensación de que podrías estar igual de loco que yo.

—¿Cuál es tu idea? —dijo Fazoul, algo irritado por la súbita reticencia de Clyde.

—Que Saddam está construyendo una instalación de producción de armas biológicas, o quizá ya la tenga en funcionamiento, aquí mismo, en el condado Forks.

Fazoul hizo algo sorprendente: sonrió. Intentó no hacerlo, pero no pudo evitar que la sonrisa se extendiese por su rostro devastado.

—¿Puedo oír tu razonamiento?

—No lo tengo todo tan bien hilado como la primera parte —dijo Clyde—. Pero, para empezar, simplemente tiene sentido. Tiene aquí a sus grandes científicos. ¿Por qué no fabricarlas aquí? En Iowa es fácil conseguir materiales y no se tiene que preocupar de las fotos de los satélites ni de que le bombardeen los israelíes. El doctor Folkes dice que esa sustancia es tan potente que si tuvieses, digamos, un camión lleno, podrías cambiar el resultado de la guerra. Y para un

tipo como Saddam, llevar el contenido de un camión desde Iowa a Oriente Medio no es tan difícil.

—Estoy de acuerdo en que la idea es plausible —dijo Fazoul en un tono bajo y tranquilizador. Luego, con más impaciencia—: ¿Qué pruebas tienes?

—A las bacterias hay que darles de comer ciertas cosas: levadura cervecera, azúcar y una solución de proteínas —dijo Clyde—. Bien, supe por Jack Carlson que Tab Templeton compró un montón de levadura de cerveza a principios de octubre y que se la llevó en una furgoneta que se ajustaba a la descripción de la empleada por los mutiladores del supuesto culto satánico. Y sabemos que durante la última o las dos últimas semanas de su vida, Tab vivía en un armario en Byproducts Unlimited, en cuyo almacén no hay otra cosa que sacos de proteínas esperando a que alguien se los lleve. Me pasé por la Procesadora de Maíz de Nishnabotna y hablé con los tipos del departamento de ventas y supe que Tab, una semana antes de su muerte, había comprado algunos barriles de jarabe de maíz. Y yo mismo le vi en Hardware Hank cargado de tuberías de PVC. En la última semana he estado por cooperativas y otros comercios de suministros para granjas de los alrededores y he descubierto que Tab adquirió varios depósitos de almacenamiento de gran tamaño, de fibra de vidrio, de los que usan los granjeros para almacenar pesticidas y otros líquidos en grandes cantidades.

» Me imaginé que si yo fuese un estudiante graduado iraquí tirando a flacucho e intentase construir una fábrica de toxina botulínica en algún viejo granero o garaje en medio de Iowa, tendría varios problemas. Para empezar, implica mucho trabajo físico... mover barriles y demás. Además, llamaría la atención si hiciese cola en la caja de Hardware Hank cargado con un montón de tuberías. Así que lo más inteligente sería contratar a alguien como Tab Templeton para que lo hiciese todo por mí.

Fazoul dijo:

—¿De verdad crees que alguien tan preocupado por la seguridad como Saddam dejaría un secreto de esa importancia en manos de un borracho estadounidense?

Lo que paró a Clyde en seco, porque era una objeción que él mismo se había planteado en muchas ocasiones. Vaciló, rompió el contacto ocular con Fazoul y miró por la ventana.

—Tienes razón. Es imposible —dijo Clyde—. Estoy siendo un paranoico. — Luego recordó algo—. Lo único es que Tab ha muerto. Lo que no se puede decir que sea una sorpresa, porque hace tiempo que todos esperábamos que muriese. Pero cuesta creer que incluso un borracho estúpido como Tab se cayese por accidente en esa tolva. Y tampoco explica cómo tuvo acceso a la furgoneta o por qué la tiró por el embarcadero al embalse Pla-Mor.

—Es una elucubración interesante —dijo Fazoul tras un largo silencio—. Con tu permiso, se lo contaré a algunos amigos míos que están más familiarizados con

el estado actual de los asuntos del Golfo. Quizá puedan darnos alguna pista adicional que ayude a demostrar o refutar tu hipótesis.

—Bien, sería estupendo —le soltó un asombrado Clyde. Simplemente había querido usar a Fazoul como público y su única esperanza era que no se riese en sus narices. Le sorprendió y le avergonzó un poco enterarse de que Fazoul repetiría sus teorías absurdas a personas todavía más exóticas y sofisticadas que él mismo.

Abajo, un Corvette rojo salió del aparcamiento de tierra, recorrió la mitad del círculo de la entrada y se detuvo con un frenazo frente a la puerta principal. Hizo sonar la bocina. De abajo llegaron voces llamando a Clyde.

—Supongo que ése es mi coche. Espero no tener que detenerle por conducir borracho —dijo Clyde—. Mantengamos el contacto.

—No te preocupes por eso —dijo Fazoul.

Clyde descendió hasta la planta baja y en el vestíbulo se despidió de varios invitados por medio de gestos. Mandó un beso con la mano a Anita y salió por la puerta para subirse al Corvette, que revolucionaba impaciente el motor. Clyde abrió la puerta del copiloto y se inclinó mucho para ver en el interior de un vehículo tan bajo. Al volante, apestando a colonia europea, estaba Buck Chandler.

—¡Vamos a ver qué tal va, Clyde! —aulló, dándole un golpe al volante.

—¿Cómo estás de borracho? —dijo Clyde.

—¡Eh! —dijo Buck como si le alegrase que Clyde hubiese sido tan descortés como para preguntarlo. Aparcó el Corvette, abrió la portezuela y salió con toda la facilidad con la que podía salir un hombre de su edad con una rodilla lesionada por el fútbol—. Mira —dijo. Se encogió de hombros y lanzó los puños teatralmente, sostuvo las manos a ambos lados, luego cerró los ojos y levantó un pie del suelo. Sosteniéndose sobre una pierna, como un flamenco, se puso a tocarse la punta de la nariz con el índice de ambas manos alternativamente—. Cien... noventa y tres... ochenta y seis... setenta y nueve... setenta y dos... y demás —dijo, abriendo al fin los ojos y bajando el pie. Alzó las cejas con expectación.

—Te has gastado todo el dinero de la bebida en el coche, ¿eh? —dijo Clyde, subiendo. Buck se rió con ganas y se puso al volante. Clyde se abrochó el cinturón y abrió un poco la ventanilla para que entrara aire fresco.

—Seco del todo desde hace un par de meses, Clyde. Nunca me he sentido mejor. —Buck le dio al acelerador y el Corvette tomó la curva con una arrancada escandalosa.

—Bien, eso está bien, porque cuando me elijan voy a caer como un demonio sobre los conductores borrachos.

Buck volvió a reír.

—Es por eso que dejé de beber —dijo—. Sabía que el viejo Clyde me trataría como a todos los demás. Por eso y porque sabía que tendría que

ocuparme de mis negocios si quiero pagar a todos esos abogados divorcistas.

—Bien, habitualmente un divorcio me parece una tragedia —dijo Clyde—, pero en tu caso, creo que te ha sentado bien.

—Yo no podría haberlo expresado mejor —dijo Buck. El Corvette salió del camino de entrada de los Stonefield y voló hacia Wapsipinicon como un Scud caído del cielo.

CAPÍTULO 38

El permiso por defunción de un familiar duró una semana, tiempo que a Betsy no le pareció excesivamente generoso hasta que comprendió que, en esas circunstancias, una semana dura un año. Paul Moses se ocupó de los detalles de trasladar el cuerpo y hablar con los de la funeraria. A Betsy no se le ocurrió pensar en por qué un criptógrafo de la NSA iba a ocuparse de algo así. O, más bien, se le ocurrió y decidió no pensarlo.

No empezó a considerar todos esos detalles hasta que se le terminó el permiso, Paul hubo vuelto a Washington y ella hubo gastado algunas semanas de las vacaciones que le quedaban. Sabía que Cassie haría algún comentario mordaz sobre esa situación: una mujer que se toma vacaciones sólo cuando se muere un familiar, para poder pasar así más días de tristeza absoluta.

Pasó muchos días sentada a la mesa de la cocina de la granja de Nampa. Los largos desayunos con su madre se convertían en largos almuerzos. Leían hasta la última palabra del periódico local, veían bastante televisión. No era excesivamente productivo, pero estaba bien.

Supo que ya se estaba recuperando cuando empezó a pensar en todo lo sucedido. Y luego comprendió que, en las últimas semanas, había deducido inconscientemente muchos detalles.

Por ejemplo, el robo en Adams-Morgan no había sido un robo, había sido un intento de asesinato contra Kevin disfrazado de robo. Margaret Park-O'Neil no era simplemente una vecina que se había convertido en el objeto de afecto de Kevin; alguien que conocía a Kevin muy bien, lo suficiente para saber que sentía debilidad por las mujeres asiáticas, la había plantado en su camino. Margaret trabajaba para alguien, para uno de los « buenos », y su trabajo consistía, entre otras cosas, en ser la guardaespaldas de Kevin. Había muerto cumpliendo con su deber.

Lo siguiente le costó un poco más aceptarlo.

Si Margaret —la novia perfecta para Kevin— había sido escogida para él, ¿qué le indicaba eso a Betsy sobre su propia pareja perfecta, Paul Moses? ¿Qué

demonios hacía Paul en Nampa ocupándose de los detalles del entierro si realmente trabajaba para la NSA?

¿Qué pasaba con Marcus Berry ... el supuesto novio de Cassie, que se pasaba la vida en el Medio Oeste? El presidente en persona le había contado a Betsy que Edward Seamus Hennessey tenía a un hombre sobre el terreno en Wapsipinicon, Iowa, vigilando a los iraquíes de esa zona.

Lo que implicaba que la propia Cassie formaba parte del juego. Betsy repasó mentalmente la cronología: había dado el fatídico informe al agregado de Agricultura en marzo. Dos días después, su antigua compañera de piso había sido trasladada súbitamente a otro puesto. Dos días más tarde, había aparecido Cassie, la compañera de piso ideal, para mudarse a su apartamento.

Ella y Kevin eran peones. Eso era evidente. Como muchos peones, Kevin ya había sido sacrificado. Cassie, Paul Moses, Marcus Berry y Margaret eran torres, alfiles y caballos. ¿Quién era el rey? Casi con toda seguridad era Hennessey. Pero no se trataba de una partida de ajedrez con sólo dos ejércitos y dos reyes. El tablero se extendía en todas direcciones, sus límites se perdían en la oscuridad y la distancia, y tenía la sensación de que otras zonas del tablero estaban muy llenas de figuras en frenética actividad.

La noche de Halloween, Betsy traía de vuelta a su madre desde el centro comercial de Nampa y, mientras recorrían las calles de la ciudad, vieron a los niños recorriendo las aceras con sus poco convincentes disfraces comprados en un supermercado, cargados con las bolsas del botín.

—Mira a los niños disfrazados —exclamó la señora Vandeventer—. ¿No son una monada?

Por primera vez en un mes, Betsy sonrió.

—También se disfrazan en Washington, madre.

Su madre puso cara de ligera inquietud.

—¿Allí no es peligroso?

—Sí —dijo Betsy—, pero hay gente a la que le gusta así.

CAPÍTULO 39

Stanton Court había sido un campo de maíz de las afueras de Wapsipinicon hasta que en algún momento, durante la guerra, la universidad se lo anexionó y lo llenó de hileras de barracones alargados, bajos y baratos forrados de papel alquitranado con techo de metal corrugado. Se suponía que se trataba de una medida temporal, pero había hecho falta más espacio habitable y, en los años siguientes, la ciudad había crecido a su alrededor. En los años sesenta habían recubierto los barracones de aluminio, una admisión tácita de que probablemente fuesen a permanecer allí tanto tiempo como durase la propia universidad. Al cabo de unos meses había caído una tremenda granizada que había azotado horizontalmente los laterales sur y oeste de los edificios con puños de hielo a más de noventa kilómetros por hora.

Un cuarto de siglo más tarde las marcas seguían siendo claramente visibles mientras las luces largas del Coche de la Muerte iluminaban los edificios. Clyde usaba las largas porque era la noche de Halloween y probablemente en Stanton Court la densidad de niños pequeños era mayor que en cualquier otro punto del estado de Iowa. La universidad usaba esos barracones como viviendas baratas para estudiantes casados y estaban habitados por miembros de grupos étnicos que, al contrario que sus compañeros americanos, no tenían reparos en tener hijos.

Al ciudadano medio de Iowa siempre le parecía Halloween en esas calles estrechas, donde los saris y los turbantes eran más habituales que las camisetas. Pero por mucho que sus padres se esforzaran en aferrarse a su cultura, los hijos crecían americanos y eran plenamente conscientes de que en esa noche del año podían obtener una cantidad prácticamente ilimitada de dulces simplemente llamando a las puertas y pidiéndolos. Todos estaban fuera con sus trajes de Batman y las Tortugas Ninja, casi todos con cintas reflectantes de colores chillones que relucían bajo los faros de Clyde. Pero algunos padres habían improvisado disfraces caseros que eran invisibles de noche, razón por la que Clyde usaba las largas.

Se detuvo delante de un barracón y aparcó la ranchera. El diminuto patio delantero carecía del habitual triciclo de plástico y de la espada de juguete, pero al mirar por la diminuta ventana de la cocina, que estaba empañada, Clyde vio biberones secándose y también la parte posterior de la cabeza de Farida mientras cocinaba.

Maggie seguía dormida en el asiento trasero y Clyde sabía que se despertaría si intentaba moverla. Salió del coche, cerró la puerta sin darle el golpe final y recorrió un corto caminito de entrada levantado por las raíces de un manzano escuálido.

Tenía la esperanza de que no armasen mucho jaleo por su visita, pero así fue; Farida estaba preparando té y había horneado unas pastas extremadamente dulces y sazonadas como el té Earl Grey. Al comprender que Clyde era reacio a dejar a Maggie sola en el coche, Farida realizó una breve llamada de teléfono. Unos quince segundos después apareció una adolescente turca vakhan con un libro de matemáticas bajo el brazo que alegremente aceptó sentarse en el coche y cuidar de Maggie todo el tiempo que fuese necesario.

A Clyde lo instalaron en el mejor sillón de la casa, uno que habían cubierto con una gruesa tela de lana de colores para ocultar el hecho de que se le estaban saliendo las tripas. La tela era áspera y nudosa, con el dibujo tejido, y Clyde supuso que probablemente estaba hecha en casa. De haber sustituido aquel tapiz por una manta raída tejida con hilo hortera de poliéster, el sillón habría sido exactamente igual que el mobiliario con el que había crecido Clyde, así que de inmediato se sintió como en casa. Delante le pusieron una taza de té y un plato de pastas. Fazoul tomó asiento en un sofá cama igualmente devastado y durante una media hora comieron, bebieron y hablaron del tiempo y de la crianza de los hijos.

Cuando Clyde hubo comido pastas suficientes para satisfacer los feroces e implacables instintos de anfitriona de Farida, se relajó y se arrellanó en el sillón. Así veía mejor el tapiz y, mientras escuchaba a Fazoul relatar la última infección de oído de su hijo, sus ojos se fueron enfocando.

Lentamente comprendió que el motivo no era un dibujo geométrico abstracto. El borde de la tela era un largo tren de cajas verdes sobre ruedas con garabatos que Clyde supuso que debían de ser letras. De las cajas con ruedas salían cabezas con bigote. Las cabezas llevaban casco verde. De otras cajas sobresalían palos negros en distintas direcciones y de algunos de los palos negros salían líneas de puntos rojos. Las líneas de puntos rojos convergían sobre pequeñas chozas marrones que a Clyde le recordaron la tienda que Fazoul y sus compañeros habían levantado en el parque Albertson. Alrededor de esas tiendas había figuritas humanas. Algunas estaban tendidas en el suelo y de ellas manaba algo rojo. Otras llevaban palitos negros. Separando las piernas y hundiéndose en lo más profundo del sillón, Clyde comprobó que estaba sentado sobre una

compleja representación de un helicóptero con líneas rojas que se alejaban de él en todas direcciones. Directamente hacia la entrepierna de Clyde y la parte posterior del helicóptero, impulsado por una cola de llamas amarillas y naranja, avanzaba un misil tierra-aire.

Si Fazoul advirtió que Clyde se daba cuenta de todo eso, no lo manifestó, limitándose a seguir hablando de asuntos normales de padres —concretamente de las ventajas de los pañales desechables sobre los de tela—. Farida continuamente se ponía en pie para dar caramelos a los niños que llamaban.

—Vamos a dar un paseo —dijo Fazoul de pronto, una vez que la conversación alcanzó el punto muerto natural.

—¿Puedo ir al baño? —dijo Clyde. En aquel momento, de haber estado entre americanos, habría soltado alguna tontería sobre el efecto del té.

—Por supuesto —dijo Fazoul.

De camino al baño, Clyde pasó frente a la puerta abierta del único dormitorio de la unidad. Vio una foto en la mesilla de noche: un retrato familiar de un joven guapo, una esposa joven y hermosa y cuatro niños. Mientras meaba, repasaba mentalmente la imagen y, cuando salió, pasó más lentamente por delante del dormitorio y dio un buen repaso a la fotografía. Se dio cuenta de que el joven guapo era Fazoul antes de que le pasara eso terrible que le había pasado, fuera lo que fuese. Sin embargo, la joven no era Farida.

Le sobresaltó un ruido dentro de la habitación. Fazoul salió del armario cargado con un saco de plástico que contenía algo pesado. Vio a Clyde.

—Mi primera esposa —explicó—, y nuestros hijos.

Clyde miró a Fazoul. No se atrevió a preguntar.

—Muertos —dijo Fazoul con calma—. Saddam vino a nuestro pueblo con gas.

A Clyde le dio vueltas la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se giró y recorrió el estrecho pasillo. Salió al aire frío de la noche, aterrorizando a un solitario niño vestido de comando. Fazoul le concedió algunos momentos de soledad, luego salió de la casa y le agarró del hombro.

—No te preocupes, Khalid —dijo—. Nos aseguraremos de que Desiree no tenga nada que temer de ese hombre. Es mi promesa personal.

Cuando Fazoul pronunció esas palabras fue cuando Clyde comprendió que le atenazaban dos emociones: no sólo era la conmoción de saber lo que le había pasado a Fazoul, sino también el miedo por lo que pudiera pasarles a él y a su familia.

La adolescente salió del coche, intercambió frases amables con Fazoul y desapareció en la noche.

—Cuando tenía cinco años vio cómo un grupo de iraníes violaban a su madre —dijo Fazoul.

—Buena chica —dijo Clyde. Fue todo lo que se le ocurrió.

Subieron al Coche de la Muerte y se quedaron allí unos minutos mientras

Clyde recuperaba la orientación. Luego arrancó, puso la directa y dejó que el vehículo avanzase. Maggie se movió y balbució.

—¿Has dicho «iraníes»? —dijo Clyde un par de minutos más tarde, mientras salían del laberinto que era Stanton Court y llegaban a la calle principal.

—Tenemos muy mala suerte con nuestros hogares —dijo Fazoul—. Siempre hemos sido un pueblo nómada, lo que significa que seguimos a nuestro ganado. Tenemos problemas con las fronteras fijas. Así que los iraquíes, los iraníes, los chinos, los rusos, los kazajos, los armenios, los azéris y muchos más nos desprecian por igual.

—Es muy mala situación en la que encontrarse —dijo Clyde.

—No por mucho tiempo —dijo Fazoul.

—¿Qué quieres decir?

—La tecnología está haciendo que las fronteras sean cada vez más irrelevantes. Los Gobiernos que siguen dando importancia a sus fronteras se niegan a comprender ese hecho fundamental. Nosotros vamos muy por delante. Claro está —añadió tímidamente tras una breve pausa— que por ahora los Gobiernos y las fronteras son muy importantes, como podrían contarte los kuwaitíes.

—¿Quieres ir a algún lugar en concreto?

—A la interestatal estará bien.

—¿Norte o sur?

—No importa.

Clyde salió de la ciudad en dirección sur, tomó por la Nueva Treinta y al este hacia la interestatal. Tenía la clara impresión de que Fazoul quería alejarse de la ciudad, así que en lugar de ir al norte, lo que les hubiese llevado a los límites de Nishnabotna, giró al sur, siguiendo las indicaciones hacia St. Louis.

Fazoul se puso cómodo y no dijo nada durante varios minutos. De vez en cuando ajustaba con la mano el retrovisor de su puerta, aparentemente mirando las luces de las ciudades gemelas. Clyde también comprobó el espejo, intentando ver qué miraba Fazoul. Lo único visible en ese punto eran las luces rojas parpadeantes de la torre de agua y la torre de radio.

Avanzaron unos diez minutos más. Como Fazoul no parecía tener muchas ganas de hablar, Clyde subió la radio un poco. Mantenía sintonizada una emisora de noticias de Des Moines e instintivamente alargaba la mano hacia el volumen en cuanto oía la musiquilla que precedía el noticiario.

Del salpicadero surgió la voz de George Bush. Clyde y Fazoul le escucharon mientras recorrían la noche de Iowa. Estaba dando un discurso, explicando la situación en Kuwait, contando historias horribles sobre lo que le hacían a la gente, diciendo que era como la Europa ocupada por los nazis. Clyde no vio ninguna razón para estar en desacuerdo con la comparación; pero igualmente se resistió, porque sabía lo que pretendía el presidente.

—Es una estación directa... rebota en la ionosfera —dijo Fazoul de pronto—. Pero es una excepción. La mayoría de las transmisiones de radio son en línea recta. La radio no dobla muy bien las esquinas.

Clyde bajó el volumen. Volvió a mirar por el retrovisor y vio que las luces rojas se habían perdido tras el horizonte.

Fazoul abrió la bolsa de plástico y sacó una maraña de cables. En algún lugar de ese embrollo había un rectángulo de plástico blanquecino del tamaño de un sobre comercial, con agujeritos formando una rejilla. En esos agujeros había encajados muchos componentes electrónicos con un mar de pequeños cables coloreados. Del conjunto sobresalía un cable largo con un enchufe al final; Fazoul lo insertó en el encendedor del Coche de la Muerte. Se encendieron leds verdes y rojos. Fazoul pulsó botones y observó cómo un gráfico de barras de leds subía y bajaba.

—Alguien ha puesto un micrófono en tu coche —anunció Fazoul.

Clyde estuvo a punto de salirse de la carretera.

—Pero el micrófono no graba. Sólo transmite. Ahora no pueden oírnos, a menos que nos estén siguiendo con aviones o helicópteros. —Fazoul miró a través del techo solar. Clyde se resistió a la tentación de hacer lo mismo.

—¿Quién iba a espiarme? ¿El sheriff Mallowney? —dijo Clyde. Se avergonzó de inmediato de haber hecho una pregunta tan estúpida. Fazoul rió entre dientes y no le dio mayor importancia.

—Si arrancásemos el micro y lo examinase, te lo podría decir con exactitud. Tenemos huellas digitales de todos los agentes iraquíes locales. Pero es casi seguro que han sido los iraquíes, los israelíes o el contraespionaje del FBI. Probablemente el FBI... No tenemos ninguna razón para creer que los iraquíes o los israelíes sean conscientes de tu destreza para el contraespionaje.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo Clyde.

—Tú sabes tanto como cualquiera de nosotros, Khalid. Sólo te falta el contexto.

—¿El contexto?

—Has deducido aspectos muy interesantes de las actividades iraquíes en el condado de Forks.

—Pero en realidad nunca creí tener razón.

—Supón que es cierto. Supón que tienes razón. Ahora intenta imaginar todas las implicaciones.

—No hago otra cosa, Fazoul. Tengo pesadillas por Desiree.

—No me refería exactamente a eso. Eso son implicaciones personales. Yo hablo del terreno de la política. Hablo de repercusiones en lugares como Washington, Bagdad y Tel Aviv.

—No sé nada sobre Washington, Bagdad ni Tel Aviv.

—En este momento —dijo Fazoul—, ése es tu mayor problema.

Continuaron en silencio un rato. Clyde se rió sin ganas al reflexionar sobre algo:

—No pusieron grabadora en mi coche porque sabían que yo era un paleta que jamás, nunca jamás, se alejaría de casa.

Fazoul no lo negó.

Iban por un tramo largo y recto de la interestatal sin otra cosa en la mediana que hierba crecida marchita por la primera helada. Un remolque que iba en sentido contrario rugiendo hacia el norte pasó a más de ciento treinta kilómetros por hora, y sus luces se perdieron en la oscuridad.

Clyde dio un bandazo hacia el arcén. La enorme ranchera viró a la izquierda mientras las ruedas iban del borde del arcén a la mediana.

—¡Clyde! —soltó Fazoul, usando una de sus garras deformes para sostenerse contra el salpicadero. Clyde frenó de golpe y giró el volante. La pesada parte trasera del coche giró por inercia y el vehículo cambió de sentido. Clyde le dio al acelerador y el potente 460 los sacó del arcén en dirección al norte. Toda la operación llevó unos segundos, pasados los cuales volvieron a la ciudad a unos cómodos cien kilómetros por hora. Maggie murmuró, se agitó en el asiento y volvió a dormirse.

—Fui el primero de la clase en la Academia de Policía de Iowa —dijo Clyde—. Nos enseñaron estas cosas.

—Impresionante —dijo Fazoul, con sinceridad.

—Pero el FBI, o quien sea, tiene toda la razón. No soy más que un paleta de pueblo —añadió Clyde—. En la Academia de Policía de Iowa no me enseñaron nada sobre Bagdad.

—Bien, ¿te lo tomarías mal si te aconsejara? —dijo cautelosamente Fazoul.

—Claro que no.

—Habla con el FBI. De todas formas, lo más probable es que ya sepan la mayor parte de lo que has descubierto. Si no se lo cuentas, parecerá que ocultas algo.

—La verdad es que me enorgullezco de realizar una buena labor policial de base —dijo Clyde—. Y ahora mismo no tengo lo necesario. No tengo pruebas sólidas. Se reirán de mí.

—Puede que se rían de ti porque eso es parte del juego al que están obligados a jugar —dijo Fazoul—. Pero todo lo que les cuentes acabará en Washington, en las mesas de personas que no se reirán.

—Fazoul, ¿quién demonios eres? —dijo Clyde. Resultaba agradable plantear al fin la pregunta.

Fazoul dijo:

—Has visto la fotografía. Has visto a mi nuevo hijo. Ése soy yo.

—¿Pero aparte de eso...?

—Tengo amigos con acceso a más información sobre este asunto —dijo

Fazoul—. Desde que hablamos en casa de los Stonefield he estado comunicándome con esos amigos, por canales que ni el FBI ni los iraquíes ni nadie más puede controlar. Me dicen que tu idea descabellada es más que plausible.

Otro silencio largo. Clyde al fin se obligó a decir algo. Habló entre dientes.

—El tipo del FBI examinó mi informe sobre la mutilación del caballo y dijo que estaba muy bien redactado —dijo—. No me gusta echarme flores, pero eso dijo. Me dijo que debería pensar en mandar una solicitud de empleo al FBI.

—Ah —dijo Fazoul en voz baja.

—Voy a perder las elecciones, Fazoul. Me van a patear el culo.

—Eso dicen.

—Y eso me ha hecho pensar, bien...

—Comprendo —dijo Fazoul—. Para ti lo del FBI es muy importante.

—Sí —le confesó Clyde, sintiendo un nudo en la garganta—. No me había dado cuenta hasta ahora. La idea de presentar un informe parcial... algo que puede acabar en mi expediente...

—¿Te ayudaría —dijo Fazoul— si te dijese que el representante local del FBI podría no ser del todo sincero?

—Bien, ya lo he pensado —admitió Clyde—. Simplemente digo que para mí es una cuestión de orgullo no presentar un informe caricaturesco.

Fazoul guardó silencio durante un minuto. Luego dijo:

—Me cuentan que, a mediados de julio, tres hombres con pasaporte jordano llegaron a la Universidad de Iowa Oriental haciéndose pasar por estudiantes graduados. El difunto doctor Vandeventer se ocupó de todos los detalles. Realmente no son jordanos. Son iraquíes. Uno de ellos ocupa un puesto muy alto en el círculo interno de Saddam. Es un hombre que estuvo implicado en el programa supercañón y otras aventuras similares. Otro es un agente de seguridad que actúa como guardaespaldas y matón del primero. El tercero es un experto en armas biológicas.

—Dices que llegaron a mediados de julio. Dos semanas antes de la invasión.

—Saddam tomó la decisión de invadir Kuwait a mediados de julio —dijo Fazoul—. En ese momento se pusieron en marcha varios planes de contingencia. Éste fue uno de ellos.

—¿Para qué me lo cuentas? ¿Para que redacte mi informe?

—Sí. Dices que te faltan pruebas.

—Pero según tú el FBI ya lo sabe todo.

—Probablemente alguien del FBI ya lo sabe todo. Otros no... o quizá no quieran creerlo por razones personales.

—¿Hablas de política interna?

—Exacto.

—Eso nunca se me ha dado bien. Puedes preguntárselo a Mullowney.

—Piensa en el fútbol americano. No tienes que ser el entrenador o el *quarterback*. Esos papeles los representan personas que no conoces, gente de Washington. Tú eres como un central. No tienes más que lanzar el balón cuando te lo digan.

—Y luego un defensa de ciento treinta y cinco kilos me aplastará contra el suelo.

—Algo así —dijo Fazoul—. No puedo prometer una solución simple. Ni siquiera una segura.

Llegaron a lo alto de una leve pendiente y, de pronto, frente a ellos se desplegaron las luces de Nishnabotna.

—Los forros para pañales con velcro son los mejores —dijo Clyde—, si te los puedes permitir.

CAPÍTULO 40

Noviembre

Era el dos de noviembre, el viernes previo a las elecciones. A las cinco en punto de la mañana, Desiree había llamado desde Fort Riley, completamente despierta y muy seria. Desde las altas esferas se habían ido filtrando las órdenes, ampliándose y ramificándose por la cadena de mando, y la noche antes había sabido por su oficial superior que su división, la Vigésimo Cuarta de Infantería Mecanizada, iba a ir a Arabia Saudita a hacer morder el polvo a las legiones de Saddam. Había pasado toda la noche intentando hablar con Clyde para comunicarle la noticia, pero todas las líneas de larga distancia desde Fort Riley habían estado ocupadas.

Clyde se había pasado el día mareado y confundido. Mucha gente le pitaba mientras recorría Wapsipinicon en el Coche de la Muerte; sólo comprendió la razón cuando miró el velocímetro y se dio cuenta de que iba a veinte por hora. Los amplios flancos de la ranchera estaban adornados con pegatinas de «Vote a Banks» y suponía que crear un atasco no estaba mejorando su ya desesperada situación en los sondeos. Así que se metió en un McDonald's, pidió un café grande y se quemó la boca intentando volver a la realidad. Apagó la radio, que de todas formas no decía nada del inminente envío de tropas... sólo repetían interminablemente el discurso de George Bush el día anterior, en el que cargaba contra los «indignos actos de barbarie» de los soldados iraquíes. Respiró hondo un par de veces, volvió a meterle el chupete a Maggie en la boca y luego se obligó a entrar en Wapsipinicon a un ritmo algo más rápido. Al ganar velocidad, el viento agitó los carteles de campaña, que vibraron alarmantemente.

Pararon en el amplio aparcamiento de la iglesia metodista universitaria... una base crucial de datos estratégicos de espionaje. Clyde escogió un hueco cercano a la calle, porque supuso que no le perjudicaría que el vehículo oficial de la campaña de Banks estuviese aparcado en una iglesia, y un viernes nada menos. Uno o dos republicanos anónimos hicieron sonar la bocina al verle y le saludaron mientras soltaba a Maggie del módulo de transporte y encajaba su cuerpecito vestido de rosa en la mochila. Se dio la vuelta camino de la entrada de la iglesia.

Era una fría mañana de otoño, pero todavía tenía la sensación de estar nadando en jarabe. Estaba sucediendo lo que más temía desde comienzos de agosto. Desiree se iba al Golfo.

La Brigada Hola trabajaba en una oficina cedida por la iglesia metodista, que era una iglesia grande con mucho espacio de oficinas que prestar. El olor del ala administrativa de la iglesia, especialmente eclesiástico, devolvió a Clyde a su niñez; era como si en todas las iglesias, o al menos en las protestantes, empleasen la misma marca de desinfectante. Al fondo del presbiterio oía al organista practicando, tocando escalas de graves con los pedales. Pasó rápidamente junto al despacho parroquial, para evitar toparse con un pastor y acabar atrapado en un proceso de socialización de los que antes solía evitar pero que se habían vuelto obligatorios desde que era candidato. Al final llegó a una puerta decorada con fotografías de estudiantes extranjeros de todas las formas y colores, recortadas para formar un *collage* que decía: « Brigada Hola.»

—Bien, hola, Clyde, qué puntual esta mañana —dijo la señora Carruthers—. ¿Qué puede hacer por ti la Brigada Hola?

—Tengo entendido que tienen ustedes un acuerdo con la esposa del decano Knightly para recibir información sobre todos los estudiantes extranjeros que llegan a la ciudad.

—Así es. Parte de nuestra misión es asegurarnos de que dentro de las primeras veinticuatro horas desde su llegada a Wapsipicon todos los visitantes extranjeros sean recibidos por un miembro de la brigada, que les entrega una cesta de comida y el paquete BMW.

—¿El paquete BMW?

—Bienvenido a la Maravillosa Wapsi. Contiene mapas, números de teléfono, cupones y otras cosas que los ayudan a adaptarse a su nuevo hogar.

—Señora, ¿llevan el registro de qué estudiantes llegaron a la ciudad y en qué fecha?

La señora Carruthers se lo pensó.

—Bien, recibimos las notificaciones de Sonia Knightly... Normalmente nos las envía por fax o entrega la lista en persona. Y creo que las tenemos archivadas.

Abrió un cajón de un pesado archivador gris buque de guerra y repasó su contenido un rato, sin demasiado convencimiento. Maggie molestaba hasta el punto de impedir más charlas, así que Clyde la llevó pasillo abajo hasta la guardería y le cambió el pañal.

Cuando volvió, la señora Carruthers había sacado algunas carpetas e iba extendiendo sobre la mesa faxes arrugados y notas escritas a mano.

—¿Estás interesado en alguna época en concreto?

—Mediados de julio de este año.

—Oh. No es una época muy habitual para la llegada de nuevos alumnos...

Normalmente llegan una semana antes del inicio del semestre, en agosto.

—Estoy seguro, señora.

Escogió una nota escrita a mano en papel de la UIO.

—Es la letra de Sonia. No tiene fecha. Pero no la había visto antes... Roger y yo estuvimos de vacaciones a mediados de julio.

Clyde examinó la nota un momento.

—Esto es lo que buscaba —dijo—. ¿Puedo llevármela?

La señora Carruthers se mostró acongojada y se llevó una mano al pecho.

—¿Qué pasa, señora?

—Bien, es que, como ya he dicho, no estaba aquí cuando llegaron esos estudiantes, y me temo que se colaron por las grietas.

—¿Grietas?

—No recuerdo haberles asignado una familia de acogida a esos pobres chicos. Creo que no recibieron la visita de la brigada.

—Señora Carruthers, es curioso que lo comente.

—¿Curioso en qué sentido?

—Como puede que sepa, en los últimos meses he tomado la decisión de dedicar parte de mi vida a acercarme a nuestros visitantes de Oriente Medio.

—¡Sí, el decano Knightly me lo contó! —dijo la señora Carruthers. Se le iluminó la cara. Luego otra idea se le pasó por la cabeza y volvió a mostrarse acongojada.

Clyde tenía que forzar su cerebro estresado y preocupado para mantenerse a la altura de todas las ideas dispersas que pasaban por la cabeza de la señora Carruthers. Finalmente lo entendió: como desconocía la razón de la visita de Clyde, había sumado dos y dos y había obtenido cinco: creía que estaba allí para reprocharle el no haber enviado en julio a la brigada a visitar a esos personajes.

Habiendo deducido todo eso y apreciando en la cara de la señora Carruthers las señales de un inminente ataque de nervios, sólo le quedaba una opción:

—Señora, me pregunto si me permitiría tomar bajo mi protección a esos recién llegados y actuar en su caso como representante de la Brigada Hola.

La señora Carruthers por poco se desmaya del alivio y momentáneamente pareció que sufría un fallo del oído interno.

—¿Desiree y tú seríais tan amables...? —susurró.

—Oh, no es ninguna molestia, señora Carruthers.

Seguía escéptica. Ningún ser humano era tan generoso de espíritu, y tardó varios minutos en convencerse. Pero al final se lo tragó; tras rebuscar las llaves en el bolso, abrió un armario situado al fondo de la oficina y entregó a Clyde los símbolos de autoridad de la brigada: una cesta de comida, en su mayoría cubos de queso ahumado recubiertos de cera, y el muy importante paquete BMW. Clyde tuvo que esperar varios minutos a que la señora Carruthers escribiese a mano una carta de disculpa por haberlos descuidado durante tanto tiempo;

mientras lo hacía, él se llevó a Maggie a la guardería, le volvió a cambiar el pañal y le dejó saborear todos los juguetes.

—¿Tiene la dirección de estos caballeros? —dijo despreocupadamente cuando volvió.

—Ahora mismo hablaba con la señora Knightly sobre eso —dijo, y le pasó un trozo de papel con el dato crucial escrito con una letra perfecta. Clyde ya podía ver mentalmente la casa; había llamado a su puerta cuatro meses antes, como parte de su campaña, y se había encontrado con una familia de indios que esperaban el camión de la mudanza reunidos en el salón en medio de montones de cajas de videos y lavadoras.

Era una casa de dos pisos situada en un vecindario de prósperas residencias de dos pisos. Clyde se aseguró de que todas las puertas del coche estuviesen cerradas con el seguro y que Maggie estuviese completamente dormida. Luego se colgó la cesta de comida de la muñeca, se colocó el paquete BMW bajo el brazo y se puso a caminar, intentando adoptar una sonrisa de brigadista.

Sólo había recorrido la mitad del camino cuando se abrió la puerta; como había sospechado, alguien le había estado vigilando por entre las cortinas de guingua rosa del dormitorio de arriba. Clyde no quería pararse en el jardín, así que siguió avanzando, concentrando la atención en una ardilla que saltaba torpemente por la hierba marrón con una bellota del tamaño de su cabeza.

—¿Sí? ¿Señor? ¿Hola? —dijo una voz desde la puerta. Clyde dio otro par de pasos mientras buscaba la fuente de esas palabras—. ¿Puedo ayudarle, señor?

—¡Hola! —dijo al fin Clyde, entrando en el porche de cemento, tan vacío como durante su visita anterior—. ¡La señora Knightly dice que os debemos una disculpa en toda regla! Y aquí estoy para disculparme.

—Sí, señor, un momento —dijo el hombre de la entrada, quien se retiró al interior, cerró la puerta y corrió el cerrojo.

A continuación se desarrolló una discusión en el interior que duró varios minutos y que Clyde apenas podía oír a través de las paredes de la casa. Durante todo ese tiempo permaneció en el porche con una sonrisa tan forzada que empezaban a dolerle músculos faciales que rara vez usaba tanto. Miró a su alrededor e intentó recopilar datos útiles, pero lo cierto era que la casa bien hubiese podido estar deshabitada. Suponía que de haber sido Sherlock, incluso tal ausencia de datos habría sido una pista importante. Pero de momento no sacaba ninguna conclusión. La limpieza era un inconveniente para el trabajo detectivesco.

La puerta se abrió.

—Por favor, pase, señor —dijo el hombre con el que había hablado—. Pase.

El vestíbulo, con un enlosado azul verdoso, estaba desamueblado. Justo enfrente había un salón con moqueta marfil entretejida de cositas brillantes, dos sofás, una mesita de café y un televisor, todo cuidadosamente colocado, todo tan

limpio y sin usar como si el servicio de alquiler lo acabase de entregar. Sentado en el sofá había un hombre trajeado que jugaba nerviosamente con un mando de televisión, aunque veía la CNN sin cambiar de canal.

El primer hombre era un luchador; Clyde lo sabía porque al igual que muchos Dhont, daba la impresión de llevar una media de nylon sobre la cara, a pesar de que no era así, y tenía las orejas como coliflores. Parecía estar prestando mucha atención a las axilas y la cintura de Clyde y, por tanto, como gesto tranquilizador, Clyde dejó la cesta de comida en el suelo y se quitó la chaqueta. El hombre dio un salto para cogerla, pero en lugar de dar la espalda a Clyde y colgarla de un perchero, se limitó a colgársela del antebrazo mientras recorría con los ojos la camisa de franela de Clyde, buscando bultos inapropiados.

—De todas formas, no me puedo quedar mucho tiempo —dijo Clyde—. Mi hija está en el coche.

Se produjo un momento de incómodo silencio, como si el hombre no se pudiese creer lo de la hija.

—Bien —dijo Clyde—, ¿qué estudiáis?

El hombre del salón tosió un poco.

—Por favor —dijo el luchador y dio un par de pasos hacia la moqueta marfil, indicando el salón con un grueso brazo—. Por favor. —Llevaba en la mano un par de anillos de oro un tanto vulgares.

—Oh, ¿me permite? —dijo Clyde y entró en el salón. El segundo hombre le dio al botón para quitar el sonido y se puso de pie. Con cierto esfuerzo, logró esbozar una sonrisa dentada, como si estudiase para actor y practicase muecas faciales. Clyde respondió con una sonrisa que probablemente resultaba igual de natural.

—¡Bien, hola! —dijo Clyde, avanzó y le tendió la mano—. Clyde Banks.

—Me llamo Mohammed —dijo el hombre del traje, aceptando la mano de Clyde. Llevaba un reloj que daba la impresión de haber sido tallado en un lingote de oro.

—Mohammed. ¿Es un nombre común en tu país? —preguntó Clyde, articulando con cuidado, como hacía Anita Stonefield cuando se dirigía a estudiantes extranjeros.

—Sí. Muy habitual —dijo el hombre.

—Bien, Mohammed, estoy seguro de que tus estudios en la Universidad de Iowa Oriental te tienen muy ocupado y por tanto no voy a malgastar tu tiempo. Pertenezco a la Brigada Hola. Nuestro deber es ser embajadores de buena voluntad ante nuestros visitantes extranjeros. Nos gustaría que aceptaseis esta cesta de comida y este paquete de bienvenida que contiene mucha información útil sobre Wapsipicon.

Clyde le ofreció ambas cosas. Mohammed miró al luchador, que inmediatamente tomó la cesta y el paquete de manos de Clyde para dejarlos

sobre la mesita.

—Es un gran honor —dijo Mohammed entre dientes—. La señora Knightly es una mujer extraordinaria y cualquier amigo suyo es amigo nuestro.

—¿Cómo van los estudios?

—Van muy bien, gracias —dijo Mohammed, intercambiando una mirada de reojo con el luchador, como si fuese a soltar una gracia. Luego, forzó la situación —: ¿Puedo ofrecerle té? ¿Café?

—Oh, es muy amable por tu parte, Mohammed, pero hay otros invitados extranjeros que esperan la visita de la brigada.

—Entonces, no sería adecuado por mi parte retenerle aquí ni un segundo más —dijo Mohammed, dando un paso hacia Clyde y obligando a éste a avanzar hacia la salida.

—Espero que os guste el queso —dijo Clyde, tendiendo la mano para recoger la chaqueta. Pero el luchador se la sostuvo. Clyde había ayudado a muchas ancianitas a ponerse el abrigo y conocía el procedimiento, pero era la primera vez que alguien lo ayudaba a él y logró hacerse un lío con los brazos a la espalda antes de terminar de ponérsela.

—El olor a ahumado es muy apetecible —dijo Mohammed sin énfasis—. Esta noche nos daremos un festín.

—Por favor, transmite el saludo de la brigada al otro estudiante —dijo Clyde—. ¿Está en la biblioteca?

—Sí —dijo Mohammed, formando un puño y haciendo un gesto como si golpease—. Dándole a los libros.

El luchador abrió la puerta.

—Bien, ha sido muy agradable conocerlos, y recordad que mi mujer y yo somos vuestra familia anfitriona mientras estéis en Wapsipinicon. Así que si tenéis algún problema o pregunta, dadnos un toque.

—Su generosidad dejaría en nada la de un rey —dijo Mohammed—. Adiós, amigo.

—Adiós —dijo Clyde, pasando al porche. Salió al jardín, se dio la vuelta y miró atrás; Mohammed había desaparecido, pero el luchador seguía vigilándole en la puerta abierta. Cuando regresó al coche la puerta se había cerrado, pero le pareció que el luchador observaba por entre las cortinas de la cocina. Clyde saludó una vez más y el hueco en la tela se cerró.

CAPÍTULO 41

Eran las tres de la madrugada del día de las elecciones y Clyde ya estaba despierto y en estado de alerta, sentado en el sillón reclinable del salón, recortándose los pelillos de la nariz y mirando la CNN sin sonido. Maggie le había despertado para un biberón y un cambio de pañales, y Clyde ya no podía volver a dormirse; últimamente lo más trivial lograba mantenerle despierto. Y los pelos rebeldes de la nariz no eran precisamente triviales. No le habían molestado hasta cumplir los treinta años, cuando de sus fosas empezó a salir un tipo nuevo de pelo grueso como alambre de embalar. En cuanto uno le crecía hasta el otro lado de la fosa nasal, la incomodidad le paralizaba. La única solución era meterse por la nariz una cuchilla rotativa.

La primera vez que lo había hecho le había parecido el acto de más valor que hubiese realizado en su vida, pero se había convertido en un acto rutinario aunque siguiera experimentando la ligera emoción del peligro. Siempre se sentía mucho mejor después de cortárselos, aunque los pelos recortados pinchaban y cuando le crecían lo suficiente todavía era peor. En ese sentido, recortarse los pelos de la nariz era tan adictivo como la cocaína.

Durante los últimos meses el insomnio de Clyde había empeorado bastante debido a varias razones, entre ellas el hecho de que el sheriff Mullowney le cambiaba continuamente de horario, asignándole siempre los turnos más incómodos y desagradables, sin darle a su reloj biológico la ocasión de regularse. Estar en el sillón reclinable, con la CNN sin sonido, cortándose los pelos de la nariz, se había vuelto habitual. En este momento del día la CNN emitía menos tonterías y se concentraba en dar noticias de verdad. Esa mañana, las mujeres saudíes que conducían un Mercedes y a las que arrestaban acaparaban las noticias desde el Golfo. Aparentemente, en ese país era ilegal que las mujeres condujesen. Clyde se estremeció al pensar en lo que podría pasar si su equivalente de Arabia Saudita intentaba evitar que Desiree operase un vehículo a motor. Sin duda acabaría en una cárcel de Dhahran, sentenciada a la amputación del pie del acelerador, más veinte años de trabajos forzados por haberle aplicado

una llave al policía para enseñarle modales.

A Clyde sólo le quedaba soportar una ceremonia antes de que su carrera política llegase a un final misericordioso: la fiesta de la victoria que los Stonefield daban para todos los candidatos republicanos del condado, en el club de campo. Había pasado tiempo suficiente con los republicanos para conocer su estilo y se le hacía cuesta arriba imaginar cómo sería la velada una vez que todos estuviesen reunidos y empezasen a llegar las noticias de cómo la gente de Forks rechazaba una vez más su sabiduría y su liderazgo. Clyde los había soportado razonablemente bien hasta la fiesta del día de la ONU, cuando él y Fazoul habían visto a Anita Stonefield y al profesor Larsen enrollándose tras el cenador. Esa imagen se había grabado más profundamente en la mente de Clyde que cualquiera de las que había visto a lo largo del año.

Se quedó levantado el tiempo suficiente para pillar el avance de las cuatro. La CNN siempre le provocaba el deseo de quedarse sentado delante de la tele otros veinticinco minutos, simplemente para comprobar si había pasado algo nuevo en la última media hora. El simple y ominoso logotipo «crisis del Golfo» había calado en su subconsciente y disparaba en él tantas emociones como el llanto de Maggie. Se obligó a apagar la tele.

La única luz de la sala provenía del LED parpadeante del contestador. Bajó el volumen todo lo posible y escuchó. Sólo había un mensaje y era de Jack Carlson:

—Clyde, estoy intentando organizar una fiesta por la derrota de Clyde Banks, en el pub, el martes por la noche. No sería lo mismo sin ti. Espero que puedas venir. Adiós. Oh, y da igual si ganas.

No era una decisión difícil. De todas formas, ningún republicano querría relacionarse con él a partir de aquel día, así que no causaría demasiado daño ofendiéndolos al no ir al club de campo.

Así que esa noche, cuando se acercaba la hora de dormir de Maggie, le puso el pijama, fue con ella hasta la vieja cervecera, montó la cuna portátil en el despacho de Jack, donde había oscuridad y silencio, la durmió y luego salió al pub. Un pequeño público le recibió como si fuese un héroe conquistador: Jack Carlson, Ebenezer, el decano Knightly, algunos Dhont maduros, algunos viejos amigos de la familia de toda la ciudad y —para sorpresa de Clyde— Marcus Berry. Jack empezó la fiesta confiscando las llaves del coche de Clyde.

—Si dejas que te las quedas, Clyde, acabarás siendo la única persona que el Departamento del Sheriff arrestará este año por ebriedad. —Luego le pusieron en la mano una jarra grande de algo marrón, amargo y espeso; sabía bien.

Algunas pintas de esas y otras creaciones de Jack, además de la buena compañía, ayudaron a poner distancia entre Clyde y los recuentos desastrosos que pronto fueron llegando de las encuestas a pie de urna del doctor Jerry Tompkins. Era casi como si no estuviese experimentándolo en tiempo real sino recordando alguna aventura trágicamente divertida que se hubiese producido

años antes. Todos los Dhont pasaron por la mesa de Clyde a darle golpecitos en la espalda, golpes en los deltoides u ofrecerle un apretón de manos de los que destrozan huesos o una palmada de las que deforman dedos.

Marcus Berry no se quedó mucho tiempo y no bebió nada, pero logró estar unos minutos con Clyde a solas en una esquina.

—¿Ha considerado rellenar una de éstas?—dijo, sacándose unos papeles del bolsillo. Clyde los desdobló y los miró a la luz. Era una petición de trabajo en el FBI.

Clyde se emocionó y tuvo que dar un trago extra de cerveza.

—Bien, no estaba seguro de si lo decía en serio.

—En caso contrario, no se lo habría propuesto —dijo Berry.

—Cuesta imaginarlo: yo en el FBI —dijo Clyde.

Berry se volvió y miró la pizarra de la pared, que habitualmente anunciaba el especial de la noche pero que ese día iba mostrando las cifras del recuento.

—Con un tercio de los votos, Mallowney se lleva un setenta y dos y tú un veinticinco. ¿Has considerado tu futuro en el Departamento del Sheriff de Forks?

Clyde se lamió los dientes.

—¿Trabajar para el FBI me exigiría mudarme?

Berry sonrió.

—¿Te parezco un nativo de Nishnabotna?

—No nos imagino... a nosotros viviendo en otro lugar.

—Vamos, Clyde. Sé que eres más cosmopolita de lo que dejas entrever. Y cuando Desiree vuelva del Golfo, también será una viajera con experiencia. Un pequeño cambio de entorno no hace daño a nadie.

—Bien, no veo ninguna razón para no rellenar la solicitud —admitió Clyde—. Es que... con eso del Golfo y demás...

—No puedes tomar ninguna decisión hasta que las cosas se resuelvan. Claro, Clyde. —Berry alargó la mano y golpeó a Clyde en el hombro—. Es fácil de entender. No estamos hablando de trabajar en McDonald's. No hace falta que empieces mañana. Es una situación profesional y estamos acostumbrados a amoldarnos por la gente a la que realmente queremos.

Berry se despidió y se fue, dejando a Clyde emocionado. Una hora más tarde, cuando se colocó en el veintinueve por ciento, sintió un momento de pánico creyendo que podía ganar sin quererlo las elecciones y perder la ocasión de entrar en el FBI.

—Maldita sea, necesito un cigarrillo —dijo un tejano junto a su codo—. ¿Te apetece hacerme compañía?

Era el decano Knightly. Clyde tomó un puñado de patatas con la mano libre y siguió a Knightly por la puerta lateral hasta el callejón, pavimentado con viejos ladrillos suavizados por un siglo de tráfico. Llevaba directamente hasta un dique cubierto de hierba, a un tiro de piedra. Knightly se detuvo nada más salir de la

puerta para encender un Camel y luego caminó hacia el río. Él y Clyde subieron la cuesta del dique y se detuvieron encima, mirando al río. El agua negra corría con rapidez pero en silencio, reflejando las luces del acantilado de Wapsipicon. Cuando el agua reflejaba la luz de esa forma, y cuando el viento no rizaba la superficie del agua, el flujo turbulento provocaba todo tipo de patrones: remolinos efímeros y súbitas corrientes ascendentes que en combinación creaban otras formas y patrones. Resultaba tan hipnótico como mirar directamente una hoguera. Los dos hombres contemplaron el río en silencio durante varios minutos.

—Asombra pensar —dijo Knightly— que durante toda tu vida, cada minuto que has pasado en el planeta, esto ha estado sucediendo. Maldita sea, podrías haber venido en cualquier momento de los últimos diez mil años a mirar este río sin ver dos veces lo mismo.

—Sí —dijo Clyde—. Hace que te preguntes qué más te has perdido.

Knightly rió y chupó el Camel.

—Sí —dijo. Luego, un minuto más tarde, añadió—: De hecho, Clyde, me he estado preguntando lo mismo sobre mis estudiantes extranjeros de aquí, de Wapsipicon.

—¿En serio?

—Oh, sí. Creo que tenemos algunos turbantes muy taimados.

—¿Algo que interese a las fuerzas del orden?

La pregunta pareció desatar un intenso debate interno en la mente de Knightly, que tuvo que fumarse otro cigarrillo.

—Quiero ser claro —dijo—. Así que presta atención.

—Atento estoy.

—Mis estudiantes sufren todo tipo de insultos de la gente de aquí. No sólo de los palurdos, sino también de la gente que se considera educada y culta.

—Lo sé. —Fazoul no era el primer estudiante extranjero a quien Clyde había sacado de un aprieto.

—Sé que lo sabes. Sólo estoy, digamos, apuntando en la pizarra cosas que debemos tener claras.

—Las tendré claras.

—Bien. Por ahora nos estamos portando como verdaderos caballeros. Estamos siendo izquierdosos académicos políticamente correctos, completamente conscientes del alcance del racismo en nuestra sociedad. Y eso está bien. Pero también debemos tener claro algo que no resulta muy políticamente correcto.

—¿El qué?

—Wapsipicon está abarrotada de agentes extranjeros. Siempre lo ha estado. Demonios, si en tiempos del Sha teníamos incluso nuestra rama local del SAVAK, la Gestapo persa, que se dedicaba a espiar a los estudiantes iraníes e incluso a realizar operaciones a pequeña escala: como acribillar el coche de algún

estudiante en plena noche, sólo para intimidarle. Clyde, la mayoría de nuestros estudiantes vienen de países en vías de desarrollo, donde no tienen nada similar a la democracia o los derechos humanos, nunca lo han tenido y probablemente nunca lo tengan. Vienen aquí con unos esquemas mentales completamente diferentes de nuestra mentalidad abierta de pequeña ciudad universitaria, tanto que no podemos ni imaginarlo. —Knightly cabeceó y rió quedadamente—. Cuando pienso en la Brigada Hola me entra la risa.

—Sé a qué se refiere —dijo Clyde.

—En esos países, enviar a un estudiante al extranjero durante varios años es una cosa muy importante. No es un simple lujo de niños mimados que todavía no han decidido qué quieren hacer para ganarse la vida. Es un gasto enorme de dinero realizado por el Gobierno, habitualmente más bien desagradable, que espera sacar beneficios de su inversión. Así que cuando examinas a los estudiantes extranjeros de países del Oriente Medio, África y Asia, son muy pocos los que no fueron concienzudamente examinados por el equivalente a la SAVAK de su país. Muchos de ellos incluso forman parte de esas organizaciones. Muchos tuvieron que dejar a esposa e hijos como rehenes.

» Lo que digo es que hay todo tipo de Gobiernos tenebrosos que han extendido sus tentáculos hasta lugares que no esperarías. Si realizases un registro a fondo de todos los lugares frecuentados por mis estudiantes, ya sean casas en el campus, esos complejos de apartamentos horteras en el bulevar Universidad o los despachos y laboratorios donde trabajan, encontrarías incontables dispositivos de escucha. Encontrarías micrófonos en los micrófonos.

—Bien, señor —dijo Clyde—, sé que espera que no le crea. Pero le creo.

—Vale —dijo Knightly—. Por tanto, ¿qué tenemos ya en la pizarra?

—Número uno: hay racismo y prejuicios —dijo Clyde—. Número dos: eso no significa que muchos de esos estudiantes extranjeros no se dediquen a cometer... —buscó la palabra— tropelías.

Knightly rió con ganas.

—Tropelías. Me gusta. Es una palabra de Ebenezer, ¿no?

—Sí.

—Bien, me he acostumbrado a las tropelías. Eso forma parte de mi trabajo. Esos tipos conocen las reglas, nunca exceden ciertos límites y rara vez tenemos problemas importantes. Fazoul es un buen ejemplo. Se dedica a todo tipo de tropelías, pero su comportamiento es impecable. Si todos fuesen como Fazoul...

—¿Tiene problemas?

Knightly suspiró de exasperación. Empezó a hablar dos o tres veces y calló antes de que una palabra completa pudiese salir de sus labios.

—No es que tenga exactamente problemas —dijo—. Demonios, puede ser que esté un poco nervioso por la guerra del Golfo.

—Yo lo estoy.

—Claro que lo estás. Pero no puedo evitar la impresión de que ahora mismo tenemos en la ciudad a algunos estudiantes muy traviosos. Estudiantes que se están buscando unos buenos días de castigo si los pillan.

—¿De dónde son? ¿Qué hacen? —dijo Clyde.

—Comprenderás que es totalmente inmoral por mi parte decir nada —dijo Knightly—, porque da la impresión de que alimento el racismo y los prejuicios, algo que hoy en día no debe hacerse. Y hay otra razón: si se sabe, estaré con el agua al cuello. Más tarde repasaremos esa razón.

—Vale.

—Parece que ahora mismo en la ciudad hay unos cuantos jordanos que no son jordanos —dijo Knightly—. Lo que me hace preguntarme: ¿qué son? Resulta que creo que son iraquíes.

—Al menos uno lo es —dijo Clyde—. Uno de ellos es Abdul al-Turki, de Mosul, Irak Tiene treinta y dos años.

Knightly se volvió hacia Clyde para comprobar si bromeaba. Guardó silencio durante un buen rato.

—Bien, ¿cómo coño sabes eso?

—Me di cuenta de que uno de los jordanos es luchador —dijo Clyde—. Fui al Departamento de Lucha Libre de la UIO y repasé las viejas revistas de lucha libre. Encontré fotos tuyas de algún encuentro internacional de principios de los ochenta. Pertenecía al equipo nacional de Irak. Lo descalificaron para las olimpiadas del ochenta y cuatro por uso de esteroides.

—Bien, que me aspen —dijo Knightly—. Demonios, apuesto a que ni siquiera la CIA sabe eso.

—¿La CIA?

—Me refiero al FBI —dijo Knightly—. Son los que se encargan del contraespionaje. —Cabeceó—. Que me aspen. Así que son iraquíes.

—Al menos ése lo es.

—Sí uno lo es, todos lo son.

—¿A qué tropelías se dedican? —dijo Clyde.

—No lo sé —dijo Knightly—. Simplemente sé que no hacen lo que supuestamente vinieron a hacer.

—¿Que era qué?

—Una de esas malditas iniciativas del profesor Larsen —dijo Knightly—. Supuestamente venían a realizar investigaciones patrocinadas por una de esas empresas de Larsen.

—¿Se suponía que era un trabajo académico? ¿O algo privado?

—Demonios, Clyde, y a no hay diferencia —dijo Knightly—. Los límites han desaparecido, no hay reglas. Hoy por hoy es lo más corrupto de Estados Unidos.

Después de tomar algunas cervezas y de haber sido aplastado en unas elecciones Clyde se sentía más inquisitivo de lo habitual.

—Dígame que me calle si quiere, pero cuando viajaba hacia usted algo más que enseñar a cultivar, ¿verdad?

—No miento si digo que eso fue todo lo que hice. Oh, llegaba hasta el límite muchas veces. Y conocía a un montón de gente. Pero nunca hice nada así... Nunca. Habría sido fatal para alguien como yo. Trabajaba completamente solo. Se me toleraba porque les era útil a todos. Pero descubrí lo suficiente para saber que lo que hace Larsen, aquí, es totalmente diferente. Por ejemplo: Kevin Vandeventer no murió en un robo de autopista. Arreglaba visados para Larsen.

—¿Cree que lo mataron por los visados?

—Los visados son muy valiosos. Con un visado de estudiante cualquiera puede entrar a hacer lo que quiera.

—Siempre que alguien como usted esté dispuesto a responder por esa persona.

—Exacto. Y no me queda más opción que responder por ellos cuando me dicen que responda por ellos.

—¿Quién le dice que lo haga?

—Mi jefe, el presidente de la UIO —dijo Knightly—, que a su vez recibe órdenes del Consejo Universitario, que recibe órdenes de quien se encarga de la financiación... que antes solía ser el estado de Iowa y los antiguos alumnos. Pero ahora esas operaciones híbridas, como la de Larsen, se han vuelto muy importantes.

—Vale —dijo Clyde—. Comprendo por qué hablamos extraoficialmente. Porque si Larsen descubre que está entorpeciendo su maquinaria...

—Se desataría un infierno —dijo Knightly—. Vamos, se me está congelando el culo.

Bajaron cuidadosamente del dique y recorrieron el callejón hasta la cervecera.

—¿Tiene alguna información específica sobre qué tramam esos tipos? —dijo Clyde.

—No. Tengo noticias de sus vecinos. Mantienen las cortinas corridas día y noche. Cuando salen, que normalmente es a horas muy extrañas, es en uno de los dos vehículos que tienen, los dos con las ventanillas tintadas, y usan un mando para el garaje, por lo que jamás tienen que enseñar la cara en el exterior. Parece que comen mucha pizza y comida a domicilio.

—¿Por qué tiene noticias de los vecinos? —preguntó Clyde—. ¿La gente simplemente lo llama para cotillear?

—Me llaman para quejarse.

—¿De qué podrían quejarse? ¿De que no son lo suficientemente amistosos?

—De las transmisiones de radio —dijo Knightly.

—¿Transmisiones?

—Ningún vecino puede ver la tele, escuchar un mensaje en el contestador,

usar un teléfono inalámbrico o un monitor para el bebé sin escuchar todo tipo de interferencias.

—¿En árabe?

—No se trata de ningún lenguaje —dijo Knightly—. Lo he oído... Un ciudadano molesto me puso la cinta de su contestador. El mensaje estaba codificado o algo. Modificaron la señal electrónica de forma que ni siquiera un hablante de árabe entendiese lo que decían. —Knightly abrió la puerta lateral y la sostuvo para que pasase Clyde. Clyde quería hacerle más preguntas, pero tuvo la sensación de que Knightly ya le había contado todo lo que sabía.

Mucho más tarde salió y cambió el asiento de Maggie al coche de Ebenezer y su abuelo los llevó a casa. Maggie despertó durante el traslado y pasó casi todo el viaje alterada y llorosa, así que no hablaron mucho. Clyde hizo que Ebenezer pasase por el Departamento del Sheriff, lo que sólo le obligaba a desviarse una manzana porque no quedaba lejos de la cervecería. Ebenezer dio vueltas a la manzana, cantando fragmentos de canciones de cuna que apenas recordaba con su voz ronca, gastada después de ocho décadas de himnos, mientras Clyde corría al interior por un bolígrafo y una hoja de papel de suministros. Le dejó una nota de dos frases a Kevin Mullowney, felicitándole por la victoria y comunicándole que terminaría el año 1990, menos los días de vacaciones acumulados, y luego dejaría su trabajo. La dobló y la pasó bajo la puerta de Mullowney antes de poder pensárselo mejor, para luego correr al exterior y esperar a que Ebenezer volviese.

Clyde llevó a Maggie a casa y la acomodó en la cuna. Escuchó los mensajes del odioso contestador, en su mayoría de periodistas preguntándole por el fracaso de su campaña. Cuando acabó con los mensajes entrantes, desconectó la máquina y la colocó en un estante alto y polvoriento, al fondo del garaje. Luego entró en casa, atrancó las puertas, puso la CNN y se sentó en el sillón reclinable.

Llevaba veinticuatro horas despierto y no tenía sueño. Tendría que haber estado pensando en las cosas que Knightly le había contado, pero el hecho era que no podía dejar de darle vueltas a un comentario de Marcus Berry. Si no recordaba mal, Berry había dicho algo como: «Vamos, Clyde. Sé que eres más cosmopolita de lo que dejas entrever.» «Cosmopolita» no era un adjetivo habitual para referirse a Clyde ni a ningún residente de toda la vida del condado de Forks. Seguramente se refería a que de joven Clyde había viajado por el mundo. O quizá Berry hablaba de la relación de Clyde con Fazoul. O incluso de la misteriosa procedencia de Desiree.

En cualquier caso, Berry se estaba refiriendo a algo que Clyde nunca había mencionado al FBI. Lo que implicaba que el FBI había estado enterándose de cosas por su cuenta sobre Clyde. Alguien, probablemente Marcus Berry, había estado investigándole.

Lo que habría sido de esperar si Clyde hubiese solicitado trabajar con ellos.

Pero no lo había hecho.

Recordó la solicitud de empleo que tenía en el bolsillo. La sacó para leerla a la luz fluctuante de la tele.

Lo siguiente que supo fue que ya era de día y Maggie lloraba en la cuna. En la CNN seguían hablando continuamente sobre las conductoras saudíes, lo que dejaba claro que no había pasado nada importante. La solicitud de empleo se le había caído al suelo y allí se quedó hasta la siesta de Maggie, momento en que Clyde se sentó con ella y un bolígrafo y se puso a rellenarla con perfectas letras mayúsculas. Mientras lo hacía, no pudo evitar imaginar que quizá por esas fechas el año próximo estuviera en Washington, donde no toleraban a fracasados e incompetentes y donde la gente realmente sabía cómo hacer las cosas.

CAPÍTULO 42

Betsy no se sorprendió cuando una semana después de volver al trabajo, tras su larga estancia en Nampa, la convocaron a Langley para una prueba del polígrafo. Al entrar en la Agencia, le habían hecho una prueba para establecer una línea base con la que comparar todas las pruebas posteriores. Un trauma emocional podía cambiar la línea base, lo que hacía necesaria una nueva medición.

No le importaba. Había regresado a la Agencia para descubrir que ya no era jefa interina de división; uno de sus antiguos colegas ocupaba el puesto. No era el golpe de gracia a su carrera que podía parecer... Ya les había dicho que de todos modos se iría el último día de diciembre de 1990. Hasta entonces le habían retirado prácticamente todos los accesos que tenía, habían revocado sus claves, privilegios y permisos. Cada día le asignaban algún trabajo inocuo sin importancia y no decían nada si no lo terminaba. En lugar de trabajar se pasaba el tiempo en la biblioteca del tercer piso rellenando solicitudes para universidades de la Costa Oeste, esperando poder presentarlas antes de que acabase el plazo de matrícula para el semestre de primavera.

Por tanto, cuando se presentó en la entrada principal de Langley y fue a la zona de recepción, atendida por las siempre-serviciales-esposas-de-espías, estaba relajada. La recepcionista le indicó que pasase para reunirse con la operadora del polígrafo. Kim McMurtry era relativamente reciente en su puesto, pero eso no implicaba que fuese una desconocida para la fábrica de rumores de la Agencia. Había estudiado en Tejas A&M, donde había sido animadora. Pero eso no quería decir que fuese una tonta. Había trabajado en la Agencia como becaria en los veranos de su primer, segundo y tercer cursos, especializándose en lo que eufemísticamente se conocía como trabajo de personal. Se había convertido en el as del polígrafo, una rubia dulce de metro sesenta y acento tejano, con un buen culo y un cerebro como una trampa para osos. Creía en el polígrafo y le encantaba desconcertar a la gente, sobre todo a gente como Betsy, que jamás vacilaba. Betsy sabía todo eso sólo de oír lo que se decía en la oficina. Los

operadores del polígrafo eran los monstruos en el armario de la carrera de un empleado de la Agencia, y si la gente de la Agencia era experta en algo era en reunir e intercambiar información.

Atravesaron el vestíbulo por delante de los guardias de seguridad hasta la fila de salas de polígrafo. Con una sonrisa, Kim le pidió a Betsy que se sentase en la silla de respaldo alto e ingeniosamente incómoda.

—Estoy segura de que ya conoces el procedimiento. Pero antes de conectarte, tienes que firmar esta declaración.

—¿Qué tipo de declaración? —preguntó Betsy. Era una novedad.

—Tenemos razones para creer que has cometido un crimen mientras trabajabas para la Agencia.

—¿Qué?

—En esta declaración renuncias a tu derecho a la quinta enmienda. Puedes leerlo.

La táctica ya había surtido efecto; la tranquilidad de Betsy se había esfumado por completo.

—¡Vaya gilipollez! ¿Qué artimaña es ésta?

McMurtry sonrió dulcemente.

—¿Puedo recomendarte que vuelvas a tomar asiento y bajes la voz? Como he dicho, se te investiga por un crimen.

—¿Y no se me permite ponerme furiosa?

—Por favor, siéntate o llamaré a un guardia.

—Otra gilipollez.

—Tenemos una declaración de la secretaria ejecutiva del DCI, la señora Margaret Hume, en la que jura que la atacaste físicamente, aquí mismo, en estas instalaciones, en abril. Por eso, aparte de por tu culpabilidad, creo que tengo razones para temer por mi seguridad.

Betsy se dejó caer en la silla de madera y soltó la única frase que se le ocurrió que no la metería en un lío.

—Quiero un abogado.

—No tienes derecho a un abogado. Ya renunciaste a ese derecho cuando te uniste a la Agencia. Bien, ¿vas a firmar la declaración?

Betsy reflexionó sobre su situación. No creía ni por un momento que la Agencia fuese a acusarla de nada. La estaban torturando mentalmente, simple y llanamente. Lo sabía bien. Ya no le importaba. Firmó. Qué coño.

Kim era feliz. Ya tenía a Betsy a la defensiva. Tarareaba mientras colocaba los tubos rugosos alrededor del torso de Betsy, por encima y por debajo de sus pechos, para controlar su respiración. Le puso detectores en las yemas de los dedos para captar los cambios en la respuesta galvánica de la piel. Y luego le puso el brazalete para medir la presión sanguínea y bombeó... apretado, apretado, apretado. Betsy sentía el brazo como si fuese una tubería de hierro.

Kim McMurtry adoptó una expresión acerada en cuanto empezó a plantear sus preguntas: ¿El cielo es azul? ¿Te llamas Betsy Wilson? ¿Estamos en noviembre? ¿Tu hermano cometió traición...?

Betsy sintió que el corazón se le desbocaba y supo que las agujas debían estar saltando de arriba abajo.

—No.

Kim no dijo nada, sino que inició otra tanda de preguntas, la mayoría sin importancia. Betsy intentó controlar la respiración, pero sabía que, por primera vez, estaba conmocionada mientras pasaba por el polígrafo. Tenía la sensación de que en el séptimo piso, donde seguían todo el proceso en tiempo real, el dinero cambiaba de mano. Vandeventer estaba alterada; McMurtry había ganado todo el bote.

—¿Necesitas ir al baño? No parece encontrarte bien —dijo Kim.

—No.

—Queremos que estés relajada.

—Estoy muerta —dijo Betsy—. Acabemos de una vez. —Una erupción de un rojo intenso le había bajado por el brazo. Petequias. Los capilares de la piel habían empezado a estallarle por la presión del brazalete. Sabía que un par de horas después el enrojecimiento se habría extendido a todo lo largo del brazo.

No había hecho nada, pero era culpable. Había entrado en un sistema cerrado. Había visto lo más profundo de lo más profundo, y como Hennessy le había dicho muchos meses antes, allí no había nada. Debía pagar.

—¿Qué quieres? —le preguntó Betsy a Kim cuando ésta volvió de hablar con alguien en el pasillo.

—Nada —dijo Kim con alegría—. Gracias por tu cooperación.

—Retiró los sensores del cuerpo de Betsy y le dijo con absoluta sinceridad:

—Ahora, pasa un buen día, ¿me oyes?

Se levantó y pasó el control de seguridad, presumiblemente por última vez. El trabajo que le había llevado dos años de esperas, controles de seguridad, polígrafos y entrevistas había terminado de aquel modo. Caminó, como en un sueño, hasta la mesa de las siempre-serviciales-esposas-de-espías, entregó su credencial y recuperó el abrigo.

—Hasta luego, querida —dijo una de las siempre-serviciales-esposas-de-espías—. Betsy pasó de ella y, al salir, se detuvo en el centro del escudo de la CIA grabado en el suelo del vestíbulo de entrada y leyó la inscripción de la pared: «Conocerás la verdad y la verdad te hará libre.» Echó un último vistazo a las estrellas de la pared y salió a la fría tarde de noviembre.

Mientras caminaba, con los ojos secos y entumecida, oyó una voz conocida.

—Buenas tardes, señora, ¿necesita que la lleven?

—Claro. —Se subió al taxi y vio que Ed Hennessy la esperaba en el asiento de atrás. Con dos cafés.

—Vamos. Llegas tarde a tu fiesta de regreso.

CAPÍTULO 43

La plaza del juzgado de Nishnabotna estaba rodeada de edificios centenarios de arenisca basta color rojo fuego. Todavía se hablaba del día de principios del siglo en que el cielo se había puesto violeta mientras un tornado se aproximaba, como sucedía siempre, desde el sudeste. La gente de Nishnabotna se había congregado en la plaza del juzgado, a un par de manzanas al nordeste del río Iowa, para ver cómo se abría paso arrasando el pueblecito de Wapsipinicon; en aquella época todo el mundo sabía que los tornados no podían cruzar los ríos. Muchos se habían reunido en los tejados de los edificios de arenisca para ver mejor. El número de muertos había alcanzado las dos cifras y las fachadas de los edificios estaban todavía marcadas por los pequeños cráteres de los guijarros del río que el remolino había levantado y lanzado por el aire como balas. En la plaza del juzgado habían levantado un monumento conmemorativo que competía con el monumento a la Guerra Civil: una estatua de los valientes hombres de Nishnabotna intentando vanamente usar su propio cuerpo para proteger a mujeres y niños.

Tras sobrevivir al cataclismo, los edificios rojos habían sido inmunes a todos los estragos menos a los defectos humanos del mal gusto y la codicia. Habían derribado algunos de los mejores para reemplazarlos por cajas modernas de metal y vidrio, con tejados planos con goteras. El Primer Banco Nacional de NishWap había montado en uno de ellos su sucursal. En la planta de arriba había una pequeña zona de oficinas llena de cubos de metal y cubos de basura estratégicamente situados bajo las peores goteras. De vez en cuando los encargados pasaban por allí y vaciaban los cubos.

Unos años antes habían encontrado un uso más lucrativo para esa zona de oficinas: se la habían alquilado al Gobierno federal, que había montado en ella la oficina del FBI en el condado de Forks.

Y así fue como, dos días después de la aplastante derrota en las elecciones de 1990 a manos del titular eterno Kevin MULLOWNEY, Cly de Banks aparcó en batería su enorme 460 frente a esa caja de vidrio y metal de la plaza del juzgado.

Sin embargo, no apagó la radio, porque en las noticias estaban diciendo algo interesante. El presidente Bush explicaba a la nación que iba a enviar muchas más tropas al Golfo. Muchas más. Clyde se quedó sentado un rato, prestando atención al presidente y tamborileando en el volante. Para él no era exactamente una noticia nueva, porque Desiree le había dicho la semana anterior que iban a desplegarse. Saberlo mucho antes del discurso del presidente le provocó la sensación poco habitual de ser alguien bien informado. Clyde suponía que así se sentía Terry Stonefield todos los días de su vida.

Clyde no prestaba atención al presidente Bush porque la información le resultase novedosa, le prestaba atención porque tenía el corazón continuamente en un puño; porque no podía dormir por las noches pensando en Desiree; porque había perdido el apetito y se limitaba a jugar con la comida; porque en los momentos más insospechados tenía ganas de llorar. Precisaba darse coraje. Curiosamente, para eso le había servido la campaña hasta hacía dos días.

Pero ya no tenía nada de lo que ocuparse excepto de la preocupación, y por tanto se quedó allí sentado unos minutos escuchando al presidente Bush con la esperanza de oír algo tranquilizador. De Ebenezer había heredado el escepticismo de los políticos y no tenía por costumbre buscar tranquilidad y guía espiritual en Washington. Pero aquel día iba a aceptarla viniera de donde viniese.

Cuando apagó la radio y salió del coche ya se sentía un poco mejor. No estaba seguro de por qué; según el discurso, cientos de miles de soldados, incluida su esposa, iban a ir a Arabia Saudita a aplastar a Saddam. Pero siempre ayudaba un poco que el presidente se quejase de lo hijo de puta que era Saddam. Y le confortaba saber que Desiree estaría en compañía de medio millón de personas. Si resultaba ser una operación absurda, no sería la primera vez que un presidente mandaba a medio millón de soldados a una operación absurda. Pero medio millón de personas tenían bastante sentido común en conjunto; si las enviaban en una operación absurda, habría consecuencias. Medio millón de buenas personas con tanques, helicópteros y tarjetas telefónicas sabrían cuidarse.

Ya era un poco tarde y empezaba a anochecer. Gruesas nubes de noviembre habían sellado el cielo como placas de acero. Se veía luz en las ventanas del piso superior. Clyde entró por la puerta de la esquina del edificio y subió unos tramos de escalera largos y estrechos. En el descansillo de arriba había un montón de cubos de basura y de metal; el tiempo había sido más bien seco. Clyde llamó a la puerta y la abrió.

Marcus Berry tenía toda la oficina para él solo. Había extendido unos papeles sobre una enorme mesa plegable y colgado la chaqueta en el respaldo de la silla en la que trabajaba. Cuando Clyde entró, metió los brazos por los brazos de la chaqueta, se la puso y se levantó, todo en un único movimiento. Luego cruzó la habitación y le estrechó la mano.

—Fue agradable verte en el local de Jack—dijo Clyde.

—Eh, cuando Jack Carlson me invita a una fiesta de derrota para Clyde Banks, ¿quién soy yo para rechazar la invitación? —dijo Berry—. Siéntate, Clyde.

—No me puedo quedar. He dejado a la niña con los vecinos.

—Bien, espero que hayas venido a entregar la solicitud —dijo Berry con alegría.

Clyde sintió que enrojecía. Le entregó el formulario cumplimentado.

—Excelente —dijo Berry.

—Bien, es posible que cambies de opinión después de leer esto —dijo Clyde. Estaba a punto de perder el valor, así que se sacó del bolsillo trasero las notas escritas a mano y las dejó en el centro de la mesa, como un apostante desesperado en un barco-casino jugándose a un par de seises.

—¿Todas las máquinas de escribir del Departamento del Sheriff están rotas? —dijo Berry.

—No es un informe oficial —dijo Clyde—. Es una pista de un ciudadano preocupado.

Berry reflexionó mientras recorría lentamente la oficina, estirando los músculos.

—No es por sacar un tema doloroso —dijo Berry—, pero ¿se lo has enseñado a tu jefe?

—Creo que es más bien un asunto federal —dijo Clyde.

—Algunos malos han cruzado las fronteras estatales, ¿eh?

—Creo que estos malos han cruzado algunas fronteras internacionales —dijo Clyde.

—Ah. ¿Crees que deberíamos enviar una copia a la DEA?

—No es un asunto de drogas —dijo Clyde.

—No es un asunto de drogas —repitió Berry.

Clyde se sentía cada vez menos seguro de sí mismo y sintió calor en la cara. Allí, sobre la mesa, el informe parecía una estupidez, escrito a mano en papel rayado como los deberes de un niño.

—Si te lo contase directamente, te reirías —dijo.

—Lo dudo.

—Pero si lo lees —dijo Clyde, indicando el informe—, lo explico todo de principio a fin, y quizá no te parezca tan estúpido.

—Bien, entonces me aseguraré de echarle un buen vistazo —dijo Berry—. ¿Puedo hacer algo más por ti, Clyde?

—Ya lo has hecho. Nos veremos, Marcus.

—Ten cuidado con la escalera —dijo Berry—, esa bajada no es para cobardicas.

Mientras bajaba, Clyde reflexionó sobre esas palabras, preguntándose si sería un cobardica. A veces estaba completamente seguro de serlo.

CAPÍTULO 44

—Para abreviar —dijo Hennessey en cuanto el taxi se puso en marcha alejándose de Langley—, vamos a dejar claro que soy un hijo de puta amoral y manipulador y que lo que hice es imperdonable.

El hombre poseía el talento exasperante de desinflar a Betsy. Suspiró y apartó la vista, mirando por la ventanilla la zona boscosa que rodeaba el paseo George Washington.

—Si necesitabas un caballo de Troya en la Agencia —dijo Betsy al fin—, ¿por qué no me lo pediste? ¿Para qué tomarse la molestia de darme una vida falsa y amigos falsos?

—Lo primero que debo decir —dijo Hennessey— es que, aunque esas personas te conocieron por razones profesionales que son más bien desagradables y arteras, algunas de ellas te quieren de verdad, o al menos te tienen aprecio, por razones personales perfectamente genuinas y que, por tanto, no deberías cometer el error de rechazarlas.

—Agradezco que lo digas —dijo Betsy—. Pero sé que jamás te perdonaré.

Hennessey tomó un sorbo de café y se lo pensó un momento, moviendo la cabeza de derecha a izquierda como si mantuviese un debate interno.

—No —dijo al fin en voz baja y renuente—. No. Eso no es aceptable.

—¿Qué quieres decir con que no es aceptable? Lo que hiciste fue una cabronada y jamás te perdonaré. ¡Acéptalo!

Hennessey alzó una mano.

—Oh, por supuesto. Está claro que soy un cabrón. Muchos de mis ayudantes también son cabrones... si no, yo no me molestaría en contratarlos. Somos todos unos cabrones. Pero lo que no es aceptable es que te hagas la superior y nos condenes.

—¿Qué tiene de malo condenaros?

Hennessey se sentó recto y se volvió, lleno de fría cólera.

—¿Qué coño crees que has estado haciendo durante los últimos cinco años, sentada frente a tu estación de trabajo? Tecleas peticiones de información y la

información aparece como por arte de magia. ¿De dónde coño crees que sale la información? ¿Crees que sale de la enciclopedia?

—¡Claro que no!

—Claro que no. Sale del mundo, Betsy. Viene de fuentes que realmente están sobre el terreno, vagando por las calles llenas de moscas de ciudades de mierda del Tercer Mundo, repartidas por todo el globo. Tampoco es que esté hablando de tipos nobles en plan James Bond. No los estoy idealizando. La información se obtiene por cualquier medio. Cualquiera. Incluso matando a gente o enviándola a morir. Amenazando. Sobornando. Robando. Engañando. Aprovechándose de su debilidad por los niños guapos o las niñas guapas. ¿Has visto la guerra, Betsy? Yo sí, y te puedo asegurar que la guerra es un universo de completa degradación moral. De entornos así sale la información. Y tú te sientas en el edificio Castleman y la miras en la pantalla como si fueses una maldita bibliotecaria y no tuvieses ni idea de cómo ha llegado hasta allí. Así que no te me pongas moralista ni me critiques. Querías trabajar para la CIA. Lograste lo que querías. Y cualquier cosa mala que yo te haya hecho ni siquiera mueve la aguja de mi escala Richter de moral.

Betsy no supo qué replicar a Hennessey. Pero sabía que era mejor no desafiarse. Cuando le convenía, sabía fundirse con el fondo. Pero cuando deseaba controlar una sala —o el asiento trasero de un taxi— también podía hacerlo.

Viajaron en silencio durante unos minutos. Al final, Betsy dijo:

—Simplemente dime que valió la pena. Dime que algo bueno ha salido de todo esto.

Hennessey sonrió satisfecho.

—¿Bueno?

—Vale, útil. ¿Alguien presta atención a los problemas que investigaba?

—Hemos estado trabajando en ellos —dijo Hennessey—. Ampliando tus ideas.

—¿Cómo?

—Bien, diste por supuesto, y estamos de acuerdo en ello, que los iraquíes están empleando las aulas americanas para entrenar a su gente. Los laboratorios de la universidad para realizar sus investigaciones. Los ordenadores de la universidad para almacenar sus datos y enviar sus correos electrónicos. Todo eso es cierto. —Hennessey tomó otro sorbo de café y se sentó recto, tomándole el gusto al tema—. Pero no avanzaste lo suficiente. Ni tampoco nosotros. Hasta ahora. Y ahora probablemente sea demasiado tarde para hacer nada.

Betsy seguía perpleja. Se encogió de hombros, esperando al resto. Durante unos minutos, Hennessey miró el Potomac por la ventanilla y luego siguió hablando:

—Producción. Los hijos de puta han montado instalaciones de producción de armas químicas en algún lugar del país. Probablemente en Forks, Iowa.

—¿De carbunco?

—De toxina botulínica.

—Claro. Es más fácil —dijo Betsy—. ¿Sabes?, en cierto modo tiene sentido. —Pensó un rato para luego negar con la cabeza—. Pero no me lo creo. ¿Por qué iban a hacer eso en suelo extranjero?

—Millikan y el grupo de trabajo están de acuerdo contigo. Se niegan a creerlo. Millikan no va a presentarle la información a Bush. —Hennessey asintió—. No a menos que podamos obtener alguna prueba contundente. Y debo admitir que lo que tenemos es muy endeble. Yo me lo creo un día sí y otro no.

—¿Que tienes?

—En este momento, Betsy, la pieza clave de nuestra seguridad nacional en lo que se refiere a armas biológicas son las observaciones aleatorias de un ayudante del sheriff del condado bastante grandullón y con aspecto de estúpido al que acaban de dar una paliza en las elecciones locales y cuya esposa es una enfermera que parte para el Golfo.

—¿Marcus no está allí? ¿No puede sacar nada?

—¿Qué podría sacar? Toda la operación está tan por debajo del radar que, simplemente, no hay pruebas objetivas. Oh, sí, casi lo olvido: el ayudante del sheriff del condado tiene un compañero, un turco vakhan nacionalista y sospechoso de terrorismo que desde hace tres años controla personalmente a un topo en la Agencia. Casi tengo las pruebas suficientes para arrestar a ese personaje y, definitivamente, tengo las suficientes para arrestar al maldito topo. Pero en lugar de hacer eso tengo que apartar las manos para no reventar el asunto de la botulínica. —Hennessey agitó la cabeza amargado—. A veces la vida es una maldita locura.

—¿Qué hacemos?

Hennessey levantó las manos.

—No lo sé. Si Millikan no me hubiese rodeado con la telaraña del maldito grupo de trabajo, trasladaría el centro de operaciones a Nishnabotna. Pero el hecho es que estoy atrapado en la telaraña. La única persona con libertad de acción es ese pobre hijo de puta de Iowa.

El taxista los llevó hasta Arlington y los dejó frente a un asador. Hennessey salió y dijo:

—Gracias, Hank, buen trabajo.

El hombre de Bangladesh habló con un acento tan marcado del Misisipí que Betsy no le entendió. Hank la miró, disfrutando de la sorpresa de su cara, y dijo:

—Me licencié en interpretación en Misisipí. No pude llegar a los escenarios. Acabé en el grupito de Hennessey. —Agitó la mano desdeñoso—. Demonios, es un hombre del Renacimiento. Supongo que en otro momento te contaré la historia de mi vida.

Paul Moses había salido del restaurante y allí estaba, de pie, mirando a Betsy

timidamente. El y Hennessey intercambiaron asentimientos y, a continuación, Hennessey se subió al taxi y Hank se alejó, dejándolos a los dos de pie en la acera mirándose incómodamente los zapatos.

Paul se había ocupado de todos los detalles tras la muerte de Kevin, hasta el punto de volar a Idaho con el cuerpo. No había dado nada por descontado, había dejado a Betsy espacio de sobra y de principio a fin había sido impecablemente amable y profesional. Se había alojado en la Days Inn de Nampa y dedicado un día a ir hasta Palouse a visitar a sus padres, para luego, tras asegurarse de que Betsy no precisaba nada más, volver a Washington. Betsy llevaba allí casi una semana, pero no le había visto. Lo cierto era que no había visto a ningún otro miembro de la banda... ni siquiera a Cassie, que estaba fuera de la ciudad por un trabajo.

—Bienvenida —dijo Paul—. Te hemos preparado una pequeña fiesta, si no te sientes demasiado distanciada para entrar y saludar.

No pudo evitar sentir afecto por Paul. Lo sucedido aquella noche en Wildwood lo decía todo sobre su carácter. Había estado tan duro como una tubería de plomo durante las dos horas que habían retozado en el sofá, pero cuando llegó el momento de hacerlo, había perdido la erección y no había logrado recuperarla. Betsy comprendía que eran muchos los factores que podían causar impotencia masculina. Pero le gustaba pensar que, en el caso de Paul, esa noche de Wildwood, había sido su vergüenza... vergüenza por la farsa que él y el resto del personal de Hennessey estaban representando para Betsy. En Wildwood, Paul había comentado lo mucho que deseaba escapar de Washington y, aunque podía ser que formara parte del engaño —como una forma de lograr que Betsy bajase la guardia—, estaba convencida de que había sido sincero.

—Bien puedo asomar la cabeza —dijo.

Paul guió a Betsy hasta el restaurante y, directamente, a un reservado del fondo, donde varias personas saltaron y gritaron:

—¡Sorpresa! —Cassie estaba allí, y también estaban Marcus Berry y sus amigos, Jeff y Christine, del viaje a Wildwood. Habían colgado un cartel: ¡BIENVENIDA, IDAHO!

En el taxi, Hennessey había escogido las palabras con mucho cuidado: había afirmado que algunas personas sentían verdadero aprecio por Betsy y no habían estado fingiendo. Mirando sus caras, Betsy tuvo rápidamente claro quién se había preocupado por ella (Paul y Cassie) y quién estaba allí por cortesía (todos los demás). Y, efectivamente, todos éstos se fueron después de tomar una copa y estrecharle la mano. Se quedaron Paul, Cassie y Betsy. Una o dos horas después, Paul llevó a las damas de regreso al Bellevue y, por fin, Betsy y Cassie se quedaron solas, tiradas en los sofás, mirándose.

—Lo siento —dijo Cassie cuando hubieron pasado unos minutos eternos.

—Cassie —dijo Betsy—, ni siquiera lo registra mi escala Richter de moral.

Hablaron más o menos una hora, sobre nada en particular, y las dos se tranquilizaron al comprobar que su amistad era básicamente como antes. Cassie había sufrido un llamativo cambio de actitud: era más fría, más sobria, menos un animal de fiesta, pero seguía teniendo un perverso sentido del humor.

—¿Qué hay de Marcus y tú? ¿Es de verdad? No puedo evitar preguntarlo —dijo Betsy.

Cassie sonrió un poco.

—Marcus es gay. Yo también. Probablemente seamos los dos únicos agentes negros y gays de todo el maldito FBI. Así que es natural que acabásemos en el grupo de Hennessey.

—¿Por qué? ¿Hennessey es negro y gay?

Cassie rió. Pero no echó la cabeza atrás y aulló de risa como hubiera hecho la antigua Cassie.

—Hetero e irlandés —dijo—. Pero contrata a gente poco común.

—¿Por qué me escogió como su caballo de Troya? ¿Porque soy soltera, estoy sola y soy una mormona de Idaho?

—En parte por eso —dijo Cassie sin vacilar—. En parte porque ya trabajabas en lo de Irak Pero cuando descubrimos que tu hermano trabajaba para Larsen, ya estuvo claro. —Cassie hizo una mueca—. Lo siento. No es un tema afortunado.

—Lo he superado, Cassie —dijo Betsy—. Todo lo que podré llegar a superarlo.

CAPÍTULO 45

—Clyde, gracias de veras por llamar a Washington —dijo la voz de Marcus Berry, que sonaba hueca y distante. Clyde apretó un poco más el teléfono contra el oído. Estaba en ultramarinos Hy-Vee, en el norte de Nishnabotna, justo al lado de la barra donde todos los viejos se reunían por la mañana para tomar el desayuno especial de noventa y nueve centavos. Habían interrumpido su charla sobre política en cuanto Clyde había llegado en su unidad, salido del frío con su uniforme de ayudante del sheriff. Tras pedir una taza de café, se plantó junto al teléfono y, a las seis y media de la mañana en punto, llamó a cobro revertido a Washington.

Pero en aquel momento la charla se había reiniciado y Clyde tenía problemas para oír a la persona que estaba al otro lado de la línea. Pulsó el botón de acero del teléfono que subía el volumen, que en aquel local era muy popular, y oyó sillas moviéndose y papeles.

—Lamento poner el altavoz —dijo Berry.

—¿El altavoz?

—Te tengo en manos libres.

Clyde dijo:

—He oído hablar de eso.

—¿Te pillo en buen momento? ¿O...?

—Como cualquier otro —dijo Clyde—. Acabo de terminar el turno de noche. Así que estoy bien descansado.

—Vale, bien, sólo queríamos repasar unos detalles —dijo Berry, moviendo papeles y sin darse cuenta de que Clyde acababa de hacer un chiste. Clyde estaba un poco molesto, pero oyó risas de fondo y una voz apagada que interrumpía a Berry y le decía algo.

—Oh, lo siento, ¡se me ha pasado por completo! —dijo Berry—. Sí, bien, esperamos encontrarte un trabajo que no sea tan tranquilo. Por cierto, envié tu solicitud a través de los canales adecuados, por lo que es posible que pronto tengas noticias de la oficina regional.

—Te lo agradezco —dijo Clyde. Así que el propósito de esa llamada no era hablar de su solicitud de trabajo, sino de su informe. Qué sorpresa.

—Recogiste material muy interesante, Clyde —dijo Berry. Hablaba lentamente, con largas pausas, moviendo papeles continuamente—. Tu identificación de Abdul al-Turki es la comidilla de la división de contraespionaje. Toda una victoria. Felicidades.

—Bien, gracias —dijo Clyde—. La clave fueron las orejas de coliflor. Bueno, no sé mucho sobre leyes de inmigración... Por eso recurrí a vosotros. ¿Podemos arrestarle?

—¿Disculpa? —dijo Berry tras una larga pausa.

—Podemos demostrar que es iraquí. Pero está aquí con pasaporte jordano, con nombre falso. Por tanto, ¿podemos arrestarle amparándonos en las leyes de inmigración?

Berry parecía desconcertado e inseguro. La voz apagada de fondo volvió a decir algo.

—Es una buena pregunta, Clyde —dijo Berry, como un profesor que felicita a un alumno de segundo de primaria—. No es que yo sepa mucho sobre leyes de inmigración.

Lo que pareció zanjar la cuestión, a menos en lo que a Berry se refería.

—He estado haciendo algunas horas extra —dijo Clyde—. Los vecinos de enfrente de esos tres tipos, los del otro lado de la calle, son los cuñados de unos amigos de los vecinos de mi hermana. Así que me dieron permiso para usar una habitación vacía y vigilar la casa durante un día. —No comentó que durante todo ese tiempo había estado con Maggie—. Anoté la matrícula de sus dos vehículos... los de los cristales tintados... y las comprobé. Uno está a nombre de un estudiante graduado iraquí de la zona que lleva un par de años aquí. El Escort lo compraron en un concesionario de coches usados de Davenport, a finales de julio. El vendedor dice que pagaron en efectivo. En aquel entonces los cristales no eran tintados... Parece que eso lo añadieron posteriormente. Podríamos pillarlos por una pequeña infracción... Hay límites para lo oscuras que pueden ser las ventanillas.

Otra conversación apagada en Washington.

—Discúlpame, Clyde, pero no estoy seguro de entender lo de las ventanillas —dijo Berry—. Los estás acusando de producir armas biológicas, ¿cierto?

—No los acuso. Sospecho de ellos —dijo Clyde.

—Entonces, ¿por qué quieres incordiarlos con que las ventanillas son demasiado oscuras?

Clyde se sorprendió de que Berry planteara la pregunta.

—Si podemos detenerlos por una pequeña infracción, tendríamos causa probable para registrar el vehículo y encontrar pruebas de crímenes más graves... digamos que armas o algo similar.

—¿Y luego qué?—dijo Berry, haciéndose el tonto.

—Bien, luego podemos arrestarlos por eso y quizás incluso echarlos del país.

—Ah, ya comprendo —dijo Berry, aparentemente considerándolo una forma de pensar novedosa e interesante. Reflexionó un minuto—. Pero ¿qué descubrimos si hacemos algo así?

—¿Disculpa?—dijo Clyde, metiéndose el dedo en el oído libre e inclinándose tanto que con la frente tocó el acero frío del teléfono.

—¿Qué descubrimos? Ya sabemos que viajan con identidad falsa. Y podemos estar seguros de que tienen armas, probablemente ilegales. Si los arrestamos por alguna de esas cosas y los echamos del país no descubrimos nada nuevo.

Clyde se quedó sin palabras. Nunca antes había oído a nadie describir el trabajo policial como un proceso educativo. Pero quizás en el FBI fuese diferente. Decidió probar otra vía.

—¿Qué hay de la FCC?—dijo.

—¿Te refieres a la Comisión Federal de Comunicaciones?

—Sí.

—¿Qué pasa con ellos?

—Bien, las transmisiones de radio de esa casa crean interferencias hasta en las tostadoras de los vecinos —dijo Clyde—. Está claro que eso es una violación de las normas de la FCC.

La voz apagada le dijo algo a Berry; Clyde descifró las palabras «frecuencias militares iraquíes».

—Saben que sus líneas telefónicas no son seguras —dijo Berry—, y no son estúpidos, por lo que están empleando... frecuencias que no se deberían usar en este país.

—Bien, no sé nada sobre esas leyes —dijo Clyde—, pero alguien en Washington debe conocerlas. Seguro que están violando alguna. Debería ser posible obtener una orden de registro que nos permita entrar en la casa.

—Debo decir que no acabo de comprender tu estrategia, Clyde —dijo Berry—. Se trata de delitos leves. También podríamos ponerles multas de tráfico, ¿no?

Clyde no podía creer que Berry no lo comprendiese. Era el procedimiento policial más simple: servirse de pequeños delitos para ir subiendo hasta lo importante.

Un comentario anterior de Berry estalló al fin, como un petardo con una mecha demasiado larga.

—¿Dices que saben que sus líneas no son seguras?

—Sí.

—Bien, ¿lo son o no?

—¿A qué te refieres?

—¿Ya les habéis pinchado el teléfono?

—Clyde, no puedo comentar esos detalles por teléfono.

A Clyde le sonó a respuesta afirmativa.

—Estupendo —dijo—. ¿Cómo obtuvisteis la orden judicial?

—¿Disculpa?

—Para obtener la orden judicial para pinchar el teléfono tuvisteis que presentar alguna prueba. ¿Qué sabéis?

—Lo que sabemos es que apestan —dijo Berry, riendo—. Escucha, Clyde, vamos cortos de tiempo y tenemos que avanzar rápido.

—¿Avanzar?

—¿Qué nos puedes contar de tu amigo Fazoul?

Aquello pilló por sorpresa a Clyde, que dudó un segundo.

—Oh, bien, no sé. No es árabe. No le importan mucho los árabes.

—Lo sabemos.

—Parece que se le da muy bien la tecnología. Se mantiene en contacto con otros miembros de su grupo étnico.

Por alguna razón, ese comentario hizo que Berry y el otro hombre se riesen como unos tontos.

—Hace unos meses, participaste en un ceremonia en el parque, con Fazoul y sus colegas —dijo Berry una vez tranquilizado—. ¿De qué se trataba?

—Oh, era una fiesta tradicional para celebrar el nacimiento de un hijo varón —dijo Clyde—. Al hijo le pusieron mi nombre y el de otros tipos.

—¿Le puso a su hijo —dijo Berry, aparentemente apuntándolo— el nombre de más de una persona?

—Bien, para empezar, todos se llaman Mohammed —dijo Clyde—. Y luego el chico lleva otros nombres, supongo que para distinguirlo de los otros Mohammed.

—¿Cuáles son esos nombres?

Clyde no lograba entender qué tenía que ver aquello con la producción de armas biológicas iraquíes. Pero respondió.

—Khalid, que es como pronuncian mi nombre.

Otra conversación apagada.

—Clyde, no es por quitarte la ilusión, pero Khalid es un nombre muy habitual entre los musulmanes. Khalid fue un gran general islámico... le llaman la Espada de la Fe. Así que muchos musulmanes, sobre todo si tienen inclinaciones revolucionarias, llaman Khalid a sus hijos.

Clyde no dijo nada, pero se lo tomó a mal. Sabía perfectamente lo de la Espada de la Fe. El hecho de que hubiese existido un Khalid real no significaba que Fazoul no hubiese escogido el nombre porque se pareciera a Clyde.

—¿Algún otro nombre? —dijo Berry.

—Sí. El nombre de otro tipo. A... algo.

—Clyde, ¿hay alguna posibilidad de que el nombre sea Ayubanov?

—Sí. Eso es.

—¿Eso es?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí. Pero el tal Ayubanov no estaba presente.

Más risas bobas de Berry y su compañero anónimo. Se reían en los momentos más raros.

—Así que tenían una imagen suya en representación —dijo Clyde.

La risa se cortó de inmediato y fue reemplazada por un largo silencio.

—¿La viste?

—Sí.

—Cuando dices imagen supongo que quieres decir fotografía, ¿sí?

—Sí. Una instantánea en color.

—¿Has visto una fotografía de Mohammed Ayubanov? —dijo Berry.

—Eso parece.

—Vale, pronto enviaremos aun dibujante de Chicago —dijo Berry después de consultarlo con su amigo—. Y, mientras tanto, ¿puedes describirnos a ese hombre? ¿Tenía algún rasgo característico, algún detalle físico llamativo?

—Bueno, pues es alto, de piel morena y con aspecto de ser de Oriente Medio —lo describió Clyde.

—¿De qué color tiene los ojos Ayubanov? —dijo Berry.

—Disculpa —dijo Clyde—, me llega una llamada de la central.

—¿De qué color tiene los ojos Ayubanov? —repitió Berry.

—Lo siento, chicos, pero el deber me llama. Hablaremos pronto —dijo Clyde y colgó.

Todos le miraban interesados. Tan pronto como se dio la vuelta, veinte dentaduras mordieron otros tantos desayunos especiales de noventa y nueve centavos y todos retomaron la conversación. Clyde fue lentamente hasta su vehículo y se quedó sentado al volante unos diez minutos, mirando los maizales llenos de rastrojos helados.

La conversación había sido tan extraña que apenas sabía por dónde agarrarla.

Intentaban transmitirle un mensaje. No podían decirle directamente lo que querían, por la razón que fuese, y por tanto lo intentaban indirectamente.

Había considerado dos posibilidades. Que le creyesen, en cuyo caso los refuerzos llegarían pronto, o que lo tomaran por imbécil, en cuyo caso pasarían de él. Pero en lugar de eso el mensaje parecía ser: «Te creemos, pero estás solo.» Y había otro detalle, respecto a su forma de pensar.

—No son policías —dijo en voz alta.

En la calle, alguien pasó un semáforo en el último momento, cuando la luz se ponía roja. Clyde fue tras él y le multó, que era lo que hacían los polis de verdad.

«Lo que sabemos de ellos es que apestan.»

¿Qué significaba eso? No se podía conseguir una orden judicial alegando

semejante tontería. Ante un tribunal, cualquier prueba que obtuviesen del teléfono pinchado sería inútil, una completa pérdida de tiempo.

No parecía importarles lo que fuese o no válido frente a un tribunal, sin embargo. Se comportaban como si el sistema judicial no existiese. Actuaban como si jamás en su vida hubiesen entrado en la sala de un juez. Al buen entender de un policía, no eran más que payasos. Aficionados que jamás hubieran logrado graduarse en la Academia de Policía de Iowa, que ni siquiera hubieran podido trabajar en el Departamento del Sheriff Mullooney.

Por tanto, ¿qué demonios eran? ¿Y por qué fingían ser agentes del FBI?

CAPÍTULO 46

Te escribo cuando llevo aproximadamente seis horas de nuestro lujoso vuelo al Golfo. Nos recogieron en un enorme y nuevecito 747. Resulta extraño ver a toda esta gente vestida de verde militar apilando macutos al borde de la pista y subiendo a este bonito avión. Incluso tenemos azafatas y todo. Por una vez todos nos hemos sentado muy rectos para prestar atención cuando nos han hecho la demostración para el uso de las máscaras de oxígeno. En los compartimentos superiores tenemos también mascarillas antigás, por si un Scud da contra el aeropuerto de Dhahran.

Nos han servido comida... No estaba mala, pero nada que ver con los platos calientes que probablemente te están pasando los Dhont. Hace unos minutos han bajado la intensidad de las luces y he intentado dormir, pero no puedo. He ido al baño y he prestado atención a los rostros de la gente vestida de camuflaje pero en tonos verdes (¡el Ejército todavía no tiene suficiente ropa de camuflaje para el desierto!). Gente normal, escuchando sus walkman, intentando dormir o sentada bajo la luz, como yo ahora mismo, escribiéndoles a sus seres queridos. No hay ni un solo soldado profesional entre nosotros. Sólo somos gente normal como la que se ve en la calle, excepto que llevamos la misma ropa y nos hacemos llamar soldados.

Clyde leyó varias veces la carta sentado en la ranchera, aparcada frente al instituto de Wapsipinicon. Justo delante tenía el pasillo donde, mucho tiempo atrás, había visto a Desiree encargarse del chico de Nishnabotna y había decidido casarse con ella. Maggie despertó y tuvo que darle de comer y cambiarla, lo que le ocupó cuerpo y mente durante unos minutos; estuvo bien, porque ver el pasillo había conducido sus reflexiones por senderos sentimentales y peligrosos.

En el asiento delantero del Coche de la Muerte había otra carta, con matasellos de Washington y sin remitente, a nombre de Clyde, del Departamento

del Sheriff del condado de Forks. Contenía una única hoja salida de una impresora láser o alguna máquina similar. Decía:

El hombre de las orejas de coliflor asesinó a mi hermano. Independientemente de lo que haga o deje de hacer el FBI, debe detenerle.

No cuente con que el Gobierno de Estados Unidos haga nada útil. Debe comprender que está completamente solo.

Créame, es mejor así.

Clyde oyó que llamaban a la ventanilla y con la mano limpió el vaho hasta que vio la cara de Jonathan Town, soltando vapor como una locomotora al respirar. Clyde le indicó que entrase. Town intentó abrir la portezuela y se asombró de que el seguro estuviera puesto. El propio Clyde se sobresaltó un poco y alargó la mano para abrir la puerta mientras con la otra mantenía en posición el biberón de Maggie. Se guardó la carta misteriosa de Washington en el bolsillo del abrigo mientras Town entraba.

—Lo lamento —dijo, cuando Town se sentó.

—No pasa nada —dijo Town con rapidez—. Aquí hay que tener mucho cuidado. Alguien podría forzar la entrada e intentar venderte un boleto para la rifa del instituto.

Jonathan Town, licenciado en periodismo por la Universidad Estatal de Iowa, había trabajado algún tiempo en periódicos de Minneapolis y Chicago. De esa aventura había regresado armado con un ingenio rápido y un sarcasmo que le distanciaba eternamente de la mayoría de los habitantes de Forks. Clyde tenía que recordarse continuamente que no debía ofenderse; en cierta forma, Town le estaba halagando al dar por descontado que Clyde tenía la inteligencia necesaria para pillar la gracia. Sólo se trataba de una diferencia de estilo, nada más.

Clyde llevó la mano a la visera y sacó un trozo de papel en el que había escrito: «Hay micrófonos en el coche... Por favor, hablemos sólo de cosas intrascendentes.» Se lo pasó a Town, quien hizo una mueca y le miró receloso.

—En cuanto Maggie se acabe el biberón te enseñaré la propiedad —dijo Clyde.

—Vale —dijo Town, y se arrellanó en el asiento, preparándose para un buen rato de aburrimiento. Pero eso no era nada nuevo para Town, que siempre se comportaba como si se aburriese.

—¿Cómo van las cosas en el periódico escolar?

—Lo normal. Mi reportero de fútbol se olvidó de mencionar a un jugador de tercera en la crónica sobre el partido de Waterloo y he tenido noticias de sus padres. Alguien se me cuela en el cuarto oscuro a fumar hierba. Y ya tenemos crisis con el anuario.

Maggie apartó el biberón. Clyde puso la ranchera en marcha y salió del aparcamiento, dando las gracias por alejarse de aquel pasillo acristalado. Hablaron de tonterías. A unos kilómetros de la ciudad, la carretera descendía al valle de Wapsipinicon, en su mayor parte cubierto de bosque denso. Los grandes y viejos árboles hacía varias semanas que habían perdido sus colores otoñales, aunque los robles se aferraban tenazmente a las hojas marrones. La carretera se volvía muy empinada y a continuación dejaba de ser completamente recta para serpentear entre los troncos de los grandes árboles. Se veían afloramientos de pizarra y arenisca que sobresalían de la espesa alfombra de hojas muertas. Al fondo del valle, el Wapsipinicon había tallado un sendero serpenteante en la arenisca.

—Supongo que ahora podemos hablar —dijo Clyde—. Dicen que las ondas de radio no pueden salir del valle.

—Vaya, qué alivio —dijo Town. Con el rabillo del ojo Clyde veía que su pasajero le miraba inquisitivamente.

—Supongo que ahora crees que soy un maniaco paranoico —dijo Clyde.

—Se me ha pasado por la cabeza —dijo Town—. ¿Qué te hace creer que Mallowney te ha puesto un micro?

Clyde se rió con ganas por primera vez desde hacía semanas y golpeó el volante con la palma de la mano. En el asiento trasero, Maggie le imitó, profundamente aliviada de ver a su taciturno padre comportándose de esa forma. Clyde se volvió y le sonrió a Maggie para luego volver a mirar la carretera de curvas.

—No se trata de Mallowney —dijo—. En realidad, no estoy seguro de quién me lo ha puesto. Primero, creí que eran unos estudiantes extranjeros de la universidad.

—Ah —dijo Town, que por lo visto consideraba eso ligeramente menos improbable—. Bien, yo me lo creería. Pero tendría que argumentarlo para convencer a mis lectores. —Cambió de posición por primera vez desde que había subido al coche, rebuscando en el bolsillo de la chaqueta para sacar un cuaderno de notas y un bolígrafo—. ¿Por qué iban a querer hacer tal cosa unos estudiantes extranjeros?

—Bueno, es que luego decidí que era el FBI, porque sabían de mí más de lo normal —dijo Clyde—. Y posteriormente decidí que eran de algún otro grupo haciéndose pasar por agentes del FBI.

—Ajá —dijo Town con calma—. Es una pena que pasen esas cosas.

Clyde redujo y dejó que el peso llevase la ranchera al fondo del valle sin superar la velocidad permitida en una carrera lenta. Le contó a Jonathan Town la versión resumida de la historia, sin mencionar a Fazoul, lo que desplazó el punto focal de lo verdaderamente extravagante sobre agentes falsos del FBI a elementos más mundanos de la historia, como Tab, que llevaba décadas siendo

noticia... desde que se había convertido en el alumno de primero de instituto más pesado de todo Iowa. Town lo apuntó todo y planteó la pregunta inevitable:

—¿Se lo contaste a tu jefe?

—El FBI se ocupa de cualquier cosa que pase más allá de las fronteras. También se ocupa del contraespionaje. Por tanto, se lo conté a ellos hace un par de semanas, justo después de las elecciones.

—¿Qué crees que pensará Mallowney de que lo hayas puenteado? —preguntó Town, sonriendo de sólo pensarlo. Clyde también sonrió.

—No creo que importe mucho lo que piense —dijo—. No le puedo caer peor de lo que ya le caigo.

—¿Cómo puedes soportar trabajar para él?

—No puedo. He presentado mi dimisión. Pero ésa es otra historia.

—Entonces, ¿cuándo será tu último día como ayudante del sheriff?

—Fin de año. Pero me quedan días de vacaciones, así que en realidad alrededor de Navidad.

—¿Qué vas a hacer para mantener a la familia?

Clyde suspiró y apretó la mandíbula.

—Desiree recibe una paga especial de combate —dijo—. Cuando regrese, si las cosas se ponen mal, siempre puede volver a trabajar como enfermera a jornada completa.

—Bien, volviendo a la historia principal —dijo Town, presintiendo que se adentraba en un campo de minas—. ¿Cómo reaccionó el FBI a la noticia de que Saddam Hussein está construyendo una instalación de fabricación de armas biológicas en el condado de Forks, Iowa?

Clyde hizo una mueca.

—Bien, no ha hecho nada dramático, si a eso te refieres.

—¿Nada dramático?

—Nada evidente.

—Es decir, por lo que sabes no han hecho nada.

—Sí.

Clyde vio que Town apuntaba su respuesta en el cuaderno y pensó en lo tonta que quedaría en el *Des Moines Register*.

—Los agentes locales fueron a Washington y le enseñaron el informe a sus superiores —dijo Clyde—. Sé que están muy interesados.

—Pero eso no es noticia. Al menos, no es noticia en Iowa. Noticia en Iowa es un montón de agentes del FBI cayendo sobre Nishnabotna para ocupar toda la ciudad o algo así.

—Bien, no si eso es lo que quieren para esta investigación.

—Entonces, ¿qué quieren?

—Supongo que esperar y ver. Aceptan que esos individuos son personajes tenebrosos, pero no quieren venir en tropel, arrestarlos y presentar cargos contra

ellos... como haría un policía.

—Pero los agentes del FBI son policías.

Clyde volvió a suspirar.

—Oh, sí —dijo Town—. Me has comentado algo acerca de que no son realmente agentes del FBI.

—No sé cómo trabajan los agentes del FBI —dijo Clyde—, pero un policía es muy disciplinado y organizado en la recopilación de pruebas sólidas que se sostengan ante un tribunal, para poder presentar cargos y garantizar una condena. Estos tipos no parecen saberlo.

—Bien —dijo Town, enderezándose en su asiento y volviendo al principio de las notas—, lo de los caballos productores de antídoto para la toxina botulínica merece definitivamente un artículo. El hecho de que los militares tengan sólo dos caballos dedicados a eso en todo el país me parece una falta de previsión por su parte y daría pie a un buen artículo de denuncia. Y el hecho de que alguien haya mutilado uno me lo pone aun mejor, porque deja clara la vulnerabilidad del proyecto. —Town miró un minuto por el parabrisas, mordiéndose pensativo el labio—. ¿El *Register* lo publicaría? Bien, no lo sé, no soy más que un autónomo. Pero tiendo a pensar que podría pasar de la historia, o al menos dejarla en el tintero hasta que se resuelva la crisis del Golfo, para no dar la impresión de estar minando el esfuerzo bélico. Claro está, tú estás yendo mucho, mucho, mucho más lejos para penetrar en un asunto asombroso e increíble de espionaje. Lo que en sí mismo no está mal, porque las historias asombrosas de espionaje a veces son ciertas. Pero lo único que me ofreces como prueba es la historia de Tab Templeton, que ya ha salido hasta la extenuación en las páginas de deportes, una nota de los archivos internos de la Brigada Hola y una pequeña fotografía en blanco y negro de una vieja revista de lucha libre. ¿Cierto?

Clyde apretó los dientes.

—Sí, cierto.

—Y para rematar esa historia asombrosa, tienes otra sobre algo raro que sucede en el FBI. Y la única prueba de ello que tienes es que hablaste por teléfono con unos tipos del FBI y tuviste la impresión de que no tienen la cabeza donde debería tenerla un policía.

Town guardó silencio un rato para dejar que los hechos hablasen por sí mismos. Clyde apretó la mandíbula un poco más.

—Vale, vale —dijo—, por separado parecen locuras. Pero juntas se respaldan.

—¿Me lo explicas?

—La idea de que los iraquíes estén maquinando aquí alguna tropelía es bastante demencial. Pero si así fuese, esperarías que alguien del Gobierno se preocupara. La CIA o algo así. Lo que explicaría por qué la gente de Washington ha estado actuando de una forma tan rara.

—Desde mi punto de vista, eso hace que la historia sea peor, no mejor —dijo Town—, porque no la puedo dividir en trocitos. Tengo que contar todo un entramado de sucesos. Tendré que escribir un maldito libro.

—No estoy acostumbrado a tratar con la prensa —dijo al fin Clyde—, así que no sé cómo va. ¿Pero no sucede a veces que un periódico manda a un periodista de investigación a que encuentre más información?

Town respiró hondo y dejó escapar el aire, y Clyde tuvo la impresión de que, por cortesía y por respeto a Clyde, se esforzaba por no echarse a reír.

—Lo del reportero de investigación es sobre todo un mito de Hollywood —dijo—. En realidad, nadie se dedica a eso. Nadie tiene tanta capacidad de atención para estar tanto tiempo interesado en algo. Nadie tiene el presupuesto necesario. No hay muchas personas capaces.

—Vale. Bien, eso me corrige muchas ideas erróneas —dijo Clyde.

—Básicamente, al *Register*, al *Trib* o a quien sea debes entregarle la historia servida en bandeja de plata.

—Nadie va a investigar excepto yo —dijo Clyde.

—Ya lo has entendido.

—Vale, bien, salgamos de este maldito valle y te invitaré a café por el tiempo que me has dedicado —dijo Clyde.

—No, no hace falta —dijo Town. Pero unos minutos después, mientras regresaban por la carretera de curvas, dijo—: ¿Sabes? Se lo voy a comentar a mi editor del *Register*. Como te he dicho, con lo que tienes no hay noticia. Pero sería algo tan grande que si estuviese pasando... odiaría perdérmelo.

—Lo que te parezca mejor —dijo Clyde.

—Pero aunque les interese no moverán un dedo a menos que les entregues una prueba definitiva. Algo a lo que se pueda sacar una foto.

—¿Como qué?

—Venga, Clyde —dijo Town, al fin un poco impaciente—. Afirmas que Tab Templeton construyó una fábrica de toxina botulínica para esos tipos. ¿Dónde coño está esa fábrica?

—Podría estar en cualquier parte —dijo Clyde—. En una casa, en un viejo granero, en un garaje. Ningún vecino vio a Tab ni la furgoneta en casa de los iraquíes, así que no está ahí.

—Muéstreme la maldita fábrica. A eso se reduce todo, Clyde.

—Veré qué puedo hacer.

CAPÍTULO 47

Diciembre

George Bush siempre pillaba un tremendo resfriado a principios de diciembre, y aquel día, la mañana antes del « día de Pearl Harbor », mientras James Gabor Millikan le ofrecía el informe de seguridad nacional de primera hora de la mañana, lo padecía. Millikan, por otra parte, estaba exultante. Había logrado salir del desastre por estar excesivamente a favor de Saddam. Por medio de su grupo de trabajo de Irak había bloqueado a Hennessey y a esa analista de mierda de la Agencia cuyo nombre había olvidado pero a la que habían tratado severamente y que pronto quedaría relegada al más absoluto olvido. Había tenido un momento triunfal organizando la situación en Naciones Unidas, por lo que había recibido grandes dosis de aprobación del presidente y de la prensa. Todo iba bien... excepto que el presidente tenía aquella mirada en la cara.

George Bush, bajo toda su rigidez, sus aires de Yale y su mal uso del lenguaje, tenía un problema enorme desde el punto de vista de James Gabor Millikan. Era un blando. La gente le caía bien. Se preocupaba por la gente. Le preocupaban de verdad los ataques con gas, la guerra química y sus queridos estadounidenses muriendo en las arenas del desierto. Lo que molestaba a Millikan.

—¿Qué hay de las armas químicas y biológicas? —preguntó el presidente volviéndose hacia su consejero militar.

—Nada nuevo. Si lanzan algo será alguna de esas armas sudafricanas, nada que no podamos controlar.

—¿Estás seguro? ¿Totalmente seguro?

Millikan intervino.

—Si me lo permite, señor, creo que está innecesariamente preocupado por los informes de esa analista que fue expulsada del servicio después de fallar miserablemente una prueba poligráfica rutinaria.

Bush tenía una forma peculiar de mirar a la gente, y en ese momento empezó a aplicársela a Millikan. No dijo nada, lo que era todavía peor. En momentos así, Millikan no soportaba el silencio.

—Nuestro grupo de trabajo, que usted mismo dijo que era extraordinario de arriba abajo, se ocupa de ese tema.

—¿Qué hay de Hennessey?

—Está con nosotros, señor.

—¿Para quién trabaja ahora? No me acuerdo.

—Para el FBI, señor presidente.

—¡Oh, estupendo! Así que puede dedicarse a asuntos internos sin levantar ampollas en la prensa.

—Si es necesario, señor presidente. Pero no consideramos que los asuntos nacionales sean muy importantes.

Cuando Millikan abandonó la reunión, su ayudante, Dellinger, le esperaba con cara de inquietud.

—¡Suéltalo! —dijo Millikan mientras recorrían juntos el pasillo.

—En el Des Moines Register han recibido otra historia disparatada que, otra vez, plantea preguntas curiosas —dijo Dellinger y se puso a contarle una historia demencial sobre una ciudad universitaria perdida en Iowa.

—Dios santo —dijo Millikan—, haz lo necesario para que esa historia no se publique. ¡Justo lo que nos hacía falta!, que el presidente se entere de algo así.

—Sí, señor. Ya supuse que opinaría eso y he dado instrucciones.

—¿Algo más?

—Sí. Debería saber que Hennessey se ha reunido un par de veces con Vandeventer... la de la CIA. Debo añadir que no han sido muy discretos.

—Me empieza a cansar esa mujer —dijo Millikan y suspiró—. ¿Qué grado de acceso tiene? ¿No le cancelaron todos los permisos?

—Afirmativo, siguiendo sus instrucciones.

—Entonces, me gustaría que estudiases la posibilidad de hacerle durante una temporada la vida muy desagradable y difícil a Hennessey... —dijo Millikan—, usando a Vandeventer como prueba. Su fachada de trabajar para el FBI no es más que una farsa poco convincente. Cualquiera con un cociente intelectual de más de un dígito sabe que realmente pertenece a la CIA. Y no me importaba siempre y cuando persiguiera a turcos o lo que fuese.

—Sí, señor. Perseguía turcos vakhanes.

—Pero ahora se ha metido en este otro asunto. Y creo que ha sido muy descuidado al relacionarse tan abiertamente con una mujer que abandonará la Agencia en unas horas. En serio, ¿qué sentido tiene una ley que impide a la Agencia operar dentro de las fronteras de Estados Unidos si se toleran filtraciones como ésta? Creo que las acciones de Hennessey plantean inquietantes dudas éticas que darían para un reportaje periodístico mucho mejor que todas esas tonterías sobre los iraquíes y el botulismo.

—Conozco a varios periodistas muy sensibles a las cuestiones de ética gubernamental —dijo Dellinger—, y que no sienten ni el más mínimo aprecio

por la Administración republicana. Si no le importa, les pasaré la idea... anónimamente, claro.

Pero Millikan no había hecho más que empezar. Cuanto más lo pensaba, más amplio le parecía el horizonte. Se le ocurrió una idea maravillosa y jugó con ella antes de manifestarla.

—De hecho, creo que éste es precisamente uno de esos asuntos para los que tenemos inspectores generales. —Alzó una ceja a Dellinger, quien parecía conmocionado por la osadía de la idea.

Pero el asombro de Dellinger se transformó rápidamente en una especie de excitación maliciosa.

—Es artillería muy pesada —dijo.

—Estamos en guerra —dijo Millikan—. Subamos todas las apuestas.

—Entonces, estudiaré la idea —dijo Dellinger y le dedicó a su jefe un saludo perfecto. Salió de la Casa Blanca y corrió al coche para partir en busca de los inspectores generales.

CAPÍTULO 48

Estamos todos molestos con nuestros anfitriones saudíes. Nos invitaron a proteger su país, pero no quieren que nos mezclemos con su gente y, por tanto, nos han alojado en una especie de reserva: una vieja fábrica de cemento en las afueras de Dhahran. Ocupamos largas filas de viviendas en esta inmensa capa de polvo mientras esperamos a que la Gran Maquinaria Verde nos ponga en formación y nos mande al desierto. Ayer estaba sentada en la tienda comedor, agitando ambas manos sobre el plato para espantar las moscas. Luego cambió el viento y olí algo asqueroso. Vi las letrinas a unos pocos metros, con las mismas moscas revoloteando. Se lo conté a mi oficial superior (¡aunque no fui yo la única en darse cuenta!) y ahora todo el cuerpo médico está alborotado por lo que la gente llama «higiene de la guerra civil». Pero no es realmente culpa de los saudíes. El Ejército es así.

Clyde había llegado a Happy Chef unos minutos antes y leyó esa y otras dos cartas de Desiree mientras permanecía sentado en el banco que había justo al entrar, esperando a su cita del desayuno.

Los Happy Chef tenían que estar siempre cerca de la autopista, porque se anunciaban con una enorme silueta de fibra de vidrio de un chef exultante y regordete con sombrero blanco que sostenía una enorme cuchara de madera sobre la cabeza, como un coronel de la Guerra Civil blandiendo el sable de caballería. Aquél incluso parecía más grande de lo habitual; debía serlo, para no quedar empequeñecido por el Wal-Mart que tenía detrás, que parecía sacado de Abu Simbel.

Estaban en la primera semana de diciembre y en Happy Chef habían adornado tanto la figura como el local en sí con guirnaldas de oropel verde esmeralda y luces intermitentes. Los suplementos publicitarios del *Des Moines Register* y el periódico local estaban repartidos, como restos rojos y verdes, por el banco y el mostrador, lo que recordaba a Clyde la reunión fallida con Jonathan

Town. Town había hablado con él unos días antes, molesto:

—Gracias por casi lograr que me despidan —había dicho.

—¿Tienes problemas en el instituto?

—No, no, hablo de mi trabajo como colaborador independiente.

—¿En el *Register*?

—Sí. Le hablé a mi editor de Des Moines sobre el asunto iraquí. Dijo que lo llevaría a los de arriba. Cuatro días más tarde tuve noticias directas del jefe del jefe de mi jefe... Me llamó desde Washington usando su maldito teléfono móvil. Me leyó la cartilla. Dijo que si se me ocurre contar una palabra de esa historia, negará tener conocimiento de mis acciones, me despedirá inmediatamente y divulgará que soy un loco sin ninguna relación con el *Des Moines Register*.

Clyde lo había meditado.

—Supongo que no es la forma habitual de rechazar un artículo.

—Deja que lo exprese de esta forma: cuando uno de mis alumnos me viene con una idea atroz para un artículo del periódico escolar, habitualmente se lo digo yo mismo. No hago que el secretario de educación le llame desde Washington para gritarle durante quince minutos.

—¿Por qué crees que lo hicieron así?

—Tú sabes tanto como yo. El tipo que me chilló vive en Washington, si te sirve de algo.

—No estoy seguro —había dicho Clyde, recordando su conversación con Fazoul sobre lo ingenuo que era con respecto al ancho mundo.

—Mira, sólo digo que el tipo parecía asustado —había dicho Town.

Y entonces Clyde lo había comprendido: Town le decía que el jefazo del *Register* estaba asustado. Y bien podía ser cierto; pero lo que realmente quería decir era que él, Jonathan Town, estaba asustado. Y cuando Clyde comprendió que el jefazo de *Register* y Jonathan Town estaban asustados, los dos, él empezó a asustarse. Tenía sobradas razones para tener miedo antes, pero eran de orden local y personal. Saber que gente que vivía en Washington estaba asustada añadía a su existencia una capa de miedo generalizado.

Delante de la caja registradora de Happy Chef había dos bancos encarados y separados por unos dos metros. Desde hacía unos minutos enfrente de Clyde se sentaba un tipo mayor que leía el periódico y masticaba un palillo mentolado que había sacado de la taza de la caja. Como no lo conocía, volvió a analizar atentamente todos los artículos de los periódicos relativos a Escudo del Desierto. Alguien había dejado un *Chicago Tribune* en el banco, del que sacó una clase de datos que no hubiese logrado de otra forma.

—Demonios, no sé —dijo el viejo lanzando el periódico contra el banco—. Mi sobrina dice que es todo por el petróleo.

—¿Disculpe? —dijo Clyde.

—Mi sobrina. Buena chica. Universitaria... Ya sabe cómo son.

—Supongo. —Clyde no había ido a la universidad, pero había arrestado a suficientes universitarios para saber cómo eran.

—Así que la semana pasada yo intentaba trinchar el maldito pavo y ella no hacía más que repetir que eso del Golfo no es más que una lucha por el petróleo.

—¿Qué opina usted? —dijo Clyde. Había participado en suficientes discusiones de cafetería como para saber que era una respuesta segura.

—Bien, supongo que tiene parte de razón, de esa forma santurróna propia de los universitarios. No habríamos mandado a medio millón de soldados si se tratase de algún país de mierda de África. Por tanto, quizá sea por el petróleo.

—Supongo que tiene razón —dijo Clyde.

—Por tanto, ¿deberíamos ir allí, como hemos hecho, sólo para poder seguir disfrutando de un cargamento de petróleo?

—Sí —dijo Clyde—. Debemos.

—Pero todo lo que oímos de Bush es que Saddam es como Hitler. Siempre que si Gestapo por aquí y si Hitler por allá, y que en Kuwait vamos a defender la democracia... Por amor de Dios, es una aristocracia feudal.

Clyde, con el *Trib* sobre el regazo, hizo un gesto hacia la ventana. El hombre se giró para ver qué le enseñaba Clyde. En esa dirección lo único que había era el Primer Banco Nacional de NishWap; más allá los campos yermos se extendían hasta el infinito.

—¿Qué mira?

—El panel electrónico —dijo Clyde.

El panel del banco decía que eran las 8.37 y, a continuación, que la temperatura era de -14°C.

—Catorce bajo cero —dijo Clyde—. Mucho frío. Y por ahí fuera no veo muchos árboles para quemar. Por tanto, tenemos petróleo, vivimos; no tenemos petróleo, morimos.

El hombre le miró.

—Así de simple —dijo.

—Oh, probablemente haya muchos detalles que desconozco —dijo Clyde—, pero así lo veo yo.

—Catorce grados bajo cero —repitió el hombre. Se hizo con el *USA Today* y miró el mapa del tiempo de la contraportada—. Bastantes grados menos que en Washington. La diferencia es enorme. Eso explica muchas cosas, ¿no?

—No sé —dijo Clyde—. Nunca he ido a Washington.

—Bueno, tampoco se ha perdido nada —dijo el hombre—. Se lo aseguro.

Al final Clyde pensó en algo. En el aparcamiento vio un par de coches grandes azul marino, de cuyos tubos de escape surgían grandes nubes de vapor. En los coches había jóvenes trajeados y con gafas de sol, hablando por el móvil. Volvió a mirar al hombre, que había adoptado una expresión algo abochornada.

—¿Es usted? —dijo Clyde, poniéndose en pie.

—Soy yo. Ed Hennessey —dijo el hombre, poniéndose en pie y ofreciéndole la mano—. Caramba, es usted muy corpulento. ¿No era peso pesado?

—No —dijo Clyde—. Una categoría por debajo de peso pesado. No soy corpulento para ser de aquí.

—Bien, desde luego no lo es si le comparamos con Tab Templeton. Era un maldito gigante —dijo Hennessey—. Recuerdo haberle visto con fascinación un poco morbosa hace años, en las Olimpiadas. Así que cuando su expediente pasó por mi mesa fue como regresar al pasado. Pobre desgraciado.

Hennessey le hizo un gesto a Clyde para ir más al fondo del restaurante. Clyde se puso un poco nervioso de saltarse tan a la torera el letrero de «Por favor, esperen aquí». Pero Hennessey, como si fuese el propietario, le llevó directamente a un reservado grande de un rincón en el que hubiera cabido tranquilamente toda la familia Dhont. Al sentarse se ganaron algunas miradas... no porque Clyde fuese medio famoso como luchador y fracaso político ni porque Hennessey fuese un desconocido trajeado, sino porque ellos dos ocupaban el reservado entero. Hennessey dobló su abrigo largo y lo dejó sobre una silla de vinilo naranja y Clyde, que sabía que en el rincón del restaurante podía hacer mucho frío, no se quitó la parka. Hennessey acorraló el cenicero de la mesa y se colocó delante una cajetilla y un mechero de plata, como si ese combustible fuese a evitar que las ráfagas heladas que entraban por la ventana panorámica le congelasen.

—Me gusta este sitio —dijo dando un vistazo—. Aquí todos son personas de verdad.

Clyde no entendía demasiado bien qué pretendía decir Hennessey con aquello; le parecía un comentario muy raro.

—En este sitio les salen muy ricas las patatas estilo *hash brown* —dijo.

—¡Bien! Lo tendré en cuenta —dijo Hennessey. Parecía sinceramente contento, como si fuese la mejor noticia que hubiese oído en todo el día—. Cualquiera puede preparar una hamburguesa, pero las *hash brown* son una obra de arte —dijo.

—En la cárcel he freído bastantes patatas —dijo Clyde— y nunca me ha parecido difícil alcanzar el equilibrio.

—Soy un irlandés pobre. Un chico del sur de Boston... Se me nota el acento cuando me emociono o me emborracho —dijo Hennessey—. Sabemos de patatas. Pero la mayoría de nosotros seríamos completamente incapaces de preparar una fuente decente de patatas estilo *hash brown* ni aunque en ello nos fuera la vida. Podemos hervir cosas como el mejor, pero lo de freír es demasiado exótico.

La camarera se les acercó con una jarra de café. Hennessey le dio las gracias efusivamente y él mismo llenó su taza y la de Clyde. Los dos hombres agarraron las tazas como si fuesen salvavidas en medio del ventoso Atlántico

Norte.

—No sabía que tus obligaciones incluyeran la cocina —dijo Hennessey.

—Es una larga historia —dijo Clyde.

—En todo caso, dejarás el negocio de ayudante... ¿cuándo?

—A las cuatro de la tarde del día de Navidad.

—Mierda. ¿El cabrón te ha endilgado el turno de Navidad?

—Me ofrecí voluntario —dijo Clyde—, porque mi esposa no va a estar en casa tampoco.

—De forma que otros puedan pasarla con su familia. Qué tío —dijo Hennessey—. ¿Qué pasará después de Navidad?

—Intentaremos vivir de la paga de combate de Desiree. Tengo algunas propiedades. Encontraremos la forma —dijo Clyde.

—¿Sabes?, me impresiona profundamente que no pudiese engañarte con el señuelo de un trabajo en el FBI —dijo Hennessey—. Conseguí engañarte durante un par de semanas, ¿no? Pero a la larga no... lo que resulta todavía más impresionante.

—Supongo que me lo creí durante un tiempo —dijo Clyde, sorprendido por la franqueza de Hennessey. El hombre se expresaba de una forma completamente diferente a cualquier persona que Clyde hubiese conocido. Por allí la gente hablaba como el Nishnabotna en febrero, cuando todo estaba helado y sólo algunos gruñidos y estallidos ocasionales indicaban el movimiento del agua por debajo del hielo. Hennessey hablaba como un torrente libre. Como un hombre para el que las palabras eran un instrumento de trabajo, un instrumento que había perfeccionado durante años.

—Creía que te tenía como a un pez en el anzuelo —dijo Hennessey—, y voy y recibo esto. —Metió la mano en el bolsillo superior de la chaqueta y sacó una hoja de papel rayado cubierto con la pulcra escritura de Clyde. Del otro bolsillo se sacó unas gafas y se las puso—. Retiro mi solicitud para ingresar en el FBI —leyó—, porque considero que en este momento no me serviría para alcanzar mis metas personales. —Miró por encima de las gafas a Clyde, directamente a los ojos. Hennessey lo tenía verde esmeralda, en un rostro por lo demás pálido y marchito. Clyde se dio cuenta de que podían ser unos ojos muy fríos y penetrantes—. Vaya frase más interesante «alcanzar mis metas personales». ¿Qué significa, Clyde? Aparte de algo tan evidente como criar a tu hija.

El corazón de Clyde pasó a una marcha superior. No dijo nada.

—¿Tiene alguna relación con Fazoul y los iraquíes? Tengo que saberlo.

Clyde empezaba a sentir la tensión en el pecho. Respiró hondo un par de veces, intentando tranquilizarse.

—Clyde, me das miedo —dijo Hennessey—. Controla las emociones un segundo. Quiero saber cuáles son tus intenciones con respecto a esos malditos turbantes y su fábrica de botulínica.

Clyde miró por la ventana. Le rechinaban los dientes.

—Ayer —dijo Hennessey—, te pasaste hora y media al teléfono hablando con un abogado militar de Fort Riley, preparando tu última voluntad y testamento. ¿Cierto? No tienes que hablar. Limitate a asentir.

Clyde asintió.

—Clyde, yo me fumo tres cajetillas al día, tengo cuatro hijos y tres ex esposas, y no hice testamento hasta hace un par de años. ¿Qué pasa?

—Y una mierda —dijo Clyde—. No me lo creo.

—¿Disculpa?

—Es de la CIA —dijo Clyde—. No creo que le dejen abandonar el país sin haber hecho testamento.

Hennessey alzó las cejas y silbó.

—Vale. Deja que lo diga de otra forma. Conozco a varios fumadores empedernidos con hijos y ex esposas, que no trabajan para la CIA, y que no pensaron en el testamento hasta tener el doble de tu edad y estando mucho más cerca del final de sus esperanzas de vida.

—¿Qué hace la CIA dentro de las fronteras de Estados Unidos? —dijo Clyde—. Es inconstitucional.

—Oh, buen cambio de tema, Clyde. Pero no creas que no volveré a sacarlo. Por cierto, no es inconstitucional. Simplemente es ilegal de cojones —dijo Hennessey.

—Bien, ¿qué hace ilegalmente?

—¿Prometes no contarle?

—Sí.

—¿Por tu madre y toda esa mierda?

—O lo prometo o no lo prometo.

—Vale. Clyde, no debería contarte nada de esto, pero sé que mis secretos están a salvo contigo. Ninguna de las personas que quieren saber lo que te voy a decir te tomará en serio..., que es un problema suyo, no tuyo. Pero eso no importa. No lo contarás jamás porque has prometido no contarle. Nunca revelarás lo que voy a contarte ahora en este Happy Chef, de la misma forma que jamás me describirás la cara de Mohammed Ayubanov. De la misma forma que Fazoul te confió el rostro de Mo, como llamamos afectuosamente al señor Ayubanov en ciertos lugares del norte de Virginia, y yo voy a confiarte la Historia de Ed.

La camarera volvió. Hennessey pidió el número cinco, con extra de patatas *hash brown*, y Clyde pidió lo mismo; supuso que pagaría Hennessey, así que el suplemento de patatas no sería una extravagancia.

—Vale, Sherlock Como has deducido correctamente, realmente trabajo, y siempre he trabajado, para la CIA, que resulta ser una organización peligrosamente trastornada y plagada de topes. Reclutamos a jóvenes

maravillosos de lugares como Wapsipinicon y los enviamos a lugares exóticos de donde nunca vuelven. Alguien los está vendiendo... quizá varios individuos los estén vendiendo. A esas personas las llamamos topos. Bien, si dirigiésemos semejante organización, ¿cómo darías con los topos, Clyde?

—Supongo que contrataría a gente mejor.

Hennessey echó la cabeza atrás y se echó a reír encantado. Cuando se calmó, dijo:

—Pero se trata del maldito Gobierno federal, Clyde. Esa no es una opción. Aceptamos lo que nos mandan. Bien, en serio, si supieses que los topos existen y estuvieses completamente seguro de que estaban aquí mismo, en TCEEUU, ¿qué harías?

En los últimos meses Clyde había visto suficientes papeles militares para saber que TCEEUU significaba « territorio continental de Estados Unidos » .

—Bien —dijo—, es ilegal que usted actúe aquí mismo.

—Exacto.

—¿El FBI no se encarga del contraespionaje?

—Sí. O al menos, eso dicen.

—¿No incluye eso cazar a los topos?

—Por ahora, es todo correcto al ciento por ciento, Clyde. La cuestión es que en este momento hay un pequeño fallo. Verás, pillar agentes extranjeros es una cosa. Habitualmente trabajan en embajadas extranjeras o en lugares como la Universidad de Iowa Oriental. Están en suelo extranjero. Son más vulnerables. Son blancos más fáciles para los encargados de contraespionaje del FBI. Pero un topo es diferente. Un topo es estadounidense, por lo que opera desde su propio territorio, lo que para él simplifica considerablemente las cosas. Y en lugar de tener que infiltrarse en una organización desde el exterior, ya forma parte de la más importante de todas..., la CIA. ¿Tienes alguna idea de lo difícil que resulta para el FBI ocuparse de semejante problema?

—Supongo que resulta muy difícil.

—Es una maldita pesadilla. No puedes avanzar mucho sin grandes dosis de cooperación de la propia CIA. Y cuando vamos por ese camino, nos topamos de inmediato con el problema de la ilegalidad. Los límites son terriblemente ambiguos. Si nos sentamos en una sala de reuniones con los chicos del FBI y les hablamos de alguien que creemos que podría ser sospechoso, ¿estamos violando la ley que nos impide actuar en Estados Unidos? ¿Quién coño lo sabe? Tal como están ahora mismo las cosas en Washington, casi cualquier cosa que hagamos podría ser revelada y analizada en una vista del Congreso.

» Además, Clyde, si lo piensas, nos encontramos con algo parecido a la Trampa 22. Si en la CIA hay infiltrados, entonces cualquier esfuerzo por parte de la CI A por encontrar a esos topos, o para ayudar al FBI a encontrarlos, también tiene filtraciones. Le dan a uno ganas de arrancarse el pelo a puñados —dijo,

pasándose una mano por el cuero cabelludo, cubierto por una fina capa de pelo color acero—. Así que hace unos años, a este hijo de puta cansado y agotado por la guerra se le ocurrió una idea. Iba a resolver el problema del topo de una vez para siempre. Oficialmente dimitió de la CIA. Pasó un año sin hacer nada... Supuestamente daba clases a tiempo parcial en el Boston College, pero no era más que una excusa estúpida. Luego regresó a Washington e inició una carrera nueva... trabajando para el FBI en la oficina de contraespionaje. Y de la Agencia se trajo a algunas personas escogidas personalmente... Algunas de esas personas mejores que deberíamos haber contratado desde el principio, como has dicho. Y se dedicó a intentar acabar con los topos de la CIA. A todos los efectos, era un hombre de la CIA, pero navegaba con la bandera de conveniencia del FBI, lo que le servía para dos cosas: primero, hacía que todo fuese legal, y segundo, creaba un cortafuegos entre él y la Agencia plagada de topos, de forma que sus esfuerzos no se viesen comprometidos antes de dar fruto.

—Bien, ¿hasta ahora cómo va el plan, señor Hennessey?

Hennessey hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Fue bien durante un tiempo —dijo—. Avanzamos un poco. Pero la semana pasada la cosa se desmadró definitivamente. En Washington hay personas a las que no les caigo demasiado bien y que de pronto están conmocionadas, realmente conmocionadas, de enterarse de que estoy llevando a cabo todas esas operaciones de la CIA dentro de Estados Unidos. Han logrado que un inspector general me investigue, lo que en Washington es un asunto muy serio, aterrador.

—¿Va a ir a la cárcel?

—Oh, demonios, no. Soy demasiado cuidadoso. Dentro de un mes estaré en una bonita oficina de Langley. Pero me impide casi por completo trabajar a mi modo.

—¿Qué ha estado haciendo en Forks? Lo de los iraquíes no tiene nada que ver con los topos, ¿no?

—No, nada que ver. Hemos estado vigilando a tu amigo Fazoul.

—¿Por qué?

—En Langley encontramos a una persona de la CIA que estaba haciendo lo que no debía. Tenía mucho dinero en la cuenta corriente, no pasaba demasiado bien las pruebas del polígrafo, etcétera. Le vigilábamos. Descubrimos que le controlaba un agente extranjero desde todos los lugares posibles, Wapsipinicon, Iowa... evidentemente un estudiante graduado de vuestra querida universidad. Esa persona resultó muy difícil de identificar... era muy buena. Situamos a Marcus aquí con la tarea de encontrar al estudiante graduado que controlaba al topo. Y aunque no dimos con la prueba definitiva, acumulamos bastantes pruebas circunstanciales de que el culpable no era otro que tu amigo Fazoul. Lo que fue toda una sorpresa, porque Fazoul es un turco vakhan... un hombre sin país. Habitualmente, un grupo étnico sin territorio no está tan bien organizado como

para infiltrar topos en la CIA, así que me interesé por Fazoul y su jefe, Mohammed Ayubanov. Los turcos vakhanes se han convertido en una especie de afición.

» Luego pasó esa mierda de la mutilación del caballo. En ese momento me encontré en medio de una lucha territorial. Marcus es de los míos, no lo olvides, y está en Nishnabotna por una razón y sólo por una razón: vigilar a Fazoul y a sus alegres compañeros y esperar a que se pongan en contacto con el topo de Langley. Pero de pronto el FBI dice: «Eh, tenemos un agente ahí, que se ponga a trabajar en lo del caballo.» Por tanto, Marcus, que como ya te has dado cuenta no es policía ni jamás lo será, de pronto tiene que fingir ser policía para mantener la maldita tapadera de por qué está aquí y, en lugar de perseguir a Fazoul, dar vueltas tras un montón de putos caballos. —Hennessey puso cara de exasperación—. Dios. Nunca trabajes para el Gobierno, Clyde.

—No parece probable que vaya a hacerlo.

—Eso está bien. La gente se mete en la Administración llena de ideas románticas... igual que tú, hace unas semanas, cuando cumplimentaste la solicitud. Luego se topan con la realidad y se vuelven cínicos y pasotas. Muchos lo dejan entonces, que es lo racional. Algunos seguimos. ¿Por qué iba a quedarse alguien después de haberse vuelto cínico y pasota?

—No sabría decirlo. ¿Para pagar la hipoteca?

—Esa es una razón —dijo Hennessey—. Pero el verdadero motivo son los defectos de personalidad.

Hennessey dejó esa frase en el aire mientras la camarera volvía con los dos platos. Fingió sorpresa cuando vio la jarra de café casi vacía, les rellenó las tazas y reemplazó la jarra por otra.

Los dos hombres se lanzaron primero por las *hash brown*: discos marrón dorado, tan crujientes por fuera como el hielo de un charco, con el centro blando y ardiente pero masticable. Se miraron a los ojos. Hennessey suspiró y puso cara de estar a punto de llorar.

—Oh, sí —dijo mientras comía—. Oh, sí.

—¿Cuál es el suyo? —dijo Clyde cuando llevaban comiendo uno o dos minutos.

—¿Disculpa?

—¿Cuál es su defecto de personalidad?

—¡Exacto! —dijo Hennessey, señalando a Clyde con el tenedor. Lo dijo tan alto que algunas cabezas se volvieron. Luego bajó la voz—: Justo así hay que pensar en Washington. Si tratas con alguien que lleva allí más de cinco años, debes preguntarte: «Vale, ¿cuál es el defecto de personalidad de este tipo?» Con el paso del tiempo desarrollas una taxonomía. Tienes a la gente que busca el poder. A los que se engañan. De vez en cuando al fanático, aunque el sistema tiende a eliminarlos. —Hennessey hizo una pausa lo suficientemente larga para

engullir otro bocado—. ¿En mi caso? Me gusta ganar.

—¿Ese es su defecto?

—Lo es cuando te gusta tanto como a mí. Es enfermizo el placer de ganar.

—No sabría decirle —dijo Clyde.

Hennessey rió sin ganas.

—Tu problema con esto de Irak es que te has mezclado, sin saberlo, con gente que hace mucho tiempo que decidió que no resulta sofisticado ser sincero, que la sinceridad es para los tontos, que a la gente sincera la pusieron sobre la Tierra para ser manipulada y explotada por individuos como ellos... en aras del bien mayor, claro está. Ahora mismo, ése es el defecto de personalidad más común en Washington... Maquinaciones maquiavélicas de personas sin talento ni gracia. Y aquí estás tú, el viejo y bueno de Clyde Banks, intentando desesperadamente lidiar con este problema más que real sobre el terreno, y es como si estuvieses atrapado en una pesadilla en la que esos malditos maquiavélicos de cuarta categoría escuchan lo que dices pero en realidad no te comprenden.

—Básicamente así es como me siento —dijo Clyde, frunciendo el ceño en dirección a la carne y asintiendo.

—Tú y yo sabemos lo que pasa en Forks y nos gustaría hacer algo al respecto —dijo Flennessy—, pero entre tú y yo hay diez mil de esas personas que están demasiado ocupadas mirándonos desde las alturas como para comprender el problema y actuar. Debes saber que actuar está mal visto, Clyde. Vivimos en la posmodernidad. Cuando los acontecimientos acaban desencadenándose, se supone que debemos mandar el valor al quinto pino e iniciar otro análisis del decimoprimer borrador del documento de trabajo. La verdad es que ir al mundo físico y hacer cosas queda simplemente más allá de la comprensión de esa gente. Nunca harán nada sobre los iraquíes de Forks. Nunca.

—Lo que confirma lo que pensaba —dijo Clyde.

—Lo que nos lleva de nuevo, si no estoy confundido, a tu súbito deseo de hacer testamento.

Clyde asintió y comió durante un rato. Hennessey hizo lo mismo. Los dos acumulaban fuerzas para la siguiente ronda.

—Claro —dijo Clyde—. El ejército te pide que hagas testamento cuando vas a ultramar en misión de combate.

—Claro —dijo Hennessey.

—Pero tiene razón en lo que está pensando —dijo Clyde. Tragó con esfuerzo y se volvió para mirar por la ventana. De pronto su tórax fue como un viejo motor de camión que intentase arrancar y lágrimas cálidas le saltaron de los ojos y le corrieron por las mejillas. Desplazó el cuerpo hacia la ventana, apoyó la cabeza en la mano y dejó que las lágrimas fluyesen durante un minuto, sabiendo que nadie excepto Hennessey podía verle.

Hennessey bebió café y también miró por la ventana.

—El sheriff Mallowney no ayudará. El FBI no ayudará. La CIA no puede ayudar —dijo Hennessey al cabo de un rato—. El viejo Clyde está solo, y esta vez no va a perder, ¿verdad?

Clyde agitó la cabeza e intentó decir «no» pero le falló la voz.

—Ése es el espíritu —dijo Hennessey—. Tiene que gustarte ganar. ¿Salimos ahí fuera y ganamos, Clyde?

—¿Nosotros?

—No voy a quedarme aquí sentado y engañarte. Pronto me subiré a un avión y volveré a Washington, y probablemente no saldré de allí hasta que esto haya terminado. No estaré contigo en el frente. No arriesgaré la vida. Ahora mismo mi saldo está bajo mínimos con la CIA y el FBI, porque recientemente no he ganado. La verdad es que me han estado pateando el culo, lo que me cabrea de verdad... Pero eso no tiene nada que ver. Lo que quiero decir es que no te puedo enviar un avión cargado de agentes federales bien armados. Ni nada similar. Pero puedo ser útil de algunas otras formas más modestas.

CAPÍTULO 49

A Betsy le pareció apropiado que su entrevista con el inspector general fuese en el solsticio de invierno, el día más oscuro del año. Desde que trabajaba para el Gobierno, las dos palabras más imponentes en tándem eran « inspector » y « general ». Esas personas poseían, dependiendo del punto de vista de cada cual, como mínimo el poder de Dios o, como máximo, el de Hacienda. Los inspectores generales podían ser Torquemadas encantados de infligir dolor, o Tomases encarnando falsamente molestos principios o, quizá peor, Siricas que te mataban poco a poco. Redactaban sus propios cargos contra ti y se decía que en la Agencia no había sutilezas de procedimiento como el *habeas corpus*.

Betsy no se había sorprendido demasiado cuando sus supervisores de la Agencia le habían informado de que su polígrafo con la temible Kim McMurtry no había salido muy bien. De hecho, le había salido tan mal que había provocado una nueva investigación de la que le contaron poco. Pero de su lentitud dedujo que debía de ser una gigantesca maquinaria de destrucción que implicaba múltiples agencias. Un mes y medio más tarde, se reducía a: « Preséntate en tal despacho del décimo piso del New Executive Office Building a las nueve y media de la mañana del 21 de diciembre, para charlar con el inspector general. » No habían presentado formalmente cargos contra ella. Sabía que estaba metida en un lío, pero no tenía ni idea de su gravedad. Sólo sabía que el camino de salida de Washington pasaba por cierta puerta del NEOB.

Tomó el metro hasta Farragut West y, a las nueve y quince, pasó por seguridad. Subió en ascensor hasta el décimo piso y fue al baño a lavarse la cara y prepararse para lo que viniese.

Le horrorizó la cara que vio en el espejo. En el último año le habían salido arrugas nuevas en la frente. Se iba apreciando el comienzo de un fruncimiento permanente. Nunca había sido del tipo de chica que pone cara sonriente más veces que puntos en las íes. Pero no se consideraba una persona trágica ni triste y la alteró comprobar que llevaba la máscara de una víctima, de alguien que ha sufrido grandes penalidades.

La puerta era una simple hoja de madera sin rótulo que bien podría haber sido del armario del conserje. Cuando llamó no obtuvo respuesta, así que probó el pomo y vio que estaba abierta. Entró en la antesala mal iluminada, decorada con una mesa, una silla, sin teléfono y con la foto oficial de George Bush colgada de la pared. Recordó el día de agosto en que la había llevado en lancha y le había dicho que aguantase. Sentía la satisfacción de saber que lo había hecho.

Eran las nueve treinta y tres y no aparecía nadie, así que fue hasta la siguiente sala y llamó. Una voz suave y bastante aguda dijo:

—Pase, por favor.

Abrió la puerta y entró en una sala de reuniones mejor iluminada. Allí había una persona sentada a la cabecera de una mesa que podría haber acogido a doce. Le sorprendió lo corpulento que era el hombre para tener una voz tan aguda. Tenía la frente alta acentuada por una calvicie pronunciada y llevaba gafas. Frente a él, en la mesa, había un papel secante con un cuaderno de hojas amarillas, tres bolígrafos del Gobierno y una arcaica grabadora de bobina.

Betsy miró reflexivamente a su alrededor. El hombre dijo:

—No hay cámara, ni espejos falsos ni nada. Sólo tratarás conmigo. Y nuestro Gobierno en su sabiduría me confió descubrir la verdad, lo que para los estándares locales resulta ser una descripción bastante simple del trabajo. —Calló un momento para luego reflexionar—: Probablemente la próxima generación no precise de seres humanos para hacer este trabajo... se limitarán a usar pruebas químicas y análisis de voz. Vaya. —Se puso en pie. Debía de medir dos metros o dos metros cinco de estatura—. Me llamo Richard Holmes. Siempre digo que no estoy emparentado con Holmes. En realidad, soy un descendiente lejano de Oliver Wendell. Él usó la inteligencia de seis o siete generaciones, por lo que los demás hemos tenido que trabajar en el anonimato como burócratas o asesores de impuestos. Aunque tengo una nieta bastante prometedora.

Betsy le dio la mano y dijo:

—Encantada de conocerle. Betsy Vandeventer. —Llevaba el tiempo suficiente en Washington como para no picar tan rápido con esa charla amistosa y autoirónica. Pero Holmes no parecía del todo insincero.

—Es un alivio —bromeó Holmes—. Bien, ¿nos ponemos a ello?

Se sentó y le indicó a Betsy que tomase asiento a su izquierda, cerca de la grabadora.

—Le gustará la vista —dijo, y Betsy se sentó. Una tormenta de nieve se aproximaba y era muy bonito... si uno no tenía que conducir—. Antes de empezar a hacer preguntas, ¿quieres preguntarme algo?

—¿Esto es todo? ¿Usted y yo?

—Sí. —Y luego, inclinándose, le dijo en voz baja—: Espero que la gente no invente rumores. —Soltaba los chistes con seriedad y casi disculpándose por hacerlo, como un profesor.

Betsy sonrió con amabilidad.

—Sólo una pregunta. ¿Estoy en un lío? ¿Hay cargos contra mí?

—Han sido dos. La respuesta a la primera pregunta es que sí. El doctor Millikan cree que has violado la seguridad... transmitiendo información a quienes no precisaban conocerla o, para concretar, al señor Hennessey. Va a ser difícil de demostrar. Eres muy concienzuda con los procedimientos de seguridad. Y en cuanto a la segunda pregunta, no. No hay cargos contra ti. Nunca manejaiste presupuesto, que es por donde vienen la mayoría de los problemas. Nunca contrataste ni despediste a nadie, que es otra fuente habitual de problemas. Nunca estuviste en Operaciones, por lo que no mataste a quien no debías ni te equivocaste acerca del Gobierno que había que derribar. —Hizo una pausa, metió las manos bajo la mesa y sacó un termo y dos tazas—. Vamos a hablar un buen rato, así que he traído algo para humedecer el gaznate. Espero que te guste el chocolate caliente.

—Estupendo.

—Ahora voy a poner en marcha la grabadora. Debería ser la única grabación de esta conversación, porque se supone que ésta es una de las salas seguras del edificio. —Se aclaró la voz y activó la máquina; las bobinas se pusieron a girar lentamente y en silencio, ejerciendo sobre Betsy una especie de efecto hipnótico. Holmes habló unos momentos acerca del quién-qué-dónde-cuándo-por qué de la conversación. Luego paró la cinta y la miró directamente a los ojos por primera vez—. Sabes que estamos muy cerca de entrar en guerra en el Golfo. También sabes que, básicamente, tus ideas eran totalmente correctas. Guiándote por tus conversaciones extraoficiales con el señor Hennessey, creo que crees que algunos elementos de esta crisis se encuentran en territorio nacional. Te pediré que expreses tus opiniones al respecto. En ese tema tienes completa inmunidad. Debes creerme cuando te lo digo.

Incluso a pesar de todo lo que había pasado, Betsy se creyó las palabras de aquel desconocido anciano alto. Quería hacer muchas preguntas a propósito de adonde iría el informe cuando lo terminase. Era extraño que estuvieran manteniendo aquella entrevista en el NEOB y no en Langley.

Él fue a poner en marcha la grabadora. Betsy levantó la mano para detenerle y dijo:

—¿Qué pasará conmigo?

—Si tu hipótesis es equivocada, serás el chivo expiatorio, para consumo interno del Gobierno de Estados Unidos. Es casi inconcebible que te apliquen alguna pena. Nunca volverás a trabajar para el Gobierno.

—Me parece genial —dijo Betsy—. Póngala en marcha.

Así lo hizo.

—Señora Vandeventer, en su expediente compruebo que abandonará su actual puesto a finales de año.

—Así es.

—¿De qué se encargaba?

Betsy recapituló y describió sus cinco años de trabajo en la Agencia usando, como tenía por costumbre, sólo los términos más genéricos.

—Señora Vandeventer, debería haberle recordado que esta entrevista está clasificada con el nivel más alto, por lo que puede dar detalles, incluso comentar fuentes y métodos que puedan ser relevantes, y añadir cualquier comentario que desee hacer, a favor o en contra, del personal de la Agencia y sus prácticas.

Veinte minutos más tarde, Betsy seguía hablando. Holmes le volvió a servir chocolate caliente y le recordó amablemente que avanzase hasta la fatídica reunión con el agregado de Agricultura.

Betsy se quemó los labios con el chocolate, que todavía hervía, y avanzó. Con la excepción de una parada para dar la vuelta a la cinta, Holmes no la interrumpió. Se limitó a mirarla a través de los cristales sucios y rayados de sus gafas y a trazar dibujos increíblemente complejos sobre el papel. Al final Betsy relató su última prueba del polígrafo y resumió las semanas posteriores de trabajo sin sentido.

—¿Eso es todo?

—Eso creo.

—Entonces, sólo una pregunta. Durante su periodo en la Agenda la reprendieron por realizar análisis prospectivos. Cuando violó esa regla, recibió una severa reprimenda. Ahora, me gustaría que hiciese un poco de análisis prospectivo para mí. Guiándose por todo lo que ha visto y experimentado en el último año, ¿cuál es su análisis de la situación actual con respecto a Saddam?

Era una petición muy extraña viniendo de un inspector general, pero Betsy no vio ningún problema en seguirle la corriente. Sólo les quedaban diez días para atosigarla. Se aclaró la garganta, se terminó el chocolate, se sentó erguida y dedicó unos momentos a ordenar las ideas antes de responder:

—En Kuwait, Saddam ha demostrado un grado desconcertante de terquedad. Es una locura por su parte mantener allí sus fuerzas con unas probabilidades de éxito tan reducidas. Nadie comprende por qué no se ha echado atrás todavía... La mayoría de la gente se encoge de hombros y dice que debe de ser un loco.

» Pero yo no creo que sea un loco. Creo que su estrategia se basa en que tiene a mano armas de destrucción masiva. Cuando llegue el momento, puede lanzar agentes de guerra bacteriológica contra Israel y lograr que Israel le ataque. Lo que destruirá la coalición por la que los señores Bush y Baker han trabajado tanto. Las fuerzas contrarias a Saddam se desmembrarán y hay buenas posibilidades de que pueda quedarse en Kuwait sin mayores repercusiones, excepto sanciones económicas.

—Y usted cree que ahora mismo esas armas están dentro de nuestras fronteras.

—Creo que poco después de la invasión de Kuwait por parte de Saddam, algunos hombres salieron de Bagdad y entraron en nuestro país. Debieron de enviarlos a hacer algo extremadamente importante. Mataron a mi hermano y a Margaret Park-O'Neil para borrar su rastro. Creo que no es irracional pensar que esos hombres están produciendo armas biológicas dentro de nuestras fronteras, lo más probable es que en algún punto cercano al condado de Forks, Iowa.

No podía expresarlo de forma más simple y clara. Holmes parecía satisfecho; asintió y detuvo la cinta que emitió un chasquido satisfactorio. Se puso en pie y miró por la ventana... La nieve ya se fundía bajo el brillante sol de invierno.

—¿Sabes? —dijo—. En momentos como éstos me gusta recordar a Bismarck cuando decía que Dios protege a los borrachos y a los Estados Unidos de América.

Betsy se sentía tonificada y renovada. Holmes parecía cansado, agotado, como si Betsy le hubiese transmitido el peso del conocimiento y la carga ya se hiciese sentir. La miró sombrío y dijo:

—Comprendo por qué abandonas la Administración pública. Pero es una pena. Necesitamos a gente como tú. —Desenchufó la grabadora y se puso a enrollar el cable. Cuando terminó, metió los bolígrafos y los papeles en un maletín grande de abogado. Luego, como si de pronto se le hubiese ocurrido la idea, se quitó las gafas y la miró con los ojos más bonitos y de un azul más profundo que Betsy hubiese visto nunca—. Por favor, créeme cuando te digo que lamento lo de tu hermano.

—Gracias —dijo Betsy y luego, sorprendiéndose a sí misma, se echó a llorar. Del bolso sacó un paquete de pañuelos de papel, se llevó uno a la cara y se puso a sollozar. Era una extraña combinación de tristeza por lo de Kevin combinada con el alivio de saber que no la mandarían a la cárcel, que podría irse de Washington y empezar de nuevo, que le había hablado a alguien que había escuchado.

Holmes se sentó. No sabía qué hacer. Le dio un par de palmadas en el hombro y esperó.

—Dios mío —dijo al fin Betsy, cuando se le pasó—. Lo lamento.

—No pasa nada.

—Espero haberle sido de ayuda.

Holmes le guiñó un ojo.

—Puedo asegurarte que sí —dijo.

Le abrió la puerta. Betsy avanzó hacia la oscuridad de la antesala y estuvo a punto de tropezar con Ed Hennessey, que tomaba café en una taza de papel del tamaño de un cubo de pintura.

—¿Qué haces aquí? —le soltó.

—Las compras de Navidad —le respondió Hennessey—, que es lo que deberías hacer tú.

—Entiendo las indirectas. Me voy —dijo Betsy. Cruzó la puerta y, al cerrarla, oyó a Hennessey saludando a Holmes y burlándose despiadadamente de su calvicie.

CAPÍTULO 50

La mayoría de los estudiantes de último curso de la Universidad de Iowa Oriental querían graduarse en primavera, cuando podían pasar por delante de los miembros del Consejo Universitario y del rector y había un orador de talento como Dan Quayle o Mike Ditka presente para ser nombrado doctor honoris causa. Además, el campus tenía buen aspecto y había muchas fiestas.

En la ceremonia de diciembre, por el contrario, el ambiente era de reunión de la Organización de Estados Asiáticos y Africanos. Los estudiantes extranjeros tenían que pasar por la ceremonia para tener la foto que enviaban a casa, no sólo a la familia sino también a su Gobierno... Una fotografía de un alumno de pie con toga y birrete junto a su director de tesis era una prueba más tangible de haber llegado al final que un trozo de pergamino falso. La mayoría de ellos tenían que salir del país en el plazo de una semana después de terminar, por lo que la ceremonia de invierno también tenía un aire de punto y final.

La mañana del sábado veintidós de diciembre, Clyde y Maggie estaban en la salita de la tele. Maggie empezaba a agarrarse a las cosas, claramente con la intención de ponerse a caminar muy pronto. Clyde miraba en la CNN cómo los escolares iraquíes realizaban simulacros de ataque aéreo mientras repasaba toda una semana de correo atrasado. Encontró un sobre color crema fabricado con papel de buen gramaje y lo abrió, esperando encontrar otra invitación de boda de algún pariente Dhont en sexto grado. Era una invitación de Fazoul para asistir a su ceremonia de graduación. Como parte del paquete para quienes les alquilasen toga y birrete, la Librería Twister incluía diez invitaciones personalizadas, y Fazoul había tenido la amabilidad de poner a Clyde en la lista.

Era un agradable puntito brillante en un mes penoso. El asunto de los iraquíes le estaba haciendo pasar por un escurridor emocional. Parte del tiempo sentía la ansiedad de no poder descubrir jamás dónde tenían los iraquíes sus instalaciones. Cuando seguía una pista prometedora y empezaba a convencerse de haber dado con ellos, se topaba de bruces con la idea de que probablemente muriese pronto. Ya había decidido, de forma más bien abstracta y teórica, que se conformaría

con eso.

La idea de no volver a ver a Maggie no podía ni plantársela cuando la tenía al lado. Cuando estaba por ahí corriendo en la ranchera, con una escopeta y un rifle de gran calibre en el asiento tapados con una vieja manta, siguiendo a los agentes iraquíes y pensando que podía estar cerca, la posibilidad resultaba muy real y el corazón le latía tan rápido que le flaqueaban las piernas y se preguntaba si sería capaz de hacer algo en el momento en que fuese preciso hacerlo.

En aquella situación, la idea de ir a ver a Fazoul recibir su máster en comercio internacional le alegraba. E incluso eso era agrídulce, porque sabía que el visado de Fazoul expiraría inmediatamente después de la graduación y que a partir de aquel día Clyde no volvería a ver a la familia a menos que todos sobreviviesen a los próximos meses y luego viajaran al lugar donde fuera que acampasen los turcos vakhanes.

Le quitó el mando a Maggie, que rompió a llorar, y sintonizó el canal meteorológico justo a tiempo para ver el tiempo en el Golfo, que era su parte favorita de la información televisiva. Por alguna razón le hacía sentirse cerca de su esposa. De algún modo era tranquilizador ver los familiares símbolos de altas y bajas presiones sobre la región del Tigris y el Eufrates.

Sonó el teléfono y supo que era Desiree. Su unidad había celebrado un sorteo para determinar quién y en qué orden podría llamar por teléfono.

—Hola, cariño —dijo ella, y Clyde supo de inmediato que algo iba mal. La voz había perdido el brío, la confianza.

—¿Estás bien?

—Sí. Mejor déjame hablar con mi bebé.

—La tengo dormida encima.

Puso el auricular todo lo cerca que pudo de la boca de Maggie sin despertarla. Al otro extremo del cable oía que Desiree empezaba a desmoronarse.

—Qué agradable es oírte, cariño —dijo. Sabía que sólo disponían de tres minutos.

—Cariño —dijo por el éter su voz alterada—. Recuerda siempre que te amo.

En el Medio Oeste las personas habitualmente no se decían que se amaban a menos que se encontrasen en el lecho de muerte. La televisión ofrecía el espectáculo extraño y remoto de actores besando a extraños mientras se movían por los escenarios de los programas de entretenimiento o de las ceremonias de entrega de premios. La gente abrazándose para extender la «paz del Señor» en la iglesia provocaba fruncimiento del ceño. La gente se amaba. Con eso bastaba; no había ninguna necesidad de decirlo. Desiree amaba a Clyde; ella lo sabía, él lo sabía. No lo comentaban. Lo vivían. Clyde sabía que algo iba muy mal, que Desiree sabía algo. Que estaba muerta de miedo.

Se fue a la cocina con la niña apoyada en la cintura, preparó el biberón y luego regresó al sillón para darle de comer y ver la CNN. Estuvo a punto de

quedarse dormido otra vez y le despertó una protesta de Maggie cuando Clyde le apartó el biberón de la boca sin querer. Ya estaba demasiado agotado para seguir fingiendo. Le cambió el pañal, juntó las cosas de la niña, la dejó con los Dhont y se fue a la ceremonia de graduación.

A la una y cincuenta y cinco llegó al enorme y casi completamente vacío aparcamiento del Polideportivo Flanagan, al que llamaban «la armería» hasta que le habían puesto un tejado de alta tecnología y habían pintado las paredes. Cuando se acercaba a la entrada vio que Ken Knightly estaba allí de pie, fumando un Camel muy serio.

—¿Cómo va, decano?

—Eh, Clyde. Un gran día. Nuestro amigo Fazoul regresa a tierra vakhan. ¿Me lo sostienes? —Le pasó a Clyde un Camel a medio fumar mientras metía la mano en una mochila para sacar toga y birrete, artículos que evidentemente, tras la ceremonia de primavera, habían empaquetado apretadamente y almacenado en algún lugar húmedo—. No quiero inmolarme —le explicó, señalando el cigarrillo—. Debes saber que estas togas están fabricadas con gasolina congelada. —La toga estaba abrochada, así que se la pasó por la cabeza como si fuese una camiseta. Luego sacó algo blando violeta: un birrete extravagante—. Venía gratis con un doctorado honoris causa de la universidad de Dubai. No se vuela con el viento con la misma facilidad que esos de cartón, lo que aquí, en las praderas, es un detalle importante. Será mejor que entremos. Gracias. —Recuperó el cigarrillo, con varias caladas potentes lo dejó en la colilla y lo aplastó en la puerta del Flanagan.

La gente ocupaba una cuarta parte del gimnasio. Knightly llevó a Clyde por el parqué de madera de arce de la cancha de baloncesto y señaló algunos asientos vacíos cerca del atril donde se sentarían él y otros dignatarios de la universidad.

—Si me haces el favor de sentarte ahí, Clyde. Al acabar tenemos que hablar.

La banda de los Twisters, con chaqueta y pantalones grises, se puso a tocar *Pompa y circunstancia*.

A Clyde le emocionaban las ceremonias... incluso la ceremonia de la bandera de las reuniones de los exploradores. Miró al resto de los asistentes y vio a algunos padres, pero en general eran las esposas y los hijos vestidos con sus mejores galas. Vio a uno de los iraquíes a los que había estado siguiendo y no supo si alegrarse de que el hombre fuese a abandonar el pueblo o sentirse frustrado por no haberle pillado con las manos en la masa.

El rector de la universidad entró guiando a los graduados, seguido de su equipo y de los profesores, con toga y birrete. A continuación entraron los estudiantes de las distintas especialidades representadas por diferentes colores de birrete. Cuando hubieron entrado todos, la banda tocaba con menos brío. Luego interpretó el himno nacional y, a continuación, el pastor de la iglesia ecuménica

local recitó una oración, « Oh, creador del universo... », adecuadamente neutral.

Clyde se sentó y se levantó según iban ordenando, como un campesino del siglo XII recién convertido durante su primera misa, pero tenía la cabeza en otra parte. Ni siquiera se dio cuenta de que la ceremonia había terminado hasta que notó un roce en el brazo izquierdo y vio a Farida.

—Nos alegramos mucho de que hayas podido venir. —Le ofreció el bebé—. ¿Podrías sostenerlo mientras le sacamos fotos?

El bebé estaba completamente dormido, una criatura angelical de piel color miel con unas pestañas asombrosamente largas y pobladas. Clyde observó a Fazoul engalanado con su birrete de doctor junto a su director de estudios, Chung-Shin Kim, y luego con el decano Knightly, que parecía cegado por los flashes y con necesidad absoluta de un cigarrillo. A continuación, Fazoul le hizo un gesto a Clyde para que se acercase. Clyde se sorprendió cuando toda la familia tiró de él.

—Esto es un adiós, amigo mío —dijo Fazoul mientras agarraba la mano de Clyde en un largo apretón. Luego le abrazó—. No me olvides.

Farida se acercó, con lágrimas en los ojos, y dijo:

—Debes saber que rezamos por tu esposa. Aquí todos luchamos por lo mismo.

Fazoul le dijo algo rotundo y ella respondió en inglés.

—Estamos todos juntos. Eso es todo.

Knightly intervino y dijo:

—Será mejor que os llevemos a la estación de tren. Llegará dentro de unos cuarenta y cinco minutos. Os llevo en coche. ¿Quieres venir, Clyde?

—¿Tiene sitio?

—Tengo un monovolumen.

—Claro. Mi turno no empieza hasta dentro de un par de horas.

Cuando llegaron a la estación, quedó claro que el siguiente tren a Chicago iba a estar repleto de doctores y másteres nuevecitos camino de Union Station y luego al O'Hare para tomar aviones con destino a distintas partes del globo. Se trataba de una multitud increíblemente multiétnica con estados de ánimo muy diferentes... Muchos no querían regresar a su país, mientras que otros no veían la hora de dejar atrás lo que consideraban barbarismo cultural de América en general y del Medio Oeste en particular. Pero todos parecían estar de acuerdo en que el decano Knightly era lo mejor que había, y por tanto Clyde disfrutó estando allí, apoyado contra la pared de la estación, viendo cómo los estudiantes y sus familias hacían cola para estrecharle la mano a Knightly, abrazarle, besarle o entregarle pequeños obsequios. Cuando el tren llegó a la estación, Knightly lloraba abiertamente.

Clyde y él estaban juntos cuando el tren salió de la estación y Knightly dijo:

—¿Sabes?, se me parte el alma cada vez que devolvemos un grupo. Tienen

que regresar. No pueden quedarse. Es mejor que lo hagan. Pero en este negocio, tratar con esta gente es el mejor trabajo que se puede tener.

—También hay algunos malos.

—Claro, pero al menos son malvados inteligentes y motivados. Odio decirlo, pero siento un desprecio absoluto... —Se controló—. Me siento muy decepcionado con la mayoría de los chicos americanos. No saben por qué están aquí. —Knightly suspiró profundamente, se estiró y luego dio la espalda al tren que se alejaba, permitiendo que aquel grupo en concreto de estudiantes saliese de su vida—. Vale, Clyde. Vamos a tomar una cerveza.

—No puedo. Tengo que ir a trabajar.

—¿Qué tal esta noche, cuando salgas de trabajar?

—Ken, no salgo hasta medianoche.

—Da igual.

—O tendré que ir a recoger a Maggie y acostarla.

Knightly no le hizo caso.

—Ven a mi casa, Clyde. Trae a la niña. Mi esposa cuidará de ella. Tenemos que hablar.

Ese día, el más corto del año, hubo hielo en las carreteras, y tan pronto como cayó la noche los coches empezaron a derrapar y a caer en las cunetas. Y Clyde y los otros ayudantes de servicio se pusieron a señalar las carreteras rurales de Forks con bengalas y a usar el ancho de banda de la radio para pedir grúas. A Clyde le convenía, porque necesitaba algo que hiciese que el tiempo pasase más deprisa. Con el paso de las horas, la idea de que Knightly tenía algo importante que decirle había calado en él, así que al final no veía el momento de que se acabara el turno. Observaba con atención a los conductores de las grúas, preguntándose cómo se hacía para lograr un trabajo así y qué tal lo pagaban. En un día como aquél debían de ganar bastante dinero.

Luego se recordó a sí mismo la misión importante y se repitió que de momento tenía otras preocupaciones.

Regresó al departamento y dejó su vehículo por penúltima vez; su próximo y último turno como ayudante del sheriff sería cincuenta y seis horas después, el día de Navidad, de las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde. Arrancó el Coche de la Muerte y fue a casa de Dick Dhont a recoger a Maggie. A estas alturas ya había perfeccionado la maniobra de pasarla de la cuna al asiento del coche y a la ranchera sin despertarla. Dick Dhont le dio la bolsa con las cosas de la niña y Clyde juzgó que disponía de provisiones suficientes para mantener a Maggie con vida durante unas horas más. La echó en el asiento del acompañante, sobre la manta que ocultaba las dos armas, dijo las buenas noches a Dick y fue directamente a casa de Knightly.

Ken Knightly no parecía desear la compañía de los profesores ni valorar la arquitectura de los barrios de yuppies e intelectuales que habían proliferado en el

norte y el oeste de Wapsipinicon. Vivía en una zona de Nishnabotna que muchos otros llamaban simplemente la « Ciudad Negra », en referencia al hecho de que un veinte por ciento de sus residentes eran de raza negra. Knightly había comprado la mansión construida por Reinhold Richter, el primer y último rey de la madera de la ciudad (había talado todos los árboles), allá por la década de los setenta del siglo XIX. Le había arrancado todo lo que no le gustaba y todos los cables y tuberías que ya no funcionaban, luego había logrado que la declarasen de interés histórico para ahorrar impuestos y, finalmente, había instalado en ella los sistemas más modernos. En total, había diecinueve habitaciones en la mansión Richter, y Knightly y su esposa iban a llenarlas todas con las pruebas de sus veinte años de vida en el extranjero.

El jardín delantero seguía en obras: un mar de lodo negro revuelto y congelado para formar un paisaje lunar frágil y duro. Estaba claro que no importaba dónde aparcara Clyde, así que dejó el coche junto a la puerta y llevó a Maggie escalones arriba hasta el porche, que era tan ancho que hubiesen podido correr por él cuatro caballos en paralelo. Clyde buscó el timbre y no dio con él. Pero había un cartel escrito a mano allí donde tendría que haber estado. Decía: « Tire de la cuerda. » Una flecha señalaba hacia un mango metálico que salía del marco de la puerta. Hizo falta un buen tirón. Finalmente salieron unos cincuenta centímetros de cuerda deshilachada del siglo XIX. En cuanto la soltó, un mecanismo interno comenzó a recogerla lentamente y un carillón se puso a tocar *Durmientes despertad*. Maggie se sobresaltó y se puso a gemir. La puerta, de metro y medio de ancho y ocho centímetros de grosor se abrió, y allí estaba Knightly.

—Hay que bajar el volumen de este maldito carillón, Sonia —ladró Knightly. Su esposa le respondió igualmente a gritos, pensó Clyde, pero no en inglés.

Sonia bajó una escalera gigantesca. Era esplendorosa y diminuta, con la piel olivácea y una sonrisa encantadora pintada de carmín, como si no fuese la una en punto de la madrugada.

—Encantada de conocerte, Clyde. Ken habla muy bien de ti. —Lo dijo como si fuese lo único que contase en unas referencias sobre personalidad. Luego concentró toda la potencia de su encanto y su energía en Maggie, quien se mostró ansiosa unos segundos, para luego callar, fascinada por los sonidos y fragancias que emanaban de Sonia. Accedió a que se la llevasen a algún otro lugar y la volviesen a dormir.

Clyde siguió a Knightly cruzando el salón y la biblioteca para llegar finalmente al porche trasero, donde su anfitrión tomó una linterna de un soporte de pared y apuntó el potente rayo halógeno a sus pies.

—Te cuidado dónde pisas —le instruyó Knightly—, todavía no hemos arreglado los escalones.

Efectivamente, estaban podridos, apuntalados con bloques de cemento. Se

abrió paso por el traicionero lodo congelado y con huellas de neumáticos capaces de romperles un tobillo del jardín lateral y entró en el garaje, uno para tres coches con el techo muy alto. Clyde sabía que era mejor no preguntar y se limitó a seguirle.

El garaje estaba completamente lleno de trastos polvorientos, exceptuando un estrecho pasillo sinuoso, entre sofás, archivadores, cajas de embalaje y viejas motocicletas extranjeras, hasta una escalera tosca de tablones clavados a la pared que llevaba a una trampilla del techo. Knightly subió algunos travesaños y llamó con la parte posterior de su linterna de policía... Tres golpes largos y dos cortos.

La trampilla se abrió. Knightly iluminó hacia arriba, atravesando el cuadrado de oscuridad, un rostro tan horroroso que si Clyde no lo hubiese reconocido hubiese salido corriendo hasta la frontera con Illinois.

—¡Fazoul! —dijo Clyde—. ¡Que me aspen!

Subieron al ático. Clyde se sorprendió de encontrar un espacio acogedor, bien equipado y sin ventanas. Había una mesa, un bar y olía a los Camel de Knightly. Era un centro de entretenimiento doméstico pequeño pero de calidad, con un urinario en una pared y una mesa de billar. Pero no había teléfono.

—Todos tenemos un escondite —dijo Knightly—. Un lugar donde nadie pueda encontrarnos y donde podamos hacer lo que queramos.

—¿Cuánta gente lo sabe? —dijo Clyde.

—Sonia, Fazoul y ahora tú.

Fazoul echó el brazo bueno alrededor de los hombros de Clyde y dijo:

—Tenemos que hablar.

Clyde dijo:

—Suponía que a estas alturas estabas sobrevolando el Polo Norte de camino a algún lugar.

—Ah, eso fue fácil. Tengo un hermano que trabaja en el O'Hare. Tiene acceso a la zona de salidas internacionales.

Knightly se volvió hacia Clyde y dijo con acento tejano:

—¿No es una suerte? Te sorprendería, Clyde, saber con qué frecuencia Fazoul y sus miles y miles de hermanos tienen esos golpes de suerte.

—Bien —admitió Fazoul—, estoy empleando el término «hermano» en su sentido más amplio. Es un compatriota. Cuando entré en el baño de hombres, estaba allí, reparando un secamanos. Ahora mismo sobrevuela el Polo Norte con mi esposa y el pequeño Khalid.

—¿Cómo regresaste aquí? —preguntó Clyde.

—En su coche. Cuando terminé de reparar el secamanos.

—Supongo que debería examinar tu permiso de conducir —dijo Clyde—, pero estoy seguro de que tienes uno muy bueno.

—Cualquiera que sepa arreglar un secamanos puede falsificar un carné de

conducir —dijo Fazoul.

—Bien —dijo Knightly—, voy a poner en marcha la cafetera, porque si me pongo ahora con el bourbon me quedaré dormido y además a Fazoul le parecería mal. Y puedes tomar de éstas. —Señaló la caja de rosquillas que había sobre la barra.

—Un poco de café no me vendría nada mal —dijo Clyde.

—He convocado esta reunión porque estoy cansado de esperar a que pase algo —dijo Knightly—. Continuamente espero que los C-130 descendan sobre Forks cargados hasta arriba de equipos de operaciones especiales ataviados con trajes lunares. Pero no pasa nunca y empiezo a sospechar que no pasará jamás.

Clyde miró inquisitivamente a Fazoul. Fazoul dijo:

—El doctor Knightly sabe bastantes cosas. Le consideramos uno de los nuestros.

—Sonia es medio kurda, un cuarto azerbaijana y un cuarto rusa —dijo Knightly—, y cuando se convirtió en el centro de mi vida, bien, mi vida se volvió bastante más complicada de lo que ya era antes. Que era bastante, te lo aseguro. Se trata de una historia francamente larga, pero baste decir que estoy de parte de Fazoul..., independientemente de si quiero estarlo. Que quiero. —Knightly terminó de preparar la cafetera—. Tenemos que comparar notas sobre el asunto iraquí. Debo decirte que a mediados de noviembre me harté de los hijos de puta y les dije que tenían que portarse bien. Incluso eso fue un incordio para mí, porque se negaron a venir a verme o a responder a mis llamadas. Pero cuando conseguí hablar con ellos, se mostraron tan insolentes que me cabré de verdad. Así que recurrí a los federales para ver si podíamos echarlos del país y me enredaron en la telaraña. Y cuando me quejé, al final me dijeron, en confianza, que podría haber problemas para nuestros estudiantes en el extranjero si aquí nos poníamos duros. Y eso es básicamente de lo que me he enterado por mi cuenta, aunque Fazoul me ha contado lo de la toxina botulínica.

—Los he estado siguiendo —dijo Clyde—. A veces lo hago en los días libres y a veces cuando estoy de servicio, si no estoy ocupado con nada más. Pero no consigo nada. Ninguno varía jamás su rutina. Se levantan, van a la universidad o al laboratorio de patología veterinaria y vuelven a casa al anochecer.

—¿Qué hacen durante el día? —dijo Knightly.

—Todos ellos trabajan en edificios a los que hay que acceder con una tarjeta —dijo Clyde—, debido a las protestas de los defensores de los animales. Por tanto, no puedo seguirlos al interior. Pero no creo que hayan construido la fábrica en uno de los edificios del campus. Por tanto, no puedo descubrir quién se ocupa de la fábrica.

A Knightly le llegó la inspiración.

—¡Están usando los túneles de mantenimiento! Todos esos malditos edificios están conectados por túneles de mantenimiento. Deben de saber que los sigues.

Cuando uno quiere entrar en la fábrica, va a trabajar como en un día normal. Luego es cuestión de salir por los túneles de mantenimiento a un kilómetro de distancia, subirse a una bicicleta o algo parecido y llegar a donde sea.

—Es plausible —dijo Clyde—. Pero si es cierto, si los estudiantes a los que he estado siguiendo son los que hacen el trabajo, entonces pronto tendrán que cerrar la operación. Porque acabo de ver a la mayoría de ellos graduarse. Dentro de setenta y dos horas tendrán que salir del país.

—Estoy de acuerdo —dijo Knightly—. Por tanto, la cuestión es: ¿van a liberar la toxina en Estados Unidos, como si fuese una operación terrorista, amenazarán con hacerlo o usarán algún medio para enviarla a Irak?

—Creemos que la van a enviar —dijo Fazoul—. Llevan días arreglando los viajes. Uno de los que hoy se ha doctorado, después de la ceremonia ha ido a Ryder a alquilar uno de sus camiones semiarticulados con plataforma. Los iraquíes y sus distintas organizaciones de apoyo han contratado varios contenedores diseñados para el transporte de grandes cantidades de líquido.

—Apuesto a que es un engaño —dijo Knightly—. Es todo para despistar. No lo van a sacar de Estados Unidos.

A Clyde la hipótesis de Knightly le resultó perversamente agradable, porque implicaba que Desiree estaría a salvo.

—¿Por qué lo dices?

—No tiene sentido —dijo Knightly, sirviendo el café—. ¿Por qué iban a fabricarla aquí y enviarla a Irak? ¿Por qué no fabricarla en Irak? La tecnología no tiene nada de especial.

Fazoul negó con la cabeza. Parecía muy seguro.

—Les resultaba imposible fabricarla en Irak. Los israelíes habrían acabado enterándose y bombardeando las instalaciones lanzando al aire toneladas de toxina botulínica.

—¡Pero una instalación así es muy pequeña! ¿No podrían ocultarla bajo una gasolinera o algo parecido?

A Clyde le parecía lógico. De hecho, ya lo había pensado. Knightly no dejó de presionar a Fazoul hasta que obtuvo una respuesta:

—Una organización hostil se ha infiltrado en el ministerio iraquí responsable de esta investigación. No importa dónde la hubieran escondido, habría acabado sabiéndose... Los estratagemas militares de Israel y Estados Unidos tendrían las coordenadas exactas.

Knightly rió.

—Una organización hostil. ¿Los turcos vakhanes?

Fazoul no respondió. Knightly volvió a reír.

—¿Alguna vez se le ha ocurrido a Ayubanov que si no fuese tan bueno en lo que hace no obligaría a gente como los iraquíes a ocultar sus armas biológicas entre gente inocente en pleno Iowa?

Fazoul se estremeció cuando Knightly mencionó a Ayubanov. No se rió con la provocación bienintencionada pero muy afilada de Knightly. Al final Knightly se rindió.

—Mierda —dijo—, Mo Ayubanov. Vaya hombre al que escogí para deberle favores.

Tomaron café y rosquillas durante un rato.

—Es una información muy importante... lo que nos has contado sobre la «organización hostil» —dijo Knightly—. ¿Mo ha pensado en transmitírsela a alguien de Washington?

Fazoul palideció.

—Porque probablemente la gente de Washington esté en la misma posición que yo hasta saber lo que me acabas de contar —añadió Knightly—. No ven ninguna razón para que los iraquíes construyeran algo así en Iowa. Si Mo hace una llamada y se lo comunica, ¡quizás hagan algo de una puta vez!

—Lo dudo —dijo Clyde. Esbozó la idea esquemática que se había hecho de la situación en Washington a partir de lo que le había contado Hennessey. Cuando Clyde mencionó el grupo de trabajo entre agencias, Knightly hizo un gesto de exasperación y gimió. Cuando mencionó al inspector general, Knightly dejó el café, se agarró la cara con las manos y se quedó en esa postura hasta que Clyde terminó de hablar.

—Dios —dijo—, sé cómo hacen las cosas en Washington. Ahora sí que estamos totalmente jodidos.

CAPÍTULO 51

Cuando Clyde estaba de servicio solía comer en lugares como la ventanilla para coches de Wendy's. Ningún turno terminaba sin limpiar el asiento del conductor de sal, trozos de patatas y pedacitos de lechuga.

Pero aquél era su último turno de trabajo, posiblemente la última vez que vestía un uniforme de policía, era Navidad y no pasaba nada. En la carretera no había coches suficientes para un accidente y había pasado los últimos días persiguiendo a iraquíes empleando diferentes modos de transporte, a todas las horas de la noche y del día. Así que decidió desayunar lujosamente sentado en el bufé familiar de Metzger, en el centro de Nishnabotna, que siempre contaba con una buena variedad de platos.

Al bajar la calle, aparcado delante del restaurante vio un Corvette rojo con matrícula personalizada: BUCK. Su primer impulso fue acelerar y salir de allí pitando; casi prefería aparcarse en un granero helado y comer patatas fritas sentado al volante que compartir la comida de Navidad con Buck Chandler. Pero controló el deseo de huir y aparcó junto al Corvette. Buck lo había dejado muy mal aparcado, en ángulo, de modo que ocupaba dos plazas y una esquina del parachoques daba con el bordillo alto.

Metzger, Donde Iowa Se Reúne y Come, tenía en la fachada un cartel de neón que decía precisamente eso. Después de que Clyde subiese el bordillo de piedra alto como un precipicio, se giró involuntariamente y miró al oeste, que era lo que hacía por allí la mayoría de la gente varias veces al día para hacerse una idea del tiempo que iba a hacer.

El cielo en esa dirección era una masa gris que se extendía cientos de kilómetros al norte y al sur. Un velo de gasa alto formado por cristales de hielo y había cubierto el rostro del sol, difuminándolo hasta convertirlo en una mancha en el cielo meridional, en el centro de la cual se veía el disco solar. Las calles vacías de Nishnabotna estaban iluminadas por una luz brillante pero azulada que no proyectaba sombras.

Los gigantescos ventanales del bufé de Metzger estaban rodeados de

guirnalda sintética verde y acebo de plástico, y completamente empañadas por el vapor que escapaba de los mostradores de comida. Clyde abrió la pesada puerta, agitando innumerables campanillas y detonando una cacofonía de villancicos electrónicos en los múltiples artilugios sensibles al movimiento que habían colgado del pomo. El cartel de « Por favor, esperen aquí» estaba puesto; Metzger contaba sólo con el personal mínimo.

Clyde estaba contento de estar allí. En aquel lugar había comido tantas veces y había asistido a tantos banquetes y ensayos de cenas que se sentía más en casa de lo que se sentía en su propio hogar sin Desiree.

Habían sido un par de días muy movidos. Fazoul le había contado, durante la reunión del sábado por la noche en el escondite de Knightly, que los iraquíes habían alquilado un camión, por lo que Clyde había realizado una búsqueda rutinaria y descubierto que uno de los recién llegados aspirantes a doctor « jordanos» se las había arreglado, en los últimos meses, para encontrar tiempo de sacarse el carné de camionero. No era otro que Abdul al-Turki, el luchador con las orejas de coliflor.

El domingo, Clyde se había decidido a seguir a Al-Turki por la ciudad... lo que no resultaba difícil dado el tamaño del camión. Debía admitir que el iraquí lo manejaba como si sus estudios de posgrado no fuesen en ingeniería química sino más bien en conducción teórica avanzada de camiones. Estaba claro que los años pasados desde su expulsión de la lucha libre internacional los había invertido bien en aprender un oficio honrado.

Pero la persecución había sido más bien corta. Al-Turki había llevado el camión hasta Talleres Matheson un domingo por la tarde y lo había introducido expertamente por una puerta estrecha en el alto muro que rodeaba la inmensa propiedad. La puerta se había cerrado inmediatamente.

Talleres Matheson tenía tres salidas posibles. Clyde había dormido en la ranchera junto a una de ellas, Fazoul en el Mazda de Knightly cerca de la otra y el propio Knightly, en su espacioso monovolumen, cerca de la tercera.

El lunes por la mañana, el día anterior, el camión había salido por la puerta de Clyde con un contenedor de carga modificado en la parte posterior y recorrido el corto trayecto hasta la terminal fluvial, donde el contenedor había pasado a una gabarra que había salido de inmediato hacia Nueva Orleans. Clyde siguió el río durante unos kilómetros, subió a un banco de arena y cuando pasaba la examínó con un par de potentes binoculares que le había pedido prestados a Ebenezer; al contenedor hacía poco que le habían pintado « Aqaba» como puerto de destino. Clyde había llamado a Hennessey, quien había llamado a su vez a unos amigos de la división fluvial de la Guardia Costera, que habían registrado el contenedor en la esclusa número treinta y uno, donde el río Iowa se unía al Misisipí. En el contenedor sólo había aceite de maíz, nada más.

Casi inmediatamente después de dejar el contenedor en la terminal de carga,

el camión regresó a Talleres Matheson, seguido de cerca por Knightly, y volvió a cruzar la ya familiar puerta. Salió una hora más tarde cargado con otro contenedor. Al-Turki fue al este por la Treinta. Fazoul le siguió, simplemente para asegurarse de que no daba la vuelta, y Clyde, cuando volvió de su excursión por el banco de arena, volvió a llamar a Hennessey. Hennessey tiró de algunos hilos en la patrulla de carreteras de Illinois. Detuvieron el camión con el pretexto de buscar drogas. Una vez más, no encontraron nada excepto aceite de maíz.

Luego, muy entrada la tarde, un tren de carga había salido de la zona de carga de la línea Denver-Platte-Des Moines, adyacente a Talleres Matheson, en dirección oeste, cargado con varios centenares de contenedores, varios vagabundos y —cuando salió de la zona metropolitana— tres aspirantes a doctor del grupo étnico turco vakhan vestidos con la misma ropa que habrían usado para cabalgar ponis en los pasos de montaña de Asia Central en pleno invierno. Mientras el enorme tren de carga atravesaba el estado de Iowa, esos tres lo habían recorrido de punta a punta, coche a coche, comprobando el número de serie y el destino de los contenedores, transmitiéndoselos por radio a Ken y Sonia Knightly, que seguían el tren en el monovolumen. Ken conducía y Sonia apuntaba números y destinos. Ken paraba en todos los teléfonos públicos que veía para que Sonia pudiese transmitir la información a Fazoul, quien la tecleaba en su portátil, cifraba los datos y los enviaba por correo electrónico a Dios sabe dónde para que el aparato de espionaje de la gente de Fazoul los comprobase.

Cuando Clyde salió de la misa de Nochebuena, habían encontrado un contenedor sospechoso, alquilado por una empresa jordana que se creía que era una tapadera para intereses iraquíes, con destino a Aqaba pasando por Tacoma... una ruta bastante sospechosa en sí misma. Aunque los vakhanes del tren no podían abrir el contenedor para examinar su contenido (y tampoco se hubieran atrevido por miedo a esparcir toxina botulínica a lo largo de cientos de kilómetros de vía), apreciaron en su parte inferior algunas soldaduras y añadidos sospechosos, que daban la impresión de ser recientes. Quizá fuese un tanque dentro de un tanque, el exterior lleno de aceite de maíz para engañar a los inspectores de Aduanas y el interior lleno de toxina.

«A la tercera va la vencida», había dicho Hennessey y, a continuación, había estropeado las fiestas a muchos agentes del FBI movilizando un C-130 para ir al oeste. A pesar de sus afirmaciones pesimistas en el Happy Chef, daba la impresión de que en los últimos dos días súbitamente había logrado muchos recursos y bastante poder.

Cuando Clyde entró en el restaurante Metzger, Hennessey probablemente estuviese sobrevolándolo, preparándose para interceptar el tren en un pueblecito de Nebraska donde no moriría demasiada gente si resultaba ser una trampa. El

encuentro se produciría al cabo de unas cuatro horas. Hasta entonces Clyde no tenía nada mejor que hacer que ponerse nervioso y evitar tener demasiadas esperanzas. Acababa de hablar con Ken y Sonia Knightly, que habían encontrado mucha nieve en el camino de vuelta y se habían alojado en un Best Western, al norte de Des Moines, para esperar a que pasase la tormenta.

—Buenos días, Clyde. Feliz Navidad —dijo una voz masculina, una voz refinada. Clyde miró al otro extremo del bufé y vio a Arnie Schneider sentado frente a un sanguinolento asado de mastodonte, armado con un enorme tenedor de dos puntas y un cuchillo o espada corta que empleaba para marcar un ritmo metálico en el borde del bloque de carne. Escuchaba un walkman, probablemente para ahogar el sonido de los villancicos que sonaban por los altavoces del local. El resplandor rojo de una potente batería de lámparas caloríficas lo iluminaba horriblemente desde abajo, y sus bifocales, punteadas de gotitas de jugo, reflejaban la masa de carne, al revés y en miniatura: un microcosmos carnal. Clyde asintió en dirección al tremendo pedazo de asado, renunciando al casi igualmente impresionante pavo. Arnie deslizó el arma por la carne, cortando una rodaja de tres centímetros de grosor, y la cara recién expuesta soltó un montón de jugo.

En la primera sala había unas ocho o diez mesas circulares, cada una con capacidad para una docena de personas. Los solitarios clientes masculinos estaban dispersos por la sala, uno por mesa, escuchando la música navideña confusa, áspera y extrañamente distorsionada, y dando cuenta de las patatas y la carne. Uno de ellos era Buck Chandler. Daba la espalda a la habitación, mirando hacia un rincón, inclinado, masticando muy lentamente con los ojos fijos en un mural de aves acuáticas amarillo por el humo de los cigarrillos.

Buck todavía no le había visto, por lo que Clyde podía huir escogiendo otra mesa. Pero era probable que Buck acabase viéndole y se ofendiera. Así que Clyde se acercó reacio, tropezando con una silla vacía en un esfuerzo por hacer ruido y obligar a Buck a volverse. Pero Buck siguió mirando los patos de la pared. Cuando Clyde dio la vuelta a la mesa, le espantó el aspecto de Buck tenía los ojos rojos y legañosos y hacía días que no se afeitaba ni se peinaba. Inhaló convulsivamente a través de un bocado de carne y luego soltó un eructo lento y gaseoso que le infló las mejillas para finalmente escapar por la nariz, llenando el rincón de un acre vapor que a Clyde le recordó al que pronto dejaría de ser su jefe.

—Buck —dijo Clyde—, ¿te importa?

Buck dirigió los ojos hacia Clyde, para luego dejarlos caer en el plato y asentir. Clyde se sentó.

—Feliz Navidad —dijo Clyde. Decirlo podía ser una crueldad. Pero Clyde se recordó que en cualquier caso su situación era peor que la de Buck y que a pesar de todo no se derrumbaba.

Buck Chandler no respondió a la felicitación hasta pasados varios minutos y, cuando lo hizo, fue con estas palabras:

—Putos camelleros.

Clyde, que había crecido escuchando la voz de Buck Chandler retransmitir los partidos de los Twisters desde el estadio, con el rugido de la multitud de fondo, nunca esperaría oír esa voz diciendo aquello.

No sabía qué responder a «putos camelleros», así que siguió comiendo. Después de unos minutos se dio cuenta de que Buck le miraba con desagrado.

—Oh, sé que eres amigo de esa gente.

—¿Quieres que te deje en paz? —dijo Clyde.

—Es muy amable por tu parte, Clyde, ser amigo de nuestros invitados extranjeros. Pero ten en cuenta una cosa. —Buck dejó el cuchillo con cuidado exagerado y se puso a agitar un dedo en dirección a Clyde, agarrando con la otra mano el borde de la mesa para mantenerse firme—. No confíes en ellos, Clyde. Porque no tienen principios.

Como Buck Chandler no estaba siendo demasiado coherente, Clyde aplicó al problema sus habilidades detectivescas. Una buena hipótesis era que Buck estuviese implicado en una transacción inmobiliaria con algún estudiante extranjero que hubiese acabado mal.

—Mierda —dijo Buck—, al menos podrían haber esperado hasta después de Navidad para acabar con mis esperanzas. Pero no. Demonios, ni siquiera celebran la Navidad. ¿Por qué iban a esperar?

—No sé —dijo Clyde.

A Buck se le ocurrió otra idea, aparentemente aterradora.

—Mi Corvette —soltó—. Has venido a llevarte mi Corvette, ¿no es así, Clyde?

—Los sheriffs no se ocupan de las recuperaciones, Buck. Puedes estar tranquilo con respecto al maldito Corvette.

—Oh, sí. Gracias a Dios.

Clyde masticó y reflexionó. Había entregado los papeles del divorcio en casa de *Garrapata* Henry a mediados de verano. Buck había sido un sin techo que vivía en la miseria. Después no había vuelto a ver a Buck hasta Halloween, cuando iba sobrio, bien vestido y conducía un Corvette.

No sabía demasiado sobre el negocio de los bienes raíces, excepto que iba a comisión... Gran cantidad de pequeñas transacciones, con ingresos que se acumulaban lenta y progresivamente a lo largo del tiempo. Pensándolo bien, resultaba algo asombroso que Buck le hubiese dado la vuelta a su negocio con tanta rapidez como para comprarse un Corvette... en unos tres meses.

Claro estaba que, si había hecho una venta muy importante, podía haberlo ganado todo de una vez. Pero por aquella zona ese tipo de ventas eran muy poco habituales.

—¿Hiciste negocio con los árabes? —dijo Clyde.

Buckbufó y agitó la cabeza, asqueado.

—¿Negocio? Más bien fue un timo.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te habían timado?

Buckagachó la cabeza y volvió a mirar la comida. Su expresión le dejó claro a Clyde que BuckChandler no había perdido nada.

—Me dejaron tirado, simplemente. Salieron corriendo.

—No sabía nada de ese negocio tuyo, Buck

—¡Pues claro que no! Porque era secreto desde el comienzo.

—¿Sigue siendo secreto?

—Mierda, no —dijo Buck Respiró hondo y le brillaron los ojos cuando cayó en la cuenta—. ¡Ya no tengo que guardar el secreto! ¡Que se vayan a la mierda! ¿Qué podrían hacer, demandarme?

—Me gustaría ver cómo lo intentan —se mofó Clyde, siguiéndole la corriente —. ¿Qué tipo de negocio era, Buck?

—Con los kuwaitíes —dijo Buck

—¿Estás de coña?

—Dios es testigo —dijo Buck—. Como a mediados de agosto, un par de semanas después de la invasión de Kuwait, un tipo entra en mi oficina. Un tipo árabe. Hablaba inglés muy bien. Me dijo que representaba a un jeque de Kuwait. Dijo que apenas habían logrado escapar de Kuwait. Se habían traído un buen montón de dinero.

—¿Y habían venido aquí, a Forks, Iowa?

—¡Eso le pregunté! —dijo Buck, con más insistencia de la necesaria—. ¿Por qué demonios han venido aquí? Bien, resulta que el sobrino del jeque era estudiante de la UIO y había alquilado una enorme casa... Ya sabes que esos árabes no hacen sino tirar el dinero... y por tanto, para huir de los iraquíes, éste era tan buen sitio como otro cualquiera.

—¿Le llegaste a ver?

—No estaba dispuesto a creer una palabra hasta ver al jeque en persona — insistió Buck—. Así que el tipo me llevó a la casa para conocerle. Era de verdad, chico, todo vestido con túnicas, con la toalla en la cabeza y lo demás, sentado viendo la CNN veinticuatro horas al día. Me enseñó una bolsa de deportes llena de dinero... Debía de contener cientos de miles de dólares.

» Bien —siguió diciendo Buck, recuperando fuerzas con un trago de café que olía bastante a licor—, ese jeque es todo un hombre de negocios. Busca un lugar en el que depositar su dinero. Y estoy seguro de que invirtió mucho en acciones y otras cosas, como haría cualquiera. Pero quería poner en marcha una pequeña empresa, aquí mismo, en Forks, y por eso me necesitaba.

—¿Qué tipo de empresa? —preguntó Clyde.

Buck frunció el ceño y acercó la cabeza a Clyde, todavía reacio a soltar secretos que había guardado durante tres meses.

—Una de alta tecnología. Te he contado que su sobrino estaba en la UIO, ¿no?

—Sí.

—Adivina qué estudiaba.

—Ni me lo imagino.

—Ingeniería química. ¿Y cuál es la sustancia química más importante del mundo, Clyde?

Mirando a Buck, Clyde sintió la tentación de decir que el etanol. Pero agitó la cabeza y encogió los hombros confundido.

—El agua. En esa parte del mundo no tienen suficiente agua potable. Así que ese sobrino trabajaba en tecnología de desalinización. Y había inventado algo, Clyde. Una nueva tecnología capaz de extraer la sal del agua de mar por mucho menos dinero de lo que cuesta ahora. Lo logró en un tubo de ensayo, pero para saber si podía comercializarse con éxito tenían que construir una instalación piloto. Te cuento lo que me dijeron, Clyde.

—Así que el jeque quería que le vendieses un edificio que pudiese contener una pequeña planta química.

—Eso para empezar, Clyde. Cualquier agente inmobiliario podría hacer eso. Pero necesitaban más. Necesitaban un socio. Por eso hablaron conmigo.

—Me he perdido, Buck —confesó Clyde—. ¿Por qué no se limitaron a comprar el edificio y listo?

—Por la necesidad de discreción y secreto absolutos. Si se sabía lo de ese invento, los grandes llegarían de inmediato... Du Pont, Monsanto, los grandes. Deducirían el proceso y robarían la idea.

Clyde dijo:

—Sigo sin entenderlo.

—Venga, Clyde. Sabes cómo es esta ciudad. Si algún turbante con un Rolex de veinte mil dólares dejase un montón de billetes de cien para comprar un edificio, ¿crees que no se sabría? Demonios, más les valdría decirlo ellos mismos por el sistema de emergencia para tornados.

—Comprendo —dijo Clyde—. Te necesitaban como tapadera.

Buck se ofendió.

—Bien, es un poco más que eso, Clyde, o no me habrían ofrecido una suma tan suculenta. Yo era el socio local, el hombre sobre el terreno. Sabes a qué me refiero.

—Claro —dijo Clyde.

—Así que fui yo el que compró el edificio y el que contrató al obrero y lo demás.

—¿Al obrero?

—Sí. El edificio estaba hecho un desastre, así que contraté a Tab para limpiarlo. Y cuando se pusieron a construir la planta, acordé con Tab que fuese a buscar los materiales y los entregase. Los estudiantes graduados se ocuparon de

montarla.

—Pero nunca se dejaron ver fuera.

—Ahora lo entiendes, Clyde. Lo dispusieron todo de tal forma que ni un solo rostro de turbante se mostrase en el mundo exterior, ni una sola voz de turbante se oyese al teléfono. En su lugar, fui yo el que hizo de interfaz.

—¿Lograron montar todo su equipo, Buck?

Buck se encogió de hombros.

—¿A mí me lo preguntas? —Le miró—. No lo sé, Clyde, supongo. No me dejaban entrar... no querían que viese ninguno de sus secretos.

—Recibías órdenes del jeque por teléfono —dijo Clyde—, y tú salías al mundo, gastabas dinero y dabas órdenes a Tab, pero nunca viste nada.

—Exacto. Sólo que no era por teléfono, era por radio, una que me dieron. Eran tan paranoicos que ni siquiera usaban el teléfono.

—¿Tab vio algo?

Buck se quedó perplejo.

—No lo sé. Si les estaba ayudando a construirla, tuvo que entrar y ver algo, antes de suicidarse. —La voz de Buck fue perdiendo aplomo a medida que pronunciaba la última frase, y de pronto adoptó una expresión de desconcierto.

—¿Qué sucedió ayer? —preguntó Clyde. Había renunciado a pretender llevar una conversación y estaba interrogando a Buck Chandler como si fuese un sospechoso.

—Se largaron —dijo Buck—. Fui a la casa pero se habían ido. Y luego fui al granero, pero tampoco estaban allí.

—¿Granero?

—Sí.

El corazón de Clyde se había puesto a palpar un poco más rápido. Con cuidado bebió un poco de agua fría.

—La propiedad que compraste para ellos. El lugar donde construyeron la planta piloto. No sé por qué creía que era uno de los viejos edificios de los terrenos de Talleres Matheson. Suponía que estaría allí. Es perfecto... Está desierto, completamente rodeado por un muro. Pero ¿dices que era un granero?

—También alquilaron un espacio en Talleres Matheson —admitió Buck—. Lo usaban para almacenar contenedores de carga. Pero la instalación en sí estaba en el granero.

—Buck —dijo Clyde—, ¿dónde está el granero?

La cubertería se puso a zumbar y vibró. Del cielo llegó un retumbar grave, atravesando el suelo, las paredes. Los carillones del pomo se pusieron a cantar villancicos.

—Está junto al aeropuerto —dijo Buck—. Es la vieja granja lechera que quebró hace un par de años, a un tiro de piedra de la pista.

Clyde golpeó la mesa con la servilleta, salió corriendo a la calle River y miró

al cielo, que se había puesto totalmente gris. Una forma inmensa pasaba muy bajo, en dirección al aeropuerto regional del condado de Forks. Filas de enormes ruedas surgían del vientre del Antonov, tan cerca que Clyde vio que estaban lisas y gastadas. Luego el avión se perdió de vista y una neblina de queroseno descendió sobre la calle. La vibración se apagó gradualmente, reemplazada por el sonido de las sirenas de tornados y las alarmas de coches que se habían disparado. Al final no quedó más que la llovizna que empezaba a caer, cubriendo a Clyde y cubriéndolo todo con un delgado barniz de hielo.

CAPÍTULO 52

Clyde corrió hasta su unidad, intentó detenerse demasiado tarde, patinó el último tramo y chocó con fuerza contra el lateral del coche. Durante un momento pensó que se alegraba de que su carrera hubiese terminado, para no tener que ir a sacar a gente de las cunetas durante lo que prometía ser un tiempo muy desagradable. Luego recordó que probablemente lo que estuviese haciendo sería todavía peor.

Subió al coche y se fue a casa de Knightly, sin atender las peticiones que le llegaban por radio: un coche en la cuneta por aquí, un mejicano que precisaba ayuda para arrancar por allá. Sintió la tentación de apagarla, pero la dejó encendida por si sucedía algo interesante.

Fazoul le había oído entrar en el jardín lateral de los Knightly y ya estaba a medio camino escalera abajo, vestido con su chándal de los Twisters con la capucha bien cerrada alrededor de la cara.

—El avión —dijo.

—Sé dónde lo hicieron —dijo Clyde—. Justo al lado del aeropuerto.

Fazoul hizo un gesto de exasperación y agitó la cabeza. Guió a Clyde por el patio hasta la puerta trasera de los Knightly, sin que le importase si los vecinos le veían, recogió una llave oculta y abrió la casa.

Por decimosegunda vez en el último par de días, Clyde sacó del bolsillo un trozo de papel con diez u once números diferentes relacionados con Hennessy y se puso a marcarlos. Al final dio con alguien que trabajaba en Navidad y que envió la llamada a lo que sonaba como un teléfono aéreo de un avión.

—¡Hola! —ladró Hennessy para hacerse oír sobre el ruido de los motores.

—Feliz Navidad —dijo Clyde.

—Sí, Clyde. ¡Feliz Navidad! Hace media hora pasamos por encima de ti.

—Tengo que hablarle sobre esos iraquíes.

—¿Han construido un oleoducto?

Hennessey parecía alegre, casi exultante. Clyde se preguntó si él mismo había estado tan rebosante de confianza una hora antes, al entrar en el bufé de Metzger.

—No. Han aterrizado un Antonov.

—¡Por amor de Dios bendito! —dijo Hennessey. Lo repitió un par de veces más, con la voz apagándose lentamente en cada ocasión.

—¿Qué hacemos? —preguntó Clyde. Al otro lado, oyó que Hennessey gritaba:

—Buscadme todas las estadísticas sobre los transportes Antonov y tenedlas listas. Es un avión soviético muy grande. —Luego—: Clyde, sigo aquí. Estoy pensando. —No dijo nada durante treinta segundos. A continuación le habló a otra persona—: Decidle al piloto que calcule una ruta polar desde Nishnabotna hasta Bagdad. Tiene que repostar en alguna parte. ¡Moveos!

—¿Podrías derribarlo en algún punto sobre el océano? —preguntó Clyde. Luego se mordió la lengua, recordando la tripulación rusa a la que había ayudado en el maíz, en primavera.

—Si el presidente diese la orden —dijo Hennessey—. Pero no creo que a nuestros aliados soviéticos les hiciese mucha gracia.

Clyde dijo:

—¿Los vuelos internacionales no requieren alguna comprobación de pasaportes y permiso de exportación?

—Lo miraré. —Hennessey gritó más órdenes; Clyde tuvo la impresión de que en el pasillo del avión había una fila interminable de agentes del FBI, cada uno esperando a que Hennessey le gritase. Habló—: Por la ventanilla veo el tiempo de tu zona, o más bien el tiempo que te llegará dentro de unas horas, y me parece una mierda. ¿Tengo razón?

—Lleva una hora helando. La temperatura cae a plomo. Ahora nieva.

—Por tanto, si retrasamos lo suficiente el papeleo ahí, podrían quedar atrapados por la nieve.

—Si se trata de eso —dijo Clyde—, puedo meter el coche en medio de la pista e impedir que despeguen.

Hennessey lo consideró durante un rato. Fazoul no tuvo que pensarlo demasiado; ya decía que no con la cabeza.

—Clyde —dijo Hennessey—, no creo que queramos que se sientan atrapados. Verás, en las últimas veinticuatro horas ha sucedido algo muy gracioso.

—¿Gracioso?

—Sí, si te gusta el humor negro. De pronto, todos se han despertado. De pronto la gente de Washington se está tomando en serio esto de la botulínica. En caso contrario, no hubiese conseguido este maldito avión. Pero ya es demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir con demasiado tarde?

—Clyde, ya han fabricado la puta toxina. Y ahí está, en la puta Iowa, prácticamente en los suburbios de Chicago si el viento sopla a favor, ya entiendes

a qué me refiero. Deja que lo explique de esta forma: si la hubiesen fabricado en Irak e intentasen traerla a Estados Unidos, haríamos lo posible por evitarlo, ¿no?

—Sí, supongo que lo haríamos.

—Bien, ya está aquí. Nada te gustaría más que sacar esta mierda del país. Y eso es también lo que quieren ellos. Mi chica Betsy lo dedujo.

—¿Betsy?

—Una de mi equipo. Finalmente lo dedujo todo. Los iraquíes quieren lanzar esa mierda a Israel.

—¿Y eso?

—Si la usasen contra nosotros, Bush se volvería loco y les daría con todo lo que tenemos. Por otra parte, si la usan contra Israel, entonces los israelíes se volverán locos, bombardearán Bagdad y acabarán con la coalición... y los países árabes se pondrán todos de parte de Bagdad. Por tanto, resulta que ahora mismo tus iraquíes intentan hacer exactamente lo que mucha gente de nuestro Gobierno quiere que pase.

—¿Quiere dejar que se vayan? —exclamó Clyde. Fazoul se envaró y fue a otra habitación para escuchar por otra extensión.

—En lo que a mí se refiere —dijo Hennessey—, si conseguimos que queden retenidos por las condiciones climatológicas, podemos enviar a algunos agentes y resolver la situación con tranquilidad y de forma controlada. Podría salir bien. Pero un sheriff kamikaze metiendo una ranchara en la pista es mala cosa. Los pondría nerviosos y, por lo que sabemos, pueden tener ese contenedor envuelto en explosivos de alta potencia que lancen la toxina a los tremendos vientos de la tormenta, que van directamente hacia Chicago.

» Pero es sólo mi opinión —añadió Hennessey después de una pausa para permitir que Clyde comprendiese lo que acababa de decir—. En lo que se refiere a mucha otra gente, estaría bastante bien que esos iraquíes despegasen con su Antonov y nos librasen de una gran amenaza... una amenaza muy vergonzosa. —La voz de Hennessey se apagó durante unos minutos mientras hablaba con otros agentes.

Clyde pensó en lo que Hennessey acababa de decir y comprendió por primera vez que todo aquel asunto podía no salir a la luz... que Jonathan Town podía no escribir jamás su artículo para el *Des Moines Register* y que la carrera de la gente de Washington responsable de aquel desastre podía no sufrir absolutamente ningún daño.

—Buenas noticias, Clyde y quien sea que esté escuchando por la otra extensión —dijo al fin Hennessey—. El piloto ha calculado los detalles de la ruta del Antonov. Conocemos la autonomía aproximada del avión. Así que sabemos con seguridad que, si usan la gran ruta ártica para llevar el cabrón hasta Bagdad, tendrán que repostar en algún lugar del Atlántico Norte, probablemente en Islandia. Por tanto, ahí tenemos una solución buena para todos. Salen disparados

de este país. Se quedan sin combustible y nosotros esperamos por ellos a que aterricen en alguna zona olvidada de Dios en lugar de derribarlos, lo que destruiría nuestra alianza con los soviéticos. Allí los pillamos.

—Así que no quiere que haga nada —dijo Clyde.

—Demonios, Clyde, ya has hecho muchísimo. Descubriste todo el puto caso. Simplemente a Washington le llevó mucho tiempo despertar. Si ahora haces algo, pondrás en peligro a la mitad del Medio Oeste.

—Comprendo.

—Corto y cierro. Hablaremos más tarde. —Y la llamada se cortó.

Fazoul entró.

—Me gustaría ir en ese avión —dijo—, para asegurarme personalmente de que no pierdo otra familia como perdí la primera. ¿Me llevas al aeropuerto?

—Demonios —dijo Clyde—, si lo único que Saddam quería era soliviantar a los israelíes, no tenía por qué fabricar tanta cantidad de toxina. Así que ahora mismo me parece que le debo a mi esposa ir al aeropuerto en persona y ver de qué va esto.

El hielo estaba cubierto por una capa delgada pero creciente de nieve seca y esponjosa que lo volvía todavía más resbaladizo, como el polvo sobre el suelo de un salón de baile. Clyde puso las cadenas en las ruedas traseras del coche patrulla y salió para el aeropuerto con Fazoul en el asiento del copiloto.

El tiempo estaba fatal y Clyde pasó la mayor parte del viaje girando el volante hacia donde estuviesen patinando. En dos manzanas golpeó a otros tantos coches aparcados pero siguió avanzando, razonando que si al día siguiente seguía con vida, cumplimentar los informes de los accidentes sería un placer.

La interestatal Cuarenta y cinco estaba cerrada. Los grandes camiones habían empezado a acumularse en el enorme aparcamiento de Barras y Estrellas, con los motores en marcha, las luces y las televisiones brillando en el interior de las cabinas. La empresa estaba formada por varios módulos: un motel, un restaurante, una gasolinera, un lavado de camiones y una tienda. Clyde paró delante de la tienda, puso el freno de mano y entró.

—Feliz Navidad, Clyde —dijo Marie, la cajera, quien, al igual que Clyde, siempre parecía disfrutar de los peores turnos.

—Feliz Navidad, Marie —dijo Clyde. Sacó la tarjeta de crédito y la dejó sobre el mostrador.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Dame cigarrillos.

Marie frunció el ceño.

—No sabía que fumaras.

—No fumo.

—Bien, ¿cuántas cajetillas quieres?

—Todas lo que tengas —dijo Clyde.

Siguió por carreteras secundarias hasta el aeropuerto. La visibilidad era pésima, pero cuando estuvo a menos de un kilómetro del aeropuerto distinguieron vagamente el fuselaje del *Perestroika*, que creaba una joroba en el paisaje, como un acantilado distante, con una cola más alta que la mayoría de los edificios de las ciudades gemelas.

—¿Qué piensas?—dijo Clyde.

—Con todos los respetos para ti y tu hermoso país —dijo Fazoul—, la actuación de tu Gobierno en este caso no ha sido como para ganarse mi admiración. Hay muchos detalles que pueden impedir que el plan de Hennessey salga bien. ¿Y si los iraquíes afirman haber escondido un contenedor de la toxina en algún lugar de una ciudad importante y amenazan con volarlo o echarla al suministro de agua? El presidente dejará que carguen todo el combustible que quieran en Islandia. Incluso les pondrá una escolta hasta Bagdad.

Clyde no dijo nada. No estaba tan seguro de que Bush fuese un cobardica como decía Fazoul. Pero debía admitir que un sano escepticismo era probablemente la mejor política.

En lugar de ir directamente al aeropuerto, Clyde lo rodeó hasta el otro lado y entró por el sur, pasando directamente por delante de la granja lechera arruinada de la que le había hablado Buck. El desvío no era estrictamente por curiosidad; también le permitiría aproximarse al Antonov desde una dirección inesperada, lo que reducía las posibilidades de que los viesen.

La granja estaba separada del aeropuerto por una alta verja de alambre, e incluso desde la carretera Clyde vio que habían abierto en ella un boquete y que un par de gruesas huellas de neumático de camión, que se llenaban rápidamente de nieve, atravesaban el hueco yendo en línea recta desde el granero a una de las pistas más cortas.

Desde donde estaban podían ver directamente el aeropuerto y el *Perestroika*. La nieve convertía al avión en una silueta gris oscuro en medio de un universo de nieve. Habían levantado el morro para abrir la zona de carga, lo que daba al aparato el aspecto de un gigantesco cocodrilo de aluminio con la boca abierta para tragarse algo: una enorme cápsula roja colocada en la zona de estacionamiento, esperando a que un pequeño tractor la subiese a bordo.

Dejó la granja atrás, avanzando unos quinientos metros más, por si los iraquíes habían apostado vigilancia y, finalmente, aparcó la unidad en la cuneta. Allí no la verían y, si lo hacían, daría la impresión de que se había salido de la carretera. Como ayudante del sheriff de servicio, le hubiese resultado fácil dar con una excusa plausible para ir en coche directamente a la pista y ponerse a echar un vistazo, pero se le había ocurrido que los iraquíes ya debían de estar bastante nerviosos y que un coche del sheriff, o incluso un uniforme del sheriff, sería una provocación innecesaria.

El coche patrulla iba bien equipado con lo necesario para el frío; se suponía que los sheriffs tenían que ayudar a la gente durante las tormentas de nieve sin quedarse congelados ellos también. Clyde y Fazoul se pusieron gorro, guantes e incluso pasamontañas, una prenda que en esa parte del país y en aquella época del año llevaba gente que no robaba bancos ni se dedicaba al terrorismo. Clyde se examinó con detenimiento para asegurarse de que no llevaba nada que le pudiese identificar como agente de la ley.

Salieron del coche y descargaron cuatro cajas de cartones de cigarrillos del maletero y el asiento trasero. Eran incómodas de cargar, así que Clyde desenrolló un saco de dormir que guardaba en el maletero. Después de meter las cajas en el saco de dormir recorrieron la cuneta en dirección al aeropuerto, subiendo de vez en cuando al arcén para estudiar la situación. Arrastraban el saco de dormir como si fuese el gigantesco saco de Santa Claus. Nevaba con más intensidad y era como si el sol se hubiese puesto hacía media hora, aunque eran justo las doce del mediodía.

Había dos coches aparcados cerca del Antonov, iluminados interiormente por la lamparita del techo. Hacía demasiado frío para que alguien estuviese fuera. Clyde reconoció de inmediato uno de los coches como parte de la flota iraquí de vehículos con ventanillas tintadas. El otro era un enorme Caprice de color azul marino.

—Ese coche azul es del Gobierno, estoy totalmente seguro —dijo Clyde—. Probablemente de alguien de Inmigración o de Comercio.

Unos faros destellaron en la distancia cuando otro vehículo apareció en el camino que unía el aparcamiento principal del aeropuerto con la carretera. El aparcamiento estaba vacío y sin mácula excepto por algunos coches de alquiler abandonados a los que a la mañana siguiente tendrían que arrancar de sus sarcófagos de hielo. La puerta principal de la terminal estaba cerrada y el edificio en sí completamente a oscuras. El coche que llegaba era un Blazer con tracción a las cuatro ruedas que avanzaba con facilidad sobre sus grandes y gruesos neumáticos. Las cadenas producían un tintineo distante al dar con el interior del parachoques.

—Es Mark Lutsky —dijo Clyde—, el director del aeropuerto. Apuesto a que está encantado de que le llamen en Navidad.

Lutsky aparcó en su plaza reservada y salió del vehículo, inclinado hacia delante para protegerse de la nieve que caía. Llegó como pudo a una entrada lateral, agitando los brazos para mantener el equilibrio sobre el hielo, y tecleó el código para entrar en la terminal. El interior se fue iluminando. Un minuto más tarde se abrieron las puertas de los coches aparcados en la pista y los hombres comenzaron a moverse, más mal que bien, hacia el edificio, como también lo hicieron las siluetas del Antonov. Incluso los iraquíes y la tripulación intercontinental del *Perestroika* debían plegarse al poder supremo de este mundo:

rellenar formularios, presentar documentos, recibir copias selladas.

La visibilidad seguía disminuyendo. Clyde y Fazoul llegaron corriendo al arcén sin preocuparse ya de si los veían o no. Clyde no podía apartar la vista del contenedor rojo. Era un tanque cilíndrico con algunas tuberías y válvulas debajo, encajado en una estructura rectangular de la forma y el tamaño exactos de un contenedor de carga normal, para poder moverlo y apilarlo como cualquier otra carga.

A pesar de lo que había dicho Hennessey sobre la conveniencia de sacar la toxina del país, Clyde no podía soportar verla partir. No podía evitar compartir la preocupación de Fazoul sobre dónde acabaría si salía de Nishnabotna. Así que le disgustó que las pistas siguieran oscuras y prácticamente limpias de nieve, con los copos rozando el firme pero sin cuajar. En la pista larga había unos cuantos montones de nieve, pero insignificantes para la masa del Antonov.

Fazoul estaba tan callado como Clyde. Pero tenía otras cosas en mente.

—¿Qué es lo que no encaja en lo que estamos viendo, Khalid? —dijo, señalando el Antonov.

—No sabría decirte —dijo Clyde después de examinarlo durante un minuto—. No sé mucho de aviones.

—Pero sabes que necesitan combustible.

—Sí.

—Y como dijo Hennessey, el combustible es un elemento importante de la misión de los iraquíes... si ésta es llevar la toxina hasta Bagdad.

—Sí. —Clyde al fin lo había entendido—. Pero no están cargando combustible en el Antonov. —Lo meditó—. Quizá sea porque el aeropuerto está cerrado por Navidad.

—Deben de haber planeado esta operación durante meses —dijo Fazoul—. No pueden ser tan estúpidos como para haber olvidado repostar.

—Entonces, ¿qué crees que pasa?

—Me temo que los iraquíes pretenden estrellar el avión contra Chicago.

Avanzaron unos minutos más. Clyde intentaba controlar su corazón.

—No lo creo —dijo Clyde—. Primero, de haber querido atacar Chicago se habrían limitado a enviar el contenedor al centro, lo que les habría llevado hora y media, para luego hacerlo estallar.

—Cierto —dijo Fazoul.

—Segundo, conozco a los tripulantes del avión y puede que no sean ciudadanos honrados, pero tampoco son kamikazes de Saddam Hussein.

—Entonces, explícame el misterio —dijo Fazoul. Y parecía sinceramente perplejo, lo que resultaba una novedad. Clyde se había acostumbrado a que Fazoul supiese todo lo que él desconocía.

—¿Cómo es que conoces a la tripulación? —preguntó Fazoul.

Clyde le contó la historia de cómo en mayo se habían salido de la carretera.

—Así que me deben un favor —dijo como conclusión.

Fazoul cabeceó, riendo.

Recorrieron la pista como Pedro por su casa. Dejaron atrás el contenedor rojo, intentando no mirarlo muy fijamente; pero Clyde comprobó que lo habían modificado recientemente: el soldador había quemado la pintura roja y se veía el acero de debajo, además de nuevas soldaduras plateadas allí donde habían adosado rectángulos del tamaño de cajas de puros. Había al menos una docena. Estaban conectados entre sí por medio de cable reforzado exactamente del mismo tipo que Clyde había visto comprar a Tab Templeton en septiembre, en Hardware Hank. Clyde no veía el interior de las cajas, pero supuso que estaban llenas de explosivos.

Era increíble que el depósito estuviese allí, sin protección. Pero el coche iraquí estaba en marcha no muy lejos. Clyde supuso que el desempañador estaba a toda potencia y que al otro lado de las ventanillas tintadas alguien los vigilaba a Fazoul y a él mientras se acercaban, y que esa persona estaba lista para detonar por control remoto los explosivos del contenedor de toxina.

Fazoul arrastraba los cigarrillos. Mientras se acercaban al Antonov, Clyde se puso a agitar los brazos sobre la cabeza y a gritar.

—*Tovarisch! Tovarisch! ¡Vitaly! ¡Vitaly!*

Uno de los rusos bajó cautelosamente la rampa de carga. Llevaba un gorro de piel que le daba aspecto de oso. Clyde le reconoció; era el del brazo roto, el beneficiario del soporte inflable de la jefa. No vio a ningún iraquí dentro del Antonov, así que dio la espalda al coche, se metió el pulgar bajo el pasamontañas y se lo levantó para mostrar la cara un momento. Luego se lo volvió a bajar; pero el ruso le había reconocido y parecía encantado.

—¡Sheriff! —dijo.

Clyde hizo una mueca y miró el coche. Seguramente el gesto no fue muy evidente para el ruso, dado que Clyde estaba a casi siete metros de él y llevaba pasamontañas; pero haber crecido en un estado totalitario le había hecho extremadamente sensible al lenguaje corporal.

—*Moi drug* —se corrigió. Alzó el brazo anteriormente roto y lo agitó para demostrar que estaba bien. Luego miró inquisitivamente a Fazoul.

Fazoul se detuvo al pie de la rampa, abrió el saco de dormir, sacó una caja y abrió la tapa para que viera el logotipo de Marlboro..., asegurándose de que toda la operación fuese perfectamente visible para el iraquí que estaba vigilando desde el coche.

—*Oy* —dijo el ruso, y miró nerviosamente hacia la terminal—. Dentro, dentro. —Con movimientos de la cabeza peluda les indicó que subiesen por la rampa.

El interior del Antonov era como la nave de una catedral. Pero esta vez estaba lleno de contenedores de carga apilados de tres en tres en filas de cinco. Como el que descansaba en la pista, eran tanques de líquido. Ahí terminaba el parecido; no estaban forrados de explosivos y Clyde no creía que estuviesen llenos de agentes para la guerra bacteriológica. Estaban conectados entre sí por una red improvisada de gruesas mangueras. El avión apeataba a queroseno.

—Es combustible de avión —murmuró Fazoul—, todo el avión está cargado de combustible.

CAPÍTULO 53

Clyde, Fazoul y el ruso pasaron unos incómodos minutos de silencio sentados al fondo de la zona de carga del avión, en un pequeño espacio delante del enorme amasijo de tuberías y tanques de combustible. De vez en cuando probaban con el lenguaje de signos, que no los llevaba a ninguna parte. Fazoul parecía conocer un par de palabras en ruso, pero se mostraba más bien reticente a hablar.

Clyde daba mentalmente vueltas a todo lo que implicaba aquello.

El Gobierno iba a permitir que el Antonov abandonase el país y esperaría a que aterrizase en Islandia. Pero no lo haría. Para cuando la OTAN, o quien fuese, se diese cuenta de que llevaba un suministro adicional de combustible, ya estaría sobre Europa. ¿La OTAN derribaría un avión ruso cargado de toxina botulínica sobre Europa? No, no lo creía.

Fazoul se sacó un walkie-talkie del bolsillo, lo activó y repitió unas cuantas veces lo mismo, hasta que obtuvo respuesta de otra persona de la zona que hablaba turco vakhan. A continuación habló muy rápido más o menos medio minuto.

En el interin llegó Vitaly, el piloto, con el pasaporte recién sellado. Se sorprendió de ver a Clyde sentado en su avión con un turco desfigurado y un buen montón de cigarrillos. Luego entró en el juego y le ofreció a Clyde un cordial recibimiento de lo más falso. Fazoul apagó el walkie-talkie y se lo guardó.

—Supongo que no podréis despegar con este tiempo —dijo Clyde esperanzado.

—Oh, no. Esto no es nada. No olvides que somos rusos.

—¿Pero no hay regulaciones?

—Si estuviésemos en uno de vuestros grandes aeropuertos, no nos dejarían despegar, pero el señor Lutsky es nuestro amigo, le caemos bien, le gusta el caviar del mar Negro, le gusta el Stoli. Nos dejará salir sin inconvenientes.

—Pero aquí no hay equipo de deshielo.

—¿Crees que hay equipo de deshielo en Magadan? —La idea de que pudiera haber equipamiento moderno en Magadan le hizo reír con tal fuerza que casi tuvo

que sentarse—. No, sheriff. Esto no es nada. Estamos en un avión ruso. Un avión siberiano. Nada puede pararlo.

—¿Qué hacen aquí los iraquíes? —dijo Clyde, haciendo un gesto hacia el aeropuerto.

Vitaly ni se inmutó.

—Los jordanos están presentando sus visados. Tienen visado especial de estudiante. Mucho papeleo. —Puso los ojos en blanco.

—¿Quién os paga? —dijo Clyde.

Vitaly parpadeó sorprendido, luego alzó las manoplas, con las palmas hacia arriba, y se encogió de hombros como si fuese la primera vez que pensaba en la paga.

—Clyde, *moi drug*. Si se trata de algún problema legal, podemos llegar a un acuerdo. ¿Quieres que te compre los cigarrillos? Estaré encantado de hacerlo. Me sobra el dinero.

—Puedes quedarte con los cigarrillos —dijo Clyde—. Quiero lo siguiente. Mi amigo y yo queremos cambiar nuestros abrigos con dos miembros de tu tripulación. Ellos dos saldrán del avión con el saco de dormir vacío y los pasamontañas puestos, y se marcharán en esa dirección. —Clyde señaló hacia Nishnabotna—. Seguirán caminando hasta una iglesia, tienda o algo similar donde puedan esperar.

—Khalid... —fue a decir Fazoul, pero Clyde levantó una mano para que se callara.

—¿Esperar a qué? —dijo Vitaly.

—A que despegue el avión.

Vitaly estaba asombrado.

—Clyde. ¿Quieres ir a Azerbaiyán con nosotros?

Clyde se sintió tentado de decirle a Vitaly que probablemente no fuesen a Azerbaiyán. Pero de momento no le convenía.

—Sí —dijo Clyde—, siempre he querido ver Azerbaiyán.

—Pero mi tripulación... Necesito a mi tripulación.

—Necesitas el dinero que los jordanos van a pagarte por este viaje tan especial —dijo Clyde—. Y si no me haces este favor, os arrestaré ahora mismo. Tengo más sheriffs esperando en los alrededores del aeropuerto.

Vitaly se lo pensó un momento.

—Clyde —dijo con alegría—, te encantará Azerbaiyán. Lamento decir que es mucho más bonito que Iowa.

Vitaly llamó a los dos miembros menos importantes de su tripulación y les explicó la situación. Sus rostros sólo manifestaron una mínima sorpresa; estaba claro que recorrer el planeta volando en un Antonov no era trabajo para los

débiles de corazón o los estrechos de mente. El intercambio de ropa se produjo con rapidez, con los rusos comentando que el material americano era mucho mejor. Uno de ellos bromeó ofreciéndose a darle a Clyde un puñado de rublos. A Vitaly le inquietaba Fazoul, porque su ADN turco y sus horribles heridas de guerra eran más que evidentes, pero con esfuerzo apartó la vista del vakhan y le sonrió con todo su encanto a Clyde.

Básicamente, comprendió Clyde, Vitaly estaba haciendo el mayor negocio de su vida y tenía símbolos de dólar en los ojos aunque se cagaba en los pantalones de ansiedad. La presencia de Clyde en el avión era un problema; si podía eliminar el problema expulsando a dos de sus tripulantes, pues genial.

Los depósitos de combustible apilados formaban una estructura metálica por la que Clyde y Fazoul podían moverse hasta cualquier punto que les interesase y ver sin trabas todo el fuselaje hasta el morro del avión. Siguieron casi hasta arriba del todo y observaron en la pista el final del ballet legal.

El funcionario federal que se había presentado en el enorme sedán gubernamental salió de la terminal con un fajo de papeles y dio un paseo lento alrededor del depósito rojo para luego agitar los papeles y rellenar algunos formularios.

—Debes salir ahora mismo del avión, Khalid —dijo Fazoul—. Después ya no tendrás ocasión.

—¿Y dejarte aquí solo?

—Sí.

—¿Y qué harás?

Fazoul no respondió.

El funcionario de Comercio terminó de escribir, entregó una copia amarilla a Vitaly y una copia rosa a los iraquíes, y luego regresó al coche y se fue, con la esperanza de volver a lo que quedase de la Navidad antes de que la nieve bloquease las carreteras. Mientras eso pasaba, los dos miembros de la tripulación con la ropa de Clyde y Fazoul bajaron la rampa con el saco de dormir vacío y se perdieron en la ventisca.

—¿Qué decías por el walkie-talkie, Fazoul?

—Para poder llegar a Bagdad, el avión tendrá que sobrevolar el Cáucaso, y luego zonas de Turquía y el norte de Irak donde vive mi gente. Mi gente tiene formas de hacer que los aviones se estrellen.

—¿Vas a derribar el avión sobre tu propio territorio? ¿Eso es mejor que dejar que Saddam te lo tire encima más tarde?

Una ráfaga de viento, hielo y nieve golpeó el Antonov de lado, que tembló sobre la suspensión. Los iraquíes —tres— corrieron al avión para refugiarse, riendo y bromeando por la virulencia de la tormenta, con copos de nieve en el pelo negro. Clyde reconoció al importante, Mohammed, al que había entregado el paquete Bienvenido a la Maravillosa Wapsipinicon. Uno de la tripulación de

Vitaly había puesto en marcha el pequeño tractor y lo conducía por la rampa, remolcando el depósito rojo.

—Vas a sabotear este avión..., volarlo sobre el Atlántico Norte y matar a todos los que van a bordo. ¿No es así? —dijo Clyde—. Es lo único que puedes hacer. Porque tú sólo eres uno y hay tres iraquíes.

—Cuatro —dijo Fazoul, e hizo un gesto hacia la rampa. Un cuarto iraquí salió corriendo del coche de las ventanillas tintadas con una cajita negra de la que sobresalía una antena: debía de ser el detonador. Clyde no se sorprendió demasiado cuando vio que no era otro sino Al-Turki, al que había visto por última vez conduciendo un camión cargado de aceite con destino a Chicago. Seguramente lo había abandonado allí y había regresado la noche anterior.

—Pero si somos dos a bordo y contamos con el elemento sorpresa... —dijo Clyde—. Podemos esperar a estar en un lugar seguro, sobre Groenlandia, y reducir a los iraquíes. Luego Vitaly podrá aterrizar en alguna parte. No tienes por qué morir, ni tampoco los rusos.

Fazoul le miró furioso.

—Sal del avión, Khalid. No debería preocuparte lo que les pase a estos rusos. Son cucarachas.

—Demasiado tarde —dijo Clyde—. Los iraquíes creen que pertenezco a la tripulación. Si me voy, sabrán que pasa algo.

—Probablemente ya sepan que pasa algo —dijo Fazoul—, pero saben que una vez en el aire tendrán tiempo de sobra para matarnos.

El gemido de la bomba hidráulica se hizo sentir a través de la estructura del avión y el montón de depósitos de combustible. La puerta de carga se cerraba mientras los miembros de la tripulación retenían el depósito y el tractor para que no se moviesen. O habían traído el pequeño tractor ellos o se lo estaban robando al aeropuerto regional del condado de Forks.

Uno a uno, oyeron cómo los motores se ponían en marcha. El creciente de luz azul que provenía del exterior se iba haciendo cada vez más estrecho, como una luna en eclipse, y finalmente desapareció, dejando sólo la luz interior amarilla. La puerta de carga estaba sellada.

—Estoy enfadado contigo, Khalid —dijo Fazoul—. Lo correcto en mi caso sería matarte. Porque tu plan es mucho menos seguro que el mío.

Ahora que el morro del avión estaba en posición horizontal, había espacio para los pasajeros..., asientos acolchados en un compartimiento parcialmente aislado del ruido encajado entre la cabina del piloto y la zona de carga. Tres de los iraquíes fueron allí de inmediato. Al-Turki se quedó atrás unos minutos, trasteando con algunas conexiones del exterior del depósito. Clyde y Fazoul cambiaron ligeramente de posición para ver qué hacía. Al-Turki fue retrocediendo, alejándose del tanque rojo, soltando cable de una bobina, pasándolo alrededor de algún objeto fijo. Se metió en el compartimiento de

pasajeros y cerró la puerta.

Clyde miró inquisitivamente a Fazoul, quien se encogió de hombros.

—Quizá temen que, si confían en el detonador a distancia, vuestros ingeniosos especialistas en guerra electrónica encuentren la forma de detonar la bomba en el aire enviando una señal al avión. Eso es lo que yo temería. Así que han desactivado el receptor de señal de radio y conectado un detonador por cable.

Láminas de algo frío impulsado por el viento golpeaban la piel de metal del Antonov, con un ruido de agua a presión contra cemento. Los motores aceleraron, pero el avión no se movió; las ruedas estaban congeladas. En la carlinga, Vitaly se puso a alternar violentamente los impulsos de los motores. Al final, las ruedas se liberaron y la nave avanzó. Toneladas de combustible se agitaron de un lado a otro en el interior de los depósitos, haciendo que todo el conjunto forzase los agarres y que el Antonov oscilase sobre la suspensión con un balanceo que tardó un minuto o dos en cesar. Pero el avión se movía..., avanzando lentamente y deslizándose hacia el extremo sudeste del aeropuerto, donde empezaba la pista de casi cuatro mil metros.

Vitaly hizo girar muy lentamente el avión, intentando que el combustible no se agitase. Una vez orientado en la dirección correcta, permaneció inmóvil uno o dos minutos, quizá realizando comprobaciones, quizá simplemente haciendo acopio de valor. Clyde tenía la esperanza tonta de que abortase el despegue y él pudiese volver a casa.

Vitaly soltó los frenos y aceleró los motores al máximo. La combinación del ruido de los motores, que en la ciudad debía de estar rompiendo ventanas, y el viento, el hielo y la nieve que golpeaban el avión sobrecargaron el oído de Clyde y le impidieron pensar.

El Antonov aceleró despacio pero progresivamente, golpeando ventisqueros con las ruedas. El despegue se hizo eterno; Clyde no podía creer que siguiesen en el aeropuerto. Era imposible que la pista fuese tan larga. Pero de pronto el ruido de las ruedas disminuyó y acabó desapareciendo. El viaje seguía siendo movido, pero debido a las turbulencias aéreas, no a las vibraciones de un vehículo con tracción a las cuatro ruedas corriendo por un terreno accidentado. El sistema hidráulico gimió y las compuertas del tren de aterrizaje se cerraron con la fuerza de las puertas del infierno. El Antonov chocó con una turbulencia del tamaño de una manzana de casas y pareció perder la mitad de la altitud; el combustible de todos los depósitos chapoteó y el metal gimió y empezó a doblarse. Clyde no podía ver el exterior, pero conocía el territorio y calculaba que debían de estar a punto de estrellarse contra los acantilados de University Heights.

El ala derecha se hundió mientras Vitaly se inclinaba al norte lo necesario para evitar los riscos. Clyde contó hasta diez, luego hasta veinte, luego hasta cien. No chocaron contra nada. El viaje se hizo más tranquilo. A Clyde le estallaron los oídos... Luego otra vez.

Habían dejado atrás las ciudades gemelas.
Maggie no moriría aquel día.
Y Clyde se iba a un lugar muy, muy lejos de casa.

Clyde miró la hora. Pasaba de la una de la tarde.

—¿A cuánto estamos de Islandia? —le preguntó a Fazoul, que se había metido bajo un tanque de combustible y estaba muy ocupado en algo. Clyde bajó para ver mejor.

—¿A cuánto estamos de Islandia? ¿Lo sabes?

Fazoul hizo un gesto de exasperación.

—No es un lugar que los turcos vakhan visiten a menudo. —Había sacado algunas cosas de una riñonera que llevaba debajo de la sudadera de los Twisters y estaba enfrascado en un proyecto.

—Así a boleo —dijo Clyde—, se me ocurre que cuando hayamos recorrido mil quinientos kilómetros habremos dejado atrás la mayor parte del Canadá habitado. A los tres mil probablemente ya estemos sobre el Ártico. A cuatro mil quinientos ya estaremos sobre el océano. A seis mil será demasiado tarde..., estaremos demasiado cerca de Europa. ¿Te parece?

—Sí —dijo Fazoul ausente, pelando un par de cables.

—¿A qué velocidad crees que vuela este cacharro? ¿A ochocientos?

—Algo así.

—Así que dentro de seis horas saltamos sobre los iraquíes y, si fracasamos, sólo morirán un montón de peces.

—Bien —dijo Fazoul. Se puso a pulsar botones en la cajita electrónica que acababa de fijar al tanque de combustible con cinta negra—. Y dentro de siete horas estallaré este ladrillo de plástico. —Señaló una masa de pasta translúcida encajada entre un depósito de combustible y un refuerzo—. A menos que uno de nosotros viva lo suficiente para desconectarlo.

—¿Y cómo se hace eso?

—Cortando estos cables. O arrancándolos, si tienes prisa. Y si quieres detonarla de inmediato, hay que darle a este interruptor rojo. —Con cautela tocó un pequeño interruptor rojo conectado al circuito.

Clyde se quedó allí un minuto más o menos, mirando el temporizador, que contaba hacia atrás desde 07:00:00. Viéndolo tuvo una extraña sensación de paz. Maggie no había muerto y, gracias a ese dispositivo, Desiree tampoco moriría. Al menos, no de botulismo.

Tardaron aproximadamente una hora en alcanzar la altitud de crucero. Luego los motores redujeron y el avión se acomodó. Clyde supuso que allá arriba los cielos debían de estar despejados, porque el vuelo resultó tranquilo y, cuando abrieron la puerta que daba a la zona de pasajeros, se sobresaltó, desorientado

por la luz del sol que entraba por las ventanillas.

Al-Turki bajó con uno de los tripulantes y dio un par de vueltas al depósito rojo, comprobando que estuviese bien sujeto, soltando vapor por la boca mientras hacía preguntas. Luego se retiró al calor y la tranquilidad de la zona de pasajeros.

Como una hora más tarde, un tripulante apareció en la zona principal de carga llevando un termo de acero inoxidable, mirando por entre el amasijo, intentando verlos. Al final Clyde sacó una mano y le hizo un gesto.

El tripulante subió hasta ellos y les pasó el termo, les dedicó un saludo burlón y volvió a bajar. Clyde abrió el termo y olisqueó el contenido; era té caliente y ninguna bebida había sido jamás mejor recibida.

No parecía tener ningún sentido ocultarse encima del apestoso montón de depósitos de combustible, así que bajaron a cubierta y retrocedieron hacia la sección de cola del avión, donde no podrían verlos, para sentarse sobre algunos petates. Clyde sirvió té en la tapa del termo y durante un rato él y Fazoul se la fueron pasando. Estaba preparado al estilo ruso, casi demasiado amargo para su consumo. Pero el viaje por la nieve y dos horas en la zona de carga del Antonov los habían dejado deshidratados y congelados hasta la médula. El té era perfecto.

Lo que hizo que fuese todavía más frustrante que Fazoul derramara el último tercio, una taza completa. La tapa de acero rebotó sobre el metal y Clyde tuvo que correr a recuperarla. Cuando regresó se encontró a Fazoul apoyado contra el petate, respirando entrecortadamente. Clyde apuntó a Fazoul con la linterna y vio que tenía los labios violeta.

—Hemos evitado las discusiones religiosas —dijo Fazoul hablando con dificultad—. Ahora, corriendo el riesgo de ser descortés, me gustaría recomendarte que aceptes el islam ahora mismo. Sólo nos quedan unos minutos de vida. Es una pena. Pero nuestras esposas e hijos están a salvo.

—¿Qué pasa? —dijo Clyde. Temía que Fazoul estuviese sufriendo un ataque al corazón.

—El té —dijo Fazoul, deteniéndose prácticamente después de cada palabra para respirar—. Los iraquíes... saben que... estamos aquí. Rusos contaron. Cucarachas. No podían dispararnos... por el combustible... por tanto... botulínica... en el té.

Clyde sabía que Fazoul tenía razón. Reconocía los síntomas; Fazoul cerraba los párpados como los había cerrado Hal Karst.

—¡Botón rojo, ahora! Tú... también... estás... envenenado —dijo Fazoul.

—Fazoul —dijo Clyde—, puedes contar con que haré estallar este avión si es necesario. Y si alguna vez veo a Farida y al pequeño Khalid, les diré que fuiste directamente al cielo como hombre de la jihat y que hasta el final pensaste en ellos.

—Botón... rojo —dijo Fazoul. Su cuerpo se estremecía, agitado por la falta de oxígeno, y Clyde lo rodeó con los brazos y lo sostuvo para que no se golpeará

contra el frío metal. Al minuto las convulsiones perdieron intensidad y de pronto el cuerpo de Fazoul quedó inmóvil.

Clyde lo dejó en el suelo y le cerró los ojos. Rezó por él, intentando pensar en algo ecuménico que no ofendiese al vakhan muerto. Luego respiró hondo, estiró los brazos y agitó los dedos, buscando señales de parálisis. Notaba los dedos un poco rígidos, pero podía deberse al frío extremo.

El doctor Folkes se había quedado un poco conmocionado cuando Clyde se había presentado en su puerta un par de semanas antes de Acción de Gracias para hacerle muchas preguntas precisas sobre la inmunización contra la toxina botulínica. El torrente de llamadas telefónicas del Pentágono a la vieja cocina del profesor no había hecho más que incrementarse desde su primer encuentro con Clyde, y sabía que el interés de éste se debía a alguna razón importante. Al final, consiguió sacarle a Cly de toda la historia.

—Por tanto, ¿teme exponerse a la toxina aquí mismo, en Nishnabotna? —dijo el doctor Folkes—. Comprendo. Es asombroso.

—Y los civiles no pueden acceder a la vacuna... ni siquiera en tiempos de paz —dijo Clyde—. Pero sé que usted y sus ayudantes están inmunizados. Por tanto. ¿Hace?

Folkes le había administrado la primera dosis allí mismo y desde entonces le había puesto una inyección dos veces por semana. La semana anterior había asegurado a Clyde Banks que era el hombre más resistente a la toxina botulínica que había sobre la faz de la Tierra, a menos que los iraquíes estuviesen haciendo algo similar con su población.

El ruido intenso de los motores, el viento y el chapoteo del combustible ahogaba cualquier otro sonido. Clyde no se dio cuenta hasta casi demasiado tarde de que alguien se aproximaba, abriéndose paso con ayuda de una linterna entre los depósitos de combustible y la pared cóncava del avión. Los iraquíes habían enviado a alguien para asegurarse de que estuvieran muertos.

Clyde no tuvo apenas tiempo. No sabía cuántos hombres se acercaban y estaba atrapado en la cola del avión. Así que hizo lo único que se le ocurrió. Puso el cuerpo de Fazoul de lado y dispuso brazos y piernas de tal forma que pareciese muerto en esa posición, y luego se tiró boca abajo sobre al petate, junto al termo vacío, y se hizo el muerto. Apenas lo había hecho cuando el interior de sus párpados se iluminó de rojo por efecto de la linterna.

Casi pudo sentir la luz recorriendo su cuerpo, como una mano que buscase señales de vida.

El ruido ambiental era su enemigo. No había oído que se acercara el hombre. Tampoco oía si se había ido. Contó hasta mil y abrió ligeramente un párpado. Una luz escasa llegaba hasta allí procedente de lámparas colgadas cerca del depósito de toxina, y con tan poca luz no pudo ver a nadie. Abrió los ojos del todo e intentó contar hasta mil. Pero el frío fue excesivo para él, vestido con ropas tan

delgadas, y tuvo que moverse. Así que se movió con decisión, poniéndose en pie con tanta rapidez como le permitieron las articulaciones y los músculos congelados. Comprobó de inmediato si alguien acechaba. Allí no había nadie.

Se giró una vez más y miró el cuerpo de Fazoul. La muerte de su amigo empezaba a afectarle. Intentó no pensar en ello para no asustarse ni desalentarse, algo que no se podía permitir.

No le habían entrenado para aquello y no tenía ni idea de qué hacer. Por alguna razón, recordó el entrenamiento de supervivencia de los exploradores. « Cuando te des cuenta de que te has perdido en el bosque, PARA. Siéntate, piensa, organízate, planifica.» Así que se sentó allí donde no podía ver a Fazoul y se puso a pensar. Clyde pensaba mucho; supuso que para eso no tendría problemas.

Era una situación espantosa. Pero no podía permitir que lo dominasen las emociones. De entrada había sido una decisión estúpida y alocada lo de subirse al avión, y no tenía derecho a esperar nada mejor. Era muy infantil quejarse de cómo habían salido las cosas. A Ebenezer le hubiera horrorizado: « Tú has preparado la cama, ahora te tienes que acostar en ella.»

Al final decidió que era mejor pensar como un poli. Estaba en un avión con un montón de criminales. No tenía más que realizar los arrestos y controlar la situación. En ese momento se encontraba a miles de kilómetros de su jurisdicción pero, después de todo, aquellos hombres habían robado un vehículo del aeropuerto de Forks y se sentía autorizado a ser el Largo Brazo de la Ley.

Lo había tenido mucho peor en el Barge On Inn, enfrentándose a hombres en muchos aspectos más formidables que éstos, y había logrado imponerse por la fuerza de su uniforme y su placa.

Clyde se puso en pie y se desperezó, lo que le resultó agradable. Se tocó los dedos de los pies y movió los brazos para activar la circulación y encender el horno interno. Luego avanzó entre los depósitos y el fuselaje, siguiendo la suave curva del cuerpo del Antonov.

El montón de depósitos de combustible terminaba diez o quince metros antes del mamparo que separaba el compartimiento cerrado y aislado de pasajeros. En medio de ese espacio estaba el depósito de toxina, sujeto y encadenado a anillas del suelo. El tractor robado seguía unido a él, orientado hacia popa, con una matrícula de Iowa que en aquel momento resultaba completamente incongruente. Tan fuera de lugar como Clyde.

Un peso tremendo hizo perder el equilibrio a Clyde. Alguien le había agarrado, pero el atacante no había logrado pasar firmemente los brazos alrededor del cuerpo de Clyde, que estuvo a punto de caer de bruces contra el suelo metálico. Los reflejos tomaron el control. Como le habían enseñado varios entrenadores desde que iba a la escuela elemental, descargó el peso sobre el brazo derecho y rodó hasta ponerse de pie. Se volvió y se encontró mirando a Al-

Turki a una distancia de unos dos metros.

Al-Turki no se había dejado engañar por Clyde haciéndose el muerto al fondo del avión. A juzgar por la expresión de su rostro aplastado de luchador, le había sorprendido que Clyde hubiese sabido responder a su ataque. No era una sorpresa del todo desagradable. Avanzó y Clyde, instintivamente, adoptó la posición de inicio para luego echar la pierna derecha medio paso atrás y adoptar la posición de paso bajo, ensanchando la base de apoyo en previsión de la embestida de su oponente.

Al-Turki sonrió. Dobló las rodillas, observando pacientemente a su presa, preparando el ataque. Le dijo algo a Clyde, que no le oía. Probablemente fuese algo sobre lucha libre.

Clyde sabía que tendría que moverse con rapidez y decisión. Su oponente le superaba en varios kilos, era más joven y estaba más fuerte. En lucha libre, el peso y la fuerza son los triunfos definitivos y con el tiempo acabarían ganando, a pesar de la gran destreza que Clyde había adquirido luchando toda la vida contra los Dhont. El tiempo estaba de parte de Al-Turki. Incluso de no ser así era probable que llevase pistola y, aunque Clyde esperaba que el tipo no fuese tan estúpido como para disparar en una zona de carga llena de depósitos de combustible y toxina botulínica, tampoco quería tentarlo.

Clyde atacó primero, deseando desesperadamente ser rápido porque sabía que, por efecto combinado de la edad y el frío, se movía muy despacio. Hizo un amago de atacar por la derecha a Al-Turki pero en realidad pasó bajo su brazo izquierdo, se situó a su espalda y, con la pierna derecha, le golpeó la parte posterior de la rodilla izquierda. El impulso y la sorpresa de su oponente le permitieron completar el movimiento y derribarlo. Clyde, que no era un peso pluma, cayó de lleno sobre Al-Turki, pero cuando notó los músculos del oponente bajo el traje presintió de inmediato que tendría pocas posibilidades de retenerle. Dudó si asestarle un golpe de judo que había practicado en su juventud, pero tenía tantas posibilidades de dañar los músculos del cuello de Al-Turki como de abrir a dentelladas el fuselaje del avión.

Al-Turki intentó restablecer su base sobre manos y rodillas, pero Clyde le dio una patada en la pierna derecha. Luego el otro ejecutó una maniobra de huida más o menos a la perfección; casi había escapado al control de Clyde cuando éste, desesperado, golpeó lateralmente al iraquí usando todo su peso y rompiéndole la nariz con el antebrazo. Saltó sangre. Al-Turki movió los labios y Clyde apenas pudo oírle murmurar una exclamación de dolor y sorpresa. Mientras el iraquí seguía conmocionado, Clyde desenfundó la pistola y la lanzó a la oscuridad de la zona de carga; dio vueltas entre los depósitos y desapareció. Una cosa menos de la que preocuparse.

Al-Turki respiró hondo y gritó cuanto pudo pidiendo ayuda. Los dos sabían que era inútil, pero sólo Al-Turki sabía que con los gritos disimulaba otra

maniobra: adelantó la mano libre para agarrar los testículos de Clyde, que lo intuyó en el último momento y se giró para apartarse, soltando a Al-Turki, que se aprovechó rápidamente de la situación aplicando una llave al brazo izquierdo de Clyde. Clyde aulló. El dolor de los testículos ya era lo suficientemente horrible. Al-Turki le retorció el brazo, intentando descoyuntárselo.

Sin embargo, la fuerza tremenda de Al-Turki y el bajo peso de Clyde provocaron un resultado inesperado para ambos: Clyde se levantó completamente. Eso le recordó un movimiento que a los Dhont les gustaba hacer cuando se exhibían. Apoyándose contra las piernas y la zona media de Al-Turki, dio una voltereta y enderezó el brazo. Al-Turki todavía le agarraba el izquierdo, pero Clyde tenía el derecho libre, así que le devolvió el favor agarrándole los testículos. Al-Turki le soltó. Clyde se apartó.

Al-Turki seguía moviendo la cabeza, furioso y, pensó Clyde, aterrorizado. «Deberías haberlo previsto, hijo de puta —le dieron ganas de decir a Clyde—. De todos los puebluchos del mundo escogisteis la capital mundial de la lucha libre... Preparasteis la cama, ahora os tenéis que acostar en ella.» Mantuvo los ojos fijos en los de su oponente: regla número uno. Mientras los dos hombres daban vueltas, Al-Turki buscaba un arma o algo similar. Clyde no se atrevió a apartar la vista del iraquí para comprobar qué miraba.

Lo comprendió casi demasiado tarde. Al-Turki se había situado de forma que podía alcanzar sin problema la puerta del mamparo. Clyde le vio prepararse y echar a correr. Le derribó cuando casi había llegado a la puerta y le agarró las piernas, haciendo que la cara de Al-Turki golpeará el suelo. Se deslizaron unos pasos y golpearon el mamparo; Clyde rezaba para que el golpe no hubiese sido suficiente para alertar a los otros iraquíes. Saltó a la espalda de Al-Turki y tomó el control, pero no antes de que el iraquí se hubiese apoyado en rodillas y manos. Al-Turki paró un momento para recuperar fuerzas antes de saltar del suelo en otra maniobra de huida bien ejecutada. De haber sido tan fuerte y corpulento como Al-Turki, Clyde podría haberle retenido, pero el otro era demasiado fuerte, así que acabó de rodillas detrás del iraquí que seguía de pie, con los brazos apretados alrededor de su cintura.

Al-Turki se estiró hacia la palanca de la puerta. Clyde logró hacerle retroceder medio paso para que no pudiese agarrarla. Al-Turki le retorció un pulgar.

Clyde sabía que no podría retenerle más de tres segundos.

Recordó una maniobra puente que Dick Dhont había usado en una ocasión para no soltarlo.

Se afianzó sobre los pies y tiró hacia arriba, elevando al iraquí en el aire con la cara hundida entre sus omóplatos. Al mismo tiempo, dobló la espalda todo lo posible, hacia atrás, formando una especie de herradura. La cabeza de Al-Turki fue directamente hacia el suelo como una pelota lanzada contra la línea de meta,

y sus piernas volaron.

El desequilibrio los echó atrás a ambos y el peso de Clyde se sumó a la fuerza con la que la cabeza de Al-Turki golpeó el suelo.

Durante un momento formaron un arco: los pies de Clyde firmemente plantados en un extremo y la cabeza de Al-Turki al otro. Todos los músculos del cuerpo de Al-Turki se relajaron de pronto y el arco se derrumbó. Clyde acabó tendido de espaldas con el otro encima. Lo giró para tenderlo sobre el estómago y le sujetó las muñecas con unas esposas de plástico que se había metido en el bolsillo antes de salir del coche patrulla. Luego hizo lo mismo con los tobillos. Arrastró a Al-Turki hasta los depósitos de combustible, donde no pudieran verle desde la puerta del mamparo, le unió tobillos y muñecas y luego, para estar más seguro, lo ató a su vez a un pesado aro de hierro fijado al suelo. Realmente no esperaba que Al-Turki despertara, pero no tenía sentido hacer las cosas a medias. Repasó los bolsillos del iraquí y encontró varios pasaportes y otras cosas, pero ningún cuchillo con el que pudiese soltarse.

Las pelotas le dolían tanto que estaba al borde del vómito y tenía al menos dos dedos rotos. Clyde se acordó de una vez que Dan Dhont había corrido casi diez kilómetros hasta urgencias tras sufrir un accidente especialmente atroz con una sierra, encontrando fuerzas para ignorar el dolor. De todas formas, el frío le tenía medio anestesiado.

El cable eléctrico que iba del compartimiento del pasaje hasta el explosivo del depósito era un simple cable de lámpara. Clyde se lo enrolló tres veces alrededor de la mano y lo arrancó de un tirón.

En el avión quedaban cinco rusos y tres iraquíes. Los rusos eran malos, pero Clyde sabía bien que no estaban dispuestos a morir. Por otra parte, era posible que alguno de los iraquíes estuviese dispuesto a dar la vida por la misión. Sólo sabía que no podía entrar y asaltarlos a todos a la vez.

Tarde o temprano alguien más saldría por esa puerta. Para el caso de que fuese un ruso, Clyde se sacó un formulario de multa del bolsillo, le robó un bolígrafo a Al-Turki y dibujó la caricatura de una bomba: varios cartuchos de dinamita unidos a un despertador. Por si era iraquí, Clyde rebuscó en las cajas y armarios donde la tripulación almacenaba las piezas de recambio y acabó dando con una tubería de hierro de medio metro de largo. No era Excalibur, pero probablemente le ahorraría otro combate de lucha libre.

El primero que salió por la puerta, veinte minutos más tarde, era ruso. Clyde cerró la puerta de una patada para bloquearle la retirada y luego sopesó la tubería a modo de advertencia. El ruso se mostró adecuadamente conmocionado al ver a Clyde con vida y, a continuación, profundamente impresionado.

Clyde le mostró el dibujo de la bomba. El hombre arqueó las cejas.

Luego, al darse cuenta de que la opción del palo y la zanahoria podía ser todavía mejor, Clyde sacó el bolígrafo y añadió algo más: un enorme símbolo de

dólar. Se lo pasó al ruso y dijo:

—Vitaly.

Como respuesta, el hombre se arremangó unos centímetros y le enseñó la muñeca. Tenía un hematoma alrededor, evidentemente producido por unas esposas que acababan de quitarle.

Así que todos los rusos estaban esposados excepto los que mandaban a algún recado.

—Clyde —dijo Clyde, señalándose.

—Boris —gritó el tripulante.

Clyde le hizo un gesto a Boris para que lo siguiera hasta los armarios de los que había sacado la tubería y encontró otra. Se la pasó a Boris, que casi la dejó caer de la sorpresa. Miró inquisitivamente a Clyde.

—*Tovarisch?* —gritó Clyde.

—*Da* —dijo Boris.

—Vamos a bailar —dijo Clyde, y le indicó a Boris que fuese delante porque tampoco confiaba demasiado en él.

Boris le hizo un gesto y señaló el bolígrafo. Clyde se lo entregó y el otro le dibujó un plano del compartimiento de pasajeros con cuadraditos que representaban a sus ocupantes.

—Ruso, ruso, ruso, iraquí, ruso, iraquí, iraquí —dijo. Luego señaló al último iraquí y formó una pistola con la mano.

—Vale, ése es mío —dijo Clyde, señalándose a sí mismo—. Tú te ocupas de los otros dos.

La puerta del mamparo daba a una escalera metálica muy empinada. La brillante luz del sol entraba por las ventanillas del compartimiento de pasajeros, situado arriba. Boris fue delante, acercándose al pie de la escalera con la tubería oculta en la manga, y miró. Luego le hizo un gesto a Clyde; ninguno de los iraquíes los había oído entrar.

Clyde ya no soportaba más la espera, así que subió los escalones de tres en tres y entró en el compartimiento del pasaje. El jefe de los iraquíes estaba sentado delante, más cerca de la puerta de la carlinga, para poder vigilar a Vitaly, a cuatro pasos de Clyde. Y Clyde ya había salvado la mitad de esa distancia antes de que alzase la vista. Había pasado mucho tiempo en el Barge On Inn, dando porrazos en la cabeza a mucha gente peligrosa, para saber que si usaba la barra como un bate de béisbol, el hombre la vería venir y la esquivaría o la bloquearía. Así que se abalanzó lanzando el extremo de la tubería hacia la cara del iraquí como si fuese la punta de una espada y le dio tal golpe en la sien que la cabeza le rebotó contra el mamparo. No quedó inconsciente, pero sí lo suficientemente atontado como para que Clyde pudiera darle en la cabeza una vez más.

Se volvió para ver a uno de los doctores iraquíes tendido en el pasillo y al otro

en posición fetal, todavía en el asiento, sobre el que Boris descargaba un golpe tras otro. Daba la impresión de que Boris era bastante vengativo; o quizás había decidido que le convenía demostrar su lealtad al bando de Clyde.

Clyde le confiscó la pistola al jefe iraquí y lo esposó. Luego esposó a los doctores y dejó que Boris se preocupase de soltar a sus camaradas. Abrió la cabina del piloto y la intensidad de la luz que llegaba por encima de los hombros de Vitaly casi le derribó.

—¡Clyde, mi buen amigo! —dijo Vitaly—. Me alegro muchísimo de verte sano. Lamento mucho que mis tripulantes no supiesen guardar el secreto. Pero los iraquíes sospechaban de esos dos misteriosos contrabandistas que habían venido con la tormenta y fueron muy persuasivos.

Clyde conocía bien a la gente como Vitaly; la arrestaba continuamente, y sabía que no tenía sentido intentar demostrar su culpabilidad. Vitaly tendría tantas excusas plausibles como necesitara, como reactores esperando turno para despegar en el aeropuerto O'Hare un día de Acción de Gracias con niebla.

—Hablando de ser persuasivo —dijo Clyde—, puedes escoger entre seguir pilotando esta lata y volar por los aires, o aterrizar y obtener una buena recompensa de mi Gobierno. Tú decides.

Vitaly desaceleró e inició la maniobra para que el Antonov virara.

—No muy lejos hay una base aérea de Canadá con una pista preciosa —dijo—. ¿Has pillado a los cuatro iraquíes?

—A los cuatro.

—Bien —dijo Vitaly—. Vamos a poner un poco de música. —Alzó la mano y pulsó el interruptor de un estéreo de coche que habían instalado en el Antonov. Sonó un CD de Jane's Addiction, «Been Caught Stealing», estupendamente a pesar del ruido del motor. Los rusos habían convertido el Antonov en el estéreo portátil más grande del mundo—. ¿Has probado el jerez de Crimea? —le preguntó a gritos Vitaly.

Ya era avanzada la tarde y el sol se hundió en el horizonte en cuestión de segundos en cuanto el Antonov perdió altitud. En el cielo que los rodeaba aparecieron fantasmales luces azules; Vitaly las identificó como estelas de cazas enviados como escolta.

Quince minutos más tarde vieron la larga pista de la base canadiense, como una ristra de diamantes sobre terciopelo negro, y Vitaly hizo descender el Antonov, apartando de vez en cuando la vista de la pista para encender otro cigarrillo o para beber de su taza cerrada llena de jerez de Crimea. El Antonov aterrizó con mucha más suavidad de lo que había despegado. Pero cuando Vitaly pisó el freno la agitación de los depósitos de combustible fue mucho peor y el avión se balanceó violentamente de un lado a otro al menos una docena de veces antes de parar; se oían tremendos chasquidos de metal retorciéndose a pesar de las dos mamparas que había entre la cabina y la zona de carga.

Los dirigieron a la zona de aparcamiento. Los enfocaron con potentes focos y les dijeron que permaneciesen en el avión. Lo hicieron, durante unos tres minutos; a continuación uno de los tripulantes anunció que las tuberías de la zona de carga se habían roto y que el avión se llenaba rápidamente de combustible. Así que llevaron al grupo a la pista.

Clyde miró el reloj. Faltaban varias horas para que estallase la bomba de Fazoul. Cuando todos los rusos y sus cigarrillos encendidos se hubieron alejado del avión, subió al montón de tuberías y depósitos, que se había derrumbado parcialmente, evitando los ríos de combustible, y echó un vistazo a la bomba. Vio los cables que Fazoul le había dicho que cortase. Acercó los alicates y se detuvo. A veces cortar los cables hace saltar chispas, y en aquellas circunstancias una chispa hubiera sido fatal.

Así que sacó el bloque de explosivo plástico del hueco donde Fazoul lo había metido, rompió la cinta aislante que mantenía fijo el temporizador y, luego, simplemente, se llevó la bomba, teniendo cuidado de no darle al interruptor rojo. Bajó con cuidado del montón de depósitos, porque no quería resbalar en las barras húmedas de combustible, y salió del avión.

Fuera hacía un frío increíble. A los rusos no se los veía por ninguna parte; aparentemente los canadienses se los habían llevado y Clyde se encontraba extrañamente solo.

Un reactor pequeño aterrizó en una pista cercana. Llevaba el emblema del Gobierno de Estados Unidos. Mirando al cielo nocturno despejado, Clyde vio las luces de aterrizaje de más aviones que descendían detrás del primero.

El Gulfstream fue hasta la zona de aparcamiento, manteniéndose a una prudente distancia del Antonov. Clyde corrió hacia él; debía de hacer calor dentro. Cuando llegó la puerta estaba abierta y la escalerilla bajada y una figura familiar estaba de pie en tierra, intentando encender un cigarrillo, maldiciendo el frío.

—Ayudante —dijo Hennessey—, está fuera de su jurisdicción. Pero prometo no contárselo a nadie.

—¿Tiene algún experto en bombas? —dijo Clyde, mostrándole el explosivo. Hennessey lo miró y alzó las cejas.

—Tenemos todos los expertos conocidos por el Gobierno de Estados Unidos y el de Canadá —dijo, señalando el tren de reactores que esperaban turno entre las estrellas. Un C-130 de las Fuerzas Aéreas aterrizó y vieron cómo frenaba y se acercaba—. ¿Ves, Clyde? Resulta asombrosa la capacidad de organización heroica que sabe demostrar nuestro Gobierno... siempre y cuando estés dispuesto a esperar a que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 54

James Gabor Millikan no se sentía completamente desgraciado la mañana después de Navidad de 1990. Todavía conservaba su trabajo en el Consejo Nacional de Seguridad. Más aun, había logrado posicionarse de tal forma que su papel vital en la conversión de Irak en potencia militar acabaría en una nota al pie, mientras que sus denodados esfuerzos en favor de la paz, la libertad y la democracia ocuparían los titulares y los telediaros de todo el mundo.

A pesar de todo, había sido un año espantoso. Mientras él trabajaba en la ciencia pura de la diplomacia, Tarik Aziz, su colega diplomático desde hacía décadas, le había engañado. Tarik Aziz era una de las pocas personas con la inteligencia suficiente para valorar su labor. A consecuencia de aquello, había tenido que luchar para conservar su posición. Se había visto obligado a ejecutar actos indignos y poco juiciosos. Todavía no sabía con seguridad qué costes y qué perjuicios le había causado; le haría falta una década para valorarlo todo. Su rival, Hennessey, había encajado algunos golpes terribles, pero Hennessey había demostrado también su ingenio habitual y logrado acabar como un héroe. Millikan daba gracias a Dios de que las aventuras de Hennessey fueran un secreto excepto para un grupo reducido de altos cargos gubernamentales y militares.

Millikan estaba de pie junto a una discreta entrada lateral del hotel Crillon con su ayudante, Richard Dellinger, esperando a que llegase la limusina iraquí para su última reunión con Aziz... Un último intento por evitar la guerra.

La coalición de veintitrés naciones creada por Bush y Baker iba a pulverizar Irak Millikan y Aziz, que respetaban enormemente sus habilidades respectivas, ya no eran aliados trabajando para tender un puente sobre el abismo que separaba el poder tremendo pero disperso de Estados Unidos y la visión quijotesca de Saddam Hussein. Los acontecimientos los habían superado, y debían esperar a que esos acontecimientos concluyesen para volver al escenario e intentar mantener el mundo unido.

El largo Mercedes iraquí llegó hasta la puerta, precedido y seguido de

gendarmes en motocicleta cedidos por el Ministerio de Asuntos Exteriores francés. Una vez más, Gérard Touvain, el agregado del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, acompañaba a Aziz. Millikan avanzó para que Touvain le presentase a Aziz. Tras un apretón de manos rápido con el francés, Millikan le dedicó a su viejo colega su más cálido apretón con dos manos.

—*Mne ochen' zhal'* —le dijo Millikan a Aziz. « Lo siento muchísimo.»

—Lo hicimos lo mejor posible, *mon vieux* —respondió Aziz, y los dos entraron en el Crillon cogidos del brazo. Touvain los siguió, comentando para quien quisiera escucharle la *belle lumière* del hotel. Pronto llegaron al pequeño y exquisito comedor donde habían almorzado en marzo. Millikan presentó a Richard Dellinger. Aziz presentó a su ayudante personal: uno nuevo, menos refinado y de aspecto más brutal que el de marzo. A Touvain le dijeron cortésmente que se fuese a tomar vientos.

Sobre la pequeña mesa había una botella de Stoli helado, caviar de beluga y platitos con pan negro, mantequilla, cebollas y huevo duro picado.

—Da la impresión de que pasará tiempo antes de que podamos volver a reuniones de esta forma —dijo Millikan con sincero pesar.

—Por desgracia, no podrías tener más razón, Jim —respondió Aziz.

—Un brindis —dijo Millikan una vez que los vasitos estuvieron llenos de denso Stoli—. Por la diplomacia, cuando tú y yo trabajemos para hacer que Irak regrese a la comunidad de naciones después de la inevitable derrota de Saddam.

—Me temo que no podré brindar por eso —respondió Aziz, dejando el vaso sin tocar—. No comparto tu opinión sobre la situación militar en Kuwait, *mon vieux*. Antes de que tu líder lance un estúpido ataque contra la nueva provincia iraquí de Kuwait, debe saber que hemos desarrollado un arma nueva. Si el comportamiento agresivo de otras naciones nos obliga a usar esa arma, provocará tal cantidad de bajas en el corazón de la entidad ilegal sionista que los judíos no tendrán más remedio que entrar en la guerra... lo que destruiría vuestra coalición y haría que los árabes se uniesen en un frente dirigido por mi país. Y causará tantas bajas entre vuestras fuerzas que los estadounidenses, que no tienen la capacidad de soportar las empresas valientes, exigirán el final de esta agresión estúpida e insensata.

Millikan, sosteniendo el vasito lleno de Stoli denso y helado, escuchó tranquilamente el discurso, pensó un momento y luego se lo bebió... Una falta de etiqueta que pilló por sorpresa a Aziz.

—¿Señor Dellinger?

Dellinger se acercó y se sacó un fax del bolsillo. Era una breve nota escrita a máquina en papel de la Fuerza Aérea Canadiense.

—¿Compartiría con Su Excelencia nuestros últimos datos? —añadió Millikan.

Richard Dellinger leyó el documento, lo volvió a doblar y se lo guardó de nuevo en el bolsillo. Aziz se recostó contra el respaldo de su silla Luis XV.

Primero miró a Dellinger y luego a Millikan.

—¿Hennessey?

—Por favor, Tarik. Me ofendes.

—Entonces, ¿quién? En Washington bloqueaste cualquier posibilidad con el grupo de trabajo. Hiciste que aislasen a la analista que comprendía lo que pasaba.

¿Quién?

Dellinger avanzó y dijo:

—No estamos autorizados a divulgarlo. Comprenda... Fuentes y métodos.

Aziz se quedó sentado con las manos cruzadas y parpadeó. Luego, se puso en pie y llenó cuatro vasos, diciendo:

—Un brindis... por mi colega Jim Millikan, que ha demostrado tener más recursos de los que yo creía.

Millikan no tomó el vaso. Pensó un momento.

Qué demonios. En el pasado no le habían reconocido el mérito que merecía por algunos de sus mejores logros. Y en el juego al que jugaban él y Aziz, le resultaba útil que Aziz creyese que era obra suya. Levantó el vaso y apuró su contenido.

Cuidadosamente prepararon y disfrutaron de las rebanadas de pan negro con mantequilla, cebollas, huevo y caviar. Millikan propuso un brindis.

—Por el futuro de nuestra relación, Tarik, a pesar del desafortunado problema entre nuestros dos países.

Media hora después, el caviar y el vodka terminados, el almuerzo iba ya por la mitad. Millikan había pedido el mismo menú que en marzo, como prueba tácita de la continuidad de su relación con Aziz. No pudo evitar darse cuenta de que Aziz comía con rapidez y parecía impaciente de que llegase cada plato. Dada la nueva información que había recibido, tenía mucho trabajo por delante.

—Ha surgido algo —anunció Millikan— y me temo que debo cometer la descortesía de abandonar esta reunión.

Aziz quedó claramente aliviado y no perdió tiempo. Se levantó y casi de inmediato estaba en la entrada lateral esperando la llegada de la limusina iraquí.

—Realmente no podemos hacer nada, ¿verdad? —preguntó Millikan, mirando a Aziz.

—No, amigo mío, y te considero mi amigo. Como los dos hemos descubierto durante el último año, los diplomáticos tenemos muy poco control sobre los acontecimientos. —Hizo una pausa y reflexionó—. ¿Sabes?, cuando era joven creía que poder describir los acontecimientos significaba que habías logrado un control parcial. Pero creo que quizá Tolstói tuviese razón, que los napoleones y los grandes hombres no son más importantes a la hora de decidir la historia que el soldado más humilde del frente.

—Me niego a creerlo —le respondió Millikan.

—Sí, *mon vieux*, lo sé. Y es por eso que yo vuelvo a casa a ponerme un

uniforme militar y tú vuelves, por lo que sé, a la universidad.

—Tú y yo sabemos que volveremos. Tendremos otra oportunidad.

Tarik Aziz se inclinó hacia atrás, miró a Millikan y rió:

—Por supuesto que volveremos.

Poco después se había ido, hablando por el móvil. Dellinger se situó junto a Millikan mientras paseaban por la plaza de la Concordia.

—Tenía razón —dijo Millikan.

—¿Disculpe?

—Betsy Vandeventer. Tenía toda la razón: la estrategia iraquí era emplear armas biológicas para obligar a Israel a entrar en la guerra y destruir de ese modo la coalición. Una estrategia muy inteligente. Muy buen análisis por parte de la señora Vandeventer.

Dellinger parecía confundido.

—¿Quiere que añada una felicitación a su expediente?

—Me gustaría contratarla —dijo Millikan.

—¿Contratarla?

—Sí. Ahora que comprende mejor el funcionamiento de la cadena de mando, será un excelente elemento de mi personal.

Dellinger sonrió.

—Me pondré a ello, señor.

—Me desprecia —dijo Millikan—, pero es humana. Por tanto, descubre qué quiere y hazle una oferta que no pueda rechazar.

CAPÍTULO 55

Enero 1991

Simplemente, tomar por la interestatal Sesenta y seis y dirigirse al oeste le parecía demasiado fácil, y Betsy había olvidado cómo hacer las cosas de la forma más simple y directa. Así que fue por calles secundarias manteniendo el sol más o menos a la izquierda. Atravesó el cementerio de Arlington, quedó atrapada en el remolino de tráfico del Pentágono y acabó en Alexandria: primero en el vecindario de aspecto peligroso de la periferia, pero luego en la zona céntrica de Alexandria, con sus hermosas calles sinuosas llenas de encantadoras mansiones sureñas, opulentas iglesias y escuelas privadas rodeadas de espléndidas azaleas y cornejos que, más tarde, cuando ella hubiese abandonado la ciudad, florecerían.

—¿Quieres que saque el mapa? —dijo el hombre que iba en el asiento del copiloto, un tipo enorme con tejanos y camisa de franela que se había estado moviendo incómodo y mordiéndose la lengua mientras Betsy vagaba sin rumbo por el norte de Virginia—. A este paso jamás llegaremos a las Steptoos.

—¿Qué prisa tienes? —Pronto ambos tendrían en el bolsillo dos meses de paga de indemnización, y Betsy acababa de recuperar el depósito de garantía.

Paul Moses se resignó y reclinó el respaldo del asiento, alargó el brazo y encendió la radio. Activó la búsqueda automática y no tardó en encontrar una emisora de noticias que entrevistaba en directo a un periodista destinado a Bagdad. Pronto empezaría el bombardeo.

—¿Qué opinas? —dijo—. ¿Dónde nos quedamos esta noche? Estaba pensando en Williamsburg.

—Hoy sólo hay un lugar al que quiero llegar —dijo Betsy—, y ahí está.

Iban al oeste por la calle Duke, que se convirtió en la autopista Little River. Por delante y en lo alto una confusión de rampas rodeaba las cercanías a un enorme paso elevado de diez carriles: el cinturón que rodeaba la ciudad y que en cierto sentido marcaba los límites municipales de Washington. Los diez carriles, en ambas direcciones, iban muy cargados, y el tráfico estaba parado. Por primera vez en todo el día, Betsy aceleró por encima de los treinta kilómetros por

hora... aunque el coche alquilado, que iba cargado con mucho equipaje y tiraba de un pequeño remolque, no tenía mucha potencia. Cuando cruzaron la sombra del paso elevado, soltó de pronto un grito de guerra indio muy impropio de ella. Y luego volvieron a salir a la luz del sol de un enero desapacible.

Los conductores parados en el anillo exterior del cinturón disfrutaron de una imagen poco habitual para romper la monotonía de su viaje matutino: un coche que iba en dirección oeste paraba en el arcén de la autopista Little River, justo ahí abajo, salían de él un par de personas muy corpulentas vestidas con ropa arrugada y cómoda. Las dos personas se abrazaron e intercambiaron un largo beso. Pasado un momento se agotó la novedad y pusieron las radios para enterarse de las últimas noticias del Golfo.

CAPÍTULO 56

Febrero

Eran las tres de la madrugada y, por una vez, Maggie dormía. En los últimos meses había empezado a dormir bastante bien. Clyde estaba más orgulloso de ese hecho que de cualquier otra cosa. De los cientos de libros sobre bebés, Clyde, después de largas lecturas y un atento escrutinio, había escogido el que valía la pena.

Clyde no dormía. Casi no dormía desde hacía tres días, desde que había empezado el ataque por tierra y la unidad de Desiree había avanzado hacia Irak. Las bajas eran pocas. Pero esa mañana había oído informes de que varios miembros de la división de Desiree habían muerto cuando su vehículo había pisado una mina. Era personal médico que iba en ayuda de un transporte de tropas que había recibido fuego amigo. Al menos dos de las personas fallecidas eran mujeres.

Tan pronto como Clyde leyó esa noticia supo que Desiree había estado en aquel vehículo... probablemente al volante. Hubiera sido propio de ella. Había llamado al teléfono de emergencia del Pentágono para familiares, pero siempre comunicaba. En aquel mismo momento había como un par de docenas de Dhont despiertos por todo Forks dándole al botón de rellamada del teléfono, intentando contactar. Clyde había renunciado y se había tendido en el sillón reclinable, frente a la tele, esperando a que la CNN ofreciese más detalles.

De momento los iraquíes no habían empleado armas no convencionales. Aunque ese detalle no debería haber sorprendido en absoluto a Clyde. Habían estado lanzando Scuds sobre Israel, pero parecía que los Scuds no tenían precisión suficiente para causar muchos daños a menos que llevasen cabezas químicas o bacteriológicas.

Hacía dos días que le picaba la nariz, pero no había sido consciente hasta entonces. Uno de esos enormes pelos como alambres había hecho contacto con el lado opuesto de la fosa. Fue al baño, a la luz débil del tubo catódico de la tele, agarró el cortador, se volvió a sentar frente a la tele, lo puso en marcha y se lo metió en la nariz, esperando el chasquido satisfactorio que haría al cortar el pelo

culpable.

El zumbido del cortador casi ahogó el timbre del teléfono. Descolgó precipitadamente, temiendo que hubiese estado sonando mientras él se afeitaba.

—¿Hola?

Una larga pausa, durante la cual sólo oyó estática. Luego sonidos: un estruendo entrecortado grave y rítmico que de pronto cobró intensidad y murió con la misma rapidez. El sonido, se dio cuenta, era de un helicóptero pasando a gran velocidad.

—¿Hola? —repitió.

—Hola, soy yo —dijo Desiree—. Habla alto, cariño. Mi vehículo pisó una mina. Todavía me zumban los oídos.

—¿Dónde estás, cariño? —le preguntó Clyde antes de tener tiempo de emocionarse.

—En una cabina telefónica —dijo Desiree—. ¡Oh, vaya!

Durante unos momentos se oyó un tremendo gemido y un rugido espectacular que luego cesó. Clyde podía oír a mucha gente gritando y vitoreando.

—¡Eso ha sido un tanque M-one de paso! —dijo Desiree.

—¿Dónde está esa cabina, cariño?

—En un cruce de caminos, en Irak.

—¿Estás en Irak?

—Sí. Pero tengo que dejarte... Hay mucha gente esperando. Sólo quería recordarte que saques la carne del congelador..., una parte está a punto de caducar.

—Me ocuparé de eso —dijo Clyde—. Date prisa en volver a casa, ¿vale?

—Ese es el plan, Clyde —dijo—. De eso se trata.

FIN



Neal Stephenson nació el 31 de octubre de 1959 en Fort Meade, Maryland. Procede de una familia de ingenieros y científicos, su padre era profesor de ingeniería eléctrica y su madre trabajaba en un laboratorio de bioquímica. En 1960, su familia se trasladó a Champaign-Urbana, Illinois, y en 1966 a Ames, Illinois, donde se graduó en el instituto en 1977. Estudió en la Universidad de Boston. Primero se matriculó el física, cambiándose a geografía tras descubrir que ahí le permitían pasar más tiempo en los ordenadores de la universidad. Se licenció en 1981.

Trabaja a tiempo parcial como consejero para Blue Origin, una compañía que está desarrollando un sistema de lanzamiento suborbital tripulado. Es también cofundador de Subutai Corporation, cuya primera oferta es el proyecto de ficción interactiva *El Mongoliad*. Sus novelas han sido catalogadas dentro de los géneros de **ciencia ficción**, **cyberpunk** y **postcyberpunk**. Sus obras, de escritura compleja y detallada, mezclan conceptos informáticos y de nanotecnología con elementos históricos, mitológicos y políticos. En ocasiones ha escrito junto a su tío, el historiador **J. Frederick George** (seudónimo de George Jewsbury) algunas thrillers como *Interface* (1994) y *La telaraña* (1996). También escribe artículos sobre tecnología para publicaciones como *Wired*.

Aunque tiene alguna novela anterior, como *La gran U* y *Zodiac*, la fama le llegó a principios de los años 1990 con la novela *Snow crash*, donde mezcla memes, virus informáticos y otros motivos de alta tecnología con la mitología sumeria,

con un estilo que, de forma divertida, remeda al cyberpunk. En 1995 obtuvo los premios Hugo y Locus con su novela *La era del diamante: manual ilustrado para jovencitas*. Posteriormente escribió *Criptonomicon* (1999) y las novelas de su monumental «Ciclo Barroco» *Azogue* (2003), *La confusión* (2005), y *El sistema del mundo* (2006). Sus últimas novelas son *Anatema* (2008) y *REAMDE* (2012).

Notas

[1] El Graduate Record Examinations (GRE) General Test mide la capacidad verbal, de razonamiento y de pensamiento crítico así como las dotes para la redacción analítica. El GRE Subject Test determina el dominio de los graduados en ocho campos de estudio. (*N. del T.*) <<

[2] La Agencia de Investigación de Proyectos de Defensa (DARPA por sus siglas en inglés) es una agencia del Departamento de Defensa de Estados Unidos responsable del desarrollo de nuevas tecnologías para uso militar. Financió el desarrollo de muchas tecnologías que han tenido un gran impacto en el mundo, incluidas redes de ordenadores como ARPANET, que después se desarrolló como Internet. (*N. del T.*) <<

[3] Recopilación de información por personal especialmente entrenado, usando una variedad de tácticas y métodos tanto activos como pasivos, cuyo objetivo son personas de las cuales se puede extraer información o colaboración para obtenerla. (*N. del T.*) <<

[4] Como *nice*, que significa « agradable », « simpático » o « bueno » . (*N. del T*)

<<